EL ZORRO ROJO

LA VIDA DE SANTIAGO CARRILLO

PAUL PRESTON



El fallecimiento el 28 de octubre de 2012 de Santiago Carrillo ponía fin a 97 años vividos intensamente y en primera fila de la política. Hijo de Wenceslao Carrillo, dirigente socialista, afirmaba que sus primeros recuerdos infantiles son los de la visita a su padre en la cárcel, condenado por la huelga de 1917. Siendo aún adolescente participó en la huelga de 1934 y pasó por la cárcel, donde se radicalizó. Tras un viaje a Moscú logró unificar las juventudes del PSOE y del PCE en vísperas de la guerra civil, para a continuación unirse a los comunistas. Durante la guerra tuvo lugar uno de los episodios más oscuros de su vida, la matanza de presos nacionales en Paracuellos, cuando era responsable de Seguridad en Madrid. Tras la guerra permaneció 38 años exiliado, siempre al frente de la dirección comunista, que ejerció con mano de hierro. Su giro hacia el eurocomunismo y su papel fundamental en la Transición fueron puliendo la percepción de su figura.

Paul Preston, el historiador más importante del siglo XX español, autor de las biografías definitivas de Franco y de Juan Carlos I, dedica su nuevo libro a uno de los personajes más fascinantes e inasibles de la historia reciente de nuestro país.



Paul Preston

El zorro rojo

La vida de Santiago Carrillo

ePub r1.1

Titivillus 26.01.15

Título original: *El zorro rojo - La vida de Santiago Carrillo*
Paul Preston, 2013
Traducción: Efrén del Valle Peñamil
Diseño de cubierta: Nora Grosse

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Para Nines y Nicolás

Agradecimientos

Este libro nació en los años setenta cuando empecé a recopilar información sobre la resistencia antifranquista. Entonces, y hasta ahora, hablé con frecuencia con muchos de los protagonistas de este libro, incluido el propio Santiago Carrillo. Muchos de los que compartieron sus recuerdos y opiniones conmigo ya han fallecido, pero me gustaría expresar aquí mi gratitud hacia ellos: Santiago Álvarez, Manuel Azcárate, Rafael Calvo Serer, Fernando Claudín, Tomasa Cuevas, Carlos Elvira, Irene Falcón, Ignacio Gallego, Jerónimo González Rubio, Carlos Gurméndez, Antonio Gutiérrez Díaz, K. S. Karol, Domingo Malagón, José Martínez Guerricabeitia, Miguel Núñez, Teresa Pàmies, Javier Pradera, Rossana Rossanda, Jorge Semprún, Enrique Tierno Galván, Manuel Vázquez Montalbán, Francesc Vicens y Pepín Vidal Beneyto.

A lo largo de los años también he hablado de los temas de este libro con amigos y gente que aparece en él. Estoy muy agradecido por todo lo que aprendí de Beatriz Anson, Jordi Borja, Natalia Calamai, William Chislett, David Ginard i Féron, María Jesús González, Fernando Hernández Sánchez, Esther López Sobrado, Aurelio Martín Nájera, Teresa Miguel Martínez, Rosa Montero, Michael Richards, Ana Romero, Nicolás Sartorius, Miguel Verdú y Ángel Viñas Martín.

Por último, este libro no hubiera sido posible sin los amigos que me han ayudado a encontrar información, me han facilitado

interpretaciones y han leído capítulos: Javier Alfaya, Nicolás Belmonte Martínez, Laura Díaz Herrera, Helen Graham, Susana Grau, Gregorio Morán, Linda Palfreeman, Sandra Souto Kustrin y Boris Volodarsky. A ellos, mi agradecimiento.

Prólogo

Esta es la compleja historia de un hombre importante. Entre 1939 y 1975, el Partido Comunista de España fue el más firme opositor al régimen de Franco Como su líder efectivo durante dos décadas, Santiago Carrillo fue probablemente el enemigo izquierdista más consistente del Dictador. Otra cuestión es si a Franco le preocupaba la oposición de izquierdas. No obstante, la ausencia de una figura comparable en el movimiento anarquista o socialista hace que el título recaiga incuestionablemente en Carrillo.

La suya fue una vida de fases claramente diferentes y aparentemente contradictorias. En la primera mitad de su vida política, en España y en el exilio desde mediados de los años treinta hasta mitad de los setenta, desde la izquierda fue admirado por muchos como un revolucionario y pilar de la lucha antifranquista, y odiado por otros por considerarle un estalinista sepulturero de la revolución. Para muchos partidarios de la derecha era un monstruo denigrado como un asesino de masas por sus actividades durante la Guerra Civil Carrillo se dio a conocer como un impetuoso líder de las Juventudes Socialistas cuya retórica incendiaria contribuyó, en no despreciable medida, a los sucesos revolucionarios de 1934. Tras dieciséis meses en prisión abandonó y traicionó al Partido Socialista al llevarse su movimiento Juvenil al Partido Comunista. Esta «dote», así como su incondicional lealtad a Moscú, fueron recompensadas durante

la Guerra Civil con un rápido ascenso en las filas comunistas Con menos de veintidós años se convirtió en el jefe de Orden Público de la asediada capital de España y adquirió una perdurable notoriedad por su supuesto papel en los episodios conocidos genéricamente como Paracuellos, la eliminación física de prisioneros derechistas. Después de la contienda fue un fiel *apparatchik* que, gracias a su destreza y despiadada ambición alcanzó el liderazgo del Partido Comunista.

En el transcurso de la segunda mitad de su carrera política, desde mitad de los años setenta hasta su muerte en 2012, llegó a ser visto como un tesoro nacional por su contribución al restablecimiento de la democracia. Desde su regreso a España en 1976 hasta 1981, sus habilidades, refinadas en las luchas internas de poder del PCE, fueron aplicadas en el terreno de la política nacional. Durante los primeros años de la transición parecía como si los intereses del PCE coincidieran con los de toda la población. Su moderación en aquel tiempo y sobre todo su valentía la noche del 23 de febrero de 1981, lo canonizaron como un pilar crucial de la democracia. Después de esto, volvió a su papel de líder del partido y fue arrollado por el conflicto generacional. Entre 1981 y 1985 presidió la destrucción del PCE que a lo largo de cuarenta años había conformado a su imagen y semejanza. Por ello, al final de su vida y en su muerte fue objeto de numerosos tributos y panegíricos de la clase dirigente española, desde el rey hasta importantes pesos pesados de la derecha.

Las vicisitudes de la carrera política de Carrillo plantean la cuestión de si simplemente era un cínico o un inteligente camaleón. En 1974, negando la existencia del culto a la personalidad en el PCE, proclamaba: «Jamás permitiré propaganda alguna de mi persona[1]». Dos años más tarde anunciaba: «No escribiré nunca mis memorias porque un político no puede decir la verdad[2]». Ya había contradicho la primera de esas negativas en discursos e informes internos del partido, en los

que fraguaba el mito de un abnegado luchador por la democracia. Asimismo, en sus últimas cuatro décadas publicó numerosas crónicas de su vida en un sinfín de entrevistas, en más de diez de los muchos libros que él mismo escribió y en otros dos que dictó[3]. En ese sentido compartía con Franco el afán por reinventar y enriquecer constantemente la historia de su vida.

Así pues, este relato de una vida fascinante difiere de forma significativa de las numerosas versiones ofrecidas por él, que se cotejan aquí con una copiosa documentación y las versiones de amigos y enemigos. Aquí hay poco sobre la vida personal de Carrillo. Desde que, con trece años, empezó a trabajar en el taller de imprenta del Partido Socialista hasta su retirada de la política activa, parece que vida personal se permitía poca Sus días estuvieron dominados por su actividad política[4]. Pese a la aparente sociabilidad y locuacidad de Carrillo, esta es la historia de un hombre solitario Uno a uno, dio la espalda a aquellos que le ayudaron: Largo Caballero, su padre, Segundo Serrano Poncela, Francisco Antón, Fernando Claudín, Jorge Semprún, Pilar Brabo, Manuel Azcárate o Ignacio Gallego, entre otros La lista es muy extensa En su ansia por medrar siempre estuvo dispuesto a traicionar o denunciar camaradas Esa crueldad fue otro rasgo que compartía con Franco.

Quedará claro que Carrillo poseía algunas cualidades en abundancia: capacidad de trabajo, ímpetu y aguante, destreza en la oratoria y escritura, inteligencia y astucia Por desgracia, quedará igualmente claro que la honestidad y la lealtad no figuraban entre ellas.

1

La creación de un revolucionario

1915-1934

Santiago Carrillo nació el 18 de enero de 1915 en Gijón, en el seno de una familia de clase trabajadora. Su abuelo, su padre, Wenceslao, y sus tíos se ganaban la vida como metalúrgicos en la fábrica Orueta. Antes de casarse, su madre, Rosalía Solares, era costurera. Wenceslao Carrillo era un destacado sindicalista y miembro del Partido Socialista que puso gran empeño en que su hijo siguiera sus pasos. Como secretario del sindicato metalúrgico asturiano, Wenceslao había sido encarcelado tras la huelga revolucionaria de agosto de 1917. De hecho, Santiago afirmaría más tarde que el recuerdo más temprano que guardaba de su padre era ver cómo la Guardia Civil se lo llevaba periódicamente de la casa familiar en Avilés. Fue allí, y después en Madrid, donde se crio en el seno de una familia cálida y afectuosa, impregnada también por un acusado sentido de la lucha de clases. Su infancia se desarrolló, según sus propias palabras, en una cálida familia numerosa. Ello explicaría la indestructible confianza en sí mismo que siempre habría de sustentar su carrera. En sus memorias asegura que la familia siempre fue tremendamente importante para él[1]. Sin embargo, eso no explica la ferocidad con la que repudió a su padre en 1939. Por aquel entonces, como durante el resto de su vida, al menos hasta su

retirada del Partido Comunista a mediados de los años ochenta, las lealtades y la ambición políticas contaban mucho más que la familia.

Santiago tenía seis hermanos, de los cuales dos murieron muy jóvenes. Su hermano Roberto falleció durante una epidemia de viruela en Gijón, de la cual Santiago salió indemne gracias a los desvelos de su abuela paterna, que dormía en la misma cama para impedir que se rascara las heridas. Su hermana menor, Margarita, murió de meningitis solo dos meses después de nacer. Al provenir de una familia de izquierdas, no escaseaban las tendencias rebeldes, que se vieron exacerbadas en una escuela primaria de signo católico. Para entonces, la familia se había trasladado a Avilés, veinte kilómetros al oeste de Gijón. Por una blasfemia involuntaria, fue obligado a pasarse una hora de rodillas y con los brazos en cruz mientras sostenía en cada mano un libro extremadamente pesado. Como respuesta al fanatismo de sus profesores, sus padres decidieron sacarlo del colegio. Poco después, el Centro Obrero de Avilés inauguró en el desván de su sede central una pequeña escuela para hijos de sindicalistas. Encontrar un profesor no religioso resultó difícil, y la tarea recayó en un barrendero municipal jorobado, un tanto más cultivado que la mayoría de sus compañeros. Más tarde, Carrillo recordaría con arrepentimiento las crueles burlas a las que él y otros niños traviesos sometían al pobre hombre.

Poco después, a principios de 1924, Wenceslao ya era un alto cargo sindicalista empleado a tiempo completo en la Unión General de Trabajadores y colaborador de *El Socialista,* el periódico del PSOE, y la familia se trasladó a Madrid. Allí, con el exiguo salario que la UGT podía pagarle, pasaron por diversos barrios de clase trabajadora. Al principio se vieron obligados a vivir en condiciones atroces, y Santiago incluso recordaría más adelante haber sido testigo de suicidios y crímenes pasionales. En el barrio de Cuatro Caminos tuvo la fortuna de poder acceder a un colegio excelente, el Grupo Escolar Cervantes[2]. Con el

tiempo, atribuyó a sus comprometidos profesores y a sus jornadas lectivas de doce horas una enorme influencia en su desarrollo, sobre todo su indiscutible ética laboral. Entre las críticas que se pueden hacer a Carrillo no está la holgazanería. También lo curtieron las constantes peleas a puñetazos con varios matones del colegio.

A los catorce años, su ambición era ser ingeniero. Sin embargo, ni la escuela ni su familia podían costearle las pruebas de acceso para cada una de las seis asignaturas del bachillerato. Al no poder seguir adelante con los estudios, abandonó el colegio con una profunda sensación de injusticia social. No obstante, gracias a su padre, pronto emprendería una meteórica carrera en el movimiento socialista. Wenceslao le consiguió un trabajo en la Gráfica Socialista, el taller de imprenta del periódico del PSOE. Ello requería que se afiliara a la UGT y a la Federación de Juventudes Socialistas (FJS). En noviembre de 1929, el ambicioso Santiago, que todavía no había cumplido los quince años, publicó sus primeros artículos en el semanario ovetense *La Aurora Social,* donde pedía la creación de una sección estudiantil en la FJS. Merced a la posición de su padre, ascendió increíblemente rápido en la Federación, y fue admitido por votación en el comité ejecutivo casi de inmediato. En este sentido, tuvo una importancia crucial el hecho de que Wenceslao Carrillo fuera amigo personal de Francisco Largo Caballero, un líder sindical de gran influencia, al que llamaban afectuosamente «Don Paco» en casa de los Carrillo. Cada semana, ambas familias solían celebrar comidas campestres en Dehesa de la Villa, a las afueras de Madrid. Al parecer, además de la comida y el vino, solían llevar un organillo, que utilizaban para acompañar a Don Paco y su esposa, Concha, cuando demostraban sus habilidades con el chotis, el baile madrileño típico. Este vínculo había de suponer un enorme espaldarazo para la carrera de Santiago en las filas del PSOE. De hecho, el veterano líder había dado a menudo el biberón al pequeño Santiago, con lo que se estableció una actitud

de paternalismo hacia Santiago que duró hasta la Guerra Civil. Cuando tuvo edad suficiente para entender las cosas, Santiago escucharía con avidez las conversaciones que mantenían su padre y Largo Caballero acerca de las disputas internas de la UGT y el PSOE. No cabe duda de que la postura absolutamente pragmática de esos dos curtidos burócratas sindicalistas ejercería una gran influencia en el desarrollo político de Santiago. El modo en que los conflictos tendían a personalizarse también quedaría reflejado en su gestión de las polémicas tanto en el Partido Socialista como en el Comunista en estadios posteriores de su vida[3].

Pronto empezó a publicar con regularidad en *Renovación,* el semanario de la FJS. Gracias a ello mantenía frecuentes contactos con la célebre y prodigiosa intelectual Hildegart Rodríguez, que había nacido un año después que él y que de adolescente ya ofrecía conferencias y escribía artículos sobre política sexual y eugenesia. A los ocho años de edad, Rodríguez hablaba seis idiomas, y obtuvo una licenciatura en Derecho a los diecisiete. Justo cuando empezaba a cobrar protagonismo dentro de las Juventudes Socialistas, fue abatida a disparos por su madre, Aurora, celosa de su creciente independencia. A principios de 1930, el director de *El Socialista,* Andrés Saborit, brindó a Santiago la posibilidad de abandonar la maquinaria de la imprenta para trabajar a tiempo completo en la redacción del periódico. Un ascenso en el que parece que pudieron influir su padre y Don Paco. Empezó de manera bastante modesta, cortando y pegando artículos de agencia y redactando titulares para estos. No obstante, pronto se convirtió en periodista en prácticas y obtuvo el puesto de informador municipal[4].

A finales de enero de 1930 se produjo la salida de España del dictador Miguel Primo de Rivera. Entre este momento y la instauración de la Segunda República, el 14 de abril de 1931, hubo una considerable agitación en las filas del movimiento socialista. Desde luego, se apreciaban todavía pocos indicios de la radicalización que se desarrollaría a partir de 1933 y que

catapultaría a Santiago Carrillo a una considerable prominencia en el movimiento izquierdista. Los problemas en aquellos días giraban en torno a la validez y el valor de la colaboración socialista con el Gobierno. A finales de los años veinte, justo cuando Santiago Carrillo empezaba a involucrarse en las Juventudes Socialistas, existían básicamente tres facciones dentro de la Unión General de Trabajadores y el PSOE. La más moderada de las tres, aunque en apariencia la más radical por su adhesión a la rígida teoría marxista, era la liderada por el presidente del partido y del sindicato, Julián Besteiro, catedrático de Lógica en la Universidad de Madrid[5]. En el centro, aunque en aquel momento era la más realista y, paradójicamente, en el contexto de su época, la más radical, estaba el grupo asociado con Indalecio Prieto, propietario del influyente periódico bilbaíno *El Liberal*[6]. La tercera facción, a la que estaba vinculado Wenceslao, el padre de Carrillo, era la de Largo Caballero, vicepresidente del PSOE y secretario general de la UGT[7]. Gracias a su puesto de aprendiz en la plantilla editorial de *El Socialista,* donde mantenía contacto diario con Andrés Saborit, el colaborador más próximo a Besteiro, y a los vínculos con Largo Caballero a través de su padre, a Santiago Carrillo le resultaba fácil seguir las polémicas internas, aunque, para proteger su trabajo, todavía no tomaba partido públicamente.

El movimiento socialista español era fundamentalmente reformista y, a excepción de Besteiro, carecía de una tradición de marxismo teórico. En ese sentido, era fiel a sus orígenes entre los impresores, la aristocracia de la clase trabajadora en el Madrid de finales del siglo XIX. A su fundador, el austero Pablo Iglesias Posse, siempre le interesó más sanear la política que la lucha de clases. Julián Besteiro, su sucesor como líder del partido, también creía que un aislacionismo político marcadamente moral era la única opción viable en el corrupto sistema de la monarquía constitucional. Por el contrario, y en un tono en general más realista, Indalecio Prieto, una persona inusual, puesto que no

tenía un sindicato detrás, creía que el movimiento socialista debía hacer cuanto fuera necesario para defender los intereses de los trabajadores. Sus experiencias en la política bilbaína lo habían convencido de la necesidad previa de instaurar la democracia liberal. Sus primeras alianzas con republicanos locales de clase media lo llevaron a defender una coalición republicano-socialista como un paso necesario para obtener el poder[8]. Ello ocasionó conflictos con Largo Caballero, que desconfiaba de los políticos burgueses y creía que la actividad apropiada para el movimiento obrero era la acción huelguista. La hostilidad que mostró Largo Caballero hacia Prieto durante toda su vida sería asumida en parte por Santiago Carrillo y, desde 1934, formaría parte de su carácter político.

No obstante, el conflicto subyacente entre Prieto y Largo Caballero tuvo escasas repercusiones antes de 1914. Esto obedecía en gran medida a que en las dos décadas previas al estallido de la Gran Guerra, los precios y los salarios habían sido relativamente estables en España, aunque los primeros figuraban entre los más elevados y los segundos entre los más bajos de Europa. De resultas de ello, apenas se mantuvieron debates relevantes sobre el ascenso al poder por medios electorales o a través de huelgas revolucionarias. En 1914, esas circunstancias empezaron a cambiar. Como país no beligerante, España podía suministrar comida, uniformes, material militar y transporte a ambos bandos. El auge industrial vertiginoso, acompañado de una temible inflación, alcanzó su punto álgido en 1916. En respuesta a un dramático deterioro de las condiciones sociales, el PSOE y la UGT participaron en una huelga general convocada en todo el país a mediados de agosto de 1917. Incluso entonces, los principales objetivos de los socialistas eran cualquier cosa menos revolucionarios, y no iban más allá de los llamamientos a la instauración de un Gobierno provisional, a unas elecciones a las Cortes Constituyentes y a unas medidas enérgicas para combatir la inflación. La huelga iniciada el 10 de agosto de 1917 fue

fácilmente aplastada, y pese a su carácter pacífico desató una salvaje represión en Asturias y el País Vasco, dos de los principales bastiones socialistas, además de Madrid. En Asturias, provincia natal de la familia Carrillo, el general Ricardo Burguete y Lana, gobernador militar de la región, declaró el estado de guerra el 13 de agosto, y acusó a los organizadores de la huelga de ser mercenarios al servicio de potencias extranjeras. Tras anunciar que daría caza a los huelguistas «como bestias salvajes», envió columnas de tropas regulares y guardias civiles a las cuencas mineras, en las que emprendieron una orgía de violaciones, saqueos, palizas y torturas. Con ochenta muertos, ciento cincuenta heridos y dos mil detenidos, el fracaso de la huelga estaba garantizado[9]. Manuel Llaneza, líder moderado del sindicato de mineros de Asturias, escribió en aquel momento sobre el «odio africano» durante una acción en la que una de las columnas de Burguete se encontraba al mando del joven comandante Francisco Franco[10]. Como veterano sindicalista que había experimentado la huelga y la severidad de la posterior represión en Asturias, Wenceslao Carrillo destacó en adelante por su cautela a la hora de tomar cualquier decisión que pudiera desencadenar un conflicto peligroso con el Estado.

Los cuatro miembros del comité de huelga nacional fueron detenidos en Madrid. Se trataba de Besteiro, vicepresidente del PSOE; Largo Caballero, su homólogo en la UGT; Andrés Saborit, líder del sindicato de impresores y ya entonces director de *El Socialista,* y Daniel Anguiano, secretario general del sindicato de trabajadores ferroviarios. Los cuatro estuvieron a punto de ser ejecutados sumariamente, pero a la postre fueron condenados a cadena perpetua. Solo pasaron varios meses en prisión ya que gracias a una campaña de amnistía en todo el país, fueron puestos en libertad al ser elegidos a las Cortes en las elecciones generales del 24 de febrero de 1918. Aquella experiencia tuvo un efecto traumático en la trayectoria de los cuatro. En general, la cúpula socialista, y sobre todo la burocracia de la UGT, quedó

conmocionada, y consideró que el papel del movimiento en 1917 había sido una osadía sin sentido. Largo Caballero, al igual que Wenceslao Carrillo, más interesados en la supervivencia material e inmediata de la UGT que en futuros objetivos revolucionarios, estaba decidido a no poner nunca más en riesgo los logros legislativos ya existentes y las propiedades del movimiento en un enfrentamiento directo con el Estado. Tanto Besteiro como Saborit se volvieron cada vez menos radicales. Cada uno a su manera, percibían la futilidad de un ataque frontal del débil movimiento socialista español contra el Estado. Anguiano, por el contrario, avanzó hacia posiciones más extremistas, y a la postre fue uno de los fundadores del Partido Comunista.

La continua inflación y el aumento del desempleo en la depresión posterior a 1918 propiciaron, tras la Revolución rusa, el nacimiento de un grupo subversivo dentro del movimiento socialista, particularmente en Asturias y el País Vasco. Anguiano y otros veían los hechos acontecidos en Rusia y el fracaso de la huelga de 1917 como una constatación de que era inútil trabajar hacia una fase democrática burguesa en la senda que conducía al socialismo. Entre 1918 y 1921, el movimiento socialista se vería dividido por tres amargos años de debate sobre la relación del PSOE con la Comintern; el problema fundamental que pretendían resolver era si el socialismo español había de ser legalista y reformista o violento y revolucionario. La tendencia pro bolchevique cayó derrotada en tres congresos de partido celebrados en diciembre de 1919, junio de 1920 y abril de 1921. En un pulso muy equilibrado, la cúpula ganó merced a los votos de la fuerte burocracia de trabajadores liberados del sindicato. Los elementos pro rusos abandonaron el PSOE para formar el Partido Comunista de España[11]. Numéricamente no fue una pérdida grave. Sin embargo, en una época de grave crisis económica y social, consolidaba la moderación fundamental del movimiento socialista y lo dejaba sin una dirección clara.

Indalecio Prieto había pasado a formar parte del Comité Ejecutivo del PSOE en 1918[12], y representaba a un sector importante del movimiento comprometido con la búsqueda de la reforma a través de la victoria electoral de un amplio frente de fuerzas democráticas. Prieto se sintió consternado cuando la parálisis del movimiento socialista quedó expuesta por la llegada de la dictadura militar del general Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923. La toma de poder por parte del Ejército fue básicamente una respuesta al malestar urbano y rural de los seis años anteriores. Sin embargo, los líderes socialistas no previeron el golpe ni mostraron gran preocupación por el hecho de que el nuevo régimen pronto empezara a perseguir a otras organizaciones de trabajadores. Una nota conjunta del PSOE y la UGT se limitaba a indicar a sus miembros que no iniciaran huelgas u otros actos «estériles» de resistencia sin instrucciones de sus respectivos comités ejecutivos para evitar represiones. Ello reflejaba la determinación de Besteiro y Largo Caballero de no poner nunca más en peligro la existencia de la UGT en un enfrentamiento directo con el Estado, máxime si hacerlo tan solo beneficiaba a la causa del liberalismo burgués[13].

Pronto quedó claro que había una delgada línea entre evitar un enfrentamiento arriesgado con la dictadura y la colaboración activa. En vista de la pasividad socialista durante su golpe de Estado, el dictador confiaba en una respuesta favorable cuando propuso que el movimiento cooperara con su régimen. En un manifiesto del 29 de septiembre de 1923, Primo agradecía a la clase trabajadora su actitud durante la toma del poder. Sin duda esto iba dirigido a los socialistas. También insinuaba que el régimen fomentaría la legislación social anhelada por Largo Caballero y los reformistas de la UGT, y alentó a los trabajadores a abandonar aquellas organizaciones que los llevaban por «la senda de la ruina». Esta referencia incuestionable a la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), una formación de signo revolucionario y anarcosindicalista, y al Partido Comunista de

España era un mensaje astuto y apenas velado para la UGT, y sugería que podía convertirse en la única organización de clase trabajadora en España. A cambio de colaborar con el régimen, la UGT tendría el monopolio de las actividades sindicalistas y podría atraer a las bases de sus rivales anarquistas y comunistas. Largo Caballero estaba encantado, pues era hostil a cualquier empresa que pudiera hacer peligrar las condiciones materiales de los miembros de la UGT. Consideraba que las actividades revolucionarias de comunistas y anarquistas estaban entre dichas empresas. Creía asimismo que, bajo una dictadura, si bien la lucha política podía quedar suspendida, la defensa de los derechos de los trabajadores debía continuar por todos los medios posibles. Por ello, estaba totalmente abierto a la propuesta de Primo[14]. A comienzos de octubre, los comités ejecutivos del PSOE y la UGT acordaron en una reunión conjunta la colaboración con la dictadura. Solo hubo tres votos contra la resolución, entre ellos los de Fernando de los Ríos, un distinguido catedrático de Derecho de la Universidad de Granada, e Indalecio Prieto[15].

Mientras estos argumentaban que el PSOE debía unirse a la oposición democrática contra la dictadura, Besteiro, al igual que Largo Caballero, respaldaba la cooperación, aunque por motivos algo distintos. Su lógica era crudamente marxista. A partir de la premisa errónea de que España todavía era un país semifeudal que aguardaba una revolución burguesa, razonaba que no era tarea de la clase trabajadora española cumplir las labores de la burguesía. Así, hasta que la burguesía completara su quehacer histórico, la UGT debía aprovechar la oportunidad que le brindaba la dictadura para gozar del monopolio laboral en todo el Estado. Su argumento se sostenía sobre unos cimientos poco firmes. Aunque España no había experimentado una revolución política de corte democrático como Inglaterra y Francia, los vestigios del feudalismo habían ido mermando a lo largo del siglo XIX, cuando el país se sometió a una profunda revolución legal y económica. La opinión de Besteiro, para quien la clase

trabajadora debía hacerse a un lado y dejar la construcción de la democracia a la burguesía, era, por tanto, poco realista, y desembocaría en su aniquilación ideológica a manos de socialistas extremos, incluido Santiago Carrillo, en los años treinta.

Prieto y otros miembros del Partido Socialista, pero no de la UGT, se sintieron escandalizados por el oportunismo que demostraron los líderes del movimiento. Aceptaban que las huelgas contra el Ejército habrían sido autodestructivas, una heroica sentimental que habría puesto en peligro el movimiento de los trabajadores con el solo objeto de salvar el sistema degenerado de la monarquía de la Restauración. Sin embargo, no podían admitir que eso justificara una estrecha colaboración con él. Nadie les hizo caso, y la integración de los líderes nacionales con la dictadura fue considerable. La UGT incluso tenía representantes en varios comités estatales. Uno de los más importantes, el Consejo Interventor de Cuentas del Estado, tenía por representante socialista a Wenceslao Carrillo[16]. A buena parte de las secciones de la UGT se les permitió seguir en activo, y el sindicato estaba bien representado en un nuevo Consejo del Trabajo. Por el contrario, anarquistas y comunistas sufrieron una absoluta represión de sus actividades. A cambio de abstenerse de organizar huelgas y manifestaciones públicas, se ofreció un importante premio a la UGT. El 13 de septiembre de 1924, coincidiendo con el primer aniversario del golpe militar, un decreto real permitió que un representante de los trabajadores y otro de la patronal pertenecientes al Consejo del Trabajo se unieran al Consejo de Estado. Los miembros de la UGT eligieron a Largo Caballero. Dentro de la propia UGT, esto no tuvo repercusiones desfavorables; Besteiro era vicepresidente y Largo, secretario general. El presidente, el ahora envejecido y débil Pablo Iglesias, no se opuso. Sin embargo, hubo cierto grado de indignación en el PSOE.

Prieto estaba consternado; temía, y con razón, que el oportunismo de Largo Caballero fuese explotado por el dictador

por su valor propagandístico. De hecho, el 25 de abril de 1925, Primo citó la presencia de Largo Caballero en el Consejo de Estado como una razón para gobernar sin Parlamento, afirmando: «¿Para qué queremos a los elegidos?»[17]. Cuando Prieto y De los Ríos escribieron a la ejecutiva del PSOE incidiendo en la necesidad de que los líderes del partido guardaran distancias con la cúpula militar, el Comité Ejecutivo repuso que el nombramiento de Largo Caballero era cosa de la UGT. Esto era absolutamente falso, puesto que los mismos individuos constituían las comisiones ejecutivas de ambos organismos, que normalmente llevaban a cabo deliberaciones conjuntas sobre asuntos nacionales de enjundia. En vista de tamaña deshonestidad, Prieto abandonó la comisión[18]. Inevitablemente, habida cuenta del egoísmo de Largo Caballero, su ya enconado resentimiento personal hacia Prieto quedó grabado a fuego[19], y proseguiría durante los años de la República y la Guerra Civil; de hecho, en muchos sentidos, influiría profundamente en Santiago Carrillo. Cuando sus propias posiciones políticas chocaron frontalmente con las de Prieto a partir de finales de 1933, Santiago adoptó una enconada hostilidad hacia él que se nutría de la mostrada por su mentor. Esta circunstancia dañaría seriamente a la República y, asimismo, a la causa antifranquista después de la Guerra Civil.

A los cuatro años de la instauración del régimen, el auge económico que había facilitado la colaboración socialista estaba tocando a su fin. El marcado aumento del desempleo vino acompañado de crecientes indicios de malestar entre los trabajadores. Las posiciones socialdemócratas de Prieto y De los Ríos empezaban a recabar apoyos, y constituían solo una de las tres tendencias dentro del movimiento socialista, cuyas divisiones se habían visto exacerbadas por la dictadura. La deteriorada situación económica confirmó en sus ideas a Prieto, Besteiro y Saborit, estos últimos marxistas de una rígida ortodoxia y profundamente reformistas. Sin embargo, alteró el estado de

ánimo de las masas trabajadoras socialistas y, a consecuencia de ello, afectó gravemente a la visión de los pragmáticos sindicalistas que se encontraban a las órdenes de Largo Caballero. Este había apostado por garantizar a la UGT un monopolio casi absoluto dentro de la maquinaria estatal de arbitraje industrial, pero apenas había servido para mejorar la afiliación. De hecho, aunque se apreció un ligero incremento general en el número de miembros, fue decepcionante en comparación con la privilegiada posición de la UGT. Además, se produjo un descenso en la cifra de afiliados que pagaban sus cuotas en dos de las secciones más sólidas del sindicato: los mineros asturianos y los trabajadores del campo[20]. Siempre sensible a los cambios en el sentir de las bases, Largo Caballero empezó a replantearse su posición y a reconsiderar las ventajas de un radicalismo retórico. Como Wenceslao Carrillo hablaba abiertamente con su hijo de trece años, es de suponer que las posturas extremistas de Santiago en el período comprendido entre 1933 y 1935 podían provenir de entonces. La diferencia estribaba en que él creía en las soluciones revolucionarias, mientras que Largo Caballero simplemente empleaba la jerga revolucionaria con la esperanza de aterrorizar a la burguesía.

En el XII Congreso del PSOE, celebrado en Madrid del 9 de junio al 4 de julio de 1928, Prieto y otros abogaron por la resistencia contra la dictadura, y un comité especial creado para evaluar las tácticas del partido rechazó la colaboración por seis votos a cuatro. No obstante, pese a esta derrota de Largo Caballero, la mayoría seguía respaldando la cooperación. Esto quedó reflejado en las elecciones para nombrar a los cargos del partido y en las de la UGT en su XVI Congreso, celebrado entre el 10 y el 15 de septiembre. Pablo Iglesias había fallecido el 9 de diciembre de 1925. Después de haberle sustituido de forma temporal, Besteiro fue elegido formalmente para sucederlo como presidente del PSOE y la UGT. Todos los altos cargos recayeron en seguidores de Besteiro o de Largo Caballero. En el PSOE,

Largo Caballero fue nombrado vicepresidente, Saborit tesorero, Lucio Martínez Gil secretario general y Wenceslao Carrillo secretario de actas. En la UGT, Saborit fue elegido vicepresidente, Largo Caballero secretario general y Wenceslao Carrillo tesorero[21]. Pese al aumento del desempleo hacia el final de la década y al creciente número de huelgas, en enero de 1929 Largo Caballero seguía oponiéndose a las acciones directas y apoyando la legislación del Gobierno[22]. Sin embargo, ante el deterioro de la situación, no pudo hacerlo con gran convicción. La oposición al régimen iba a más en las universidades y el Ejército. Intelectuales, republicanos e incluso políticos monárquicos protestaban contra los abusos de la ley. La peseta estaba cayendo y en el transcurso de 1929 empezaron a dejarse sentir en España los primeros efectos de la depresión mundial. Al margen de Unión Patriótica, la formación política del dictador, los socialistas fueron quedando paulatinamente aislados como sus únicos partidarios.

La situación alcanzó un punto crítico en verano, cuando el general Primo de Rivera ofreció a la UGT la posibilidad de elegir a cinco representantes para una propuesta de Parlamento no electo que se daría a conocer como la Asamblea Nacional. Cuando los comités nacionales del PSOE y la UGT se reunieron para debatir dicha oferta el 11 de agosto, Largo Caballero propuso rechazarla, mientras que Besteiro, con el apoyo de Wenceslao Carrillo, estaba a favor de aceptarla. Pero se impuso Largo Caballero, quien había cambiado de parecer por la pragmática razón de que la colaboración estaba desprestigiada ante las bases[23]. Dado que Besteiro consideraba la dictadura un estadio transitorio en la descomposición del régimen monárquico, le pareció lógico aceptar los privilegios ofrecidos por el dictador. Según su simplista y ortodoxo análisis marxista, la monarquía debía ser derrocada por una revolución burguesa y, por tanto, la labor de los líderes de la UGT y el PSOE consistía en mantener sus organizaciones intactas hasta que estuvieran preparadas para trabajar por el socialismo dentro de un régimen burgués[24].

Largo Caballero pronunció varios discursos a finales de 1929 y principios de 1930 que sugerían un acercamiento a la postura de Prieto y De los Ríos a favor de la cooperación socialista con republicanos de clase media contra la monarquía[25]. Pragmático y oportunista, preocupado en todo momento por los intereses materiales del movimiento socialista y el mantenimiento del control de la burocracia sobre las bases del partido, siempre era proclive a cambios de posición repentinos e inconsistentes. Primo de Rivera dimitió el 28 de enero de 1930 y fue sustituido por el general Dámaso Berenguer. Justo en el momento en que el joven Santiago Carrillo era ascendido de la imprenta de *El Socialista* a la plantilla editorial, los socialistas parecían hallarse en una posición de fuerza pese a los fracasos de la colaboración. Otros grupos de izquierdas habían sido perseguidos. Los partidos de derechas habían puesto su fe en el régimen militar y permitieron a sus organizaciones, y lo que es más importante, a sus redes de falsificación electoral, entrar en declive. Era inevitable que la creciente oposición a la monarquía buscara el apoyo de los socialistas. Con unas bases socialistas cada vez más militantes, sobre todo al seguir los ejemplos de la resurgente CNT anarcosindicalista y el Partido Comunista, Largo Caballero avanzó cada vez más rápido hacia la posición de Prieto. El general Emilio Mola, director de Seguridad, estaba convencido de que lo que él denominaba la «gimnasia revolucionaria» de la CNT estaban obligando a la cúpula de la UGT a seguir su ejemplo por temor a perder miembros[26].

El 17 de agosto, Prieto y De los Ríos asistieron a un mitin de líderes republicanos en San Sebastián. De allí surgieron el denominado Pacto de San Sebastián, el comité revolucionario y el futuro Gobierno provisional republicano-socialista. Los comités nacionales de la UGT y el PSOE se reunieron el 16 y el 18 de octubre, respectivamente, para debatir la oferta de dos ministerios en el Gobierno provisional a cambio del apoyo socialista a un golpe de Estado por medio de una huelga general.

Los besteiristas se oponían, pero Largo Caballero inclinó la balanza. Su cambio de parecer reflejaba ese mismo pragmatismo oportunista que había inspirado su colaboración inicial con la dictadura y más tarde su oposición a esta. El propio Largo Caballero decía entonces: «Estamos en una cuestión de táctica, no de principios»[27]. A cambio del respaldo de la UGT a una insurrección militar contra la monarquía, la oferta republicana aumentó a tres ministerios. Cuando el comité ejecutivo del PSOE se dio cita para valorar la oferta, fue aceptada por ocho votos a seis. Los tres ministros socialistas del Gobierno provisional serían Largo Caballero en la cartera de Trabajo y, para su mal disimulado enojo, Prieto en Obras Públicas y De los Ríos en Instrucción Pública[28].

Todas estas cuestiones eran comentadas por Santiago y su padre cuando se dirigían a casa a diario desde la Casa del Pueblo. Obviamente, Wenceslao defendía una versión que justificaba por entero las posturas de Largo Caballero. No cabe duda de que, al menos a partir de entonces, si no antes, el joven Santiago Carrillo empezó a venerar a Largo Caballero y a tomarse al pie de la letra sus afirmaciones[29]. Hasta los primeros meses de la Guerra Civil no repararía en el irresponsable oportunismo que subyacía en la retórica de su héroe. De adolescente, en los albores de su carrera política, asimiló las convicciones de sus dos mentores: su padre y Largo Caballero. Buenos amigos, ambos eran sindicalistas pragmáticos cuya principal preocupación era proporcionar bienestar material a la Unión General de Trabajadores. La situación económica y legal del sindicato, así como la adhesión de sus miembros, se anteponían a las consideraciones teóricas. Durante las largas conversaciones mantenidas con su padre y en las reuniones de ambas familias, el joven Santiago aprendió unas lecciones básicas qua más adelante aplicaría en su carrera política. Aprendió lo que era el pragmatismo y el oportunismo, cómo funciona una organización y cómo deben plantearse las reuniones y los congresos para garantizar su éxito. Aprendió que,

aunque las polémicas teóricas pudieran encender el ánimo, esas lecciones sobre la organización constituían las verdades inmutables que más importaban. Estas le serían de una utilidad inestimable en su ascenso al poder dentro del Partido Comunista, a la hora de lidiar con las luchas internas que dividieron el Partido en la década de 1960, así como durante la transición y en los primeros años de la democracia en España. Pueden establecerse paralelismos entre la colaboración de la UGT de Largo Caballero con la dictadura del general Miguel Primo de Rivera en la década de 1920 y la adopción de la bandera monárquica por parte de Santiago Carrillo en 1977.Hasta los primeros meses de la Guerra Civil no repararía en el irresponsable oportunismo que subyacía en la retórica de su héroe.

Al margen de algunas huelgas esporádicas, el movimiento socialista no había participado oficialmente en los variados movimientos de la resistencia a la dictadura, al menos hasta sus últimos compases. El Pacto de San Sebastián supuso un cambio drástico. El compromiso de colaborar con la acción revolucionaria dividiría aún más a la UGT y al PSOE. Una huelga en apoyo a un golpe militar se topó con la oposición de Besteiro, Saborit y sus partidarios reformistas dentro de la UGT, Trifón Gómez, del sindicato de trabajadores ferroviarios, y Manuel Muiño. Largo Caballero y Wenceslao Carrillo estaban firmemente a favor. Santiago era un entusiasta simpatizante de la acción revolucionaria, y acababa de leer por primera vez a Lenin, a saber, el panfleto *Dos tácticas de la socialdemocracia,* que esbozaba los cimientos teóricos para la estrategia y las tácticas del Partido Bolchevique y criticaba las de los mencheviques durante la revolución de 1905. Santiago equiparaba la postura de Besteiro con la de estos últimos. También se vio influido por el hecho de que era la línea que habían adoptado su padre y Largo Caballero. Inevitablemente, fue una época incómoda en la oficina que compartía con Saborit en la Gráfica Socialista[30].

Santiago presenció la primera acción violenta a mediados de noviembre de 1930. El día 12, el derrumbamiento de un edificio en construcción situado en la madrileña calle de Alonso Cano acabó con la vida de cuatro trabajadores e hirió de gravedad a otros siete. La larga procesión funeraria por las víctimas sufrió el ataque de la policía y, a consecuencia de ello, la UGT, secundada por la CNT, convocó una huelga general para el 15 de noviembre. Santiago estuvo involucrado en los posteriores enfrentamientos con jóvenes que vendían el periódico católico *El Debate,* que fue el único que había ignorado el llamamiento a la huelga[31]. También participó tangencialmente cuando la UGT cooperó de manera discreta con el movimiento revolucionario pactado en octubre. Finalmente tuvo lugar a mediados de diciembre. Al «comité revolucionario» republicano le habían asegurado que la UGT apoyaría el golpe militar con una huelga. Las cosas se complicaron un poco cuando los capitanes Fermín Galán, Ángel García Hernández y Salvador Sediles se alzaron en Jaca (Huesca) el 12 de diciembre, tres días antes de la fecha acordada, con la esperanza de espolear un movimiento pro republicano en las guarniciones de Huesca, Zaragoza y Lérida. Galán y García Hernández fueron fusilados tras un consejo de guerra celebrado el 14 de diciembre, lo cual llevó a la artillería a retirarse de la conspiración. Y si bien las fuerzas del general Queipo de Llano y los aviadores de la base de Cuatro Vientos siguieron adelante, se dieron cuenta de que se encontraban en una situación desesperada cuando la huelga general no llegó a celebrarse en Madrid[32].

Esto obedeció en gran medida a la oposición manifiesta del liderazgo besteirista. Madrid, el bastión de la facción de Besteiro dentro de la burocracia de la UGT, fue la única ciudad importante donde no hubo huelga. Este fracaso fue objeto de una amarga discusión en el XIII Congreso del PSOE, celebrado en octubre de 1932, en el cual se acusó a los besteiristas de la cúpula de demorarse, aunque no de haber saboteado la huelga. El 10 de

diciembre, cuando Julio Álvarez del Vayo, uno de los socialistas implicados en la conspiración, intentó imprimir en la Gráfica Socialista el manifiesto revolucionario para el día propuesto para la huelga, Saborit se negó de plano. El general Mola, al parecer basándose en afirmaciones del besteirista Manuel Muiño, presidente de la Casa del Pueblo socialista, estaba convencido la noche del día 14 de que la UGT no se uniría a la huelga a la mañana siguiente. Largo Caballero había facilitado a Muiño las órdenes de actuación, pero no hizo nada. Esto fue confirmado involuntariamente por Besteiro cuando dijo en el XIII Congreso del PSOE que, tras haber recibido presiones de algunos miembros de la FJS para que tomara medidas, finalmente le dijo a Muiño que siguiera adelante. Uno de esos miembros de la FJS era Santiago Carrillo, cuya versión posterior arroja dudas sobre la de Besteiro. El hecho es que ninguno de los poderosos sindicatos controlados por la burocracia besteirista impidió la actividad laboral. El grupo de la FJS, incluyendo a Santiago Carrillo (a quien habían entregado una pistola que no sabía utilizar), había ido al cuartel del Conde Duque la noche del 14 de diciembre con la esperanza de tomar parte en el levantamiento que nunca llegó a materializarse. Después de ser dispersado por la policía, pero divisando aviones que arrojaban propaganda revolucionaria sobre Madrid, ese grupo de adolescentes acudió a la sede socialista de la calle Carranza número 20 exigiendo saber por qué no había huelga, pero no recibieron ninguna explicación, tan solo una dura reprimenda del propio Besteiro[33].

Poco después, Santiago fue elegido para el comité ejecutivo de la FJS. Tras el fallido levantamiento de diciembre, el Gobierno celebró elecciones municipales el 12 de abril de 1931 en lo que esperaba que fuera el primer paso de un regreso controlado a la normalidad constitucional. Sin embargo, los socialistas y los republicanos liberales de clase media arrasaron en las principales ciudades, mientras que los monárquicos ganaron solo en las zonas rurales, en las que el dominio social de los caciques permanecía

intacto. La noche de los comicios, cuando empezaron a darse a conocer los resultados, la gente se echó a las calles de las ciudades de España y, a medida que crecía la multitud, se gritaron eslóganes republicanos con un entusiasmo cada vez más marcado. Entre ellos estaba Santiago Carrillo con sus compañeros de la FJS, que participaron en manifestaciones a favor de la República. La noche del 12 de abril recibieron disparos de la Guardia Civil y al día siguiente sufrieron las cargas de la caballería[34]. No obstante, el general José Sanjurjo, comandante de la Guardia Civil, dejó claro que no estaba dispuesto a que se produjera un baño de sangre en nombre de Alfonso XIII. El jefe del Gobierno, el general Dámaso Berenguer, se mostraba igual de pesimista sobre la moral del Ejército. Pese a sus recelos, la mañana del 14 de abril, Berenguer, por lealtad, le dijo al rey que el Ejército lucharía para dar la vuelta a los resultados electorales. Alfonso XIII se negó, pues creía que debía abandonar España con dignidad antes de que lo expulsaran por la fuerza[35]. Carrillo, que tenía entonces dieciséis años, formaba parte de la multitud eufórica que se agolpó en la Puerta del Sol para recibir al Gobierno provisional republicano-socialista.

A pesar de la alegría de la gente que bailaba en las calles, el nuevo Gobierno hacía frente a una tarea amedrentadora. El Ejecutivo consistía en tres socialistas y un grupo ideológicamente dispar de republicanos burgueses insignificantes, algunos de los cuales eran conservadores, otros idealistas y varios de ellos simplemente cínicos. Esa fue la primera flaqueza de la coalición. Habían compartido el deseo de expulsar a Alfonso XIII de España, pero cada uno tenía un programa diferente para el futuro. Había elementos conservadores que no querían ir más allá de acabar con una monarquía corrupta. Luego estaba el Partido Radical de Alejandro Lerroux, cuya principal ambición era simplemente disfrutar de las ventajas del poder. La única exhortación real al cambio provino de los republicanos de izquierdas y los socialistas, cuyos objetivos reformadores eran

ambiciosos, pero distintos. Unos y otros esperaban utilizar el poder del Estado para crear una nueva España. No obstante, eso exigía un amplio programa de reformas que comportaría debilitar la influencia de la Iglesia católica y el Ejército, establecer unas relaciones industriales más equitativas, acabar con los poderes casi feudales de los latifundistas y satisfacer las exigencias autonómicas de los regionalistas vascos y catalanes.

Aunque el poder político había pasado de la oligarquía a la izquierda moderada, el poder económico (la propiedad de los bancos, la industria y la tierra) y el poder social (el control de la prensa y la radio, y de la mayor parte del sistema educativo) permanecían intactos. Aunque la coalición no se hubiese visto coartada por sus miembros menos progresistas, ese enorme programa afrontaba temibles obstáculos. Los tres ministros socialistas se dieron cuenta de que el derrocamiento del capitalismo era un sueño lejano y limitaron sus aspiraciones de mejorar el nivel de vida de los braceros del sur, los mineros asturianos y otros sectores de la clase trabajadora industrial. No obstante, en una economía desacelerada, banqueros, industriales y terratenientes veían cualquier intento de reforma en los ámbitos de la propiedad, la religión o la unidad nacional como un desafío agresivo al equilibrio de poder social y económico existente. Asimismo, la Iglesia católica y el Ejército estaban decididos a oponerse al cambio. Sin embargo, los socialistas creían que debían cumplir las expectativas de quienes se habían deleitado en lo que creían que sería un nuevo mundo. También tenían otro enemigo: el movimiento anarquista.

Los líderes del movimiento anarquista esperaban poco o nada de la república, pues la consideraban otro sistema estatal burgués, poco mejor que la monarquía. A lo sumo, su ala sindicalista quería llevar adelante su rivalidad con la Unión General de Trabajadores, a la cual veía como una organización esquirol debido a su colaboración con el régimen de Primo de Rivera. Estaban sedientos de venganza por la eliminación en los

años veinte de la Confederación Nacional del Trabajo por parte de la dictadura. La Federación Anarquista Ibérica, su rama activista de línea dura, aspiraba a una mayor libertad con la que propagar sus objetivos revolucionarios. La situación no podía ser más explosiva a causa del paro masivo, exacerbado por el regreso de los trabajadores emigrantes y por los peones no cualificados que se quedaron sin empleo al término de las grandes obras públicas de la dictadura. La fugaz luna de miel tocó a su fin cuando las manifestaciones de la CNT-FAI convocadas para el 1 de mayo fueron reprimidas violentamente por las fuerzas del orden. Aquello fue el desencadenante de una declaración anarquista de guerra contra la República, y el inicio de una oleada de huelgas e insurrecciones menores a lo largo de dos años[36].

Obviamente, la derecha atribuyó las actividades anarquistas contra la República al nuevo régimen, que fue retratado en sus poderosos medios de comunicación y desde los púlpitos eclesiásticos como una fuente de anarquía impía[37]. Pese a esas enormes dificultades, la Federación de Juventudes Socialistas compartía el optimismo de la coalición republicano-socialista. Cuando el 14 de abril se proclamó la República en Madrid, militantes de la FJS habían custodiado edificios asociados a la derecha, especialmente el Palacio Real. Cuando el 10 de mayo se quemaron iglesias en respuesta a los monárquicos, la FJS también intentó protegerlas[38]. No obstante, cuando los obstáculos al progreso empezaron a acumularse, la frustración se instaló rápidamente dentro del movimiento socialista en su conjunto.

La máxima prioridad de los socialistas Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo, y Fernando de los Ríos, su homólogo de Justicia, era mejorar la atroz situación de la España rural. El desempleo se había disparado por causa de una sequía que sobrevino durante la temporada de 1930 a 1931 y de los miles de emigrantes obligados a regresar a España cuando la depresión mundial afectó a las economías más ricas. De los Ríos puso trabas

a los desahucios y al aumento de los alquileres a los minifundistas. Largo Caballero presentó cuatro medidas fundamentales. El denominado «decreto de límites municipales», que ilegalizaba la contratación de mano de obra forastera mientras los trabajadores locales de cualquier municipio estaban sin empleo, neutralizaba el arma más potente de los terratenientes: la importación de esquiroles baratos para desbaratar huelgas y rebajar los salarios. También introdujo los jurados mixtos con representación sindical para adjudicar salarios rurales y condiciones laborales que antes se decidían por antojo de los propietarios. Los terratenientes se sintieron aún más molestos por la imposición de la jornada de ocho horas. Hasta la fecha, los braceros habían trabajado de sol a sol. En teoría, los propietarios tendrían que pagar horas extras o contratar a más hombres para realizar el mismo trabajo. A fin de impedir que los propietarios sabotearan esas medidas con paros forzosos, un decreto de cultivo obligatorio les impedía dejar sus tierras inoperativas. Aunque esas medidas eran difíciles de aplicar y a menudo se eludían, sumadas a los preparativos de una radical ley de reforma agraria, acabaron por enfurecer a los terratenientes, que aseguraban que la República estaba destruyendo la agricultura.

Mientras las poderosas cadenas de prensa y radio de la derecha presentaban a la República como una fuente de violencia callejera, se desarrollaron instrumentos políticos para bloquear el proyecto progresista de la coalición recién elegida. Los primeros en entrar en acción fueron los denominados «catastrofistas», cuyo objetivo era provocar la destrucción absoluta del nuevo régimen por medio de la violencia. Las tres principales organizaciones «catastrofistas» eran los partidarios monárquicos de Alfonso XIII, que serían el Estado Mayor y los pagadores de la extrema derecha: la ultrarreaccionaria Comunión Tradicionalista o carlistas (llamados así en honor a su pretendiente al trono) y, por último, pequeños grupos abiertamente fascistas, que acabarían

unificándose entre 1933 y 1934 bajo el liderazgo de José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador, como la Falange Española. Al cabo de unas horas de declararse la República, los monárquicos «alfonsinos» se reunieron para crear una revista que defendiera la legitimidad de un levantamiento contra el sistema, sobre todo dentro del Ejército, y de fundar un partido político que fuese simplemente un frente para realizar mítines, recaudar fondos y conspirar contra la República. La revista *Acción Española* difundiría la idea de que la coalición republicano-socialista era la marioneta de una siniestra alianza de judíos, francmasones e izquierdistas. En cuestión de un mes, sus fundadores habían recaudado considerables fondos para un golpe militar. Su primer intento tuvo lugar el 10 de agosto de 1932, y su fracaso conduciría a la determinación de garantizar que la próxima tentativa estuviese mejor financiada y fuese un éxito absoluto[39].

La otra respuesta principal de la derecha a la República era la obstrucción legal de sus objetivos. Creyendo que las formas de gobierno, ya fueran republicanas o monárquicas, eran «accidentales» y no fundamentales, y que solo importaba el contenido social de un régimen, estaban dispuestos a trabajar dentro de él. El cerebro de esos «accidentalistas» era Ángel Herrera, líder de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), una organización de élite influida por los jesuitas e integrada por unos quinientos destacados católicos de derechas con influencia en la prensa, el poder judicial y las profesiones liberales. Controlaban la cadena de prensa más moderna de España, cuyo buque insignia era *El Debate*. El abogado José María Gil Robles, un inteligente y dinámico miembro de la ACNP, inició el proceso de creación de un gran partido de derechas. Conocido al principio como Acción Popular, sus pocos diputados electos aprovechaban cualquier recurso para bloquear las reformas en las Cortes. Una enorme campaña propagandística logró convencer a los minifundistas católicos

conservadores del norte y el centro de España de que la República era un instrumento impío y agitador del comunismo soviético dispuesto a arrebatarles sus tierras y someter a sus mujeres e hijas a una orgía de amor libre obligatorio. Asegurándose así los votos, en 1933 la derecha legalista iba a arrebatar el poder político a la izquierda[40].

Los esfuerzos de Gil Robles por impedir la reforma en las Cortes y provocar a los socialistas fueron presenciados en nombre de *El Socialista* por Santiago Carrillo, quien había pasado de cronista municipal a desempeñar la ardua tarea de registrar textualmente los debates parlamentarios, lo cual solo podía lograr escribiendo frenéticamente. Sin embargo, dicho trabajo lo puso en contacto con la alborotadora Margarita Nelken, que redactaba las crónicas parlamentarias para *El Socialista*. Nelken, a la sazón seguidora de Largo Caballero, animó a Santiago en su proceso de radicalización y en su camino hacia el comunismo soviético[41].

En los primeros meses de la República, Santiago demostró su valía como orador y habló en varios mítines de la FJS en la provincia de Madrid. Esto culminó en un acto de partido celebrado en la Casa del Pueblo, el templo del PSOE en la capital. Tenía que abrir un programa que incluía a Julián Besteiro, presidente de la formación, y al principio se atoró. Sin embargo, recobró la compostura y ofreció un discurso de una templanza que contrastaba con su aspecto aniñado. Ahí dio señales de que el radicalismo pronto distinguiría a la FJS de sus mayores, y declaró que los socialistas no debían verse refrenados por sus aliados republicanos, amén de hacer constar que en una asamblea reciente, la FJS había decidido que España debía deshacerse de su Ejército. Su ascenso en las filas de la FJS fue meteórico. Sintió una profunda frustración al seguir de cerca la suerte que corrían los decretos de Largo Caballero e incluso ejerció de intermediario con los huelguistas de las aldeas en las que la legislación estaba siendo desoída. En el cuarto congreso de la FJS, celebrado en febrero de 1932, cuando Carrillo acababa de cumplir diecisiete

años, fue elegido secretario de actas del comité ejecutivo, mayoritariamente besteirista, lo cual fue bastante sorprendente, ya que su apoyo al parecer de Largo Caballero sobre la importancia de la participación socialista en el Gobierno lo enfrentaba con José Castro, presidente de la FJS, y con Mariano Rojo, su secretario general. Su elección probablemente obedeció a dos cosas: el hecho de que fuese capaz de reflejar las frustraciones de muchos miembros de las bases y, por supuesto, los conocidos vínculos que mantenía su padre con Largo Caballero. Poco después se convertiría en director de *Renovación,* el semanario de la FJS, que gozaba de una considerable autonomía respecto del comité ejecutivo. Desde sus páginas promovió una línea aún más radical con varios colaboradores de mentalidad afín. Los más veteranos eran Carlos Hernández Zancajo, uno de los líderes del sindicato de transportes, y Amaro del Rosal, presidente del sindicato de empleados de banca. Entre los jóvenes había un grupo —Manuel Tagüeña, José Cazorla, José Laín Entralgo, Segundo Serrano Poncela (su compañero más próximo por aquel entonces) y Federico Melchor (un colaborador con quien más tarde trabaría una amistad de por vida)— que acabarían adquiriendo importancia en el Partido Comunista durante la Guerra Civil. Muy influidos por su idea superficial y bastante romántica de la Revolución rusa, abogaban vehementemente por que el PSOE cosechara más poder. Sus principales objetivos eran Besteiro y sus seguidores, que todavía defendían que los socialistas debían alejarse del Gobierno y dejar que la burguesía llevara a cabo su revolución democrática[42].

El radicalismo intensificado y, en aquel momento, temerario de Carrillo lo llevó a poner en riesgo su vida durante el golpe militar del general Sanjurjo el 10 de agosto de 1932. Cuando llegó a Madrid la noticia de que estaba produciéndose un levantamiento en Sevilla, según sus memorias, abandonó su puesto como cronista de los debates de las Cortes y se subió a un autobús de autoridades republicanas que habían decidido

enfrentarse a los rebeldes. En su posterior descripción de esta temeridad de juventud, asegura que se marchó espontáneamente, sin solicitar permiso al director. Sin embargo, al día siguiente, *El Socialista* publicaba una versión menos heroica, y más plausible. El diario refería que había sido enviado a Sevilla como corresponsal y que había viajado en el tren que llevó a las tropas destinadas oficialmente a sofocar el levantamiento. Fuera cual fuese la verdad de su misión y su método de transporte, sí es cierto que, por fortuna, cuando llegó a Sevilla, Sanjurjo y los demás conspiradores ya se habían rendido y huido a Portugal. El hecho de que Carrillo se quedara en Sevilla recabando material para cuatro artículos sobre el levantamiento que fueron publicados en *El Socialista* apunta a que estaba allí con la bendición de su director[43].

Una lectura atenta de la lúcida prosa que caracteriza los artículos deja entrever que la visita a Sevilla fue un importante punto de inflexión en su proceso de radicalización. En el primero, relataba la connivencia de un alarmante número de oficiales de la guarnición sevillana. En el segundo, describía la indecisión, por no decir complicidad, del gobernador civil republicano, Eduardo Valera Valverde, y comentaba la implicación de la aristocracia local en el golpe fallido. En el tercero, tras algunas observaciones sarcásticas sobre la inacción de la policía, alababa a los trabajadores de la ciudad. A su juicio, el golpe fracasó porque los trabajadores comunistas y anarquistas que dominaban el movimiento obrero de la ciudad habían participado unánimemente en la huelga general convocada por la minoritaria UGT. En el cuarto, reiteraba su convicción de que eran los trabajadores quienes habían salvado la situación, ya fueran los huelguistas de la capital de provincia o los jornaleros sin tierras de las aldeas colindantes, que estaban preparados para interceptar a cualquier columna de tropas rebeldes que Sanjurjo pudiera haber enviado contra Madrid[44].

La experiencia en su conjunto consolidó la creciente convicción de Carrillo de que la gradualidad de la República, sobre todo la personificada por sus ineficaces gobernadores provinciales, jamás lograría vencer al inmenso poder social y económico de la derecha. Su idea de que era necesaria una revolución social verdadera la compartían cada vez más compañeros de las Juventudes Socialistas, pero no su comité ejecutivo. En aquella época emprendió también un recorrido propagandístico por las provincias de Albacete y Alicante. Más tarde pensaba que el itinerario que le impuso la directiva besteirista fue una mala jugada ideada para causarle una considerable incomodidad. Aunque algunos pueblos elegidos estaban dominados por los socialistas, la mayoría se hallaban bajo el control de la CNT. En Elda y Novelda, anarquistas fuertemente armados impidieron el desarrollo de sus mítines. En Alcoy pudo empezar, pero el acto fue interrumpido y tuvo que huir haciendo autoestop hasta Alicante. Tales experiencias formaron parte del endurecimiento de un militante[45].

Aún hay otro episodio en este proceso: a principios de 1933 fue encarcelado tras infringir la Ley de Defensa de la República. Irónicamente, Francisco Largo Caballero había apoyado con entusiasmo su implantación el 22 de octubre de 1931, ya que creía que iba dirigida contra la CNT. En enero, Carrillo y Serrano Poncela fueron detenidos y juzgados por subversión debido a unos artículos incendiarios publicados en *Renovación* durante el estado de emergencia decretado en respuesta a una insurrección anarquista. Se trataba de la revuelta en la que se produjo la famosa masacre de Casas Viejas, en Cádiz. Mientras Carrillo y Serrano Poncela se encontraban en la Cárcel Modelo de Madrid, llegaron varios prisioneros anarquistas, que rechazaron agresivamente las aproximaciones de los dos jóvenes socialistas. Más tarde, Carrillo consideraba su primera estancia breve en la cárcel como una especie de bautismo para un revolucionario en ciernes[46].

Puede que Carrillo se encontrara a la vanguardia del radicalismo, pero no estaba solo. Habida cuenta de que el propósito de sus reformas había sido humanitario y no revolucionario, Largo Caballero se mostraba profundamente resentido por la ferocidad y la eficacia de los obstáculos que había puesto la derecha a la aplicación de sus medidas. El profundo odio que albergaba de joven hacia el capitalismo se reavivó. El asesor teórico más próximo a Largo Caballero era Luis Araquistáin, quien, como subsecretario del Ministerio de Trabajo, había compartido su frustración por las obstrucciones derechistas. Muy influido por Araquistáin, Largo Caballero empezó a dudar de la eficacia del reformismo democrático en un período en el que la depresión económica hacía inflexible al capitalismo. Inevitablemente, serían aquellos líderes socialistas que se hallaban más cerca de los problemas de los trabajadores —el propio Largo Caballero, Carlos de Baraibar, su director general de Trabajo y Araquistáin— quienes acabaron rechazando el reformismo por considerarlo algo sumamente inútil. En un artículo escrito en 1935, Araquistáin comentaba el error en el que cayó el socialismo al pensar que solo porque una ley fuera publicada en la *Gaceta* sería obedecida. Según rememoraba: «Yo veía en el Ministerio del Trabajo a Largo Caballero ocupado febrilmente día y noche en preparar y dictar leyes sociales de profundo alcance para la desarticulación del caciquismo tradicional». Fue inútil. Mientras el ministro redactaba esas nuevas leyes, Araquistáin tenía que lidiar con «comisiones obreras que venían diariamente de los campos castellanos, andaluces, extremeños, a denunciarnos que las leyes ya vigentes no se cumplían, que los caciques seguían mandando y que la fuerza pública nada hacía para meterlos en cintura». La consecuente furia y frustración se tradujo ineludiblemente en la creencia de que los socialistas necesitaban más poder[47].

En otoño de 1932, al menos verbalmente, Largo Caballero parecía estar alcanzando el radicalismo de su joven discípulo. El

grado de su radicalización retórica se evidenciaba en su lucha contra el ala moderada del movimiento socialista, dirigida por Julián Besteiro. En el XIII Congreso del PSOE, celebrado del 6 al 13 de octubre de 1932, las posturas abstencionistas de Besteiro fueron derrotadas por los esfuerzos combinados de Prieto y Largo Caballero, que fue elegido presidente del partido[48]. De hecho, ese congreso del PSOE fue el último gran voto de confianza socialista en la eficacia de la colaboración con el Gobierno. Finalizó el 13 de octubre. Al día siguiente dio comienzo el XVII Congreso de la UGT; controlado por el voto en bloque de los sindicatos cuyos aparatos estaban en manos de los seguidores de Besteiro, los impresores (Andrés Saborit), los trabajadores ferroviarios (Trifón Gómez) y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, FNTT (Lucio Martínez Gil). Por consiguiente, y a pesar de la creciente radicalización de las bases de esos sindicatos, el XVII Congreso eligió a un comité ejecutivo con Besteiro como presidente y sus principales aliados en puestos clave. De hecho, Largo Caballero fue nombrado secretario general, pero envió de inmediato una carta de dimisión, alegando que el debate del congreso sobre la huelga de diciembre de 1930, que había justificado a Besteiro y Muiño, constituía una crítica a su postura. Estaba convencido de que el estado de ánimo de las bases exigía una política más decidida[49].

La posición de Largo Caballero estaba influida por los acontecimientos que tenían lugar tanto fuera como dentro de España. Él y muchos otros miembros del partido y del sindicato, y en especial el movimiento juvenil, estaban convencidos de que el fascismo constituía una grave amenaza para la República. Conscientes del fracaso de los socialistas alemanes e italianos en su oposición al fascismo, abogaban por tomar las riendas de la iniciativa. Durante la primera mitad de 1933, la prensa socialista había dejado constancia de su interés en los acontecimientos que tenían lugar en Alemania y de la idea de que Gil Robles y sus seguidores pretendían seguir los pasos de Hitler y Mussolini. Con

frecuencia, Largo Caballero recibía cartas de Araquistáin, quien, como embajador español en Berlín, estaba presenciando con horror el auge del nazismo[50].

En verano de 1933, Largo Caballero y sus asesores llegaron a creer que la coalición republicano-socialista era incapaz de resistir el ataque conjunto de la patronal industrial y agrícola contra su legislación social. En vista de ello, decidió intentar recuperar un contacto más estrecho con las bases, que se había diluido un tanto durante su ejercicio ministerial. La primera revelación pública de sus posturas radicales recién adquiridas comenzó con un discurso pronunciado en el cine Pardiñas de Madrid el 23 de julio, como parte de un acto de recaudación de fondos para *Renovación*. En realidad, el discurso fue eminentemente moderado y pretendía defender la colaboración ministerial de las críticas de Besteiro. No obstante, su tono se endureció al hablar de la postura cada vez más agresiva de la derecha. Declarando que el fascismo era el último recurso de la burguesía en tiempos de crisis capitalista, aceptaba que el PSOE y la UGT tenían el deber de impedir su instauración en España. Olvidó las resoluciones tomadas tras la derrota de 1917, y anunció que si eso significaba hacerse con el poder y establecer la dictadura del proletariado, los socialistas, aunque reacios, deberían estar preparados para hacerlo. Los tramos más extremistas de su discurso fueron acogidos con vítores entusiastas, lo cual confirmó a Largo Caballero la validez de su aproximación a una línea revolucionaria. Serrano Poncela, Carrillo y otros consideraban a Largo Caballero su defensor y a sí mismos los pioneros de su nueva línea. «La figura señera de Largo Caballero» era descrita en términos aduladores que recordaban al servilismo del Partido Bolchevique estalinista «como representante de un estado de conciencia de las masas en la república democrática, como vitalizador de un partido de clase»[51].

Como la FJS estaba experimentando un incremento en el número de afiliados, muchos de ellos poco instruidos, se decidió organizar en 1932 una escuela de verano anual para la formación de becarios en Torrelodones, al noroeste de Madrid. La segunda se celebró en la primera mitad de agosto de 1933, y contó con la presencia de los principales barones del PSOE. Besteiro fue el primero en hablar el 5 de agosto, con un discurso titulado «Los caminos del socialismo». Era obvio que su propósito consistía en desacreditar la nueva línea radical propugnada por Largo Caballero en el cine Pardiñas. Insinuando que era un mero ardid para cosechar entre las masas una popularidad barata, condenó la idea de una dictadura socialista para derrotar al fascismo, y la tachó de «un absurdo y una vana ilusión infantil». Sin nombrarlo, habló con elocuencia de los peligros de un culto a la personalidad, que era precisamente lo que Carrillo y el grupo radical de la FJS estaban creando en torno a Largo Caballero. Un sentimiento que podía ser fruto de la genuina admiración que Carrillo le profesaba, aunque también le sería útil en sus ambiciones personales. Esta actitud volvió a repetirse más adelante en su relación con Dolores Ibárruri. El discurso de Besteiro fue recibido con abucheos. *El Socialista* se negó a publicarlo, reflejo de que el periódico estaba dirigido entonces por Julián Zugazagoitia, un seguidor de Prieto y simpatizante de la FJS que, por el momento, seguía fielmente la línea de Largo Caballero, el presidente del PSOE[52].

El 6 de agosto habló Prieto. Su lenguaje no fue tan condescendiente ni beligerante, aunque también advirtió de los peligros del radicalismo fácil. Si bien defendió, como ya había hecho Largo Caballero, los logros de la República hasta la fecha, también denunció la salvaje determinación de los poderes económicos de destruir la legislación social del sistema. No obstante, alentó a los doscientos jóvenes socialistas que formaban parte de su público y soñaban con una revolución bolchevique a tener en cuenta que la flaqueza de las clases dominantes y de las

instituciones estatales y militares en la Rusia de 1917, un país asolado por la guerra, no estaba presente en la España de 1933. También recalcó que, aunque era factible que los socialistas se hicieran con el poder, era poco probable que los capitalistas de otras regiones de Europa se quedaran de brazos cruzados. Fue un discurso habilidoso en el que reconocía la justificación moral de la FJS al anhelar una línea más radical, pero rechazaba su validez para la política del PSOE. Eso no era lo que querían oír los becarios que se habían dado cita allí. Prieto fue recibido con menos hostilidad que Besteiro, pero aun así la acogida resultó fría, y su discurso también fue ignorado por *El Socialista*[53].

Al principio no estaba previsto que Largo Caballero hablara en la escuela de verano. Sin embargo, Carrillo le había hecho saber que los parlamentos de Besteiro y Prieto habían causado una gran insatisfacción y lo invitó a poner remedio a la situación. Largo Caballero aceptó de inmediato, convencido de que mantenía una comunicación única con las bases. En un discurso un tanto amargo, reveló su consternación por la virulencia de los ataques de la derecha contra la legislación socialista, y afirmó que las reformas a las que aspiraba eran imposibles dentro de los confines de la democracia burguesa. Según dijo, se había radicalizado a causa de la intransigencia de la burguesía durante sus veinticuatro meses en el Gobierno: «Hoy estoy convencido que realizar una obra socialista en la democracia burguesa es imposible». Aunque reiteró su compromiso continuado con la legalidad, aseguró: «En España se va creando una situación revolucionaria tal por el progreso del sentimiento político de las masas obreras y por la incomprensión de la clase capitalista, que no tendrá más remedio que estallar algún día. Ante esta posibilidad nosotros debemos prevenirnos». El discurso alarmó tanto a la derecha como complació a los jóvenes socialistas y, a decir de Fernando Claudín, se oyeron gritos de «¡Viva el Lenin Español!». La acuñación del atributo se ha atribuido al Kremlin, a Araquistáin y a Carrillo[54].

Transcurrido menos de un mes desde la escuela de verano, el 11 de septiembre, la coalición republicano-socialista había caído. Largo Caballero fue entrevistado por Carrillo para *Renovación*. Entre otras declaraciones incendiarias, proclamó: «Estamos a las puertas de una acción de tal naturaleza, que conduzca al proletariado a la revolución social… El socialismo tendrá que acudir a la violencia máxima para desplazar al capitalismo… De los jóvenes es la tarea de fortalecer a los indecisos y de apartar a los elementos pasivos que no sirven para la revolución»[55]. Alejandro Lerroux, líder del corrupto Partido Radical, formó un nuevo Gobierno. A falta de un apoyo parlamentario adecuado, el gobierno Lerroux cayó a principios de octubre. Le siguió el gobierno presidido por Diego Martínez Barrio, que fue el encargado de convocar las elecciones del 19 de noviembre.

En las semanas previas a los comicios de noviembre de 1933, la línea editorial de *Renovación* se mostró cada vez más transparente en su adopción de una retórica de violencia entreverada de frecuentes citas de Lenin. El propio Carrillo escribió el 7 de octubre que una huelga general no sería suficiente para una revolución y que eran necesarias otras «técnicas», una referencia velada a su deseo de ver a los trabajadores armados[56]. Carrillo, que en ese período de su vida era un lector voraz, empezó a consumir las obras más accesibles de Marx, Engels y, sobre todo, Lenin, así como los pocos libros de Stalin que se habían traducido al español. Leyó novelas y crónicas personales de la Revolución rusa y era un entusiasta del cine soviético. Años después, recordaría su idea romántica de lo que significaba ser un heroico revolucionario bolchevique[57].

Resentido por las frustraciones de los dos años anteriores, Largo Caballero se aseguró de que la coalición electoral con los republicanos no fuera renovada y de que los socialistas se presentasen en solitario a las elecciones, lo cual fue un terrible error táctico. Intoxicado por la adulación de la FJS e influido por la aflicción de los campesinos sin tierras, Largo Caballero acusó

irresponsablemente a los republicanos de izquierdas de todas las deficiencias del sistema, a la vez que daba por sentado que el PSOE no perdería ninguno de los votos cosechados por la coalición republicano-socialista en 1931. Había pocos fundamentos para pensar de ese modo. Para empeorar las cosas, durante la campaña se ganó la antipatía de muchos progresistas liberales de clase media que antes habían votado por la alianza. Puede que su proclama de que solo la dictadura del proletariado podía desencadenar el necesario desarme económico de la burguesía entusiasmara a sus partidarios jóvenes y a los sectores rurales de la UGT, pero asustó a muchos votantes potenciales.

El domingo 29 de octubre, en plena campaña electoral, fue presentada en el Teatro de la Comedia de Madrid la Falange Española, una formación abiertamente fascista, y se repartieron porras entre los afiliados. En su discurso inaugural, el líder, José Antonio Primo de Rivera, otorgó gran relevancia a su compromiso con la violencia: «Si nuestros objetivos han de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia… Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria»[58].

Puesto que la ley electoral vigente favorecía a las coaliciones, Gil Robles buscó aliados con ahínco en todo el espectro de la derecha, sobre todo en el Partido Radical. Los resultados de los comicios supusieron una amarga decepción para los socialistas, que obtuvieron solo cincuenta y ocho escaños. Tras unos pactos locales concebidos para sacar rédito de la ley electoral, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) consiguió ciento quince escaños y el Partido Radical, ciento cuatro. La derecha había recuperado el control del aparato del Estado y estaba decidida a utilizarlo para desbaratar las reformas de los dos años anteriores. El presidente de la República no invitó a Gil Robles a formar Gobierno, pese a que la CEDA era el partido con

más escaños, aunque sin mayoría absoluta. Niceto Alcalá Zamora temía que el líder católico abrigara ambiciones más o menos fascistas de instaurar un Estado autoritario y corporativo. Por ello, Alejandro Lerroux, en calidad de líder del segundo partido más importante, se convirtió en primer ministro. Los miembros del Partido Radical, que dependían de los votos de la CEDA, serían las marionetas de Gil Robles. A cambio de desarticular la legislación social y promulgar duras políticas contra los trabajadores para velar por los intereses de los adinerados partidarios de la CEDA, a los radicales se les permitiría disfrutar de los beneficios del cargo. Una vez en el Gobierno, crearon una oficina para organizar la venta de favores, monopolios, órdenes de licitación pública, licencias y demás. La opinión del PSOE era que el Partido Radical no era el defensor adecuado de los principios básicos de la República contra los ataques de la derecha.

Así, las elecciones de noviembre de 1933 pusieron el poder en manos de una derecha decidida a subvertir las escasas leyes reformistas que había logrado la coalición republicano-socialista. Dado que numerosos trabajadores de la industria y el campo estaban sumidos en la desesperación a causa de las deficiencias de dichas reformas, un Gobierno que pretendía destruirlas solo podía abocarlos a la violencia. A finales de 1933, el país carecía de un sistema de protección social que actuara como red de seguridad, un 12 por ciento de la población activa estaba en paro, y en el sur las cifras rondaban el 20 por ciento. La patronal y los terratenientes celebraron la victoria electoral recortando salarios, despidiendo a trabajadores, desahuciando a inquilinos y elevando los alquileres. Incluso antes de que el nuevo Gobierno tomara las riendas, la legislación laboral era abiertamente desobedecida.

La indignación en el movimiento socialista era absoluta, pero en ningún lugar era tan vehemente como en la FJS. La respuesta de Carrillo en *Renovación* llegó con el titular: «Todo el poder para los socialistas». Su editorial llevaba por subtítulo: «Nos han robado la victoria electoral». El error táctico de Largo Caballero al

rechazar una coalición con los republicanos fue un factor crucial en la derrota electoral del PSOE, pero eso no impidió que Carrillo echara la culpa a los republicanos. Compartía la idea tan extendida dentro del partido de que las elecciones habían sido fraudulentas[59]. En el sur es indudable que habían perdido los escaños por culpa del poder de los caciques sobre los hambrientos braceros. En las zonas rurales donde imperaban el hambre, la inseguridad y un desempleo endémico, había sido fácil conseguir votos con la promesa de puestos de trabajo o la amenaza de un despido. Matones armados contratados por los caciques impedían con frecuencia que los candidatos socialistas llegaran a los mítines e interrumpían otros. El día de las elecciones constituyeron una amenazadora presencia junto a las urnas de cristal.

En toda España, los 1.627.472 votos del PSOE le habían supuesto cincuenta y ocho escaños en las Cortes, mientras que los 806.340 de los radicales se habían visto recompensados con ciento cuatro. Los partidos unificados de la derecha habían obtenido un total de 3.345.504 votos y doscientos doce escaños, a 15.780 votos cada uno, mientras que la fraccionada izquierda había sumado 3.375.432 votos y solo noventa y nueve escaños, 34.095 papeletas por cada uno[60]. En algunas provincias meridionales como Badajoz, Córdoba y Málaga, el margen de victoria de la derecha fue lo bastante ajustado como para que el fraude electoral influyera en los resultados. El enojo de las bases socialistas por haber perdido las elecciones de manera injusta se vio agravado por la consternación ante la posterior ofensiva sin cortapisas de la patronal. La indignación popular fue aún mayor debido a la contención y el sacrificio que habían caracterizado la política socialista entre 1931 y 1933. Según Largo Caballero, varios representantes de delegaciones de trabajadores llegaron a Madrid desde provincias para pedir al comité ejecutivo del PSOE que organizara una contraofensiva. La dirección caballerista se esforzó en llegar a un acuerdo con los besteiristas de la UGT para

emprender acciones a fin de bloquear cualquier intento por instaurar el fascismo, restablecer la monarquía o forjar una dictadura. En una reunión de las directivas del PSOE y la UGT celebrada el 25 de noviembre, Besteiro, Saborit y Trifón Gómez dejaron claro que la cúpula del sindicato era hostil a correr riesgos de cualquier índole. Un furioso Largo Caballero declaró: «Los mismos trabajadores reclaman una acción rápida y enérgica». Incluso Prieto coincidía finalmente con Largo en la necesidad de una «acción defensiva». Se creó un comité conjunto del PSOE y la UGT para elaborar dicha acción[61].

Huelga decir que la FJS no tardó en desplegar una retórica radical en respuesta al cambio de situación. Llevando la lógica de Largo Caballero a sus extremos, Carrillo declaraba en aquel primer editorial publicado tras las elecciones: «El proletariado sabe a qué atenerse. Y ha comprendido que tiene que acudir al camino de la insurrección». A la semana siguiente, el titular de portada de *Renovación* era: «¡Viva la revolución social!», y Largo Caballero dijo supuestamente que era necesaria una revolución social para garantizar todo el poder para los socialistas. Ese radicalismo manifiesto, recogido en *Renovación* y también en *El Socialista,* motivó un registro policial en el taller de Gráfica Socialista y la prohibición temporal de ambos periódicos[62].

La acentuación de la retórica revolucionaria fue una respuesta a la ascendente oleada de militancia y, en el caso de Largo Caballero, una subversión meramente verbal que pretendía apaciguar la desesperación de las bases. La vana esperanza de Largo Caballero era que sus amenazas asustaran a la derecha y la llevaran a limitar su beligerancia y a convencer al presidente de la República, Alcalá Zamora, de que convocara unas nuevas elecciones. En el caso de Carrillo, era algo más auténticamente revolucionario. El siguiente número de *Renovación* (igual de provocador) hubo de ser remitido a la censura gubernamental, a consecuencia de lo cual no se permitió su publicación, y Carrillo y su aliado más próximo, Segundo Serrano Poncela, fueron

detenidos y encerrados en la Cárcel Modelo. Al cabo de unos días fueron juzgados por subversión y hallados no culpables por un tribunal de urgencia. Cuando reapareció, la línea editorial de Carrillo en *Renovación* era ligeramente más comedida. Bajo el titular «Otro grito fascista», respondía a un discurso pronunciado en las Cortes el 19 de diciembre, en el que Gil Robles había expuesto las políticas que el nuevo Gobierno del Partido Radical tendría que desplegar para mantenerse en el poder con los votos de la CEDA. Sus exigencias revelaban los limitados intereses que defendía esta última: amnistía para los condenados a prisión por el levantamiento militar de agosto de 1932, una revisión de la legislación religiosa de las Cortes Constituyentes y un ataque de gran envergadura contra las reformas sociales. Todos los decretos que habían sido acogidos favorablemente por buena parte de los campesinos sin tierras —la ley de términos municipales, la de cultivo obligatorio y la implantación de jurados mixtos— habían de ser revisados. También exhortó a la reducción del área de tierra sujeta a expropiación de acuerdo con el proyecto de reforma agraria. El artículo de Carrillo finalizaba con una perspicaz comparación de las tácticas de Gil Robles con las de Dollfuss en Austria, una apelación a organizar una respuesta enérgica y la amenaza de que la FJS moriría luchando[63].

El 13 de diciembre de 1933, el Comité Nacional de la UGT debatió los llamamientos a la acción del PSOE en respuesta a la deteriorada posición de la clase trabajadora tanto en la España rural como en la urbana. Ante las peticiones de calma de Saborit y Trifón Gómez, Amaro del Rosal, aliado de Carrillo e irascible presidente de la Federación de Trabajadores de Banca y Bolsa, propuso que la UGT se uniera al PSOE para organizar un movimiento revolucionario con el propósito de hacerse con el poder e instaurar el socialismo. Del Rosal contaba con el apoyo, entre otros, de Carlos Hernández Zancajo, líder de los trabajadores del sector del transporte. Su propuesta salió derrotada, pero en un enconado debate posterior se decidió

convocar un congreso extraordinario de la UGT para resolver las amargas divisiones entre los besteiristas moderados y los jóvenes revolucionarios que apoyaban a Largo Caballero[64]. Cuando tuvo lugar esa reunión el 31 de diciembre, uno tras otro, los líderes de las grandes federaciones de la UGT, los mineros, los trabajadores de la industria textil, los panaderos, los empleados de hoteles, los metalúrgicos, los empleados de banca y los transportistas, se alzaron para declarar que respaldaban la línea de la directiva del PSOE y no la de la UGT. Solo contaron con la oposición de los representantes de los bastiones besteiristas: los impresores, la FNTT y los trabajadores del sector ferroviario. Amaro del Rosal propuso que la UGT se uniera al PSOE para organizar «un movimiento revolucionario nacional y hacerse con el poder e instaurar el socialismo». Cuando él y Carlos Hernández Zancajo hablaron de imponer la dictadura del proletariado, la propuesta perdió por veintiocho votos a diecisiete[65].

Su altavoz, *Renovación,* hacía frente a constantes dificultades con las autoridades, recibía multas y, algunos días, la tirada completa era confiscada. Como es comprensible, Carrillo lo consideraba un intento deliberado por destruir económicamente al periódico. A consecuencia de ello, y bajo el titular «Nos empujan a la clandestinidad», escribió que, como grupo revolucionario, la FJS tal vez debería pasarse a la ilegalidad. En respuesta a ello, la FJS empezó a organizar provisionalmente sus propias milicias. Los esfuerzos de Carrillo en este sentido fueron fundamentales para lo que pasó por la creación de unas milicias socialistas antes de la huelga general de octubre de 1934 en Madrid. Tanto en las páginas de *Renovación* como en numerosas circulares, la FJS dictó instrucciones para la formación de una organización paramilitar[66].

Carrillo, que no percibía del todo la vacuidad de la retórica de Largo Caballero, podía sentir legítimamente que contaba para esto con el pleno respaldo de la cúpula del partido. El PSOE había nombrado una comisión especial, presidida por Largo Caballero,

para evaluar la vertiente práctica de un movimiento revolucionario y, tras otra tensa reunión celebrada el 9 de enero, el Comité Nacional de la UGT aceptó participar a regañadientes. Largo Caballero insistió en que las políticas del PSOE debían ser remitidas al Comité Nacional de la UGT, que había de citarse el 27 de enero[67]. Entretanto, el 13 de enero, la dirección del PSOE aprobó un programa en cinco puntos para la acción inmediata, que había elaborado el propio Largo Caballero. Dicho programa propugnaba: 1) la organización de un movimiento abiertamente revolucionario; 2) la declaración de dicho movimiento en el momento oportuno, preferiblemente antes de que el enemigo pudiera adoptar precauciones definitivas; 3) establecer contactos entre el PSOE y la UGT y cualquier otro grupo dispuesto a cooperar con el movimiento; en caso de triunfo, 4) la toma del poder político por parte del PSOE, la UGT y otros participantes de la revolución, y 5) la aplicación de un programa de reformas en diez puntos confeccionado por Prieto[68].

Cuando el Comité Nacional de la UGT se reunió el 27 de enero para debatir los diversos proyectos, contra la encendida oposición de Besteiro, el proyecto revolucionario del PSOE fue aprobado por treinta y tres miembros. Solo Trifón Gómez, del Sindicato Ferroviario Nacional, y Lucio Martínez Gil, de la FNTT, votaron a favor de la dirección, que inmediatamente dimitió en pleno. Dos días después se eligió una nueva dirección de la UGT, en la que Largo Caballero ejercía de secretario general y que incluía a algunos de los miembros más radicales de la FJS: a Ricardo Zabalza, de la FNTT; a Carlos Hernández Zancajo y a Amaro del Rosal. El 30 de enero, el Comité Nacional de la FNTT también se había reunido para debatir las propuestas revolucionarias y se produjo una situación idéntica entre sus filas. La cúpula al completo, todos ellos besteiristas, dimitió, y se eligió un nuevo comité integrado por jóvenes caballeristas bajo la presidencia de Zabalza. Las organizaciones del movimiento socialista estaban cayendo rápida y gradualmente en manos de la juventud

extremista. Una reunión de la Agrupación Socialista Madrileña estuvo abarrotada de jóvenes socialistas, que aprobaron una moción de censura contra su presidente, Trifón Gómez, y lo obligaron a dimitir. Gómez fue sustituido por partidarios de Largo Caballero, con Rafael Henche como presidente y Julio Álvarez del Vayo como vicepresidente, respaldados por un grupo de los «bolchevizantes» más fervientes, entre ellos Hernández Zancajo y Santiago Carrillo.

Ahora que Largo Caballero controlaba las directivas de la UGT y el PSOE y que la FJS estaba en manos de sus partidarios más fervientes, se creó de inmediato un comité conjunto para preparar un movimiento revolucionario. Dicho comité lo componían: Juan Simeón Vidarte, Pascual Tomás y Enrique de Francisco por el PSOE; Felipe Pretel, José Díaz Alor y Carlos Hernández Zancajo por la UGT, y Santiago Carrillo por la FJS. Carrillo estaba encantado y se tomó el nombramiento más en serio que el resto de los miembros del comité. Era algo extraordinario para una persona que acababa de cumplir dieciocho años. Con sus grandes gafas y sus mofletes rechonchos e imberbes, parecía incluso más joven. Operando desde la sede de la UGT en Madrid, el comité se puso en contacto con las organizaciones del PSOE, la UGT y la FJS en cada provincia y dictó setenta y tres instrucciones para la creación de milicias, la adquisición de armas, el establecimiento de contactos con unidades locales del Ejército y la Guardia Civil que simpatizaran con su causa y la organización de equipos de técnicos capaces de gestionar los servicios básicos. La respuesta de las provincias fue profundamente desalentadora y existen escasos indicios, al margen del aluvión de comunicaciones generadas por el comité, de que se emprendiera alguna acción práctica[69].

Dado que todas las secciones del movimiento socialista estaban indignadas por la presunta injusticia de los resultados electorales y el rápido desmantelamiento de los avances sociales realizados de 1931 a 1933, era comprensible que se recurriera a la

retórica revolucionaria. Sin embargo, llegado el momento de organizar el enfrentamiento con el aparato del Estado, pese a la arrolladora conquista de las cúpulas del PSOE, la UGT y la FJS por parte de los caballeristas, cundía un temor considerable. La mayoría de los funcionarios y militantes sindicales se mostraban cautelosos, e incluso Largo Caballero y sus partidarios sindicalistas más veteranos estaban sumamente inquietos con las políticas «bolchevizantes» de Carrillo y los demás jóvenes radicales. Largo Caballero podía solicitar la disolución del Ejército y la Guardia Civil y el aprovisionamiento de armas para los trabajadores[70]. No obstante, para él y para los sindicalistas más veteranos, las amenazas revolucionarias eran poco más que eso, amenazas para cuya materialización no tenían inclinación ni experiencia. Los jóvenes bolchevizantes, por el contrario, sentían una intensa euforia por las ideas expresadas en las páginas de *Renovación.* Ellos tampoco sabían muy bien cómo poner en práctica su retórica y, por tanto, solo los unía a Largo Caballero su irresponsabilidad e incompetencia.

Las secciones provinciales apenas respondieron a las esperanzadas misivas del comité revolucionario. Ello, sumado a los prudentes instintos sindicalistas de Largo Caballero, garantizó que, excepto en los barrios mineros de Asturias, las actividades revolucionarias nunca fueran mucho más allá de la oratoria. El comité dictó la instrucción «secreta» de que había que lanzar un movimiento revolucionario en caso de que la CEDA se uniera al Gobierno. Puesto que ello pretendía constituir una amenaza para el presidente de la República, la directriz fue puesta en su conocimiento, y Gil Robles y otros líderes de la derecha estaban al corriente de su existencia. La ausencia de secretismo y de vínculo alguno entre el «momento revolucionario» elegido y cualquier lucha real de la clase trabajadora en la práctica dejó todas las cartas en manos del Gobierno. El 3 de febrero, la nueva directiva de la UGT se reunió para decidir si ponía freno a todas las acciones huelguistas para que el

movimiento reservara sus energías de cara a la revolución prevista. En una medida reveladora se decidió, a instancias de Largo Caballero, que la UGT no pidiera a sus miembros que se abstuvieran de participar en huelgas en defensa de sus intereses económicos[71]. Sin embargo, ante los sucesivos problemas que se planteaban, la FJS siguió dando una cobertura cada vez más amplia a los logros de la Unión Soviética y haciendo llamamientos a la revolución social, la insurrección armada y la dictadura del proletariado[72]. Ese carácter revolucionario indiscreto, por no decir estridente, fue la excusa perfecta para que el Gobierno reprimiera severamente las huelgas celebradas durante la primavera y el verano de 1934, unas acciones que no eran revolucionarias, sino que estaban limitadas y consagradas a unos objetivos económicos.

La preocupación por las intenciones de la derecha se había intensificado con el nombramiento a comienzos de marzo de un nuevo ministro de Gobernación, Rafael Salazar Alonso, de treinta y nueve años. Aunque era miembro del Partido Radical, en la práctica representaba a los terratenientes de Badajoz, con quienes mantenía muchos contactos personales[73]. Poco después de ocupar el cargo, dijo al director general de la Guardia Civil que sus fuerzas no debían inhibirse en sus intervenciones en los conflictos sociales[74]. Gil Robles estaba encantado con Salazar Alonso, quien el 7 de marzo declaró el estado de alarma y clausuró las sedes de la FJS, del Partido Comunista y de la anarcosindicalista CNT. *Renovación* fue prohibido y no reaparecería hasta principios de abril.

La defensa cada vez más vehemente de posturas ultrarrevolucionarias por parte de Santiago Carrillo le valió una nueva detención en febrero de 1934 por un discurso pronunciado en la pequeña población de Campo de Criptana, en la provincia de Ciudad Real. Su delito fue insultar a Niceto Alcalá Zamora, presidente de la República, al que acusó de allanar el terreno al fascismo disolviendo las Cortes Constituyentes. Durante su breve

estancia en la cárcel de Ciudad Real, Carrillo conoció la noticia del levantamiento de los socialistas austríacos contra Dollfuss, lo cual alimentó su creciente entusiasmo por la violencia como el único medio válido para combatir el fascismo. Aunque la revuelta austríaca fue aplastada, la citaba incesantemente como un ejemplo para los socialistas españoles[75]. En el V Congreso de la FJS, celebrado la tercera semana de abril de 1934, se contrajo un etéreo compromiso con la insurrección armada. Se eligió un nuevo comité ejecutivo, con Hernández Zancajo como presidente y Carrillo como secretario general. Sus amigos más íntimos entre los bolchevizantes —que más tarde se unirían al Partido Comunista— José Laín Entralgo, Federico Melchor, Serrano Poncela, José Cazorla y Aurora Arnaiz, también formaban parte del nuevo comité. Se habló largo y tendido sobre la insurrección armada y la dictadura del proletariado y se fundó *Espartaco,* una revista teórica. El primer número apareció tres meses después y contenía un ataque contra el grupo parlamentario del PSOE. Durante los meses siguientes se produjo una embestida sistemática contra Prieto y los socialistas que creían en la acción parlamentaria, pues pensaban que ello constituía un obstáculo para la inevitable revolución[76].

El grado en que la FJS estaba dejando atrás a su ídolo Largo Caballero quedó ilustrado por la decisión de su nueva directiva que, sin consultar con la cúpula del PSOE o la UGT, convocó una huelga general en Madrid. Mientras el congreso de la FJS celebraba una sesión, la Ley de Amnistía de la CEDA para los ataques de la derecha contra la República, que incluía a los conspiradores responsables del golpe militar de agosto de 1932, pasaba por las Cortes. Al tiempo que el presidente vacilaba sobre la ratificación de la ley, la CEDA realizó un siniestro gesto en forma de gran concentración de su movimiento juvenil, la JAP (Juventud de Acción Popular). El acto estaba planeado desde enero, y *Renovación* había advertido que podía culminar con una marcha fascista sobre Madrid. La JAP celebró centenares de

mítines para recabar apoyos, y organizó trenes especiales con billetes subvencionados. Al coincidir con la crisis política por la amnistía, era inevitable que pareciera un intento por presionar a Alcalá Zamora. La elección del monasterio del Escorial de Felipe II como sede era un gesto manifiestamente antirrepublicano. Creyendo que acabaría en una marcha fascista sobre Madrid, se convocó la huelga general. En la manifestación, debido a la lluvia torrencial y al efecto del paro sobre las facilidades para el transporte ofrecidas por los organizadores, acabó participando menos de la mitad de los cincuenta mil asistentes que estaban previstos, pese a la gigantesca campaña publicitaria y a las grandes sumas de dinero invertidas[77]. Es probable que la verdadera iniciativa de la huelga no fuese obra de Carrillo y de la FJS, sino de Izquierda Comunista. Este grupo trotskista había sido fundado por Andreu Nin, en su día secretario privado de Trotski, y en Madrid estaba liderado por Manuel Fernández Grandizo, que utilizaba el pseudónimo de «Grandizo Munis». Con todo, la orden de la huelga fue dictada por la FJS[78].

Izquierda Comunista formaba parte, al igual que la FJS, de la «Alianza Obrera». Había sido creada por Joaquín Maurín, líder del Bloc Obrer i Camperol, una organización casi trotskista. Maurín afirmaba que solo una clase obrera organizada podía resistir los grandes avances de la derecha autoritaria[79]. Para Largo Caballero, la Alianza Obrera era solo un posible medio para dominar el movimiento de los trabajadores en ámbitos en los que la UGT era relativamente débil, no tanto un instrumento de unidad de las bases obreras como un comité de enlace que vinculaba organizaciones ya existentes controladas por socialistas[80]. En Madrid, la *Alianza* estaba dominada por los líderes socialistas, que imponían sus políticas. Durante la primavera y a principios de verano de 1934, bloquearon todas las iniciativas revolucionarias propuestas por Fernández Grandizo, representante de Izquierda Comunista, y lo hicieron con el supuesto argumento de que la UGT debía evitar acciones

parciales y reservarse para la última batalla contra el fascismo. Al parecer, la única excepción fue la huelga general en protesta por el mitin de la JAP en El Escorial. No obstante, Carrillo era un entusiasta de la Alianza Obrera, ya que estaba profundamente comprometido con la idea de la unidad de la clase trabajadora.

En la práctica, dejando al margen a los anarquistas, en 1934 había dos procesos vigentes dentro del movimiento obrero. Por un lado estaban los jóvenes revolucionarios de los sectores socialista y comunista y la Alianza Obrera. Por el otro, los sindicalistas tradicionales de la UGT, que intentaban proteger el nivel de vida de los envites de terratenientes e industriales. Largo Caballero abarcaba ambos, lo cual fue perjudicial y transmitió la errónea impresión de que unas huelgas enteramente económicas tenían fines revolucionarios. La represión se había intensificado desde el nombramiento de Salazar Alonso como ministro de Gobernación, quien consideraba que todas las huelgas tenían tintes políticos. Él mismo provocó varias en primavera y verano de 1934, lo cual le permitió eliminar a los sindicatos más poderosos uno a uno, empezando por los impresores en marzo. Salazar Alonso no tardó en aprovechar la excusa para tomar medidas severas. Los impresores, los trabajadores de la construcción y los metalúrgicos fueron derrotados sucesivamente.

La mayor victoria de Salazar, que para su gran satisfacción empujó todavía más a los socialistas a cumplir sus amenazas revolucionarias, se produjo en junio. Tras un debate agónico, los líderes de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra llegaron a la conclusión de que una huelga general era la única manera de contener la ofensiva de los propietarios. Bajo la extrema presión de unas bases hambrientas llevadas al límite de su resistencia por la constante provocación de los caciques y la Guardia Civil, Ricardo Zabalza, el recién elegido secretario general de la FNTT, convocó varias huelgas, que habían de efectuarse en estricto cumplimiento de las leyes. Aunque la motivación de la huelga era económica, Salazar Alonso aprovechó

la oportunidad para asestar un golpe a la sección más numerosa de la UGT. Sus medidas fueron rápidas y despiadadas, y socavó las negociaciones de compromiso entre la FNTT y los ministros de Agricultura y Trabajo criminalizando las acciones del sindicato con un decreto que declaraba la cosecha un servicio público nacional y la huelga un «conflicto revolucionario». Miles de campesinos fueron subidos a punta de fusil a camiones y deportados a cientos de kilómetros de sus hogares, y más tarde puestos en libertad sin comida ni dinero para regresar por sí solos. *Renovación* ofreció una amplia cobertura del paso por Madrid de cientos de campesinos desaliñados que se dirigían hacia sus casas en el sur. Se clausuraron centros obreros y se eliminaron numerosos ayuntamientos, que fueron sustituidos por delegaciones del Gobierno. Un tribunal de emer gencia condenó a líderes obreros destacados a un mínimo de cuatro años de cárcel. Se cerraron las Casas del Pueblo y la FNTT quedó incapacitada hasta 1936[81].

La FJS también se topó con varios obstáculos para su funciona miento normal. *Renovación* recibió una multa demoledora a princi pios de julio. A la semana siguiente, Salazar Alonso promulgó un decreto que prohibía el uso del saludo con el puño cerrado. Como cabría esperar, esto endureció la retórica revolucionaria de la FJS y acercó más a la organización a la Unión de Juventudes Comunistas (UJC)[82]. El 26 de julio de 1934, atraídos por las incesantes alabanzas a la Unión Soviética plasmadas en las páginas de *Renovación,* los líde res de la Unión de Juventudes Comunistas propusieron negociar con la FJS con vistas a una posible unificación. Aunque la invitación vino precedida de algunas observaciones condescendientes que des cribían a la FJS como socialdemócratas reformistas, las conversacio nes siguieron adelante. La FJS estuvo representada por Carrillo, Melchor, Serrano Poncela y Cazorla; la Unión de Juventudes Co munistas, por Trifón Medrano, Segismundo Álvarez y Fernando Claudín, que más tarde se convertiría en el pensador más sofisticado del

Partido Comunista de España. Las conversaciones estuvieron dominadas por Carrillo, que presentó a la FJS como la vanguardia revolucionaria del movimiento socialista, mientras que la UJC era simplemente una rama muy joven del diminuto Partido Comunista.

Las reuniones fueron tensas, aunque ligeramente más cordiales de lo que se podía prever teniendo en cuenta su historial de críticas mutuas, y no se esbozaron planes concretos para una unificación formal. Tal como dejó claro Carrillo, la FJS ya estaba preparando una acción revolucionaria, y tendría lugar dentro de la Alianza Obrera. No obstante, afirmó también que pensaba que la FJS debía estar preparada para adquirir compromisos a fin de acercarla más. A partir de entonces hubo cada vez más acciones conjuntas sobre el terreno. En el ámbito local, los militantes de ambas organizaciones ya actuaban juntos, particularmente en cooperación contra la JAP. Celebraron manifestaciones, como la que siguió al asesinato el 10 de junio de la joven militante Juanita Rico a manos de los falangistas. En adelante, sus dos nuevos periódicos, *Renovación* y *Juventud Roja,* informaron sobre las actividades de ambas formaciones. Claudín quedó muy impresionado por la sorprendente confianza que el joven Carrillo, de diecinueve años, tenía en sí mismo, por la fuerza y la lucidez con las que exponía sus argumentos y por su profundo conocimiento de la revolución bolchevique. Lo mismo le ocurrió a Amaro del Rosal al conocer el talento, la energía y la capacidad de trabajo de su joven camarada[83].

Carrillo también había concitado el interés de personas ajenas a la FJS. Tras las conversaciones con la UJC, Trifón Medrano lo invitó a conocer a un representante de la KIM (Internacional Juvenil Comunista), con lo cual se refería en realidad a un agente soviético. Carrillo consultó a sus compañeros del comité ejecutivo de la FJS y estos aceptaron que acudiera al encuentro. Le fascinaba la idea de conocer a alguien a quien imaginaba relacionado con el asalto al Palacio de Invierno. De hecho, su

admiración por la Unión Soviética era tal que su despacho como secretario general de la FJS estaba dominado por un gran retrato de Stalin. Cuarenta años después dijo a Fernando Claudín que en el conflicto interno entre el PSOE y la UGT asociaba al defensor de los trabajadores Largo Caballero con Stalin y al intelectual Besteiro con Trotski. Al llegar al parque en el que había de citarse con el agente ruso, se sintió profundamente decepcionado cuando no le presentaron a un duro revolucionario bolchevique, sino a «Carmen», el pseudónimo de una corpulenta mujer alemana perteneciente a la oficina española de la KIM. Su primer encuentro con un representante de la fortaleza del comunismo internacional fue de mal en peor. La mujer acusó a la FJS de ser trotskistas en potencia. Entonces, creyendo por error que los seguía la policía, propuso súbitamente que huyeran del bar en el que estaban tomando una copa y se subieran a un tranvía en marcha. Al saltar, Carmen tropezó y cayó al suelo del tranvía, para regocijo de los transeúntes[84].

En el transcurso del verano, Carrillo siguió defendiendo la línea revolucionaria en *Renovación,* cuyas páginas, cuando la policía no confiscaba el número completo, incluían cada vez más secciones tachadas por la censura[85]. Por el contrario, Largo Caballero avanzaba en la dirección opuesta. El Comité Nacional de la UGT se reunió el 31 de julio para realizar una investigación sobre el fracaso de la huelga de campesinos. El representante del sindicato de maestros de escuela criticó a la directiva de la UGT por no acudir en auxilio de los agricultores, y prácticamente acusó a Largo Caballero de ser reformista. Este respondió tachando esa retórica de extremismo frívolo y declarando que el movimiento socialista debía abandonar su peligrosa retórica revolucionaria. Por lo visto, había olvidado su discurso cuatro meses atrás y la existencia del comité revolucionario conjunto. Cuando el líder de los maestros leyó en voz alta unos textos de Lenin, Largo Caballero repuso que la UGT no actuaría ciñéndose a él ni a ningún otro teórico. Recordando a su joven camarada que la

España de 1934 no era la Rusia de 1917, afirmó acertadamente que no existía un proletariado armado y que la burguesía era fuerte. Era exactamente lo opuesto a la línea que estaban propagando Carrillo y los jóvenes exaltados de la FJS. De hecho, al parecer le molestaba cada vez más su extremismo fácil, y se quejaba de que «actuaban como les venía en gana, sin consultar a nadie». Sin embargo, Carrillo escribiría más adelante que, por lo que sabía en aquel momento, Largo Caballero seguía adelante con sus detallados preparativos revolucionarios, utilizando para algunos de ellos a la FJS[86].

En realidad, el comité revolucionario de Largo Caballero que mediaba entre el PSOE, la UGT y la FJS había hecho poco más que recopilar numerosas fichas con detalles sobre posibles comités y milicias revolucionarios locales. Ese fichero era el único lugar en el que existía una estructura de la revolución. Cada sección de la UGT, el PSOE o la FJS realizaba sus disposiciones para la creación de milicias, lo cual no solía ir más allá de confeccionar listas con los nombres de quienes podían estar dispuestos a tomar las calles. Por más que Carrillo lo creyera ingenuamente, no existía una coordinación central. El propio Largo Caballero reconocía que la mayoría de los líderes de los partidos y sindicatos locales consideraban «inevitable la revolución, pero la temían y confiaban en que cualquier gestión o incidente la evitase y por eso no desplegaron gran actividad en prepararla, pero tampoco querían aparecer como adversarios de ella al objeto de seguir conservando la adhesión de los trabajadores». De este modo resumía a la perfección su propia actitud. Para el grueso de los líderes socialistas, aunque no para los jóvenes bolchevizadores, jamás hubo una intención real de llevar a cabo una revolución. Largo Caballero estaba convencido de que el presidente Alcalá Zamora nunca invitaría a la CEDA a formar parte del Gobierno, ya que sus líderes no habían declarado su lealtad a la República[87].

La estridente oratoria revolucionaria de la FJS fue recibida con entusiasmo por Gil Robles y Salazar Alonso. Ambos eran conscientes de que el comité había vinculado específicamente sus amenazas de revolución a la entrada de la CEDA en el Gabinete. También sabían —como también lo sabía Largo Caballero pero, al parecer, Carrillo no— que la izquierda no estaba en posición de materializar un conato de revolución. La intensa actividad policial durante la primavera y el verano de 1934 había minado la mayoría de los preparativos descoordinados del comité revolucionario. Gran parte de las escasas armas adquiridas por la izquierda habían sido confiscadas. Gil Robles reconocería más tarde que estaba ansioso por entrar en el Gobierno debido a la violenta reacción que cabía esperar de los socialistas, o a pesar de ella: «Más pronto o más tarde habíamos de enfrentarnos con un golpe revolucionario. Siempre sería preferible hacerle frente desde el poder, antes de que el adversario se hallara más preparado»[88]. En diciembre, recordaba con complacencia en las oficinas de Acción Popular: «Yo tenía la seguridad de que la llegada nuestra al poder desencadenaría inmediatamente un movimiento revolucionario… y en aquellos momentos en que veía la sangre que se iba a derramar me hice esta pregunta: "Yo puedo dar a España tres meses de aparente tranquilidad si no entro en el gobierno. ¡Ah! pero ¿entrando estalla la revolución? Pues que estalle antes de que esté bien preparada, antes de que nos ahogue". Esto fue lo que hizo Acción Popular: precipitar el movimiento, salir al paso de él; imponer desde el gobierno el aplastamiento implacable de la revolución»[89]. En términos similares, Salazar Alonso escribía: «El problema era nada menos que iniciar la ofensiva contrarrevolucionaria, para acabar con el mal». No solo era cuestión de aplastar la apuesta revolucionaria inmediata, sino de asegurarse de que la izquierda no volvía a levantar cabeza[90].

Se acercaba el momento de la verdad, pero la realidad distaría mucho de las ínfulas leninistas de la insurrección armada que

soñaban Carrillo y los demás jóvenes «bolchevizantes», que tenían poca o ninguna idea de cómo convertir sus amenazas en hechos concretos. Largo Caballero y sus curtidos seguidores sindicalistas ahora utilizaban expresiones revolucionarias con menos frecuencia y cada vez con menor convicción. Su indignación tras las elecciones de noviembre de 1933 había dado paso a la alarma por cómo Salazar Alonso había conseguido diezmar el movimiento obrero organizado durante las huelgas de la primavera y principios de verano de 1934. Durante el mes de septiembre hubo numerosas huelgas menores y actividad policial. El día 8, en respuesta a un paro de veinticuatro horas en Madrid, Salazar Alonso ordenó el cierre de la Casa del Pueblo, que fue registrada infructuosamente por la policía. Cuando fue reabierta seis días después, la policía irrumpió de nuevo y presuntamente encontró un enorme arsenal de bombas y armas de fuego. Este inverosímil descubrimiento fue la excusa necesaria para que la sede socialista fuese clausurada una vez más. Al día siguiente, 14 de septiembre, tuvo lugar un acontecimiento que simbolizó las ingenuas esperanzas de los bolchevizantes. Ochenta mil personas asistieron a un espectacular mitin conjunto de la FJS y la Unión de Jóvenes Comunistas en el Estadio Metropolitano de Madrid en respuesta a un decreto de Salazar Alonso que prohibía a los menores de veintiún años unirse a organizaciones políticas sin un permiso por escrito de sus padres. Aunque hubo discursos de miembros del PSOE y el PCE, los principales oradores fueron Carrillo, en nombre de la FJS, y Trifón Medrano, en el de la UJC. Todos hablaron de la inminente toma del poder. Carrillo fue recibido por un mar de puños alzados, y declaró: «Si este gobierno, entregado a las derechas, no rectifica, serán estas Juventudes las que asalten al Poder, implantando su dictadura de clases». Mencionó la identificación de la FJS con «el jefe de la revolución española», una referencia obvia a Largo Caballero. Intoxicado por el momento, cerró su intervención con gritos de «¡Muera el gobierno!», «¡Muera la burguesía!», «¡Viva la revolución!», «¡Viva

la dictadura del proletariado!». El acontecimiento finalizó con un desfile de los afiliados al paso militar, ondeando una profusión de banderas rojas. *El Socialista* describió con bastante ingenuidad el acto como «una demostración de fuerza del proletariado madrileño»[91].

El momento decisivo llegó el 26 de septiembre, cuando la CEDA abrió la crisis al anunciar que ya no podía seguir apoyando a un Gobierno en minoría. El nuevo escenario exigía la convocatoria de elecciones o la entrada en el Gobierno de la CEDA. La llegada al poder de dicha organización se había considerado el primer paso hacia la imposición del fascismo en España. Era la coyuntura para la tan presagiada insurrección revolucionaria. En ella, la eficacia de la amenaza sería inversamente proporcional a la grandilocuencia de los bolchevizadores. Buena parte del movimiento socialista quedó paralizado por las dudas. Los directivos del PSOE y la UGT se reunieron y pactaron que si el presidente hacía lo que estaban convencidos de que no haría —invitar a la CEDA a formar parte del Gobierno—, debía iniciarse la revolución. Se enviaron telegramas en clave —con mensajes como «Llego mañana», «Ángela está mejor» o «La operación de Pepe salió bien»— a los comités locales de todas las provincias.

Sin embargo, tras pensar que las amenazas de revolución bastarían para que Alcalá Zamora convocara nuevas elecciones, Largo Caballero no podía creerse que hubiera fracasado. El comité revolucionario no hizo nada respecto de los preparativos finales para la anunciada toma del poder. Por el contrario, se pasaron los tres días siguientes «esperando ansiosamente» noticias sobre la composición del Gabinete en el piso de Prieto. Largo seguía creyendo que Alcalá Zamora jamás otorgaría poder a la CEDA. Asimismo, las milicias revolucionarias de la FJS carecían de liderazgo y organización. El 3 de octubre, a las once de la noche, llegaron Carlos de Baraibar y José María Aguirre, dos periodistas socialistas, con la noticia oficiosa de que se había

formado un Gobierno con la participación de la CEDA. Varios miembros del comité revolucionario declararon que había llegado el momento de tomar medidas. No obstante, Largo afirmó con rotundidad: «Hasta que no lo vea en la *Gaceta,* no lo creo». Finalmente solo quedó convencido por la llegada de algunos soldados después de que el nuevo Gabinete declarara el estado de guerra. Por lo visto, incluso entonces, los socialistas se prepararon para la acción con renuencia. Sin embargo, creían que no había elección. «La suerte estaba echada», escribió Largo[92].

En ese momento, la UGT avisó al Gobierno de una huelga general pacífica con veinticuatro horas de antelación. Esperaban que el presidente cambiara de parecer, pero solo consiguieron dar tiempo a la policía para que detuviera a los líderes de la clase trabajadora. En casi toda España, la huelga fue un fracaso, sobre todo gracias a la presurosa intervención del Gobierno al declarar el estado de guerra y reclamar al Ejército que gestionara los servicios básicos.

La entrada de la CEDA en el Gabinete puso de relieve la vacuidad de la grandilocuencia revolucionaria en los meses previos. Todo ello vino seguido de la proclamación de una República Catalana independiente que existió durante diez horas, de una desganada huelga general en Madrid y de la creación de una comuna obrera en Asturias. Con la excepción de la revolución asturiana, que resistió contra las fuerzas armadas durante dos semanas de combate encarnizado y que debió su «éxito» al terreno montañoso y a las habilidades especiales de los mineros, la tónica del octubre español fue su falta de entusiasmo. Nada en los acontecimientos de aquel mes, ni siquiera los de Asturias, indica que la izquierda hubiese preparado a conciencia un levantamiento. De hecho, la escala del fracaso era directamente proporcional a la retórica optimista que la había precedido. Es más, durante la crisis, se vio a los líderes socialistas conteniendo el fervor revolucionario de sus seguidores[93]. En consecuencia, el nuevo Gobierno pudo apresar a los líderes obreros y a los

miembros sospechosos de la policía y el Ejército con considerable facilidad. Sin instrucciones que indicaran lo contrario, los sindicalistas socialistas y anarquistas de Madrid solo se mantuvieron alejados de sus puestos de trabajo en lugar de dar muestras de fuerza en las calles. El Ejército tomó las riendas de los servicios básicos —los reclutas fueron clasificados de acuerdo con su ocupación en tiempos de paz—, y las panaderías, los periódicos de derechas y el transporte público pudieron funcionar prácticamente con normalidad. Los líderes socialistas que consiguieron eludir el arresto se escondieron, como hizo Largo Caballero, o se fueron al exilio, como en el caso de Prieto. Sus seguidores se quedaron en las esquinas aguardando instrucciones y, en cuestión de una semana, la huelga se había extinguido. La dialéctica de la toma del poder por parte de las milicias revolucionarias quedó en nada. Las esperanzas de colaboración por parte de simpatizantes dentro del Ejército no se materializaron y los pocos militantes con armas no tardaron en abandonarlas. En la capital, unos cuantos disparos aislados de los francotiradores y numerosos arrestos fueron el saldo total de la guerra revolucionaria[94].

Carrillo fue detenido el 7 de octubre a altas horas de la noche. Él y otros miembros destacados de la UGT y la FJS se ocultaban en un estudio de Madrid perteneciente al artista Luis Quintanilla, que era amigo de gran parte de la plana mayor del PSOE. Según Quintanilla, mientras esperaban unas instrucciones que nunca llegaban, pasaron el día primero preparando y luego degustando una enorme paella. Según Carrillo, compartieron una tortilla a la francesa. Quintanilla se acostó hacia las diez de la noche, pero despertó poco después por la llegada de la policía. Habían sido descubiertos porque Carrillo y otros compañeros de la FJS salieron a la amplia terraza del estudio a disfrutar de la cálida noche de octubre. Quintanilla les había advertido que no lo hicieran, ya que tenía una vecina que, según él, «era una bruja y estaba todo el día fisgando». Se

sentaron a comentar las malas noticias que escuchaban, ya fuera sobre la no materialización de la prometida participación militar o acerca de la detención de algunas secciones de la FJS. Como era de esperar, la vecina los oyó y los denunció a la policía. Los agentes llegaron extremadamente nerviosos y apuntaron con fusiles a los aspirantes a revolucionarios en el piso mientras eran esposados y sacados a la calle. Metieron a cada uno de ellos en un coche con dos policías, uno de los cuales los apuntaba en todo momento en el costado con un revólver. Tras un somero interrogatorio, a la mañana siguiente Carrillo fue trasladado a la Cárcel Modelo y encerrado en una celda maloliente[95]. Sus sueños de gloria revolucionaria se habían esfumado. Durante los diecisiete meses que pasó en prisión, sus reflexiones sobre los motivos de aquel fracaso cambiarían profundamente el rumbo de su vida política.

2

La destrucción del PSOE

1934-1939

El apelativo que mejor define la actuación del comité revolucionario y las Juventudes Socialistas de Madrid es «lamentable». Una vez constatado que las amenazas revolucionarias no habían disuadido a Alcalá Zamora de incorporar la CEDA al Gabinete, los líderes socialistas se escondieron en una madriguera. No se distribuyeron armas y las masas tampoco recibieron instrucciones. No se había trazado ningún plan para iniciar un levantamiento. El único grupo miliciano armado, que lideraba Manuel Tagüeña, de la FJS, se enfrentó a la Guardia de Asalto en el madrileño barrio de La Guindalera. Tras una escaramuza, fueron rápidamente desarmados y detenidos[1]. Amaro del Rosal, uno de los camaradas más extremistas de Carrillo en el comité revolucionario, negó su participación. En cierto sentido, decía la verdad. Cuando el 5 de octubre, Manuel Fernández Grandizo, de Izquierda Comunista, se encontró con Del Rosal en una calle de Madrid, le preguntó qué planeaba el comité revolucionario. Supuestamente, Del Rosal repuso: «Si [las masas] quieren armas, que las busquen y hagan lo que les dé la gana». En su propio relato se quejaba de que la crisis había llegado demasiado pronto, de que la CNT no había colaborado y de que las autoridades

habían impedido cualquier apoyo militar confinando a las tropas en los barracones[2].

Los números de octubre de *Renovación* fueron confiscados por la policía y el periódico clausurado hasta 1936. Después del fracaso de la «revolución», Amaro del Rosal huyó a Portugal, pero fue repatriado por el régimen de Salazar. Carrillo fue encarcelado en la Modelo de Madrid junto a su padre y buena parte de los líderes del comité revolucionario, entre ellos, Largo Caballero. El director de *El Socialista,* Julián Zugazagoitia, también fue encerrado, y la prensa socialista al completo quedó silenciada. En realidad, la vida clandestina del movimiento se dirigía desde la prisión[3]. Decenas de miles de trabajadores fueron encarcelados y otros muchos perdieron su empleo. En Asturias se utilizó la tortura en los interrogatorios, y los tribunales militares dictaron numerosas condenas a muerte contra líderes mineros. En toda España, los ayuntamientos socialistas fueron sustituidos por representantes del Gobierno; las Casas del Pueblo fueron cerradas, y los sindicatos se mostraron incapaces de desempeñar su labor[4].

Muchos sindicalistas socialistas, incluidos los líderes mineros asturianos, creían que la lección de octubre y la posterior represión eran el equivalente a los hechos acontecidos en 1917. El movimiento siempre saldría perdiendo en un enfrentamiento directo con el aparato estatal. Sin embargo, los miembros del comité revolucionario no interpretaban los acontecimientos de 1934 como una derrota. Es difícil saber si se trataba de un mero autoengaño o de un ardid cínico para disimular su ineptitud. Carrillo en particular estaba convencido de que el balance general había sido positivo, ya que se había demostrado a Gil Robles que la clase trabajadora no permitiría la instauración pacífica del fascismo. El fugaz éxito de la Alianza Obrera en Asturias fortaleció enormemente su convicción de que la futura revolución necesitaría una clase trabajadora unida. Esta idea lo llevó a colaborar más estrechamente con los trotskistas durante un breve

período, lo cual alimentó las sospechas de Carmen «la Gorda», la representante de la KIM que lo vigilaba de cerca. El Partido Comunista también hacía un llamamiento a la unidad proletaria. Hasta la fecha, como parte de su línea de «clase contra clase», la formación política había denunciado a los socialistas, tachándolos de «social-fascistas», porque, según dictaba su lógica, el reformismo perpetuaba la sociedad burguesa. Después del triunfo del nazismo que esta había facilitado, se suavizó esa tendencia y el PCE entró en la Alianza Obrera. Ahora, el PCE esperaba llevarse el mérito —en gran medida inmerecido— por los hechos de Asturias y, con él, la propiedad del símbolo más poderoso de la unidad de la clase obrera. El invento comunista de su propia leyenda revolucionaria acentuaría su atractivo para la FJS[5].

Tras su arresto el 14 de octubre, Largo Caballero aseguró al juez militar que investigaba su caso que no había participado en la organización del levantamiento. El 7 de noviembre, declaraba ante la comisión de suplicatorios de las Cortes que había de decidir si se le retiraba la inmunidad para juzgarlo: «Yo estuve en mi casa, como digo, y di orden de que a cualquiera que fuera a preguntar por mí, le dijeran que no estaba. Di esa orden, como ya la había dado en otras ocasiones, porque no tenía ninguna intervención, no tenía nada que ver con lo que pudiera ocurrir; yo no quería ponerme en contacto con nadie, absolutamente con nadie»[6]. El grado de represión aportaba cierta justificación. Más tarde, Araquistáin afirmaba que «solo un loco o un agente provocador» habría reconocido su participación en los preparativos de la rebelión, ya que hacerlo habría sido utilizado por la CEDA para justificarse en su determinación de aplastar al PSOE y la UGT[7].

No obstante, lo que dijo Largo Caballero en su defensa era completamente plausible en vista del fracaso manifiesto que sufrió el movimiento en Madrid. Poco antes de su detención, Carrillo le había preguntado: «¿Qué les digo a las milicias?». La respuesta sorprendió al joven revolucionario: «Dígales lo que

quiera. Si le detienen, declare usted que esto no ha sido organizado por el partido, ha sido espontáneo»[8]. Sin embargo, las memorias de Largo Caballero dejan entrever que seguía considerándose un líder revolucionario que simplemente se proponía engañar a las autoridades burguesas. Al principio, Carrillo se sintió profundamente decepcionado por la pasividad de Largo Caballero en octubre y por los desmentidos que vertió el hombre ahora conocido como el «Lenin español». Con todo, en las frecuentes conversaciones que mantuvieron en el patio de ejercicios se reconcilió con su héroe gracias a su optimismo y al aparente deleite con el que escuchaba las arengas del joven sobre la necesidad de bolchevizar el PSOE. Por aquel entonces seguían extremadamente unidos. Rememorando las estrechas relaciones que mantenían ambas familias, Largo Caballero lo llamaba «Santiaguito», y otros lo describían como «el niño mimado del patrón»[9]. Sin duda, las negaciones de Largo Caballero redundaron en beneficio de los comunistas, que se complacieron en asumir la responsabilidad. José Díaz, secretario general del PCE, lo visitó en la cárcel y propuso que su partido y el PSOE declararan haber organizado conjuntamente la revolución. Largo Caballero se negó. Esa refutación de cualquier responsabilidad era una táctica potencialmente contraproducente, pues daba credibilidad a los comunistas, según los cuales, octubre había demostrado que el PSOE y Largo Caballero eran incapaces de forjar una revolución. Esto garantizó que 1935 fuese el período de «la gran cosecha» para los comunistas[10]. Santiago Carrillo había de ser un elemento importante de esa cosecha, pero en aquel momento parecía tomarse al pie de la letra los pretextos de Largo Caballero.

Carrillo y los demás prisioneros vivían en una especie de aislamiento eufórico y podían hablar todo el día de política sin las preocupaciones de la cotidianeidad. Las máximas inquietudes del joven eran la salud de su madre, que padecía graves problemas cardíacos, y añorar a su novia. Por lo demás, los prisioneros

políticos gozaban de unas condiciones relativamente agradables. Carrillo tenía en su celda una máquina de escribir y muchos libros. Más tarde afirmaría que pasó gran parte del tiempo leyendo a los clásicos del marxismo hasta altas horas de la madrugada, y le impresionó especialmente Trotski. De hecho, describía ese período como su «universidad». Los guardias no ponían obstáculos al envío de correspondencia o a las visitas prácticamente ilimitadas de los camaradas que les llevaban la prensa legal. Para sorpresa de Carrillo, Largo Caballero, una persona por lo común taciturna, estaba de muy buen humor[11].

Carrillo y los demás revolucionarios encarcelados no tardaron en culpar a los sectores menos radicales del movimiento socialista del fracaso de octubre. El siguiente paso era expulsar a los reformistas con la intención de crear un partido bolchevique «propiamente dicho». Al principio no les preocupaban los besteiristas, ya que habían sido derrotados en la UGT y en muchas federaciones de sindicatos afiliadas a comienzos de 1934. En octubre, Besteiro se había opuesto al proyecto revolucionario y había quedado al margen. No obstante, durante los hechos de octubre, un grupo de extremistas de la FJS había apedreado su casa. A consecuencia de ello, se retiró casi por completo de la escena política una temporada[12]. Sin embargo, los renovados llamamientos a la expulsión de Besteiro del PSOE finalmente provocaron que sus seguidores salieran en su defensa contra los jóvenes bolchevizadores. Esto no había de suceder hasta junio de 1935. Entretanto, Carrillo y sus aliados se concentraron en su ofensiva contra Indalecio Prieto. La ironía era que habían sido los seguidores de Prieto en Asturias quienes desempeñaron el papel más activo en los acontecimientos de octubre.

Alentado por Carrillo, Largo Caballero empezó a adoptar una postura cada vez más revolucionaria. En parte, esto reflejaba su marcado resentimiento personal hacia Prieto, quien, con el respaldo de los mineros asturianos y los metalúrgicos vascos, esperaba reconstruir la república democrática instaurada entre

1931 y 1933. En opinión de Prieto y del líder republicano y ex primer ministro Manuel Azaña, las políticas vengativas de la coalición entre el Partido Radical y la CEDA estaban suscitando un gran resurgimiento nacional de apoyo a la República. En consecuencia, Prieto argumentaba que el objetivo inmediato de la izquierda era que recuperara el poder estatal una coalición amplia que pudiera garantizar el éxito electoral y, de este modo, poner fin al sufrimiento de la clase trabajadora. Por el contrario, Carrillo y Largo Caballero creían que las políticas represivas de la coalición radical-cedista habían socavado enormemente la fe de la clase trabajadora en las posibilidades reformadoras de la República[13].

A principios de 1935, los miembros del Comité Ejecutivo del PSOE que no estaban encarcelados se mostraban muy receptivos a los argumentos enviados por Prieto desde su exilio en Bélgica a favor de una amplia coalición con los republicanos de izquierdas. Las opiniones del Comité fueron publicadas en abril en el seno del movimiento socialista por medio de una circular en la que, muy inteligentemente, pedía que se utilizaran las vías legales para defender a la clase trabajadora[14]. Largo Caballero, que se hallaba en prisión, fue informado de esa iniciativa, pero no se opuso. Sin embargo, enfureció a Carrillo y a los «bolchevizadores», que abogaban por un bloque revolucionario exclusivamente proletario. Prieto, que solo pensaba en la senda legal hacia el poder, sabía que no aliarse con los republicanos daría lugar a un desastroso enfrentamiento a tres bandas como pasó en las elecciones de 1933. Estaba decidido a no permitir que el partido cayera en manos de los jóvenes extremistas que, según creía, debían ser controlados[15].

Prieto podía contar con el apoyo de Ramón González Peña, líder de los mineros asturianos, quien en general era considerado el héroe de octubre y recientemente había eludido una condena a muerte. En una carta remitida a Prieto, González Peña alentaba a formar un amplio frente antifascista de cara a las próximas

elecciones. Criticó amargamente a Largo Caballero y a sus camaradas encarcelados por negar su participación en los hechos de octubre, y reservaba su mayor indignación para «los niños de la Juventud» por exigir que el PSOE se bolchevizara, que Besteiro y sus seguidores fuesen expulsados y que Prieto y los «centristas» fuesen marginados: «Si tuviéramos la desdicha de que siguiéramos dirigidos por el hijo de Carrillo y compañía, creo sería cosa de apenarse». Algunas copias de la carta, acompañadas de una misiva similar firmada por jóvenes miembros asturianos de la FJS encarcelados en Oviedo, circularon dentro del PSOE, lo cual disgustó a los caballeristas que se hallaban confinados. Carrillo y otros habían enviado a González Peña una serie de preguntas con la intención de contar con él para sus planes. Cuando vieron sus respuestas a favor de una coalición electoral y contra la purga del partido, se negaron a publicarlas[16]. Estaban más contrariados todavía porque Prieto tenía a su disposición un periódico propio, *El Liberal de Bilbao,* en cuyas páginas él y los republicanos podían defender una alianza electoral[17].

El hecho de que las políticas reformistas de la coalición republicano-socialista hubieran provocado la furia de la derecha convenció a Carrillo de que los problemas estructurales de España exigían una solución revolucionaria. Sin embargo, Prieto tenía razón en que la mayoría de los obstáculos de los socialistas se derivaban del error táctico que cometió Largo Caballero antes de las elecciones de 1933. Fuera del Gobierno no podía introducirse ningún cambio, ya fuese de índole reformista o revolucionaria. Octubre había puesto de relieve la incapacidad de los socialistas para organizar una rebelión. Así pues, había dos posibles apuestas válidas: la defensa por parte de Prieto del retorno electoral al poder y la vía gradualista hacia el socialismo; y la que defendían principalmente los trotskistas, que reconocían la incompetencia del PSOE y el PCE y aspiraban a la construcción a largo plazo de un auténtico partido bolchevique.

Esta posición resultaba atractiva a Carrillo. Sin embargo, ambas estrategias requerían una victoria previa en las urnas[18].

El contraataque de los jóvenes radicales a Prieto adoptó la forma de un extenso panfleto firmado por Carlos Hernández Zancajo, presidente de la FJS, y titulado *Octubre-segunda etapa,* que en realidad había sido escrito casi en su totalidad por Amaro del Rosal y Santiago Carrillo[19]. Su objetivo era triple: enmascarar los fracasos de la FJS en los acontecimientos de octubre en Madrid; combatir la interpretación que hacía Prieto de la revuelta asturiana como un intento por defender la República, y erradicar la influencia de Besteiro y Prieto en el movimiento socialista como un primer paso para su «bolchevización». El texto empezaba con una valoración en gran medida falaz sobre las actividades del movimiento de los trabajadores durante el año 1934, y señalaba correctamente que las huelgas de los empleados de la construcción y la metalurgia y de los campesinos habían disipado las energías de la clase trabajadora, a la vez que obviaba que la «organización sindical» a la que se culpaba de esos errores estaba dominada en ese momento por miembros de la FJS. Asimismo, achacaba la derrota de octubre a los reformistas de Besteiro, lo cual era absurdo. Esto se utilizó para justificar la «segunda etapa» anunciada en el título del panfleto: la expulsión de los reformistas y la «bolchevización» del PSOE, que significaba la adopción de una estructura de mando rígidamente centralizada y la creación de un aparato ilegal para prepararse de cara a una insurrección armada. Inhibidos por el respaldo asturiano a Prieto, los autores no osaron pedir su expulsión, pero exigieron agresivamente el abandono de su línea «centrista» a favor de una postura revolucionaria[20].

Prieto y otros estaban convencidos de que el libelo se había urdido durante los paseos de sus autores por el patio de la prisión junto a Largo Caballero. Años después, pese a ser objeto de una entusiasta alabanza en el panfleto, Largo Caballero aseguraba que fue publicado sin su consentimiento y que, profundamente

molesto, había trasladado sus quejas a Carrillo. Este reconocería más tarde que su grupo actuó sin la autorización del jefe. Después tildaba las opiniones expresadas en el panfleto de pueriles, nacidas de un «izquierdismo infantil»[21]. Sin embargo, en una entrevista publicada en diciembre de 1935, Largo Caballero coincidía con la mayoría de los contenidos, pero no con su petición de expulsiones y la entrada en la Comintern[22].

En respuesta a los insultantes ataques del texto de la FJS, los besteiristas rompieron su silencio [23] y fundaron una publicación para defender sus ideas. Con el título de *Democracia,* apareció semanalmente entre el 15 de junio y el 13 de diciembre. Su apariencia legal fue interpretada por Segundo Serrano Poncela, el compinche de Carrillo, como una demostración de la traición besteirista a la causa socialista[24]. Este punto de vista cobró cierta credibilidad gracias al discurso de ingreso de Besteiro, «Marxismo y antimarxismo», pronunciado al ser elegido para la Academia de Ciencias Morales y Políticas. En su largo y tortuoso parlamento, que tuvo lugar el 28 de abril, Besteiro se propuso demostrar que Marx había sido hostil con la idea de la dictadura del proletariado, y enfureció a los bolchevizadores encarcelados con sus insinuaciones de que la violencia de la izquierda socialista apenas se distinguía del fascismo[25]. En la revista doctrinal *Leviatán,* que había sobrevivido a la represión contra los medios socialistas, apareció una devastadora réplica al discurso de Besteiro a cargo de Luis Araquistáin, el asesor más competente de Largo. Sus artículos atesoraban un nivel de competencia teórica notablemente más elevado que *Octubre-segunda etapa,* y su demoledor ataque a Besteiro garantizó su retirada de la cúpula del PSOE[26].

Ahora que Besteiro había sido eliminado, Prieto volvía a la carga a finales de mayo con una serie de artículos sumamente influyentes. Con el título colectivo de *Posiciones socialistas,* fueron recopilados poco después en un libro. Los dos primeros reafirmaban la necesidad de evitar el gran error táctico de 1933,

argumentando que la derecha estaría unida en las próximas elecciones y que una coalición integrada exclusivamente por trabajadores sería víctima de la indisciplina anarquista. Para Prieto, solo una coalición republicano-socialista podía garantizar la amnistía para los presos políticos. Los tres últimos artículos pretendían exponer, con un lenguaje moderado pero firme, algunas de las contradicciones más absurdas de *Octubre-segunda etapa*. Prieto rechazaba con indignación el derecho de unos inexpertos jóvenes a solicitar la expulsión de unos militantes que habían consagrado su vida al PSOE, y señalaba que las acusaciones vertidas contra varios sectores del movimiento socialista en el panfleto eran especialmente atribuibles a la FJS. Por encima de todo, denunciaba las tendencias dictatoriales de los bolchevizadores, y proponía un congreso de partido para establecer la dirección que debía seguir el movimiento[27].

Con el nombre de Carrillo en la portada, se reeditó *Octubre* con una respuesta a Prieto. Enrique de Francisco, un amigo de Largo Caballero, escribió a Prieto para decirle que no tenía derecho a hacer política de partido en periódicos burgueses. El destinatario respondió que esa misma opinión moralista no había inhibido a las Juventudes Socialistas a la hora de defender la bolchevización. En un tono más estridente, el periodista católico Carlos de Baraibar preparó, tras consultar con Largo Caballero, un libro que atacaba las «falsas posturas socialistas» de Prieto. Al criticarlo por incumplir la disciplina del partido publicando sus ideas, Baraibar olvidaba interesadamente que la FJS no había dudado en difundir sus controvertidas creencias[28]. El extremismo de la FJS estaba dividiendo gravemente al socialismo español. Aunque las políticas represivas del Gobierno de la coalición entre los cedistas y los radicales, y la existencia de miles de prisioneros políticos habían hecho atractiva la propaganda revolucionaria, también garantizaban una masiva respuesta positiva al llamamiento de Prieto a la unidad y a un regreso a la república progresista de 1931 a 1933. En verano de 1935 salió a

la luz un indicio del resentimiento que se estaba gestando cuando los caballeristas fundaron un semanario titulado *Claridad*. Sus páginas respondieron con fuerza al llamamiento de la FJS a la expulsión de los besteiristas y la marginación de los prietistas[29]. *Democracia* replicó argumentando que la campaña de bolchevización era tan solo una cortina de humo para desviar la atención de los fracasos de la FJS en octubre de 1934. Cuando Saborit tuvo el elegante gesto de visitar a los prisioneros de la Cárcel Modelo, Largo Caballero se negó groseramente a estrecharle la mano o incluso hablar con él[30].

Todo cambió en agosto de 1935, tras la celebración del VII Congreso de la Comintern en Moscú. El secretario general, Giorgi Dimitrov, abogó por un frente proletario unido y un amplio sector popular de fuerzas antifascistas. En un discurso pronunciado el 2 de junio, José Díaz, secretario general del Partido Comunista de España, ya había defendido abiertamente la unificación con el PSOE. El 3 de noviembre, declaró que el VII Congreso demostraba la necesidad de un Frente Popular[31]. Carrillo estaba encantado. En la cárcel, él y Hernández Zancajo vivían cerca de Trifón Medrano y Jesús Rozado, sus camaradas de la UJC. Todos ellos eran conscientes de que en octubre de 1934 se había dado cierta colaboración sobre el terreno entre las bases de sus respectivas organizaciones. Ahora sus encuentros y debates diarios favorecían una eventual unificación[32].

José Laín Entralgo, delegado de la FJS en el congreso de la Comintern, informó con entusiasmo de que la unión comunista, la Confederación General de Trabajo Unitaria, se incorporaría a la UGT. También afirmó que el cambio de táctica significaba que Moscú había devuelto la soberanía a los diversos partidos nacionales y que, por tanto, ya no había motivo para que la FJS no debiera unirse a la Comintern[33]. Carrillo ya estaba tratando de garantizar la incorporación del Bloc Obrer i Camperol, un grupo de signo trotskista, y las juventudes comunistas en el PSOE como parte del proceso de bolchevización del partido.

Escribiendo en *Leviatán,* Araquistáin observaba con acierto que el objetivo fundamental que se ocultaba tras la táctica del Frente Popular era el deseo de Moscú de garantizar que hubiera gobiernos de izquierdas y antifascistas en el poder en Occidente para asegurar alianzas en caso de que Alemania declarase la guerra a la Unión Soviética. Lejos de romper con el viejo hábito de la Comintern, que dictaba la misma política para todos los países, como a la FJS le gustaba pensar, la nueva táctica corroboraba las costumbres dictatoriales de la Tercera Internacional. Araquistáin aceptaba la necesidad de una unidad proletaria, pero rechazaba la idea de la alianza con la izquierda burguesa[34].

Largo Caballero era partidario de la unidad de la clase trabajadora siempre y cuando significara la absorción de las bases comunistas en la UGT. Sin embargo, seguía mostrándose hostil a una coalición electoral con los republicanos de izquierdas y, al igual que Araquistáin, se oponía a la idea de que el PSOE se incorporara a la Comintern[35]. Por este motivo, Carrillo debía ser cauto en todas las negociaciones con los miembros de la UJC encarcelados y, sobre todo, con el representante más destacado de la Comintern en España, el argentino Vittorio Codovila, cuyo alias era «Medina». El director de la Cárcel Modelo hizo la vista gorda cuando Codovila entró en la prisión como parte de una visita familiar a Carrillo. A Codovila le sorprendió la disposición de este último a aceptar todas las condiciones impuestas por los comunistas. Lo único que quería a cambio era que el nombre de la nueva organización fuese el de Juventudes Socialistas Unificadas. Su razonamiento era que si perdían la palabra «socialista» en el título, también perderían su puesto en la directiva del PSOE y tendrían menos capacidad para continuar la lucha por purgar a Prieto y bolchevizar el partido[36].

En el primer aniversario de la insurrección de octubre, la FJS había publicado una circular firmada por Santiago Carrillo en la que autorizaba a sus secciones locales a confeccionar manifiestos

con la UJC, pero no a organizar conmemoraciones conjuntas, ya que el PSOE había decretado que la FJS solo podía hacer tal cosa con otras organizaciones socialistas. La circular señalaba con pesar que el PSOE en realidad no había realizado preparativos para celebrar el aniversario. No obstante, recomendaba que las secciones locales de la FJS crearan su propia publicidad y que lo hicieran insistiendo en que «octubre había sido un movimiento proletario por la conquista del poder», que el Partido Socialista era su único líder (algo que la cúpula del PSOE nunca reconoció) y que octubre había frenado «la marcha ascendente del fascismo»[37].

A mediados de noviembre, Carrillo recibió una carta de Margarita Nelken, que se encontraba exiliada en Rusia, junto con varios panfletos que incluían una traducción al español del discurso ofrecido por Dimitrov en el VII Congreso de la Comintern. Dicho discurso le pareció «magnífico», aunque todavía albergaba dudas sobre la disposición del líder de la Comintern a establecer una alianza con la burguesía sin asegurar antes una amplia unidad de la clase trabajadora. En el paquete iba incluida una copia de una fotografía de Largo Caballero que había sido repartida entre la multitud durante un acto en la Plaza Roja de Moscú. Cuando Carrillo le enseñó la instantánea, se mostró convenientemente halagado: «El patrón está en un plan magnífico, superándose a cada paso y en la misma ruta, sin una vacilación, que las Juventudes»[38].

Entretanto, el 14 de noviembre, Manuel Azaña, escribiendo en nombre de los diversos grupos republicanos de izquierdas, propuso formalmente una alianza electoral a la directiva del PSOE. Ante tan dramática decisión, Largo Caballero convocó rápidamente una sesión conjunta con las cúpulas del PSOE, la UGT y la FJS para el 16 de noviembre. La propuesta de Azaña fue aceptada después de que Largo Caballero reconociera la absurdidad de repetir el error de 1933. Carrillo y Amaro del Rosal siguieron la línea de la Comintern y también manifestaron su

firme respaldo a la alianza electoral. Sin embargo, Carlos Hernández Zancajo se opuso. De este modo anticipó las divisiones entre los caballeristas que perjudicarían gravemente al movimiento socialista durante la Guerra Civil, entre los que mostraban una adhesión inquebrantable por la Unión Soviética y los que, como Hernández Zancajo, no entendían la revolución política como un elemento consustancial a los intereses soviéticos. Convencido de que los pactos con los republicanos burgueses no debían fortalecer al ala prietista del movimiento socialista, Largo Caballero insistió en que cualquier coalición debía extenderse a otras organizaciones de clase trabajadora, entre ellas el Partido Comunista. Carrillo estaba encantado. La directiva de la UGT decidió entablar negociaciones con el PCE para la incorporación de la Confederación General de Trabajo Unitaria (CGTU) en la UGT. Además, Largo Caballero insistió en que el programa electoral del Frente Popular debía ser aprobado por el PCE y la CGTU, además de la FJS, el PSOE y la UGT[39]. Por su parte, Prieto temía que el peso desproporcionado que se otorgaría al Partido Comunista perjudicara a los intereses del PSOE. También se oponía a la idea de que el programa exigiera la aprobación de la FJS, ya que, insistía, considerarla una organización autónoma era totalmente contrario a los estatutos del PSOE[40].

Dos semanas después, Carrillo publicó un artículo típicamente triunfalista que se jactaba de la derrota sobre los elementos reformistas del movimiento socialista. En él afirmaba que las rectificaciones de la Tercera Internacional situaban a la FJS «en un plano político semejante al de los comunistas». La aseveración de que las «negociaciones previas» ya estaban en marcha dejaba claro que la FJS estaba aproximándose cada vez más a la UJC. Por otro lado, tachaba de injustificada cualquier sospecha de que la unificación significara una absorción de las Juventudes Socialistas por parte de los comunistas, y argumentaba que, si había un propósito común en los elementos revolucionarios de

ambos bandos, solo los reformistas podían tener motivos para inquietarse. Carrillo concluía el texto con una rotunda declaración: «Los lazos que nos aten a los afiliados de la Internacional de Moscú concluirán de desanudar los que aún nos unían a determinados “socialistas”»[41].

Carrillo cantó victoria demasiado pronto. El 16 de diciembre se celebró una reunión del Comité Nacional del PSOE, en la que Largo Caballero reiteró su idea de que cualquier coalición electoral debía estar dominada por organizaciones de trabajadores. Antes de que pudiera producirse un debate a gran escala, Prieto criticó las actividades de Carrillo y los líderes de la FJS. Y lo que era más importante, planteó una cuestión estatutaria en la relación del grupo parlamentario con la ejecutiva del PSOE. En unas circunstancias inmensamente complicadas, Largo Caballero dimitió como presidente del Partido Socialista. Una vez que hubo abandonado la reunión a toda prisa, Prieto pudo plantear con éxito su visión moderada de la coalición electoral republicano-socialista. El deseo caballerista de que las negociaciones con los republicanos fueran efectuadas por un bloque de trabajadores que incluyera a la FJS, el PCE y la CGTU se vio frustrado. Las dimisiones de Largo Caballero y tres de sus lugartenientes más próximos —Enrique de Francisco, Wenceslao Carrillo y Pascual Tomás— significaban que en primavera tendría que organizarse un congreso del partido para elegir un nuevo Comité Nacional. Esto se interpretó como el primer paso para desterrar a los centristas y garantizar el objetivo bolchevizador de una jerarquía de partido centralizada. No obstante, era una apuesta que, en términos inmediatos, acababa con el control de la organización y del sindicato establecido por los caballeristas tras la derrota de Besteiro en enero de 1934. Ahora, la UGT estaba en manos de los caballeristas y el PSOE de los prietistas. En su carta formal de renuncia, Largo Caballero desvelaba sus motivos a Vidarte. Era una medida para garantizar una dirección unánime, como «un organismo homogéneo de

dirección férrea. Hemos resuelto continuar la línea de octubre». La apuesta fracasó porque, debido a complejas razones relacionadas con la tensa situación política, ese congreso nunca llegó a celebrarse[42].

Estos sucesos en las más altas esferas del movimiento socialista pudieron infundir al impaciente Carrillo la idea de que sus ambiciones revolucionarias se verían mejor satisfechas dentro del Partido Comunista. Mientras tanto, la FJS aceptó el Frente Popular a finales de diciembre de 1935, y justificaba su decisión en el primer número de *Renovación,* aduciendo que utilizaría las elecciones para poner fin a una represión que era descrita como «esta dolorosa situación». No obstante, como cabría esperar, Carrillo no renunció a los objetivos maximalistas de la revolución y la dictadura del proletariado, y exhortó a las organizaciones proletarias a preparar a sus equipos para la futura batalla y las animó a intensificar la purga de elementos reformistas del PSOE[43]. Durante la campaña electoral socialista, Largo Caballero perseveró en la necesidad de la unidad proletaria y la transformación de la sociedad capitalista. Su superficial retórica revolucionaria deleitaba al público de clase trabajadora en toda España. El 11 de febrero habló con José Díaz en un mitin conjunto del PSOE y el PCE sobre el tema de la unidad, con lo cual ambos oradores se referían a la absorción de todo el movimiento de clase obrera por parte de sus organizaciones[44].

La noche del 16 de febrero, Carrillo y sus camaradas esperaban ansiosamente los resultados de las elecciones y las noticias sobre una posible amnistía. A la mañana siguiente, oyeron los primeros rumores de la victoria del Frente Popular y el ruido de una gran multitud que se acercaba a la prisión. Era una manifestación que exigía su puesta en libertad. Carrillo y los demás, todos ellos pendientes de juicio, salieron la noche del 17 de febrero[45]. De inmediato solicitó un pasaporte para viajar a Rusia, que le fue expedido el 24 de febrero de 1936 en Madrid. Iba a Moscú como parte de una delegación conjunta de la FJS y la

UJC para debatir la próxima unificación con la KIM. Antes de partir, mantuvo varias reuniones con Vittorio Codovila en el piso de Julio Álvarez del Vayo, cuñado de Araquistáin. El representante de la Comintern estaba preparándolo y, muy inteligentemente, optó por no reprenderlo por las opiniones casi trotskistas vertidas en *Octubre-segunda etapa*. El propio Carrillo declararía más tarde: «A él le debo ser comunista»[46].

En el viaje a Moscú estuvo acompañado por Federico Melchor, y los dos representantes de la UJC fueron Trifón Medrano y Felipe Muñoz Arconada. En la capital soviética quedó absolutamente deslumbrado. Vio trabajadores armados desfilando por las calles. Tras un año encarcelado con Largo Caballero, pese a la admiración que profesaba al amigo de su padre, Carrillo tuvo la sensación de que el PSOE era un partido del pasado. Los líderes socialistas, hombres de mediana edad, rara vez permitían que los jóvenes militantes llegaran a cargos de poder en sus rígidas estructuras. Puede que fuera el favorito y consentido de Largo Caballero, pero otros socialistas veteranos lo trataban con desconfianza. Sin embargo, en Moscú fue recibido como una celebridad. Describió como «un cuento de hadas» el hecho de hospedarse en el lujoso hotel Savoy y ser trasladado a todas partes en una limusina con chófer para ver el paisaje, la Plaza Roja, el mausoleo de Lenin, el Kremlin y el Bolshói. Le impresionó aún más que le presentaran a Giorgi Dimitrov y Dimitri Manuiski, líderes de la Comintern, y al secretario general de la KIM, Raymond Guyot. Apenas dos meses después de cumplir veintiún años, estaba encantado de que sus héroes lo trataran como a un igual, en especial el gigante Dimitrov, que modestamente evitó comentar sus hazañas en el juicio del Reichstag. Al parecer, durante el viaje Carrillo se aficionó al vodka y el caviar[47].

Más tarde, Carrillo reconoció que la fusión con la UJC era tan solo el primer paso de un proyecto para introducir primero a la FJS y después todo el movimiento socialista en la Internacional

Comunista. En su informe a la KIM, declaró que el mantenimiento de la estructura organizativa de las Juventudes Socialistas era una medida provisional necesaria que venía dictada por la necesidad de completar primero la purga del PSOE. Ese viaje tuvo una influencia crucial en su posterior desarrollo. La KIM, con sede en Moscú, era supervisada de cerca por el servicio de espionaje ruso, o NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) y el Ejército Rojo. Tras ser identificado por Codovila como una posible estrella de la Comintern, Carrillo habría sido evaluado de todos modos, pero el proceso seguramente fue más riguroso debido a las sospechas de inclinaciones trotskistas manifestadas por Carmen «la Gorda», con quien muchos miembros de las Juventudes Comunistas se sentían molestos por su dogmatismo[48]. Como todos los posibles líderes de la Comintern, Carrillo se había visto obligado a convencer a sus jefes de Moscú de que colaboraría plenamente con el Servicio Secreto soviético[49]. Al parecer, no le supuso una gran dificultad. Seducido por Dimitrov, Manuiski y otros héroes, el joven que se había atrevido a afirmar que la FJS debía dictar la estrategia socialista aceptaría de buen grado los dictados del Kremlin. Su primera lección era reconocer que Trotski era un traidor. La segunda, que la misión de un movimiento juvenil unido no era forjar una vanguardia revolucionaria de élite, sino convertirse en una organización de masas.

Después de la guerra, Carlos de Baraibar comentaba amargamente el desenfrenado ardor de Carrillo y Melchor por todo lo que habían visto en la Unión Soviética. A su vuelta detectó el «entusiasmo arrebatado, y en cierto modo extravagante, con que aquellos muchachos se expresaban al hablar de Moscú, de sus hombres, de sus realizaciones, de sus laboratorios, y hasta de sus retretes». En opinión de Baraibar, la experiencia los había corrompido en cierto modo. «Hicieron ese famoso viaje a Moscú», escribía, «en que tanta alma cándida ha encontrado su camino a Damasco, y al regresar, empiezan a esbozar fantásticos planes de

reorganización del movimiento juvenil, que significaban una absoluta desnaturalización de las esencias revolucionarias que habían constituido siempre su galardón más preclaro. Había allí una confusa mezcolanza de ilusiones totalitarias sobre las posibilidades de captación de la masa juvenil española, cualquiera que fuera su origen y sus sentimientos; un afán de colosalismo, completamente ajeno a nuestro genio peculiar, y, hay que decirlo todo, un algo extraño que a mí me pareció simple aldeanería, de joven insuficientemente preparado que se pone en contacto con un mareante aparato de cifras, gráficos, estadísticas y demás espejuelos de una propaganda sabiamente dirigida»[50].

Poco después de su regreso a Madrid, los comités ejecutivos de la FJS y la UJC celebraron una reunión conjunta para evaluar el informe que había elaborado la delegación en Moscú a favor de un nuevo movimiento de masas unitario. El informe fue aprobado como la base para la unificación, y se organizó un comité nacional conjunto para llevar a cabo el proceso de fusión. Se habían realizado grandes esfuerzos por disipar las sospechas de que el movimiento socialista estaba a punto de perder a su sector juvenil a manos del Partido Comunista. Se esperaba que la idea de que la UJC sería absorbida por la FJS tranquilizara a Largo Caballero. Sin embargo, no fue eso lo que sucedió, como cabía prever habida cuenta de los lazos cada vez más estrechos que mantenía Carrillo con Moscú. Se celebraron varios mítines públicos en secciones locales de ambas organizaciones para propagar la unificación, que culminaron en la plaza de toros de Las Ventas, en Madrid, el domingo 5 de abril de 1936. En su discurso, Carrillo declaró que lo que estaba sucediendo reparaba el cisma de 1921, por el cual, el ala radical del PSOE había abandonado para formar el PCE. El acto de Las Ventas vino seguido durante todo mayo y julio de 1936 de mítines en las secciones provinciales de la FJS y la UJC a fin de prepararse para una gran conferencia nacional de unificación que, debido al estallido de la Guerra Civil, nunca llegó

a celebrarse. En aquellos meses, la cifra de miembros pasó de cien mil a ciento cuarenta mil[51].

Volviendo la vista atrás, Largo Caballero recordaba su reacción en términos similares a los de Baraibar y afirmaba que cuando Carrillo y otros iban a explicar las propuestas de planes organizativos, les decía «sin vacilación ninguna» que su objetivo de un movimiento juvenil de masas iba totalmente en contra del espíritu de la FJS, que a la sazón consideraba muerta. Carrillo intentó convencerlo de su buena fe y lealtad, y expresó «la promesa solemne de que haría una organización formidable eminentemente socialista»[52].

Amaro del Rosal, que era uno de los presentes cuando Largo Caballero fue informado de la unificación, recordaba su angustia, «con lágrimas en los ojos». En efecto, Carrillo había asestado un golpe demoledor al PSOE y socavado su futuro político. Según la percepción de Largo Caballero, estaba proporcionando al PCE, en palabras de Helen Graham, «una vanguardia política que sin duda incluía a numerosos líderes nacionales y provinciales en potencia». Algunos, como Serrano Poncela, se sintieron alarmados por el hecho de que Carrillo hablara de crear una organización de masas contraria a la percepción tradicional de la FJS como un campo de entrenamiento de élite para el PSOE. Carrillo pronunció un discurso en el que rendía tributo a Largo Caballero, pero el daño ya estaba hecho[53].

El 31 de marzo, Carrillo participó en una reunión del Comité Central del Partido Comunista, en el que propuso que la nueva JSU intentara acceder a la KIM y que el PSOE se uniera al PCE e ingresara en la Comintern. La asistencia a las reuniones del Comité Central era un privilegio que normalmente no se hacía extensivo a los no afiliados[54]. Carrillo ingresaría formalmente en el partido seis meses después, pero hay razones para creer que ya era comunista a todos los efectos. En 1974 reconocía que a su regreso de Moscú había empezado a convertirse en comunista: «No me uní al partido inmediatamente, aunque empecé a

colaborar con los comunistas e incluso fui invitado a participar en reuniones del Comité Central. No me afilié porque todavía tenía la esperanza de llevar a cabo la unificación de los partidos socialista y comunista»[55].

El proceso mediante el cual fue elegido el nuevo Comité Ejecutivo de las JSU en septiembre de 1936 fue extremadamente opaco. Había quince miembros, de los cuales siete eran comunistas, aunque algunos de los ochos socialistas estaban tan cerca del PCE que la diferencia era inapreciable. Carrillo se convirtió en secretario general de una organización que, pese a su nombre, suponía un enorme avance de la influencia comunista[56]. Quienes percibían la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas como la derrota de la FJS ante la Tercera Internacional acuñaron el término «Juventudes Socialistas Urssificadas»[57]. El 18 de julio, Carrillo estaba en París con Trifón Medrano y José Laín Entralgo para debatir con Raymond Guyot, secretario general de la Internacional Juvenil Comunista, los problemas planteados por la reunión en Madrid con Carmen, la cómica delegada alemana de la Comintern. En sus memorias relata su heroica respuesta al conocer el golpe militar en España. Los tres partieron de inmediato hacia la frontera. Al entrar en España vía Irún, se dirigieron a San Sebastián y se vieron involucrados al instante en un ataque contra un hotel en el que se habían atrincherado unos partidarios de los rebeldes. Más tarde, en un vano esfuerzo por llegar a Madrid, Carrillo y sus compañeros pasaron varias semanas luchando en el frente vasco con una unidad organizada por el Partido Comunista local. Al ser extremadamente miope, Carrillo era cualquier cosa menos un soldado nato. A la postre, pudieron pasar a Francia y regresar a España por Puigcerdà. Según Enrique Líster, aquello era pura invención, y durante ese período Carrillo permaneció en París. Sea cual fuere la verdad, está claro que en aquellas primeras semanas de la guerra estaba convencido de que el único partido

con cierta dirección para tomar las riendas de la situación era el PCE[58].

Cuando regresó a Madrid a principios de agosto, las JSU ya estaban tratando de convertir su milicia de preguerra en unidades de combate propiamente dichas. Carrillo afirma que fue nombrado comisario político del Batallón «Largo Caballero», que defendía la ciudad desde la sierra situada al norte. La heroica imagen de ese período de su vida se ve un tanto diluida por Manuel Tagüeña, un testigo mucho más fiable que dijo que Carrillo se vio involucrado en una rivalidad política que socavó los esfuerzos del italiano Fernando De Rosa por unir a los diversos grupos[59]. Ciertamente, su carrera militar, si en realidad hubo tal, fue breve. Debido al crecimiento vertiginoso de las JSU, estaba claro que Carrillo podía resultar especialmente útil en un puesto político y no militar.

Las JSU estaban inundándose de nuevos reclutas y pronto contaban con más militantes que los sectores adultos del PSOE y el PCE juntos[60]. En todos los niveles de la sociedad, la economía, la campaña bélica, la industria y las incipientes fuerzas armadas, los miembros de las JSU desempeñaban un papel clave. Por ello, Carrillo se encontraba en Madrid trabajando en los detalles prácticos para consolidar el control comunista sobre este poderoso nuevo instrumento. Tras largas vacilaciones, el 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero había sucumbido finalmente a los argumentos de Prieto, según el cual, la supervivencia de la República pasaba por un Gabinete respaldado por los partidos de clase trabajadora además de los republicanos burgueses. Se formó un verdadero Gobierno del Frente Popular en el que Largo era primer ministro y ministro de Guerra. Dicho Gobierno contenía socialistas y republicanos. Dos meses después, el 4 de noviembre, cuando las tropas de Franco se hallaban ya a las puertas de Madrid, cuatro representantes de la anarcosindicalista CNT se unieron también al Gabinete.

Para entonces se habían intensificado los ataques aéreos rebeldes. Lejos de minar la moral de los madrileños, tuvieron el efecto contrario y provocaron una profunda aversión hacia los rebeldes. Casi todos los partidos políticos de izquierdas y los sindicatos habían organizado brigadas para eliminar a presuntos fascistas. Con sus tribunales, sus prisiones y sus ejecutores, eran conocidas indiscriminadamente como «checas». Sus objetivos eran los considerados partidarios de los rebeldes dentro de la capital. Esto incluía a derechistas encarcelados y a los todavía no detectados, que en las condiciones desesperadas de la asediada capital eran tildados de forma indiscriminada de «quintacolumnistas», en alusión a las cuatro columnas que avanzaban hacia Madrid. Basándose en las masacres perpetradas en el sur de España por las columnas africanas de Franco, se creía que los rebeldes planeaban matar a cualquiera que hubiera sido miembro de algún partido o grupo vinculado al Frente Popular, que hubiera ostentado un cargo gubernamental o que estuviese afiliado a un sindicato. Las escalofriantes retransmisiones realizadas desde Sevilla por el general Gonzalo Queipo de Llano sembraron el miedo y el odio.

En medio de la claustrofobia generada por el sitio, la ira popular se centró en la población de las prisiones. Entre los detenidos había muchos considerados potencialmente muy peligrosos. A medida que las columnas rebeldes se acercaban a la capital durante el mes de octubre, reinaba una creciente preocupación por los numerosos y experimentados oficiales militares de derechas que se habían negado a cumplir su juramento de lealtad a la República. Aquellos hombres se jactaban de que formarían nuevas unidades para las columnas rebeldes en cuanto fueran liberados, tal como ellos esperaban. Algunos grupos anarquistas elegían prisioneros al azar y los ejecutaban. El 4 de noviembre cayó Getafe, situada al sur de Madrid, y se unieron al Gobierno cuatro ministros anarquistas. Avanzando a través de la Ciudad Universitaria y la Casa de

Campo el 6 de noviembre, los rebeldes se encontraban a tan solo doscientos metros de una de las prisiones más grandes, la Modelo, en el barrio de Argüelles.

En ese contexto, el Gabinete de Largo Caballero tomó finalmente la decisión de partir hacia Valencia el 6 de noviembre. Los dos ministros comunistas, Jesús Hernández (Instrucción Pública) y Vicente Uribe (Agricultura), se aferraban a la línea del partido, según el cual, aunque el Gobierno tuviera que ser evacuado, Madrid podría ser protegida[61]. El general José Miaja Menent, jefe de la 1.ª División Militar, fue puesto al mando de la capital y se le ordenó la creación de un organismo que sería conocido como Junta de Defensa y contaría con plenos poderes gubernamentales en Madrid y alrededores. En realidad, Largo Caballero y el Gabinete que huyó a Valencia creían que la capital estaba condenada de todos modos. En su opinión, la Junta estaba allí simplemente para administrar la rendición de la ciudad. El propio Miaja pensaba que lo estaban sacrificando en un gesto fútil[62]. Su mayúscula tarea consistía en organizar la defensa militar y civil de Madrid, al tiempo que proporcionaba comida y refugio a sus habitantes y a los refugiados que se agolpaban en las calles. Asimismo, tenía que lidiar con la violencia de las checas y con las actividades de la Quinta Columna[63]. La Junta de Defensa era, por tanto, un minigobierno localizado e integrado por unos «ministros» denominados consejeros que eran elegidos entre todos los partidos que constituían el Ejecutivo central. Sin embargo, Miaja recurriría primero a los comunistas en busca de ayuda, y los encontró preparados.

La decisión del gabinete fue comunicada de inmediato por los dos ministros comunistas a Pedro Checa y Antonio Mije, que en la práctica lideraban el PCE durante las frecuentes ausencias del secretario general, José Díaz, gravemente enfermo a causa de un cáncer de estómago. Pedro Checa ya estaba trabajando para el NKVD[64]. Se debatieron las posibles repercusiones y se pergeñaron planes. Asombrosamente, en esa histórica reunión

estuvieron presentes Santiago Carrillo y José Cazorla, que en teoría seguían siendo miembros del Partido Socialista. Su presencia constata la importancia de las ahora enormes JSU, y también que ya ocupaban los escalafones más altos del PCE.

A última hora de la tarde, Checa y Mije negociaron con Miaja las condiciones de la participación comunista en la Junta de Defensa. Un agradecido Miaja aceptó gustosamente la oferta de que el PCE dirigiera las consejerías de Guerra y Orden Público en la Junta de Defensa. También acató los nombramientos de Antonio Mije como consejero de Guerra y de Carrillo como consejero de Orden Público con Cazorla como segundo. Poco antes de su muerte, Carrillo afirmó que en aquella reunión preguntó a Miaja qué se suponía que debía hacer con la Quinta Columna y que el general respondió: «¡Aplastarla!». Según recordaba en 1993: «En la misma noche del 6 yo empecé a hacerme cargo de mis responsabilidades». Después, Mije, Carrillo y Cazorla pidieron a Largo Caballero una declaración que explicara al pueblo de Madrid por qué se marchaba el Gobierno. El primer ministro negó que estuviera siendo evacuado, pese a las maletas amontonadas frente a su despacho. Aún más desilusionados por las mentiras de su héroe ya caído, regresaron al Comité Central del PCE[65].

Carrillo pudo nombrar a sus subordinados en el Consejo de Orden Público y asignarles tareas inmediatamente después de su encuentro con Miaja en la madrugada del 6 al 7 de noviembre. Organizó un subcomité, conocido como Delegación de Orden Público, encabezado por Serrano Poncela, en quien recayó la responsabilidad de las labores de la Dirección General de Seguridad (DGS) en Madrid. La Delegación empezó a tomar decisiones desde primera hora del 7 de noviembre[66]. El anarquista Gregorio Gallego resaltó la capacidad de los comunistas para comenzar a trabajar con plena capacidad: «Comprendimos que la operación estaba demasiado bien preparada y amañada para ser una improvisación»[67].

La responsabilidad general de los prisioneros recayó en tres hombres: Carrillo, Cazorla y Serrano Poncela. Los tres tomaron decisiones cruciales en el vacío existente entre la evacuación del Gobierno la noche del 6 de noviembre y la constitución formal de la Junta de Defensa veinticuatro horas después. Sin embargo, es inconcebible que esas decisiones fueran tomadas por tres jóvenes sin experiencia de veintiún (Carrillo), treinta (Cazorla) y veinticuatro años (Serrano Poncela). La autorización para sus decisiones operativas, como veremos, provino de elementos de rango muy superior. Sin duda, requirió el visto bueno de Checa y Mije, quienes, a su vez, precisaban la aprobación de Miaja y de los asesores soviéticos, ya que la ayuda rusa, en forma de carros de combate, aviones, Brigadas Internacionales y experiencia técnica, había empezado a llegar en las semanas previas. La puesta en práctica de las decisiones exigía también la ayuda del movimiento anarquista.

Así pues, la autorización, la organización y la materialización de lo sucedido a los prisioneros involucró a muchas personas. Sin embargo, el puesto de Carrillo como consejero de Orden Público, sumado a su posterior relevancia como secretario general del Partido Comunista, supuso que le fuera achacada toda la responsabilidad de las muertes. Eso es absurdo, pero no significa que no tuviese ninguna responsabilidad. Para valorar el grado de su intervención debemos preguntarnos por qué el líder de las Juventudes Socialistas, que contaba veintiún años, recibió un cargo de tanta importancia y poder. La noche del 6 de noviembre, tras la reunión con Miaja, Carrillo, Serrano Poncela, Cazorla y otros se incorporaron formalmente al Partido Comunista y no fueron sometidos a los estrictos requisitos de ingreso. En la que no fue en modo alguno una ceremonia formal, se limitaron a informar a José Díaz y Pedro Checa de sus deseos y fueron acogidos por el partido allí mismo. La brevedad de los procedimientos corrobora que Carrillo ya era un «submarino» comunista importante dentro del Partido Socialista. Al fin y al

cabo, había introducido en la órbita del PCE a los cincuenta mil miembros de la FJS y a otros cien mil que se habían unido a las JSU. Ya asistía a reuniones del Politburó del PCE, un indicativo de gran jerarquía. Había sido identificado por los agentes de la Comintern como un candidato al reclutamiento. Si no tomó antes la decisión fue porque esperaba propiciar la unificación del PSOE y el PCE. La firme oposición de Largo Caballero a dicha unión, sumada a la mala gestión de la guerra, la convirtieron en una ambición sin sentido. Asimismo, el prestigio acumulado por el Partido Comunista gracias a la ayuda soviética constataba que demorar el salto no suponía una gran ventaja. Fue una decisión eminentemente práctica, si bien Fernando Claudín afirmaba de forma poco plausible que Carrillo fue valiente al cortar sus lazos con un partido en el que estaba tan bien situado[68]. Curiosamente, Carrillo dijo que su pertenencia al PCE no fue de dominio público hasta julio de 1937[69].

A finales de diciembre de 1936, en Valencia, Carrillo, Cazorla, Melchor y Serrano Poncela informaron a Largo Caballero de lo que habían hecho. Este se sintió abatido, al igual que otros miembros de su camarilla. Finalmente cayó en la cuenta de que había dejado el futuro del PSOE en manos de los comunistas. Según Carrillo, Largo Caballero dijo con lágrimas en los ojos: «¡Ahora sí que he perdido la confianza en el éxito de la revolución española!»[70]. Poco después, confesaba a un estrecho colaborador, tal vez Amaro del Rosal: «Era más que un hijo para mí. Lo que nunca perdonaré a los comunistas es que me lo hayan robado»[71]. Las reflexiones posteriores de Largo Caballero eran bastante más virulentas, y en sus memorias inéditas escribía: «En las Juventudes Socialistas no faltaron algunos Judas como Santiago Carrillo y otros, y lograron simular una fusión que la llamaron JSU, pero enseguida demostraron su perfidia adhiriéndose a la Internacional Comunista»[72].

Carlos de Baraibar, que había sustituido a Carrillo como hombre predilecto del antiguo líder, recordaba con sarcasmo: «Un

grupo de los dirigentes de la Juventud Socialista Unificada me visitó para hacerme saber que habían decidido, en masa, ingresar en el Partido Comunista. Carente yo de toda otra información, se adornó el caso de tales derroches de retórica que quedé convencido de que se les había hecho la vida imposible en el seno del socialismo, por lo que, para seguir combatiendo con eficacia por la causa, los pobrecitos no habían tenido más remedio que vincularse al comunismo. De todos modos, a mí me parecía monstruoso que esto se hubiera realizado sin una previa consulta a los demás compañeros de posición, y sin más conocimiento que el que después supe fue tenido, paso a paso, por el precitado Álvarez del Vayo, asesorados todos por el que nosotros llamábamos "ojo de Moscú", el representante secreto del Komintern, vale decir de Stalin». Largo Caballero también se refería a «Medina/Codovila» como «el ojo de Moscú»[73].

Cuando Serrano Poncela empezó a regentar la Delegación de Orden Público a primera hora del 7 de noviembre, utilizó las instrucciones para la evacuación de prisioneros que dejó Manuel Muñoz, director general de Seguridad, antes de abandonar Madrid y poner rumbo a Valencia[74]. El alemán Felix Schlayer, cónsul de Noruega, afirmó que la preparación del documento necesario era el precio que había pagado Muñoz a los milicianos comunistas que le impedían unirse al resto del Gobierno en Valencia[75]. Las órdenes de evacuación no eran unas instrucciones específicas de asesinato, como demostró la llegada de algunos prisioneros a su destino. Con independencia de quién firmó esas directrices, en medio de la confusión administrativa y de un caos popular generalizado, el traslado de ocho mil prisioneros que se acumulaban en las cárceles madrileñas parecía imposible. No obstante, el Consejo de Orden Público de Carrillo llevaría a cabo la tarea[76].

Entre quienes presionaban para que se realizara la evacuación —y posiblemente la ejecución— de los prisioneros estaban las autoridades militares: el general Miaja y Vicente Rojo, su jefe del

Estado Mayor, los altos mandos rusos presentes en Madrid y la jerarquía comunista. Teniendo en cuenta la crucial ayuda militar que prestó el personal soviético y su experiencia en el sitio de San Petersburgo durante la guerra civil, era normal que les pidieran consejo. Los cargos de mayor rango entre el personal soviético eran los generales Ian Antonovich Berzin, jefe de la misión militar, y Vladimir Gorev. Berzin, junto con varios diplomáticos soviéticos, había viajado a Valencia con el Gobierno, mientras que Gorev, oficialmente agregado militar pero en realidad jefe del espionaje militar soviético (GRU) en Madrid, se quedó allí. Así pues, Gorev desempeñaría un papel fundamental, mano a mano con Rojo, en la defensa de la capital. También participó Mijail Koltsov, el corresponsal de *Pravda* y tal vez el periodista ruso más poderoso de la época.

Otras figuras influyentes en la defensa de Madrid fueron Codovila y el italiano Vittorio Vidali, altos cargos de la Comintern. Con el pseudónimo de «Carlos Contreras», Vidali había sido vital en la fundación del Quinto Regimiento, que más tarde había de convertirse en el eje del Ejército Popular de la República. Era el comisario político de dicho regimiento, y su obsesión con la necesidad de eliminar a los partidarios de los rebeldes en Madrid se reflejaba en numerosos artículos y discursos. A la luz de unos informes, según los cuales los prisioneros alardeaban de que estaban a punto de unirse a sus camaradas rebeldes, Gorev y otros asesores soviéticos, entre ellos Vidali, insistieron en que sería un suicidio no evacuar a los elementos peligrosos. Debido a la desesperada situación del sitio, era una opinión que también compartían Vicente Rojo y Miaja[77].

Este último pronto entabló una estrecha relación con José Cazorla, el segundo de Carrillo y uno de los actores clave en la organización del destino de los prisioneros[78]. El taciturno Cazorla estaba igualmente decidido a aniquilar a los partidarios rebeldes. Para esta tarea, como veremos, recurrió a los consejos del personal de seguridad ruso. Vicente Rojo, un teniente coronel

de cuarenta y dos años que había sido ascendido recientemente, estaba igual de preocupado que Miaja por los prisioneros. Creía que la «Quinta Columna» estaba compuesta de espías, saboteadores y agitadores, y temía que ello pudiera tener consecuencias decisivas en la suerte de la capital. En consecuencia, escribía Rojo, las autoridades militares debían tomar la decisión de eliminarla[79].

En el Ministerio de Guerra hubo reuniones entre Antonio Mije, el general Gorev y el coronel Vicente Rojo, tres individuos influyentes que estaban sumamente preocupados por el problema de los prisioneros. Pedro Checa también mantuvo un encuentro crucial en la sede del PCE con Mijail Koltsov, mensajero de Gorev[80]. Casi con total seguridad, se trata del mismo encuentro entre Checa y «Miguel Martínez» que describe Koltsov en su diario. En la versión de Koltsov, «Miguel Martínez» alentó a Checa a proceder con la evacuación de los prisioneros. Koltsov/Martínez determinó que no era necesario trasladar a los ocho mil, pero que era esencial seleccionar a los más peligrosos y enviarlos a la retaguardia en grupos reducidos. Checa aceptó ese argumento y mandó a tres hombres a «dos grandes prisiones», lo cual probablemente significaba San Antón y la Cárcel Modelo, desde las cuales se organizaron sacas el 7 de noviembre[81].

No cabe duda de que la Consejería de Orden Público entró en funcionamiento el 6 de noviembre a altas horas de la noche o en la madrugada del día siguiente, e inició el proceso de evacuación de prisioneros. El sistema de orden público de la Junta de Defensa, bajo el mando de Santiago Carrillo, dependía de Checa y Mije, y está claro que mantenían contacto permanente con los rusos. Al igual que Codovila, el italiano Vidali se encontraba en España como emisario de la Comintern con el nombre de «Carlos Contreras», pero también era agente del NKVD. Tanto Vidali como Josif Grigulevich, que durante un corto espacio de tiempo fue su ayudante en el Quinto Regimiento, pertenecían a la Administración de Tareas Especiales (asesinatos, terrorismo,

sabotaje y secuestros) del NKVD, dirigido por Yakov Isaakovich Serebrianski. Grigulevich era un lituano de veintitrés años que hablaba español con fluidez, ya que había vivido en Argentina[82].

Enrique Castro Delgado, el dirigente comunista al mando del Quinto Regimiento, describía cómo, la noche del 6 de noviembre, él y Vidali/Contreras dictaban órdenes al jefe de una unidad especial: «Comienza la "masacre". Sin piedad. La Quinta Columna de que habló Mola debe ser destruida antes de que comience a moverse»[83]. Las claras consecuencias del encuentro entre Vidali/Contreras y Castro Delgado fueron la participación de varios elementos del Quinto Regimiento y el NKVD en lo ocurrido a los prisioneros en noviembre. Había numerosos miembros de las JSU en el Quinto Regimiento. En una reveladora entrevista concedida en 1986, dos años antes de su muerte, Grigulevich afirmó que en Madrid había trabajado a las órdenes de Santiago Carrillo liderando una brigada especial de militantes socialistas en la Dirección General de Seguridad, que se dedicaba a operaciones «sucias»[84]. La brigada fue constituida por Grigulevich con lo que denominaba «elementos de confianza», reclutados entre los miembros de las JSU que habían formado parte de la unidad responsable de la seguridad de la embajada soviética en Madrid.

Grigulevich había empezado a colaborar con Carrillo a finales de octubre o principios de noviembre. Carrillo, Cazorla y los miembros de la unidad conocían a Grigulevich como «José Escoy», aunque para otros era «José Ocampo»[85]. En otoño de 1937, un informe de la policía republicana hacía referencia a las frecuentes visitas al despacho de Carrillo de técnicos rusos especializados en seguridad y contraespionaje. El informe afirmaba también que esos técnicos «ofrecieron a la Autoridad máxima de Orden Público en Madrid su colaboración sincera y entusiasta», lo cual podría ser una referencia a Miaja o Carrillo. Si se trataba del primero, significaría que las actividades de Carrillo contaban con la aprobación de Miaja, aunque su colaboración con los rusos se

habría producido de todos modos, habida cuenta de los vínculos soviéticos con el Partido Comunista. El informe reflejaba asimismo que Carrillo había enviado a esos técnicos al «jefe y funcionarios de la Brigada Especial»[86]. Grigulevich se describía más tarde como «la mano derecha de Carrillo» en la Consejería de Orden Público[87]. Según los archivos de la KGB, o Comité para la Seguridad del Estado, que fue la sucesora del NKVD, su amistad era tal que, años después, Carrillo eligió a Grigulevich como «padrino» laico de uno de sus hijos[88].

Está claro que Miaja, Rojo, Gorev y la cúpula del Partido Comunista estaban ansiosos por ver resuelta la cuestión de los prisioneros cuanto antes. Sin duda aprobaron las evacuaciones, pero no necesariamente las ejecuciones, aunque esto último es posible. Lo que sí es probable es que en las reuniones mantenidas inmediatamente después de la creación de la Junta de Defensa delegaran la responsabilidad en los dos líderes del PCE. Checa y Mije, quienes, al igual que los rusos, eran partidarios de la ejecución de prisioneros, trasladaron la responsabilidad organizativa a Carrillo, Cazorla y Serrano Poncela. Para cumplir sus instrucciones, el trío pudo contar con miembros de las JSU, que obtuvieron cargos en la Delegación de Orden Público encabezada por Serrano Poncela, que gestionaba la Dirección General de Seguridad en Madrid. También pudieron disponer de la ayuda de Vidali/Contreras y el Quinto Regimiento y de Grigulevich y la brigada especial. Sin embargo, no pudieron hacer nada sin contar con la aprobación del movimiento anarquista que controlaba las carreteras de los alrededores de Madrid. Puesto que los anarquistas ya habían asesinado a algunos prisioneros, no era probable que presentaran una oposición insalvable a los comunistas. De hecho, el acuerdo formal de altos miembros de las milicias de la CNT no tardaría en producirse.

La sesión inaugural de la Junta comenzó el 7 de noviembre a las seis de la tarde[89]. Antes de la reunión, hacia las cinco y media, Carrillo salió de la oficina de Miaja en el Ministerio de

Guerra y se encontró con el doctor Georges Henny, representante de Cruz Roja Internacional, y Felix Schlayer, el cónsul de Noruega, a quienes invitó a reunirse con él en su despacho después de la sesión plenaria. Antes de acudir a dicha reunión, Schlayer y el delegado de Cruz Roja fueron a la Cárcel Modelo, donde se enteraron del traslado de varios centenares de prisioneros. A su regreso al Ministerio de Guerra, fueron recibidos amigablemente por Carrillo, quien les garantizó su determinación de proteger a los prisioneros e impedir cualquier asesinato. Cuando le comunicaron lo acontecido en la prisión, negó conocer dichas evacuaciones. Schlayer reflexionaba más tarde que, aunque eso fuera cierto, plantea el interrogante de por qué Carrillo y Miaja, una vez informados por él de los traslados, no hicieron nada para impedir los que se produjeron aquella noche y en días sucesivos[90].

Aquella misma noche se celebró una reunión a la que asistieron representantes no identificados de las JSU que controlaban el Consejo de Orden Público, de reciente creación, y varios miembros de la federación local de la CNT. En ella debatieron qué hacer con los prisioneros. La coordinación entre ambas era necesaria pese a la hostilidad mutua, ya que los comunistas dominaban Madrid y controlaban a la policía, las cárceles y los expedientes de los encarcelados, mientras que los anarquistas, a través de sus milicias, se habían hecho con las carreteras de los alrededores. A la mañana siguiente, en una reunión del Comité Nacional de la CNT, se expusieron los acuerdos cerrados en el encuentro entre la CNT y las JSU la noche anterior. La única crónica sobre ese encuentro son las actas del informe confeccionado por Amor Nuño Pérez, consejero de Industrias de Guerra en la Junta de Defensa. Esas actas no incluían los nombres de otros participantes en la reunión. Es razonable suponer que los representantes de las JSU incluían al menos a dos de los siguientes: Carrillo, Cazorla o Serrano Poncela. La gravedad de la cuestión que había que debatir y los

acuerdos prácticos alcanzados difícilmente habrían permitido la representación de miembros menos destacados de las JSU. Si Carrillo no estaba allí, cosa poco probable, es inconcebible que como consejero de Orden Público y secretario general de las JSU no estuviese plenamente informado de la reunión.

Nuño afirmó que la noche del 7 de noviembre, los representantes de la CNT y las JSU habían decidido que los prisioneros fueran clasificados en tres grupos. El destino del primero, que consistía en «fascistas y elementos peligrosos», sería la «ejecución inmediata», «cubriendo la responsabilidad» tanto de quien tomara la decisión como de quien la llevara a cabo. El segundo grupo de prisioneros, considerados partidarios del levantamiento militar pero, debido a su edad o profesión, menos peligrosos, serían evacuados a Chinchilla, cerca de Albacete. El tercero, integrado por «elementos no comprometidos», sería puesto en libertad «con toda clase de garantías, sirviéndose de ellos como instrumento para demostrar a las embajadas nuestro humanitarismo». Este último comentario sugiere que quienquiera que representara a las JSU en la reunión conocía y mencionó el encuentro que se había producido anteriormente entre Carrillo y Schlayer[91].

La primera remesa de prisioneros había abandonado Madrid el 7 de noviembre a primera hora de la mañana, supuestamente siguiendo las instrucciones de evacuación dictadas por Pedro Checa en respuesta a Koltsov/Miguel Martínez. Por ello, algunos prisioneros fueron ejecutados antes del acuerdo formal alcanzado con la CNT aquella noche. No se mencionan dificultades para sortear a las milicias anarquistas en las carreteras que salían de la capital, lo cual no es de extrañar, puesto que había representantes de la CNT-FAI en la Delegación de Orden Público de Serrano Poncela. No obstante, el acuerdo garantizaba que otros convoyes no encontrarían obstáculos en los controles anarquistas y que podrían contar con una ayuda notable en la cruenta labor de liquidar a los prisioneros. Los controles más

importantes de la CNT fueron ubicados en las carreteras de Valencia y Aragón que tomarían los convoyes. Las necesarias flotillas de autobuses de dos pisos y numerosos vehículos más pequeños no podían abandonar Madrid sin la aprobación, la cooperación o la connivencia de las patrullas de la CNT. Puesto que Carrillo, Cazorla y Serrano Poncela tenían pleno conocimiento de ello, no es plausible que ordenaran ninguna evacuación sin asegurarse primero el consentimiento de la CNT-FAI. Esto pone en tela de juicio las posteriores declaraciones de Carrillo, según el cual, los convoyes fueron secuestrados por los anarquistas. La pizca de verdad que contienen dichas afirmaciones es la certeza de que los anarquistas tuvieron cierto papel en las muertes.

Las consecuencias de las primeras decisiones tomadas por Carrillo y sus colaboradores fueron dramáticas. La mañana del 7 de noviembre hubo una saca en San Antón y, por la tarde, una más amplia en la Cárcel Modelo. Los prisioneros fueron cargados en autobuses de dos plantas. Los convoyes integrados por los autobuses, coches y camiones que transportaban milicianos viajaron regularmente durante dos días. Su destino oficial eran las prisiones situadas detrás de las líneas en Alcalá de Henares, Chinchilla y Valencia. Sin embargo, solo llegaron allí unos trescientos. A dieciocho kilómetros de Madrid, en el pueblo de Paracuellos del Jarama, situado en la carretera de Alcalá de Henares, el primer convoy, procedente de San Antón, fue desalojado violentamente de los autobuses. A los pies de la pequeña colina sobre la cual se encontraba el pueblo, fueron alineados por los milicianos, insultados y fusilados. Esa misma noche, el segundo envío, llegado de la Cárcel Modelo, corrió la misma suerte. La mañana del 8 de noviembre hubo otra remesa de prisioneros. El alcalde se vio obligado a reunir a los habitantes sanos del pueblo (en total eran solo mil seiscientos) para cavar enormes zanjas para unos ochocientos cadáveres en estado de putrefacción. Cuando Paracuellos fue incapaz de absorber

semejante tarea, los convoyes se dirigieron al cercano municipio de Torrejón de Ardoz, donde se utilizó un canal de riego abandonado para enterrar unas cuatrocientas víctimas[92]. Las sacas continuaron intermitentemente hasta el 3 de diciembre. Algunas expediciones de prisioneros llegaron sanas y salvas a Alcalá de Henares. La cifra total de fallecidos durante las cuatro semanas posteriores a la creación de la Junta de Defensa no puede calcularse con precisión, pero sin duda rondaba los dos mil o dos mil quinientos[93].

Todas esas sacas se iniciaron con documentación de la Dirección General de Seguridad, que indicaba si los prisioneros debían ser puestos en libertad o conducidos a Chinchilla. Cuando la orden era que fuesen a Alcalá de Henares, solían llegar sanos y salvos. Eso significa que «libertad» y «Chinchilla» eran palabras en clave que equivalían a eliminación[94]. Las órdenes específicas para las evacuaciones de prisioneros no fueron firmadas por Carrillo ni por ningún miembro de la Junta de Defensa. Hasta el 22 de noviembre, dichas órdenes fueron rubricadas por el jefe de policía Vicente Girauta Linares, segundo al mando de Manuel Muñoz en la Dirección General de Seguridad. Hasta que se unió a Muñoz en Valencia, Girauta cumplía órdenes de Serrano Poncela, sucesor del primero en Madrid. A partir de entonces, las directrices fueron firmadas por el propio Serrano Poncela o por Bruno Carreras Villanueva, reemplazo de Girauta como jefe de policía de Madrid[95]. En la Causa General hay varios documentos refrendados por Serrano Poncela. Su versión publicada reproduce dos. El fechado el 26 de noviembre de 1936 («Le ruego a Vd. ponga en Libertad a los individuos que se relacionan al dorso») incluía veintiséis nombres. El del 27 de noviembre («Sírvase poner en libertad los presos que se mencionan en la hoja adjunta y hoja segunda») contenía ciento seis. Todos los integrantes de esas dos listas fueron asesinados[96]. No se hallaron órdenes explícitas para la ejecución, pero sí para la «liberación» o «transferencia» de prisioneros.

Mientras proseguían las sacas, Carrillo empezó a emitir una serie de decretos que garantizarían el control comunista de las fuerzas de seguridad dentro de la capital y pondría fin a una miríada de fuerzas policiales paralelas. El 9 de noviembre, Carrillo presentó dos decretos que constituyeron un paso importante hacia el control centralizado de la policía y las fuerzas de seguridad. El primero exigía la entrega de todas las armas que no se hallaran en manos autorizadas. El segundo afirmaba que la seguridad interna de la capital sería responsabilidad exclusiva de las fuerzas organizadas por el Consejo de Orden Público. Esto suponía la disolución, al menos sobre el papel, de todas las checas[97]. Bajo las condiciones del sitio, Carrillo pudo imponer medidas de urgencia que estaban fuera de las competencias del Gobierno. Sin embargo, se produjo una considerable demora entre el anuncio del decreto y su posterior entrada en vigor. Los anarquistas se resistieron mientras pudieron, y los comunistas nunca renunciaron a algunas de sus checas. No obstante, en su decreto del 9 de noviembre, Carrillo restituyó los servicios de seguridad e investigación a la ahora reformada policía y eliminó a aquellos grupos dirigidos por partidos políticos o sindicatos, aunque muchos de sus militantes obtuvieron cargos en la Delegación de Orden Público de Serrano Poncela[98].

Esos servicios reformados incluían explícitamente «todo cuanto se relacione con el mantenimiento de detenciones y libertades, así como también con el movimiento, traslado, etc., de los detenidos», y quedaron bajo el control de la Delegación de Orden Público[99]. Todas las funciones de la Dirección General de Seguridad estaban en manos de Serrano Poncela. Sin embargo, cumplía instrucciones de Carrillo o de su segundo, José Cazorla. Las medidas de Carrillo constituyeron la institucionalización de la represión bajo la Delegación de Orden Público de la DGS[100].

Dentro de la delegación de Serrano Poncela había tres subsecciones. La primera se encargaba de las investigaciones, los interrogatorios y las peticiones de puesta en libertad, y estaba

dirigida por Manuel Rascón Ramírez, de la CNT. Una vez practicados los interrogatorios, esta sección hacía sus recomendaciones a la delegación y Carrillo tomaba las decisiones finales. Esta función era plenamente compatible con las decisiones tomadas en la reunión de miembros de las JSU y la CNT la noche del 7 de noviembre. La segunda, liderada por el propio Serrano Poncela, se encargaba de las cárceles, los prisioneros y los traslados entre centros penitenciarios. Utilizaba pequeños tribunales de milicianos organizados en cada prisión para evaluar las fichas de los internos. La tercera subsección lidiaba con el personal policial y otros grupos armados más o menos oficiales de la retaguardia[101].

Los procedimientos que se aplicaron a los prisioneros entre el día 18 de noviembre y el 6 de diciembre se concretaron el 10 de noviembre en una reunión de la Delegación de Orden Público. Serrano Poncela planteó tres categorías: altos mandos del Ejército con el rango de capitán o superior, falangistas y otros derechistas. Esto se asemejaba bastante a lo que habían pactado el 7 de noviembre los miembros de la CNT-FAI y los representantes de las JSU, uno de los cuales era sin duda Serrano Poncela. Cuando se confeccionaban listas de prisioneros, le eran remitidas a él. Después firmaba las órdenes para su «liberación», lo cual significaba que serían ejecutados. Al parecer, las expediciones de prisioneros que llegaban sanos y salvos a su destino consistían en hombres que no figuraban en las listas de ejecuciones creadas por los tribunales de las prisiones. Serrano Poncela debía informar a diario a Carrillo en su oficina de la Junta de Defensa (alojada en el Palacio de Juan March, en la calle Núñez de Balboa, situada en el barrio de Salamanca). Carrillo también visitaba el despacho de Poncela en la cercana calle Serrano número 37[102].

Según el procedimiento, los agentes llegaban a altas horas de la noche al centro penitenciario con una orden general firmada por Serrano Poncela para la «liberación» de los prisioneros

incluidos al dorso o en otra página. El director los entregaba y eran conducidos allí donde Serrano Poncela indicara verbalmente a los agentes. La fase posterior del proceso, esto es, el transporte y ejecución de los prisioneros al alba, la llevaban a cabo diferentes grupos de milicianos, a veces anarquistas, a veces comunistas, y a veces miembros del Quinto Regimiento. A los prisioneros se les obligaba a dejar todas sus pertenencias, se les ataba de dos en dos y se les subía a unos camiones[103].

Es imposible que Carrillo fuese ajeno a lo que estaba sucediendo, como demuestran las actas de la reunión de la Junta de Defensa celebrada la noche del 11 de noviembre de 1936. Uno de los consejeros anarquistas preguntó si la Cárcel Modelo había sido evacuada. Carrillo respondió que se habían tomado las medidas necesarias para organizar los traslados de prisioneros, pero que la operación había tenido que suspenderse. En vista de ello, el comunista Isidoro Diéguez Dueñas, segundo al mando de Antonio Mije en el Consejo de Guerra, declaró que la evacuación debía proseguir dada la gravedad del problema de los prisioneros. Carrillo repuso que la suspensión era necesaria debido a las protestas de los cuerpos diplomáticos, probablemente una referencia a su reunión con Schlayer. Si bien las actas son extremadamente breves, demuestran sobradamente que Carrillo sabía lo que estaba ocurriendo con los prisioneros, aunque solo fuera por las quejas del cónsul de Noruega Schlayer[104].

De hecho, posteriormente a las ejecuciones masivas del 7 y el 8 de noviembre, no hubo más sacas hasta el día 18, tras lo cual continuaron a menor escala hasta el 6 de diciembre. Las sacas y ejecuciones, conocidas generalmente como «Paracuellos», constituyeron la mayor atrocidad acaecida en territorio republicano durante la guerra, y su horror se explica, aunque no se justifica, por las aterradoras condiciones del asedio a la capital. A diferencia de sacas anteriores, desencadenadas por la indignación popular ante los bombardeos o por las noticias sobre las atrocidades rebeldes que transmitían los refugiados, esos

asesinatos extrajudiciales fueron perpetrados a consecuencia de decisiones político-militares. Su organización fue obra del Consejo de Orden Público, pero no pudieron materializarse sin la ayuda de otros elementos de las milicias de la retaguardia.

Después de las sacas masivas del 7 y el 8 de noviembre, se produjo un breve interludio gracias a Mariano Sánchez Roca, subsecretario del Ministerio de Justicia, que hizo todo lo necesario para que el anarquista Melchor Rodríguez fuese nombrado inspector especial de prisiones[105]. Su primera iniciativa la noche del 9 de noviembre fue decisiva. Al conocer que estaba planeándose una saca de cuatrocientos prisioneros, acudió al centro penitenciario a medianoche y ordenó que cesaran dichas actividades y que los milicianos que habían deambulado libremente por allí permanecieran fuera. Asimismo, prohibió la puesta en libertad de prisioneros entre las seis de la tarde y las ocho de la mañana para impedir su fusilamiento. También insistió en acompañar a los hombres que fuesen transferidos a otras cárceles. A consecuencia de ello, no hubo sacas entre el 10 y el 17 de noviembre, cuando Melchor Rodríguez fue obligado a dimitir por el también anarquista y ministro de Justicia Juan García Oliver, ya que había exigido que los responsables de las muertes fuesen castigados[106]. Tras su dimisión se retomaron las sacas[107].

Azaña, Irujo y Giral estaban al corriente de que había sacas. En consecuencia, un discurso pronunciado el 12 de noviembre por Santiago Carrillo cobra más importancia. Hablando desde los micrófonos de Unión Radio, reconoció algunos aspectos sobre las medidas que estaban tomándose contra los prisioneros:

> La resistencia que pudiera ofrecerse desde el interior está garantizando que no se producirá, ¡que no se producirá! Porque todas las medidas, absolutamente todas, están tomadas para que no pueda suceder en Madrid ningún conflicto ni ninguna alteración que pueda favorecer los planes que el enemigo tiene con respecto a nuestra ciudad. La «quinta columna» está camino de ser aplastada, y los restos que de ella quedan en los entresijos de la vida madrileña están siendo perseguidos y acorralados con arreglo a la ley, con arreglo a todas las disposiciones de justicia

> precisas; pero sobre todo con la energía necesaria para que en ningún momento esa «quinta columna» pueda alterar los planes del Gobierno legítimo y de la Junta de Defensa[108].

El 1 de diciembre de 1936, la Junta de Defensa fue rebautizada como Junta Delegada de Defensa de Madrid por orden de Largo Caballero. Tras llevar al Gobierno a Valencia, el primer ministro se sentía profundamente resentido por el aura de heroísmo que se había formado en torno a Miaja en su liderazgo popular contra el sitio de la capital por parte de Franco. Por ello, Largo Caballero deseaba limitar lo que consideraba una independencia excesiva de la Junta[109]. Serrano Poncela ya había abandonado la Delegación de Orden Público a principios de diciembre, y José Cazorla se hizo cargo de sus responsabilidades.

Al término de la guerra, Serrano Poncela ofreció al vasco Jesús de Galíndez una versión poco verosímil sobre los motivos por los que abandonó la Delegación de Orden Público, diciéndole que no sabía que las palabras «traslado a Chinchilla» o «poner en libertad», incluidas en las órdenes que firmaban, eran términos en clave que significaban que los prisioneros en cuestión serían ejecutados. El uso de dicho lenguaje pudo ser el modo en que los responsables ocultaron su culpabilidad, como indicaba la expresión «cubriendo la responsabilidad» en las actas de la reunión celebrada el 7 de noviembre. Serrano Poncela dijo a Galíndez que las órdenes le fueron remitidas por Santiago Carrillo y que todo cuanto hizo fue rubricarlas. También le aseguró que, en cuanto supo lo que estaba aconteciendo, dimitió de su cargo y poco después abandonó el Partido Comunista[110], lo cual no es del todo cierto, ya que conservó el importante puesto de secretario de propaganda de las JSU hasta bien entrado 1938. En una extraordinaria carta al Comité Central escrita en marzo de 1939, Serrano Poncela afirmaba que había abandonado el Partido Comunista cuando llegó a Francia en febrero de 1939, dando a entender que antes temía por su vida, y hacía referencia al disgusto que sentía por su pasado en dicha formación política.

También señalaba que el PCE le impidió emigrar a México porque sabía demasiado[111]. De hecho, llegó a afirmar incluso que se había afiliado al PCE el 6 de noviembre solo porque Carrillo le había intimidado[112].

Más tarde, y probablemente en represalia por el rechazo de Serrano Poncela hacia el partido, Carrillo lo denunció. En una entrevista con Ian Gibson, Carrillo aseguró que no tenía nada que ver con las actividades de la Delegación de Orden Público y culpaba de todo a Serrano Poncela. Por otro lado, alegaba: «La única intervención que tengo es que, a los quince días, tengo la impresión de que Segundo Serrano Poncela está haciendo cosas feas. Y le destituí». Supuestamente, Carrillo había realizado un descubrimiento a finales de noviembre: «Se están cometiendo arbitrariedades y este hombre es un ladrón», y adujo que Serrano Poncela tenía en su posesión joyas robadas a los detenidos, además de afirmar que se había ponderado su ejecución[113]. El continuado protagonismo de Serrano Poncela en las JSU desmiente lo anterior. Curiosamente, ni en sus memorias de 1993 ni en *Los viejos camaradas,* un libro publicado en 2010, Carrillo repite esas detalladas acusaciones, al margen de decir que cuando estuvieron juntos en la Consejería de Orden Público afloraron sus divergencias[114].

La afirmación de que no había tenido nada que ver con los asesinatos fue reiterada por Carrillo en sus memorias, y alegaba que la clasificación y la evacuación de los prisioneros recayeron enteramente en la Delegación de Orden Público capitaneada por Serrano Poncela. Asimismo, Carrillo aseguraba que la Delegación no decidió las condenas a muerte, sino que simplemente elegía a quienes serían enviados a Tribunales Populares y quienes serían puestos en libertad. Su crónica es breve, difusa y engañosa, y no hace mención alguna a las ejecuciones, amén de insinuar que lo peor que les ocurrió a quienes eran considerados peligrosos era el envío a los batallones de trabajo que construían fortificaciones. La única aseveración inequívoca en el relato de Carrillo es una

declaración de que no participó en ninguna reunión de la Delegación de Orden Público[115]. No obstante, si Azaña, Irujo y Giral, que se encontraban en Valencia, estaban al corriente de los asesinatos y, en Madrid, Melchor Rodríguez, el embajador de Chile, el diplomático argentino, su homólogo de Reino Unido y Felix Schlayer también, es inconcebible que Carrillo, como máxima autoridad en el ámbito del orden público, lo ignorara. A fin de cuentas, pese a sus afirmaciones posteriores, recibía partes diarios de Serrano Poncela[116]. El éxito de Melchor Rodríguez a la hora de poner freno a las sacas siembra dudas sobre la incapacidad de Santiago Carrillo para obrar de igual modo.

A partir de entonces, la propaganda franquista se apoyaría en la atrocidad de Paracuellos para tildar la República de régimen asesino dominado por los comunistas y culpable de una barbarie roja. Pese a que Santiago Carrillo fue solo uno de los participantes clave en todo el proceso, el régimen de Franco y, más tarde, la derecha española, nunca desperdiciaron una oportunidad para atacarlo por el caso de Paracuellos en sus años como secretario general del Partido Comunista (1960-1982) y especialmente en 1977, como parte de la campaña para impedir la legalización de dicha formación. El propio Carrillo contribuyó sin darse cuenta a convertirse en blanco de todas las miradas al negar absurdamente cualquier conocimiento de las ejecuciones y, por supuesto, cualquier responsabilidad en ellas. Sin embargo, abundantes pruebas corroboradas por algunas de sus propias revelaciones parciales dejan clara su plena participación[117].

Por ejemplo, en más de una entrevista concedida en 1977, Carrillo afirmaba que cuando se hizo con el control del Consejo de Orden Público en la Junta de Defensa, la operación de transferencia de prisioneros de Madrid a Valencia estaba «ya en su conclusión» y no hizo «más que, con el general Miaja, ordenar el traslado de los últimos presos». Es cierto que se habían llevado a cabo sacas antes del 7 de noviembre, pero el grueso de los asesinatos tuvo lugar a partir de la fecha en que Carrillo se

convirtió en consejero de Orden Público. Al reconocer que ordenó el traslado de prisioneros en esa fecha, se sitúa indiscutiblemente en el escenario de los hechos[118]. En otras ocasiones aseguraba que, tras decidir la evacuación, los vehículos sufrieron una emboscada y los prisioneros fueron asesinados por elementos incontrolados: «Yo no puedo asumir otra responsabilidad que esa; no haberlo podido evitar»[119]. Difícilmente habría sido creíble en cualquier circunstancia, pero sobre todo después del descubrimiento de pruebas documentales sobre la reunión que mantuvieron la CNT y las JSU la noche del 7 de noviembre.

Además, el hecho de que Carrillo negara a partir de 1974 haber tenido conocimiento sobre los hechos de Paracuellos se contradecía con las felicitaciones que le llovieron en su momento. Entre el 6 y el 8 de marzo de 1937, el PCE celebró una muy publicitada reunión plenaria de su Comité Central en Valencia. Francisco Antón manifestaba: «Es difícil asegurar que en Madrid está aniquilada la Quinta Columna, pero lo que sí es cierto es que allí se han dado los golpes más fuertes… Y esto —hay que proclamarlo, muy alto— se debe a la preocupación del Partido y al trabajo abnegado, constante, de dos camaradas nuevos, pero tan queridos por nosotros como si fueran viejos militantes de nuestro Partido, el camarada Carrillo cuando fue consejero de Orden Público y el camarada Cazorla que lo es ahora. (Grandes aplausos)». Cuando se apagó la ovación, Carrillo se puso en pie y alabó «la gloria de que los combatientes de las JSU luchan con la garantía de una retaguardia cubierta, de una retaguardia limpia y libre de traidores. No es un crimen, no es una maniobra sino un deber exigir tal depuración»[120].

Los comentarios vertidos entonces y después por comunistas españoles como La Pasionaria y Francisco Antón, agentes de la Comintern, Gorev y otros demuestran que se dio por sentado que los prisioneros eran quintacolumnistas y que Carrillo fue encomiado por eliminarlos. El 30 de julio de 1937, en un informe dirigido a Giorgi Dimitrov, jefe de la Comintern, el búlgaro

Stoyan Minev, también conocido como «Boris Stepanov» y desde abril de 1937 delegado de la Comintern en España, escribía indignado que el «jesuita y fascista» Irujo había intentado detener a Carrillo porque había dado «la orden de fusilar a varios dirigentes detenidos de los fascistas»[121]. En su informe definitivo de posguerra para Stalin, Stepanov mencionaba la afirmación de Mola sobre sus cinco columnas, y añadía orgulloso que los comunistas tomaron nota de ello y «en un par de días llevaron a cabo las operaciones necesarias para limpiar Madrid de quintacolumnistas». Stepanov explicaba con más detalle su indignación con Irujo. En julio de 1937, poco después de ser nombrado ministro de Justicia, Manuel Irujo inició sus pesquisas sobre lo ocurrido en Paracuellos, incluida una investigación judicial sobre el papel de Carrillo[122]. Lamentablemente no ha quedado rastro de dicha investigación, y cabe suponer que cualquier prueba se encontraba entre los papeles que quemaron los servicios de seguridad dominados por los comunistas antes del final de la guerra[123].

Lo que declaró el propio Carrillo en la retransmisión de Unión Radio y lo que escribió Stepanov en su informe a Stalin fue repetido años después en la historia oficial del Partido Comunista de España sobre su papel en la Guerra Civil. Publicada en Moscú cuando Carrillo era secretario general del PCE, exponía con orgullo: «El consejero Santiago Carrillo y su adjunto Cazorla tomaron las medidas necesarias para mantener el orden en la retaguardia, lo cual no era menos importante que la lucha en el frente. En dos o tres días se asestó un serio golpe a los pacos y quintacolumnistas»[124].

En la reunión de la Junta Delegada de Defensa celebrada el 25 de diciembre de 1936, Carrillo dimitió y fue sustituido por José Cazorla Maure, hasta entonces su ayudante. Carrillo anunció que se iba para dedicarse por completo a preparar el próximo congreso en el que se sellaría la unificación de los movimientos juveniles socialista y comunista. Sin embargo, es muy posible que el

momento de su marcha guardara relación con un incidente ocurrido dos días antes[125]. El 23 de diciembre, Pablo Yagüe, miembro comunista de la Junta de Defensa, había sido tiroteado y herido de gravedad en un puesto de control anarquista cuando se disponía a salir de la ciudad por asuntos oficiales. Los culpables se refugiaron en el Ateneo Libertario del barrio de Las Ventas. Carrillo ordenó su detención, pero el Comité Regional de la CNT se negó a entregarlos a la policía. Más tarde, Carrillo envió una compañía de la Guardia de Asalto para apresarlos. En la reunión de la Junta en la que se debatió esta cuestión, solicitó su fusilamiento[126]. Aquel fue el preludio de un aluvión de venganzas y represalias. En última instancia, Carrillo no logró que la Junta de Defensa condenara a muerte a los anarquistas responsables del ataque contra Yagüe, algo que estaba fuera de su jurisdicción. Carrillo montó en cólera cuando el caso quedó en manos de un tribunal estatal en el que el fiscal rehusó pedir la pena de muerte aduciendo que Yagüe no había mostrado sus credenciales a los milicianos de la CNT[127].

La determinación del PCE de consolidar su control sobre las JSU era apreciable en el papel que tuvo Carrillo en la conferencia de las juventudes nacionales celebrada en enero de 1937 en Valencia. Dicha conferencia sustituyó al congreso que debía celebrarse en un principio con el fin de decidir la estructura y el programa de la nueva organización. Un congreso habría requerido la elección por votación de los representantes, y las circunstancias bélicas hacían que eso fuera prácticamente imposible. Como, al tratarse de una conferencia, Carrillo podía elegir a los representantes él mismo, optó por elegir a dedo a varios jóvenes comunistas del frente y del entorno obrero. Después sacó partido a la situación para, por arte de magia, conseguir que la conferencia tomase decisiones propias de un congreso. Para asombro y desilusión de los miembros de la FJS que todavía abrigaban la esperanza de que la nueva organización fuera «socialista», todo el acontecimiento siguió líneas totalmente

estalinistas. Las directrices políticas fueron acordadas con antelación, prácticamente no hubo debate y no se celebró ninguna votación[128].

Uno de los representantes comentó más tarde: «El 90 por 100 de los jóvenes socialistas que asistimos a la Conferencia de Valencia no sabíamos que Carrillo, Laín, Melchor, Cabello, Aurora Arnaiz, etc., se habían pasado con armas y bagajes al Partido Comunista. Creíamos que eran todavía jóvenes socialistas y que obraban de acuerdo con Caballero y el Partido Socialista. Si hubiésemos sabido que ese grupo de tránsfugas nos había traicionado le aseguro que otra cosa habría ocurrido». Con gran astucia, Carrillo se encargó de que diese la impresión de que las acciones se habían llevado a cabo bajo los auspicios de Largo Caballero. Sus palabras fueron: «Es preciso decir aquí que el camarada Largo Caballero tiene, como siempre, o más que nunca, la simpatía de la juventud española que lucha y trabaja; es preciso decir aquí que el camarada Largo Caballero es para nosotros lo mismo que era antes: el hombre que ha ayudado a nuestra unificación, el hombre del cual nosotros esperamos muchos y muy buenos consejos para que la unidad de la juventud española, en defensa de la causa que nos es común, sea una realidad»[129].

Como revelaban las imágenes de los noticiarios, aparte de Julio Álvarez del Vayo, el poeta Antonio Machado y el alcalde de Valencia, el escenario estaba repleto de comunistas liderados por Dolores Ibárruri. Carrillo inició su extenso discurso con un efusivo agradecimiento a la KIM y a su representante, el húngaro Michael Wolf, por su apoyo. Ya había desaparecido el agitador revolucionario de la Cárcel Modelo, porque, según expuso, la FJS había intentado socavar al Gobierno en 1934, pero ahora las JSU respaldaban la campaña bélica del Ejecutivo republicano. En palabras de Claudín, Wolf tuvo una influencia considerable en el discurso de Carrillo. De este modo, habló de una amplia unidad nacional contra un invasor extranjero. Un elemento esencial de su

retórica era la defensa de los minifundistas y los pequeños empresarios con algunas críticas enconadas a los colectivos anarquistas. También hubo una denuncia ritual al POUM, al que tachó de trotskistas subversivos. Con la orientación de Codovila, Carrillo ya había comenzado a vincular al POUM con los fascistas. La función primordial de las JSU ya no era fomentar la revolución, sino la educación de las masas, la aspiración reformista básica de la coalición republicano-socialista por la cual había reprobado a Prieto y los centristas del PSOE. Era una política de la Comintern, aunque tenía mucho sentido en el contexto de la guerra[130].

Carrillo se jactó de que la nueva organización contaba con cuarenta mil miembros inmediatamente después de su creación, pero ahora tenía doscientos cincuenta mil, y puso especial énfasis en que las JSU eran por completo una entidad totalmente independiente del PSOE y el PCE en la que ningún componente tenía derecho a reclamar su liderazgo. Se trataba de una sofistería para neutralizar el disgusto socialista por el hecho de que, puesto que Carrillo, Cazorla y Serrano Poncela se habían unido formalmente al PCE, la directiva de las JSU estaba integrada por once comunistas y cuatro socialistas[131]. No fue ninguna sorpresa, si tenemos en cuenta el papel esencial de la Unión Soviética en la ayuda a la República, que Carrillo manifestara su entusiasmo por el Partido Comunista. No pasaría mucho tiempo antes de que certificara su traición a su antiguo mentor.

Apenas un mes después de la desastrosa pérdida de Málaga, que se atribuyó a los errores del general Asensio, asesor militar de Largo Caballero, el PCE estaba decidido a conseguir la destitución de este último como primer ministro. Una última contribución de Carrillo a debilitar la reputación de Caballero se produjo cuando, a principios de marzo, Carrillo llevó a una delegación de las JSU a un publicitado pleno del Comité Central del PCE. En su parlamento, fue especialmente despiadado en sus

críticas al POUM. Lo que desautorizó por completo sus afirmaciones constantes sobre la independencia de las JSU fue su himno de alabanza al Partido Comunista. Asimismo, el hecho de que expresara su orgullo por haber dejado atrás los errores del pasado debió de irritar a Largo Caballero: «Hemos encontrado, por fin, ese partido y esa línea revolucionaria por la que hemos luchado toda la vida, toda nuestra corta vida. No nos avergonzamos de nuestro pasado, en nuestro pasado no hay nada reprobable, pero nos sentimos orgullosos de haber superado todos los errores del pasado y de ser hoy militantes del glorioso Partido Comunista de España». Sus observaciones acerca de los motivos para afiliarse al PCE resultaron todavía más devastadoras, e hizo referencia a «los que cuando los rebeldes se acercaron a Madrid, tomaron el camino de Valencia… algunos y no pocos de los que "hoy" atacan a las JSU estuvieron entre los que se marcharon»[132].

Pese a la prominencia que conllevaba su anterior cargo en la Junta de Defensa de Madrid y ahora como líder de las JSU, su papel dentro de la jerarquía comunista española era subordinado, cosa que aceptaba, y hacía lo que le pedían con entusiasmo. En una reunión mantenida en marzo de 1937, fue nombrado miembro suplente del Politburó del PCE. Asistía a los debates y escuchaba, pero apenas participaba en ellos, ya que, como decía Claudín, era «simplemente el hombre encargado de que las JSU aplicaran la política del Partido. No formaba parte de los cenáculos donde se decidían las cuestiones importantes, en los que intervenían los delegados de la IC (Togliatti, Stepanov, Gerö, Codovila), los altos representantes soviéticos (diplomáticos, militares, responsables de los servicios secretos) y los dirigentes más caracterizados del PCE (José Díaz, Pasionaria, Pedro Checa, Jesús Hernández, Vicente Uribe y Antonio Mije)». El propio Carrillo creía en aquel momento que no confiaban lo suficiente en él como para ser admitido en aquellas reuniones altamente secretas, y estaba decidido a ganarse esa confianza. Por tanto,

procuraba mantener unas relaciones excelentes con los representantes de la Comintern, especialmente Togliatti y Codovila, a quienes consideraba sus mentores. Codovila sin duda estaba satisfecho con los progresos de su pupilo[133].

El grado en que Carrillo se había transformado en la «voz de su amo» se confirmó en la reunión del Comité Nacional de las JSU que tuvo lugar el 15 y 16 de mayo de 1937, justo cuando Largo Caballero era destituido del Gobierno. Carrillo criticó duramente a los partidarios de Largo dentro de la organización y pidió que fueran expulsados. De hecho, a lo largo de 1937 y 1938, junto con Claudín, Carrillo presidió la eliminación sistemática de sus antiguos aliados caballeristas en las JSU. Los esfuerzos de Claudín le valieron el sobrenombre de «el destripador de las juventudes». Este proceso perseguiría a los líderes del PCE al final de la guerra[134].

La importancia de Carrillo se derivaba del hecho de que la movilización de la población masculina, en la que el PCE tuvo una importancia crucial, empezando por la creación del Quinto Regimiento, dependía de la continua expansión de las JSU. Sus miembros surtían las filas del regimiento y el Ejército Popular, así como las fuerzas de seguridad de la retaguardia de la República. Prácticamente durante todo 1937 y 1938, Carrillo se dedicó a forjar el activo más valioso del PCE. Sin embargo, puesto que estaba en edad militar y debería haberse incorporado a una unidad de combate, se decidió que cumpliera sus obligaciones pasando breves períodos como agregado del Estado Mayor del teniente coronel Juan Modesto, comandante del 5.º Cuerpo del Ejército. Más tarde aseguraba haber presenciado algunas fases de las batallas de Brunete, Teruel y el Ebro, lo cual motivó las airadas burlas del general Enrique Líster. Es altamente probable que las visitas al frente fueran para controlar a los numerosos comisarios políticos de las JSU. Sin embargo, los posteriores intentos de Carrillo por inventar una carrera militar heroica en respuesta a las acusaciones de Líster de cobardía fueron quizá

innecesarios. Él podría haber argumentado legítimamente que había contribuido de manera sustancial al esfuerzo bélico de la República en su tarea política de educar al gran influjo de nuevos reclutas[135]. En todo momento, su lealtad al partido español y a la Comintern fue incuestionable. En abril de 1937 confeccionó y presentó en París un informe en el que solicitaba la entrada de las JSU en la Internacional Juvenil Socialista. En él afirmaba que la FJS se había inclinado hacia la UJC debido a la ayuda ilimitada que recibieron de la Internacional Juvenil Comunista a partir de octubre de 1934[136].

La lealtad de Carrillo le fue recompensada convirtiéndolo en objeto de un culto a la personalidad cuidadosamente construido. Era conocido como «jefe indiscutible de la juventud en España» y como «el timón y gran guía de nuestra gran Federación de Juventudes». En la primera página de *Espartaco,* la revista de las JSU, había una fotografía de Carrillo, descrito como «dirigente querido por todas las masas juveniles de España, sólido forjador y clave de la unidad de las JSU, que dentro de nuestra Comisión Ejecutiva canaliza con pulso firme y seguro la gran fuerza de la joven generación que combate por la independencia de España». En julio de 1938, *Ahora,* el periódico de las JSU, incluía una fotografía con la leyenda «Nuestro secretario general…, dirigente querido de toda la juventud española, que ha sabido, con su labor inteligente y abnegada, conducir al combate y al trabajo a la joven generación de nuestro país en la lucha por la independencia de la patria». Poco después, Claudín hablaría de Carrillo en términos similares. Hubo cierta socarronería en otras organizaciones acerca de las interrupciones que había sufrido la campaña bélica a causa de grandes mítines públicos en los que no estaba claro si el propósito era levantar la moral de los jóvenes militantes o masajear el ego de Carrillo[137].

En verano de 1938, la República se hallaba al borde de la derrota. En aquel momento, Valencia se encontraba bajo amenaza directa, y el primer ministro Juan Negrín decidió

organizar una espectacular contraofensiva para contener la permanente erosión de territorio. Para restablecer contacto con Cataluña, el general Vicente Rojo, su jefe del Estado Mayor, pergeñó un ataque por el río Ebro. En la batalla más cruenta de toda la guerra, Franco reaccionó al éxito republicano en su avance hacia Gandesa trayendo refuerzos. Durante más de tres meses, machacó a los republicanos con incursiones aéreas y ataques de la artillería en un esfuerzo por convertir dicha población en la tumba de su Ejército. Negrín esperaba que las democracias occidentales vieran por fin los peligros que acechaban desde el Eje. Antes de que eso pudiera suceder, la República se vio condenada a muerte por la reacción británica ante la crisis checoslovaca. Múnich destruyó la última esperanza de salvación de la República en la guerra europea. A mediados de noviembre, los diezmados vestigios militares republicanos, liderados por Manuel Tagüeña, abandonaron la orilla derecha del Ebro. La República había perdido a su Ejército y no lo recuperaría jamás.

Un síntoma del creciente anticomunismo fue el esfuerzo realizado desde el otoño de 1938 por la ejecutiva del Partido Socialista para restablecer unas Juventudes Socialistas independientes. Las organizaciones de las JSU en Valencia, Alicante, Albacete, Murcia, Jaén y Ciudad Real estaban a favor de regresar al viejo modelo de la FJS. El fútil exabrupto de Carrillo fue tachar a los disidentes de trotskistas. Su gran inquietud era comprensible, ya que los miembros de las JSU constituían buena parte de las fuerzas armadas republicanas. El hecho de que Serrano Poncela desempeñara un papel clave, ya que redactó un informe crucial sobre las JSU que fue remitido a la cúpula del PSOE en 1938, podría explicar el resentimiento que sintió Carrillo hacia él durante mucho tiempo[138]. Cuando la sede de las JSU en Alicante fue tomada por partidarios de Largo Caballero y la FJS fue reconstituida, una iconoclasta muestra de ira supuso la destrucción de bustos de Lenin y grandes retratos de Carrillo[139].

Después de la batalla del Ebro, y del fin de cualquier esperanza razonable de victoria, el agotamiento causado por la guerra inundó la zona republicana. El hambre, las privaciones y las numerosas bajas pasaron factura, y gran parte de la frustración recayó en el PCE y las JSU. En octubre, Carrillo y Pedro Checa fueron enviados a Madrid en un esfuerzo por subvertir el proceso por el que el creciente anticomunismo estaba socavando lo que quedaba de una campaña bélica. No solo se toparon con una fatiga generalizada, sino con la hostilidad decidida de los líderes del PSOE y la CNT. Cuando los franquistas bombardearon Madrid con barras de pan blanco recién horneadas, los militantes de las JSU las quemaron en las calles. Dada la escala de la hambruna que aquejaba a los madrileños, no fue un gesto tan propicio como Carrillo afirmó más tarde. En la capital, Carrillo se enteró de que su padre estaba trabajando activamente con los elementos del PSOE contrarios a Negrín, y se produjo un enfrentamiento monumental con Wenceslao, quien aseguraba que la única solución era buscar una rendición honorable[140].

Justo antes de la Navidad de 1938, Franco lanzó una última ofensiva, armado con equipamiento alemán y tropas suficientes para relevarlas cada dos días. Carrillo y otros fueron enviados a Barcelona con la vana esperanza de ser capaces de organizar una resistencia popular similar a la que había salvado Madrid en noviembre de 1936. Carrillo se pasó los días desplazándose al frente y tratando de mantener la moral alta, pero el destrozado Ejército republicano en el Ebro apenas podía continuar luchando. También trabajó con militantes de las JSU catalanas en la organización de una resistencia popular. Barcelona cayó el 26 de enero de 1939. Carrillo afirma que seguía allí cuando los franquistas entraron y que no se marchó hasta que estuvieron cerca del centro de la ciudad. Luego se dirigió al norte, y el 4 de febrero a punto estuvo de ser capturado por las tropas enemigas en Gerona. Poco después cruzó la frontera francesa. Estaba

ansioso por regresar a Madrid, no solo para proseguir la lucha, sino también para reunirse con su mujer, Asunción «Chon» Sánchez Tudela y su hija de un año, Amparo. En 1934, Carrillo había conocido a Chon, una hermosa chica asturiana, en Madrid, y se casaron poco después de que estallara la Guerra Civil. Se sentía especialmente ansioso, ya que Chon padecía problemas cardíacos y Aurora estaba débil debido a una persistente desnutrición en su primer año de vida[141].

Cientos de miles de refugiados hambrientos y aterrorizados de toda España abandonaron la capital catalana y emprendieron el camino a pie hacia Francia. Una gran área que abarcaba alrededor del 30 por ciento del territorio español seguía en manos de la República, pero la población padecía un profundo agotamiento por causa de la guerra. Aunque era imposible oponer más resistencia militar, los comunistas pretendían aguantar hasta el final. Por un lado, esto era importante para sus señores rusos, a fin de demorar la inevitable agresión fascista contra la Unión Soviética[142]. También les permitiría obtener rédito político de la «deserción» de sus rivales. El peligro que entrañaba el ser los únicos defensores de una resistencia empecinada era que los comunistas se convirtieran en el objeto de todo el resentimiento, la frustración y el agotamiento generalizado por la guerra. Por el contrario, la determinación de los elementos no comunistas de sellar la paz con las mejores condiciones posibles era inmensamente atractiva para las hambrientas poblaciones de la mayoría de las ciudades de la zona republicana.

Carrillo, que fue enviado a Francia por el PCE para convertirse en uno de los líderes exiliados y prepararse para continuar la lucha tras la inevitable rendición, se perdió el golpe lanzado el 4 de marzo por el coronel Segismundo Casado, comandante del Ejército Republicano del Centro. Casado creía que podría frenar lo que estaba convirtiéndose en una matanza sin sentido. Junto con líderes anarquistas, Wenceslao Carrillo y Julián Besteiro, Casado formó el Consejo Nacional de Defensa

anticomunista bajo la presidencia del general Miaja. Casado creyó erróneamente que aquello facilitaría la negociación con Franco, pero en realidad desencadenó una desastrosa guerra civil dentro de la zona republicana, propició la muerte de numerosos comunistas y minó los planes de evacuación de cientos de miles de republicanos. Santiago Carrillo se encontraba en París cuando conoció la noticia del golpe y del papel de su padre prácticamente al mismo tiempo que supo que su madre había fallecido semanas antes. Su reacción, una virulenta denuncia a su progenitor, sería uno de los episodios más reveladores de su vida.

3

Una ambición sin límites

1939-1950

Mientras la Guerra Civil proseguía en toda su crudeza, Carrillo permaneció en Francia con otros miembros del Politburó. Líster afirmaba que su lugar debía ser la zona central, donde se hallaban la mayoría de los militantes de las JSU. Sin embargo, al igual que otros miembros del Politburó, no acompañó a Líster a España la noche del 13 de febrero. En una entrevista de 1974, afirmó que había querido volver a España, pero que una serie de motivos se lo habían impedido. El menos plausible de los que citaba era que el Politburó quería asegurarse de que no iba a acabar luchando contra su propio padre. Carrillo llevaba tres semanas en Francia cuando se enteró del golpe dado por el coronel Segismundo Casado el 5 de marzo. La Junta anticomunista de Casado incluía a Wenceslao Carrillo como consejero de Orden Público, un eco irónico del papel de su hijo en 1936, irónico porque la misión de Wenceslao era perseguir a los elementos comunistas. Santiago sostenía en 1974 que la noticia de la participación de su padre en el golpe le afectó más incluso que la muerte de su madre, acaecida pocos días antes. Pero esa noticia no puede explicar por qué Carrillo no había regresado a España tres semanas antes. Poco más creíble era su afirmación de que no pudo viajar a España porque no había sitio en ningún

avión con destino a Alicante. Líster señaló que su avión de treinta y tres plazas, en el que voló el 13 de febrero, viajaba con veinte asientos vacíos. De sus tres excusas, la más probable, que poco contribuía a construir un pasado heroico, es que no pudo viajar por padecer sarna. Dado que Manuel Tagüeña pensaba que Carrillo simplemente había desobedecido las órdenes para que regresara, la sarna bien pudo ser la excusa que les dio a sus superiores[1].

El Politburó del PCE se reunió el 12 de marzo para debatir la situación. Más tarde se celebraron otras reuniones en las que se confeccionaron listas de los miembros elegidos para ser acogidos en la Unión Soviética[2]. Es fácil imaginar los sentimientos que pudo abrigar Santiago Carrillo durante esos encuentros. Tras haber enarbolado con firmeza la bandera del PCE, estaba, en el mejor de los casos, profundamente avergonzado, si no muy asustado. Debía de preocuparle sobremanera que la participación de su padre en la Junta de Casado hubiera borrado de un plumazo todos sus esfuerzos por ascender dentro de la jerarquía del partido. Necesitaba adoptar medidas drásticas para evitar verse mancillado ante la cúpula del PCE. Al fin y al cabo, las purgas de la Unión Soviética habían demostrado que imperaba la idea de que la traición de un pariente contaminaba la sangre de toda la familia y, por tanto, tendría terribles consecuencias para el militante. Carrillo relata en sus memorias que se encerró de inmediato en su habitación del hotel para escribir una carta abierta denunciando a su padre. Esto no es cierto, ya que el texto está fechado el 15 de mayo y empieza diciendo que es una respuesta a una misiva que le envió su padre desde Londres. Su padre no llegó allí hasta principios de abril. Asimismo, existen numerosos indicios en la carta de que esa demora de dos meses y medio había permitido una prolongada reflexión, si no una consulta a otras personas, en el proceso de redacción. El hecho de que fuera muy publicitada denota que la principal motivación de

Carrillo era demostrar su ortodoxia estalinista por medio de la ferocidad del ataque contra Wenceslao.

La carta iba más dirigida a sus superiores que a su padre. Sin el menor indicio de tristeza o melancolía, el texto era una mezcla de comprensible indignación por las consecuencias del golpe de Casado y de retórica estalinista absurdamente exagerada. Carrillo declaraba que había decidido romper cualquier relación con su padre debido a su participación en «vuestro golpe contrarrevolucionario, vuestra traición por la espalda ha entregado al heroico pueblo español, atado de pies y manos, a Franco y a los destacamentos de la OVRA y de la GESTAPO». Asimismo, señalaba —y con razón— que, en el plano internacional, el golpe de Casado había inclinado la balanza a favor de Hitler y que, en España, había allanado el terreno para una represión brutal. En concreto, escribía con indignación sobre los comunistas que habían sido encarcelados por conveniencia de los franquistas.

Gran parte del texto, extremadamente largo, era un canto de alabanza a las víctimas del golpe de Casado. «Mi Partido y sus jefes más queridos; injuriasteis a Pasionaria, la mujer a quien todos los españoles consideran como un símbolo en la lucha por la libertad, la buscasteis como lobos para detenerla y entregarla a Franco». Carrillo escribía en términos similares sobre la denigración y la determinación de capturar y ejecutar a José Díaz, Jesús Hernández, Juan Modesto y Enrique Líster por parte de la Junta de Casado. Después insultaba al que fuera su ídolo, Largo Caballero, y a sus antiguos compañeros «bolchevizantes», Luis Araquistáin, Carlos de Baraibar y Carlos Hernández Zancajo, a quienes tachaba de trotskistas movidos por el «odio al gran país del socialismo, la Unión Soviética, y al jefe de la clase obrera mundial, el gran Stalin, porque son la vanguardia y el amigo fiel de todos los pueblos que luchan por la libertad; porque han ayudado constantemente al pueblo español, y también porque

han sabido barrer con mano de hierro a vuestros hermanos gemelos, los traidores trotskistas, zinovietistas y bujarinianos».

La carta concluía con un último esfuerzo por convencer a los líderes del PCE de que era un elemento leal dispuesto a sacrificar a su familia por la causa: «Quiero recordarte y decirte que cada día me siento más orgulloso de mi partido que ha sabido dar el ejemplo de abnegación y de heroísmo en la lucha contra los invasores, el partido que en las difíciles horas de la ilegalidad no arría su bandera y, por el contrario, mantiene la batalla contra el fascismo con decisión y coraje. Cada día me siento más orgulloso de ser un soldado en las filas de la Gran Internacional Comunista. Cada día es mayor mi amor a la Unión Soviética y al gran Stalin». Carrillo terminaba con las siguientes palabras: «Cuando pides ponerte en comunicación conmigo olvidas que yo soy un comunista y tú un hombre que ha traicionado a su clase, que ha vendido a su pueblo. Entre un comunista y un traidor no puede haber relaciones de ningún género»[3].

La carta fue publicada a principios de junio en los medios de la Comintern y la KIM, *La Correspondance Internationale* y *Jeunesses du Monde*. Sin embargo, no todo el mundo en el PCE confiaba en su sinceridad. Manuel Tagüeña, que vivía en la clandestinidad en la misma casa segura que Carrillo, cerca de París, escribió entonces: «Entre Carrillo y yo nunca hubo confianza y menos amistad. Siempre lo había considerado dispuesto a subordinarlo todo a sus ambiciones políticas. En aquel momento, acababa de renegar públicamente de su padre Wenceslao Carrillo, colaborador del Consejo de Defensa. Por mucho aire espartano que se quisiera dar al gesto, nadie dudaba que lo había hecho para presentarse ante la dirección del Partido Comunista de España como militante íntegro, capaz de sacrificar a su familia en beneficio de la causa»[4].

Cuando Wenceslao la leyó semanas después, se negaba a creer que la hubiera redactado su hijo. Por ello, su respuesta, del 2 de julio de 1939, no iba dirigida a Santiago, sino a la persona a la

que consideraba su verdadero autor, «el señor Stalin». Wenceslao mencionaba la posibilidad de que la carta hubiera sido dictada por La Pasionaria y Jesús Hernández, pero creía que se inspiraba en Stalin. Además, reconocía que aquella «puñalada» le había «llegado al corazón», y finalizaba con las proféticas palabras: «Yo, Señor Stalin, había educado a mi hijo en el amor a la libertad, ustedes me lo han convertido a la esclavitud. Como le sigo queriendo, a pesar de tan monstruosa carta, procuraré, con el ejemplo, que vuelva al lugar del que no debiera haber salido nunca»[5].

Transcurrirían casi cinco décadas hasta que Carrillo regresó al Partido Socialista y casi veinte años hasta que vio de nuevo a su padre. Entonces, Wenceslao Carrillo, que se encontraba gravemente enfermo, vivía en Bélgica con el apoyo del sindicato de metalúrgicos. Artur Gallí, el secretario general, había llevado a Wenceslao a la clínica que había fundado en Charleroi, donde pasó sus últimos años. Santiago afirmaba que, después de que el PCE desarrollara su estrategia de «reconciliación nacional» en 1956, La Pasionaria y otros propusieron que sería políticamente útil que se reconciliara con su padre. Según esa versión, cuando se reunieron, Wenceslao dijo: «Por lo que a mí respecta, siempre has sido mi hijo». Santiago le presentó a su mujer e hijos, y su padre pasó un tiempo con ellos en su casa de París. Cuando falleció en 1963, según el socialista asturiano Manuel Villa, Santiago compareció en el entierro. Los muchos socialistas españoles exiliados que desfilaron junto a la tumba dieron sus condolencias a otros miembros de la familia, pero se negaron ostentosamente a estrechar la mano a Santiago[6]. Sin embargo, aquello era cosa del futuro.

En 1939, mientras se encontraba en Francia, Carrillo se perdió el tortuoso proceso por el cual, desde abril, autoridades de la Comintern y los líderes del PCE exiliados en Moscú empezaron a preparar los informes sobre el papel del partido en la campaña bélica republicana y los motivos de la derrota. Se contó con varios

borradores. Entre las autoridades de la Comintern que habían estado en España, aportaron informes el búlgaro Stoyán Mínev (Stepanov) y Palmiro Togliatti (Alfredo). Entre los españoles, hubo borradores de Jesús Hernández, Vicente Uribe y Antonio Cordón, y crónicas de otros muchos testigos de episodios concretos. Reinaba una considerable discrepancia sobre si los líderes del partido acertaron al dar por sentado que la guerra estaba perdida cuando cayó Barcelona. Líster estaba convencido de que una mayor previsión y resistencia podrían haber impedido el golpe de Casado[7].

El informe definitivo solo habían de verlo Stalin, Dimitrov y los más altos escalafones del PCE. El debate no se hizo extensivo a las bases, aduciendo, plausiblemente, que solo podía ocasionar escándalo y desmoralización entre los militantes en un momento en que el partido estaba dispersado por el mundo y todavía sufría el trauma de la derrota. Los rusos querían que la Comintern fuese eximida de toda responsabilidad y Dolores Ibárruri exonerada, sobre todo porque estaban preparándola para que tomara las riendas del partido. Carrillo salió indemne. En las pocas ocasiones que fue mencionado, se elogió su labor con las JSU[8]. El modo en que se gestionó el proceso garantizó la lealtad del PCE a Moscú, pero comprometió al partido con la defensa inquebrantable de su conducta durante la Guerra Civil. Cuesta imaginar qué podrían haber hecho los líderes exiliados del PCE en el contexto de las purgas soviéticas habida cuenta de su dependencia de la caridad rusa. No obstante, el compromiso con el estalinismo lo privó de flexibilidad y credibilidad en una época en que la unidad de la oposición antifranquista había cobrado suma importancia[9].

Durante el verano de 1939, Carrillo estuvo ocupado en un vano esfuerzo por impedir la expulsión de las JSU de la Internacional Juvenil Socialista. En julio, en un congreso celebrado en Lille para dirimir la cuestión, su postura se vio claramente debilitada cuando la carta que envió a su padre fue

entregada a todos los delegados[10]. Aquella decepción vino seguida de la noticia de la firma del pacto Molotov-Ribbentrop el 23 de agosto. La adherencia de Carrillo a la causa estalinista era tal que, al parecer, no le provocó ninguna inquietud. Su opinión acerca de las consecuencias para las potencias occidentales, a las que culpaba de la derrota de la República, era: «Esos hijos de puta tienen exactamente lo que se merecen»[11].

Carrillo afirmó que fue por entonces cuando su mujer Chon y la hija de ambos, Amparo, llegaron a París. En 1977, para una biografía autorizada que iba a salir como parte de la campaña electoral, le contó a María Eugenia Yagüe que la dirección del partido no le había dejado correr el riesgo de ir a sacarlas de Madrid. La conclusión es que era demasiado valioso y que ponía la lealtad al partido por delante de consideraciones personales. La descripción que hizo a Yagüe de cómo habían pasado los diez meses que llevaba sin verlas difiere de lo que cuenta en sus memorias. Sin embargo, ambas versiones cuentan historias de sufrimiento y privaciones. A Yagüe le explicó que Chon y Amparo lograron cruzar la frontera francesa y fueron internadas en un campo de concentración francés. En sus memorias, Carrillo afirma que huyeron de Madrid en los últimos días de la guerra y llegaron al puerto de Alicante, donde la evacuación que esperaban no se materializó debido a las intrigas de Casado. Como decenas de miles de fugitivos, explica, fueron recluidas durante varios meses en el insalubre campo de Albatera, donde la falta de comida agravó la ya delicada salud de Amparo. Chon no había sido identificada y, finalmente, fueron liberadas. En ese momento, unos camaradas del partido en Valencia lograron esconderlas y por fin hacerlas cruzar los Pirineos para encontrarse con Santiago Carrillo. Aparte de las discrepancias entre las dos versiones, hay otros dos problemas con la historia que cuenta Carrillo. Primero, si Chon y Amparo hubieran pasado por Alicante, no habrían estado en el campo de Albatera, ya que no consta que ninguna mujer estuviera allí. Cuando las tropas

franquistas llegaron al puerto, separaron a las mujeres y los niños, algunos fueron enviados a Madrid en tren y otros fueron conducidos a la ciudad de Alicante, donde los confinaron en la cárcel municipal, en unos cuarteles cercanos o en un cine. Por otro lado, Líster afirmó que Chon y Amparo dejaron España con Carrillo y que los había visto a los tres juntos en un hotel de Toulouse el 11 de febrero de 1939[12].

La carta a Wenceslao fue esencial para demostrar que Santiago no se había contaminado de la experiencia de Casado. Ahora que se había quitado de en medio ese problema, se beneficiaría del hecho de que, en opinión de la cúpula de la Comintern, su currículum vitae era espectacular. Había llevado a los centenares de miles de miembros de las JSU a la órbita comunista. Eso había dotado al PCE de una inmensa influencia dentro de las fuerzas armadas de la República durante la guerra. Al menos hasta mediados de los años sesenta, los miembros de las JSU reclutados durante el conflicto formarían el grueso de la organización clandestina del PCE en España y serían el vivero en el cual se elegiría a la futura cúpula. Por último, Carrillo no había vacilado en sus denuncias a los trotskistas, a sus ex compañeros socialistas o incluso a su padre.

Debido a su dependencia de la buena voluntad de la Comintern, los comunistas españoles difícilmente podían ser otra cosa que estalinistas ortodoxos de la línea más dura[13]. Carrillo no era una excepción, aunque no hay motivos para dudar de la sinceridad de su fe en Stalin. Esto quedaría demostrado por su tranquilidad ante el pacto Molotov-Ribbentrop, el tratado de no agresión firmado entre Alemania y la Unión Soviética el 23 de agosto de 1939. Carrillo escribió varios artículos en *Nuestra Bandera,* la revista teórica del PCE, en los que se mofaba de los socialistas españoles, entre ellos antiguos aliados comunistas como Julio Álvarez del Vayo y Juan Negrín, que respaldaban a las potencias democráticas. Puesto que era imposible introducir las publicaciones del PCE en España, los artículos contenidos en

ellas iban dirigidos no tanto a iluminar a las bases del partido como a corroborar la lealtad del autor hacia el Kremlin. Cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, a Carrillo no le importó cambiar de postura sin reconocer su error previo[14].

A principios de septiembre de 1939, le ordenaron que viajara a Bruselas, donde Vittorio Codovila dirigía la sede de la Comintern en Europa Occidental. La idea era que se uniera a Fernando Claudín, Manuel Tagüeña, Antonio Mije y otros, que serían enviados a Latinoamérica. Sin embargo, tras una demora de varias semanas, le ordenaron que se desplazara a Moscú, donde le esperaba un importante ascenso. La denuncia contra su padre había dado sus frutos[15]. Estaba a punto de recibir su recompensa en la Unión Soviética ascendiendo a los más altos escalafones de la KIM, la Internacional Juvenil Comunista. Con Chon y Amparo cruzó Alemania, sirviéndose de un pasaporte diplomático chileno, y llegó a Moscú el 26 de diciembre. A su llegada, Chon, que había sufrido durante mucho tiempo graves problemas cardíacos, y la pequeña Amparo, que no había mejorado tras un parto difícil, fueron hospitalizadas. Pese a un tratamiento y nutrición más adecuados, Amparo murió al cabo de un año. El día después de su llegada, Carrillo afirmaba que fue sometido a una rigurosa investigación llevada a cabo por lo que se conocía como la Sección de Grupos de la Comintern, una unidad de seguridad interna gestionada por el NKVD. Por varios motivos, puede haber dudas de si lo estaban investigando o formando. Existe la sospecha de que Carrillo fue reclutado por esa sección durante su visita a Moscú en 1936. Asimismo, Josif Grigulevich, especialista en asesinatos del NKVD, se describía como «la mano derecha de Carrillo» en la Consejería de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid[16]. Según los archivos de la KGB, Carrillo siguió siendo amigo íntimo de Grigulevich[17]. Otra razón para cuestionar lo que Carrillo aprendió en esa época son las brutales técnicas de interrogación que demostraría

después contra compañeros de partido sospechosos, que recordaban a las que utilizaba la policía soviética. La sección militar del Departamento de Organización de la Comintern regentaba una escuela militar y política especial en Moscú, que ofrecía un curso de formación de tres meses en el que se aprendían técnicas de espionaje e interrogatorio. Entre sus titulados figuraban Palmiro Togliatti y Maurice Thorez[18]. Así como los comunistas españoles de más rango con formación militar fueron alistados en la Academia Militar de Frunze, hay motivos para pensar que Carrillo fue seleccionado para la formación «política».

Carrillo y Chon pasaron seis meses en la capital soviética, alojados en el sombrío hotel Lux, que estaba infestado de cucarachas y albergaba a gran parte de los comunistas extranjeros, aunque es probable que por su trabajo la viera poco. Estuvo agregado durante un breve período de tiempo al secretariado de la KIM, y asistió a reuniones de la ejecutiva de la Comintern, lo cual posibilitó un acceso frecuente a Dimitrov y Manuilski. También pudo renovar su amistad con Michael Wolf y establecer vínculos con Boris Ponomariov, secretario de Dimitrov, quien años después se encargaría de las relaciones del Kremlin con los partidos comunistas extranjeros. Más tarde afirmaría en unas declaraciones poco plausibles: «Si había algún temor a Stalin en la Unión Soviética, yo no lo vi. Durante muchos años, solo una minoría estuvo al corriente de los juicios y las purgas. Fuera de ese círculo, las familias de las víctimas desde luego lo sabían, pero no conocí a ninguna. Había entrado en un mundo que no hablaba de tales cuestiones». La única ocasión en que se inquietó en la Unión Soviética fue una noche en que salió del hotel Lux sin su documentación. A su regreso, el portero se negó a dejarle entrar. Un legado de ese período en la Unión Soviética fue la adicción al tabaco. Cada día encontraba un paquete de fuertes cigarrillos rusos sobre la mesa. Esto sucedió mucho antes de la concienciación generalizada sobre el vínculo entre el hábito de

fumar y el cáncer de pulmón. Curiosamente, en esa misma época le aconsejaron que tomara una aspirina cada día, un consejo que siguió religiosamente y que probablemente contribuyó a su longevidad. Nunca llegó a adquirir unos conocimientos prácticos de ruso[19].

Dimitrov consideraba que Carrillo podía resultar más útil sobre el terreno que ocupando un cargo burocrático en Moscú. Su primera idea fue enviarlo a Suiza para fundar un centro de operaciones de la KIM de ámbito europeo. Sin embargo, cuando la ocupación alemana, que abarcaba cada vez más territorios, lo imposibilitó, Dimitrov decidió enviar a Carrillo a Nueva York para que formara parte del triunvirato que controlaba los partidos comunistas en las Américas. Dicho triunvirato lo componían Vittorio Codovila, que a la sazón se encontraba en Argentina, Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos, y Carrillo. La elección de Carrillo en lugar de Michael Wolf, el candidato obvio, obedeció a que la jerarquía de la Comintern creía que la mejor manera de comunicarse con la organización comunista clandestina de España sería desde bases en Latinoamérica. Carrillo partió de Moscú en junio de 1940, y viajó hacia el este pasando por Vladivostok, Tokio, Vancouver y Montreal. Todo su bagaje cultural, que era relativamente limitado, era español y se sentía sumamente incómodo en Nueva York. Incapaz de comprender el idioma, era tratado con condescendencia e ignorado por Browder.

Transcurridos seis meses fue a Cuba, creyendo que podría cumplir mejor su función allí y en México, donde se hallaba concentrado el grueso de los españoles exiliados. La organización del PCE en Latinoamérica estaba dirigida por Vicente Uribe y Antonio Mije. Carrillo fue nombrado responsable de las JSU, y colocó a Fernando Claudín como segundo al mando[20]. El período de Carrillo en la región arrojó escasos éxitos. Como México había reconocido al Gobierno republicano español en el exilio, prácticamente no mantenía contacto con la España de Franco, y

Cuba poco más. La entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial el 11 de diciembre de 1941, con el respaldo de Cuba, interrumpió el comercio con España. A consecuencia de ello, Carrillo fue enviado a Argentina, donde seguía existiendo un comercio regular con su país de origen. Viviendo como inmigrantes ilegales, él y Claudín lograron reclutar a varios marineros comunistas de origen español y portugués para que enviaran propaganda, agentes y mensajes a la organización clandestina de España[21]. Claudín recordaba que gran parte de sus conversaciones se centraban en sus conquistas femeninas. Al principio, Chon lo acompañó a Cuba y la pequeña se quedó en la Unión Soviética, donde no respondió al tratamiento médico. Sin embargo, no viajó con él a Argentina, y la posterior separación no ayudó al matrimonio. Es posible que Chon sintiera que, tal como había demostrado el trato que dispensó a su padre, Carrillo hubiese antepuesto su compromiso con el partido a las relaciones personales. Cuando finalmente llegó a Buenos Aires, descubrió que mantenía una relación con una chica argentina llamada Lidia, hermana de Ángela, la novia de Claudín. Chon acabó casándose con otro militante del PCE, apellidado Muñoz, en París y emigraron juntos a Cuba. Su salud siempre fue delicada y allí murió en 1958. En todo caso, no fue asesinada por Santiago, como alegaría más tarde Enrique Líster[22].

Pese a encontrarse lejos de Europa, los artículos de Carrillo que apoyaban la vacilante postura de la Unión Soviética sobre la naturaleza de la Segunda Guerra Mundial ponían de relieve su lealtad inquebrantable a Moscú, lo cual no le perjudicó en un momento en que la cúpula del PCE se hallaba en una situación de cambios constantes. El cáncer de estómago de José Díaz empeoró a pesar de las tres intervenciones importantes a las que fue sometido, una en Francia y dos en Rusia. Tras la invasión alemana fue evacuado a Tblisi, en Georgia. Profundamente deprimido por el dolor constante, su aislamiento y la desesperada situación militar de la Unión Soviética, se suicidó el 24 de marzo

de 1942 arrojándose desde una ventana del sanatorio en el que recibía tratamiento[23].

Eso desencadenó una batalla por la sucesión en la que había tres candidatos: Dolores Ibárruri y Jesús Hernández en Rusia y Vicente Uribe en México. Hernández y su esposa, Pilar Boves, eran inmensamente populares entre los exiliados españoles de la Unión Soviética, que vivían en condiciones espantosas, lo cual era especialmente cierto en el caso de los elementos más jóvenes, ya que las chicas a menudo se veían obligadas a ejercer la prostitución y los chicos a robar. Hernández siempre estaba dispuesto a ayudar a los necesitados, incluso aquellos que querían abandonar Rusia[24]. Era el representante del PCE en la cúpula de la Comintern y trabajaba con Dimitrov como comentarista de radio en Kuibishev (Samara). Asimismo, contaba con el apoyo de Líster y Modesto. La Pasionaria estaba con el resto de los líderes de la Comintern en Ufa, Bashkiria. Vivía con un grupo muy unido de partidarios incondicionales que incluía a su amante, Francisco Antón, y a su secretaria, Irene Falcón. Eran considerados insufriblemente arrogantes e indiferentes a los problemas de otros exiliados. Además, habida cuenta de los valores ostensiblemente puritanos de los comunistas, el hecho de que Dolores Ibárruri, que estaba casada, tuviese un amante, por no hablar de que era quince años más joven que ella, se consideraba un escándalo. Dimitrov y Manuilski al principio apoyaron a Hernández, pero otros elementos del partido soviético desconfiaban de su popularidad y espíritu independiente. A la postre, la elección soviética sería La Pasionaria[25].

Para los comunistas españoles hubo una irónica contradicción en el hecho de que el verdadero poder se encontrara en Rusia pero la única conexión relevante con su país estuviera en Latinoamérica. Tanto Carrillo como Pedro Checa se mostraban hostiles al profundamente mediocre Vicente Uribe, conocido en el partido como «Herodes» por sus abusos. Debido a sus problemas de salud, Checa no era un candidato viable pese a sus lazos con

los servicios de seguridad soviéticos y su implicación en el asesinato de Trotski. Padecía graves problemas pulmonares relacionados con la tuberculosis que contrajo durante la Guerra Civil. Él y Carrillo estaban decididos a que Uribe no sucediera a Díaz como secretario general, y declararon a favor de la candidatura de Dolores Ibárruri. Fue una apuesta arriesgada, pero a la larga obtuvo su recompensa. La muerte de su hijo Rubén en la defensa de Stalingrado inspiró una oleada de simpatía, y Dimitrov y Manuilski finalmente cerraron filas en torno a ella. El hecho de que La Pasionaria fuera consciente del apoyo de Carrillo le sería de ayuda durante las tres décadas posteriores. Poco después, el 6 de agosto de 1942, Pedro Checa falleció por una apendicectomía con múltiples complicaciones[26].

La victoria definitiva de La Pasionaria se confirmaría a finales del verano de 1943, cuando se permitió a Jesús Hernández viajar a México, lo cual indicaba que el Kremlin no respaldaba su candidatura. Su vana esperanza era cosechar apoyos entre los exiliados de Latinoamérica. Se granjeó la enemistad de Uribe y Mije al expresar su indignación por su indolencia e irresponsabilidad y por el lujo en el que vivían gracias a las cuotas del partido que pagaban los militantes de base. Estos replicaron acusándolo de intentar suplantar a Dolores Ibárruri. En mayo de 1944 fue expulsado del partido en México por «sectarismo y actividad fraccionada»[27].

Tanto Dimitrov como La Pasionaria creían que Carrillo desempeñaría una labor más provechosa para el KIM dentro del PCE que trabajando en Moscú. Uribe, que era tan incompetente como holgazán, se dio cuenta de que un adicto al trabajo eficiente como Carrillo era necesario para redimir al partido del caos organizativo que había desarrollado mientras Checa estuvo enfermo. De resultas de ello, se tragó su desagrado por él y propuso que fuese incorporado al Politburó del PCE como miembro de pleno derecho. Carrillo era miembro suplente desde marzo de 1937. Ahora se había convertido en una de las figuras

más importantes de la jerarquía del partido después de La Pasionaria, Uribe y Mije[28]. El momento no pudo ser más oportuno, ya que Stalin disolvería la Comintern y la KIM en mayo de 1943 en un gesto hacia sus aliados, Gran Bretaña y Estados Unidos.

El ámbito de responsabilidad de Carrillo era la organización del partido, tanto en Latinoamérica como en España. Contaba con escasa información fiable sobre la Península y mostraba una inmensa desconfianza hacia lo que estaba sucediendo en el interior. La línea oficial del partido era que solo era aceptable la adherencia servil a Moscú. En las atroces condiciones del terror franquista, eso era prácticamente imposible, sobre todo por las dificultades para conocer en España cuál era la posición moscovita. A medida que trepaba en la jerarquía del partido, Carrillo demostró que había dejado atrás al agitador revolucionario que era antes de 1936. Ahora, su transformación en un estalinista de línea dura era completa. Durante e inmediatamente después del pacto entre los nazis y los soviéticos se exhibió una tendencia comprensible en el Politburó a la lealtad mimética con la línea de Moscú. Esto quedó demostrado con el caso de lo que vendría en llamarse «quiñonismo», un concepto que requiere cierta explicación y pone de manifiesto la poca empatía que mostraban Carrillo y el resto de los líderes exiliados por la situación de los comunistas que se habían quedado en España en 1939 al intentar mantener viva una organización primitiva que poco podía hacer salvo intentar ayudar a los prisioneros, distribuir propaganda y, de vez en cuando, atacar oficinas falangistas.

Al término de la Guerra Civil, el Partido Comunista era prácticamente inexistente. Se había hecho relativamente poco para planear su existencia tras la derrota, y el golpe de Casado supuso que decenas de miles de afiliados se quedaran en los muelles de los puertos de Alicante y Valencia y fuesen capturados. Uno tras otro, los intentos por crear redes

clandestinas fueron desarticulados por el enorme aparato de seguridad de Franco. En Madrid, dichos esfuerzos se vieron socavados cuando Matilde Landa, el líder más importante del PCE que quedaba en España, fue arrestada el 4 de abril de 1939. Una cifra considerable de militantes de las JSU fueron capturados en la primavera de 1939 porque los casadistas se habían apoderado de las listas de miembros y las entregaron a los franquistas. Muchos fueron ejecutados, entre ellos las jóvenes conocidas como las «Trece Rosas». José Cazorla y Ramón Torrecilla Guijarro, que habían trabajado con Carrillo en la Consejería de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid, se habían quedado en España para tratar de reconstruir el partido. Ambos fueron detenidos el 9 de agosto de 1939, interrogados y torturados. El 16 de enero de 1940 fueron juzgados y condenados a muerte. Finalmente, Cazorla fue ejecutado el 8 de abril y Torrecilla, el 2 de julio de 1940[29].

La firma del pacto Molotov-Ribbentrop el 23 de agosto de 1939 y la invasión soviética de Polonia el 17 de septiembre no provocaron aparentemente ningún bochorno a la cúpula del PCE. En la historia oficial del partido que Carrillo encargó a finales de los años cincuenta, el pacto entre nazis y soviéticos no recibía mención alguna. La experiencia se sintetizaba así: «La Guerra empezó siendo una Guerra imperialista tanto por parte de Francia e Inglaterra, como de Alemania. Pero posteriormente fue modificándose su carácter. Este cambio estuvo originado, fundamentalmente, por la resistencia de los pueblos a la agresión hitleriana, por la entrada en la contienda de la Unión Soviética y la formación de la poderosa coalición antihitleriana integrada por la URSS, Inglaterra, los EE.UU. y otros países»[30]. A mediados de los años setenta, Carrillo aún afirmaba que, para el grueso de las bases, la firma del pacto nazi-soviético no supuso ningún problema de conciencia. Esto, aseguraba, «no obedecía solo» a su «confianza incondicional en Stalin, sino, por encima de todo» a que habían «dejado España llenos de odio hacia las denominadas

potencias “democráticas” europeas» que los habían «traicionado» y «vendido». Puede que fuese cierto en el caso de Carrillo, el resto de los líderes y los estalinistas más obstinados, pero no era una visión unánime en las filas del partido[31].

Sin embargo, para muchos militantes que habían derramado sangre en la batalla contra Franco y sus cómplices del Eje, el pacto fue traumático. Manuel Tagüeña alegaba que a la mayoría de los españoles exiliados en Rusia les pareció vergonzoso[32]. Asimismo, causaría problemas importantes a las decenas de miles de miembros del partido exiliados en Francia. Tras el estallido de la guerra en septiembre de 1939, el pacto significó que los comunistas eran considerados enemigos del Estado por parte del Gobierno francés. A consecuencia de ello, la máxima preocupación de la cúpula del PCE era escapar, bien a Latinoamérica, bien a Rusia, y se marcharon sin preocuparse por quienes quedaron atrás en España o Francia. Sin embargo, contra todo pronóstico, Heriberto Quiñones emprendió la reconstrucción del partido en el interior con un éxito considerable, aunque fugaz.

Quiñones, que nació en la actual Moldavia y se llamaba en realidad Yefin Granowdiski, era un agente de la Comintern destinado a España en 1930. Primero trabajó en Asturias y más tarde se instaló en Mallorca, donde en 1932 se casó con Aurora Picornell, una destacada feminista y militante del PCE. Se libró de la muerte cuando los militares rebeldes conquistaron Mallorca porque en julio de 1936 se encontraba en un sanatorio para tuberculosos en Madrid. Quiñones, un hombre de por sí duro y decidido, reafirmó aún más sus convicciones cuando conoció la noticia de que su mujer había sido asesinada por los franquistas en enero de 1937. Por ello, al final de la guerra, cuando Togliatti le brindó la posibilidad de ser evacuado, decidió quedarse en España, una crítica implícita a los líderes que partieron al exilio. Fue capturado en Valencia, pero logró hacerse pasar por un soldado republicano más, y empezó a trabajar para reconstruir el partido en dicha provincia. Gravemente enfermo de tuberculosis,

fue arrestado y torturado sin piedad por agentes de la Gestapo. Más tarde fue devuelto moribundo a la prisión, pero, gracias a un sacerdote corrupto que modificó sus registros a cambio de un soborno, fue puesto en libertad. Quiñones llegó a duras penas a Madrid, donde, en abril de 1941, emprendió la descomunal tarea de crear una nueva organización clandestina nacional del PCE. Asombrosamente, en los ocho meses previos a su arresto definitivo lo había conseguido. En ese tiempo logró conservar el anonimato vistiendo siempre con elegancia, un hecho que más tarde sería utilizado en su contra por el partido.

Los riesgos y penurias sufridos por el achacoso Quiñones y sus camaradas lo llevaron a mostrarse muy crítico con los líderes que no solo huyeron al exilio, sino que además lo hicieron sin dejar los preparativos adecuados para después de la inevitable derrota. Tal vez por el hecho de ser un agente soviético, Quiñones se sentía autorizado para criticar a la jerarquía del partido. Estaba plenamente convencido, y con toda justificación, de que los líderes exiliados, ya fuera en México o en Moscú, eran incapaces de comprender la realidad de la batalla que estaba librándose en el interior. Asimismo, le escandalizaba el pacto entre los nazis y los soviéticos, y no ocultaba que le parecía absurdo que a los miembros del PCE se les hubiera ordenado que no se mezclaran en un enfrentamiento reaccionario e imperialista. Quiñones consideraba que, al igual que en la Guerra Civil, era necesario forjar vínculos con otros elementos de la oposición antifranquista que respaldaban la causa aliada. En esto se anticipaba a la política de unión nacional que adoptaría de nuevo la cúpula del partido en agosto de 1941, después de la invasión alemana de la Unión Soviética, que tuvo lugar el 22 de junio de 1941[33]. Sus crímenes, según los líderes exiliados, iban más allá de sus «desviaciones» teóricas. Había iniciado la reorganización del partido en el interior sin esperar instrucciones. En una medida aún más escandalosa, había creado lo que bautizó como «buró político central» como sustituto en el interior de «la dirección

efectiva que se encuentra en el exterior». Quiñones justificaba su estrategia a los líderes exiliados en México con un extenso documento titulado «Anticipo de orientación política» en el que se limitaba a solicitarles ayuda para contactar con la Comintern en Rusia. La insinuación de que el PCE del interior no podía estar dirigido desde México por personas que no sabían nada acerca de la situación que se vivía en España le valió la hostilidad de los exiliados de Latinoamérica.

Por ello, en verano de 1941, Uribe envió a varios militantes a España, pasando por Lisboa, para que tomaran las riendas en lugar de Quiñones. Los más veteranos eran Isidro Diéguez y Jesús Larrañaga, pero otros eran miembros de las JSU, con lo cual, Carrillo fue consultado al respecto de la operación. Su llegada probablemente fue destapada por informadores de la policía en Lisboa que permitieron que su incipiente organización estuviese sometida a una estrecha vigilancia en Madrid. Diéguez y Larrañaga fueron detenidos por la policía portuguesa, entregados a sus homólogos españoles y ejecutados en enero de 1942. Cuando Eleuterio Lobo y «Perpetua Rejas» (pseudónimo de Mari Ibarra), dos militantes de su grupo pertenecientes a las JSU y carentes de experiencia alguna, se pusieron en contacto con Quiñones, este informó imperiosamente a los líderes mexicanos de su indignación por su incapacidad e irresponsabilidad y rompió todo contacto con ellos. Estaba en lo cierto. Cuando fueron detenidos y torturados, Lobo reveló a la policía la existencia de la organización de Quiñones. Uribe envió a otro miembro, Jesús Carreras, para castigarlo, pero, antes de que pudiera actuar, Quiñones fue arrestado el 5 de diciembre de 1941. Durante los meses de tortura que padeció en el sótano de la Dirección General de Seguridad, donde le rompieron la columna y las piernas, Quiñones recibió una carta en la que le informaban de su expulsión del PCE. Cuando fue ejecutado el 2 de octubre de 1942 por un pelotón de fusilamiento, tuvieron que atarlo a una silla porque no podía mantenerse en pie[34].

Para los líderes exiliados se convirtió en una obsesión el extirpar el crimen del quiñonismo, el pecado de la autonomía respecto de su autoridad. Pese a su heroica carrera, a Quiñones se le insultó durante décadas en artículos, libros y discursos de los líderes de su propio partido, acusado de traicionar a Diéguez para impedir ser reemplazado, de ser un agitador e informador al servicio de la policía franquista o de ser un espía inglés. Carrillo encabezó la ofensiva y se vertieron acusaciones de quiñonismo contra aquellos elementos que rechazaban la autoridad de los líderes exiliados o cuando los cambios de la línea estalinista requerían víctimas sacrificiales[35]. Carrillo jamás titubeó en sus acusaciones a Quiñones. No obstante, otros líderes del partido, entre ellos Enrique Líster, Santiago Álvarez e Irene Falcón, expresaron su convicción de que el PCE había tratado injustamente a Quiñones. Aún en 2006, en la segunda edición de sus memorias, Carrillo seguía insinuando que Quiñones era un agente británico[36], y su figura no fue reivindicada por el PCE hasta la expulsión de Santiago en 1985.

Era inevitable que el crimen del quiñonismo, o una excesiva independencia de los líderes exiliados, siguiera aflorando, habida cuenta de la ignorancia sobre las verdaderas condiciones que reinaban en España. Una vez que la policía desmanteló la organización de Quiñones, al PCE le llevó un tiempo considerable reconstruir el interior. La cúpula en el exilio, dividida entre Moscú y México, todavía no ejercía prácticamente ningún control sobre los acontecimientos, ni en España ni en la Francia ocupada por los alemanes. En Francia, la única persona con autoridad en el PCE era una joven y atractiva militante de las JSU llamada Carmen de Pedro, que había sido mecanógrafa del Comité Central del PCE en Madrid y secretaria de Togliatti. En 1939 había sido destinada a la embajada chilena en París para tramitar visados de salida para los máximos líderes del partido. Tras organizar su evacuación, supuestamente debía viajar a Chile o México, pero se quedó y, en la práctica, estaba al cargo de la

organización, casi inexistente, en Francia. Su experiencia difícilmente encajaba en tales responsabilidades, pero podía recurrir a un veterano líder del partido, Jesús Monzón Repáraz, que seguía en la capital francesa. Monzón, un abogado perteneciente a una familia aristócrata navarra, había ejercido de gobernador civil en dos provincias durante la guerra. Estuvo en Alicante desde el 31 de julio de 1937 hasta finales de mayo de 1938 y en Cuenca hasta finales de ese año. Más tarde empezó a trabajar en el Comité Central de Madrid. El 2 de marzo de 1939, dos días antes del golpe de Casado, fue nombrado secretario general del Ministerio de Defensa. El 5 de marzo abandonaba España en el mismo avión que Dolores Ibárruri[37].

Monzón ayudó a Carmen de Pedro en sus esfuerzos por garantizar la evacuación de comunistas de menor relevancia. Tras la ocupación alemana de París, acontecida el 14 de junio de 1940, pusieron rumbo a Burdeos. Después de supervisar la marcha del mayor número posible de exiliados, pudieron establecer un cuartel general en Marsella, en la zona controlada por la Administración de Vichy. Aunque los líderes del partido, fieles a las directrices de Moscú, se oponían a cualquier colaboración con la campaña aliada, Monzón recomendó que los militantes se unieran a compañías de trabajo que a la postre formarían la base de las unidades españolas de la resistencia francesa. Si bien el líder nominal era Carmen de Pedro, la gestión diaria del interior estaba en manos de Monzón, un hombre mucho más experimentado y dinámico que se había convertido en su amante. Para ello contaron con la ayuda de Manuel Azcárate, un joven de veintitrés años e hijo de Pablo Azcárate, embajador de la República en Londres. Debido a los orígenes sociales de Monzón, a su elegante aspecto y a sus contactos con la derecha de su Navarra natal, era objeto de cierta desconfianza dentro del PCE. No obstante, Azcárate lo consideraba de lo más inteligente, capaz de escuchar y muy abierto de mente, unas cualidades que

difícilmente se ajustaban a los líderes comunistas del período estalinista[38].

Las cosas cambiaron un poco con la entrada de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. Los rusos se apresuraron a garantizar a los Aliados occidentales que no pretendían propagar la revolución en Europa tras una victoria futura. Concretamente, en relación con España, estaban desesperados por asegurarse que Franco no entrara en guerra del lado del Eje. A consecuencia de ello, Dimitrov ordenó a la cúpula del PCE que abogara por la unidad de todas las fuerzas antifranquistas. En respuesta a ello, en agosto de 1941 se realizó una declaración a favor de una coalición de las fuerzas republicanas. El 16 de septiembre, Dolores Ibárruri iba mucho más allá con un Manifiesto de Unión Nacional que adoptaba la idea de una alianza con monárquicos desencantados y disidentes falangistas, y dejaba abierta la posibilidad del regreso de la monarquía en un futuro, mencionando solo «una asamblea constituyente sin signo institucional». La radio comunista cesó sus ataques contra muchos miembros de la coalición franquista, excepto los falangistas más progermánicos y generales belicosos como Juan Yagüe y Agustín Muñoz Grandes. Cada domingo se emitía incluso un programa para católicos en el que Dolores Ibárruri hablaba del espíritu humanitario de la cristiandad. Los socialistas, anarquistas y republicanos españoles que habían seguido la causa aliada con sumo interés se sintieron asqueados por el evidente cinismo de ese viraje político. La mayoría de los republicanos, ya indignados con la política comunista oficial que, conforme al pacto nazi-soviético, había abominado de los Aliados por considerarlos solo un bando de una lucha imperialista, veían la declaración de unión nacional de La Pasionaria como una prueba de la rígida dependencia que tenía el PCE de Moscú. Asimismo, la idea de que la lucha contra el fascismo español pudiera emprenderla por una amplia coalición nacional como la que estaba combatiendo a Hitler en otros países ignoraba el

sufrimiento infligido a la izquierda española por aquellos con quienes ahora Moscú recomendaba entablar amistad. Era básicamente una política sensata y había de permanecer en el centro de la estrategia del partido hasta la transición a la democracia en España. No obstante, la manera brusca e irreflexiva en que fue lanzada solo sirvió para desacreditar al partido ante sus militantes y los demás izquierdistas. Su inevitable fracaso a corto plazo fue añadido a la lista de «crímenes» achacados a Monzón[39].

Monzón ya había empezado a defender la política de unión nacional a través de su hoja informativa *Reconquista de España,* una publicación asombrosamente exitosa. A finales de 1942, mientras Azcárate intentaba crear una organización del PCE en la Francia ocupada, Monzón había realizado grandes progresos en la formación de unidades de guerrilla españolas dentro de la resistencia francesa. En esto tuvo como ayudante a Gabriel León Trilla, un importante veterano del partido. Trillo había sido uno de los fundadores del PCE en los años veinte, fue expulsado del partido en 1932 tras un giro político del Kremlin, y regresó a las filas durante la Guerra Civil. En la primavera de 1943, Monzón decidió que había llegado el momento de volver a España para intentar reconstruir el partido. Desde Madrid anunció en septiembre la creación de una Junta Suprema de Unión Nacional. Cuando la noticia llegó a Moscú, La Pasionaria se mostró exultante por lo que percibía como el triunfo de su anuncio político realizado dieciocho meses antes. La Junta Suprema era menos impresionante de lo que parecía, aunque contaba con miembros de un amplio espectro de organizaciones de izquierdas, así como algunos franquistas desencantados. Durante los meses siguientes, Monzón también consiguió entablar relaciones con grupos católicos de Sevilla. El millonario Juan March, que había ayudado a financiar la campaña bélica de Franco, ofreció dinero, y el cardenal Segura, un antifranquista acérrimo de la capital andaluza, también manifestó su interés. Pese a que más tarde

sería utilizado por Carrillo como una prueba de que Monzón era un traidor, en aquel momento suscitó efusivas alabanzas de los líderes exiliados en México, así como de Dolores Ibárruri desde Moscú[40].

Durante su estancia en Madrid, Monzón tomó una decisión personal que acabaría por ocasionarle inmensas dificultades en el futuro. Él y Carmen de Pedro habían elegido a una joven militante de Valencia, Pilar Soler, para que fuese su ayudante en la capital. La tapadera es que eran un matrimonio, pero el engaño se convirtió en realidad y, al parecer, se enamoraron. Cuando Monzón escribió a Carmen para contárselo, esta quedó destrozada, pero, al ser una militante leal, continuó su trabajo. Tiempo después, Carmen conoció en Toulouse a Agustín Zoroa, un emisario de Carrillo con quien pronto iniciaría una relación. Ambos se casaron en 1945. Zoroa sería uno de los acusadores más despiadados de Monzón, y cabe sospechar que sus motivos no eran enteramente políticos. No está claro si le movían los celos del ex amante de su mujer o si veía el ataque a Monzón como una manera de protegerla a ella y a sí mismo. En cualquier caso, la ejecución de Zoroa a manos del régimen franquista en diciembre de 1947 la dejó a merced de Carrillo. Cuando fue interrogada implacablemente por este, todavía se sentía atribulada por la noticia del fusilamiento de su marido. Según Líster, el interrogatorio estuvo a punto de llevarla al suicidio[41].

A principios de junio de 1944, el signo de la Segunda Guerra Mundial estaba cambiando, y Carrillo presionó para regresar a Europa. Consiguió un pasaporte uruguayo con el nombre de Hipólito López de Asís y viajó a Lisboa en barco. Mientras se encontraba a bordo, se enteró de los desembarcos aliados en Normandía. Haciéndose pasar por un empresario que esperaba aprender el negocio del pescado enlatado, trabó amistad con el embajador uruguayo y su hijo, ambos llamados Carlos Gurméndez. Durante el día visitaba fábricas de enlatado, y por la noche establecía contacto con miembros exiliados del PCE y con

Álvaro Cunhal, líder del Partido Comunista portugués, con quien no congenió. Al cabo de unas semanas viajó a Casablanca, y de allí a Orán, en Argelia. Escribió a Dolores Ibárruri el 14 de agosto explicando los planes para la reorganización del partido en el interior de España[42].

Las triquiñuelas de los estibadores y camioneros españoles servían para desviar armas, comida y suministros médicos pertenecientes a los envíos a las fuerzas aliadas. Se compraron lanchas de motor con la esperanza de desembarcar guerrilleros en el sur de España, que enlazarían con los grupos que habían estado combatiendo allí desde el final de la Guerra Civil, los denominados *huidos,* republicanos separados de sus unidades durante el conflicto que optaron por echarse al monte en lugar de rendirse. Según Carrillo, pensaba dirigir a esos grupos él mismo, de lo cual se desprende que, a sus treinta años, había redescubierto la temeridad impetuosa de su juventud[43].

Su idea era poco realista y típica de su retórica triunfalista. Es cierto que, transcurridos pocos meses desde el final de la Guerra Civil, había un número importante de guerrilleros en zonas rurales y, sobre todo, en las montañas. Allí era más fácil ocultarse, evitar a las patrullas de la Guardia Civil e incluso encontrar recursos para vivir, cuando no la ayuda de campesinos simpatizantes, al menos para cazar y recoger frutos silvestres. Como en otras guerras de guerrilla del siglo XX, la actividad primordial de los huidos era defensiva, y su objetivo inicial, la mera supervivencia. A diferencia de sus homólogos chinos y cubanos, los guerrilleros españoles tenían pocas posibilidades de crear zonas liberadas que hubieran podido servir de bases para la futura lucha contra el régimen. Los únicos lugares suficientemente alejados de las fuerzas de represión que permitían sopesar la creación de comunidades revolucionarias autónomas se encontraban en las regiones más inhóspitas de la Península. Asimismo, las terribles circunstancias de la derrotada izquierda española entre 1939 y 1944 difícilmente propiciaban

una guerra revolucionaria. La represión, el hambre, las familias destruidas por la muerte y el exilio y, sobre todo, el intenso hastío que dejaron las luchas titánicas de la Guerra Civil garantizaron que no se produjera un levantamiento popular en apoyo a los huidos, que se vieron condenados a una dura y solitaria existencia.

De vez en cuando podían abandonar sus posiciones defensivas. Se llevaban a cabo ataques contra barracones de la Guardia Civil, oficinas locales de la Falange y ayuntamientos franquistas. Es absurdo afirmar, como hacía Enrique Líster en 1948 y como seguía haciendo la historia oficial del partido en 1960, que la guerrilla tuvo ocupadas a suficientes tropas como para impedir que Franco participara en la Segunda Guerra Mundial en el bando del Eje. Con todo, las actividades de los huidos provocaban una irritación constante para el régimen[44]. En caso de que la prensa controlada mencionara sus actividades, era para tacharlas de actos de bandidaje y saqueo. Sin embargo, en algunas zonas rurales, las actividades de los guerrilleros tuvieron el efecto de levantar la moral de la población derrotada hasta que las salvajes represalias de las autoridades pasaban factura al apoyo popular.

Por tanto, la idea de Carrillo de que podría trasladar unidades desde el norte de África que enlazarían con los grupos guerrilleros ya existentes, e iniciar una revuelta nacional contra la dictadura, era cuando menos ilusoria. Para entrar en España necesitaba autorización del partido, y al principio no mantenía contacto con los principales centros de la dirección del PCE en Latinoamérica y Moscú. Sin embargo, mediante la legación rusa en Argelia consiguió informar a Dolores Ibárruri de su plan. Esta aprobó su espíritu, pero se opuso totalmente a la propuesta de participar en la invasión del sur de España. Por el contrario, puesto que París había sido liberada el 25 de agosto de 1944, le ordenó que viajara a Francia y tomara las riendas del PCE allí[45]. Carrillo viajó de polizón en un acorazado francés y llegó a Tolón, y después cogió un tren con destino a París. La criatura demacrada y sin afeitar

que hizo aparición en la sede del Partido Comunista francés era irreconocible en comparación con aquel Carrillo rollizo de antaño. Había perdido mucho peso a causa de la desnutrición sufrida en Argelia y la falta de alimento durante los días que permaneció oculto en el acorazado y el trayecto de quince horas en tren hasta París. Más tarde afirmaría que en la capital francesa había sido informado de que los líderes del PCE habían ido a Toulouse a supervisar la invasión de España a través de la Val d'Aran.

Era comprensible que miles de *maquisards* españoles que habían destacado en la resistencia francesa respondieran a los indicios de desmoronamiento alemán avanzando hacia la frontera de España con la esperanza de que aquella derrota presagiara la de Franco. En sus memorias, Carrillo afirmaba que hasta su llegada a Toulouse no supo que la Agrupación Guerrillera Española había recibido órdenes de invadir España por la Val d'Aran de la Junta Suprema de Unión Nacional, que, según decía cincuenta años después, era «existente tan solo en la imaginación de Monzón». Olvidaba que sin duda existía en la imaginación de La Pasionaria, Uribe y el resto del Politburó del PCE, incluido él mismo. En realidad, su correspondencia al parecer cordial con Monzón, tanto antes como después de la invasión, sugería que también creía firmemente en la Junta Suprema. Tan cálida era la correspondencia, que Monzón le mandó cigarrillos «como una pequeña muestra del gran cariño que sentimos Anita [Pilar Soler] y yo hacia ti»[46]. En sus memorias, y en informes a La Pasionaria en 1945, Carrillo alegaba que las órdenes de la Junta Suprema eran la única base para una operación excesivamente optimista que se había preparado de forma inadecuada. De hecho, a finales de agosto de 1944, Monzón había enviado a la delegación de Francia una orden de invasión, pero sin especificar dónde debía producirse. Enardecidos por el éxito de las guerrillas españolas contra unidades alemanas y apenas conscientes del considerable apoyo social del que gozaba Franco, la idea fue acogida con entusiasmo no solo en Francia, sino también en Moscú. El 20 de

septiembre, La Pasionaria publicó una declaración elogiando la guerrilla como el mejor medio para provocar un levantamiento en España[47]. Dado su frecuente contacto con ella, no es posible que Carrillo desconociera su entusiasmo por la guerrilla, que, en cualquier caso, coincidía con el suyo propio. Como era de esperar, cuando Carmen de Pedro y Manuel Azcárate viajaron a París para debatirla con los líderes del Partido Comunista francés, André Marty y Jacques Duclos, no se plantearon objeciones[48].

Es inconcebible que Carrillo no estuviera al tanto de la invasión antes de que se produjera. Cuando los subordinados de Monzón en Francia decidieron embarcarse en dicha empresa, fue organizada prácticamente como una operación militar convencional, sin apenas seguridad. Los preparativos eran un secreto a voces, con emisiones de reclutamiento por parte de Radio Toulouse y la moscovita Radio Pirenaica. Antes de partir hacia el sur de Francia, algunas unidades guerrilleras fueron objeto de tributos públicos y grandes despedidas de las gentes de pueblos y ciudades en los que habían participado en la resistencia. El PCE ordenó a sus organizaciones del interior de España que se prepararan para una insurrección popular inmediata. El régimen de Franco estaba plenamente informado de lo que se avecinaba gracias a sus agentes, así como por la prensa y las retransmisiones sobre «la reconquista de España».

Manuel Azcárate escribiría más tarde que cuando Carrillo llegó al sur de Francia, «sus intenciones fueron perversas con respecto a Monzón. Quiso evitar como fuera el reconocimiento de los méritos indiscutibles que le correspondían por la acción que había llevado a cabo». De hecho, lejos de oponerse a la ilusión de Monzón de que una incursión de guerrilleros desencadenaría una insurrección popular contra Franco, Carrillo la compartía. En marzo de 1944, un militante llamado Tomás Tortajada había sido expulsado del partido por discrepar con esa línea[49]. Monzón no era el único dispuesto a poner en riesgo el mayor activo del PCE, sus miles de *maquisards* curtidos en la batalla, en un

enfrentamiento militar convencional con las fuerzas de Franco. Al fin y al cabo, ahora que los alemanes hacían frente a la derrota, era una opción atractiva. Es posible que Carrillo, como indicaba su crónica de los preparativos en Argelia, fuese partidario de una estrategia más mesurada en la que se infiltrara paulatinamente a grupos reducidos para iniciar una guerra de guerrillas. No obstante, su relato novelado exagera sobremanera las diferencias que había entre él y un Monzón supuestamente descontrolado. Como indicaba la respuesta de La Pasionaria a los planes de Carrillo para una invasión a menor escala desde el sur, la idea de una guerra de guerrillas fue aprobada por la cúpula del PCE en Moscú, y también por la delegación en Francia, como ya había hecho en su día Heriberto Quiñones. La actitud de Carrillo hacia Monzón solo es comprensible atendiendo a su ardiente ambición.

Desde el 19 de octubre de 1944, unos cinco mil hombres del ejército invasor empezaron a adentrarse en territorio español a través de los Pirineos, y el ataque principal se concentró en la Val d'Aran. Esta región de pastores y leñadores, cubierta de nieve gran parte del año y escasamente poblada, era bastante inapropiada como foco de un levantamiento popular. Pese a la ostentosa estructura militar creada por los líderes comunistas de los maquis, la invasión fue esencialmente improvisada. Desdeñaba un hecho tan obvio como que una incursión militar convencional daba ventaja a las enormes fuerzas terrestres de Franco. Pese a ello, durante las tres semanas posteriores, los invasores se apuntaron varios triunfos y algunas unidades se adentraron más de cien kilómetros en el territorio. En algunas acciones individuales, derrotaron con rotundidad a unidades del Ejército español e hicieron gran cantidad de prisioneros en poco tiempo. Parte del Estado Mayor del general Rafael García Valiño cayó en manos de los guerrilleros. Incluso el general José Monasterio estuvo a punto de ser capturado. Sin embargo, en última instancia, las cuarenta mil tropas marroquíes al mando de experimentados generales franquistas como Monasterio, Juan

Yagüe, Rafael García Valiño y José Moscardó fueron demasiado para el ejército relativamente pequeño de los guerrilleros. Las esperanzas que abrigaba la invasión de desencadenar un levantamiento siempre fueron remotas. Se lanzó en un momento de enorme desmoralización de la izquierda española, que todavía no se había recobrado del trauma de la derrota, se vio desalentada por el temor a la represión diaria y, por último y más importante, solo era vagamente consciente de lo que sucedía en Francia. El control férreo del régimen sobre la prensa y la minúscula distribución en España de al menos la *Reconquista de España,* la hoja informativa clandestina de Monzón, garantizaron que la invasión guerrillera tuviera lugar en medio de un silencio ensordecedor.

Carrillo afirma que cuando tuvo conocimiento de la operación en Toulouse, se dirigió a toda prisa a la Val d'Aran para intentar impedirla, pero descubrió, por desgracia, que la invasión ya había comenzado. Debió de ser una de las pocas personas en Francia o uno de los pocos líderes del PCE que no sabía nada al respecto, lo cual es aún más raro porque llevaba varias semanas en Francia cuando comenzó la operación. Es mucho más probable que fuera a Aran con la intención de apuntarse un tanto si salía bien y poder atacar a Monzón si salía mal. Según dice, aunque actuó por iniciativa propia, pudo convencer a los líderes de que llegaba en representación de la cúpula del PCE y, de ese modo, hacerles ver que toda la operación era una locura. No cabe duda de que actuó *motu proprio,* pero hay razones para sospechar que su viaje, más que impedir un fracaso, pretendía minar la posición de Monzón. La entusiasta cooperación de la resistencia francesa propició que las fuerzas invasoras estuviesen bien pertrechadas con suministros de alimentos, combustible, armas ligeras, munición y vehículos, en su mayoría proporcionados por los Aliados. Sin embargo, se vieron enormemente superadas en número de efectivos y armamento, sobre todo cuando empezó a agotarse la munición. Los guerrilleros de las fuerzas invasoras ya empezaban

a replegarse y no necesitaron persuasión alguna, pese a las afirmaciones de Carrillo. Este, acompañado de Azcárate, no llegó hasta el 28 de octubre, momento en el cual los guerrilleros sabían que la partida estaba perdida y ya habían recibido la orden de retirada por parte de Vicente López Tovar, el comandante de campo. Más tarde, López Tovar aseguraría que Carrillo no había tomado ninguna iniciativa y que hubo que convencerlo para que aprobara lo que ya estaba decidido. La idea de que Carrillo evitó un desastre fue una exageración desmesurada. El número de bajas durante los combates en el valle fue relativamente pequeño y se cifró en menos de treinta[50]. Sin embargo, a finales de mes le mandó un telegrama a La Pasionaria en el que afirmaba haber impedido la captura de mil quinientos guerrilleros; asimismo, sostenía que la preparación de la invasión había sido defectuosa y que pensaba hablar de ello con los responsables[51].

Desde que se sintió seducido por Moscú en 1936, Carrillo siempre defendió su firme sentido de la jerarquía y la autoridad. Su vertiginoso ascenso en el PCE solo puede entenderse en relación con su inquebrantable lealtad a Moscú, simbolizada por su traición al PSOE en 1936, cuando introdujo la FJS en la órbita comunista, y por la denuncia a su propio padre en 1939. Otro factor que contribuyó al éxito de Carrillo fue siempre una sensibilidad exquisita hacia las vicisitudes de la política soviética y las luchas de poder en el seno del PCE. Esto quedó patente en un discurso extremadamente largo que pronunció en noviembre de 1944 en la sede de la Agrupación de Guerrilleros Españoles de Montrejeau ante un grupo de las figuras militares y políticas más destacadas del PCE en Francia. En él alababa la invasión de la Val d’Aran. La premisa básica era que la fuerza de la Junta Suprema de Unión Nacional era tal que el desmoronamiento del régimen franquista era inminente. Pese a que cincuenta años después observaría con desdén que la Junta existía «tan solo en la imaginación de Monzón», ahora aseguraba que no era «un fantasma». Afirmaba asimismo que el régimen sería incapaz de

resistir un levantamiento nacional. A renglón seguido alababa servilmente a Dolores Ibárruri, lo cual ponía de manifiesto que su objetivo era apartar a Monzón de su propio camino hacia la preeminencia en las filas del PCE[52].

El episodio de la Val d'Aran fue el comienzo de los esfuerzos de Carrillo por postularse ante la mayoría de los militantes en Francia y España como el auténtico representante de los líderes del partido. Puesto que Monzón había reconstruido con éxito el PCE en ambos países, con el control de unas fuerzas guerrilleras considerables en Francia y una envidiable red de contactos con otros grupos dentro de España, no era un objetivo fácil. Para consolidar ese primer triunfo sobre Monzón, poco después dio comienzo la verdadera caza de brujas. Aprovechando la ausencia de los grandes líderes exiliados, Carrillo no perdió la oportunidad de reemplazar a los subordinados de Monzón por seguidores fieles que habían vivido la guerra confortablemente desde Latinoamérica, como era el caso de Fernando Claudín y Ramón Ormazábal. La condena de Monzón, el único líder relevante que había quedado atrás, ayudó a salvar su conciencia sobre la huida. Al igual que Monzón, quienes habían estado en los campos y en la guerra de guerrillas eran considerados sospechosos. Entre los primeros informes críticos sobre Monzón que Carrillo pudo utilizar estaban los de Agustín Zoroa, marido de Carmen de Pedro[53].

A principios de diciembre de 1944, Agustín Zoroa le había entregado a Monzón, aún en Madrid, unas cartas de Carrillo. Escritas en términos cordiales, consistían fundamentalmente en advertencias sobre la infiltración de la policía en la organización en el interior e instrucciones sobre cómo solucionar ese problema. Entre las detalladas instrucciones de seguridad sobre pisos francos y lugares de contacto, había un aviso apenas disfrazado: «Hay que plantear ante el Partido la cuestión de la corrección de los errores políticos del Partido y de la Junta Suprema… Hay que utilizar esto para sacudir la negligencia y la falta de vigilancia

dentro del Partido». A continuación, decía que era necesario que Monzón regresara a Francia para discutir esas cuestiones[54]. Comprensiblemente, Monzón no se consideraba a las órdenes de Carrillo, sino solo responsable ante Dolores Ibárruri. Sin embargo, contestó en términos conciliadores, sin mencionar un posible regreso más que en su pomposa despedida: «Hasta que podamos rehacer adecuadamente nuestras relaciones, que será en breve, te enviamos, querido Santi, un fuerte abrazo». No se sabe si esto era una manera de tranquilizar a Carrillo o solo un sarcasmo[55].

El 6 de febrero de 1945, Carrillo le mandó un informe a La Pasionaria en el que la malicia y la invención iban de la mano. Describió la situación del PCE en términos tan exageradamente optimistas que la caída del régimen parecía inminente. La implicación era que si no había ocurrido aún era culpa de Monzón por no haber conectado a los grupos que había por toda España. Afirmaba que la Junta Suprema «continúa creciendo en popularidad y prestigio». Luego pasaba a una crónica totalmente falsa del episodio de la Val d'Aran, en la que sostenía que los líderes guerrilleros no habían querido participar y solo lo hicieron renuentemente por obediencia a Monzón. Se atribuía haber evitado un desastre («Hemos evitado una carnicería por pocas horas»). Por culpa de la mala preparación de la invasión por parte de Monzón, dijo, se habían perdido tres valiosos meses que habrían podido emplearse en preparar una insurrección general en toda España. Después acusaba a Monzón porque «realiza un trabajo de dirección caciquil en compañía de P.S. y T. [Pilar Soler y Trilla]» y sugería que ese grupo iba a acabar actuando contra el partido.

Tras una larga lista de faltas que iban desde infravalorar el papel de las masas por tener demasiado contacto con la oposición de derechas hasta la poca vigilancia sobre los agentes provocadores, Carrillo dijo que iba a enviar a Zoroa de nuevo para que le dijera a Monzón que regresara a Francia. El mensaje era

que, de no hacerlo, debía ser liquidado: «Si resiste o busca subterfugios, le plantearé que eso significa enfrentarse con la dirección del Partido. En caso de que llegase a una posición extrema, los camaradas de allá romperán el contacto con él y le dejarán aislado del Partido. Espero que no habrá que llegar a esto, pero no vacilaremos ante nada»[56].

Al no obtener respuesta, Carrillo mandó un telegrama a Moscú en el que reiteraba sus críticas. Se quejaba de que Monzón rehusaba obedecer sus instrucciones y de que obstruía el funcionamiento del partido en el interior. Por ello, afirmaba que, si Monzón se negaba a viajar a Francia, «se le alejará de la organización y se tomarán las medidas necesarias». Finalmente, Carrillo recibió el permiso para expulsar a Monzón y Trilla[57]. Zoroa había sido enviado para informar a Monzón de que eso ocurriría si no regresaba.

Puesto que Pere Canals, su delegado en Cataluña, había sido asesinado cuando regresaba a la sede del PCE en Toulouse, Monzón sospechaba, y con razón, que le habían tendido una trampa, cosa que más tarde confirmaría Vicente Uribe a Tagüeña. Tras recibir las amenazas de Zoroa, Monzón finalmente se marchó con Pilar Soler, su amante. De camino, la enfermedad lo obligó a demorarse en Barcelona, donde fue detenido el 8 de junio de 1945 por la policía franquista como parte de una operación que se había estado pergeñando durante mucho tiempo. Con su habitual malicia, Carrillo insinuaría más tarde que Monzón había orquestado su propia detención para no tener que dar explicaciones sobre la invasión. Este absurdo podría reflejar la preocupación que abrigaba Santiago de que se hubiera entregado para evitar ser asesinado. Líster afirmó que la persona enviada para guiarlo por los Pirineos había recibido la orden de eliminarlo de manos de Carrillo. Las versiones franquistas indican que fue traicionado por el partido, lo cual es más cuestionable. Dados los antecedentes de Monzón en España, una vez detenido, la sentencia de muerte se cernería sobre él. Por eso

es significativo que, pese a ser un cargo importante en el PCE, la dirección no organizara una campaña internacional de protesta, algo habitual en esos casos[58].

Poco tiempo después del arresto de Monzón, Carrillo envió un largo informe a La Pasionaria, Uribe y Mije. El principal objetivo del texto era marcar las diferencias entre los espectaculares éxitos obtenidos desde que él se había hecho cargo y lo que consideraba los fracasos de Monzón, que denunciaba como fruto de traiciones y sabotajes. Al agrupar todas las huelgas, manifestaciones y ataques a policías y falangistas, y exagerar sus resultados, Carrillo daba la impresión de que el régimen se estremecía ante las primeras etapas de lo que parecía una inminente rebelión popular. Dedicaba muchas páginas a enumerar los triunfos de la guerrilla, pero aunque todo lo que contaba hubiera sido cierto, la lista contenía solo incidentes aislados y episódicos. Una de sus exageraciones más disparatadas socavaba sin querer su propio triunfalismo, al sostener que el régimen tenía 500.000 hombres cerca de la frontera francesa. Carrillo atribuía todos los éxitos a que había mandado al interior a un equipo con sus hombres de confianza: «Felizmente, los camaradas que se encuentran a la Dirección de la Delegación del CC hoy en Madrid y en los lugares principales de dirección del partido y de guerrilleros son camaradas enviados directamente desde América o desde aquí por la Dirección del partido».

Todos los fracasos se achacaban a Monzón, entre cuyos crímenes también estaba, según Carrillo, haber tratado de subordinar el PCE a los elementos conservadores de la Unión Nacional, y haber fracasado en la organización de una rebelión popular por su pasividad. La acusación repetida contra Monzón y Trilla era la de «provocación», que implícitamente les consideraba agentes franquistas: «Como ya os decíamos en el anterior informe ellos ordenaron las operaciones del Valle de Arán, verdadera provocación que nos costó no pocas vidas y quebrantos y estuvo a punto de costar mucho más si no intervenimos a tiempo». Tras

este autoelogio, Carrillo pasó a exponer más claramente las acusaciones contra Monzón: «Está fuera de dudas que Monzón trabajaba ya contra la Dirección del Partido desde hace varios años. Y aprovechándose de la situación de relativa libertad que poseía se rodeó de elementos que como Trilla, con su turbio pasado, podían fecundar sus planes». Por último, al usar el arresto de Monzón para sugerir su complicidad con el régimen, Carrillo revela sin querer sus propios planes frustrados para eliminarle, e incluso su voluntad de perseguir tanto a Monzón en la cárcel como a Trilla, aún en libertad: «Es significativo que Monzón haya sido detenido en el momento en que ante su resistencia a venir aquí, la organización del partido iba a tomar medidas contra él. Es evidente que presos o en libertad estos elementos son un gran peligro»[59].

En primavera de 1945, aunque con fecha anterior, *Nuestra Bandera* publicaba una carta abierta de signo absurdamente triunfalista para los miembros del PCE y la resistencia antifranquista, casi con total seguridad redactada por Carrillo. En ella se alababa con euforia la invasión de la Val d'Aran y se exageraba la acción de la guerrilla en España calificándola como el gran triunfo de la Junta Suprema de Unión Nacional. Esto contrastaba con la presunta pasividad, descrita en términos insultantes, de quienes habían depositado sus esperanzas en los Aliados. La apelación a todos los antifranquistas para que se unieran a la Junta Suprema, sumada a la condena de varias figuras anarquistas, socialistas y republicanas, se basaba en la creencia de que las bases de sus organizaciones ingresarían en tropel en las filas del PCE. Sin embargo, al principio del documento, Carrillo decía que imperaba cierta pasividad dentro del partido, que se habían producido graves errores en la planificación de huelgas y manifestaciones antes del esperado levantamiento y que faltó audacia en la organización de las masas. Todo ello había demorado la inevitable revuelta y la derrota de Franco. El blanco anónimo pero incuestionable de esas

acusaciones de pasividad, elitismo y falta de fe en los trabajadores era Monzón. La insinuación, que solo pudo realizar una persona totalmente desconectada de la verdadera situación que se vivía en España, era que Madrid era un polvorín de fervor revolucionario y que Monzón no había prendido la mecha.

Además de atacar a Monzón, la carta abierta exhortaba con un lenguaje extremadamente violento a todos los españoles que poseyeran un cuchillo o una pistola a asesinar a los involucrados en la represión, desde los magistrados que firmaron condenas a muerte hasta los torturadores y los verdugos. La violencia no solo había de ejercerse contra los franquistas. Había un pasaje ambiguo en el que declaraba: «Pasemos resueltamente a la liquidación física de los agentes de la provocación. Cada delator debe pagar con la vida su traición. Y en esta tarea los guerrilleros deben jugar el papel principal». Este llamamiento a la eliminación física de los agitadores era el comienzo de los ataques directos a Monzón. La afirmación de que «los residuos del quiñonismo deben ser extirpados a sangre y fuego» podía interpretarse como que Monzón sería el siguiente[60].

Si Monzón hubiera visto un ejemplar de *Nuestra Bandera* antes de salir de Madrid hacia Francia, habría confirmado las sospechas ya despertadas por las cartas de Carrillo. Cuando Pilar Soler, la pareja de Monzón, consiguió llegar a Francia, fue retenida en una casa, sometida a interrogatorio por Carrillo, Claudín y Ormazábal, y obligada a escribir un informe sobre sus «desviaciones». Cuando ninguna de las versiones satisfizo sus necesidades, la forzaron a firmar un texto que ellos mismos habían redactado. Este sería el primero en una serie de interrogatorios a colaboradores de Monzón, entre ellos Carmen de Pedro, Azcárate y otros. La información recabada fue distorsionada y utilizada para confeccionar varios informes que lo acusaban de tener amistad con reaccionarios, de mujeriego, de homosexualidad, de hábitos sibaritas y de que en la cárcel había podido costearse una vida de lujo burgués. Esas acusaciones

ridículas vinieron seguidas de firmas falsificadas, y contenían alabanzas a Carrillo, que aparentemente había abierto los ojos del denunciante a la infamia de Monzón[61].

Mientras aguardaba juicio en prisión, sufrió un intento de asesinato. Poco después, supo que había sido expulsado del PCE. Tras innumerables retrasos, fue procesado el 16 de julio de 1948 y condenado a treinta años de cárcel. Evitó la ejecución merced a testimonios del líder carlista Antonio Lizarza, a quien había salvado la vida durante la Guerra Civil, del obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, y del capitán general de Barcelona, José Solchaga, un amigo carlista de sus padres. Esas iniciativas humanitarias explican las viperinas observaciones de Carrillo sobre las amistades de Monzón con generales y obispos en el artículo publicado en *Nuestra Bandera* en 1948 y otros medios. Monzón fue puesto en libertad el 24 de enero de 1959 y murió el 24 de octubre de 1973[62]. Según Líster, para Carrillo el delito de Monzón fue su valentía[63].

El 16 de septiembre de 1945, el veterano Gabriel León Trilla, segundo de Monzón, fue asesinado en Madrid por militantes de la guerrilla urbana creada por Cristino García, un minero de Asturias y héroe de la resistencia francesa a quien Carrillo había enviado a España para reorganizar a las fuerzas guerrilleras dispersas en las sierras de Gredos y Guadarrama, al norte de Madrid. Estos grupos habían quedado diezmados por la Guardia Civil, así que García llevó a quienes quedaban a la capital e intentó montar una guerrilla urbana. Debido a la inexperiencia de sus hombres, los atracos a bancos y ataques a funcionarios falangistas que llevaron a cabo provocaron varias detenciones y resultaron ser contraproducentes. En una carta fechada el 1 de diciembre de 1944, Carrillo le había pedido a Monzón que aislara a Trilla, pero este había hecho oídos sordos a la petición. Ahora, su orden de matar a Trilla también fue desobedecida, ya que, aduciendo que era un revolucionario y no un asesino, Cristino García se negó a cometer el crimen. Por eso la ejecución la

llevaron a cabo otros miembros del partido. Trilla murió apuñalado en un cementerio abandonado, conocido como el Campo de las Calaveras. Aunque la excusa para liquidarlo fue que un informador de la policía lo había acusado de ladrón, su auténtico crimen había sido su vínculo con Monzón y su opinión declarada de que los exiliados desconocían la auténtica situación que se vivía en España[64].

El hecho de que Alberto Pérez Ayala, mano derecha de Trilla, fuera asesinado poco después, el 15 de octubre de 1945, incidía en la determinación de Carrillo de eliminar al equipo de Monzón. Tanto Líster como Vicente Uribe le dijeron a Manuel Tagüeña que el asesinato de Trilla había sido una orden directa de Carrillo y La Pasionaria. Es más, el propio Carrillo lo admitió cuando escribió en sus memorias: «Líster nos ha acusado a Dolores y a mí de haber dado la orden de ejecución de Trilla. En aquellos momentos, no había que dar esas órdenes; quien se enfrentaba con el partido, residiendo en España, era tratado por la organización como un peligro. Ya he explicado que la dureza de la lucha no dejaba márgenes». Cincuenta años después, saltaba a la vista que Carrillo había olvidado que la organización a la que atribuye la muerte de Trilla estaba bajo sus órdenes[65].

Cristino García fue apresado el 20 de octubre, pocas semanas después del asesinato de Trilla. Su juicio se celebró el 22 de enero de 1946. Cuando el abogado militar que lo defendía alegó que el PCE lo había engañado para que volviera a España, Cristino se levantó para contradecirle y afirmó: «Somos patriotas antifranquistas convencidos, que no hemos abandonado la lucha contra los verdugos que oprimen a nuestro pueblo. He sido herido cinco veces en lucha contra los nazis y sus lacayos falangistas. Sé bien lo que me espera, pero declaro con orgullo que mil vidas que tuviera las pondría al servicio de mi pueblo y de mi patria». Estas palabras conllevaron la pena de muerte y fue ejecutado el 21 de febrero. Tras la sórdida eliminación de Trilla y la muerte de Cristino García, el PCE prácticamente abandonó la guerrilla

urbana, que a partir de entonces pasaría a ser terreno casi exclusivo de los anarquistas del Movimiento Libertario Español. Jorge Semprún alegó que alguien había traicionado a Cristino García desde dentro del partido, porque no ocultaba su repugnancia ante lo que le habían mandado que hiciera con Trilla[66].

En las semanas posteriores a la retirada de la Val d'Aran, con Carrillo al mando de la guerrilla, el PCE cambió de estrategia de inmediato. Así como no tardaron en desechar la táctica de la guerrilla urbana, también abandonaron la posibilidad de una invasión a gran escala. Al igual que Monzón, Carrillo y el resto de los líderes del PCE seguían convencidos de que era posible un levantamiento popular si la chispa necesaria lograba encenderlo. En ese momento se llegó a la conclusión de que, más que una invasión a gran escala, era más factible la infiltración gradual de grupos reducidos de guerrilleros por la frontera francesa, tras lo cual enlazarían con las unidades de huidos ya existentes[67]. Era un poco más realista, pero solo por un breve espacio de tiempo, entre mediados de 1945 y mediados de 1947. La simpatía y el apoyo franceses hacia la operación de la Val d'Aran junto con la enorme influencia de los partidos comunistas galo e italiano alimentaron la esperanza de que, tras la derrota alemana, Franco sería el siguiente.

En una reunión plenaria del Comité Central celebrada en Toulouse entre el 5 y el 8 de diciembre de 1945, Carrillo se ofreció a tomar el control de la guerrilla y retomó la opinión ya expresada por Dolores Ibárruri de que sería un catalizador del alzamiento popular con una base lo bastante sólida para asegurar el apoyo internacional[68]. En su euforia, no había calibrado suficientemente la abrumadora capacidad represiva del régimen. Asimismo, pronto quedó claro que los Aliados no tenían intención de acabar con el Eje eliminando al Caudillo. Los comentarios sobre la guerrilla fueron el preludio de una diatriba contra el frente rival de la Junta Suprema de Unión Nacional, creado por

el resto de las fuerzas antifranquistas, esto es, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. La ANFD nació de la Junta Española de Liberación, fundada en México en noviembre de 1943 por los socialistas y varios grupos republicanos liberales y, más tarde, se amplió en Toulouse en agosto de 1944 con la inclusión de la CNT. En octubre de 1944, esto llevó a la creación en el interior de la ANFD, que difería de la política del PCE en la acción directa contra el régimen de Franco recurriendo a la entrada de los ejércitos aliados en España. La ANFD representaba un intento espontáneo por superar las continuas divisiones de los exiliados y aprovechar el inminente aislamiento de Franco. Sin embargo, con la Guerra Fría en el horizonte, las potencias occidentales empezaban a ver el autoritarismo del Caudillo como un activo valioso. En su discurso de noviembre de 1944 en Toulouse, Carrillo había dejado claro a los militantes que el objetivo comunista debía ser que la incipiente Junta Suprema se hiciera con las bases de la ANFD. En un artículo publicado en 1948, Carrillo afirmaba de nuevo que la Junta Suprema de Unión Nacional había sido un éxito rotundo y que las bases socialistas y anarquistas se habían unido a ella en tropel. Los líderes de esos grupos estaban tan alarmados, aseguraba en las mentiras más absurdas, que *sir* Victor Mallet, el embajador británico, y el Servicio Secreto de Londres utilizaron a los colaboradores de Casado para crear la ANFD con el solo propósito de perjudicar a la Junta Suprema y el PCE[69].

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Carrillo demostró su conversión al estalinismo más absoluto imitando el modo en que los rusos devolvían a los prisioneros de guerra. El eslogan «vigilancia revolucionaria» se utilizaba para encubrir un estilo paranoico de lidiar con los asuntos internos propio de la policía secreta. Los miembros del PCE que regresaban de los campos de concentración alemanes no eran tratados como héroes, como ocurrió con sus camaradas franceses e italianos, sino interrogados y alejados de cargos de responsabilidad en una suerte de

cuarentena política. En un discurso pronunciado ante una asamblea de miembros del partido en Toulouse el día 14 de mayo de 1945, Carrillo insinuó que entre los comunistas que retornaban había agentes de la Gestapo y la Falange. Pese a que Alemania había sido derrotada y Hitler estaba muerto, proclamó la necesidad de «mucha vigilancia, mucha atención, para impedir que se infiltren en las filas de nuestro Partido y en las filas del movimiento antifascista agentes de Franco que vengan de esta manera. Sin desconfiar de nuestros camaradas, debemos conocer qué es lo que han hecho, cómo se han comportado, vigilar aquellos cuya situación sea algo dudosa, todo esto con la ayuda de los camaradas que vienen de Alemania, pues ellos mismos son los primeros que nos van a permitir realizar este control».

Entonces, en su habitual contribución al culto a la personalidad de Dolores Ibárruri, cantó un servil himno de alabanza a «esta mujer que es un verdadero arquetipo de la mujer española, además de un gran dirigente político… nuestra grande y querida camarada Pasionaria»[70].

Tuvo que ser desmoralizador para los militantes comunistas el ver a sus camaradas y líderes de la lucha antifranquista denunciados por líderes en el exilio, tachados de traidores y provocadores y considerados agentes de la Gestapo y del imperialismo estadounidense[71]. Todavía más grave fue el efecto en otros grupos que fueron testigos de la perpetuación de los odiados métodos comunistas del período de la Guerra Civil. No había nada que asegurase a los republicanos y socialistas que el trato que recibirían a manos de los comunistas sería mejor que el que les dispensaron a los militantes del PCE, ya que, por lo común, eran considerados traidores.

Como cabría esperar, teniendo en cuenta su obsesiva dedicación al partido y su ascenso dentro de este, el matrimonio de Carrillo con Chon había tocado a su fin. En 1944, antes de regresar a Europa de su exilio en Latinoamérica, se separaron. Desde 1947 trabajaba con una joven de su equipo llamada

Carmen Menéndez que se encargaba de la correspondencia en los archivos del partido. Se casó con ella (o la reconoció abiertamente como su pareja) en 1949. Carmen había de ser su compañera fiel —e igual— hasta la muerte. En Francia vivieron como *monsieur* y *madame* Giscard y tuvieron tres hijos: Santiago (1950), José (1951) y Jorge (1952)[72].

En aquel momento, Carrillo era líder *de facto* del PCE en Francia, la sección más importante del partido en el exilio después de la de Moscú. Eso significaba que también controlaba a la formación en territorio español. Desde 1945 figuró en el Politburó como secretario de Propaganda y director de la Comisión Interior, lo cual lo situaba al mando del partido en España y, por tanto, de la guerrilla. Aunque Uribe y Mije ocupaban cargos superiores al suyo en la jerarquía, en la práctica, su poder era considerablemente mayor[73]. Una vez que la dirección del partido se hubo trasladado a París, Dolores Ibárruri volvió a Moscú y entre 1947 y 1950 sufrió graves problemas de salud, lo cual otorgó a Carrillo una autonomía considerable. No obstante, la financiación del partido dependía por completo de la Unión Soviética, y Carrillo hizo cuanto estuvo en su mano por demostrar su identificación con las necesidades del Kremlin. Mientras dirigía las operaciones de la guerrilla, Carrillo mostró la misma determinación y confianza en sí mismo que había mostrado con las Juventudes Socialistas. Al hacerlo, dejó entrever el carácter implacable que caracterizaría su futura carrera política. Lo que presentaba como discrepancias ideológicas y tácticas con Monzón no eran más que un mecanismo para enmascarar su propia decisión de tomar el control absoluto. Lo primero que hizo fue enviar a España un equipo de seguidores totalmente leales, en su mayor parte salidos de las filas de las JSU durante la Guerra Civil[74].

Las críticas contra la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas amainaron bruscamente cuando el PCE decidió que debía aspirar a tener representación en el Gobierno de la

República en el exilio, formado en agosto de 1945 y presidido por el moderado doctor José Giral. El PCE se unió a la ANFD y, en marzo de 1946, Carrillo fue nombrado ministro sin cartera en el Gabinete de Giral, cargo que ocuparía solo hasta enero de 1947. El nombramiento de Carrillo indignó a los socialistas, que nunca habían perdonado el «robo» de la FJS ni la carta a su padre. Y lo que es más importante, redujo enormemente la ya exigua simpatía británica y estadounidense hacia Giral. La presencia de Carrillo propició que el Gobierno de Giral fuese reconocido por varios países del Bloque Oriental, lo cual no hizo sino intensificar la hostilidad anglo-estadounidense. A juicio de Washington y Londres, las fuerzas republicanas debían llegar a un acuerdo con los monárquicos antifranquistas como un primer paso para restablecer la democracia en España. Como es obvio, Carrillo reafirmó la obstinada negativa de Giral a cuestionar su compromiso con el restablecimiento de la República. Curiosamente, Stalin no reconoció su Gobierno.

Giral fue sustituido por Rodolfo Llopis y, en su Gabinete, Carrillo fue reemplazado por Uribe, que había sido ministro en España y no era tan odiado por los socialistas. Aun así, las duras críticas vertidas por Llopis sobre el trato recibido por los exiliados españoles en la Unión Soviética lo convirtieron en un colaborador incómodo. Entre el 19 y el 22 de marzo de 1947, el partido celebró un pleno en el ayuntamiento de Montreuil en París. En su informe, Dolores Ibárruri habló de la agonía de muerte del régimen de Franco, y declaró que los capitalistas, financieros y mandos castrenses españoles estaban uniéndose en oposición a la dictadura, mientras que elementos importantes de la jerarquía católica también estaban distanciándose de ella. Ibárruri manifestó su apoyo a Llopis y la ANFD, y abogó por su ampliación. Cuando Carrillo tomó la palabra, hizo referencia en términos aduladores al llamamiento realizado por La Pasionaria en diciembre de 1945 para que España se viese inundada por «una ola de protestas, de huelgas, de manifestaciones». Gracias a

su inspirada orientación, decía, se había puesto en marcha una clase trabajadora resurgente que amenazaba a la dictadura. Insistió en que los trabajadores industriales debían boicotear a los sindicatos corporativos oficiales del régimen. También aseguraba que existía una resistencia masiva del campesinado —que solo él conocía— que vinculaba a la guerrilla[75]. El Gobierno de Llopis duró aún menos que el de Giral. En agosto de 1947, el PSOE decidió negociar con los monárquicos, y Llopis dimitió, para ser sustituido por un Gabinete enteramente republicano presidido por Álvaro de Albornoz. Para entonces, el PCE, totalmente solo y fuera del Gobierno republicano y la ANFD, quedó reducido a insultar sin freno a sus antiguos aliados[76].

El equipo directivo de Carrillo realizó algunos intentos desesperados por justificar su existencia defendiendo el argumento absurdamente triunfalista de que la caída del régimen de Franco era inminente[77]. Al parecer, ignoraban por completo el hecho de que Franco gozaba de un notable apoyo social. Era cierto que las grandes potencias habían emplazado a Franco a ceder poder a un Gobierno provisional representativo. En respuesta a ello, su Gabinete había empezado a organizar una enorme campaña propagandística para dar la impresión de que la nación estaba unida en torno al Caudillo. Dicha campaña había de incluir un mitin de «obreros» cuidadosamente orquestado que lo aclamarían como «el primer trabajador de España» en la plaza de Oriente[78]. La cuestión española fue debatida en el Comité de Política y Seguridad de la Asamblea General de Naciones Unidas entre el 2 y el 4 de diciembre de 1946 en Lake Success, situado en el estado de Nueva York. Pese a la vacua retórica en contra de Franco, los representantes estadounidenses y británicos desestimaron la intervención extranjera para no provocar una guerra civil en España. A la postre, se nombró un subcomité para redactar una resolución que sería presentada ante la Asamblea General. Dicha resolución se basaría en una propuesta de Estados Unidos consistente en una denuncia de los lazos de

Franco con el Eje y otra invitación a que «cediera el poder al Gobierno»[79].

La manifestación masiva de la plaza de Oriente, celebrada frente al Palacio Real el 9 de diciembre de 1946, demostró que el derrocamiento de Franco no era inminente. Por supuesto, fue un acto coreografiado en el que se ordenó que las tiendas cerraran todo el día y para el que los Sindicatos Falangistas, el Frente de Juventudes y las organizaciones de excombatientes de la Guerra Civil se movilizaron en pleno. La policía franquista dio la cifra poco creíble de setecientos mil asistentes. No obstante, fotografías de la época muestran la plaza y las calles colindantes llenas a rebosar. Cientos de banderas llevaban eslóganes contra los rusos, franceses y extranjeros en general. Se oyeron cantos insistentes y ensordecedores de: «¡Franco sí, comunismo no!»[80]. La resolución definitiva y pactada sobre España fue adoptada por una sesión plenaria de la Asamblea General el 12 de diciembre de 1946.

La resolución, claramente ineficaz, excluía a España de todos sus organismos dependientes, llamaba al Consejo de Seguridad a estudiar medidas que adoptar si, en un tiempo razonable, España todavía contaba con un Gobierno que careciera del consentimiento popular, y conminaba a todas las naciones-miembro a retirar a sus embajadores. La resolución fue aprobada por treinta y cuatro votos a favor, incluidos el de Francia, Gran Bretaña, la Unión Soviética y Estados Unidos, y seis en contra, todos ellos países latinoamericanos, con trece abstenciones[81]. Cada vez resultaba más obvio que los Aliados no iban a hacer nada por derrocar al dictador. Sus afirmaciones de que estaba en manos de los españoles coincidían con las declaraciones del PCE pero, por desgracia, era una tarea más difícil de lo que sugería la propaganda optimista.

Aunque este acontecimiento no hizo mella en la confianza de la dirección de Carrillo, los hechos que tuvieron lugar en el aparato del partido en Rusia sí influyeron. Después de la Segunda Guerra Mundial, varios españoles exiliados en la Unión

Soviética manifestaron su deseo de regresar a su país o de unirse a sus parientes en Latinoamérica. Muchos exiliados habían muerto luchando por la URSS durante la Segunda Guerra Mundial y otros estaban totalmente integrados en la vida soviética. Sin embargo, otros eran profundamente infelices. Sus peticiones fueron consideradas automáticamente una prueba de «mentalidad antisoviética». Se temía que, en caso de permitirles marchar, su testimonio sobre la vida en la Unión Soviética fuera utilizado por el régimen de Franco. Aquellas personas sospechosas tendrían que ser «reeducadas». Entre el 4 de agosto de 1945 y el 1 de enero de 1947, de los 1.763 exiliados a los que se permitió abandonar la Unión Soviética, solo 41 eran españoles. A partir de entonces, el goteo cesó por completo.

A finales de los años cuarenta hubo purgas dentro del PCE en Rusia y una campaña continua contra los presuntos «enemigos» y «traidores» que había entre los exiliados. El PCE, totalmente desconectado de las demás organizaciones antifranquistas, se refugió en un estalinismo rígido. A comienzos de 1947, Santiago Carrillo llegó para abordar el problema. Huelga decir que la situación de los emigrantes empeoró tremendamente. Moscú presenciaría una serie de juicios políticos desde noviembre de 1947, todos ellos liderados por Carrillo, Fernando Claudín y Vicente Uribe. El endurecimiento de las condiciones en la Unión Soviética había llevado a numerosos exiliados españoles a solicitar visados en las embajadas de México, Francia, Argentina y Chile. El PCE creó un comité para interrogar a quienes deseaban marcharse y averiguar sus motivos, y se les informó de que expresar el deseo de abandonar el país constituía una traición, ya que el «verdadero comunista» siempre preferiría quedarse en la Unión Soviética. Los aspirantes fueron obligados a firmar un documento en el que declaraban: «El abajo firmante ha decidido residir voluntariamente en la URSS y, por tanto, rechaza cualquier reclamación por parte de sus familiares o de cualquier Gobierno extranjero para marchar al exterior del país; desde este

momento, ha decidido no abandonar la URSS en ninguna otra circunstancia que no sea la de ser enviado al extranjero, en servicio especial, por el Gobierno soviético». Solo firmaron dos.

Por temor a que los exiliados a los que se permitiera marchar difamaran a la Unión Soviética, el Politburó había pedido a Carrillo que viajara a Moscú, ya fuera porque las autoridades rusas requerían su intervención o porque a los dirigentes les preocupaban las repercusiones que podían sufrir. Carrillo presidió repetidas reuniones con los militantes que habían conseguido visados y habían sido acusados de antisoviéticos. Fueron intimidados para que desecharan la idea de marcharse y rompieran el visado a fin de demostrar su amor por la Unión Soviética y su fidelidad al partido. Cuanto más intensa era la presión, mayor el mérito que acumulaban los interrogadores. Algunos resistieron, pero la mayoría capitularon. Una noche de julio de 1947, los emigrantes españoles fueron convocados a una reunión para debatir la «traición» de aquellos que querían irse. Cuando Carrillo cargó contra «los traidores que dejan el país socialista para ir a vivir entre los capitalistas», fue recibido con una ovación en medio de la cual se oyó a alguien gritar: «Hay que darles un tiro en la espalda». Esto provocó más aplausos. Poco después estaba de vuelta en Francia, donde pronunció un servil discurso sobre el amor de los exiliados por Dolores Ibárruri. Amén de las denuncias contra la vida en los países capitalistas, habló con entusiasmo sobre la Unión Soviética: «Nuestro pueblo grita: ¡Gracias, Stalin! Por haber hecho de nuestros hijos hombres. Y gracias a ti, Dolores Ibárruri, que volcaste sobre ellos toda tu ternura». Mientras tanto, en Rusia, el aparato que dejó Carrillo al mando de Claudín envió a los presuntos exiliados antisoviéticos a campos de Siberia o Asia Central. Los cuadros de más responsabilidad que fueron acusados de «blandura» con los exiliados fueron condenados a trabajar en fábricas soviéticas[82].

Después de viajar a Moscú para poner freno a la «vergüenza» de los emigrantes que pretendían regresar, y antes de volver a

París, Carrillo había organizado una intriga estalinista a gran escala. Dicha intriga adoptó la forma de un falso complot para asesinar a Dolores Ibárruri y Francisco Antón en el hotel Lux. Supuestamente, había sido urdido por Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado con la ayuda de Líster y Modesto. Este fárrago absurdo resultó muy sencillo porque Hernández y Castro no estaban allí para desmentirlo, pues hacía mucho tiempo que habían sido expulsados del PCE. Según Líster, fue «inventado de todas piezas por él [Carrillo], pero matando dos pájaros de un tiro: aparecer como un decidido defensor del secretariado general del Partido y, principalmente, intentar ensuciar toda nuestra emigración en la Unión Soviética, calumniando y golpeando a toda una serie de camaradas que habían pasado con honor, al lado del pueblo soviético, todas las tremendas dificultades de la guerra, mientras Carrillo y otros "acusadores" dirigentes del Partido estaban viviendo tranquilamente la gran vida al otro lado del "charco"»[83].

El complot presuntamente había tenido lugar en la habitación que ocupaba Jesús Hernández en la sexta planta del hotel Lux. El sumario fue confeccionado por Fernando Claudín y Vicente Uribe, que inauguraron el «juicio» el 25 de noviembre de 1947 convocando una reunión masiva de residentes españoles en Moscú. Ante la asamblea, cuyos integrantes no eran todos miembros del partido, se alineó a cinco líderes destacados para someterlos a una humillación ritual. Sus delitos eran la complicidad en el descontento de los emigrantes antisoviéticos y, más grave aún, el no haber desvelado el complot de Hernández y Castro para asesinar a La Pasionaria y Francisco Antón. Se les prohibió el acceso a cargos de responsabilidad del partido. Solo confesando sus «errores» y aceptando su culpabilidad evitaron ser enviados a los campos y recalaron en la fábrica de coches de Stalin en Moscú. Aunque fueron Claudín y Uribe quienes llevaron a cabo la inquisición, el cerebro que se ocultaba detrás del «complot del hotel Lux» era Carrillo. Con una lógica retorcida, los

cinco hombres responsabilizados de no controlar a los emigrantes que querían marcharse fueron convertidos en cómplices de la trama. A diferencia de los miembros de los partidos comunistas del Bloque Soviético, las consecuencias de esas «farsas legales» no fueron la muerte, la tortura o los campos de trabajo. Aun así, las víctimas fueron sometidas a graves torturas psicológicas y humillaciones rituales[84].

Al tiempo que proseguía la pantomima, la situación de Franco mejoraba de forma permanente. Tras el apoyo popular manifestado en la plaza de Oriente, Luis Carrero Blanco, asesor del Caudillo, urdía planes para institucionalizar el régimen como una monarquía y darle una pátina de legitimidad «democrática» con un referéndum. Además, la ayuda del dictador populista argentino Juan Perón fue crucial para salvar el lapso de tiempo entre la exclusión de España del Plan Marshall y el esperado cambio en la actitud de Washington. Se enviaba trigo a crédito, Argentina había defendido a España en la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1946 y, contraviniendo la resolución de la ONU, había enviado un nuevo embajador en enero de 1947. Su llegada fue recibida con manifestaciones orquestadas y una cobertura eufórica por parte de la prensa[85]. La propaganda fue todavía más espectacular por la visita a España de la elegante María Eva Duarte de Perón (Evita), en verano de 1947[86]. Dicha visita coincidió con el referéndum organizado para ratificar la denominada Ley de Sucesión, que declaraba que el régimen era una monarquía regentada por Franco, quien a la postre podría nombrar a su sucesor. En la víspera del referéndum, las apariciones junto a la hermosa Evita, los mítines y la publicidad fueron extremadamente útiles para el dictador. Los llamamientos a votar por el «sí» aparecían inmediatamente antes o después de la cobertura de la gira de la señora Perón. Sus discursos contenían generosas alabanzas al Caudillo[87]. En respuesta a la exclusión de España del Plan Marshall, se firmó el Protocolo Franco-Perón, mediante el cual se

concedía más crédito a España y se garantizaban entregas de trigo hasta 1951. La noche antes de la votación, la propaganda favorable a Franco se tornó más frenética. Se pidió a los españoles que dieran el «sí» en caso de que fueran católicos y no quisieran ver su patria en manos de los comunistas, y el «no» si pretendían abandonar el catolicismo, traicionar a quienes murieron en el bando nacionalista durante la Guerra Civil y ayudar al marxismo internacional a destruir la prosperidad de España[88]. Dado que se movilizó todo el poder de la Iglesia y que las autoridades falangistas aseguraron que las cartillas de racionamiento no serían válidas a menos que fuesen selladas en las urnas, era inevitable una gran participación. Según las cifras oficiales, para las cuales no hubo un escrutinio independiente, en el referéndum celebrado el lunes 6 de julio de 1947 participó un 89 por ciento de los 17.178.812 votantes cualificados. De los 15.219.565 votos emitidos, un 93 por ciento lo hicieron por el «sí». El 7 por ciento restante estaba integrado por un 4,7 por ciento (722.656) de votos por el «no», y un 2,3 por ciento (351.746) eran papeletas en blanco o no aptas. Pese a la presión, la intimidación y la falsificación, los resultados demostraron que Franco gozaba de un respaldo social considerable.

Además, las cosas no iban bien en la guerra de guerrillas. Al principio, los ex *maquisards,* que llegaban con comida y armas, habían podido organizar unidades relativamente eficaces. A falta de iniciativas de liderazgo de los anarquistas o los socialistas, el PCE llenó el vacío al coordinar esos grupos y enviar a curtidos militantes entrenados en la resistencia francesa o incluso en la guerrilla ucraniana. Se atacaron barracones de la Guardia Civil, se hicieron estallar trenes y se destruyeron tendidos eléctricos. Al principio, la reacción del campesinado parecía de una solidaridad pasiva, sobre todo cuando los guerrilleros emprendían acciones concretas a petición, como la quema de archivos municipales para impedir la recaudación de impuestos. Pero, en general, los maquis siguieron el ejemplo de la resistencia francesa en lugar de

adoptar el método del «foco», o el territorio seguro impregnable, un concepto utilizado entonces con gran éxito por los chinos y más tarde por los cubanos. Los guerrilleros españoles, que se consideraban la vanguardia de un futuro ejército invasor, no dedicaron mucho esfuerzo a echar raíces entre los campesinos locales. En cualquier caso, la derrota de la incursión en el Val d'Aran demostró que, en las condiciones que vivía España a finales de los años cuarenta, la táctica del foco habría sido imposible de ejecutar. Después de tres años de guerra civil y cinco más de terrorismo de Estado, el grueso de la población tenía suficiente con intentar sobrevivir a la hambruna imperante sin participar en el gran levantamiento que constituía el objetivo de la guerrilla.

Aunque estaba condenada al fracaso, entre 1945 y 1948 la guerrilla fue considerablemente irritante para el régimen. Parte de la táctica comunista consistía en hinchar su importancia inventando una estructura nacional de «ejércitos guerrilleros» para cada región del país. De este modo se esperaba apaciguar los temores de la población civil y minar la creencia de las fuerzas represoras en la estabilidad del régimen. De hecho, las fuerzas desplegadas en la lucha contra las guerrillas, sobre todo la Guardia Civil, pero también unidades regulares del Ejército, de la Legión Extranjera y de los Regulares Indígenas, tenían la impresión de que estaban combatiendo con decenas de miles de guerrilleros. Es difícil, habida cuenta de las exageraciones de ambos bandos, calcular las cifras exactas de hombres y mujeres que participaron en la guerrilla. En su momento se calcularon unas quince mil, pero Francisco Moreno Gómez argumenta plausiblemente que eran más bien siete mil. La impresión de que eran más obedecía a la técnica de atacar en días sucesivos lugares separados por cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia.

Sin embargo, dada la dificultad para crear focos o zonas liberadas, no es de extrañar que los campesinos empezaran a rechazar poco a poco a los maquis. Cuando, como sucedía a veces,

los guerrilleros lograban conquistar una aldea y ondear la bandera republicana desde el ayuntamiento, acababan retirándose siempre con la llegada de refuerzos de la Guardia Civil. En ese momento, se tomaban violentas represalias contra los aldeanos acusados de prestar ayuda a los guerrilleros. La brutalidad de los castigos se relacionaba con lo que constituía una política deliberada de tierra quemada en la que pueblos enteros eran devorados por las llamas. El proceso del rechazo campesino a la guerrilla se vio acelerado por otra táctica empleada por la Guardia Civil. Dicha táctica consistió en la creación de unidades especiales de agitadores, conocidas como «contrapartidas». Estas imitaban la rutina de los auténticos guerrilleros: entraban en un pueblo y, pidiendo comida y cobijo, alentaban a los simpatizantes a dar un paso al frente. Una vez que las redes de apoyo quedaban al descubierto, eran desmanteladas con violencia. Otras veces, esos falsos guerrilleros se limitaban a arrasar aldeas, violando y saqueando. El efecto de esas operaciones especiales imposibilitó gradualmente que los guerrilleros regresaran a los pueblos en los que en su día habían sido bienvenidos. Una vez que ya no pudieron contar con las simpatías del campesinado, cosa que ocurrió a finales de los años cuarenta, se vieron obligados a robar para sobrevivir. Ello daba entidad a las afirmaciones del régimen, según el cual, nunca fueron más que bandidos. Los presuntos guerrilleros y los meros simpatizantes solían ser arrestados y, sin pasar por un tribunal, asesinados por la aplicación de la denominada «Ley de Fugas»[89].

Las dificultades que afrontaba la guerrilla a principios de 1947 no impidieron que el PCE siguiera postulando una línea ferozmente triunfalista. Pero pese al discurso de Carrillo ante el pleno celebrado en marzo de 1947, no se podía obviar que, en aquel momento, el tan esperado levantamiento no iba a producirse. En mayo de 1947, los partidos comunistas francés e italiano se vieron obligados a abandonar el Gobierno. Debido a la vigilancia militar a la que estaba sometida la frontera francesa,

cada vez era más difícil conseguir comida, armas y munición. Las condiciones en España se habían deteriorado de tal manera que muchos guerrilleros estaban dispuestos a dejar las armas. Para impedir más pérdidas inútiles de militantes curtidos, probablemente debería haberse iniciado una evacuación en 1947, pero Carrillo seguía creyendo que la guerrilla estaba a punto de derrocar a Franco. Los pocos guerrilleros que lograron salir de España por iniciativa propia fueron tachados de «traidores» y «desertores»[90].

El deterioro de las condiciones sumado a unos intereses soviéticos más amplios indicaba la necesidad de una retirada. Hay quien afirma que el primer paso en la senda del repliegue fue obra del propio Stalin desde Moscú; al fin y al cabo, en febrero de 1945, cuando La Pasionaria se disponía a viajar a Francia, Stalin le había dado su aprobación para la guerrilla[91]. Todavía en febrero de 1948, Carrillo llevó a una delegación del PCE a Belgrado a fin de recabar apoyos para las operaciones. En una larga conversación con Milovan Djilas y el propio Tito, demostró una enorme irresponsabilidad y una ignorancia culpable al pedir que se lanzaran unidades en paracaídas en la costa levantina. A la sazón, la guerrilla había sido derrotada en Toledo, Cáceres y La Mancha, y el resto de las fuerzas desplegadas en Galicia, León y Asturias, así como Córdoba, Jaén, Granada y Ciudad Real, se encontraban sumamente desmoralizadas. Sin duda, Carrillo había perdido el contacto no solo con la realidad de la situación en España, sino también con los diversos cambios trascendentales que se habían producido en el contexto internacional.

Los partidos comunistas francés e italiano habían sido declarados ilegales. Tras cuatro años de relaciones cada vez más tensas, Moscú estaba al borde de romper con Tito. Si la solicitud de apoyo aéreo planteada por Carrillo para la asediada guerrilla hubiera sido satisfecha, Tito probablemente habría tenido que acabar declarando la guerra a España, cuyas consecuencias, en plena Guerra Fría, habrían sido catastróficas. Tito,

comprensiblemente desconcertado, respondió preguntándole si había consultado a «los camaradas soviéticos» y le entregó 30.000 dólares, no para la guerrilla, sino para sufragar los costes burocráticos que suponía la gestión del PCE en Francia. En el año 2000, Carrillo declaró, sorprendentemente, que en aquella época el PCE no tenía por costumbre consultar cambios políticos con los soviéticos. Cabe suponer que la pregunta de Tito supuso un inquietante toque de atención. Los líderes yugoslavos habían impedido un monumental paso en falso de un hombre normalmente sensible a las necesidades soviéticas. Este error infrecuente tuvo sus orígenes en la arrogancia de Carrillo y en el hecho de que, como la mayoría de los líderes españoles, sus conocimientos de lenguas extranjeras eran limitados. La Pasionaria hablaba ruso con dificultad, y Carrillo, Uribe y Mije lo desconocían por completo y tenían un francés muy pobre[92].

Finalmente, Stalin rompió relaciones con Tito en junio de 1948. Cuatro meses después, Dolores Ibárruri, Carrillo y Antón fueron recibidos en el Kremlin por Stalin, Molotov, Voroshilov y Suslov. Una audiencia de esa índole no tenía precedentes. Incluso durante la Guerra Civil española, el gran timonel no había mantenido contacto directo con la cúpula del PCE. Su invitación sin duda obedecía a la reunión de Carrillo con Tito y al hecho de que, al necesitar carta blanca en los Balcanes, no quería causar dificultades con las potencias occidentales por culpa de España. Según el testimonio presencial de La Pasionaria, mientras tomaban té, pasteles y chocolate, Stalin no insistió en que se abandonara la guerrilla. Por el contrario, y citando a Lenin, abogó por la necesidad de que el PCE pusiera más énfasis en otras formas de lucha, sobre todo la infiltración en las organizaciones de masas del régimen, y en ser pacientes. Que el principal objetivo de Stalin era garantizarse la docilidad de los líderes españoles quedó ejemplificado en el hecho de que, al día siguiente, Suslov visitó las oficinas del partido español y llevó un

regalo del líder ruso: un pequeño maletín que contenía 500.000 dólares estadounidenses[93].

A pesar de esa generosidad, o tal vez debido a ella, a Carrillo, como defensor de un boicot total a los sindicatos verticales franquistas, debía de inquietarle su futuro. En sus memorias afirma que había discutido vehementemente con Stalin, cosa harto improbable. Por otro lado, sí reconocía que no había mencionado su petición a Tito, aunque es absolutamente impensable que Stalin no estuviera al corriente de ello. Carrillo ya había empezado a expiar sus pecados convirtiéndose en el crítico más feroz de Tito en el partido español. Su nivel de estrés queda patente por las úlceras de estómago que empezó a sufrir por aquel entonces. El régimen empezaba a desplegar su campaña contra la guerrilla. Su éxito y las recomendaciones de Stalin provocaron una reunión urgente del Politburó con los líderes de la guerrilla en Francia, que decidieron realizar un cambio drástico de estrategia. Se infiltrarían en los sindicatos falangistas y se desmantelaría la guerrilla. Las unidades guerrilleras deberían cesar las acciones ofensivas y concentrarse en defender los comités del PCE en el interior. Esto abrió las puertas al desastre. Muchos activistas se negaron a abandonar la lucha. El propio Carrillo tenía sus dudas y no se esforzó por organizar una evacuación[94]. Sin embargo, el cambio se plasmó en un artículo de Carrillo con un tono bastante menos triunfalista que los anteriores.

De hecho, el artículo contenía una crítica al partido por su «incomprensión de la necesidad de utilizar las formas legales de la lucha y la resistencia a atrincherarse tras las organizaciones legales». Apenas se mencionaba la guerrilla, solo la resistencia; tampoco la caída inmediata del franquismo, solo la necesidad de tener paciencia, ya que la dictadura contaba con el apoyo de los imperialismos británico y estadounidense. Utilizando los mismos textos de Lenin que había citado Stalin, Carrillo declaraba que

fomentar sindicatos ilegales era aislar a los trabajadores y que el camino correcto era entrar en las organizaciones del régimen[95].

La decisión del PCE de renunciar a la lucha de guerrillas fue autónoma, pero evidentemente estuvo influenciada por las palabras de Stalin. El deterioro de las relaciones con Estados Unidos bastó para llevar a Stalin a suprimir el elemento irritante y gratuito que constituía el conflicto cada vez más insostenible en España. Su propuesta de adoptar una táctica de infiltración no era más que el pretexto para la reunión que le sugirió uno de sus funcionarios. Sin embargo, los líderes españoles le profesaban tal lealtad que sus palabras sagradas provocaron un giro de ciento ochenta grados inmediato por parte de Carrillo. No obstante, la noticia «de la presunta desconvocatoria de la guerrilla», según Moreno Gómez, no llegó a «las sierras del Centro Sur de España». En 1950, el partido aún emitía comunicados en los que aseguraba que la guerrilla proseguía y que la labor de propaganda, agitación y organización en la población rural seguía en activo.

Carrillo siempre intentó mantener un control igual de rígido sobre los militantes del interior de España. Líster aseguraba que ejercía un «verdadero terror». Incluso los miembros más heroicos del partido podían ser acusados de ser agentes provocadores si cuestionaban las opiniones de Carrillo. Los enfrentamientos entre el secretario general y los militantes del interior eran constantes, y Líster dijo que el partido denunciaba a los militantes recalcitrantes a los franquistas. A Líster le convenía olvidar la eficacia despiadada de la operación policial llevada a cabo por Roberto Conesa, quien durante la Guerra Civil había sido agente provocador desde las propias filas del PCE. Cuando capturaban a los militantes del interior, los sometían a una tortura sádica e, inevitablemente, algunos se desmoronaban y revelaban información clave. Visto desde Francia, el único método seguro de tratar la cuestión era eliminar a todo aquel que pareciera sospechoso. A propósito de cómo combatir las posibles infiltraciones de la policía, Carrillo recomendó a Monzón lo

siguiente: «No tener ningún sentimentalismo ni temor a cometer injusticias. Tiempo habrá de repararlas»[96].

Por supuesto, es imposible distinguir entre quienes fueron eliminados por una colaboración auténtica o sospechada con las autoridades y quienes, por los motivos que fuera, desobedecieron sus instrucciones. Trilla y Alberto Pérez Ayala distaron de ser las únicas víctimas de Carrillo en el interior. El propio Carrillo relató la condena y ejecución de un «distinguido activista del PCE». No está claro si el delito del hombre anónimo fue establecer un comité provincial sin el permiso de Carrillo o ser sospechoso de haber capitulado ante la tortura policial y haberse convertido en agente doble. Fueran cuales fuesen sus delitos, Carrillo le ordenó que se desplazara a Francia, donde lo interrogaron antes de reenviarlo a España. Su paso por la frontera fue apalabrado con una «agrupación guerrillera donde finalmente es sancionado por sus crímenes»[97]. Existen varios casos de militantes en el interior sentenciados a muerte por Carrillo y eliminados ya fuera por los grupos que vigilaban los pasos de la frontera o por guerrilleros.

Hubo cuadros importantes castigados por negarse a abandonar a Monzón, por excesiva independencia o por la sospecha de que eran agentes de la Guardia Civil. En Galicia, por ejemplo, se acusó a Víctor García Estanillo, el líder local apodado «el Brasileño», por haber mostrado demasiada afinidad con Monzón. En enero de 1946, las muertes de García Estanillo y de su subordinado Teófilo Fernández fueron organizadas por José Gómez Gayoso, su sustituto enviado desde Francia, quien acusó en falso al Brasileño de ser un agente de la Gestapo y un delincuente. Un caso parecido fue el de otro de los líderes gallegos, Manuel Fernández Soto («el Coronel Benito»), a quien Carrillo condenó por traidor pero que, antes de que pudiera llevarse a cabo la sentencia, fue asesinado por la Guardia Civil en abril de 1948[98]. Otro ejemplo típico de los enfrentamientos entre los emisarios de Carrillo y las personas a las que debían sustituir fue el caso de Baldomero Fernández Ladreda («Ferla»), en

Asturias. Tras unas violentas confrontaciones en las que intervinieron las armas, declaró que no estaba «dispuesto a aguantar a ningún pedante que no haya vivido la realidad del terror franquista porque son ellos [los] que tienen que escuchar a nosotros y no nosotros a ellos, que han estado a muchos kilómetros de la realidad del abandono en que nos dejaron». Ferla fue denunciado ante la Guardia Civil desde dentro del partido y acabó ejecutado[99].

Como la guerrilla era incapaz de llevar a cabo la tan anunciada promesa de derrocar al régimen, Carrillo se volvió cada vez más paranoico y desconfiaba de todo el mundo, pues buscaba la justificación en la traición y no en la eficacia de la Guardia Civil. Antonio Beltrán («el Esquinazao») era un militante veterano que, después de tener un papel importante durante la Guerra Civil, fue seleccionado para formarse en la Academia Militar de Frunze y participó en la defensa de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. En 1948, estando ya bajo sospecha por sus vínculos con los socialistas, cometió el error de decir durante una reunión del partido que la política exterior de la URSS era casi tan imperialista como la de Estados Unidos. Al poco tiempo, mandaron a dos asesinos a Bayona para que lo mataran, pero él iba bien armado y consiguió repelerlos. Huyó a México y su mujer quedó retenida en Rusia para asegurar su silencio[100].

Otro caso fue el de Luis Montero Álvarez («Sabugo»), ejecutado en la frontera con Francia, según dijo Líster, por un escuadrón que comandaba uno de los compinches más leales a Carrillo, Eduardo García. Luis Montero era un ferroviario asturiano que había combatido en la Guerra Civil y en la resistencia francesa y que había sobrevivido al campo de concentración de Mauthausen, aunque quedó en unas condiciones deplorables. A pesar de su pésima salud, Carrillo insistió en utilizarlo para las misiones de la guerrilla en Asturias. A finales de 1949, pidió permiso para abandonar la lucha por motivos de salud, pero Carrillo se lo

denegó. Poco después, lo apresó la Guardia Civil y es posible que se rindiera ante la presión. Carrillo lo denunció y dijo que era un «agente provocador monzonista» que trabajaba para la Benemérita. Por eso mandó a un escuadrón para que lo matara[101].

Líster aseguró que en 1948 había redactado un informe sobre unas muertes misteriosas en el que indicaba que la única explicación era que el aparato del partido contara con algún policía infiltrado. En la década de 1970, Líster publicó acusaciones en las que decía que varios guerrilleros y otros militantes habían sido asesinados a manos de José Gros, jefe de seguridad del PCE y otros colaboradores incondicionales, por orden de Carrillo. Estas alegaciones repetían lo que ya había dicho de forma más detallada Francisco Abad Soriano, en aquella época miembro del equipo dirigente en París, en un largo informe presentado ante el Politburó. A partir de las sospechas de que había agentes dobles dentro del aparato del partido, Abad había llegado a la conclusión de que algunas de las muertes habían sido en realidad asesinatos premeditados y que otras, perpetradas por la policía, habían sido la respuesta a denuncias surgidas desde el propio partido. Al parecer, el informe fue suprimido por La Pasionaria y Claudín, quienes consiguieron la reclusión de Abad en un centro psiquiátrico soviético. Salta a la vista que es a este episodio al que se refería Carrillo en sus memorias cuando escribió que había sido objeto de una denuncia por parte de alguien que «sufría de un tumor en la cabeza y pensé que no estaba en sus cabales». Hizo esta alusión velada al informe y al destino de su autor, sabiendo que, como había muerto en 1979, Abad no podría contradecirle. De hecho, Abad no sufría ningún desequilibrio y, cuando consiguió enviar una copia del informe a la KGB, le dejaron salir del psiquiátrico. Le entregó un resumen del informe a su hija, quien al final reconoció la veracidad de los comentarios iniciales de Líster. Cuando en 2008 se le preguntó directamente por esta cuestión a Carrillo, alegó la poco

convincente excusa de que el informe de Abad había sido un intento de la KGB por desacreditarlo debido a su opinión antisoviética. Sin embargo, hasta muchos años después del incidente, Carrillo no manifestó ninguna crítica a los rusos[102].

Poco después del final de esa década, cuando la guerrilla daba sus últimos coletazos, Carrillo envió a España en agosto de 1950 a dos de sus veteranos más curtidos: José Gros y Adelino Pérez Salvat («Teo»). Teo abogaba por la evacuación desde 1949, pues Gros y él consideraban que la mayor preocupación de los guerrilleros era simplemente conseguir alimento. Cuando salieron con una partida de guerrilleros en junio del año siguiente, Carrillo organizó una reunión con ellos y con miembros de la Agrupación Guerrillera del Levante (AGL), «Galán» y «Jacinto». Los procedimientos dejaron claro que la intención de Carrillo era culpar a los guerrilleros y quedar absuelto él de toda responsabilidad por el fracaso. Hizo oídos sordos ante las excusas de que el campesinado no los apoyaba y ante la existencia dentro de las filas de anarquistas y otros militantes que rechazaban la disciplina comunista. Con aire paternalista, comentó que se habían cometido errores, sobre todo al no saber identificar y eliminar a los elementos sospechosos. Lo más sorprendente fue su menosprecio de la guerrilla, pues dijo que no era una medida política central del PCE sino un mero movimiento espontáneo al que el partido había intentado ayudar dándole contenido político.

Los únicos errores que reconoció que habían cometido los líderes ubicados en París fueron: «Hemos dado demasiada importancia a la guerrilla; hemos distraído demasiadas energías en ella». Todos los errores de la AGL fueron atribuidos, con razonamientos bastante enrevesados, a los combatientes del interior. Los denunció con estas palabras: «Estos elementos tenían su propia línea, una línea anarquizante y aventurera, que consistía en subordinar la organización del Partido a sus fines; en menospreciar el papel de la clase obrera y de los campesinos; el papel de las masas; en negar el papel dirigente del Partido; en

considerar que un grupo de héroes que estaban en el monte eran los que iban a derribar al régimen». Tras dar este veredicto poco realista y del todo cínico, Carrillo volvió a mandar a Gros a Levante para empezar la evacuación[103]. Fue una respuesta completamente inadecuada ante una situación desesperada. No hubo una evacuación organizada, sino una larga marcha forzada de grupos concretos, que no se debía a una orden general de Carrillo, sino como respuesta a las condiciones insoportables que se vivían en España. Las últimas unidades no salieron del país hasta bien entrado el año 1952[104]. Pasada esa etapa, Gros continuó al lado de Carrillo hasta la década de 1980 como guardaespaldas y jefe de seguridad.

Incluso antes de reunirse con Stalin, se apreciaban numerosas pruebas de la servil dependencia del PCE con respecto al Kremlin en la respuesta al Politburó al ataque soviético contra Tito. El 16 de junio de 1948, la Cominform emitió un comunicado desde Bucarest en el que denunciaba políticas antisoviéticas y «liquidacionistas» del Partido Comunista Yugoslavo. El Politburó del PCE secundó de inmediato la expulsión de los yugoslavos y alabó en especial la «clarividencia, firmeza y vigilancia» del PCUS. A lo largo del año siguiente, más de doscientos miembros del PCE serían expulsados y una cifra más reducida liquidada por cuestionar el ataque a Tito. Supuestamente, la confusión vino motivada por el hecho de que, hasta hacía poco, los líderes españoles habían superado a la mayoría de los partidos en sus elogios a Tito[105].

Como es comprensible, Carrillo estaba ansioso por disociarse de Tito y reafirmar su lealtad a Moscú. Su primera respuesta fue matar dos pájaros de un tiro relacionando los «crímenes» de Tito con los de Monzón. Lo acusó de tramar la destrucción del PCE, lo cual se justificaba por el hecho de que Monzón era «un intelectual de formación burguesa, lleno de ambiciones personales, ligado por lazos familiares y por su formación a elementos reaccionarios». Para llevar a cabo sus viles planes, Monzón se había rodeado de

un grupo de «resentidos, amargados, ambiciosos y aventureros». Uno de los más destacados era Trilla: «Este viejo provocador había vuelto al Partido durante la guerra, fingiendo un jesuítico arrepentimiento por su conducta pasada, y esperando la oportunidad, que Monzón le deparó, de volver a hacer daño al Partido». Monzón y Trilla fueron acusados de aventureros y agentes enemigos que organizaron la invasión de la Val d'Aran para causar «el aniquilamiento físico de nuestros militantes». En un increíble acto de hipocresía, Carrillo tachó igualmente de traidores a aquellos camaradas que, en el norte de África, habían defendido el envío de grupos guerrilleros a España, una política que él también había respaldado[106].

El vehemente entusiasmo con el que Carrillo repetía sus ataques despiadados contra Quiñones y Monzón denotaba algo más que una mera ambición. La venganza que había perpetrado desde finales de 1944 contra aquellos que siguieron luchando en España era un reflejo de algo que también se daba en los partidos comunistas de Europa del Este. El grueso de los líderes comunistas españoles reprodujo la experiencia de sus homólogos de la mayoría de los países de esa región. Con la excepción de albanos y yugoslavos, se habían ido al exilio (en general, a Moscú). Inevitablemente, la proximidad y la dependencia del Kremlin llevaron a esos funcionarios del partido a pensar que eran los portadores de la llama sagrada de la ortodoxia comunista. Como era predecible, sus serviles ideas estalinistas cada vez discrepaban más de las percepciones de quienes permanecieron en el interior para continuar la batalla antifascista. En un proceso ejemplificado en el caso del partido español por las actividades de Carrillo desde finales de 1944, los burócratas de las formaciones polaca, húngara, rumana, checoslovaca y búlgara regresaron para purgar a quienes habían luchado contra el fascismo pero habían perdido contacto con la ortodoxia estalinista. Dado que Tito no tuvo ese problema, pudo seguir una línea independiente que desafiaba a Moscú.

Otros líderes comunistas serían ejecutados tras unos juicios cuidadosamente ensayados en los cuales, tras meses de torturas y privaciones sensoriales, realizaron confesiones redactadas con anterioridad sobre crímenes que no habían cometido. El proceso comenzó con el ex ministro de Interior de Albania, el pro Tito Koçi Xoxe (ejecutado en junio de 1949), seguido de su homólogo húngaro, László Rajk (ejecutado el 16 de octubre de 1949), el ex primer ministro de Bulgaria, Traicho Kostov (ejecutado el 16 de diciembre de 1949), el ex secretario general del Partido Comunista Checo, Rudolf Slansky (ahorcado el 4 de diciembre de 1952) y el ex ministro de Justicia de Rumanía, Lucre iu P tr canu (fusilado el 17 de abril de 1954). Las víctimas elegidas fueron acusadas de traición y de ser agentes de una potencia extranjera. La «prueba» era que habían mantenido contacto con Noel Field, director de la organización benéfica American Unitarian, que actuó en Europa del Este después de la guerra. El propio Field fue acusado de ser un espía estadounidense. En realidad, como antifascista a ultranza, trabajó para los soviéticos y los estadounidenses y respaldó al bando republicano en la Guerra Civil española. Trabajando para la Sociedad de Naciones en España entre 1938 y 1939, Field ayudó a repatriar a brigadistas internacionales. En la Francia ocupada y en Suiza, había trabajado desinteresadamente por los refugiados, sobre todo judíos. Muchas de las personas a las que había ayudado llegarían a desempeñar un papel notable en el Bloque Soviético, y el contacto con Field era una conveniente acusación de traición.

Dentro del partido español, quienes mantuvieron contacto con Noel Field incluían a Jesús Monzón, Carmen de Pedro y Manuel Azcárate. A finales de 1942, Monzón había enviado a los otros dos a Ginebra para establecer una base desde la que era posible comunicarse con el PCE en Moscú y Latinoamérica. Mientras se encontraban allí conocieron a Field, de quien recibieron fondos para ayudar a los refugiados españoles en Francia. Cuando empezó a circular la noticia sobre los juicios celebrados en el

Bloque Soviético, Azcárate informó a Carrillo de su inocua conexión con Field. Carrillo le ordenó que cesara inmediatamente sus labores para el PCE y se personara en un piso de París que pertenecía al partido. Allí, a lo largo de muchos días entre mediados de enero y principios de febrero de 1950, él y Carmen fueron sometidos a feroces interrogatorios por parte de Carrillo, quien, con gran destreza, casi como si estuviese siguiendo un manual del NKVD, aprovechó las revelaciones de uno para empujar al otro a ofrecer más información para defenderse.

Carrillo aseguró que habían sido enviados a Ginebra por Monzón para establecer contacto con Field. Cualquier intento de Azcárate por defender a Monzón fue refutado por Carrillo como una prueba de que eran sus cómplices. El interrogatorio fue tan despiadado que Azcárate casi llegó a creerse que era un espía capitalista. Carmen de Pedro estuvo al borde de un ataque de nervios por la presión a la que fue sometida. El hecho de que ella y Monzón vivieran bien, en realidad gracias al dinero que enviaba a este último su adinerada madre, fue considerado una prueba de que era un asalariado de Field. Tras horas de tortura psicológica, Carrillo la acusó de traición por no revelar los delitos de Monzón y la amenazó con expulsarla del partido, señalando que ya lo había perdido todo y que fuera de él no era nada. Carmen se sentía tan desorientada por aquella experiencia que firmó la confesión más humillante y aceptó que Monzón era un traidor que debía ser liquidado.

El documento que rubricó es un testamento revelador de la naturaleza de los interrogatorios que llevó a cabo Carrillo. Carmen afirmaba que su declaración era «el reflejo del estado de ánimo de una pequeña burguesa, llena de graves defectos, aniquilada moral, física y políticamente por el peso de los graves errores cometidos». El grado de la humillación que sufrió puede calibrarse por su afirmación de que, puesto que ya no se sentía merecedora de conservar la fotografía que Dolores Ibárruri le había firmado con una afectuosa dedicatoria, se la devolvería al

partido. A lo largo de toda la confesión reiteró que, gracias a las explicaciones que le dio Carrillo, había podido ver el horror de los delitos cometidos por Monzón y se había dado cuenta de su propia culpabilidad como cómplice. Por ello, reconoció que, debido al complejo de inferioridad que subyacía en su devoción a Monzón: «He sido el instrumento de esa línea de traición que tenía como finalidad liquidar al Partido como vanguardia de la clase obrera, despojarle de su carácter y contenido de partido proletario revolucionario marxista-leninista-stalinista al servicio de los imperialistas extranjeros». También aseguraba que había actuado de común acuerdo con Monzón en la operación de la Val d'Aran por «vanidad, ambición, podredumbre y deformación política», y de la invasión decía: «Las repercusiones de este trabajo del enemigo fueron enormes y la operación del Valle de Arán que yo hice llevar a la práctica, siguiendo las instrucciones que al servicio del enemigo el traidor Monzón nos ordenó realizar, con dicha operación se retrasó en proporciones que para mí son incalculables la liberación de nuestra Patria».

El grado de desesperación y confusión al que Carrillo la había conducido llevó incluso a afirmar: «Estoy abrumada y si no supiera que el Partido no desea eso reconocería incluso cosas que no recuerdo haber hecho, convencida de que no merezco ser miembro del Partido». Después de destruirla prácticamente, Carrillo ordenó su expulsión del partido. Por el contrario, al protegerse respaldando las acusaciones de Carrillo contra Monzón, Azcárate simplemente fue retirado de sus cargos de responsabilidad. No obstante, conservó su salario como funcionario del partido y finalmente sería «recuperado» como uno de sus asistentes más próximos. Carrillo distorsionó la información que obtuvo de ambos y la convirtió en la base de las acusaciones que publicó, en las cuales afirmaba que Monzón era un espía reclutado por Noel Field para los estadounidenses, además de ser un agitador franquista[107].

Según una grotesca diatriba que escribió Carrillo en 1950, «Quiñones era un aventurero, audaz y sin escrúpulos, con toda evidencia un agente del Intelligence Service inglés» y culpable de denunciar a Diéguez, Larrañaga y otros. Carrillo acusaba a Quiñones de sectarismo e indisciplina con respecto a la cúpula del partido y del delito de criticar el pacto nazi-soviético. Además de calificarlo de agente británico, alegó que trabajaba para la policía franquista. En una extraña observación, decía que las actividades de Monzón en Francia y España estaban dirigidas por Noel Field. «Esto», proclamaba, «explica la enorme analogía entre la política de Monzón y la de los bandidos titistas»[108]. En el mismo número de la revista del PCE se incluía un histérico artículo de Ignacio Gallego que denunciaba el «titismo». En él acusaba a Tito de ser un asesino fascista y afirmaba que sus espías se habían infiltrado en las Brigadas Internacionales para ayudar a Franco. Entre los culpables de ese crimen se encontraban Trilla, Monzón, Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado[109].

Las nauseabundas mentiras de Carrillo sobre Monzón y Quiñones y el trato que procuró a Carmen de Pedro no solo eran manifestaciones de la esencia de su ambición y de su rígido compromiso con la línea de Moscú. La agresividad de su lenguaje reflejaba dos cosas más. Por un lado, estaba la necesidad de encubrir el hecho de que no había denunciado a Tito a tiempo. Por otro, la derrota de la guerrilla constituía el fracaso de una política en la que había invertido buena parte de su credibilidad. La adhesión al consejo de Stalin, según el cual, la dictadura solo podría ser derrocada por una amplia alianza de fuerzas de oposición, hacía frente a dos obstáculos. El primero era la enorme dificultad de infiltrarse en los sindicatos verticales falangistas. La segunda, el grado en que el resto de las fuerzas democráticas españolas recibían la atmósfera anticomunista de la Guerra Fría y en que todavía abrigaban un ardiente resentimiento por la prepotencia del PCE en la década anterior. A consecuencia de ello, la creación de un frente amplio obligaría a la cúpula

comunista a orquestar un espectáculo de moderación creíble. Y eso conllevaría cierto grado de desestalinización. A la postre, Carrillo emprendería dicha tarea, pero una vez que se dieron los cambios apropiados en el Kremlin. Siempre estaba dispuesto a recrearse en la imagen soviética. Por ello, cualquier desestalinización estaría relacionada con directrices políticas, no con la estructura interna del partido. Como habían demostrado las purgas asociadas con Quiñones y Monzón, la preservación del poder de los líderes exiliados siempre sería prioritaria. Además, la campaña contra Tito no había terminado todavía.

4

La eliminación de la vieja guardia

1950-1960

Tras la Guerra Civil, derrotados, en el exilio y con una dependencia absoluta de la ayuda rusa, era comprensible que los líderes del PCE dieran más prioridad a ejercer de guardias fronterizos de la Unión Soviética que a la lucha contra Franco. Entretanto, dentro de España, los militantes habían padecido los horrores de la represión franquista y habían destacado en la guerrilla contra la dictadura. Inevitablemente, esto había provocado conflictos con la cúpula exiliada en Moscú o México. Muy alejados de la realidad cotidiana de la España de Franco, los expatriados habían reaccionado con incomprensión ante quienes cuestionaban el pacto nazi-soviético y con hostilidad hacia el pensamiento independiente de gente como Quiñones o Monzón. Incluso después de 1945, los líderes seguían aislados de la realidad española. Las expulsiones de Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, la vilificación de Quiñones y Monzón y las purgas de los militantes exiliados en la Unión Soviética no tenían nada que ver con la lucha contra la dictadura en España y todo con la necesidad de congraciarse con el Kremlin. La dependencia de Moscú tuvo un efecto corruptor en muchos líderes exiliados, aunque es probable que, al menos para algunos, la

defensa del bastión del comunismo internacional pareciera un fin digno en sí mismo.

En 1950 había razones para pensar que nada había cambiado. Los juicios celebrados en Europa del Este seguían adelante en un ambiente de creciente paranoia y unas carestías materiales cada vez mayores. Todavía llegarían más purgas en el PCE, pero se apreciaban unos leves atisbos de cambio. A finales de los años cuarenta, el partido español daba señales de renovación en términos físicos, que no ideológicos. Cuando empezaron a salir militantes de la prisión, el PCE se dispuso a reconstruir sus células. Sin embargo, ni los nuevos miembros del interior ni los líderes exiliados eran plenamente conscientes del potencial de desarrollo económico en España cuando las relaciones de Franco con Estados Unidos mejoraron. Por este motivo, a principios de los años cincuenta, pese a que en 1948 Stalin había recomendado tener paciencia, la propaganda del PCE mantenía un tono agresivamente optimista que a largo plazo perjudicaría su credibilidad conforme las esperanzadoras predicciones se demostraran equivocadas. Dolores Ibárruri en Moscú, y Carrillo, Antón y Uribe en París, no vieron que era posible un crecimiento económico bajo la dictadura y que, en caso de llegar, la prosperidad podría generar una lealtad hacia el régimen mucho mayor que la que existía en los años cuarenta.

Según el análisis que realizaba el PCE de la situación, una pequeña camarilla franquista estaba dominando al resto del país y abocándolo a una ruina inminente. Por ello, se argumentaba que un frente amplio bastaría para derrocar al régimen. Reconocer la necesidad de una coalición amplia no era una idea desdeñable y situaba a los comunistas por delante de otros sectores de la oposición, aunque no tener en cuenta el plazo de ejecución resultaría un importante hándicap. En aquel momento, la prioridad no era tanto el debilitamiento a largo plazo del régimen de Franco, como la búsqueda inmediata e incesante de la aprobación del Kremlin. Quiñones y Monzón habían sido objetivos

convenientes, pero sus delitos eran cosa del pasado. Carrillo escogió entonces a una víctima aún más adecuada: Joan Comorera, jefe del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Comorera había sido un estalinista leal, por no decir brutal. En noviembre de 1944, el propio Carrillo alababa el modo en que había limpiado el PSUC de «la basura trotskista y su chusma»[1]. Aquellos servicios pasados no le servirían de nada. Ahora, como chivo expiatorio, Comorera ofrecía dos ventajas: en primer lugar, era culpable de un «delito» continuado y, en segundo lugar, al liderar un partido cuyas tendencias nacionalistas despreciaban la autoridad del PCE, ofrecía una analogía muy evidente con la relación que mantenían los comunistas yugoslavos con Moscú.

Comorera había sido invitado a unirse al Politburó del PCE en octubre de 1948, pero su presencia fue bastante conflictiva. Su defensa de una existencia independiente del PSUC no solo encontró oposición dentro del PCE, sino también entre los elementos más estalinistas del propio PSUC. El argumento a favor de un único aparato de partido centralizado era que, puesto que solo existía una clase trabajadora en España, solo debía existir un Partido Comunista. Esta tesis se aplicó implacable y unilateralmente a raíz de la campaña contra Tito. En julio de 1949, Comorera se indignó al enterarse de que un envío de ejemplares en catalán de *El manifiesto comunista* destinados al interior había sido quemado por el PCE. Poco después fue destituido del Politburó. Todavía se molestó más cuando descubrió que se había programado a sus espaldas un acto público para el 28 de agosto en París, en el que se anunciaría la incorporación del PSUC al PCE. Esto desencadenó un despiadado enfrentamiento entre Comorera y los miembros del PSUC favorables a la absorción: Josep Moix, Rafael Vidiella, Josep Serradell, Margarida Abril y Pere Ardiaca. Cuando Comorera se apoderó de los fondos del PSUC el 2 de septiembre, lo apartaron del cargo de secretario general del partido. Al cabo de una

semana fue expulsado. Sus esfuerzos por recabar apoyos en Francia y Cataluña se consideraron una prueba de que era un titista dispuesto a socavar la unidad del PCE[2].

A continuación se vertieron absurdas acusaciones de ambición y megalomanía desmesuradas. Se dijo también que sus ataques contra la CNT, que seguían la línea política del partido, lastraban el reclutamiento de las masas. Lo que indicaba de forma más patente la autoría de Carrillo era la afirmación de que Comorera no había agradecido los esfuerzos del PCE «por reeducarle»[3]. El hecho de que todo el proceso viniera motivado por la obediencia a las directrices soviéticas queda reflejado en las referencias explícitas de Carrillo a los juicios del húngaro László Rajk y el búlgaro Traicho Kostov y en la afirmación de que «el partido se fortalece depurándose»[4]. En un extraordinario eco de la carta de Carrillo a su padre, Núria, la hija de Comorera, se vio obligada a redactar en marzo de 1950 una misiva similar en la que denunciaba a su progenitor. Núria estaba casada con Wenceslao Colomer, en su día un aliado de Comorera que, en la lucha de poder entre el PCE y el PSUC, se había aliado con Carrillo. En la carta declaraba su lealtad al PCE y a «la querida camarada Dolores» y tildaba de «miserable traición» cualquier esfuerzo por dividir el partido. Asimismo, anunciaba que comprendía por qué el PCE se había visto obligado a desenmascarar a su padre como un «rabioso anticomunista y antisoviético… un agente de la reacción y del imperialismo», expresaba su repugnancia y su odio sagrado y afirmaba: «El día que nació el traidor Comorera murió mi padre»[5].

Según Enrique Líster, basándose en la información que Vicente Uribe le proporcionó, Carrillo y Francisco Antón ya habían sentenciado a muerte a Comorera. El último día de 1951, partió de Francia rumbo a España. Más tarde, Líster habló con cinco de los seis miembros del escuadrón de la muerte enviado al lugar en el que se suponía que Comorera tenía que cruzar la frontera. Sin embargo, al cambiar la ruta planeada, Comorera los

esquivó y logró ocultarse en Barcelona[6]. Acompañado por su esposa, Rosa Santacana, vivió tres años en la clandestinidad y, presuntamente, rechazó la ayuda económica de Tito. Poco después de su llegada, a través de la prensa del partido y su emisora, Radio España Independiente (también conocida como La Pirenaica), Carrillo orquestó una campaña de difamación contra Comorera. Se adujo que lo habían enviado a Barcelona sus patrones estadounidenses. Fue tachado de «reptil titista», de «perro titista», de agente de Franco y de traidor que lideraba «una banda de venenosos agentes del imperialismo». En *Mundo Obrero,* con la inconfundible prosa de Carrillo, Comorera y sus seguidores eran calificados de banda de «malhechores» y se alentaba a los militantes del partido catalán a «aislarlo y rodearlo», lo cual era una invitación encubierta a acabar con su vida: «Comorera y su banda cumplen el papel de lacayos y agentes policíacos del imperialismo y del franquismo, como lo han seguido en Yugoslavia el Judas Tito y otros "maestros" de Comorera». Aunque la intención era informar a la policía de su presencia en Barcelona, no se dio crédito a las emisiones. No obstante, la campaña garantizó que no recibiera ayuda de gran parte de los militantes del partido[7].

Comorera logró sacar en Barcelona una versión rival de *Treball,* el periódico oficial del PSUC, y en ella afirmó en marzo de 1953 que se había enviado un escuadrón a Barcelona para darle caza, y escribía: «Sin escrúpulos de ninguna clase habéis agotado el diccionario de los bajos fondos, habéis agotado el almacén de injurias y calumnias, habéis removido el puñal venenoso en la herida incurable de los sentimientos familiares más íntimos y profundos, lo habéis intentado todo. Ahora ¿qué os queda por hacer? ¿Un protocolo "M"? Es posible, pues los elementos técnicos no son difíciles de encontrar. Las intenciones del Buró Político se adivinan: encontrar nuestro secretario general, asesinarle si pueden o, en el caso contrario, dejar que le suprima la policía franquista». El protocolo «M» era el código

utilizado por la NKVD para el asesinato de un militante disidente de un partido extranjero. Cuando Comorera fue detenido el 9 de junio de 1954, el PCE anunció que la policía había orquestado una farsa para ocultar el hecho de que en realidad era su agitador. Cuando fue juzgado finalmente tres años después, el 23 de agosto de 1957, le fue impuesta una condena de treinta años de cárcel. Ya estaba gravemente enfermo, y murió en la enfermería de la prisión de Burgos el 7 de mayo de 1958[8].

Más tarde, Carrillo lamentó que los españoles actuaran «como un rebaño» al organizar los ataques injuriosos contra los comunistas yugoslavos y al buscar víctimas sacrificiales como Comorera[9]. Irónicamente, el historial de Comorera desde 1936 denotaba que era tan estalinista como Carrillo. Sin embargo, su derrota, como la de Monzón antes que él, suponía otro triunfo para la burocracia central del PCE. El inconveniente era que, una vez más, la reivindicación del poder del Politburó era una reacción no solo a las directrices moscovitas, sino también al temor a la autonomía de los activistas locales. A consecuencia de ello, los líderes en París quedaron todavía más apartados de las realidades y las necesidades políticas de la oposición al régimen de Franco. Los problemas de la lejanía se agravaron cuando, el 7 de septiembre de 1950, el Gobierno francés ilegalizó el Partido Comunista de España. Sin previo aviso, los gendarmes irrumpieron en la sede del PCE, situada cerca del Arco de Triunfo, y se incautaron de gran cantidad de documentos. No solo se clausuraron los periódicos y las revistas del PCE, sino que muchos de sus cuadros fueron arrestados y deportados a Túnez, Argelia o Córcega. Muchos de ellos pudieron llegar más tarde a Europa del Este. Los que no fueron detenidos y deportados empezaron a actuar clandestinamente en Francia. Gracias a un soplo de algunos compañeros del Partido Comunista francés, Carrillo y Antón habían logrado esconderse y evitar el arresto. El mismo día de la actuación policial, Carmen Menéndez dio a luz al primer hijo de Carrillo, Santiago[10].

La consecuencia inmediata fue que los elementos más destacados de la jerarquía del partido que estaban en Moscú y, por tanto, no habían sido detenidos en París, Vicente Uribe, Antonio Mije y Enrique Líster, crearon una nueva sede en Praga. Carrillo y Francisco Antón permanecieron en la capital francesa donde llevaron una existencia semiclandestina. El primero tenía el control del aparato clandestino dentro de España y el segundo dirigía el partido en Francia. Esta nueva situación tan compleja, con cuatro centros —México, París, Praga y Moscú—, era incómoda, y el hecho de que La Pasionaria estuviese gravemente enferma generaba una considerable incertidumbre. Las distancias creaban divisiones sumamente complicadas, algunas personales y otras ideológicas, dentro de la cúpula. Incluso antes de la operación de la policía francesa, la malhumorada agresividad y la desorganización de Vicente Uribe habían provocado la hostilidad de Carrillo y Antón. Las cosas pudieron gestionarse mientras Dolores siguió en Francia para controlar a Uribe, pero, tras su regreso a Moscú, fue imposible. Además, estaba el problema añadido de que, si bien parecían funcionar bien como equipo, Carrillo no estaba del todo satisfecho con que Antón se considerara el mandamás en París. Esto se reflejaba en las maneras arrogantes y dictatoriales con las que trataba a otros miembros de la jerarquía. Sin embargo, por el momento Carrillo aguantó.

Tanto él como Antón estaban decididos a modernizar el partido marginando a Uribe, que a menudo estaba ebrio. Dolores Ibárruri coincidía con ellos, pero se mostraba reacia a posibles divisiones a un nivel tan alto de la jerarquía. Uribe, pese a sus frecuentes borracheras, fue astuto. Como habían hecho en México para desviar acusaciones similares de incompetencia e indolencia por parte de Jesús Hernández, él y Mije contraatacaron culpando a Carrillo y Antón de no haber pronosticado la ofensiva policial francesa ni haber realizado los preparativos adecuados para que el partido pasara a la clandestinidad. Esas discrepancias

personales y generacionales se intensificarían en años posteriores. En París, Carrillo dirigía a varios agentes que entraban y salían de España, entre ellos Francisco Romero Marín y Julián Grimau. Otro era Jorge Semprún, un joven militante que había luchado en la resistencia francesa, había sido capturado por los alemanes, torturado y enviado a Buchenwald. Con el nombre de guerra de Federico Sánchez, Semprún desempeñaría un papel crucial en el PCE durante los siguientes quince años. Gracias a esos agentes, y pese a las limitaciones de su percepción sobre la realidad española, Carrillo mantenía mucho más contacto con lo que sucedía en la Península que la vieja guardia situada tras el Telón de Acero[11].

Carrillo fue lo bastante astuto como para esquivar los ataques llegados desde Praga. Francisco Antón, el otro líder parisino, no tuvo tanta suerte. Recordaremos que, en 1937, Dolores Ibárruri había iniciado un romance con Antón, que por aquel entonces tenía veintisiete años y era quince más joven que ella. La relación con aquel delgado y atractivo hombre se había prolongado inesperadamente, pero a menudo provocaba críticas de otros miembros de la cúpula del PCE. En 1940, Antón había sido capturado por la Gestapo en Francia tras la invasión alemana. Dolores quedó consternada por la noticia y se pasaba horas encerrada en su despacho sin hablar ni sonreír. Según varios comunistas renegados, finalmente pidió a Dimitrov que interviniera. Enrique Líster afirmaría muchos años después que Stalin comentó: «Bueno, si Julieta no puede vivir sin su Romeo se lo traeremos, pues siempre tendremos por aquí un espía alemán para canjearlo por Antón». Con independencia de si La Pasionaria realizó la petición o no, por aquella época la embajada soviética en París negoció canjes semejantes en numerosas ocasiones con Otto Abetz, legado de Hitler en Francia. En una de esas negociaciones, Antón fue liberado del campo de concentración de Le Vernet, le proporcionaron un pasaporte soviético y atravesó Alemania acompañado de un diplomático de la URSS[12].

En la encarnizada lucha de poder que sobrevino en la cúpula del PCE tras la muerte de José Díaz en 1942, la relación de La Pasionaria con Antón fue utilizada como munición contra ella por su máximo rival, Jesús Hernández, y sus aliados, Enrique Líster, Juan Modesto y Enrique Castro Delgado. En la práctica, Antón había ejercido de director de campaña para Dolores. Carrillo había respaldado su candidatura y luego no había perdido ninguna oportunidad de alimentar el culto a la personalidad que la rodeaba. De resultas de ello, él y Antón eran colaboradores frecuentes y aparentemente cordiales. Después de los insultos que Dolores recibió de la alianza de Hernández y Castro, ella se esforzó por llevar su relación con Antón con más discreción. No obstante, siguieron unidos, y Antón ayudó a derrotar a Jesús Hernández en México. Cuando coincidieron de nuevo en París entre 1945 y 1948, retomaron la relación que habían dejado en suspenso hasta que Dolores volvió a Moscú para someterse a tratamiento médico. Lo que esta no sabía es que, desde octubre de 1947, Antón mantenía un idilio con Carmen Rodríguez, una hermosa militante del partido de veinticinco años[13].

En diciembre de 1948, La Pasionaria contrajo una grave infección pulmonar tras una operación practicada en Moscú para extirparle la vesícula biliar. Estuvo a punto de morir y pasó seis meses en el hospital. Su convalecencia fue prolongada y marcó el principio del fin de su liderazgo. A Carrillo y Antón les aterrorizaba que, en caso de fallecer, el PCE quedara en manos de Vicente Uribe, poco amigo de los antiguos líderes de las JSU. Aunque reemprendería paulatinamente sus actividades a partir de finales de 1949, La Pasionaria jamás recuperaría la energía que en su día fue su seña de identidad. Asimismo, debido a la ilegalización del Partido Comunista de España en Francia, continuaría su exilio dorado en Moscú hasta bien entrados los años sesenta. Sin embargo, a pesar de su debilidad física, pronto se vio obligada a lidiar con las crecientes divisiones que asolaban al partido. A corto plazo, la víctima sacrificial sería Francisco

Antón. Carrillo, que era «culpable» de los mismos delitos de los que pronto se acusaría a Antón, la visitó a finales de 1948 y reforzó su relación con ella con frecuentes visitas durante su convalecencia[14].

En principio, tras la caza de brujas contra Comorera, el PCE necesitaba otra víctima para demostrar su disposición a emular las purgas soviéticas en los partidos de Europa del Este. La Pasionaria, Claudín e Ignacio Gallego en Moscú, y Uribe, Mije y Líster en Praga, acusaron a Carrillo y Antón de no facilitar informes adecuados de sus actividades. La acusación fue llevada a París por Gallego y, en respuesta, Carrillo y Antón formularon una contestación en junio de 1951 en la que mencionaban las dificultades físicas para recabar información para dichos informes y después transmitirlos a Praga y Moscú[15]; una explicación que se consideró insatisfactoria. Por ello, Antón viajó a Moscú para exponer sus argumentos a La Pasionaria. Para su absoluta sorpresa, esta se mostró fría y hostil, lo atacó violentamente y lo acusó de querer reemplazar a Uribe. La confianza que Antón tenía en sí mismo era tal que no se le había ocurrido que ella pudiera reaccionar al saber que, desde la última vez que se habían visto, se había casado con Carmen Rodríguez, quien había dado a luz a su primogénita en junio de 1949. A su regreso a París sufrió una crisis nerviosa y confesó a Carrillo: «Antón se acabó»[16].

Poco después, Uribe fue enviado a la capital francesa para que se ocupara del asunto. En junio de 1952, Carrillo escribió una extensa autocrítica de setenta y cinco páginas. En ella reconocía sus errores en la organización de la guerrilla y aceptaba que debería haberse producido una transición más temprana a la infiltración de los sindicatos legales en España. Implícitamente, parte de la culpa recaía en el resto del Politburó, pero mencionaba ostensiblemente su inexperiencia y el hecho de que había aprendido mucho gracias a la ayuda de Dolores Ibárruri y a los escritos de Stalin[17]. Lo más sorprendente era que reconocía que

su mayor defecto era la impaciencia, «consistente en confundir nuestros buenos deseos con el estado real de la conciencia de las masas». En un documento similar, Antón aceptaba que su conducta había sido caciquil, pero La Pasionaria lo rechazó mientras que aceptó el que firmaba Carrillo. El 28 de junio de 1952 escribió a los otros miembros del Politburó y aseguraba que el comportamiento de Antón iba más allá del «vicio caciquil» y que constituía un fraccionalismo de la peor estirpe, el crimen de dividir al partido. Dolores lo acusaba incluso de ser agente de la policía[18].

Durante casi dos años, de mediados de 1952 a mediados de 1954, Antón tuvo que afrontar una oleada de acusaciones e interrogatorios incesantes en París. En varias reuniones del Politburó y con la aprobación de La Pasionaria, que no asistió, Antón fue sometido a juicio, acusado por Uribe de actividad fraccional y de métodos autoritarios. En la sesión del 2 de agosto de 1952, Antón alabó las excepcionales cualidades de liderazgo de Dolores Ibárruri a la vez que reconocía sus errores derivados de «la suficiencia y el orgullo necio». Carrillo se sintió lo bastante consternado por la flagelación a la que se sometió el propio Antón como para afirmar: «Yo estoy convencido que Antón, desde el punto de vista personal, es un camarada honesto». De ese modo evitó tener que explicar cómo ni él ni La Pasionaria habían podido colaborar durante años con una persona deshonesta. El 8 de agosto, Carrillo abandonó sus tímidos esfuerzos por defender a Antón y se volvió contra su aliado de tantos años, acusándolo de vanidad y egoísmo y de atacar a La Pasionaria: «Creo que la actividad fraccional de Antón consiste en que, llevado de su vanidad, de su egolatría, practicando métodos personales que en el Buró Político solo pueden llevar a la división de la dirección, Antón llevó una lucha contra los camaradas de la dirección del partido que se hallaban fuera, mostró resistencia y hostilidad a todas sus opiniones»[19].

Antón confesó su actividad fraccional y se le ordenó que escribiera un informe detallado de sus delitos. En él se degradaba aún más, confesando que su pasado burgués lo había llevado a intentar destruir el PCE. Obligado a revelar el número de activistas a los que había expulsado del partido, creó una tabla anual con un total de 1.320. Aquello no bastó a La Pasionaria, que tardó varios meses en emitir un veredicto, y decretó que eran necesarias más investigaciones, lo cual significaba más interrogatorios a manos de Carrillo, tal como había hecho con Azcárate y Carmen de Pedro. Se ordenó a Antón que se personara de nuevo ante el Politburó el 24 de marzo de 1953. Algunas de las acusaciones contra Antón (fraccionalismo y desobediencia a la autoridad del Politburó) eran comprensibles. Otras (minar la lucha revolucionaria de las masas e incumplir la democracia interna) rayaban en lo cómico. Acusaron a Antón de actividades de las que Carrillo también era culpable, como el empleo del terror para expulsar o «sancionar» (un término que incluía la eliminación de militantes que no convenían) con la excusa de mantener la máxima seguridad. Le indicaron que redactara una tercera autocrítica en la que se exigía que explicara por qué había ocultado el hecho de que su padre había trabajado para la Dirección General de Seguridad o el Ministerio de Interior. También le exigieron que respondiera a una serie de preguntas absurdas e imposibles de contestar, como qué influencias le habían llevado a planear la destrucción del PCE o si era «consciente de la política criminal puesta en práctica por él»[20]. Carrillo afirmó que la vanidad y el egoísmo que había detectado en Antón eran una mera fachada para ocultar su determinación de destruir el Partido Comunista. A la vista de los delitos alegados, sugirió que la condena fuese retirar a Antón de las funciones que había desempeñado hasta el momento y rebajarlo a los escalafones más bajos: «No debe seguir ocupando las funciones de responsabilidad tan elevadas que ocupaba hasta aquí; su

reeducación debe hacerla desde un lugar más modesto en el Partido»[21].

Fernando Claudín, que por aquel entonces todavía se encontraba en Moscú, sospechaba que detrás de la extrema hostilidad de La Pasionaria se ocultaba el hecho de que conocía la relación entre Antón y Carmen Rodríguez. Sin embargo, Santiago Carrillo aseguró más tarde que en la mortífera atmósfera de sospecha que empezaba a apoderarse de Moscú, Dolores estaba protegiéndose a sí misma y a otros. Antón era el blanco más adecuado para un ataque precisamente porque la relación que había mantenido La Pasionaria con él podía verse como una peligrosa flaqueza. Además, le preocupaban las consecuencias del juicio a Rudolf Slansky en Checoslovaquia. Si el secretario general de un importante partido comunista podía convertirse en objeto de las purgas, la preocupante conclusión era que nadie estaba a salvo. Por añadidura, en 1951, La Pasionaria había entablado relaciones más estrechas con el partido checoslovaco para obtener una base de operaciones en Praga tras la ofensiva francesa contra el PCE. Antonio Mije e Irene Falcón, amiga íntima y ayudante de Dolores, habían sido los encargados de llevar las exitosas negociaciones con Biedrich Geminder, segundo de Slansky. En noviembre de 1952 comenzó en Praga el juicio contra Slansky y Geminder. Por tanto, no fue ninguna sorpresa que las acusaciones vertidas por La Pasionaria contra Antón reprodujeran las que se habían esgrimido contra Slansky.

En teoría, Antón podría haberse limitado a abandonar el partido, pero nunca se le ocurrió hacerlo. Esto obedecía, según Carrillo, a que el PCE era todo su mundo. Sin embargo, también es posible que temiera que lo enviaran de vuelta a España, donde se hallaría a merced de las autoridades franquistas, o de los escuadrones de la muerte que liquidaron a Trilla e intentaron acabar con Comorera. Al final del largo proceso, el Politburó volvió a reunirse en julio de 1953 y dio su veredicto: Antón era culpable de fraccionalismo e intentaba destruir el partido. Por

eso, debía salir del Politburó y del Comité Central[22]. Después de un retraso provocado por la mala salud, el 13 de noviembre de 1953, Dolores Ibárruri respondió con un informe feroz y vengativo en el que indicaba que el problema con Antón no era su propia degeneración política sino lo que subyacía a su ambición sin límites. Según sus palabras: «Favorecía los enemigos más rabiosos del partido, los enemigos de la clase obrera, a los enemigos de la democracia, a los servicios policiacos de no importa que país imperialista». «Prueba» de ello era el hecho de que en 1940 había sido enviado por los alemanes a la Unión Soviética, una operación que había iniciado el propio PCE a instancias de La Pasionaria[23]. Los otros miembros del Politburó se abstuvieron de señalar que eso significaba que había dormido con el enemigo durante al menos diez años. Antón, psicológicamente destruido, recibió la orden de dejar a la que ya era su esposa, Carmen Rodríguez, y a sus hijos en París e irse a Varsovia, donde había de vivir y trabajar aislado, e incluso se le prohibió que mantuviera contacto con exiliados del PCE. Solo la muerte de Stalin en marzo de 1953 protegió a Antón de un castigo más severo. Las autoridades polacas le ofrecieron empleo en el mundo editorial, pero él eligió el martirio y la redención trabajando a destajo en la cadena de montaje de una fábrica de motocicletas por un exiguo salario. A la postre se unieron a él su mujer y sus dos hijas, la menor de las cuales padecía graves problemas de salud, y vivieron en una abyecta pobreza en Varsovia[24].

Más tarde, Carrillo afirmó que el hecho de que Antón hubiese aceptado su destino con docilidad no era algo inusual. En aquel momento, decía, eran «como unos cruzados de una orden militar». En sus memorias escribió que lo ocurrido fue «un ejercicio vergonzoso de autoflagelación y de tortura moral sobre Antón, que íntimamente no me he perdonado nunca». No obstante, pese a esa autocrítica, despachaba el asunto en tres páginas de su autobiografía[25]. En 1964 comenzó una rehabilitación

extremadamente discreta por parte de un Carrillo un tanto arrepentido, que lo invitó a un pleno del Comité Central. El hecho de que la relación con Antón no fuera tan sincera como insinúa en sus memorias queda demostrado en su papel en la denuncia y el posterior interrogatorio al ex amante de La Pasionaria. De hecho, se ha afirmado que, en privado, Carrillo solía referirse a ella como «la vieja puta» y a Antón como «su chulo Paco». El testigo era Carlos, el hermano de Semprún, quien se escondió junto a Carrillo tras la operación policial francesa. La casa familiar de Semprún en París era utilizada para celebrar reuniones clandestinas del PCE y probablemente fue allí donde tuvo lugar el interrogatorio de Antón[26].

Este fue sustituido en la sede parisina por Ignacio Gallego, quien, según Claudín, «acostumbraba a ver en Carrillo a su jefe inmediato»[27]. Carrillo había sobrevivido en parte gracias a la traición a su amigo, pero también porque su conocimiento del aparato español, sumado a su asombrosa capacidad para el trabajo duro, lo hacían indispensable. Sin embargo, el conflicto generacional que los habían llevado a él y a Antón a enfrentarse a Uribe seguía hirviendo bajo la superficie. De hecho, Uribe fue el beneficiario inmediato de la destrucción de Antón. Tras sobrevivir a la tormenta, el siguiente objetivo de Carrillo sería la eliminación de Uribe. Un poderoso aliado en los hechos que se avecinaban era Fernando Claudín, y su papel le valdría la reputación de mártir liberal. No obstante, la dura rigidez con la que había cumplido su deber como jefe de la comunidad española exiliada en Rusia lo convertían en cualquier cosa menos en eso. Según Carrillo, en los años cincuenta Claudín era un estalinista ortodoxo de línea dura. Esa descripción no era merecida, como afirmaba Carrillo, porque Claudín hubiese estudiado el marxismo en la Universidad Leninista de Moscú, sino por la despótica brutalidad con la que trataba a los militantes exiliados. Con todo, es cierto que fruto de largas horas de estudio, Claudín se había convertido en el teórico marxista más sofisticado del PCE. Por

tanto, otros líderes más pragmáticos como Carrillo y Dolores Ibárruri lo consideraban un activo útil. En lo que no reparó ninguno fue en que la aplicación de sus cavilaciones teóricas lo llevaría en direcciones que en última instancia resultarían perjudiciales para ambos[28].

En 1951 había dado comienzo una apuesta seria por la expansión económica en la España de Franco. El resultado inmediato de las enormes inversiones fue una inflación galopante sin los correspondientes incrementos salariales. Para mantenerse en un nivel de subsistencia, los trabajadores tenían que aumentar la jornada. La primera consecuencia de ese empeoramiento de las condiciones fue una gran huelga en Barcelona, seguida de otras en Madrid y Asturias[29]. Esas huelgas respondían más a la cambiante situación económica que a la influencia comunista, pero sugieren que la política del partido estaba siguiendo la línea correcta.

No obstante, la reforma interna necesaria para que la búsqueda de alianzas fuese siquiera remotamente plausible supuso un proceso largo y doloroso. Dado que sus líderes dependían de los fondos y la hospitalidad de la Unión Soviética y que sus militantes se hallaban envueltos en una lucha clandestina contra una dictadura ferozmente reaccionaria, no es de extrañar que el PCE siguiera siendo firmemente estalinista tanto en su pensamiento como en sus métodos organizativos en los quince años posteriores a la Guerra Civil española. Hasta la muerte de Stalin no se realizó un esfuerzo lento y renuente por desestalinizar. A principios de los años cincuenta, el panorama parecía sumamente desalentador para el PCE. Buena parte de su organización se había visto desmantelada por las fuerzas de seguridad francesas. Un mes después de que el partido fuese ilegalizado en Francia, Naciones Unidas decidió permitir a sus miembros devolver a sus embajadores a Madrid. Fue el inicio de un proceso por el que el régimen de Franco gozaría de una aceptación cada vez mayor en el mundo occidental. La reacción

del PCE fue emular a sus señores soviéticos y replegarse en un creciente aislamiento. Cualquier crítica por parte de otras fuerzas republicanas españolas contra la URSS o su política era tachada de colaboración con el imperialismo estadounidense y con la dictadura franquista. El Gobierno republicano en el exilio fue denunciado como «el cómplice de la banda fascista de Tito». La cúpula del PCE veía la cambiante situación diplomática como una prueba de que el imperialismo estadounidense pensaba utilizar la España de Franco como base para futuros ataques contra la Unión Soviética[30].

Las cosas cambiaron un poco con la gran huelga del transporte público celebrada en Barcelona en 1951. Aunque el PCE se apresuró a adjudicarse el mérito, la causa fue la deteriorada situación económica que imperaba en España. La escasez de alimentos y la inflación, más que la actividad comunista, propiciaron el renacer de la militancia obrera pese a la brutal maquinaria de represión. En 1950, el consumo de carne per cápita en España era tan solo la mitad que en 1926, y el de pan, la mitad que en 1936. Los precios superaban los salarios de la clase trabajadora en más de un 200 por ciento desde 1939. Asimismo, el estricto racionamiento significaba que mucha comida solo estaba disponible en el mercado negro, donde los precios eran más del doble de los oficiales[31]. La ineficaz agricultura llevó al país a depender de importaciones de alimentos en una época de menguantes reservas de divisa extranjera. El precio de las materias primas se había disparado en el contexto de la guerra de Corea, y la energía también escaseaba. Los cortes del suministro eléctrico detenían la actividad de las fábricas y se despedía a trabajadores o se les reducía la jornada.

En marzo de 1951, el descenso en picado del nivel de vida de la clase trabajadora provocó que las tensiones sociales en Barcelona terminaran por estallar. El Gobierno de Franco, ajeno al deterioro del nivel de vida local, había autorizado irreflexivamente un

aumento del 40 por ciento en el precio del billete de los decrépitos tranvías de Barcelona desde diciembre de 1950. Reinaba la indignación porque la nueva tarifa media de 80 céntimos doblaba la impuesta en Madrid. Por ello, a finales de febrero, hubo un boicot al transporte público y algunos tranvías fueron apedreados[32]. El 12 de marzo, la ciudad estaba paralizada, ya que más de trescientos mil trabajadores participaron en una huelga general. Pese a los esfuerzos del PCE por adjudicarse la huelga como propia, participaron falangistas locales, además de activistas de la organización de trabajadores católicos HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) y miembros de la clase media. Como de costumbre, la reacción del régimen fue exagerada. Franco insistió en que había que «mantener el orden público» y envió tres destructores y un dragaminas al puerto de Barcelona y desfilaron soldados de infantería de marina por las calles. Sin embargo, Juan Bautista Sánchez, capitán general de Barcelona y austero monárquico, se negó a utilizar el Ejército para contener los altercados provocados por la falta de visión del gobernador civil, e impidió un derramamiento de sangre a gran escala al confinar a la guarnición en sus cuarteles. De hecho, transcurridos dos o tres días y temiendo por su trabajo y el sustento de su familia, la mayoría de los obreros volvieron a sus puestos. Sin embargo, hubo casi mil detenidos. Entre ellos, en una aparente justificación de la afirmación del régimen según la cual la huelga era obra de agitadores comunistas, se contaban treinta y cinco miembros del PSUC[33].

No cabe duda de que los militantes del PSUC fueron participantes activos en los hechos acaecidos entre el 12 y el 14 de marzo en Barcelona, pero no se encontraban solos. Aunque estaba encantado con la noticia de la huelga, a Carrillo le molestó que la prensa francesa ni siquiera mencionara al PSUC, ya que pensaba transmitir la idea de que había sido obra exclusiva de los comunistas. Uno de los detenidos en la represión posterior fue Gregorio López Raimundo, que había sido enviado por Carrillo a

Cataluña para ocupar el puesto de Comorera. Sin embargo, López Raimundo no había participado en la huelga ya que, según su propia versión, en aquel momento se encontraba en Francia recibiendo tratamiento médico. A Carrillo no le gustó la explicación de López Raimundo sobre cómo la capacidad represiva del régimen dificultaba que el partido ejerciese un control centralizado sobre las actividades de los militantes. Incluso cuando explicó que la única manera de aprovechar la militancia espontánea de las bases era infiltrándose en los sindicatos verticales de Franco, Carrillo insistió en mantener las estrictas normas de un grupo de resistencia clandestino. López Raimundo no partió hacia Barcelona hasta el 24 de marzo. Tras un complicado viaje a través del País Vasco, Navarra y Aragón, llegó a principios de abril. Fue detenido el 9 de julio, recibió duras palizas y fue sometido a juicio en junio de 1952, acusado de organizar la huelga de tranvías. El fiscal solicitó una condena de veinte años de cárcel, pero una gran campaña internacional orquestada por el partido consiguió reducirlo a una pena de cuatro años y, finalmente, el exilio a Latinoamérica. El partido acusó a Comorera de ser responsable de la detención de López Raimundo. Paradójicamente, en su autocrítica de junio de 1952, cuando intentaba evitar la suerte que había corrido Antón, Carrillo achacó a su impetuosidad el haber enviado a activistas con la vana esperanza de organizar huelgas[34].

Hubo acciones solidarias de estudiantes en Granada y Madrid, y se mantenía un paro en la industria textil de Manresa cuando el día 23 de abril de 1951, doscientos cincuenta mil hombres iniciaron una huelga de cuarenta y ocho horas en los astilleros, las plantas siderúrgicas y las minas del País Vasco. De nuevo, falangistas y miembros de la HOAC se unieron a izquierdistas y nacionalistas vascos. El régimen denunció que la huelga era obra de agitadores extranjeros. La patronal, consciente del problema del coste de la vida y negándose a perder mano de obra cualificada, ignoró las órdenes de despidos masivos dictadas por

el Estado. Pese a las salvajes agresiones de la policía contra los líderes huelguistas, muchos de los cuales fueron acorralados y trasladados a un campo de concentración cerca de Vitoria, la movilización continuó esporádicamente durante varias semanas. En la tercera semana de mayo se celebró otra huelga de transportes en Madrid. La reacción inicial del régimen fue culpar a Moscú, una afirmación que el PCE se complació en secundar[35]. De hecho, la oleada de huelgas solo propició ínfimos pasos simbólicos hacia la liberación por parte de la dictadura. La ayuda estadounidense, garantizada por el Tratado de Washington, y el Concordato con el Vaticano, permitieron que el régimen fuera más fuerte que nunca. No obstante, las huelgas, y en especial el boicot al transporte en Barcelona, fueron la clave que finalmente convenció a Carrillo y al resto de líderes del PCE para que abandonaran la guerrilla y se decantaran por la infiltración en los sindicatos verticales del régimen. En su informe a La Pasionaria, Carrillo afirmaba que los acontecimientos de Barcelona obedecían a que el PCE había adoptado el consejo ofrecido por Stalin en 1948. Como era habitual, ningún aspecto de tal afirmación era cierto, pero se formuló de tal manera que el cambio de política resultara más aceptable[36].

El discurso pronunciado el 25 de octubre de 1951 ante un grupo de líderes del partido en Moscú, en el que Dolores Ibárruri atribuiría el mérito de las huelgas de ese año al PCE, había de adquirir más importancia de lo que parecía en su momento. El tema principal de su parlamento fue la acostumbrada profecía triunfalista del derrumbamiento inminente del régimen de Franco. Era la línea estalinista habitual. La Pasionaria hizo un llamamiento a la «vigilancia revolucionaria» permanente en la lucha contra «la banda de espías y provocadores titistas, a las órdenes de los servicios policíacos imperialistas». En realidad se refería a Antón, al igual que cuando denunciaba el sectarismo y el autoritarismo[37]. Sin embargo, ese discurso sería utilizado más tarde con inmensa astucia por Carrillo en el V Congreso, y citaría

a Dolores como la autoridad para las que básicamente eran sus propias ambiciones. La conclusión práctica más importante e inmediata del discurso era que la combinación de la oleada de huelgas y el reconocimiento del fin de la guerrilla imponían la inevitable decisión de trabajar dentro de las organizaciones legales.

Los líderes del partido quedaron desolados por la muerte de Stalin el 5 de marzo de 1953. Cuando sucedió, el PCE seguía utilizando el lenguaje vitriólico de las purgas, denunciando a enemigos internos y «titistas». En Moscú, Lavrenti Beria, el jefe de seguridad de Stalin, a quien este llamaba «nuestro Himmler», tomó la iniciativa desde el Ministerio de Interior. Otras figuras destacadas fueron complacidas fugazmente con puestos claves. Klim Voroshilov se convirtió en jefe titular del Estado, Nikita Jrushchov en líder del PCUS, Viacheslav Molotov en ministro de Asuntos Exteriores y Georgi Malenkov en primer ministro.

Sorprendentemente, Beria, cuyo historial como mano derecha de Stalin estaba empapado de sangre, inició un proceso de liberalización. Para alarma de sus rivales, esto provocó agitación en toda Europa del Este, y en junio estalló una revuelta en Berlín. Se inquietaron aún más cuando Beria detuvo las purgas constantes y propuso que los crímenes de Stalin fuesen revelados. Temerosos de que saliera a la luz su participación en las decisiones colectivas, organizaron el arresto y la ejecución de Beria, que fue acusado de ser un agente estadounidense. El siguiente paso sería exonerarse a sí mismos achacando todos los crímenes y errores pasados a Beria y Stalin. En 1955 se produciría una reconciliación con Tito y, en 1956, un ataque contra el historial del propio Stalin[38].

Pese a los lamentos por el fallecimiento del líder soviético, la cúpula del PCE no podía mostrarse impasible ante esos cambios sísmicos en el corazón del Kremlin. Cuando empezó a filtrarse la retórica sobre la necesidad de una dirección colegiada, a Carrillo no se le pasaron por alto las posibilidades, y pensaba que un

movimiento hacia el liderazgo colectivo podía ser un terreno favorable desde el cual librar la batalla contra la vieja guardia por el control del partido. Carrillo propuso y luego se ocupó de la organización de un congreso. Dieciocho meses después se celebraría el V Congreso del PCE, que tuvo lugar en el lago Máchovo, cerca de la ciudad de Doksy, al norte de Praga, del 12 al 21 de septiembre de 1954, si bien, por motivos de seguridad, las publicaciones del partido dieron la fecha del 1 al 5 de noviembre. Habían transcurrido casi veintidós años desde el IV Congreso celebrado entre el 17 y el 23 de marzo de 1932 en Sevilla. Obviamente, durante la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial no se habían organizado encuentros de ese tipo. Hubieran sido posibles durante los años de existencia legal en Francia, pero no habrían gozado de una buena acogida en la cúpula cuando su máxima preocupación era la imposición del control central a través de purgas que imitaban lo que estaba sucediendo en Rusia. La última vez que se celebraron elecciones al Comité Central fue en el pleno de marzo de 1937, en el que Carrillo fue designado al Politburó. De los sesenta y cinco miembros elegidos entonces, solo quedaban diecinueve en el partido. Otros tantos habían fallecido y veintisiete habían sido expulsados[39].

Incluso en 1954, en ausencia del gran hombre y en un PCE carente de democracia interna, apenas se apreciaba desestalinización. La elección de delegados era sintomática del espíritu con el cual se celebraría el congreso. Manuel Azcárate comentó más tarde: «Llamar “Congreso” a una reunión como la de 1954 es un eufemismo exagerado. Los “delegados” son las personas escogidas por Carrillo y Uribe para asistir. Ni siquiera en Francia, donde había posibilidades de hacerlo, hubo nada parecido a una elección de delegados». Los problemas de seguridad garantizaron que no pudieran llevarse a cabo elecciones abiertas, ni siquiera en Francia. Con todo, Carrillo se

aseguró de que solo fuesen elegidos los militantes más leales y menos críticos[40].

El proceso del V Congreso apuntaba a una voluntad de cambio, pero también ponía de manifiesto lo exasperantemente gradual que sería la desestalinización. En comparación con asambleas anteriores, se percibía un tono un tanto más crítico en algunos discursos y se produjo cierta rehabilitación de algunas figuras menores que habían sufrido durante las purgas contra Tito. El congreso, presidido por Vicente Uribe, comenzó el 12 de septiembre de 1954 a las 16.20. Su discurso de noventa minutos de duración fue eminentemente un himno de alabanza a Stalin y dejó una pésima impresión entre los delegados allí reunidos. A las seis de la tarde, Dolores Ibárruri, secretaria general del PCE, se dispuso a leer un informe en el que denunciaba rotundamente la alianza de Franco con Estados Unidos por considerarla perjudicial para los intereses españoles, y vituperaba a los socialdemócratas por criticar a la URSS y por alabar iniciativas estadounidenses como el Plan Marshall, la OTAN y el rearme alemán. El informe fue interrumpido a las ocho, y Carrillo anunció que proseguiría al día siguiente[41].

El tema principal de Ibárruri era la necesidad de unidad democrática contra la camarilla franquista. Incluso ofreció una rama de olivo a Indalecio Prieto, pero había varios aspectos del documento que difícilmente seducirían a los socialistas, republicanos y anarquistas, a quienes se propuso unidad. Solo tres años antes había denunciado a aquellos grupos por su «juego sucio a favor de las fuerzas reaccionarias y fascistas»[42]. En su extenso análisis de la historia española de 1931 a 1939 los acusaba de responsabilidad en la victoria de Franco en 1939, y afirmaba que al PCE le resultaba difícil plantearse una alianza con ellos. También insinuaba que sus actitudes antisoviéticas eran síntomas de servilismo al imperialismo estadounidense. Asimismo, achacaba el fracaso de la guerrilla a su falta de cooperación. Tras asegurar que el PCE lideraba la oposición

antifranquista, exhortaba a las bases de otros grupos a seguir el ejemplo comunista. El intento más notable de unidad, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, promovido por esos grupos en 1944, fue tildado de montaje político[43]. Si esas referencias ya preocupaban a socialistas, republicanos y anarquistas, su efecto difícilmente se vio minimizado por las alabanzas reiteradas a los países del Este y a las declaraciones de la intención de seguir el ejemplo del PCUS[44].

El informe de La Pasionaria apenas ocultaba la convicción de que las cúpulas de los otros grupos de izquierdas podían ser obviadas y sus bases absorbidas por el PCE[45]. Por otro lado, en comparación con la virulencia que había caracterizado la actitud comunista hacia socialistas y anarquistas desde el abandono del Gobierno republicano en el exilio por parte del PCE en 1947, hubo elementos de lo que, según Dolores Ibárruri, constituía un cierto esfuerzo de moderación. De este modo, reconocía como un error el no haberse infiltrado en los sindicatos verticales del régimen. De hecho, habló largo y tendido de la necesidad de eliminar actitudes sectarias dentro del partido, cuya responsabilidad se atribuyó, no obstante, a miembros de rango medio o a elementos ya caídos en desgracia como Quiñones, Monzón, Trilla, Hernández y Comorera.

Sin embargo, el lenguaje utilizado por Ibárruri para justificar la expulsión de aquellos «traidores» difícilmente resultaría tentador para aquellos a los que intentaba atraer al redil: «El Partido ha tropezado con la perfidia de un grupo de gentes turbias, de degenerados políticos que habían vivido agazapados ocultando su verdadera faz de agentes del enemigo y cuya misión consistía en castrar el Partido… Hemos desenmascarado y arrojado de nuestras filas a los Hernández, a los Comorera y a los Del Barrio, tipos de conciencia podrida, cuyos dientes ratoneros se han mellado en el acerado tejido muscular del Partido… Y ahí están, engargantados como capones en cebadero, contando las glorias del imperialismo de cuyos desperdicios se alimentan…

Hemos debido enfrentarnos con las deserciones de los menos firmes, de los más influenciables por la propaganda enemiga, con el derrumbamiento moral que las derrotas producen siempre, y también con la traición de gentes que accidentalmente cayeron en nuestras filas con la esperanza de hacer carrera y que al fallarles esta esperanza se han convertido en perros rabiosos que babean sobre el Partido su hidrofobia de impotentes y de tarados»[46]. Es necesario explicar que José del Barrio, que abandonó el partido en 1939 como protesta por el pacto nazi-soviético, fue uno de los pocos «titistas» auténticos del PCE, y había creado un grupo rival con financiación de Belgrado[47].

Así las cosas, no era difícil que los pasos vacilantes de La Pasionaria hacia la liberalización se vieran superados por los de Carrillo, a la sazón secretario de organización del PCE. A Carrillo le preocupaba que la rigidez de la cúpula veterana del partido en el exilio minara la capacidad de los militantes de España para reaccionar a los cambios económicos y políticos y, además, se interpusiera en el camino de sus propias ambiciones. Como secretario de organización, era una figura poderosa en la jerarquía del partido, con responsabilidad sobre el aparato del interior. Su espectacular ascenso en el PCE entre 1936 y 1944 y su carrera posterior habían estado marcados por una adhesión estricta a Moscú. Sin embargo, en 1954, su experiencia personal y sus vínculos con militantes de España lo habían convencido de que el tosco y alcohólico estalinista Vicente Uribe estaba desconectado del interior y de que era incapaz de dirigir el centro operativo del PCE en París. La cúpula del partido durante la Guerra Civil —La Pasionaria, Uribe, Antonio Mije y Enrique Líster— se inclinaban por restablecer la República y crear un frente amplio de fuerzas de izquierdas para conseguirlo. Carrillo pensaba que el PCE debía poner en juego aún más recursos en busca de socios democráticos contra Franco y aceptar que no se produciría un retorno a 1936. Tenía aliados en el Politburó, concretamente Ignacio Gallego y Fernando Claudín, pero su

estatus era secundario en comparación con el de Uribe, Mije y Líster. Por tanto, Carrillo hacía frente a un problema delicado. Dolores Ibárruri seguía siendo el gran árbitro y probablemente favorecería a la vieja guardia.

Así pues, cuando Carrillo se dirigió al V Congreso el 18 de septiembre a última hora de la tarde, su informe sobre los estatutos del partido y la organización interna fue cauteloso y técnico. Con un lenguaje moderado, hizo un llamamiento a la renovación del aparato dentro de España. Sin embargo, al abogar por la responsabilidad colectiva como la clave del liderazgo, no pudo ser criticado, ya que parecía estar reproduciendo simplemente lo que sucedía en Moscú. Esto, junto con una ofensiva para incorporar a militantes más jóvenes del interior al Comité Central, no solo mejoraría la posición de Carrillo para una futura lucha de poder, sino que también prepararía al partido para la búsqueda de una alianza políticamente más amplia contra la dictadura[48]. Su exposición del centralismo democrático, en el que militantes de las bases votarían a los comités que elegirían al Comité Central, que a su vez elegiría al Politburó, era risible por su hipocresía. Aunque argumentó de forma plausible por qué esos procedimientos eran imposibles dentro del territorio español, siguió afirmando que en Latinoamérica, Francia y Rusia el centralismo democrático estaba a la orden del día. En una teatral muestra de autocrítica, expresó su pesar por el autoritarismo arbitrario que en ocasiones había caracterizado a los líderes del partido, pero, indudablemente, culpaba de ello a Antón sin citarlo.

Asimismo, los nuevos estatutos que había redactado —y distribuido antes del congreso— tendían a dar más iniciativa a los militantes de España y socavaban el poder de la vieja guardia en Moscú. En su discurso, y en los parlamentos de apoyo de Fernando Claudín e Ignacio Gallego, se afirmaba constantemente que lo que se proponía entonces era lo que Dolores Ibárruri había sugerido en su discurso de octubre de 1951. Eso era absurdo, ya

que en su momento, la denuncia del sectarismo y el autoritarismo del partido obedecía a las motivaciones estalinistas más extremas: el deseo de eliminar a Antón y Comorera, emulando los juicios que estaban celebrándose en Europa del Este. En las actas del congreso hay notas manuscritas de Carrillo que indican que partes de su discurso no debían publicarse posteriormente. La censura de algunos comentarios relativos a actividades en fábricas de España podía justificarse por cuestiones de seguridad. Sin embargo, otras, ya fueran ecos de las actitudes estalinistas dentro del partido o insultos a los socialistas, fueron omitidas por su probable impacto negativo en aliados potenciales[49].

Otros discursos pronunciados ante el congreso reflejaban la persistencia de actitudes estalinistas de línea dura y gestos triunfalistas. Por ejemplo, «Román» (Josep Serradell), del PSUC, tachaba a Quiñones y Monzón de terroristas degenerados y declaraba que el éxito de las huelgas de 1951 era consecuencia de la expulsión de Comorera. Carrillo también denunció a Quiñones y Monzón, aunque en términos no tan vehementes, y vertía críticas implícitas a Antón sin nombrarlo[50]. No obstante, su discurso dejaba entrever un llamamiento a la renovación de las estructuras del partido. Su intervención vino precedida el 14 de septiembre por las de otros miembros de la clandestinidad, entre ellos «Federico Sánchez» (Jorge Semprún) y «Vicente Sainz» (Simón Sánchez Montero)[51]. Sus palabras tuvieron un impacto considerable y fueron incorporados al Comité Central, aunque no al Politburó. Otros seguidores leales de Carrillo, como Víctor Velasco, Julián Grimau y Tomás García, también se convirtieron en miembros del comité. «Se nombró un Comité Central, pero este se reunía una o dos veces al año para escuchar y aprobar lo que decía el buró político», protestaba Azcárate[52]. De este modo, el partido seguiría estando dirigido por el Politburó, pero las reformas de Carrillo no fueron del todo superficiales. La renovación del Comité Central, que incluía a cuarenta y cinco nuevos miembros, entre ellos varios dentro de España, mejoraría

la capacidad del partido para reaccionar a la situación en el interior. No es de extrañar que el grueso de los nuevos miembros hubiesen pertenecido en su día a las JSU y fuesen seguidores de Carrillo. Esto fortalecía significativamente su posición en la latente lucha de poderes. Aunque los cambios conllevaban una democratización del funcionamiento interno del PCE, la intención de Carrillo era mantener un control férreo.

El impresionante progreso de Carrillo entre 1936 y 1954 se había cimentado en su identificación con La Pasionaria y la vieja guardia. El V Congreso fue el comienzo de una nueva fase en la que su ascenso se haría en oposición a la vieja guardia y se basaría en su identificación con una nueva generación de jóvenes que residían en Francia pero mantenían vínculos estrechos con España, especialmente a través de Jorge Semprún (Federico Sánchez) y Simón Sánchez Montero. Semprún en particular estaba adquiriendo una especial importancia como enlace con un destacado grupo de intelectuales y estudiantes de España. El siguiente paso para Carrillo, con la ayuda entusiasta de Claudín e Ignacio Gallego, sería eliminar a Uribe. El éxito en dicha empresa allanaría el terreno para un enfrentamiento con Dolores Ibárruri. La decisión de la cúpula de poner fin a la estancia de Claudín en Moscú y enviarlo a París en enero de 1955 sería un elemento crucial de este proceso. El propio Claudín creía que la iniciativa se derivaba de una propuesta de Carrillo a La Pasionaria. No obstante, la decisión fue de ella, que confiaba en él y tal vez creía que el centro operativo francés requería el refuerzo ideológico que solo Claudín podía aportar. Carrillo estaba encantado en lo personal; su amistad se remontaba a mucho tiempo atrás, y habían compartido experiencias en México y Buenos Aires, donde, recordemos, mantuvieron relaciones con dos hermanas argentinas, Lidia, en el caso de Santiago, y Ángela, en el de Claudín. En términos políticos, su alianza era poderosa. Claudín era el perfecto estratega en la sombra, el pensador profundo. Carrillo seguía siendo el cínico rápido y osado, siempre flexible y

con la simpatía necesaria para enmascarar su ambición. Sin embargo, en aquel equipo aparentemente perfecto se ocultaba un posible conflicto entre las estrategias teóricas de Claudín, los intereses a largo plazo del partido y las improvisaciones tácticas y a corto plazo de Carrillo, basadas en su propia ambición[53].

Con todo, Claudín se convirtió por el momento en la mano derecha indispensable de Carrillo. Tras la penumbra y la lejanía de Moscú, Claudín estaba encantado de encontrarse en París y de participar en la organización de la lucha en territorio español. Al principio compartía, e incluso superaba, la triunfalista convicción de Carrillo de que la caída de Franco era inminente. Esto exacerbó la tensión con la vieja guardia encabezada por Uribe, cuyo escepticismo e indolencia percibían como un obstáculo derrotista para sus esperanzas revolucionarias[54]. Ambos se sentían más próximos a España que el resto del Politburó, que solo viajaba a París para asistir a reuniones. Uribe, Mije y Líster vivían en Praga, y Dolores Ibárruri estaba permanentemente instalada en Moscú. Sin embargo, el enfrentamiento inevitable no se produciría por discrepancias sobre la situación en la Península, sino a consecuencia de cambios extraordinarios en el panorama internacional. Carrillo quedó estupefacto por la reconciliación del Kremlin con Tito y la visita de Jrushchov a Belgrado a finales de mayo de 1955. Siendo el antititista más vehemente del PCE, estaba decidido a que no volvieran a cogerlo a contrapié. En doce meses había de producirse un momento decisivo, probablemente antes de lo que Carrillo esperaba. Hacia finales de 1955, el grueso de la cúpula del partido había de viajar a Bucarest para celebrar el sesenta cumpleaños de La Pasionaria el 9 de diciembre, y el centro operativo de París era gestionado por Carrillo, Claudín y Gallego. Entonces llegó la noticia de que Naciones Unidas, incluida la Unión Soviética, había votado a favor de la entrada de dieciséis nuevos miembros, entre ellos España.

La reacción del grupo parisino del PCE fue positiva. El voto ruso, un inevitable reconocimiento por parte de Moscú de la

realidad de la estabilidad del régimen de Franco, había garantizado la incorporación de Hungría, Bulgaria, Rumanía y Albania en Naciones Unidas. La inclusión de España se interpretó como un gesto soviético hacia Occidente como parte de la búsqueda postestalinista de una coexistencia pacífica. Asimismo, entre los «jóvenes leones» reinaba la sensación de que el fin del aislamiento internacional favorecería la difusión de ideas democráticas en España, intensificando las relaciones culturales, comerciales y políticas con países democráticos. Esa impresión fue confirmada por Jorge Semprún, que regresó de una misión en el interior para informar del creciente sentimiento antifranquista entre estudiantes universitarios, disidentes falangistas y católicos[55].

Carrillo no tardó en escribir un artículo entusiasta sobre el voto de Naciones Unidas en *Mundo Obrero* y una versión más extensa para la revista *Nuestra Bandera.* Ensalzándolo como una victoria para la política pacífica de la URSS, señalaba asimismo que ello impedía que los franquistas achacaran el aislamiento internacional del régimen a una conspiración comunista. Carrillo esperaba que eso llevara a la burguesía española a abandonar el falso dilema «franquismo o comunismo» a favor del verdadero «franquismo o democracia»[56]. La vieja guardia del Politburó no compartía su opinión. Por el contrario, el exabrupto del grupo moscovita del PCE, integrado por Dolores Ibárruri, Uribe, Mije y Líster, consistió en denunciar la inclusión de España en la ONU como prueba de otra traición a manos del imperialismo anglo-estadounidense. Sin criticar a la Unión Soviética, lanzaron una salvaje denuncia contra la admisión de la España franquista en la ONU, que el 30 de diciembre de 1955 fue retransmitida por la emisora del partido, Radio España Independiente. Su sensación de afrenta por la traición a la «legalidad republicana» revelaba la rígida mentalidad de los exiliados frente a la postura notablemente más flexible y realista de la sección más joven.

Cuando escribió los artículos, Carrillo al principio no planeaba emprender una iniciativa fraccional y provocar un conflicto. Al fin y al cabo, su argumento secundaba la línea adoptada por Jrushchov, que probablemente se convertiría en el vencedor de la lucha de poder soviética. Intentó retirar el texto de las imprentas y, cuando vio que era imposible, decidió salir en su defensa. Carrillo eligió a Jorge Semprún y lo mandó al Este para exponer los argumentos del grupo de París. Semprún era una opción atractiva: joven, brillante y con el mérito indiscutible de su conocimiento único de la organización del PCE en el interior de España. Cuando llegó a Praga, le notificaron que La Pasionaria se encontraba en un congreso del Partido Comunista de Alemania Oriental en Berlín y que regresaría con la delegación rumana en un tren especial cerrado. Uribe y Líster, que fueron quienes le recibieron, quedaron estupefactos por lo que consideraron una provocación rebelde en el artículo de Carrillo, cuyo texto Semprún había llevado consigo. Por si fuera poco, se enfurecieron cuando Semprún citó sus experiencias como Federico Sánchez para criticar la rigidez de las políticas del partido y explicar su absoluta irrelevancia para la realidad de la España de Franco. Les indignó especialmente que un miembro del Comité Central recién elegido tuviese la temeridad de censurar al Politburó. Líster lo amenazó, pero como Semprún se mantuvo en sus trece, Uribe decidió que había que discutir el asunto con La Pasionaria.

Cuando el tren llegó a Praga, indicaron a Semprún que la acompañara hasta Bucarest en un trayecto de más de cuarenta y ocho horas. A Semprún le asombró el grado de opulencia con el que vivían los miembros destacados del partido, primero en el lujoso tren que les habían asignado y más tarde en Rumanía. Le impresionó que Dolores, a quien unos camareros enfundados en guantes blancos ofrecían todo tipo de exquisiteces, solo tomara un vaso de agua mineral. Le pareció que estaba dispuesta a escuchar, pero se mostró hostil cuando se dio cuenta de que las palabras de Semprún anunciaban un gran cambio estratégico en

interés de Carrillo y el grupo de París. Ansiosa por no precipitar una importante división en el partido, dijo que la declaración del Politburó contra la entrada de España en la ONU sería retirada y que las opiniones expresadas en los artículos de Carrillo serían consideradas en una futura reunión del Politburó[57]. Cuando debatió el tema con el resto del órgano ejecutivo, llegaron a la conclusión de que podía aplacarse la amenaza dividiendo al grupo de París, para lo cual bastaba con manejar cuidadosamente la prometida reunión del Politburó, que tendría lugar en Moscú. Por ello, se incluyó a Claudín, junto con Uribe, Mije, Líster y La Pasionaria, en la delegación del PCE enviada al XX Congreso del PCUS en febrero de 1956, y se ordenó a Carrillo que permaneciera en Francia para dirigir la organización en la capital.

La intención era «recuperar» a Claudín antes de denunciar a Carrillo por reformismo y oportunismo socialdemócrata, citando su pasado en el PSOE y su postura «fraccionalista». Sin embargo, antes de dejar París rumbo a Moscú, Claudín había pactado con Carrillo que no cedería ante la vieja guardia. Si no salía bien, ambos acabarían derrotados en la lucha por renovar el partido. La reunión del Politburó se celebró antes del congreso de Moscú y en los intervalos entre las sesiones. Previamente al inicio de dicho congreso, y utilizando el lenguaje más duro, La Pasionaria denunció que Carrillo había creado un aparato propio dentro del partido utilizando la red que se había forjado cuando era líder de las JSU. Ella y Mije se esforzaron en demostrar a Claudín que no lo hacían responsable de los delitos de Carrillo. Sin embargo, Claudín se resistió con valentía a las lisonjas de la vieja guardia y expuso enérgicamente a Dolores Ibárruri la postura de su grupo. La vieja guardia y los jóvenes parisinos no solo diferían en lo tocante a la situación internacional, sino también en la afirmación realizada por Claudín de que los fracasos del PCE en el interior debían atribuirse a las rígidas políticas surgidas de la cúpula en Praga y Moscú.

Al principio, La Pasionaria se alineó con Uribe, y las perspectivas eran desesperanzadoras para los liberalizadores. Luego, tras consultar el informe secreto de Jrushchov en el que denunciaba el estalinismo, llegó a la conclusión de que las opiniones de Claudín y Carrillo concordaban con las nuevas corrientes de liberalismo que emanaban del Kremlin. Lo que dotó de urgencia a sus deliberaciones fue que se dio cuenta de que ella misma podía estar en peligro. A eso le llevó la intervención llevada a cabo el 12 de marzo por Claudín, quien, aun dedicando su ataque principal a Uribe, hizo una observación maliciosa: «También en nosotros, dirigentes del PC de España, ha pesado considerablemente el culto a la personalidad… Pero si esas dificultades hemos tenido para criticar al camarada Uribe ¿quién de nosotros hubiera sido capaz en años anteriores de hacer una crítica seria a la camarada Dolores Ibárruri?». Si los líderes soviéticos habían decidido que el culto a la personalidad de Stalin era el culpable de todos los males del sistema comunista, los «pequeños Stalin» de los diversos partidos nacionales estaban en apuros. A La Pasionaria le convenía que el «pequeño Stalin» del PCE fuese Uribe y no ella.

Así, La Pasionaria aceptó el argumento de Claudín, quien afirmaba que la cuestión no podía dirimirse sin la presencia de Carrillo. Se programó una reunión unas semanas después en Bucarest, y Carrillo fue enviado allí. Cuando llegó al aeropuerto de la capital rumana no había ningún coche esperándolo, lo cual le llevó a pensar que ya estaba condenado. Antes de afrontar la acusación de «fraccionalismo» en la futura reunión, Carrillo mantuvo una prolongada conversación privada con La Pasionaria, durante la cual hizo un comentario extremadamente revelador: «Yo he venido aquí para discutir sobre los cambios ineludibles en la línea del partido y en el funcionamiento de su dirección. Solo pido una cosa: que me escuchéis. Después decidís lo que queráis. Si yo no tengo razón, la solución es fácil: me dejáis aquí o en el Asia Central». La mención de Asia Central era extremadamente

sintomática. Era una referencia al campo de concentración de Karaganda, en Kazajistán, donde se retenía a los disidentes comunistas de origen español, y demostraba que Carrillo conocía perfectamente su existencia.

En el transcurso de la conversación, en la que lanzó un feroz ataque contra Uribe, dejó claro a La Pasionaria que su postura coincidía más con las nuevas corrientes del Kremlin de Jrushchov. Asimismo, Vittorio Codovila, que había estado en Moscú para asistir al XX Congreso, le aconsejó que apoyara a Carrillo. La Pasionaria había vivido demasiado tiempo en la URSS para no darse cuenta de que su posición podía verse amenazada si entraba en conflicto con la nueva línea. En cualquier caso, ya no poseía el mismo espíritu combativo que la había caracterizado antes de su enfermedad. Durante las sesiones del XX Congreso del PCUS, el comunista italiano Vittorio Vidali, quien, con el pseudónimo de «Carlos Contreras», la había conocido en España durante la Guerra Civil, se encontró con Dolores en los pasillos del Kremlin y le sorprendió cómo le habían afectado sus achaques: «¡Cómo había cambiado! Siempre la recordaba tal como la conocí durante su período de ilegalidad, en el que me ayudó a colaborar con los prisioneros políticos y sus familias tras el levantamiento de Asturias y durante la Guerra Civil española: hermosa, majestuosa, ahora alegre, ahora triste; inteligente y espléndida oradora espontánea; su hermoso rostro había quedado marcado por la enfermedad y su mirada era menos brillante, pero su voz era la misma y resonaba como una campana de plata». Para Vidali, era «la figura más trágica del congreso», agotada por diecisiete años de exilio. El informe de Jrushchov había supuesto una amarga conmoción. La Pasionaria reverenciaba a Stalin y el sistema soviético. Ambos habían sido cruciales para sus actividades políticas durante casi treinta años. La destrucción de todas sus certidumbres perpetrada por Jrushchov atenuó en cierto modo su deseo de seguir luchando.

En ese momento, durante sus conversaciones con Carrillo, La Pasionaria se dio cuenta de que mantener su alianza con Uribe sería un suicidio. Por ello, en el que originalmente había de ser el juicio contra Carrillo, Uribe sería la víctima sacrificial, el culpable de los mismos delitos que Jrushchov había denunciado en su informe secreto. En una serie de reuniones del Politburó celebradas en Moscú entre el 5 de abril y el 12 de mayo, la minirréplica del PCE al XX Congreso del PCUS, quedó clara la postura de Dolores Ibárruri. Mije y Líster no tardaron en ver qué estaba sucediendo y cambiaron de bando inmediatamente. De las ciento sesenta y nueve páginas de las actas de la reunión, cincuenta y nueve documentan el discurso pronunciado por Carrillo el 2 de mayo, y treinta de ellas consistían en una larga diatriba contra Uribe, quien, según el comunista italiano Vittorio Vidali, parecía «vivir en otro mundo».

Con gran inteligencia, Carrillo logró dar la impresión de que su ataque a Uribe era en realidad una defensa de La Pasionaria, acusándolo de egolatría y de un culto exagerado a la personalidad, lo cual restaba prestigio a Dolores: «El camarada Uribe, sobre todo en los últimos años, se caracteriza por un enfatuamiento [*sic*], por una egolatría que le ha llevado a establecer un verdadero culto a su personalidad. No pierde ocasión de realzar su propio papel, la importancia decisiva de su actividad, el papel de sus ideas en la dirección del Partido. Esto lo hace, entre nosotros, en todas las reuniones, con una inmodestia y una falta del sentido del ridículo verdaderamente lamentable. Cuando Uribe realza su papel, rebaja el del Buró Político y el del secretario general del Partido sin ningún respeto para ellos». Uribe quedó atónito ante la artera descarga de acusaciones que bien podría haberse aplicado a Dolores Ibárruri o al propio Carrillo. Lo que hizo este con Uribe fue lo que Jrushchov había hecho con Stalin: enmascarar sus propios crímenes pasados, y los de La Pasionaria, culpando de todo a otro, en este caso, Uribe. Para ello contó con el respaldo de Claudín, que se confesó

avergonzado por haber colaborado en Moscú con Uribe en la organización de los juicios contra los camaradas acusados de actividades antisoviéticas en 1947. Puede que su arrepentimiento fuera sincero, pero no mencionó que todo el episodio había sido orquestado por Carrillo. Claudín llegó a criticar al Politburó por no explicar las medidas adoptadas contra Jesús Hernández, Enrique Castro Delgado e incluso Francisco Antón, cuestiones en las que tanto Dolores Ibárruri como Carrillo eran tan culpables como Uribe.

Carrillo previó inteligentemente posibles ataques afirmando que cualquier sospecha de que había creado un aparato de partido propio basado en las JSU existentes en tiempos de guerra estaba por completo fuera de lugar. A fin de cuentas, dijo, el partido difícilmente podía sobrevivir en España si solo corrían riesgos los militantes de sesenta años. Recordó a los allí presentes que de los sesenta y un miembros del Comité Central «elegido» en el V Congreso, diecinueve habían formado parte de las JSU y que otros dieciséis se habían unido al PCE durante la guerra; en otras palabras, la base misma de la fuerza de Carrillo. Luego declaraba: «Si algún día yo me volviera loco o canalla, lo que creo no sucederá, e intentara realizar una labor personal o de grupo con ellos, esos camaradas serían los primeros en denunciarme al partido… Yo podré ser poco capaz, podré llegar a cometer errores, pero en lo que tengo plena confianza es en que yo no seré jamás un peligro para el partido»[58]. Dolores Ibárruri reconoció que el testigo estaba cambiando de manos cuando afirmó al final del ciclo de reuniones sobre la cuestión del voto ruso respecto de la entrada española en Naciones Unidas: «Para satisfacción del camarada Carrillo, yo debo declarar que él tenía razón y yo no», ya que el artículo de Santiago apreciaba la importancia del voto de la Unión Soviética a favor de la incorporación de España en la ONU[59].

Por ello, tanto en la provocación como en la resolución del conflicto, los desestalinizadores vieron cómo sus aspiraciones

encontraban paralelismos en las de la cúpula rusa. Totalmente aislado, Uribe fue sustituido poco después como director del centro de París por Carrillo, que en aquel momento ejercía prácticamente de secretario general. Le permitieron seguir formando parte del Politburó, pero ya no era del círculo de confianza. En 1958 contrajo la enfermedad que se cobraría su vida tres años después. Antes de su derrota, los elementos más jóvenes liderados por Carrillo se habían mostrado reacios a socavar el liderazgo de La Pasionaria para no favorecer las ambiciones de Uribe. Ahora que lo habían quitado de en medio, el camino estaba despejado para apoyar a Carrillo. Dolores Ibárruri era muy consciente de que sus días como secretaria general estaban contados. Por el momento, Carrillo se contentaba con interpretar el papel de respetuoso lugarteniente. Fingía mantenerla informada de todo, aunque en realidad solo le comunicaba lo que quería que ella supiera. La denuncia del culto a la personalidad estalinista por parte de Jrushchov y el ataque de Carrillo contra Uribe habían mancillado el halo de santidad e infalibilidad de La Pasionaria. Aislada en Moscú, cada vez estaba más deprimida y era más consciente de que Carrillo y el grupo de París le ocultaban noticias. Su sensación de derrota inminente se intensificó cuando Carrillo le sugirió que se dedicara a presidir un comité para escribir la historia oficial del PCE durante la Guerra Civil[60].

Carrillo tenía todos los motivos para estar encantado con las políticas de Jrushchov, que aparentemente coincidían con sus deseos de renovar el PCE. Las revelaciones del XX Congreso representaron para él una prueba satisfactoria de que la URSS se encontraba en la senda de la democratización. Por el contrario, para Claudín, el recital de crímenes de Stalin resultaba profundamente inquietante y lo empujó a un largo peregrinaje intelectual para comprender cómo el ideal socialista había sido deformado por la experiencia estalinista. La invasión soviética de Hungría en octubre de 1956 exacerbaría aún más las dudas de

Claudín, mientras que Carrillo declaraba que Jrushchov tenía razón[61]. A la postre, esas divergencias conducirían a la traumática crisis que sufrió el PCE en 1964. Entretanto, Carrillo intentaba aprovechar su victoria sobre la vieja guardia estalinista del PCE. Hasta cierto punto, representaba un espíritu de reforma dentro del partido, pero nunca se lo aplicaría a sí mismo. En su incapacidad para aceptar un debate crítico, perpetuaría las actitudes estalinistas en el PCE[62]. En el pasado, solo había aceptado opiniones contrarias de quienes ejercían autoridad sobre él, o sea, en defensa propia, o de posibles aliados, con el fin de hacer prosperar sus ambiciones.

El primer fruto de la aparente nueva flexibilidad del Politburó fue la elaboración de la política de reconciliación nacional. Liberados del yugo estalinista, ahora era posible satisfacer las exigencias de los militantes en el interior de España, que pedían esfuerzos para buscar un terreno común con la nueva oposición antifranquista que estaba aflorando entre estudiantes y católicos. La primera semana de febrero de 1956 se habían producido importantes altercados estudiantiles en Madrid. Los estudiantes, incluso los de ideología izquierdista o liberal, pertenecían de manera casi exclusiva a familias acomodadas de clase media y no podían ser sometidos a la salvaje represión que se dispensaba despreocupadamente a los huelguistas de clase trabajadora. Para aprovechar la situación cambiante sobre la cual Semprún había informado al grupo operativo de París, Carrillo, a su regreso de Bucarest, había publicado un documento titulado *Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español*. En él argumentaba que la idea de que España estaba dividida entre vencedores y vencidos de la Guerra Civil ya no era válida y que la auténtica división existía entre quienes se beneficiaban de la dictadura y la mayoría de quienes se veían perjudicados por ella. De hecho, «reconciliación nacional» era simplemente una nueva denominación para una política que el PCE había aplicado esporádicamente desde 1941. No obstante,

cuando Semprún llevó el documento a Madrid, el aparato clandestino comunista lo acogió con entusiasmo[63].

Tras unos extensos debates mantenidos entre el 15 de julio y el 4 de agosto de 1956, en el transcurso de una reunión plenaria del Comité Central en la antigua cabaña de cazadores de Hermann Göring, situada cerca de Berlín, Carrillo pronunció una importante declaración que abogaba por enterrar los odios de la guerra alimentados por la dictadura. La nueva política no solo expresaba la disposición comunista a unirse a monárquicos y católicos en un futuro régimen parlamentario, sino que también apuntaba a un compromiso con un cambio pacífico[64]. El pleno de Berlín sería testigo de una dramática extensión del proceso de liberalización que había comenzado vacilantemente en el V Congreso del PCE, aunque no era difícil percibir la supervivencia de algunos hábitos estalinistas.

Los dos informes principales fueron presentados por Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo. Ambos reflejaban un deseo de emular el ejemplo del PCUS, otro ejemplo de la influencia de Moscú en la «democratización» del PCE. Sin embargo, también anunciaban cambios importantes en los métodos del partido. La Pasionaria rendía tributo al PCUS por su valor para reconocer públicamente sus errores y por señalar nuevos caminos hacia el socialismo. Habló también de la creciente importancia de la oposición estudiantil en España y de la necesidad de alianzas con fuerzas conservadoras y liberales del país a fin de garantizar una transición pacífica a la democracia[65]. Ello representaba claramente un nuevo distanciamiento del sectarismo pasado, pero era moderado en comparación con lo que diría Carrillo. Su informe de tres horas fue una evaluación muy crítica de los defectos de la cúpula del partido. Prácticamente ningún miembro del Politburó, con la excepción del propio autor, fue inmune a sus mordaces y lúcidas reprobaciones hacia los líderes en el exilio por impedir la democracia interna y por su dogmatismo, subjetivismo, sectarismo y aislamiento de las realidades del interior.

Y lo que es más importante, en cuanto a su propia ambición, hizo una devastadora demolición del culto a la personalidad de la secretaria general del PCE, aunque con un florido tributo parecía absolver a Dolores Ibárruri de su complicidad en el mismo: «Sobresalen las manifestaciones externas del culto a la personalidad en nuestro Partido. Esas manifestaciones externas han existido en torno al camarada José Díaz, en vida de este, y en torno a la camarada Dolores Ibárruri. Han consistido en presentar a estos dos camaradas como los artífices exclusivos, únicos, de todo lo que en realidad ha hecho el Partido. En presentarlos poco menos que como taumaturgos, de cuyo cerebro y actividad ha surgido todo lo que se debe al pensamiento y a la actividad de miles de comunistas. En estas manifestaciones del culto a la personalidad hemos llegado a formas que, apreciadas con rigor, pueden considerarse verdaderamente infantiles». Aunque mencionaba que Dolores Ibárruri siempre se había opuesto a esa práctica, estaba destruyendo su legendario estatus. Más tarde, Semprún opinaría que aquel discurso fue el apogeo de la disposición de Carrillo a liberalizar el partido. Así pudo criticar el papel de secretario general porque todavía no era él quien ocupaba ese puesto. Argumentó que los líderes identificaban sus intereses personales con los del partido y que castigaban las críticas vertidas hacia ellos interpretándolas como ataques contra la formación. Esas mismas críticas fueron las que un día le valdrían la expulsión del PCE[66].

Cuando Carrillo habló del autoritarismo acérrimo del Politburó, culpó explícitamente a Uribe de ser un obstáculo para el liderazgo colectivo y la autocrítica. Tanto Uribe como Mije habían de convertirse en víctimas sacrificiales y confesar públicamente sus errores ante el pleno. Los dos informes principales fueron aprobados por unanimidad por el Comité Central. Las serviles autocríticas y la uniformidad dejaban entrever que pocas cosas habían cambiado. Nada en la sesión plenaria evidenciaba una repentina adopción de procedimientos

democráticos. El programa y las conclusiones habían sido decididos de antemano por Carrillo y el nuevo Politburó. Según Líster, Carrillo se aseguró de que los miembros del Comité Central no tuvieran detalles de la lucha de poder que se había producido en Bucarest. Simplemente debían respaldar las conclusiones presentadas en los dos informes principales. No hubo un debate serio. Lo único que se supo de la caída en desgracia de Uribe fue su humillante autocrítica, y no la destrucción que había llevado a cabo Carrillo en la capital rumana.

No se analizó que las cosas que «confesó» Uribe eran igualmente características de Dolores Ibárruri y de Carrillo. Los errores del partido, en los que había sido un cómplice activo, fueron expurgados sin coste alguno para Carrillo. Los métodos y el pensamiento estalinista seguirían siendo un elemento intrínseco del repertorio de este último. Toda la culpa de los pecados pretéritos —la persecución de Quiñones, Monzón, Comorera y Antón, entre muchos otros— recayó en Uribe. Según afirmó Jorge Semprún: «Desde 1956, la dirección del PCE ha rehusado toda autocrítica pública, limitándose a barrer la basura estalinista en casa ajena, rechazando todo análisis histórico objetivo de aquel período de su propio pasado»[67].

Asimismo, el renovado compromiso de la cúpula con las reglas del centralismo democrático se vio un tanto devaluado por el hecho de que los miembros del Comité Central todavía eran nombrados por el Politburó. Sin embargo, en esta ocasión había una diferencia. Hasta el momento, era el secretario general quien proponía los nombres que había que elegir. El 1 de agosto, para estupefacción de La Pasionaria, se propuso que el recientemente fallecido Víctor Velasco fuese sustituido por Luis Zapirain, uno de los protegidos de Carrillo. Dolores se quejó de ese incumplimiento de los estatutos, pero la reunión siguió adelante y votó por unanimidad a favor de la incorporación de Zapirain al Comité Central. La Pasionaria se sintió humillada y protestó con

vehemencia, pero no sirvió de nada. No se sabe qué pensó sobre la exitosa propuesta de Claudín para que se levantaran las sanciones contra Francisco Antón. En la práctica, ella había dejado de ser la persona más importante del PCE[68].

Airear un espíritu crítico y ampliar el Politburó y el Comité Central prometían, al menos en teoría, un cierto progreso hacia la democratización. Esto se reflejaba especialmente en la medida adoptada para incorporar al Politburó a militantes veteranos que trabajaban en el interior, como Semprún, Simón Sánchez Montero y Francisco Romero Marín. Sin embargo, pese a que reflejaban la creciente oposición al régimen de Franco, sus opiniones, y en especial las de los intelectuales reclutados por Semprún, como Javier Pradera, a menudo serían ignoradas por Carrillo. Cuando cuestionaron sus ideas, como ocurría a principios de los años sesenta, reaccionó recurriendo a los hábitos estalinistas de los veinte años anteriores. Por ello, con sus limitaciones, el pleno de Berlín celebrado en verano de 1956 fue el equivalente del PCE al XX Congreso del partido soviético, con Carrillo interpretando el papel de Jrushchov[69].

En verano de 1956, Carrillo y su familia fueron de vacaciones a Bulgaria y allí coincidieron con el comunista checoslovaco Artur London y su mujer Lise Ricole, de origen francés. Carrillo los conocía desde la Guerra Civil, cuando London formó parte de las Brigadas Internacionales. Después del conflicto, London combatió en la resistencia francesa, fue capturado por la Gestapo y sobrevivió al campo de concentración de Mauthausen. Luego regresó a Checoslovaquia, donde en 1948 fue nombrado viceministro de Asuntos Exteriores. En 1951, fue uno de los detenidos durante las purgas de Slansky. Sufrió horribles torturas y se le obligó a confesar actividades sionistas, trotskistas y titistas. Entonces fue condenado a cadena perpetua. Cuando Carrillo lo conoció en Bulgaria, London había sido puesto en libertad recientemente gracias a las revelaciones de Jrushchov en el XX Congreso. Carrillo decía en sus memorias que quedó

profundamente afectado por el relato de London sobre lo que le había ocurrido y que más tarde plasmó en su libro *L'Aveu* y en la película del director griego Costa-Gavras. El hecho de que Carrillo, después de tantos años en un partido estalinista, se sorprendiera de los comentarios de London es sumamente difícil de creer. Su trato a Carmen de Pedro y Francisco Antón, por nombrar solo dos, denota que poco tenía que aprender en materia de arrancar falsas confesiones. Sobre ellos dijo que habían sido «relegados» y que «no merecían ser tratados así». Al respecto de su encuentro con Artur London, Carrillo decía: «Me hice el propósito de no creer en adelante en nada que yo no hubiera visto con mis propios ojos y tocado con mis propias manos, dijéralo quien lo dijese»[70].

La seriedad con la que se tomó esta buena resolución puede calibrarse por su reacción a la invasión soviética de Hungría el 4 de noviembre de 1956. Las fuerzas rusas aplastaron brutalmente el movimiento reformista de Imre Nagy, que se había inspirado en la aparente liberalización iniciada por Jrushchov en el XX Congreso. La preocupación dentro del movimiento comunista en general y el PCE en particular por una amenaza de las potencias occidentales sin duda se había visto intensificada por la crisis del canal de Suez a finales de octubre. Como decía en sus memorias: «Nos sirvió para sacar la consecuencia de que cualquier debilitamiento del bloque soviético comportaba el peligro de que potencias imperialistas emprendieran peligrosas aventuras para la paz y la independencia de los pueblos»[71]. En el análisis realizado más tarde por Manuel Azcárate: «La invasión de Hungría es quizá el momento en que los partidos comunistas occidentales caemos más bajo: nuestra estrategia se reduce a respaldar los intereses de Estado de la Unión Soviética». Paradójicamente, los intereses imperialistas de Estados Unidos y la Unión Soviética coincidieron durante la crisis de Suez en su deseo de poner fin al colonialismo anglo-francés. Los rusos apoyaron a Egipto y los estadounidenses retiraron su respaldo a

Gran Bretaña, Francia e Israel[72]. Fue revelador que Carrillo no advirtiera contradicción alguna entre la acción soviética para proteger la libertad y la paz del pueblo egipcio y la intervención para erradicar la libertad y la paz del pueblo húngaro.

Pese a que más tarde dijo que le preocupaba la invasión de Hungría, en su momento Carrillo estaba totalmente de acuerdo con la línea oficial del Kremlin, según el cual, había sido necesario aplastar una contrarrevolución organizada por una alianza de agentes imperialistas y reaccionarios húngaros. Años después, Claudín afirmaba que él había argumentado que aquellas eran cuestiones secundarias y que el detonante de la revolución húngara fue la política del Partido Comunista. Una agria discusión en el Politburó acabó dejando solo a Claudín. Carrillo envió un telegrama al Kremlin en el que expresaba el apoyo del PCE a la intervención rusa. También escribió un artículo justificando la invasión soviética como una respuesta necesaria a las maquinaciones fascistas e imperialistas. Fue el principio del enfriamiento en la hasta entonces estrecha colaboración de Carrillo y Claudín[73]. La nueva línea de Carrillo coincidía plenamente con la posición adoptada por Jrushchov, pero más tarde aseguró que no fue universalmente bienvenida en el mundo comunista. Cuando Alvaro Cunhal, secretario general del partido hermano portugués, salió de la cárcel a finales de los años cincuenta, emprendió una purga en la cúpula comunista de su país. El delito que castigaba, según Carrillo, se llamaba «españolismo», es decir, simpatía hacia la política de «reconciliación nacional» recientemente adoptada por el PCE[74]. De todos modos, poco después de apoyar la acción soviética en Budapest, Carrillo declaró: «El PCUS es el guía más autorizado del comunismo mundial»[75].

El año 1956 supondría el apogeo de los esfuerzos de Carrillo por liberalizar el partido, al menos hasta que la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 propició un mayor progreso hacia la democracia interna. Sería un error subestimar los cambios que se

produjeron entre 1954 y 1956. En comparación con otras fuerzas de la oposición, y en particular con los socialistas y los anarquistas, el PCE era relativamente fuerte, estaba unido y contaba con vínculos importantes entre el interior y los líderes en el exilio. Sin embargo, la flexibilidad que tanto había costado alcanzar entre 1954 y 1956 pronto se vio lastrada por la rígida reacción de Carrillo al hecho de que la política de reconciliación nacional no posibilitara el derrocamiento inmediato de la dictadura. El PCE siempre había estado dotado de un generoso componente de optimismo subjetivo. Esto era especialmente cierto en el caso de Carrillo; de hecho, era una de sus mayores virtudes. Cuando resultó obvio que la dictadura no se tambaleaba ante una oposición de ámbito nacional, reaccionó con una intensificación tanto de su optimismo como de su hostilidad ante los militantes que cometieron la temeridad de señalar la falta de realismo de la línea del partido.

Carrillo debía su ascenso en el partido, entre otras cosas, a su capacidad para trabajar duro y a su fuerte personalidad. A partir de 1956 empezó a amasar un poder sin parangón. En aquel momento era jefe del centro operativo de París y secretario de organización. Ello conllevaba jornadas de catorce a dieciséis horas diarias, lo cual significaba que apenas gozaba de vida familiar, excepto cuando pasaba unas vacaciones en centros turísticos de Europa del Este. Se desplazaba por París en un vehículo con chófer que le proporcionó el Partido Comunista francés. Entre reunión y reunión del Politburó, además de redactar y recibir informes y comunicar a los cuadros enviados su destino en el territorio español, casi todos los aspectos de la vida del partido estaban en manos de Carrillo. Sin embargo, le quedaba poco tiempo para estudiar la verdadera situación que se vivía en el país. Los miembros del Comité Central solían confeccionar informes que se amoldaban a la línea del partido y no a la realidad palpable. Las condiciones de clandestinidad exacerbaban este problema en el interior. Los agentes del PCE entraban en

España con instrucciones del centro parisino y las entregaban a sus contactos siguiendo una especie de cadena. Era inevitable que la creatividad de las bases se viera asfixiada por la simple transmisión de orientaciones o eslóganes abstractos. Los informes provenientes de células del interior solían ser esfuerzos por demostrar la validez de la línea del partido. La máxima preocupación de Carrillo era mantener su posición, que rara vez era cuestionada. Cuando Claudín comentó que, entre 1956 y 1964, el Comité Central jamás se había opuesto a los deseos de Carrillo, Mije replicó que había sucedido en una ocasión. Aun así, consistió en negarle permiso para poner en peligro su persona en una misión clandestina a España[76].

El problema quedó subrayado por la aplicación práctica de la política de reconciliación nacional que, según pudo comprobarse, fue prematura, aunque superficialmente los acontecimientos parecían justificar la nueva línea. En 1957, como respuesta a las duras condiciones generadas por el plan de estabilización del Gobierno, se produjo una importante oleada de huelgas que comenzaron en Cataluña y luego se propagaron a Madrid, Asturias y el País Vasco. La primera acción se produjo en la capital catalana a mediados de enero. De resultas de otro incremento en las tarifas del tranvía, Miguel Núñez, del PSUC, junto con otros grupos de la oposición, habían pergeñado con éxito un boicot masivo al transporte público durante dos semanas. Dicho boicot se vinculó a manifestaciones contra el régimen organizadas en la universidad con el pretexto de la solidaridad con la rebelión en Hungría. El general Felipe Acedo Colunga, que ocupaba el cargo de gobernador civil, empleó una violencia considerable para evacuar la universidad y poner freno a las manifestaciones en favor de los huelguistas. El monárquico Juan Bautista Sánchez, capitán general de la región militar de Barcelona, se mostró crítico con los duros métodos de Acedo Colunga, aconsejó cautela y, por tanto, algunos círculos consideraron que había prestado apoyo moral a los huelguistas.

Por Madrid circularon rumores, que al parecer se creyó el propio Franco, de que Bautista Sánchez planeaba un golpe de Estado a favor de la monarquía. Aunque el general falleció poco después, la especulación sobre la oposición monárquica al régimen suscitó en la organización del PCE en París la idea de que la reconciliación nacional tenía una base real[77].

Inspirados por lo sucedido en Barcelona, los veteranos del PCE en Madrid Simón Sánchez Montero, Luis Lucio Lobato y Juan Soler decidieron convocar un boicot al transporte público de la capital para los días 7 y 8 de febrero. Sánchez Montero redactó un llamamiento a la huelga, que sería leído en la emisora del partido, Radio España Independiente, y en el cual no se mencionaba al PCE. Luego envió el texto al centro operativo de París. Cuando se puso en contacto con Semprún, que estaba acompañado por Francisco Romero Marín, expresaron sus dudas sobre la idoneidad de aquella iniciativa. Sin embargo, no intentaron ponerle freno. Carrillo, igual de escéptico pero reacio a perder una oportunidad de demostrar la validez de su política de reconciliación nacional, autorizó la emisión y, utilizando una primitiva multicopista casera, la organización de Madrid imprimió laboriosamente unos panfletos de la huelga que se repartieron en los barrios obreros. Para sorpresa de la cúpula parisina, el boicot fue total[78].

Cegado por su optimismo, Carrillo se apresuró a atribuir el mérito al PCE, y afirmó que los acontecimientos de Barcelona, Asturias y Madrid eran fruto de su nueva política y prueba de que la clase trabajadora respaldaba la línea del partido. Señalando que habían participado socialistas, anarquistas, católicos y liberales no afiliados, el PCE anunció con impaciencia su disposición a sellar pactos y alianzas con ellos[79]. El compromiso de Carrillo con esa política quedó confirmado por la reorganización del Gabinete de Franco el 22 de febrero, cosa que, a su juicio, reflejaba la creciente debilidad de la dictadura. Desde luego, a principios de 1957 hacía frente a una bancarrota política

y económica. No obstante, la incorporación de tecnócratas del Opus Dei en el nuevo Gabinete propiciaría a la postre una enorme inversión extranjera, una masiva industrialización interna y emigración al extranjero, la urbanización de la población y la expansión educativa. A largo plazo se produciría un gran cambio económico cuyas consecuencias sociales no solo convertirían a Franco y al falangismo en anacronismos históricos, sino que harían de las triunfalistas predicciones de Carrillo sobre la inminente caída del régimen algo irrelevante. En cinco años, esos cambios y sus consecuencias desembocarían en un amargo conflicto en el seno del PCE.

Sin embargo, en aquel momento, Carrillo, que interpretó los cambios en el Gabinete como un síntoma de la decadencia del régimen, pensaba que era factible una amplia alianza contra el Estado. Según anunció al Politburó: «La clase obrera de Madrid responde en bloque a las orientaciones del partido comunista, justamente elaboradas sobre la base de un análisis correcto de la situación». Simón Sánchez Montero informó al pleno del Comité Central, en mayo de 1957, que la amplia participación social en las acciones pacíficas en Madrid y Barcelona «ha hecho de los boicots verdaderos plebiscitos contra la dictadura, ejemplos vivos de la reconciliación nacional entre los españoles y ha demostrado la posibilidad real del derrocamiento pacífico de la dictadura». El optimismo de Sánchez Montero no era del todo subjetivo, ya que se había sentido enormemente impresionado por las riadas de gente que fueron caminando al trabajo durante el boicot al transporte público de Madrid[80].

De hecho, lo que no habían percibido ni Sánchez Montero ni Carrillo era que la participación en las huelgas del transporte no tenía nada que ver con las directrices del PCE y todo con la masiva inflación y la caída del nivel de vida, que fueron la primera consecuencia de la liberalización económica impuesta por el nuevo Gabinete tecnocrático. Una enorme devaluación había sido la primera fase de un duro programa de estabilización

monetaria. Carrillo no vio el grado en que las huelgas habían constituido una reacción no política a las condiciones económicas resultantes. Al mismo tiempo que Sánchez Montero redactaba su informe, la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla caía en Colombia a consecuencia de un día de protesta nacional celebrado el 10 de mayo, conocido como el «golpe de Estado de la opinión pública». Alentado por las huelgas del transporte, Carrillo se convenció de que a España le aguardaba algo similar en el horizonte. En septiembre de 1957, anunció en un pleno del Comité Central una «Jornada de Reconciliación Nacional» para el 5 de mayo de 1958. Tal era la confianza de Carrillo en sus propias convicciones que, con cierta estrechez de miras, dio por sentado que una acción cuyo éxito se había debido al descontento social que se vivía en Madrid y Barcelona, podría repetirse a nivel nacional.

Los militantes de Barcelona quedaron asombrados por la iniciativa. El prometedor afiliado Jordi Solé Tura lo llamó «el salto al vacío». A pesar de la pesimista respuesta del interior, Carrillo insistió en que sería un paso decisivo hacia la caída de Franco. Su manifiesto extremadamente optimista convocaba una huelga de veinticuatro horas y exhortaba a que los estudiantes y profesores no asistieran a las universidades, a que los tenderos cerraran sus establecimientos, a que los campesinos no salieran al campo, a un boicot del transporte en las grandes ciudades, e incluso a que los industriales colaboraran cerrando las fábricas. Los efectos de la jornada de acción fueron mínimos, pero Carrillo, como principal artífice de la idea, aseguró que millones de españoles habían participado en un exitoso ensayo para un gran movimiento nacional contra la dictadura: «Con esta Jornada se ha abierto una nueva etapa en la lucha del pueblo español por la libertad, en la cual el derrocamiento de la dictadura está a la orden del día de manera urgente y concreta… Marchemos unidos hacia nuevas acciones, hacia un gran movimiento nacional de

masas que ponga fin a la aborrecida dictadura franquista y traiga el triunfo de la libertad y la democracia»[81].

Jordi Solé Tura viajó a París para informar del fracaso absoluto de la jornada. Después fue enviado a Praga, donde se reunió con buena parte de la cúpula del PCE, incluida Dolores Ibárruri. Su testimonio presencial de la ausencia de acciones huelguistas el 5 de mayo fue ignorado, y le dijeron que había sido un éxito masivo en el que participaron millones de trabajadores. Sin embargo, es probable que La Pasionaria recordara la larga conversación con Solé Tura cuando conoció el siguiente plan que tramaba Carrillo, aun de mayor envergadura[82]. De vuelta en París, y tras declarar que la dictadura estaba en la cuerda floja y que el alto mando del Ejército estaba volviéndose contra Franco, Carrillo ideó un movimiento de masas denominado «Huelga Nacional Pacífica» (HNP) para el 18 de junio de 1959. Hasta cierto punto, su iniciativa guardaba relación con la sensación creada en Madrid por una cena de tinte político celebrada el 29 de enero de 1959 en el hotel Menfis. Un grupo de influyentes monárquicos liderados por el abogado Joaquín Satrústegui había creado la Unión Española. Durante la cena, en la que estaba presente el socialdemócrata Enrique Tierno Galván, se debatió la creación de un frente democrático no comunista. Carrillo escribió a La Pasionaria que había un complot monárquico-socialista para excluir al PCE de la futura democracia. Era un temor real. Por un lado, el Partido Comunista era la fuerza antifranquista más efectiva en España, pero, por otro, existía el peligro de que la creciente oposición no comunista pudiera conseguir una reforma democrática limitada de la que el PCE quedara al margen. Era necesario obtener el apoyo de los demás grupos, como quedaba claro en un informe de Tomás García. De ahí la decisión de publicar los tres editoriales sucesivos de *Mundo Obrero,* donde fuera perfilándose la idea de la acción nacional plasmada finalmente en la huelga general de veinticuatro horas. Con ella,

Carrillo pretendía una demostración de fuerza para dejar claro que nada era posible sin el PCE[83].

La elección del momento fue desastrosa. Los efectos del plan de estabilización se estaban haciendo notar y los trabajadores, como es comprensible, se mostraban reacios a perder el trabajo, sabedores de que los empresarios aprovecharían la oportunidad que les brindaba una huelga para reducir la mano de obra. Uno de los grandes logros de la dictadura fue la despolitización de las masas. Por ello, las huelgas basadas en problemas locales reales eran una cosa, y las grandes manifestaciones nacionales cimentadas en ideas teóricas otra bien distinta. Además, las posibilidades de garantizar un frente amplio de oposición eran sumamente escasas. En España, la HNP fue organizada con considerable preocupación por Sánchez Montero, Semprún y Francisco Romero Marín (cuyo brusco y sensato estilo le había valido el apelativo de «el Tanque»). En París, los intentos de Carrillo por garantizarse la cooperación del Partido Socialista solo habían servido para recordarle el profundo anticomunismo que movía a Rodolfo Llopis, fiel seguidor de Indalecio Prieto.

De hecho, Llopis llegó a denunciar la huelga en sus editoriales para *El Socialista*. En Madrid, varios grupos universitarios se retiraron, repugnados por lo que consideraban la arrogancia condescendiente propia de los comunistas. Semprún se reunió con el falangista arrepentido Dionisio Ridruejo, quien manifestó su simpatía, pero confesó que su Partido Social de Acción Democrática era diminuto y que difícilmente podría aportar algo. El único grupo que mostró solidaridad con el PCE fue el Frente de Liberación Popular (FLP), una amalgama revolucionaria de reciente creación integrada por católicos progresistas y estudiantes castristas liderada por el diplomático cristiano Julio Cerón y el abogado Ignacio Fernández de Castro.

Tras semanas de preparativos, Sánchez Montero viajó a París y expuso a Carrillo sus dudas de que la huelga fuera a propagarse debido a la fortaleza del aparato represivo del régimen. En

Barcelona, Solé Tura y sus camaradas veían con escepticismo las posibilidades de éxito, sobre todo porque sabían que no existía una amplia alianza de fuerzas. Claudín, Ignacio Gallego y Julián Grimau realizaron visitas clandestinas para participar en los preparativos. Claudín se entrevistó con Ridruejo y Cerón. Ridruejo le dijo que el régimen se estaba fortaleciendo, no debilitando. También le advirtió que su grupo era muy pequeño («somos cuatro gatos») y que la actitud negativa de los socialistas impediría el éxito. Claudín pensó que eso era una excusa, pero Cerón era igual de pesimista. Así pues, tanto Claudín como Gallego y Grimau temían que el derrocamiento del régimen no fuese tan inminente como solía decir Carrillo. Claudín transmitió obedientemente la visión de Santiago y, cuando regresó a París, restó importancia a las dudas y reservas de los militantes del interior, considerándolas una respuesta natural a la gran dificultad que entrañaba organizar una acción de semejante alcance. Carrillo estaba decidido a que la huelga siguiera adelante, pese a que había recibido cartas de Dolores Ibárruri desde Moscú en las que cuestionaba la idea. Le irritaba que Carrillo hubiese decidido celebrar la HNP sin cumplir su deber de consultar con ella, pero también le preocupaba que el aparato del partido fuese destruido en un desafío tan claro al régimen. Santiago Álvarez, que actuaba como enlace entre Carrillo y ella, tuvo considerables dificultades para convencerla de que la acción propuesta era una buena idea[84].

La declaración de huelga llamaba a obreros, campesinos, estudiantes, funcionarios, empleados de comercios y artistas a dejar de trabajar y a los católicos a rezar por la libertad. Cuando se llevó a cabo, supuso un fracaso aún mayor que la Jornada de Reconciliación Nacional del año anterior. Ninguna fábrica importante cesó su actividad y solo hubo una participación aleatoria de individuos aislados de otros partidos. El PSOE condenó oficialmente la iniciativa. En su optimista anhelo por cerrar acuerdos con otros sectores sociales, el PCE trataba de

utilizar a la clase trabajadora para movilizaciones públicas con el fin de demostrar su peso como aliado. Esto implicó un considerable autoengaño sobre el nivel de politización de los obreros en aquel momento y sobre la influencia del PCE entre las masas. Era un planteamiento subjetivista que solo podía minar la credibilidad del partido entre aquellos a los que más debería haber intentado impresionar: los propios trabajadores. Con el aumento del desempleo y el temor de los obreros a perder sus puestos de trabajo, los fracasos no fueron en modo alguno sorprendentes. Además, la fanfarria sobre la huelga anunciada desde la prensa y la radio del PCE dieron a las fuerzas de seguridad tiempo de sobra para prepararse. La consecuencia fue que se produjeron numerosos arrestos, entre ellos los de militantes comunistas cruciales como Lobato y Sánchez Montero[85].

Lo más inesperado fue el modo en que Carrillo hizo valer su autoridad e impuso su opinión de que la huelga había sido un gran éxito propagandístico. Era una demostración de una de sus obsesiones: mantener el optimismo dentro del partido. En la primera reunión del Politburó celebrada tras el acontecimiento, Carrillo presentó la HNP como un triunfo, afirmando vagamente que había inspirado la simpatía de las masas y sembrado el pánico entre las autoridades franquistas. Claudín se opuso a su interpretación con el tibio apoyo de Ignacio Gallego, que había estado en Asturias, y Santiago Álvarez, que informó de los recelos de La Pasionaria. Aunque todos aceptaron su responsabilidad colectiva en la autorización de la huelga, Carrillo, que sin duda temía por su posición, decidió ver como un ataque personal lo que había sido una crítica de Claudín al Politburó al completo, él incluido. Acusó a Claudín de querer desmoralizar a las masas y declaró que se avecinaba una exitosa huelga nacional. Cuando llegó la hora del voto, Gallego y Álvarez se alinearon con Carrillo, y Claudín quedó en minoría absoluta. Luego, Carrillo publicó un

panfleto sobre la huelga que la presentaba como un éxito arrollador[86].

No obstante, le preocupaba que, puesto que había vencido las dudas expresadas por Dolores Ibárruri sobre la HNP gracias a unas predicciones exageradas de su inevitable éxito, ella pudiera culparlo de su fracaso. Para exponerle sus argumentos, a finales de julio de 1959 Carrillo llevó una delegación a Rusia compuesta por Líster, Gallego, Álvarez, Tomás García y Semprún. Antes de partir, Carrillo le explicó a Semprún lo ocurrido en el Politburó. Le dijo que la postura de Claudín no le había sorprendido, pero realizó un comentario sobre la breve disidencia de Ignacio Gallego que revelaba mucho de sí mismo: «Es muy raro que Gallego se ponga en contra del poder». El grupo se reunió con La Pasionaria en su *dacha* de Uspenskoie, cerca de Moscú. Carrillo apenas había empezado a justificar la HNP cuando Dolores Ibárruri dejó caer una bomba al anunciar su dimisión como secretaria general. La Pasionaria era plenamente consciente de que Carrillo trataba de reemplazarla desde que sufrió las humillaciones en el pleno de agosto de 1956 y de nuevo en 1957, cuando este intentó convencerla de que escribiera una historia del PCE durante la Guerra Civil. Entonces, para disgusto de Carrillo, había propuesto la creación del puesto de vicesecretario general. El hecho de que rara vez le consultara asuntos importantes del partido y, en especial, que no siguiera el consejo de no lanzar la HNP, la convenció de poner fin a una situación falsa en la que solo era secretaria general sobre el papel. Fue un gesto de dignidad. Siguiendo su costumbre de juzgar a otros acorde con sus criterios, la reacción inmediata de Carrillo fue espetar a Semprún: «¿Qué maniobra nos estará preparando?». Tras las protestas de rigor y unos tibios esfuerzos por hacerle cambiar de opinión, Líster propuso que Carrillo se convirtiera en secretario general y La Pasionaria en presidenta del partido[87].

La reacción de Carrillo al desastre de la Huelga Nacional Pacífica confirmó que 1956 había sido el momento álgido de

cualquier inclinación que hubiera sentido por desestalinizar el PCE. De hecho, indicaba que esa disposición había sido en buena medida un instrumento de su ambición para suplantar al grupo de líderes integrado por La Pasionaria, Uribe y Mije. No habría más liberalización hasta los acontecimientos de 1968. Cuando la nueva línea de reconciliación nacional no garantizó el derrocamiento inmediato de Franco por parte de una amplia coalición de fuerzas democráticas, Carrillo reaccionó con rigidez estalinista y un subjetivismo excesivo. Su determinación de ver confirmada la idoneidad de la nueva línea en todos los acontecimientos que tuvieran lugar en España ya estaba sumiéndolo en un conflicto con su antiguo aliado, Fernando Claudín. Incapaz de tolerar cualquier discrepancia, se puso furioso cuando Claudín contradijo su interpretación de la HNP y pidió más sensibilidad hacia la cambiante situación del interior.

La ocultación de la debacle por parte de Carrillo había de tener consecuencias de gran calado en el seno del PCE. Fernando Claudín y Jorge Semprún habían empezado a reflexionar sobre las deficiencias del análisis del PCE respecto del desarrollo social y político de España como la clave de la ineficacia de la línea oficial. Cuando afrontaron una mendaz interpretación de lo que había ocurrido realmente, respaldada por la considerable autoridad de Carrillo, se vieron obligados a realizar una exhaustiva evaluación de la democracia interna del PCE. Sin embargo, existía una diferencia entre ellos, en el sentido de que Semprún creía que una crítica directa a Carrillo no llevaría a ningún sitio y que sería mejor intentar convencerlo gradualmente de los defectos de la política del partido[88]. Las consecuencias de sus reflexiones tardarían otros cuatro años en afectar al partido. Entretanto, Carrillo siguió plenamente comprometido con la idea de una huelga general en todo el país y reaccionó al fracaso de 1959 con medidas destinadas a garantizar el éxito la próxima vez. En el inminente VI Congreso se introducirían cambios que pretendían otorgar más flexibilidad al aparato interior del PCE.

El 24 de diciembre de 1959, y sin especificar el propósito, se convocó al Comité Central para una reunión en una gran escuela situada a las afueras de Praga. A su llegada fueron informados de que el VI Congreso daría comienzo al día siguiente y que proseguiría hasta el 1 de enero. El Politburó había decidido el programa con mucha antelación y no lo había distribuido por motivos de seguridad. En una endeble medida preventiva para proteger a los miembros venidos del interior, se eligió aquella fecha para que pareciese que viajaban a Francia por Navidad. Con este fin, se dejaron postales en París, que fueron enviadas a sus familias en España. Asimismo, declaraciones posteriores sobre el congreso aseguraban que se había celebrado entre el 28 y el 31 de enero de 1960. Ninguna de esas medidas protegió a quienes tuvieron que regresar a España, sobre todo porque a la policía le resultó muy fácil descubrir quién había ocupado los vuelos casi vacíos entre Zúrich y Praga. Después del congreso, las detenciones de muchos de los delegados desencadenaron un efecto dominó que diezmó a la organización del interior. Casi con total seguridad, la causa fue que uno de los delegados, un individuo desconocido, asombrosamente, de Pamplona, era un informador de la policía. Sin embargo, hubo otros fallos de seguridad. Se tomaron muchas fotos de grupo y Santiago Álvarez celebró reuniones en su casa en las que se utilizaron nombres reales[89].

En cuanto al debate, no fue más allá de las críticas más leves y consistió fundamentalmente en un respaldo entusiasta a los discursos de los miembros del Politburó[90]. Carrillo inauguró los actos el día de Navidad a las 9.15 y terminó de leer su discurso de noventa y cinco páginas a las 16.15. Con un tono triunfalista, superó incluso su historial anterior. Ante sesenta delegados de España, hombres que sabían que la Huelga Nacional Pacífica no había tenido ninguna posibilidad de éxito, su feroz oratoria los convenció de que había sido un triunfo arrollador. Anunció que la derrota del régimen de Franco era inminente, e incluso que el Ejército estaba profundamente dividido. Aún más asombrosa fue

su afirmación de que algunos elementos de la Guardia Civil y la policía habían ayudado a preparar la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958 y la Huelga Nacional Pacífica. Asimismo, aseguraba, «con la abstención de comprar, de tomar los transportes, y con los paros, millones de hombres y mujeres se pronunciaron contra la dictadura». Alegando que eran innecesarios más detalles porque los propios delegados habían participado en la HNP, preguntó: «¿Era justo o no, plantear en el momento en que lo hicimos la consigna de huelga nacional?». También reconoció que la huelga no había estado a la altura de las previsiones, pero afirmó que el partido había salido reforzado por lo que la acción había enseñado a las masas. Incluso adujo que el partido se había «templado» gracias a las detenciones de militantes clave como Simón Sánchez Montero. Su declaración más descarada no fue que el fracaso de la HNP respondía al sabotaje del PSOE de Rodolfo Llopis y la Unión Española de Satrústegui, sino que los líderes de ambas organizaciones habían admitido de forma explícita su terrible error al no apoyar la iniciativa del PCE[91]. Las dos jornadas posteriores consistieron eminentemente en intervenciones de delegados de toda España, que confirmaron por unanimidad la opinión de Carrillo de que la HNP estuvo del todo justificada[92].

El anuncio de cambios en el Comité Central lo realizó Ignacio Gallego, quien el 30 de diciembre por la tarde leyó un guión preparado en colaboración con Carrillo. El tema era la necesidad de que una nueva generación tomara las riendas del partido. Sin embargo, según Solé Tura, el discurso de Gallego adoptó la forma de un ajuste de cuentas con la vieja cúpula. A Solé Tura, su tono y sus argumentos, al estilo de las viejas denuncias estalinistas, le parecieron escalofriantes. Gallego entró en detalles concretos sobre por qué algunos camaradas estaban siendo apartados del Comité Central, y se dieron nombres de personas excluidas por alcoholismo, incompetencia, holgazanería, indiscreción sexual o confesión bajo tortura[93].

Carrillo fue confirmado formalmente como secretario general y Dolores Ibárruri «elevada» al recién creado puesto de presidenta del partido. En su discurso, una revisión de la historia del PCE en su cuadragésimo año de existencia, La Pasionaria no hizo mención del ascenso de Carrillo. El tema principal fue la importancia del compromiso del PCE con la defensa de la URSS[94]. Como parte de la aparente modernización del partido, el Politburó fue rebautizado como comité ejecutivo y ampliado a quince miembros. También el Comité Central aumentó de tamaño. Esta democratización formal quedó compensada con la creación de un secretariado de partido compuesto por cinco miembros, a saber, el secretario general, Fernando Claudín, Ignacio Gallego, Antonio Mije y Eduardo García, un agente del KGB, los tres últimos partidarios incondicionales de Carrillo. Dicho secretariado era considerablemente más reducido que el Politburó[95].

El papel de Claudín consistía en presentar el programa de partido, que necesariamente conllevaba una valoración de los cambios socioeconómicos que justificaban su renovación. En esencia, argumentó que el desarrollo del capitalismo bajo el régimen de Franco apuntaba a que la siguiente fase tendría un cariz burgués democrático y que, para posibilitar su materialización, la política de reconciliación nacional era correcta. Solé Tura señaló que, en el debate posterior, el tono de Claudín denotaba que «no estaba seguro de algunas de las cosas que él mismo decía, y sobre todo, de las que decían otros miembros de la dirección»[96].

El compromiso de Carrillo con la Huelga Nacional Pacífica fue confirmado por el congreso, y se realizarían cambios para garantizar su éxito. Lo más cerca que estuvo el congreso de reconocer el fracaso de la huelga de 1959 fue un informe de Semprún, como Federico Sánchez, que no fue leído. Presentaba lo que tácitamente constituía una investigación sobre el desastre de 1959 que, en la medida en que fue reconocido, se atribuía a

deficiencias en la organización. Tiempo después, *Nuestra Bandera* publicó una versión expurgada. En ella se subrayaba la rigidez del sistema clandestino de contactos, en el que los líderes del partido debían reunirse con activistas de España de uno en uno en esquinas, frente a las fábricas o en encuentros «casuales» en trenes o autobuses. Esta cadena solo permitía la transmisión de instrucciones desde arriba. Además de laborioso y arriesgado, reducía las posibilidades de nuevos reclutamientos. Para remediar dichas limitaciones, Semprún pidió una estructura de comité más democrática, e indicó que esos comités debían poder seguir actuando aunque se rompiera el contacto con los líderes. En un partido que había condenado a tantos activistas por sus iniciativas cuando estaban aislados del centro, aquella recomendación era dramática.

Semprún también realizó un comentario que tal vez debería haber hecho saltar las alarmas de Carrillo: «Un dirigente comunista no solo tiene que saber exponer nuestra política, también tiene que saber escuchar. Y saber escuchar no es tan fácil como parece; saber escuchar a los camaradas, saber escuchar a las masas, saber escuchar las voces y los rumores de la realidad social de nuestro país». Si Carrillo pensó que aquellas observaciones contenían algún comentario acerca de su estilo, en su momento no reaccionó[97].

El congreso reconoció que las políticas de reconciliación y la huelga nacional significaban que el PCE debía abrirse a las clases medias y profesionales. Los estatutos del partido fueron modificados para admitir condiciones más flexibles de acceso, y se tomó la decisión de intensificar las campañas de reclutamiento. Carrillo expuso sus ambiciones de forma reveladora al predecir que el PCE sería el partido más importante en una futura democracia, con una tercera o una cuarta parte del voto. Las sesiones concluyeron con un breve discurso de Carrillo, en el que reiteró la necesidad de avanzar hacia la Huelga Nacional Pacífica definitiva. Asimismo, insistió en la necesidad de seguridad, y

explicó por qué el PCE anunciaría que el congreso se había celebrado a finales de enero de 1960. Sus advertencias serían en vano[98].

La posterior transición de un partido de militantes a un partido de masas, junto con la reconciliación nacional y la huelga pacífica, eran conceptos eminentemente correctos pero prematuros que al final darían sus frutos entre 1975 y 1977[99]. Las resoluciones del VI Congreso situaron firmemente al PCE en la vanguardia de la lucha antifranquista, pero también marcaron un progreso irreversible hacia la liberalización del partido. Sin embargo, a corto plazo surgieron discrepancias entre la liberalización retórica y la falta real de democracia interna. La nueva línea no solo era difícil en el territorio español, sino que su formulación teórica despertaba ciertas dudas entre sus posibles seguidores. Muchos de los estudiantes radicales formados en las batallas universitarias de mediados de los años cincuenta abrigaban serias dudas sobre la nueva política moderada del Partido Comunista. Consideraban la reconciliación nacional una negación de las realidades de clase y, en cualquier caso, la apertura del PCE no pareció calar entre las clases medias. Algunos consideraban que el PCE había desempeñado un papel reaccionario durante la Guerra Civil. Por ello, muchos jóvenes de izquierdas, en lugar de afiliarse al partido, empezaron a buscar una alternativa revolucionaria comunista no ortodoxa. El primero de los grupos aparecidos a finales de los años cincuenta fue el Frente de Liberación Popular, que se había visto debilitado por la represión posterior a la HNP. A la postre fue destruido por la persecución policial, pero representó el comienzo de una tendencia anticomunista de la izquierda que constituiría el semillero para muchas otras organizaciones, incluido el propio PCE. Las manifestaciones disidentes más ruidosas provinieron de varios grupos pro chinos y ultraizquierdistas que tachaban a Carrillo de revisionista burgués. Si acaso, deseaban deshacer las reformas organizativas y tácticas realizadas por el PCE desde

1945[100]. Las facciones marxistas-leninistas privaron al partido de algunos estudiantes revolucionarios, pero probablemente contribuyeron a la imagen cada vez más asentada del PCE como partido serio y moderado. Para Carrillo, solo eran rumores llegados desde fuera del escenario. Había alcanzado su objetivo de convertirse en secretario general del Partido Comunista y estaba convencido de que tenía la clave para la próxima fase de su imparable ascenso.

5

El héroe solitario

1960-1970

Carrillo había declarado en su informe ante el VI Congreso que «el fracaso histórico del régimen franquista» era «ya un hecho», y aseguraba que los diversos componentes del aparato represivo del Estado habían colaborado para que la Huelga Nacional Pacífica fuese un éxito el 18 de junio de 1959. Por ello, la gran ofensiva policial que sobrevino y diezmó al partido debería de haber supuesto un duro golpe. No obstante, en respuesta a ello, Carrillo simplemente intensificó el tono optimista de su retórica. Escribió a Dolores Ibárruri una fantasiosa carta en la que aseguraba que el resto de la oposición antifranquista se avergonzaba de no haberse unido a los comunistas en la HNP. También le decía que su impacto había sido tal que había provocado importantes cambios en esos otros grupos, por lo que participarían con entusiasmo en la próxima huelga general[1].

Aunque se podía permitir enviar a Moscú una interpretación ficticia de la situación, Carrillo tenía que enfrentarse a los miembros del PCE en territorio español que sabían lo que había ocurrido realmente. En mayo de 1960, la organización de París recibió un informe devastadoramente pesimista de la HNP firmado por Javier Pradera, uno de los activistas estudiantiles más valiosos de la Universidad de Madrid que había sido

reclutado por Jorge Semprún. Vástago de una famosa familia carlista, Pradera, cuyos padre y abuelo habían muerto en la Guerra Civil, no tenía unos contactos únicos en la derecha. Por ello, había participado muy activamente en la organización de la HNP, había sido testigo de su fracaso y sabía que las declaraciones de Carrillo poco tenían que ver con la realidad[2]. El secretario general no pudo prever el grado en que Pradera, aunque con un lenguaje cauteloso, desmontó su reescritura optimista del descalabro de la HNP. El argumento esencial de Pradera era que toda la operación había sido prematura, por no decir irresponsable. Afirmaba, no sin cierta ironía, que uno de los grupos de derechas cuya cooperación Carrillo daba por sentada, había dicho que «no quería colaborar a implantar en España la dictadura del proletariado».

Además de demostrar que las clases medias no tenían interés en participar, Pradera señalaba que, en las provincias, los obreros se encontraban en un marco histórico diferente al de los principales centros industriales. Decía algo muy chocante: que los militantes clandestinos se sentían más desmoralizados por las predicciones optimistas del partido y la posterior distorsión de lo ocurrido que por el fracaso en sí. Desestimando las aseveraciones de Carrillo, según quien la HNP había sido una operación propagandística muy exitosa, Pradera decía que el exceso de optimismo previo y la exageración posterior habían repelido a muchos aliados potenciales. Asimismo, exponía el lúcido argumento de que el desarrollo económico en España estaba acrecentando la posibilidad de entrada en el Mercado Común Europeo, algo a lo que el partido se oponía. Según Pradera, esto exigía un replanteamiento de la estrategia del PCE. Carrillo estaba furioso por lo que interpretaba como un acto de indisciplina y, puesto que lo había cometido alguien reclutado por Semprún, aprovechó la oportunidad para enfrentarles, obligando a este último a responder[3].

Dado que el informe de Pradera exponía los mismos argumentos, aunque con mayor vehemencia, que los planteados por Claudín en la primera reunión del Politburó tras la HNP, Carrillo quería obtener rédito del indiscutible prestigio de Semprún entre los militantes del interior para silenciar este brote de revisionismo. Claudín creía que las motivaciones de Carrillo eran acabar con los apoyos a su disidencia desde el interior y conseguir que Semprún se distanciara por escrito de Pradera y Claudín. De ahí que, en junio de 1960, y con escasa convicción, Semprún redactara, tal como le habían indicado, una carta sarcásticamente condescendiente, inconexa y con el doble de extensión que la original de Pradera. Semprún acusaba a su amigo de ser abstracto y poco realista. Puesto que el propio Pradera reconocía una falta de supervisión detallada de la HNP, Semprún apuntaba que sus argumentos poseían un «carácter abstracto, poco dialéctico, por no decir francamente metafísico», cosa que atribuía a su educación universitaria, a su aislamiento de los problemas reales, intensificado por su estancia en prisión, y a su planteamiento teórico «excesivamente libresco». La acusación fundamental, que hedía a dictado de Carrillo, era que Pradera adolecía de falta de confianza en el poder de las masas y, por tanto, en el éxito último de la política de la HNP[4].

En su inteligente y sardónica respuesta, Pradera dejaba bastante claro que sospechaba que la carta había sido escrita bajo coacción. Tampoco ocultaba su consternación por lo que consideraba una traición de un amigo. La larga y detallada misiva, pese a su tono irónico, recogía el asombro («tu carta me ha dejado literalmente estupefacto») por la «mezcla de benévola condescendencia y tonante jupiterismo» de Semprún. Pradera notó que los exabruptos de la carta de Semprún eran absolutamente contrarios a su estilo habitual. «A mi juicio has escogido una mala vía para convencer. Creí que una cosa era el diálogo con el amigo y otra la polémica con el enemigo, que una cosa era la controversia y otra la impertinencia». El último

párrafo refleja su aflicción personal: «No me gusta este tono para discutir con los amigos. Como tú lo eres con doble título, como "amigo" y como amigo personal (al que debo mucho en todos los terrenos), todavía me disgusta más. Como en las peleas de chavales, te diré que "yo no empecé". Si "he seguido", es porque si las cosas no se sacan a la superficie, terminan pudriéndose y pudriéndote»[5].

Pradera fue excluido del partido y, dos años después, citado en París, donde fue sometido a interrogatorio por Carrillo en presencia de Semprún y Claudín. Estos no hicieron nada por defender a su amigo, que se sintió repugnado por todo el proceso. De hecho, vomitó en la calle tras la primera sesión. Carrillo lo detestaba instintivamente por considerarlo «un niño bien», y hasta que Pradera salió del partido, lo veía como la fuente de toda la disidencia procedente de Madrid[6].

El primer gran discurso público de Carrillo después del VI Congreso tuvo lugar en una sesión plenaria del Comité Central celebrada en París entre el 10 y el 12 de octubre de 1961, en pleno apogeo de la crisis por la construcción del Muro de Berlín. A mediados de agosto habían comenzado las obras del muro, y a finales de ese mes, el presidente John F. Kennedy había ordenado un incremento de la presencia militar estadounidense en Europa. Ante el enfrentamiento de Washington y Moscú, Carrillo presentó una línea firmemente pro soviética, y otorgaba gran importancia a la existencia de bases estadounidenses en España como parte de una amenaza occidental contra la Unión Soviética. El KGB estaba organizando una campaña engañosa para dar la impresión de que la Unión Soviética contaba con armamento más sofisticado y abundante del que se creía, y de que estaba preparada para lanzar un ataque nuclear en respuesta a las provocaciones occidentales en torno a Berlín occidental. Según la interpretación de Carrillo, la acción soviética era un heroico esfuerzo por defender al mundo de la agresión estadounidense. Denunciando

la presencia occidental en Berlín, presentó la crisis como un plan imperialista para provocar una guerra contra la Unión Soviética.

Asegurando que el pueblo español sentía una simpatía especial por la Unión Soviética y su compromiso con la paz mundial, exhortó a comunistas y católicos a unirse en una movilización contra el régimen de Franco a fin de impedir que las bases estadounidenses fuesen utilizadas contra la Unión Soviética. De ahí pasó a un canto de alabanza por la abundancia que pronto gozarían los ciudadanos del Bloque Soviético gracias a un incremento del 600 por ciento en la producción industrial y un 350 por ciento en la agrícola, tal como prometía el PCUS. Su confianza en que esto se materializaría y en que todas las familias rusas poseerían un hogar moderno y confortable se vio alimentada por los logros del astronauta Yuri Gagarin, quien, a bordo de la nave espacial *Vostok 3KA-3,* se había convertido en el primer hombre en orbitar la Tierra. «Estos planes», declaraba, «que, como todos los elaborados por la Unión Soviética, tienen una rigurosa base científica, conducen a la desaparición completa y absoluta de las clases, de las diferencias entre la ciudad y el campo, entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, y a la satisfacción cada vez más amplia de las necesidades materiales y espirituales de la sociedad».

Incidiendo de nuevo en su repertorio sobre el derrumbamiento inmediato de las dictaduras y el triunfo de la política de reconciliación nacional, lanzó la vacua amenaza de que, si el resto de las fuerzas antifranquistas no se unían en un gran frente de oposición al régimen, el PCE lo haría en solitario, guiaría al proletariado urbano y rural hasta la victoria y, por tanto, lideraría el régimen posterior: «No vacilará en asumir la iniciativa y la dirección de la lucha para derribar a Franco y salvar la paz; no vacilará tampoco en encabezar la nueva situación democrática que, como consecuencia, se cree en España». La estrategia para garantizar ese éxito sería la HNP, aunque con la posibilidad de enfrentamientos armados entre las

masas y los defensores recalcitrantes del régimen. Tampoco descartaba la posibilidad de una lucha armada en caso de que las circunstancias sociales empeoraran o de que España se uniera a Estados Unidos en una guerra contra la Unión Soviética[7].

Las amenazas implícitas al resto de la oposición reflejaban su inquietud, por no decir desesperación, ante el crecimiento de la oposición no comunista. En el informe al VI Congreso había expuesto su temor a que la aparición de Unión Española y la reacción del PSOE llevaran a la exclusión del PCE de una monarquía democrática posfranquista. Tal vez reveló más de lo que deseaba sobre las motivaciones de la HNP cuando dijo: «La dirección del Partido debía encontrar la forma de combatir esos planes»[8]. La constante incapacidad de Carrillo para demostrar la moderación del PCE ante un público de clase media quedó reflejada en la histórica reunión de figuras opositoras del interior y exiliadas que tuvo lugar en el hotel Regina Palace de Múnich el 5 y 6 de junio de 1962. El acto fue organizado por Salvador de Madariaga, presidente de la Internacional Liberal, y Alsing Andersen, su homólogo de la Internacional Socialista, para congregar a representantes de la oposición democrática antifranquista de dentro y fuera de España. Reuniendo a una «asamblea de notables» con setenta figuras del interior y cincuenta del exilio, Madariaga esperaba acabar con la propaganda del régimen que aseguraba que las únicas opciones eran el franquismo o el comunismo. La idea pronto ganó adeptos y fue recogida y desarrollada en la Península por la Asociación Española de Cooperación Europea, cuyo presidente era el democristiano y monárquico conservador José María Gil Robles. Finalmente, el plan se concretó en una reunión de dos días dedicada al debate sobre la situación española con el título de «Europa y España», enmarcado en los actos del IV Congreso del Movimiento Europeo celebrado en Múnich del 5 al 8 de junio de 1962.

Los preparativos para la reunión coincidieron con una oleada de agitación industrial en el norte de España. Tanto la reunión como las huelgas tendrían un gran impacto en el PCE. En los primeros años de la década se aunaron varios factores que agudizarían las contradicciones básicas e implícitas en un Partido Comunista que trataba de cortejar a aliados burgueses. Por un lado, la muerte de Stalin, las revelaciones del XX Congreso del PCUS y las declaraciones de Carrillo parecían marcar cierta liberalización del PCE. Por otro, la relajación era más aparente que real, puesto que Carrillo, pese a la fachada liberal que se cuidaba de mantener, jamás toleraría la disidencia dentro del partido. Tampoco estaba abierto a replantearse sus posturas. A principios de los años sesenta se inició un espectacular crecimiento económico en España que fortalecería al régimen, a la vez que aumentaba el grado de movilización y la confianza en sí misma de la clase trabajadora. La consecuencia inmediata de esto último fueron las huelgas que recorrieron el país en 1962. Desde Asturias se propagaron rápidamente al País Vasco, Cataluña y Madrid, pese a los empeños de las fuerzas de represión. Esas huelgas primaverales culminaron en una victoria para los trabajadores, y Carrillo las interpretó, jubiloso, como el comienzo del paro general que derrocaría al régimen. No reparó en que las huelgas tenían una motivación económica y se basaban en el simple hecho de que los obreros veían la posibilidad de incrementos salariales. Su optimismo en que el fin de la dictadura estaba cerca se basaba en la suposición de que una reducida camarilla franquista dominaba una economía atrasada que se hallaba al borde de la explosión social. Por tanto, no era consciente de que la aparente capitulación de los industriales obedecía más a la creciente prosperidad y a la determinación de no alterar la producción que a un retroceso por parte del régimen de Franco[9].

Las reconsideraciones tácticas necesarias para que Carrillo se convenciera de que el pronosticado desastre económico no era

inminente generarían graves divisiones en el seno del PCE. Por el momento, siguió hablando a través de la prensa del partido como si el régimen hiciera frente a una destrucción inaplazable. Consideraba todas las huelgas una prueba fehaciente de que su opinión era acertada, cuando en realidad existían cada vez más indicios que apuntaban a lo contrario. En un extenso discurso pronunciado en junio ante militantes del PCE en París, se felicitó de que las huelgas de 1962 constituyeran prueba de su tesis, según la cual estaba formándose una amplia alianza de fuerzas sociales para derrocar a la retrógrada camarilla franquista y porque su política de reconciliación nacional estaba allanando el terreno para una huelga nacional de signo pacífico: «El análisis que la dirección del Partido hacía en octubre pasado ha sido confirmado brillantemente por la realidad. Pero de una manera más general, las huelgas de abril y mayo vienen a corroborar toda la línea política y la táctica del Partido». Asimismo, declaraba, «lo que en otros países se hubiera reducido a un conflicto laboral más o menos serio, en España ha quebrantado profundamente al régimen, puesto en evidencia su impotencia y su caducidad, y ha removido todos los fundamentos de la actual sociedad». Aplaudiendo su propia perspicacia, afirmó: «De manera brillante, ha sido confirmada la concepción del Partido, su táctica»[10].

Cinco meses después, el Partido Comunista francés publicó un libro sobre las huelgas con un texto que reiteraba la interpretación triunfalista de Carrillo. También alababa una retahíla de profecías certeras, empezando por la declaración de Reconciliación Nacional en agosto de 1956, por medio de la Jornada de Reconciliación Nacional de 1958, la HNP en 1959, el informe de Carrillo al VI Congreso y, por último, la culminación que supuso su discurso en el pleno del Comité Central celebrado en octubre de 1961. Con una arrogancia más pasmosa que la demostrada en su parlamento de París, Carrillo aseguraba que había predicho con exactitud las huelgas: «El Partido ha preparado con su labor política las huelgas de abril y de mayo y

ha sido el alma de la organización y dirección de estas huelgas». Según ese documento, los paros comenzaron cuando varios militantes del partido decidieron en marzo que había llegado el momento de asestar el golpe definitivo a la dictadura. Una vez iniciadas, las huelgas respondieron a la política del PCE, tal como la expresaban las retransmisiones realizadas por La Pasionaria y Carrillo en Radio España Independiente durante todo el mes de mayo. El día 5 de ese mes, el comité ejecutivo había hecho un llamamiento a todas las fuerzas de la oposición para que se unieran en lo que se presentaba como una gran huelga general para acabar con la dictadura. Dicho llamamiento fue retransmitido por Carrillo al día siguiente. El libro reconocía la base económica de las huelgas, pero todavía las interpretaba en los términos de la inevitable HNP. Por ello, aunque era obvio que la represión contra los mineros de Asturias había sido feroz, Carrillo argumentó, como había hecho en el VI Congreso y en su discurso de París, que la mayoría de las fuerzas del orden simpatizaban con la estrategia de la HNP[11].

Vinculando las huelgas y la reunión programada por Madariaga en Múnich, la prensa franquista anunció que, para lidiar con la agitación provocada desde el extranjero, se declararía el estado de guerra. Sin darse cuenta, el régimen estaba reconociendo la importancia simbólica de Múnich y los cambios económicos puestos de relieve por las huelgas. La oposición exiliada estaba alcanzando un acuerdo con antifranquistas conservadores y con la nueva oposición que había surgido en los años cincuenta. De no ser por la exclusión de los comunistas, podría decirse que, en muchos sentidos, el encuentro que tuvo lugar en Múnich de monárquicos, católicos y falangistas renegados con socialistas y nacionalistas vascos y catalanes presagió el gran movimiento de consenso democrático que había de dar sus frutos en los años setenta.

No todos los asistentes habían aprobado la exclusión de los comunistas. Algunos organizadores consideraban que debía estar

presente la oposición antifranquista al completo. Sin embargo, Gil Robles y Enrique Adroher «Gironella», en su día miembro del POUM, se mostraron sumamente hostiles a la idea de invitar a Carrillo a Múnich. Al margen de su oposición visceral estaba el problema práctico de que la reunión en la ciudad alemana pretendía garantizar a una futura España democrática un lugar en la Europa unida. La inclusión en el proyecto del que todavía se consideraba un partido estalinista no ayudaría a alcanzar ese objetivo. Todos los grupos participantes habían expresado su compromiso con el Mercado Común Europeo, mientras que el PCE había manifestado su objeción a este. Asimismo, se temía que la presencia de Carrillo o uno de sus subordinados llevara a otros grupos a no asistir. En cualquier caso, se contó con la presencia fugaz y prácticamente inadvertida de Juan Gómez, Tomás García y Francesc Vicens, del PSUC, que se encontraban en el hotel pero no asistieron a las sesiones oficiales[12].

La Asamblea del Movimiento Europeo se clausuró el 8 de junio con un conmovedor discurso de Madariaga que finalizaba con las palabras: «La guerra civil que estalló en España el 18 de julio de 1936, y que el régimen ha mantenido artificialmente por medio de la censura, el monopolio de la prensa y la radio y sus desfiles victoriosos, terminó en Múnich anteayer, 6 de junio de 1962». Casi mil delegados del Movimiento Europeo aplaudieron y aprobaron por aclamación las conclusiones de los españoles y las cinco condiciones que la Comunidad Económica Europea (CEE) debía imponer para la entrada de su país: la creación de instituciones representativas democráticas, la garantía efectiva de derechos humanos, incluida la libertad de expresión, el reconocimiento de las comunidades regionales de España, la protección del derecho sindical y, en especial, el derecho a huelga, y la posibilidad de organizar partidos políticos[13].

El documento conjunto creado por las delegaciones del interior y el exterior denunciaba el poder dictatorial de Franco y el abuso de los derechos civiles en España y remachaba: «O España

evoluciona o será excluida de la integración europea». Desesperado por no quedarse atrás, Carrillo se apresuró a declarar su solidaridad con las cinco condiciones para el acceso de España al Mercado Común. Franco estaba furioso por lo que veía como un complot para torpedear los esfuerzos de su régimen por labrarse una asociación con la Comunidad Europea. A su regreso, muchos delegados españoles fueron sometidos al acoso policial por su participación en lo que se denunció como el «contubernio de Múnich». Todos fueron detenidos a su llegada a España. Algunos, como el jurista Vicente Piniés y el influyente democristiano de Sevilla Manuel Giménez Fernández, fueron liberados tras un interrogatorio; otros más prominentes tuvieron que elegir entre el exilio inmediato o el exilio interior en las islas Canarias. Dionisio Ridruejo se exilió en Francia y José María Gil Robles en Suiza. La mayoría optó por Canarias, entre ellos Joaquín Satrústegui y dos hombres que serían importantes en la política del posfranquismo, Fernando Álvarez de Miranda, presidente de las primeras Cortes de la democracia en 1977, e Íñigo Cavero Lataillade, sucesivamente ministro de Educación y de Justicia en los gobiernos de Adolfo Suárez[14].

En su discurso de París, Carrillo expresó su solidaridad con el amplio espectro de grupos representados en Múnich y les ofreció su colaboración como defensores de la democracia interesados en derrocar a la dictadura. Lamentó que la cooperación con el PCE se topara con los obstáculos del Partido Socialista liderado por Rodolfo Llopis y lo que denominaba la «extrema derecha antifranquista», una referencia indudable a Gil Robles. Asimismo, declaró muy razonablemente: «Una coalición desde la derecha hasta los socialistas, excluyendo a los comunistas, en las condiciones que se están creando en España, no presenta garantías suficientes para una transición ordenada y pacífica a la democracia».

Su argumento contenía la amenaza de que una transición serena requería la eliminación del arsenal represivo de la

dictadura y de que el posterior régimen democrático precisaría la cooperación y no el antagonismo de las masas comunistas: «En una situación como la que se avecina en España, cualquier persona conocedora de la realidad, cualquier persona inteligentemente conservadora, tiene que reconocer que la garantía de una transición sin violencia reside en primer término en un acuerdo con el Partido Comunista». Tras afirmar en ese mismo discurso: «Ya hemos dicho y repetido hasta la saciedad que nuestro Partido no puede renunciar a su papel y a su misión, en tanto que partido marxista-leninista, en tanto que representante de la clase obrera, de los trabajadores del campo y de la intelectualidad progresista», los indicios de amenaza eran innegables. Estaba claro que esperaba que otras fuerzas antifranquistas se alinearan con la idea de una Huelga Nacional Pacífica. Lo asombroso fue que expresara sin ambages su convicción de que muchos elementos burgueses, incluidos obispos y generales del Ejército, pronto comprenderían que tenía razón. Después de reconocer que el PCE colaboraría con la instauración de la democracia solo para propiciar su objetivo a largo plazo, que era establecer el socialismo, no estaba brindando exactamente una perspectiva tentadora a los grupos que asociaban comunismo con dictadura soviética[15].

Además, la confianza que mostraba Carrillo en que la dictadura caería pronto y en que el PCE dominaría el régimen posterior estaba a punto de encajar un duro golpe. Por su parte, dos miembros del comité ejecutivo, Federico Sánchez (es decir, Jorge Semprún) y Fernando Claudín empezaban a abrigar dudas cada vez más serias sobre la postura de Carrillo. Un elemento importante de su creciente desilusión hacia él vino provocado por la captura, tortura y ejecución en Madrid de Julián Grimau García, un miembro del Comité Central de cincuenta y dos años. Grimau había sido detenido en la capital el 7 de noviembre de 1962. Después de ser horriblemente golpeado y torturado, fue arrojado por una ventana de la Dirección General de Seguridad

por sus interrogadores en un intento por ocultar lo que habían hecho. A pesar de las terribles lesiones, fue juzgado el 18 de abril por un tribunal marcial bajo la acusación de «rebelión militar», unos cargos que comprendían delitos presuntamente cometidos durante la Guerra Civil.

Grimau fue hallado culpable, condenado a muerte y fusilado por un pelotón dos días después[16]. En 1957 había sido enviado por Carrillo a España, destinado primero a Madrid y luego a Barcelona. Como devoto e intrépido militante, había ido voluntariamente. Tras la detención de Simón Sánchez Montero la víspera de la HNP de 1959, Grimau lo sustituyó a la cabeza de la organización en Madrid. El escándalo internacional provocado por su ejecución causó un daño inmenso a la campaña del régimen de Franco para normalizar sus relaciones con Europa. Las consecuencias dentro del PCE también fueron dramáticas. Semprún reaccionó calificando la decisión de Carrillo de enviarlo al interior como una irresponsabilidad absoluta. Teniendo en cuenta su historial, a Grimau nunca lo deberían haber utilizado con ese fin.

El padre de Grimau había sido comisario de policía en Barcelona en los años veinte y después se había dedicado a la edición. Julián Grimau había trabajado en la misma editorial, y al principio de la Guerra Civil se unió a la policía republicana recientemente reestructurada. Después de aprobar el examen de acceso, se convirtió en agente de la Brigada de Investigación Criminal, y en octubre de 1936 se afilió al PCE. Esto lo convirtió en el tipo de persona útil para Santiago Carrillo cuando en noviembre fue nombrado consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid. Carrillo puso a Grimau a cargo de una de las unidades que controlaban la Quinta Columna. Más tarde desarrolló una labor similar como secretario general de Investigación Criminal en Valencia y fue extremadamente activo en Barcelona, cazando e interrogando a trotskistas y

quintacolumnistas. No había duda de que, si la policía franquista lo atrapaba, Grimau moriría[17].

El efecto que tuvo la caída de Grimau en la actitud de Semprún y Claudín hacia Carrillo guarda relación con el hecho de que ya preocupaba su presencia en Madrid. En verano de 1962, Semprún había informado al Comité Ejecutivo del descuido y la impulsividad con que Grimau trataba su seguridad. De hecho, la gran cantidad de horas que pasaba en la calle citándose con contactos sucesivos motivaron el informe de Semprún al VI Congreso, donde abordaba los peligros del sistema de encuentros individuales en cadena. Semprún argumentaba que de entrada no deberían haberlo enviado allí, pero que, sin duda, ahora era preciso que lo ordenasen volver a Francia.

Carrillo, que estaba de vacaciones cuando Semprún hizo esos comentarios, había tomado la decisión de enviar a Grimau a España sin anunciarlo al comité ejecutivo. En su ausencia, se optó por remitir a Grimau y Francisco Romero Marín, dirigentes del PCE en Madrid, una carta con las críticas de Semprún, pero ambos rechazaron de plano el contenido. Cuando Carrillo regresó de su viaje, le dijo a Semprún que iba a tomar medidas para sacar a Grimau de allí, pero no se hizo nada. Más tarde, Semprún recordaba que a menudo le sorprendía el arrogante desprecio con que el secretario general trataba siempre a Grimau[18].

Claudín se lamentaría *a posteriori* de que él y Carrillo fueron los responsables de haber enviado a Grimau a España, pero afirmaba, de manera poco convincente, que no conocían sus actividades durante la Guerra Civil. Aunque tal vez fuese cierto en su caso, no lo era en el de Santiago. En sus memorias, Carrillo no menciona el historial de Grimau en tiempos de guerra, y en otro de sus libros aseguraba que lo había conocido en La Habana en 1941[19]. Aparte de haberle tenido a sus órdenes en 1936, Carrillo tenía acceso a los archivos del partido, que ofrecían todos los pormenores de su historial[20]. Desde luego, las autoridades franquistas no tuvieron dificultades para descubrir detalles del

pasado de Grimau. Manuel Fraga, el nuevo ministro de Información, aprovechó las oportunidades que le brindaron entrevistas, artículos periodísticos y un libro para afirmar que el PCE del momento era el mismo partido que el de las checas de la guerra. Franco pudo subrayar el hecho de que su España seguía siendo un país de vencedores y vencidos. Del mismo modo, el caso, sobre todo la dignidad y la integridad con las que se comportó Grimau, permitió al PCE proclamar que las pretensiones de liberalización del régimen eran falsas y que la dictadura era tan brutalmente represiva como siempre[21]. Con independencia de la irresponsabilidad que supuso el enviar a Grimau a España, Claudín no tenía ninguna duda de que sí la hubo al no sacarlo de allí a tiempo. Asimismo, conjeturaba que la injustificada confianza de Carrillo en la caída inminente de la dictadura propició que se corrieran riesgos[22]. Todo ello contribuyó a erosionar su fe en el secretario general.

A principios de 1963, pese a las repercusiones que tuvo la captura de Grimau, Carrillo se reafirmó en que la HNP estaba a punto de destruir la dictadura en un discurso en el que aseguraba que en aquel año crucial presenciarían el final de Franco. En abril, con motivo de la declaración del PCE previa al 1 de mayo, dijo que una gran huelga general podría desencadenar un alzamiento cívico masivo que acabaría con el régimen. Además, llamaba a «todos los trabajadores a acelerar los preparativos y a realizar, en el más breve plazo posible, la huelga general política». Hubo paros en Asturias entre mayo y septiembre, pero, aunque según Carrillo eran los precursores de la huelga general política, no desencadenaron reacciones en otros lugares. A juicio de Carrillo, esto obedecía a que se habían producido en verano, cuando la acción política era difícil. No obstante, pese a que los siguientes paros en Asturias se celebraron en la primavera de 1964, y no en verano, el movimiento nacional no se materializó[23].

De hecho, las huelgas de 1962 habían marcado un punto de inflexión en el desarrollo de la dictadura y la oposición, y fueron una respuesta al alumbramiento de un gran proceso de industrialización. Carrillo no percibió la naturaleza específicamente económica de las acciones que tuvieron lugar en Asturias en 1963 y 1964, tan apegado como estaba a la idea de una huelga general que derrocaría a un régimen decrépito. Por el contrario, sí la detectaron numerosos militantes de España, el teórico más sofisticado del partido, Fernando Claudín, y Jorge Semprún, el hombre que, hasta diciembre de 1962, había ejercido de enlace principal entre París y la organización del interior. Por aquel entonces, el PCE en España contaba entre sus filas con varios intelectuales sumamente inteligentes gracias a la expansión universitaria que se había experimentado desde 1956. Hombres como Javier Pradera, Ramón Tamames, Luis Goytisolo, Fernando Sánchez Dragó y Enrique Múgica eran perfectamente capaces de darse cuenta de las absurdidades de la línea del partido que en principio debían aplicar con obediencia. Querían que su percepción de las realidades españolas influyera en la elaboración de una estrategia más pragmática por parte del PCE[24]. Hasta cierto punto, su descontento se había visto atemperado por Semprún, una persona que les gustaba y a la que consideraban su igual intelectual.

Sin embargo, tras la detención de Grimau, Semprún fue sustituido como enlace de la cúpula con España. Carrillo afirmaba que, tras diez años de labor clandestina, hubo que tomar aquella decisión por su seguridad. Con todo, Semprún tenía sus dudas sobre las motivaciones de Carrillo, y pensaba que no se habían demostrado inquietudes similares con Grimau o Romero Marín, quienes vivían en una situación de peligro igual o mayor. El último viaje de Semprún a España tuvo por objeto acompañar y presentar a su sustituto, José Sandoval, que no era ni mucho menos adecuado. Sandoval había estado en Rusia desde 1939, y en Rumanía de 1954 a 1956, y en Madrid probablemente

se sentiría como gallo en corral ajeno. Su manera de comportarse y encenderse los cigarrillos y su falta de conocimientos sobre el fútbol o los toros en España lo convertían en alguien de otro planeta. En cuestión de doce meses fue detenido, y con él cayó gran parte de la organización intelectual del PCE en Madrid. Inevitablemente, después de la controversia de Pradera, Semprún empezó a preguntarse si Carrillo no había tomado una decisión que era sumamente peligrosa para el partido con el único propósito de limitar las críticas a su persona[25].

Entretanto, la llegada de Sandoval no contribuyó demasiado a mejorar las relaciones con los jóvenes intelectuales de Madrid. No obstante, intentó ser conciliador y propuso que los representantes de la organización en la capital se reunieran con la cúpula de París. Dicho encuentro tuvo lugar durante un seminario de catorce días celebrado desde la última semana de julio hasta la primera semana de agosto de 1963 en un castillo situado a las afueras de Arras, en el norte de Francia. La idea era que unos cien militantes provenientes de España se dieran cita con los líderes, y que Carrillo metiera en cintura a los posibles rebeldes. Sin embargo, el resultado fue que las divisiones potenciales dentro del partido quedaron al descubierto. El detonante fue José Ruibal, un dramaturgo de treinta y siete años que ya había escrito cuatro obras. Sin ser consciente de la deferencia requerida hacia el secretario general, Ruibal irritó a Carrillo por criticar sin pelos en la lengua lo que consideraba los «métodos caducos de trabajo utilizados por la dirección, que frenan el crecimiento numérico, la eficacia política y la creatividad ideológica». Exigió materiales «con menos signos de admiración y más ideas». Al citar a Pradera, quien respaldaba esas afirmaciones, y al observar que la situación era intolerable desde el relevo de Federico Sánchez, Ruibal agudizó sin percatarse las sospechas de Carrillo hacia Semprún. El hecho de que Claudín propusiera incluir a Pradera en un nuevo comité de intelectuales tuvo un efecto similar. Carrillo enfureció a Claudín interrumpiendo a Francesc

Vicens para realizar una cruda intervención en la que denunció a los intelectuales para más tarde anunciar que iba escaso de tiempo y que se marchaba. Luego, Claudín rompió el protocolo manifestándose en contra del dogmatismo y el conformismo del PCE. No nombró a Carrillo, pero cuando el secretario general se enteró de lo que había dicho, se sintió profundamente irritado. La intervención de Claudín había expuesto públicamente las crecientes divisiones que imperaban en la cúpula[26].

La reunión de Arras planteó dos crisis a Carrillo. La más profunda se derivaba del hecho de que había gente como Ruibal, y Pradera antes que él, que criticaba el funcionamiento interno del partido y argumentaba que todavía faltaban años para el fin de la dictadura y que se requería un mayor desarrollo económico antes de que eso pudiera ocurrir. Eran las mismas posturas a las que habían llegado Claudín y Semprún independientemente. La gravedad de esa disensión era que, al involucrar a dos miembros muy prestigiosos de la ejecutiva, afectaba al núcleo mismo del partido. Por el contrario, el otro problema podía considerarse meramente irritante, ya que implicaba a estudiantes que, inspirados por Mao Zedong y Fidel Castro, abogaban por un retorno a posiciones marxistas-leninistas más ortodoxas.

En verano de 1963, poco después de los seminarios de Arras, esos jóvenes revolucionarios empezaron a publicar un periódico alternativo del partido llamado *Mundo Obrero Revolucionario*. Bajo el liderazgo del ex veterano del PCE Paulino García Moya, a finales de 1963 o principios de 1964 crearon un nuevo partido llamado PCEMarxista-Leninista. Al principio, el grupo era conocido como los «chinos», ya que supuestamente recibían financiación de la embajada china en París. Asimismo, tras el conflicto sino-soviético, consideraban a Carrillo un revisionista debido a su postura pro soviética[27]. Carrillo nunca mantuvo relación con los «chinos», al margen de acusarlos de «desviación izquierdista infantil». Hasta cierto punto, la existencia de grupos extremistas que acusaban al PCE de moderación brindaba ciertas

ventajas para la credibilidad del partido ante las clases medias. Sin embargo, se ha afirmado que Carrillo eliminó a los militantes prochinos más peligrosos a base de delaciones a la policía franquista[28]. La facción «china» nunca sería numéricamente relevante y sufriría disputas fraccionales. Con todo, su existencia misma aumentó el grado de paranoia durante los debates que culminaron en las expulsiones de Claudín y Semprún[29].

Tras los enfrentamientos en Arras, Semprún y Claudín empezaron a argumentar de manera cada vez más abierta que los cambios fundamentales que estaba experimentando el capitalismo español exigían un replanteamiento de la estrategia del partido. Si estaban en lo cierto, y los acontecimientos demostrarían que así era, la reconciliación nacional solo se materializaría coincidiendo con un futuro desarrollo económico, cuando la burguesía industrial empezara a considerar que el régimen de Franco era un impedimento para su continuada prosperidad. Sin embargo, en aquel momento, habida cuenta de la explotación que sufría la clase trabajadora española y la gran escasez de viviendas y escuelas, era comprensible que Carrillo estuviese convencido de que los días del régimen estaban contados. Incluso grupos radicales de izquierdas como el Frente de Liberación Popular, que discrepaban con la búsqueda comunista de alianzas con la burguesía, estaban seguros de que el desarrollo económico, la capitalización extranjera y la integración de los trabajadores eran improbables. No obstante, estaba dándose un proceso de expansión económica que había de transformar la naturaleza del descontento de la clase trabajadora y consolidar la tendencia hacia el obrerismo, o reivindicaciones salariales de índole no política.

Además, el incipiente auge turístico y la exportación de mano de obra iban a resolver algunos de los problemas estructurales más graves de la economía española y echar por tierra la predicción de Carrillo sobre un colapso inminente. Sin embargo, durante buena parte de los años sesenta, Carrillo seguiría

actuando sobre la premisa del éxito incuestionable de la estrategia de la que ahora llamaba Huelga Nacional Política (HNP). De ese modo desperdició casi toda la influencia que ejercía el PCE sobre el movimiento de la clase trabajadora. La organización sindical clandestina del partido, Comisiones Obreras, crecería a lo largo de la segunda mitad de la década. En cambio, se vería perjudicada por los llamamientos de Carrillo a llevar a cabo manifestaciones callejeras a modo de demostración de fuerza, cosa que solo facilitaba la represión. El comunismo también perdió prestigio por las apelaciones a «días de acción nacional» que fueron ignorados, por ejemplo, el 27 de octubre de 1967 y el 14 de mayo de 1968[30]. Pero aquello todavía estaba por llegar.

En otoño de 1963, el siguiente paso por «la pendiente del revisionismo hacia la charca de la traición» para Claudín y Semprún adoptó la forma de dos artículos en *Realidad,* la nueva revista teórica del PCE que constituía la respuesta del Comité Ejecutivo a las quejas de los intelectuales de Madrid sobre la escasa calidad académica del material que enviaban los líderes exiliados en París. El primer número incluía sendos artículos de Claudín y Semprún. Pese a su tono moderado, Carrillo decidió interpretarlos como una prueba de rebelión manifiesta, y le enfureció que no le consultaran antes de mandarlos a imprenta. Estaba de camino a Moscú cuando fueron publicados y le avergonzó tener que esquivar preguntas sobre unos textos implícitamente críticos con los soviéticos[31]. El artículo ostensiblemente inocuo de Claudín era un ataque a las dogmáticas conclusiones del concepto marxista de «realismo social» en el arte. Más tarde, el propio Claudín describía su defensa de la libertad en la creación artística como «tímida, moderada, pero inadmisible para el filosovietismo en el comité ejecutivo».

El texto de Semprún era menos abstracto y más relevante para la situación del momento. En él abordaba la denuncia de los

comunistas chinos al presunto revisionismo del Partido Comunista italiano y defendía las ideas de Togliatti sobre la necesidad de que los diversos partidos comunistas elaboraran unas políticas propias independientemente del PCUS. En una nota al pie, insinuaba que era necesario analizar la evolución del movimiento desde 1956 y criticaba implícitamente la política de guerrilla de los años cuarenta, algo que Carrillo se tomó como un ataque personal. A consecuencia de ello, el artículo de Semprún fue objeto de virulentas críticas de los acólitos más leales de Carrillo en el comité ejecutivo. Al volver la vista atrás, Semprún, al igual que Claudín, se sorprendió de «la extrema prudencia —por no decir la timidez— de sus formulaciones». En cualquier caso, Carrillo se sintió de lo más irritado por el artículo de Semprún, puesto que ya había denunciado las posturas del Partido Comunista italiano por considerarlas tan peligrosas como las de su homólogo húngaro en 1956. La consecuencia inmediata fue que la dirección de la revista recayó en Manuel Azcárate, un hombre de una lealtad imperturbable[32].

En noviembre de 1963, poco después de que empezara a circular el número de *Realidad* con los dos artículos, Carrillo convocó un pleno del Comité Central. Semprún no estuvo presente, y Claudín no intervino, si bien era consciente de que Carrillo estaba preparando su estrategia para un conflicto inevitable, lo cual era obvio por cómo aprovechó la excusa del choque sino-soviético para advertir que una revisión de la política del partido no figuraba en el orden del día. Se trataba de una crítica implícita al artículo de Semprún. Carrillo delegó en uno de sus aliados más próximos, el asturiano Horacio Fernández Inguanzo, un análisis de los paros como el paso decisivo hacia lo que ya se denominaba Huelga Nacional Política. Claudín no medió palabra porque, según él, «decir lo que pensaba sobre el tema español significaba ir a la ruptura; decir lo que no pensaba me era ya imposible». A su juicio, no había nada cínico u oportunista en la postura de Carrillo. Sin duda, el secretario

general creía verdaderamente que la HNP era posible. Otra cuestión es si realmente temía que los argumentos de Claudín y Semprún fueran una amenaza para la unidad del partido. Es más probable que considerara que cualquier crítica a sus posturas era un ataque personal contra él. Puesto que se identificaba con el partido, podía dar por sentado que se trataba de una afrenta a la propia formación. Sin embargo, la vehemencia de su respuesta denotaba una auténtica inseguridad. Si no hubiese sido consciente de la validez de las tesis de Claudín y Semprún, no habría sentido la necesidad de aniquilarlas.

En su informe al pleno, las críticas a los comunistas chinos confirmaron su compromiso con Moscú. Sus observaciones acerca de la situación dentro del PCE llegaron casi al final de su larga intervención. En una extraordinaria muestra de hipocresía, declaró que los días del culto a la personalidad se habían acabado: «Hay que explicar, hay que persuadir, hay que convencer. Las masas y los militantes del Partido merecen también, sin demagogia de parte de los dirigentes, un gran respeto; no son soldados que cumplen órdenes, y mucho menos “robots”». A continuación planteaba el argumento crucial: «Otra cosa sería, naturalmente, querer transformar los órganos dirigentes del Partido en una academia y los órganos de base en un club de discusión, donde no se hace más que charlar interminablemente». Asimismo, dejaba claro que tener en cuenta la realidad no formaba parte de su proceso de toma de decisiones: «Una iniciativa política hay que tomarla y aplicarla inmediatamente, no sobre la base de su experimentación en la práctica, sino sobre un cálculo y una determinación previa»[33].

El 8 de enero de 1964 se realizó un último esfuerzo por evitar una escisión cuando Carrillo propuso que Claudín fuera a hablar con él en privado. En general, según el relato posterior de este último, la reunión fue superficialmente cordial; Carrillo se mostró conciliador y escuchó mientras Claudín explicaba que no se mantenía un debate adecuado en el comité ejecutivo porque la

autoridad del secretario general, ya fuera de manera explícita o implícita, siempre hacía prevalecer su opinión. Poniendo como ejemplo a Ignacio Gallego, Claudín señalaba que incluso quienes partían de puntos de vista diferentes cambiaban de rumbo en lugar de discrepar con él, no por convicción, sino por deferencia. Carrillo se disculpó de que, aun considerando a Claudín su «otro yo», en sus propias palabras, y «su doble», en palabras de su interlocutor, no hubiera sentido la necesidad de comentar las cosas con él. No obstante, cuando Claudín habló con aprobación de los comunistas italianos, el secretario general repuso que los consideraba derechistas y rechazó la idea de emular su estilo más abierto, ya que el PCE, como partido clandestino, no podía permitirse los lujos que disfrutaba el PCI, que era una formación legal.

Carrillo se reiteró en su opinión sobre Pradera, de quien decía que había causado problemas en Madrid, pero reconoció que Claudín quizá tenía razón cuando en 1956 propuso evaluar las contradicciones de la postura soviética. Sin embargo, no coincidía con su parecer sobre la valoración subjetiva de la situación en España. Además, cuando Claudín cuestionó su decisión de destituir a Federico Sánchez (Jorge Semprún) como enlace del partido con el interior, Carrillo respondió con unos comentarios que eran tan manipuladores como falaces: «Ha habido que criticarle por su falta de consecuencia en el trabajo… Fede no es un hombre para una tarea concreta política o de organización, necesita esfuerzo persistente, organizado».

Carrillo se quejó también de la conducta de Claudín. Sin duda estaba profundamente molesto por el discurso que este había pronunciado en el seminario de Arras una vez que él se hubo marchado. Le apenaba ser acusado de dogmatismo: «Había percibido algo raro, hablando con la gente, pero no me imaginaba que tú podías haber hecho una intervención así… Tú me presentas, de hecho, como opuesto al espíritu crítico, como un campeón del dogmatismo, opuesto a las nuevas generaciones». El

modo en que le transmitieron el discurso de Claudín le había tocado la fibra sensible. Describió con vehemencia su entrada en el partido como la acción de un alborotador inconformista: «He venido al partido a través de una lucha política muy viva, a través de un absoluto inconformismo con líderes y política del PSOE. He venido por inconformista». Claudín negó que sus apreciaciones sobre dogmatismo y conformismo estuviesen dirigidas a Carrillo, quien repuso que lo importante es cómo habían sido interpretadas por el público. Luego demostró que se había ofendido también por los artículos aparecidos en *Realidad*. Su principal queja no obedecía tanto al contenido como al hecho de que se publicaran sin que él los hubiera visto antes, ya que estaba de camino a Moscú. Le avergonzaba profundamente que, una vez allí, La Pasionaria y Santiago Álvarez le hubieran preguntado por ellos. Carrillo mencionó su esperanza de que pudieran retomar su armonía anterior e intentó culpar de la disensión a Semprún. Sin embargo, sus constantes referencias a lo que consideraba la injusticia de la intervención de Claudín en Arras dejaba entrever que sería difícil, si no imposible, llegar a un acuerdo pese a la nota aparentemente optimista con la que se marcharon. Según rememoraba Claudín: «Nos separamos sin que el rescoldo de la antigua amistad diera signos de reavivarse»[34].

En buena medida, fue la rigidez estalinista la que llevó a Carrillo a responder a las críticas sobre su interpretación complaciente de la situación y lo que convirtió un debate potencialmente creativo en una crisis interna debilitadora. Como haría también en el caso de la rebelión de los estalinistas de línea dura capitaneados por Enrique Líster entre 1969 y 1970, la respuesta de Carrillo fue refutar el debate interno, expulsar a los infractores y afirmar que el número de implicados era irrisorio. Su estilo de liderazgo quedó claramente expuesto por el conflicto con Claudín y Semprún. Entre finales de 1963 y 1964, ambos argumentaban cada vez más abiertamente y con creciente convicción que en el capitalismo español estaban produciéndose

unos cambios que alterarían la naturaleza del descontento de la clase trabajadora y, en última instancia, del propio régimen. Durante un tiempo les inquietó el evidente abismo que mediaba, por un lado, entre las optimistas predicciones de Carrillo sobre la debilidad del régimen y la disposición de la clase trabajadora a derrocarlo y, por otro, la verdadera situación que se vivía en el país.

Claudín era un hombre movido esencialmente por la teoría marxista. Ahora se sentía cada vez más desilusionado por la renuencia de Carrillo a analizar las huelgas de 1962 a la luz del auge económico y no como la confirmación de sus predicciones. El principal elemento teórico del debate entre ellos giraba en torno al grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo español. La postura de Carrillo se basaba en la premisa de que España padecía los mismos problemas estructurales que en 1931: una industria atrasada y fragmentada y una agricultura semifeudal. En este sentido, todavía se inspiraba en ideas que había aprendido en los años treinta, cuando era discípulo de Largo Caballero. Los obstáculos al crecimiento que generó la absoluta incompetencia técnica del régimen de Franco durante los años cuarenta y cincuenta habían dado una considerable verosimilitud al análisis de Carrillo, según el cual, iba a venirse abajo. Sin embargo, la ayuda estadounidense, la inversión internacional, el *boom* del turismo y los planes de estabilización de los tecnócratas habían propiciado el inicio del desarrollo económico. Atrapado en su idea de que el régimen estaba en manos de una camarilla reaccionaria, Carrillo estaba convencido de que sería fácil encontrar aliados burgueses. Por el contrario, lo que percibían Claudín y Semprún era que, por el momento, la burguesía industrial y bancaria estaba satisfecha y que mientras el régimen no se convirtiera en un gran obstáculo para un mayor crecimiento, por ejemplo, para incorporarse al Mercado Común Europeo, no habría ninguna posibilidad de formar un frente amplio contra la dictadura. Una importante discrepancia entre

ellos era el entusiasmo de Carrillo por el eslogan «la tierra para quien la trabaja». Para Claudín, era un retorno revolucionario a los años treinta que, a su juicio, solo podía distanciar a los aliados burgueses que el PCE necesitaba. El desarrollo económico estaba transformando España, y Carrillo seguía anclado en el mundo mental de la Segunda República.

El 29 de enero de 1964, tres semanas después de reunirse con Claudín, Carrillo convocó al comité ejecutivo para comentar ideas para un documento sobre la situación que se vivía en el país. Dicho documento sería enviado a Dolores Ibárruri y más tarde presentado en una conferencia de los cuatro partidos comunistas de Europa Occidental que formaban la Comisión de Solidaridad con España. La reunión se prolongó intermitentemente durante varios días hasta bien entrado el mes de febrero. Carrillo inauguró el acto con un discurso típicamente optimista en el que afirmaba que España estaba al borde del precipicio y que la burguesía se uniría con entusiasmo a la clase trabajadora para derrocar al régimen. Su opinión fue refrendada por todos los presentes, a excepción de Claudín y Semprún, quienes, con cautela, intentaron que Carrillo realizara una valoración realista de los acontecimientos que tenían lugar en el país. Claudín señaló: «La mejora en la situación económica de las masas es el resultado de su lucha, pero también de la posibilidad práctica que la burguesía ha tenido de hacer concesiones». Él y Semprún intentaron en vano que el comité ejecutivo aceptara que el éxito del plan de desarrollo de los tecnócratas daría a la burguesía más margen de maniobra. Claudín fue más allá y habló de los efectos que tuvieron en la militancia de la clase trabajadora los aumentos salariales desde 1962 y de la falta de mano de obra resultante de la emigración en masa hacia el norte de Europa.

Al principio, Carrillo fingió que sus palabras le parecían interesantes y merecían una mayor discusión. Cuando resumió las opiniones de Claudín, insinuando que reflejaban lo que él había dicho en todo momento, otros miembros de la ejecutiva

mostraron su aprobación en una confirmación exacta de lo que había pronosticado Claudín en su charla con Carrillo. José Sandoval comentó que este había «subrayado con mucha fuerza una serie de elementos nuevos. De forma valiente…». De igual modo, Ignacio Gallego tomó la palabra: «Santiago ha resumido las inquietudes y preocupaciones que todos tenemos sobre la situación y perspectivas». Sin embargo, pronto quedó claro que las intenciones de Carrillo no eran buscar un compromiso.

Su fiel aliado, el agente soviético Eduardo García, declaró que lo que estaban presenciando era un «diálogo de sordos», y señaló que el discurso de Claudín y Semprún contradecía la línea del partido expuesta por el secretario general. El hombre al que Semprún consideraba el «perro faldero y mordiscón» de Carrillo hizo referencia al discurso de Claudín en Arras, a sus vínculos con Pradera y a los artículos de *Realidad* como una constatación de que trataban de dividir al partido. El hecho de que se habían puesto de acuerdo previamente con Carrillo fue confirmado por un furioso discurso de Enrique Líster, que se delató al declarar que, cuando se preparó la «orden del día» para la reunión, «creía que esta cuestión de la unidad del partido formaba parte del primer punto». Carrillo habló de nuevo y demostró que seguía enojado por el discurso de Claudín en Arras y por los artículos de *Realidad*. Poniendo gran énfasis en la falta de respeto mostrada hacia el secretario general, reveló el alcance de su rencor mofándose de Semprún y Claudín, a quienes tachó, respectivamente, de pretencioso e indolente. Después dijo que, si bien había decidido no sacar a colación el tema de la unidad, se alegraba de que García y Líster lo hubieran hecho. Al mencionar el «diálogo de sordos», añadió, García había hecho un espléndido servicio al comité ejecutivo.

Sabedores de que, como minoría en la ejecutiva, tenían pocas posibilidades de hacerse oír, Claudín y Semprún propusieron un congreso o una reunión plenaria del Comité Central para poder mantener un debate de garantías. Como cabría esperar, dicha

petición fue denegada, ya que seguramente procuraría un apoyo considerable a los disidentes. Líster afirmó que era necesaria una reunión de la ejecutiva al completo que incluyera a La Pasionaria y otros miembros del Bloque Soviético que no habían podido asistir a los encuentros de París. Era evidente que Claudín y Semprún se verían ampliamente superados en número en una reunión de esa índole, y la propuesta fue aprobada. Se podía percibir una clara intención soviética en lo ocurrido. Moscú hacía frente a las disidencias de chinos e italianos, y Claudín y Semprún no ocultaban su adherencia al PCI. La intervención de García había dejado entrever adónde apuntaban los intereses soviéticos, y Carrillo, que seguía siendo un admirador de Jrushchov, no quería ser visto como un revisionista. Por tanto, Claudín y Semprún tenían que ser eliminados. Durante la reunión, Carrillo afirmó que, si la situación no se resolvía satisfactoriamente, se vería obligado a dimitir. Aquella amenaza vacua no era más que un chantaje para garantizarse el apoyo de todo el comité contra Claudín y Semprún[35].

El pleno se celebró entre el 27 de marzo y el 2 de abril de 1964 cerca de Praga, en un sombrío castillo que en su día ocuparon los reyes de Bohemia. Claudín, que llegó a la conclusión de que no estaba preparado para continuar en el partido a costa de renunciar a su libertad intelectual, salió al ataque con un largo y detallado análisis de la situación económica en España. Durante cinco horas, argumentó con lucidez que, pese a la visión de Carrillo y la mayoría de la ejecutiva, la democracia no llegaría gracias a un derrocamiento revolucionario del sistema, ya que, con el neocapitalismo instaurado ya en la senda de la expansión, la burguesía no tenía ningún motivo para unirse a arriesgados enfrentamientos revolucionarios. De hecho, Carrillo había confundido una crisis del régimen, derivada de la obsolescencia de sus formas semifascistas de dominación autoritaria, en especial su compromiso con la autarquía, con una crisis más generalizada del capitalismo español. Sin embargo, tal como percibió Claudín,

se podía sacar rédito de la situación, ya que numerosos sectores burgueses compartían con la clase obrera un deseo de liberalización política. La búsqueda de compromiso de Carrillo entre la burguesía tenía sentido, pero no su optimismo extremado. Claudín coincidía con él en que el partido debía buscar un camino pacífico hacia el socialismo. Sin embargo, aunque optaba por una alianza con la burguesía, advirtió de la necesidad de ser conscientes de las grandes limitaciones de la misma. Teniendo en cuenta la integración de España en el capitalismo internacional, era la única opción viable, pero el partido debía tratar de evitar seguir el juego a la *haute bourgeoisie*.

Sin tomar en consideración si el análisis podía ser correcto, Carrillo lanzó a sus aliados antes de hablar él mismo. Uno tras otro, arremetieron contra Claudín y Semprún. Santiago Álvarez acusó al primero de «objetivismo». Líster lo tachó de traidor revisionista. Para Manuel Delicado, el problema era su falta absoluta de fe en el partido y en la clase trabajadora. José Moix denunció a Claudín y Semprún por su «subjetivismo», por sus ideas revisionistas de derechas y por su oportunismo burgués. Dolores Ibárruri fue la más vehemente de todos. Su infalible oratoria logró despertar las emociones de todos los allí presentes, pero su rechazo al análisis de Claudín no tenía nada que ver con su contenido ni con su llamamiento a que el PCE modificara su línea. Por el contrario, y con evidente desprecio, desestimó su análisis del desarrollo español, que consideraba una traición consecuencia de su pérdida de fe. Al igual que Carrillo, que habló a continuación, lo expresó todo en términos personales e insinuó de forma manipuladora que Claudín defendía el derrotismo.

La Pasionaria empezó mesurada, pero pronto se embarcó en una sonora denuncia: «Fernando aparece ante mí como bajo una nueva luz. Se me muestra como un hombre escéptico, pesimista que no cree en nada, que duda de la capacidad de lucha de la clase obrera, duda de la capacidad política del partido, duda del

marxismo-leninismo, duda de sus compañeros de lucha y de dirección del partido, a los que trata de manera impropia de camaradas… Solo le impresiona la supuesta potencia de la oligarquía, asignándole un poder que el marxismo rechaza, para decidir a su antojo el desarrollo histórico de nuestro país. Sus conclusiones, más que de un marxista-leninista son las de un sociólogo burgués o socialdemócrata… Su método analítico no es el de un marxista, sino el de un reformista pequeño burgués, que se niega a ver la realidad porque le asustan las dificultades de la lucha». Esa presunta degeneración por parte de su otrora protegido la atribuía al desgaste propio de la edad, el exilio y los compromisos familiares.

Resucitando su característico poder de oratoria, emocionó al resto de la ejecutiva con una habilidosa referencia a la Guerra Civil: «¿Acaso hicimos la Guerra, esforzándonos en impedir el triunfo del fascismo, para que al cabo de 28 años de lucha contra las oligarquías que llevaron a Franco al poder lleguemos ahora a renegar de esa lucha, a entonar el *mea culpa,* a mendigarles a las oligarquías un puesto al sol?». Después preguntó retóricamente a Claudín si osaría presentar su análisis a los trabajadores de Asturias, el País Vasco, Madrid o Cataluña o a los campesinos de Andalucía, Extremadura o Castilla en lugar de en un entorno seguro como una reunión a puerta cerrada. Sin la aprobación de las masas, sus análisis eran simplemente «los devaneos de intelectuales con cabeza de chorlito». Aunque fue eficaz en el plano retórico, su discurso era absolutamente manipulador. ¿Dónde podían debatirse modificaciones importantes de la política del partido sino en esas reuniones? Cuando se elaborara una nueva línea que estuviera en sintonía con la realidad de España, estaría en manos del partido adaptar su propaganda.

Carrillo fue el siguiente, y empezó con una burda síntesis de la postura de Claudín: «Para Fernando, la cuestión se plantea así: el poder va a seguir en manos de la oligarquía. Vamos a un cambio de poder más o menos democrático, que abrirá un nuevo período

de desarrollo del capitalismo español relativamente largo. Un largo período de estabilidad y de desarrollo del capitalismo en España. Por consiguiente, es la conclusión de Fernando, debemos adaptarnos a ese proceso y renunciar a plantearnos hasta una fecha muy lejana… los problemas de la revolución en nuestro país». Después pasó a tachar el análisis de Claudín de «libresco y abstracto», exactamente los mismos términos utilizados en la carta de Semprún a Pradera. Evidenciando la rigidez de su pensamiento, declaró que el análisis de Claudín no era científico «en el sentido que entendemos nosotros un análisis científico, es decir, en el sentido revolucionario, marxista-leninista, de clase, que han de tener nuestros análisis». Tras recordar la acusación de dogmatismo vertida en Arras, repitió en varias ocasiones que era Claudín el rígido y dogmático. Según la valoración posterior de este último: «Estaba claro que no podía soportar el reproche de dogmático y reaccionaba con el "más eres tú" de las peleas infantiles».

Es difícil no llegar a la conclusión de que la profunda hostilidad que mostraba Carrillo hacia la postura de Claudín y Semprún respondía a que no aceptaba de buen grado las críticas bajo ningún concepto. Como desvelaba su comentario a Semprún sobre Ignacio Gallego, se consideraba el árbitro supremo en el partido, «el poder». Otra cuestión que más tarde utilizaría para justificar su conducta era que, si estaban en lo cierto, eso significaba que la política de reconciliación nacional tardaría mucho tiempo en madurar, posiblemente décadas. Con el desarrollo económico en el horizonte, la burguesía difícilmente se uniría al PCE contra Franco. Tal como insinuaba Claudín, y como acabarían demostrando los acontecimientos, la política del partido solo sería relevante en el momento en que una nueva burguesía industrial considerara que los mecanismos políticos del franquismo eran un obstáculo para su prosperidad. Incapaz de contemplar la posibilidad de tener que decir a las bases del partido que, tras veinticinco años de lucha contra Franco, la

dictadura podía durar otros veinticinco, Carrillo aprovechó su control del aparato del PCE no para esgrimir argumentos intelectuales, sino para aplacar las críticas y silenciar a Claudín y Semprún. En Praga, sus reiteradas afirmaciones de que las clases dominantes se hallaban en un estado de pánico e incluso que el partido podía preparar un levantamiento armado en cuestión de tres o cuatro meses eran de una falta de realismo risible.

El secretario general ridiculizó a Semprún y Claudín calificándolos de intelectuales y presentándose sarcásticamente a sí mismo y al resto de la ejecutiva como ignorantes. También realizó una teatral autocrítica. Sus «pecados» habían sido no darse cuenta de lo que se traían entre manos Claudín y Semprún y no haber relevado antes a este último de sus labores en la organización clandestina. Eran culpables, dijo, «de ir poco a poco, paso a paso, hacia una modificación de la línea del partido». Debido a esto, dio las gracias a Eduardo García por plantear la cuestión en la reunión celebrada en París en febrero: «tiró de la manta» para revelar aquellos crímenes atroces. Tras acusar a Claudín de ser más derechista que los socialistas e incluso que los democristianos, afirmó que seguía pensando que su lugar y el de Semprún era el PCE. Solo debían rectificar «sus errores» y corregir «sus posiciones erróneas»[36].

Claudín y Semprún declararon que no tenían intención de cambiar su postura. Al concluir la reunión, fueron suspendidos de la ejecutiva hasta que todos los documentos del caso fuesen entregados al Comité Central. Al aceptarlo, estaban renunciando a cualquier posibilidad de debate serio. Como cabría esperar, lejos de exponer el caso con honestidad, Carrillo mandó una circular a los líderes del partido en España en la que ofrecía una crónica sumamente tendenciosa del debate en la que acusaba a Claudín y Semprún de ser «revisionistas y capituladores». Ambos fueron excluidos de las reuniones y se emprendió una campaña de difamación contra ambos a la que no tuvieron posibilidad de responder. Por negar la caída inminente del régimen y mencionar

el alto nivel de desarrollo capitalista en España fueron acusados de derrotismo y revisionismo. Luego, Carrillo tomó la asombrosa decisión de organizar una reunión masiva en París. Puesto que el PCE todavía era ilegal y seguía actuando desde la clandestinidad, corría un gran riesgo, pero lo hizo por deseo de agudizar el odio contra los dos «disidentes» del partido.

El 19 de abril, Carrillo escogió el emotivo primer aniversario de la ejecución de Grimau para pronunciar un discurso virulentamente demagógico ante los militantes de París. La elección de ese día garantizó que su intervención fuese recibida sin críticas. En un lenguaje altamente cargado, acusó de socialdemócratas y mencheviques revisionistas a quienes creían que la transición a la democracia sería un proceso gradual sin necesidad de enfrentamientos revolucionarios, y declaró que el PCE estaba preparado para aplastar al régimen de Franco por medio de la violencia. Curiosamente, reflejó los puntos de vista de Claudín y Semprún al reconocer que la preparación de la Huelga Nacional Política llevaría tiempo y que sería necesario esperar el momento propicio. Sin embargo, también intentaba justificar su triunfalismo y desacreditarlos cuando formuló la absurda y retórica pregunta: «¿Qué habrían dicho en 1939 los miembros del partido si les hubiesen anunciado que Franco seguiría en el poder en 1954?». La asamblea, al parecer convocada para conmemorar a Grimau, consistió principalmente en las escalofriantes denuncias de Carrillo contra los traidores en la nómina de Manuel Fraga, el ministro que había organizado la campaña de propaganda contra Grimau. Al no ser invitados, Semprún y Claudín fueron los únicos miembros de la ejecutiva que no estuvieron presentes sobre el estrado. Carrillo no los mencionó por su nombre, aunque dicha labor recayó en miembros del partido ubicados entre la multitud. El discurso estuvo repleto de refutaciones sobre cualquier dogmatismo por su parte, lo cual reflejaba su obsesión con la acusación de Claudín. Más tarde se publicó una versión un poco más moderada en forma de panfleto. Dejándose llevar por su

retórica pro soviética, realizó la absurda afirmación: «La Unión Soviética no establecerá relaciones con España mientras no lo autorice el Comité Central del Partido»; en cambio, la versión impresa, más sobria, rezaba: «La Unión Soviética no dará un paso que no sea una ayuda a la lucha democrática del pueblo español». Jordi Solé Tura, que se encontraba entre el público, recordaba que él y muchos de los que lo rodeaban consideraron que el tono de Carrillo era aterrador[37].

Ese acto teatral, junto con los documentos que se habían repartido, garantizaron el apoyo instintivo de una gran mayoría de los miembros del Comité Central. Solo los exiliados recibieron las actas completas de la reunión; a los miembros del interior se les envió un resumen distorsionado. Entre las pocas excepciones figuraba Jordi Solé Tura, que sintió el impulso de unirse a los disidentes debido al siniestro espectáculo protagonizado por Carrillo el 19 de abril: «Me pareció que de golpe reaparecían todos los ritos macabros de aquel estalinismo que yo no había conocido pero que me asustaba». Confuso por la agresividad del discurso de Carrillo, el joven intelectual catalán creía que tal vez había algo personal detrás de aquella teoría. Sin duda, eso era lo que denotaban las insistentes refutaciones de lo que para Carrillo era la acusación de dogmatismo lanzada por Claudín. Puesto que se había acostumbrado a la adulación diaria que le dispensaba la mayoría del comité ejecutivo, no podía soportar ser cuestionado o criticado[38].

Claudín y Semprún trasladaron a Carrillo sus quejas por la distorsión de sus opiniones, pero fueron totalmente ignorados. Lejos del debate creativo al que aspiraban, el secretario general había generado una situación maniquea en la que cualquier consideración seria de la visión de Claudín y Semprún parecía un acto de traición al PCE. El 3 de septiembre de 1964, la ejecutiva recibió a ambos para informarles de la reacción de los miembros del Comité Central a los documentos tendenciosos repartidos por Carrillo. Ellos adujeron que los estatutos del partido habían sido

violados al ser distribuidas unas versiones sesgadas de sus opiniones sin que tuvieran la oportunidad de responder. Los dirigentes ratificaron la decisión anterior de apartarlos de la ejecutiva y los excluyeron del partido[39]. Claudín y Semprún rechazaron la resolución y reclamaron el derecho a apelarla en el siguiente congreso. Cuando la petición fue denegada, Claudín preparó una larga exposición de su postura con la esperanza de reabrir el debate.

Entretanto, la campaña de difamación fue intensificándose. En otra asamblea de seiscientos afiliados celebrada en París el 13 de septiembre, a la cual Claudín y Semprún tampoco fueron invitados, Santiago Álvarez pronunció un discurso viperino. Después de aplaudir a un joven militante que, basándose en los documentos repartidos por Carrillo, declaró que Claudín y Federico Sánchez negaban la lucha de clases, hizo referencia a los emisarios del partido que habían sido capturados por la policía franquista. En un tono manipulador, dijo: «Yo no sé si para Claudín la vida y la sangre de esos camaradas cuenta», e insinuó que ambos figuraban en la nómina de Manuel Fraga. De manera más directa, dijo que estaban ayudando objetivamente al enemigo pese a cobrar su salario del PCE. En realidad, Semprún vivía de la literatura desde la publicación en 1963 de *El largo viaje,* y Claudín renunció inmediatamente a su salario y devolvió el resto de su última paga. Aquel era el comienzo de un intento por destruirlos social y económicamente. Ellos y sus familias fueron rechazados por los que habían sido sus camaradas. A Semprún le resultó más fácil gracias a su pujante éxito y celebridad. Sin embargo, para Claudín, su mujer, Carmen, y sus dos hijas, Carmen y Tania, las dificultades eran inmensas, y Carrillo no tardó en apretar las clavijas para que la situación se agravara todavía más[40].

Su determinación de acabar con Claudín y Semprún se vio intensificada por la caída de Nikita Jrushchov el 14 de octubre de 1964. Puesto que se consideraba el Jrushchov del PCE, le

atemorizaba ser víctima del retorno de Moscú a la ortodoxia estalinista. Por ello, redactó un artículo en el que alababa a la Unión Soviética y buscó el respaldo de La Pasionaria, preocupado porque esta pudiera aprovechar ese viraje para reafirmar su posición. En su intercambio de misivas, Carrillo expresó su compromiso absoluto con la Unión Soviética y condenó la línea cada vez más independiente del partido italiano. Una vez convencida de la postura de Carrillo, este pidió y obtuvo su aprobación para una acción firme destinada a extirpar la amenaza «revisionista» de Claudín y Semprún[41].

Claudín, que probablemente lo ignoraba, entregó su documento a la ejecutiva el 8 de diciembre de 1964 junto con una carta que afirmaba que, puesto que el partido había publicado una versión distorsionada de las opiniones vertidas por él y Semprún, se sentía autorizado a distribuir el documento entre los miembros del partido para rectificar las falsedades. Con la ayuda de Semprún, Solé Tura y Francesc Vicens, y utilizando sus exiguos ahorros, en enero de 1965 Claudín publicó el texto en formato de libro en París. A modo de respuesta, la revista *Nuestra Bandera* del PCE reimprimió unos extractos cuidadosamente seleccionados del texto de Claudín con un comentario tendencioso (en una tipografía mucho más grande) y el titular: «Documento — Plataforma fraccional de Fernando Claudín». Este fue acusado de hundirse «en la charca oportunista». No hubo debate. En abril de 1965, Claudín y Semprún fueron expulsados, una decisión que no conocieron hasta que leyeron la noticia en *Mundo Obrero*.[42]

La brutalidad de los esfuerzos por destruir la vida de Claudín y Semprún dejaba entrever la mano de Carrillo aunque los instrumentos inmediatos eran sus fieles acólitos Santiago Álvarez e Ignacio Gallego. Los discursos y las publicaciones habían diezmado sus redes sociales. Ahora se empeñaban en garantizar que Claudín no pudiera trabajar. La única documentación que ofrecía una base legal a su existencia en Francia era un pasaporte cubano que le consiguió el PCE, pero no le fue devuelto. Su

familia vivía en una casa alquilada por el partido, pero la renta no fue abonada. El 17 de noviembre de 1965, Gallego escribió a Carrillo: «Al sinvergüenza de Claudín le plantearemos las cosas con toda claridad y con toda fuerza. Aún no lo hemos hecho. Pero yo creo que este elemento no dejará la casa. Es una impresión. En cuyo caso creo que no debemos soltar un céntimo. Pero si él paga no será fácil echarle, si no es a la brava, recurriendo al propietario, un francés que vaya Vd. a saber si está dispuesto a dar esa batalla. Lo primero es plantear las cosas con toda claridad y desde luego no pagarle la casa a un canalla»[43]. En respuesta a esto, Carrillo envió a un militante llamado Pepe a que advirtiera a Claudín que abandonara la casa. Pepe amenazó con que, si no lo hacía, el PCE no pagaría los atrasos del alquiler, que se remontaban a mucho antes de la expulsión. Cuando Claudín respondió que no tenía dinero, Pepe le dijo que no debería haberse gastado lo que le costó un libro en el que atacaba al partido[44].

El cisma de Claudín otorgó a Carrillo un poder absoluto en el PCE, y no quedaba nadie que lo cuestionara. Al privar a la formación de sus pensadores más creativos, provocó su empobrecimiento. También reveló hasta qué punto estaba versado en las artes estalinistas de la manipulación de partidos. Francesc Vicens, el líder comunista catalán que fue expulsado por posicionarse con ellos, afirmó que, habida cuenta del dominio que ejercía Carrillo sobre el PCE, fue una locura táctica que Claudín planteara la cuestión en el comité ejecutivo. A su juicio, lo que deberían haber hecho él y Semprún era convencer en privado a Carrillo de que la línea oficial era un error y de que debía presentar la nueva orientación como propia. Sin embargo, eso difícilmente habría favorecido la creación de una estructura más flexible y democrática, que era el propósito del ejercicio[45]. En su respuesta al Comité Central, citó una manifestación similar de incredulidad por parte de un miembro anónimo de la ejecutiva (quien, según desvelaba en 1977, fue Gregorio López Raimundo): «Aunque tengas razón, debes someterte; tú, que has tragado

tantas “culebras” en tu vida, ¿por qué no sigues tragando “culebras”? Yo le respondí: Todo tiene sus límites, incluso el consumo de “culebras”. Y, efectivamente, creo que es hora de que en el Partido se acabe con esa fea e indigesta costumbre. Creo que es hora de que en el Partido se discuta con argumentos, con razones, con datos, con hechos y no con “culebras”»[46].

Más tarde, Carrillo aducía que lo que más le preocupaba durante todo el episodio era que la interpretación de la coyuntura que hacían Claudín y Semprún desmoralizara a las bases. Le inquietaba que rechazaran sus instrucciones y que se limitaran a decir: «Dejadnos tranquilos, no nos pidáis sacrificios, no pidáis que demos la vida y la libertad, dejadnos esperar tiempos mejores en que la lucha valga la pena». Al argumentar eso, Carrillo ocultaba el resentimiento personal que alimentó la furia con la que se dispuso a aplastar a Claudín y Semprún. También expresó el temor a que su interpretación implicara que podía desarrollarse una situación en la que se instaurase la democracia sin el PCE, revelando de ese modo que su organización era mucho más importante que la causa de la democracia a la que afirmaba estar consagrado. Básicamente, estaba diciendo que creía que podía permitirse mentir a los miembros del partido durante muchos años[47]. En cualquier caso, la idea que esgrimían Claudín y Semprún no era en modo alguno tan negativa como Carrillo pretendía. Por el contrario, reconocer la transformación de la sociedad abría muchas más posibilidades de alianzas contra el régimen[48].

Carrillo continuaría sembrando dudas sobre el análisis de Claudín y Semprún aun cuando ya había empezado a incorporarlo a sus escritos[49]. De hecho, en sus famosas conversaciones con Max Gallo y Régis Debray insinuaba que ambos habían sido engañados por los alardes de los tecnócratas del Opus Dei a quienes se había encomendado la tarea de supervisar el desarrollo económico dentro del régimen. Utilizando el dicho «se tromper, c’est avoir raison trop tôt», también

afirmaba falazmente que se había desvivido por evitar una ruptura. Con eso se refería, por supuesto, a que no habían aprovechado la oportunidad para someterse humildemente a su línea, lo cual se apreciaba en la afirmación de que, al plantear la polémica en el ámbito más amplio del partido, estaban creando una fracción que paralizaría la libertad de acción del PCE. Asimismo, aseguraba que la publicación de sus opiniones dentro de la organización —y, por tanto, cuestionando su autoridad— era «un lujo demasiado elevado para un partido clandestino». No obstante, también decía que el asunto había resultado extremadamente doloroso, ya que él y Claudín habían trabajado juntos desde su época en la cúpula de las JSU en los años treinta. En realidad, abrir un debate estaba a años luz de la actividad conspiratoria del fraccionalismo. Además, la virulencia con la que Carrillo difundió una versión distorsionada de la tesis de Claudín y Semprún sobre el desarrollo español a fin de recabar apoyos para su expulsión no indicaba que se viese inhibido por el arrepentimiento.

En sus numerosas crónicas posteriores de la crisis, vibrando con una malicia apenas disimulada, Carrillo intentaba desviar la atención de los aspectos centrales de las discrepancias entre su análisis y el de Claudín y Semprún insinuando que sencillamente deseaban abandonar la lucha por motivos personales. En sus memorias fue más allá, alegando que ya habían decidido dejar el PCE y, por tanto, orquestaron su expulsión. Por añadidura, decía que Semprún quería consagrarse a su vocación de escritor y estaba buscando una excusa para aparcar su ardua labor como coordinador de las actividades clandestinas del partido en el interior. Asimismo, en numerosas ocasiones aseguraba que Claudín le había dicho en mitad del conflicto: «Santiago, tengo cincuenta y dos años y aún no he hecho nada. Ya no aguanto las reuniones de la dirección del partido». Según él, de esto podía desprenderse que si Claudín creía que su contribución a mantener vivo el PCE durante los largos años de la dictadura no

era un logro, significaba que estaba decidido a marcharse. Claudín daba un matiz diferente a la cuestión. Reconocía que estaba harto de las reuniones, en las que la conformidad importaba más que la verdad, y estaba convencido de que Carrillo jamás llegaría a entenderlo. Para él, aquellas reuniones eran «como el oxígeno del aire». «Muchas veces he pensado que gozaba en ellas más que en una efusión amorosa», decía[50].

Al reducir el conflicto a presuntas dificultades personales en la vida de Claudín y Semprún, Carrillo manipulaba descaradamente la historia con el fin de ocultar su agresión durante la crisis y restar importancia a los asuntos planteados. En 1983, el secretario general publicó la transcripción de una conversación crucial que mantuvo con Claudín el 8 de enero de 1964. Es cierto que este manifestó que no le gustaba el trabajo en el partido y que desde hacía mucho tiempo quería dedicarse a la investigación teórica. Sin embargo, en ningún momento decía que quisiese renunciar a un papel destacado en el seno del PCE. Su argumento más reiterado era que la autoridad abrumadora de la que gozaba Carrillo era el principal obstáculo para un debate constructivo[51]. Asimismo, la afirmación que realizaba Carrillo a Debray y Gallo de que Claudín y Semprún siempre fueron bienvenidos en su casa de París difícilmente encajaba con los esfuerzos por desahuciar al primero de su casa o los obstáculos que le pusieron para encontrar trabajo una vez que le fue retirado su exiguo salario como funcionario del partido. Aquello no fue tan problemático para Semprún, quien, desde 1963, ya se encontraba en el camino de la fama internacional como novelista y guionista. Una carta escrita a La Pasionaria poco después de la reunión de abril de 1964 ponía de manifiesto el rencor que sentía Carrillo hacia una persona a la que había considerado su protegido, y se refería a él como un «señorito mentiroso». El delito de Claudín y Semprún había sido seguir discutiendo cuando se hallaban en minoría, y ahora la prioridad era «aislar totalmente esas posiciones derechistas»[52].

La postura estalinista de Carrillo en la crisis de Claudín y Semprún también se vislumbraba cuando, poco después de pisotear sus ideas, las incorporó rápidamente a la línea del partido. El hecho de que pudiera hacerlo demostraba que sus brutales esfuerzos por silenciarlos tenían poca justificación al margen de sus resentimientos personales. Esto quedó claro en el VII Congreso del PCE, celebrado en una escuela de Choisi Le Roi, cerca de París, del 6 al 11 de agosto de 1965. El congreso se preparó con mucha premura, ya que su principal objetivo era atar los cabos sueltos de la expulsión de Claudín. La reunión se desarrolló con un secretismo casi absoluto incluso dentro de las normas habituales de la clandestinidad. De hecho, en varios momentos se pidió a los delegados que no aplaudieran para no ser oídos desde el exterior. Esto obedecía en gran medida a que, después del VI Congreso, que se había publicitado relativamente bien, muchos delegados fueron detenidos a su regreso a España. También reflejaba un deseo de llegar a una resolución discreta para la expulsión. No hubo referencias a esta en las publicaciones periódicas del PCE, y no se dieron a conocer las actas.

El informe jactancioso y complaciente de Carrillo al congreso, cuya exposición le llevó día y medio, denunciaba a Claudín, Semprún y Vicens, y alababa con hipocresía el talante «democrático» con el que se habían desmontado sus argumentos: «El Partido se ha encontrado frente a una tentativa de tipo derechista y liquidacionista, más grave porque sus promotores fueron dos dirigentes del Partido que quedaron aislados en el C.E. y el C.C. y luego en el conjunto de nuestras organizaciones, tras un proceso de discusión que ha sido lo más amplio y democrático posible en un Partido que se desenvuelve en las condiciones de la ilegalidad fascista». Además, reafirmó su opinión de que un amplio frente de fuerzas podría derrocar rápidamente a la aislada camarilla franquista de terratenientes y financieros. No obstante, se apreciaban indicios de que ya se disponía a adoptar las posturas por las que Claudín y Semprún habían sido

vilipendiados cuando habló más sobre la descomposición a largo plazo del régimen de Franco[53].

Hubo una procesión incesante de militantes del interior que ratificaron la idoneidad del compromiso de Carrillo con la Huelga General Política. Después, Eduardo García, en calidad de secretario de organización, presentó un informe en el que subrayaba la importancia de una ejecutiva fuerte[54]. En su discurso de clausura, el propio Carrillo afirmaba con orgullo que el PCE había mantenido «un gran debate» que, con igual complacencia, declaró finalizado. Asimismo, apostilló que, «sin impaciencias, sin prisas», el partido debía emprender la importante tarea de la organización y la preparación necesarias para aprovechar las circunstancias cambiantes. No solo estaba reconociendo implícitamente las tesis de Claudín y Semprún, sino que también demostraba la absurdidad de los catastrofistas argumentos según los cuales adoptar dichas tesis destruiría al partido[55].

De hecho, la coreografía no estuvo tan exenta de dificultades como podría haberlo estado. Algunos miembros del Comité Central que habían recibido una versión distorsionada de los argumentos de Claudín y Semprún se encontraban en la cárcel de Burgos. Entre ellos estaban Miguel Núñez y Pere Ardiaca, del PSUC, y Ramón Ormazábal, del Partido Comunista vasco. Basándose en sus experiencias en la clandestinidad, creían que Carrillo había subestimado el alcance del cambio social y económico que estaba produciéndose en España y, por ende, llegaron a la conclusión de que la estrategia de alianzas del PCE no era lo bastante audaz. Esa parte de su análisis guardaba similitudes con el de Claudín y Semprún, pero difería enormemente en que todavía conservaban su fe en la eficacia de la HNP si podía organizarse de forma rápida y enérgica. Consiguieron remitir a Carrillo un documento de ochenta páginas que exponía unas opiniones bastante contradictorias. En él lo acusaban de ser demasiado cauteloso y prácticamente lo tildaban

de claudinista. Ni que decir tiene, el documento no se repartió entre los asistentes al congreso, aduciendo que no había medios suficientes para realizar copias y que su contenido conmocionaría a los allí presentes.

Sin embargo, sus posturas fueron objeto de un feroz ataque por parte de León Lorenzo, un miembro del Comité Central procedente de Madrid. Es razonable suponer que su intervención fue dictada, o al menos editada, por Carrillo, que de ese modo reaccionaba a lo que decidió interpretar como un desafío a su autoridad. El trío de Burgos fue reprobado, como ya ocurriera con los recién expulsados Claudín y Semprún, por su osadía al criticar a Carrillo y el Comité Ejecutivo, y les impartieron una lección sobre la necesidad de centralismo democrático. Todo ello era de esperar. Sin embargo, lo verdaderamente sorprendente es que también encajaron críticas por no aceptar que la HNP todavía era un horizonte lejano. En unos términos que podrían haber sido formulados por Claudín, fueron reprendidos por afirmar que la HNP estaba a la vuelta de la esquina: «Estos camaradas no comprenden o han olvidado que toda huelga general ha sido, es y será un proceso largo, trabajoso, irregular, no meramente declamatorio o mitinesco, sino sobre todo organizativo, paciente, reconstructor de las masas trabajadoras»[56].

Inmediatamente después de la finalización del congreso, se celebró un pleno del Comité Central. En él, el propio Carrillo calificó el documento de Burgos de negativo y realizó un comentario que desvelaba su rechazo a cualquier crítica, por constructiva que fuera: «Si cada grupo de miembros del Comité Central se van considerando y se van sintiendo un centro de dirección del Partido, entonces ni habrá dirección del Partido, ni habrá Partido». Dijo que no los acusaba de ser «agentes enemigos», pero que eran menos fiables. Tras recibir una contundente carta de la ejecutiva, todos cesaron en sus reprobaciones, ejercieron la autocrítica y aceptaron la disciplina del partido[57].

Las intervenciones en el VII Congreso demostraron que, en su quincuagésimo año, Carrillo, cuyo poder en el PCE era indiscutible y cuya fuerza de voluntad permanecía intacta, tenía la confianza suficiente para empezar a alterar la línea del partido de acuerdo con las tesis formuladas por Claudín. Los argumentos expuestos por este y Semprún acerca del PCE fueron adoptados a escala europea por Palmiro Togliatti en el documento conocido como la *Promemoria di Yalta*. Este memorándum había sido redactado en Yalta, en el mar Negro, donde Togliatti esperaba reunirse con Jrushchov, y era básicamente un llamamiento a que este diese un paso en la liberalización anunciada en 1956. Togliatti falleció antes del encuentro, y el documento fue publicado poco después por Luigi Longo, su sucesor en el PCI[58]. Al principio, Carrillo, que empezaba a ver a uno de sus viejos mentores de la Comintern como un revisionista antisoviético, se mostró impasible ante la defensa que hacía Togliatti de un mayor debate y democracia internos. Sin embargo, su postura no tardaría en cambiar.

Las revelaciones del XX Congreso del PCUS habían convencido a Carrillo de que la URSS se hallaba en la senda de la democratización. Una de sus diferencias iniciales con Claudín y Semprún era lo que veía como sus peligrosos y gratuitos esfuerzos por examinar la naturaleza del socialismo soviético. De hecho, en sus ataques a ambos, Carrillo declaró que el PCE nunca adoptaría posturas antisoviéticas con el solo propósito de facilitar una alianza con elementos burgueses[59]. Después de basar su disciplinado y limitado cambio en el modelo de Jrushchov, a quien admiraba enormemente, Carrillo se sentía confuso por la caída en desgracia de su mentor en octubre de 1964.

No obstante, durante los años sesenta, y pese a insistir en la idea de la huelga general que había recibido las críticas de Claudín y Semprún, en sus discursos y escritos Carrillo hizo cada vez más concesiones teóricas a ambos, aunque, por supuesto, sin mencionarlos. Entre 1965 y 1970, las únicas menciones públicas

de los debates en el seno del PCE fueron las de los discursos de Carrillo y las de sus diversos libros y artículos, que tenían más repercusión que los informes internos del partido y difundían la idea de que el Partido Comunista era sinónimo de Santiago Carrillo. En dichos artículos y libros, Carrillo adoptó posturas similares a las que habían motivado la expulsión de Claudín y Semprún. Contrariamente a sus predicciones de que hacerlo destruiría la moral de los miembros del partido, sus llamamientos a tener paciencia no tuvieron efectos negativos, como seguramente supo en todo momento. En cualquier caso, sin renunciar nunca a su compromiso con la Huelga General Política, muchas de sus declaraciones se caracterizaban todavía por el exceso de optimismo complaciente o el «triunfalismo» criticado por sus antiguos camaradas[60].

Su admisión de que el desarrollo capitalista estaba generando una burguesía disidente, el reconocimiento más explícito de la validez de las tesis de Claudín, se reflejó en el nuevo lema que adoptó, «la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura», en sustitución de la vieja proclama revolucionaria, «la alianza de los obreros y campesinos»[61]. Este cambio también recogía la realidad de que, junto al desarrollo económico, se había producido una fuerte expansión de las universidades españolas. Una consecuencia era que muchos estudiantes se unían al PCE como la oposición más seria a la dictadura. El desarrollo industrial también fomentaba un crecimiento considerable del sindicato clandestino comunista, Comisiones Obreras. Cada vez más confiado, algunas de sus insinuaciones a la burguesía eran tan exageradas que dañaron su credibilidad entre muchos militantes. Carrillo realizó ofertas al Ejército y la Iglesia que, aun teniendo escasas posibilidades de convencer a generales u obispos, solo podían desilusionar a los miembros más comprometidos del partido. Es difícil saber si en realidad se creía sus optimistas predicciones sobre la disposición de los católicos y los mandos castrenses a aceptar los planes del Partido Comunista para una

futura España democrática o si simplemente pretendía mantener el ánimo del grueso de los afiliados.

En el caso de la Iglesia, puede que Carrillo se dejara llevar por varios indicios cuyo impacto sobrestimó. Desde los años cincuenta habían existido grupos católicos como la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y su rama juvenil, la Juventud Obrera Católica (JOC), que mostraban un compromiso cada vez mayor con la justicia social. A partir de ellas había surgido, en respuesta al incipiente desarrollo industrial, el fenómeno de los curas obreros que colaboraban con los sindicatos comunistas clandestinos. Después se celebró el Concilio Vaticano II del papa Juan XXIII, que dio comienzo en octubre de 1962, y la consiguiente oleada de actividad de grupos democristianos en territorio español. En 1961, *Mater et magistra,* la encíclica del Papa, hablaba de salarios justos y condiciones humanitarias para los trabajadores industriales y agrícolas, impuestos redistributivos y derechos sindicales. En el congreso de Múnich, católicos y monárquicos se habían asociado con demócratas exiliados, y los grupos patrocinados por la Iglesia impulsaron el renacer de la oposición interna. En España había nacido *Cuadernos para el diálogo,* una revista católica influyente y vacilantemente liberal, y *Ecclesia,* el semanario semioficial de la Iglesia, mostraba una creciente preocupación por temas sociales. Carrillo se embebió de optimismo por las actividades de Joaquín Ruiz-Giménez, un ex ministro franquista de Educación que fue destituido por sus actividades liberales en apoyo a los estudiantes. Asimismo, aplaudió la labor realizada en Sevilla por el democristiano Manuel Giménez Fernández, que sería una gran inspiración para Felipe González[62].

Sin embargo, pese al optimismo de Carrillo, la actitud de Gil Robles en Múnich constató que los democristianos no estaban ni mucho menos dispuestos a recibir propuestas del Partido Comunista. Aunque existía un ala liberal dentro de la Iglesia, sobre todo en Cataluña y el País Vasco, e incluso miembros

izquierdistas en las HOAC y la JOC, no había ni la más remota posibilidad de que la jerarquía eclesiástica española, de signo profundamente reaccionario, estuviese abierta a un proyecto de futuro que implicara al Partido Comunista[63]. En el caso del Ejército, Carrillo estuvo muy influido por un libro publicado en 1967 por uno de sus oficiales más liberales, el capitán Julio Busquets, futuro fundador de la Unión Militar Democrática. Carrillo se aferraba a los argumentos esgrimidos por Busquets al efecto de que el cuerpo de oficiales había cambiado desde los años cuarenta y la dominación de la oligarquía de los terratenientes ya no era aparente. No obstante, era extremadamente optimista en su convicción de que, como el Ejército de mediados de los años sesenta, en el plano sociológico, ya no era el Ejército de la Guerra Civil, estaba preparado para una alianza con el PCE[64].

Sin embargo, Carrillo obviaba el hecho de que el alto mando de Franco estaba dominado por una hornada de generales de la línea más dura. En su mayoría se habían alistado como voluntarios durante la Guerra Civil y se habían convertido en «alféreces provisionales» y, a mediados de los años sesenta, estaban alcanzando puestos de una importancia crucial en la jerarquía militar. Incluso aquellos que no estaban activamente vinculados a la Falange habían pasado por la Academia General Militar, donde habían sido adoctrinados en un anticomunismo feroz y en la creencia de que el Ejército era el árbitro supremo del destino político de la nación[65]. Tal como descubrirían Carrillo y todo el espectro democrático de España en los años setenta, la férrea lealtad a Franco garantizó que los ex alféreces provisionales fueran los defensores más acérrimos del régimen en su agonía de muerte. A finales de los años sesenta, los denominados «generales azules» falangistas, como Alfonso Pérez Viñeta, Tomás García Rebull, Carlos Iniesta Cano y Ángel Campano López, empezaron a atesorar mandos operativos de una importancia crucial. En colaboración con el búnker civil, aprovecharían su influencia política para bloquear la reforma

desde dentro del sistema y su aparato represivo para aplastar la oposición llegada desde el exterior[66].

Entre los jóvenes izquierdistas y los estalinistas más veteranos del partido se vertieron duras críticas contra las ramas de olivo ofrecidas por Carrillo a los pilares militares y eclesiásticos del régimen de Franco. Las concesiones teóricas que tuvo que realizar para atraer a los grupos burgueses solo sirvieron para que el PCE fuese sometido a acusaciones de traición y oportunismo por parte de la juventud de izquierdas[67]. Entre los militantes más jóvenes imperaba la idea de que los representantes de la oligarquía, la Iglesia y el Ejército únicamente negociarían con los comunistas si podían garantizar el control de los impulsos revolucionarios de la clase trabajadora. Muchos miembros del partido estaban convencidos de que Carrillo, o se engañaba a sí mismo o, por el contrario, su ambición de poder le llevaría a aceptar un papel tan reaccionario[68]. El primer signo visible de ese tipo de oposición fue la escisión de los jóvenes pro chinos, que denunciaron el supuesto revisionismo de Carrillo, y exigieron una táctica revolucionaria de violencia armada contra el régimen. De ahí surgió una compleja proliferación de facciones maoístas y trotskistas, entre las cuales, las más importantes probablemente eran el PCEML (marxista-leninista), el PCE-Internacional, Bandera Roja, la Organización Revolucionaria de los Trabajadores y la Liga Comunista Revolucionaria[69].

La existencia de esa multitud de facciones comprometidas con la revolución violenta generó graves dificultades a Carrillo y sus intentos por moldear una imagen moderada del partido. Los actos esporádicos de violencia no hicieron sino confirmar a muchos miembros de las clases medias la valoración que hacía el régimen del comunismo como un movimiento agresivo y anárquico. La opinión pública en general no siguió las idas y venidas doctrinales de esos grupos y los veía a todos como «comunistas». Las acciones violentas contra el régimen también provocaron represalias

indiscriminadas. El grupo más notable entre los activistas nació del PCE-ML. Conocido como FRAP, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota fue creado en enero de 1971 por Julio Álvarez del Vayo y Benita Martínez Lanuza («Elena Odena») en un piso parisino propiedad de Arthur Miller, el dramaturgo que había estado casado con Marilyn Monroe[70]. El FRAP pretendía crear un frente amplio de grupos dedicados al derrocamiento violento del franquismo. Dicho frente apenas iba más allá del PCE-ML y su grupo de estudiantes FUDE (Federación Universitaria Democrática Española). La acción más importante del FRAP fue el asesinato de un policía secreto el 1 de mayo de 1973, que, como reconocía incluso el boletín del FRAP, causó una tremenda oleada de detenciones y la tortura de izquierdistas que no tenían vinculación alguna con el incidente[71]. El asesinato desembocó asimismo en la creación del represivo gabinete del almirante Carrero Blanco, y eso provocó sospechas de que en el FRAP se habían infiltrado agentes provocadores.

Pero todo aquello aún estaba por llegar. En la segunda mitad de los años sesenta, Carrillo tuvo que plantearse si su línea fervientemente pro soviética era un obstáculo para su deseo de forjar alianzas con las fuerzas burguesas de España. Algunas de las críticas más vehementes dirigidas a Semprún y Claudín en el conflicto de 1964 fueron el resultado de sus intentos por cuestionar la naturaleza socialista del régimen soviético. Por aquel entonces, Carrillo todavía sentía una fe absoluta en la capacidad de Jrushchov para corregir la degeneración burocrática del estalinismo. El secretario general español, que había basado su reforma estrictamente controlada y limitada en la de Jrushchov, estaba muy desorientado por la inesperada caída en desgracia del líder ruso en 1964[72]. A partir de entonces, y hasta 1968, se advierte cierta ambigüedad en sus numerosas referencias a la Unión Soviética. Por un lado, imperaban los hábitos de treinta años de apoyo incondicional a Moscú, sobre todo los injuriosos ataques de Carrillo a los chinos[73]. Por otro

lado, empezaron a asomar atisbos de pensamiento independiente que se derivaban en parte de su incomodidad ante el severo liderazgo de Leonid Brezhnev, pero también porque sabía que la reconciliación nacional exigía que el PCE convenciera a sus aliados potenciales en España de que no compartía las tendencias dictatoriales de los rusos[74].

El PCE todavía actuaba en la clandestinidad y sufría la persecución de la policía franquista, su cúpula se encontraba en el exilio y dependía de la solidaridad internacional, en particular de la rusa; con lo cual, los primeros esfuerzos de Carrillo en este sentido fueron titubeantes y ambiguos. En 1967 todavía abundaban en la prensa del partido artículos rituales y serviles sobre los líderes soviéticos y los logros de la Revolución rusa. Sin embargo, pese a que afirmaba que la Unión Soviética jamás entablaría vínculos con Franco sin su aprobación, no podía ignorar la calidez cada vez mayor de las relaciones entre Moscú y Madrid. En 1966, criticó moderadamente el juicio al que fueron sometidos en Moscú los satiristas Andrei Siniavski y Yuli Daniel, que marcaría el fin del proceso de liberalización inaugurado en 1956. Sin embargo, al mismo tiempo y por orden suya, Manuel Azcárate obstaculizó una campaña para redactar una protesta firmada por escritores españoles. En noviembre de 1967, Carrillo, junto con La Pasionaria y otros, fue recibido en el Kremlin por Brezhnev y Boris Ponomariov, jefe del Departamento Internacional del PCUS. Carrillo se sintió muy molesto cuando dijeron que había llegado el momento de que el PCE abogara por una sucesión monárquica de Franco. Todavía le molestó más que un artículo firmado por «Ardatovski» y publicado en *Izvestiya* expusiera el mismo argumento. Carrillo lo organizó todo para que el PCE respondiera en *Mundo Obrero* con un texto titulado «No, camarada Ardatovski». El artículo estaba formulado en unos términos profundamente respetuosos hacia el Kremlin y provocó una disculpa[75]. Carrillo realizó un revelador comentario sobre el incidente a Debray y Gallo. Cuando los líderes soviéticos le

reprocharon que deseara ser independiente, respondió: «No es lo que queremos; es lo que necesita nuestra política»[76].

Antes, en el informe al Comité Central fechado a principios de 1967 y publicado con el título *Nuevos enfoques a problemas de hoy,* Carrillo había afrontado tímidamente la falta de democracia en Europa del Este, aunque intentaba justificarla, de manera poco convincente, esgrimiendo las exigencias de la Guerra Fría. Reconocía que era poco probable que un Partido Comunista fervientemente pro soviético y comprometido con la dictadura del proletariado atrajera a aliados burgueses[77]. Al mismo tiempo, las referencias a la reducida camarilla franquista empezaron a desaparecer de sus escritos. Por el contrario, se advertía una valoración más realista del hecho de que la burguesía estaba beneficiándose del crecimiento económico bajo el gobierno de Franco, pero que bien podía llegar a rechazar la arcaica maquinaria política del régimen. Comprometido como estaba con su nuevo eslogan de «la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura», Carrillo había manifestado su apoyo al movimiento estudiantil que tuvo lugar en Francia en mayo de 1968[78]. Asimismo, su combinación de un planteamiento crítico con el Bloque Soviético y una línea más flexible respecto de las relaciones con otros grupos en territorio español se vio corroborada por lo que se vivió en Checoslovaquia tras la caída de Novotny. Carrillo se había aferrado a dichos acontecimientos como prueba de que socialismo y libertad eran compatibles. El entusiasmo por la Primavera de Praga y la defensa del socialismo con un rostro humano por parte de Dub ek se sumaban a las alabanzas a la tolerancia de la URSS[79].

Al principio, el optimismo de Carrillo se vio alimentado por los informes de Francisco Antón, que en aquel momento se encontraba en Praga, pero duró poco. Estaba a punto de enfrentarse a lo que más tarde definía como «uno de los momentos más amargos» de su «vida de comunista». En julio de 1968, había sido informado por el embajador ruso en París de que

la Unión Soviética pretendía poner fin al experimento checo. Por tanto, disponía de tres semanas en pleno mes de agosto para ponderar su reacción cuando se asestara el golpe inevitable. Carrillo informó a los rusos de que si se producía una invasión, el PCE la condenaría públicamente. En un principio, decidió cancelar sus vacaciones en Crimea como invitado del PCUS. Sin embargo, en una conferencia celebrada en Bratislava a la que asistieron representantes de las cúpulas de Alemania Oriental, Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Rusia, parecía que la crisis se había evitado. En una declaración realizada el 14 de agosto, el PCE anunció su alegría por la aparente resolución. Más tranquilo, Carrillo y su familia viajaron a Rusia acompañados de Francisco Romero Marín y Simón Sánchez Montero. La mañana del 21 de agosto, se despertó con la noticia de que las tropas rusas habían entrado en la capital checa. Después del gran entusiasmo que había demostrado por la Primavera de Praga, se vio en una posición extremadamente incómoda debido a la acción soviética.

La publicidad negativa dada en España a la invasión fue gravemente perjudicial para la estrategia de reconciliación nacional del PCE. No obstante, parecía inconcebible que el partido se posicionara en contra de Moscú, ya que tradicionalmente había sido considerado una de las formaciones nacionales más leales y subordinadas. Justo un año antes, Carrillo había autorizado una violenta campaña contra Mao Zedong durante la disputa sino-soviética, que había comenzado en 1959 cuando este acusó a Jrushchov de ser un traidor revisionista, se intensificó en 1966 con el lanzamiento de la Revolución Cultural China y en 1967 degeneró en disputas fronterizas. Teniendo en cuenta que la cúpula exiliada del PCE dependía de la financiación soviética, Carrillo no estaba en posición de condenar la actuación soviética en Checoslovaquia. Sin embargo, para mantener la credibilidad del partido como segmento democrático moderado de la oposición antifranquista, el secretario general tenía que arriesgarse a un conflicto abierto con

el PCUS y a acusaciones de antisovietismo, nacionalismo y revisionismo al condenar la intervención.

De este modo, dejó su *dacha* y viajó a Moscú, donde, el 24 de agosto, él y Dolores Ibárruri mantuvieron una reunión muy tensa con Mijail Suslov, segundo al mando de Brezhnev, y Ponomariov. Carrillo anunció que tendría que criticar la invasión. Discutió la absurda línea oficial que aseguraba que la intervención soviética había sido solicitada por los líderes checos. Suslov recordó brutalmente a La Pasionaria y Carrillo la posición dependiente del PCE delante de Luigi Longo y Gian Carlo Pajetta, del PCI. El tono de Suslov difícilmente pudo sorprender a Carrillo, que lo conocía desde el encuentro de Stalin con la delegación comunista española en 1948 y con toda probabilidad sabía que había desempeñado un papel clave en las purgas de rusos que habían luchado para la República durante la Guerra Civil. Sin duda, el insultante recordatorio de que el suyo era un partido pequeño le infundió una mayor determinación para mantenerse en sus trece. Partió hacia Bucarest para retransmitir desde Radio España Independiente su denuncia a los rusos. Allí entabló conversaciones con el Partido Comunista rumano y, más tarde, en Roma, con el PCI. Ambos compartían su oposición a la invasión de Checoslovaquia[80].

La víspera del regreso de Carrillo a París, Agustín Gómez Pagola, que desde 1960 era jefe del Partido Comunista vasco, escribió una emotiva carta a Dolores Ibárruri. Además de declarar su apoyo a la acción soviética, que, según él, tenía como propósito aplastar la contrarrevolución, expresó su preocupación por los esfuerzos de Carrillo y otros, «desde hace algún tiempo, de sembrar la desconfianza y la duda respecto al PCUS»[81]. Gómez no era el único miembro de la ejecutiva que pensaba de ese modo. Sin embargo, al día siguiente, Carrillo fue suficientemente persuasivo como para convencer al comité ejecutivo del PCE de que emitiera un comunicado que distaba mucho de ser una condena. La única voz discrepante era la de Eduardo García,

secretario de organización del partido, que casi con total seguridad era un agente de la KGB. La declaración empezaba con una afirmación de lealtad a la URSS: «Proclamamos y proclamaremos siempre con orgullo nuestra adhesión a la gloriosa Revolución Socialista de octubre, nuestra solidaridad con los logros del pueblo soviético y del PCUS y nuestra entrañable amistad con la Unión Soviética. Condenamos con la mayor energía cualquier intento de utilizar el trágico error cometido en Checoslovaquia para denigrar la historia gloriosa del PCUS y del pueblo soviético».

No obstante, tras comentar el «trágico error», la declaración justificaba semejante atrevimiento en unos términos que, sin querer, ofendieron aún más a la cúpula soviética. En la práctica, Carrillo estaba aceptando el «policentrismo» de Togliatti, la idea de que la divergencia debía ser factible dentro del mundo comunista. «¡En el movimiento comunista internacional ya no hay partido guía, partido dirigente! Todos los partidos somos igualmente responsables de la orientación de nuestro movimiento… Ya no somos —y nunca aceptamos limitarnos a ese papel— simples grupos de propagandistas de las realizaciones del socialismo en un país o en varios; pretendemos realizar nuestra propia revolución… La culminación de esta tarea exige obligatoriamente una línea que tenga en cuenta la realidad y las particularidades de la situación en nuestro país». Por otro lado, lo describía como la conclusión lógica al discurso de Jrushchov ante el XX Congreso del PCUS. No obstante, con un ojo en su público potencial en España, realizaba la extraordinaria aseveración de que «cuando» (no «si») el PCE llegara al poder, organizaría una enérgica resistencia a cualquier intervención similar en un país socialista[82].

El 15 de septiembre, Carrillo habló en una asamblea de militantes. Tuvo que ser cauteloso, ya que hasta el momento había puesto mucho empeño en inculcar una línea pro soviética en el PCE y las bases mostraban una simpatía considerable hacia

la invasión, tanto en España como entre los exiliados. Por ello, su discurso estuvo trufado de alabanzas a la Unión Soviética e incluía una defensa de las invasiones de Hungría y Polonia en 1956, que no debían confundirse con el error cometido en Checoslovaquia. El 18 de septiembre, el Comité Central se reunió en París para debatir la actuación de la ejecutiva. En su informe, Carrillo argumentaba que el problema era que los soviéticos habían permitido que sus intereses nacionales se antepusieran a sus ideales socialistas. Hasta cierto punto, era otro paso en la adopción de las posturas de Claudín y Semprún. Aun así, no era un paso muy grande. Carrillo no se embarcó en un análisis sobre el hecho de que la cúpula del PCUS se hubiese convertido en una oligarquía inflexible, sino que se limitó a declarar que los sucesores de Jrushchov no habían seguido su ejemplo. Sin embargo, su argumento fundamental, dirigido a un Comité Central cuya mayoría era ferozmente pro soviética, era que las diferencias con los rusos no iban más allá de la cuestión checoslovaca: «Nosotros podemos discrepar en una cuestión de la Unión Soviética, pero que eso no cambia en absoluto ni nuestro afecto, ni nuestra devoción, ni nuestro sentimiento de lo que la Unión Soviética representa. Ni tampoco de nuestra disposición a defender a la Unión Soviética si la Unión Soviética se encontrase en cualquier momento amenazada como se encontró en 1941». Aunque hubo numerosos discursos que apoyaban la acción soviética, el comité votó a favor del informe de Carrillo por sesenta y seis a cinco. Que Dolores Ibárruri no se manifestara en contra del secretario general sin duda jugó enormemente a su favor[83].

El hecho de que se esforzara tanto por aferrarse a la relación umbilical del PCE con la URSS en su discurso al Comité Central denota que Carrillo no percibía el pleno alcance del cambio que acababa de iniciar. Es más, en muchos sentidos, serían los rusos, y no Carrillo, quienes llevarían esa disputa a su conclusión lógica. La consecuencia sería su celebridad internacional a raíz de

haberse convertido en el defensor de lo que vendría en llamarse «eurocomunismo».

Los dos miembros más notables de los cinco que votaron contra Carrillo en la reunión del Comité Central eran conocidos rusófilos que, durante la Guerra Civil, cuando todavía eran adolescentes, fueron evacuados a la Unión Soviética. Eduardo García López había combatido en la Segunda Guerra Mundial en un destacamento del NKVD. Agustín Gómez Pagola, que también había participado en el conflicto, era alabado en Rusia por haber ejercido de defensa central y capitán en el Torpedo de Moscú y por haber sido elegido para el equipo olímpico del país en 1952. Desde 1960 había sido jefe en funciones del Partido Comunista vasco. Al acatar las normas del centralismo democrático, ambos pudieron conservar sus cargos[84]. En abril de 1969, Carrillo convocó al comité ejecutivo para evaluar su postura, y se aseguró de que los disidentes no tuvieran ninguna oportunidad oficial de airear sus opiniones o recabar apoyos.

Aunque les negaron el acceso a *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera,* García y Gómez lograron hacer llegar a los militantes del partido sus opiniones, que fueron relativamente bien recibidas entre los miembros del PCE que residían en el Bloque Oriental y entre los militantes más longevos que recordaban la ayuda rusa a España durante la Guerra Civil. Carrillo estaba furioso por lo que parecía una actividad fraccional impulsada por los soviéticos. El secretario general endureció su postura y escribió al PCUS para denunciar la situación en Checoslovaquia en el contexto del suicidio ritual del estudiante Jan Pallach en Praga el 16 de enero de 1969[85]. Puesto que Gómez y García contaban con cierto apoyo potencial dentro del partido, Carrillo utilizó su destreza para controlar a la organización interna con el propósito de silenciarlos. El 22 de mayo de 1969, una reunión de veintisiete miembros del Comité Central, de un total de ochenta y nueve, votó a favor de excluir a Agustín Gómez. En julio, Carrillo obligó a García a dimitir del secretariado y la ejecutiva, amenazándolo

con expulsarlo del partido[86]. Los disidentes pro soviéticos respondieron redoblando sus actividades, y enviaron varios documentos a miembros del Comité Central en los que acusaban a Carrillo de antisoviético, liquidacionista, oportunista y antimarxista. Este respondió asegurando que sus actividades estaban financiadas por los servicios de seguridad soviéticos. Según Líster, también difundió rumores de que estaban en la nómina de la CIA[87].

Al mismo tiempo, los rusos reforzaron la presión directa sobre el propio Carrillo. En julio debía encabezar una delegación del PCE que participaría en una conferencia internacional de partidos comunistas organizada en Moscú tras la crisis checa. Lo acompañaron La Pasionaria, Azcárate y Líster. De hecho, Azcárate había intentado convencerlo de que no asistieran, aduciendo que la credibilidad del partido exigía una ruptura total con los rusos. Carrillo se negó, citando la dependencia económica que tenía el PCE de Moscú y su convicción de que el PCUS evolucionaría[88]. El texto de la intervención del PCE había sido preparado por Azcárate y entregado previamente para su traducción al ruso y después a otros idiomas. Este proceso ofrecía innumerables posibilidades para que los soviéticos sesgaran el resultado final. No obstante, en los tensos enfrentamientos que afloraron durante las reuniones preparatorias, Azcárate logró salvar el grueso de un discurso que se basaba en el informe de Carrillo al Comité Central en septiembre de 1968, con sus críticas a la intervención checa y sus afirmaciones del derecho a la autonomía de cada partido comunista.

Cuando Carrillo llegó a Moscú, la delegación española fue tratada con generosidad, al punto de que les ofrecieron mujeres jóvenes, una invitación que solo aceptó Líster. Se trataba de un proceso de suavizado antes de pedirles que eliminaran los fragmentos ofensivos de la intervención del PCE. Cuando se negaron, los convocaron a una reunión con Brezhnev (secretario general del PCUS), Alexei Kosigin (primer ministro soviético),

Nicolai Podgorni (presidente de la URSS) y Suslov. El encuentro dio comienzo con bastante cordialidad y abundante vodka y caviar. Sin embargo, Carrillo y La Pasionaria fueron sometidos a una intensa presión para que cambiaran de postura. Cuando Carrillo se mantuvo en sus trece, Brezhnev espetó en tono amenazador: «Piensen en lo que están haciendo. Con esa actitud suya, corren el riesgo de causar una ruptura en un partido con catorce millones de miembros y un país con doscientos cincuenta millones de habitantes». Sin embargo, su discurso durante la conferencia concluyó con una declaración de fe en la revolución bolchevique. Y lo que es más importante, Carrillo firmó el comunicado final de la conferencia, algo que Enrico Berlinguer, en nombre de la delegación italiana, rehusó hacer. La declaración de aprobación contradecía sus críticas a la invasión checa: «Queremos reiterar nuestra amistad al PCUS y el reconocimiento por la ayuda que presta a los pueblos que luchan por su libertad»[89].

La amenaza de Brezhnev se materializó en el renovado respaldo soviético a Gómez y García y en una reconciliación entre el Kremlin y el régimen de Franco que permitió la venta de carbón polaco a España durante la huelga de los mineros asturianos en diciembre de 1969. Carrillo aceptó el desafío, y en una reunión del Comité Central celebrada ente el 27 y el 31 de diciembre de 1969, Gómez y García fueron expulsados del PCE, a pesar de la decidida oposición de Enrique Líster, que fue adulado por el Kremlin para que enarbolara la bandera pro soviética[90]. A la sazón, la marcha de los estalinistas liderados por Líster parecía incluso más grave para el PCE que el cisma de los maoístas, aunque, volviendo la vista atrás, fue una bendición disfrazada. A favor de Líster estaba el respaldo del Kremlin y un considerable grupo de miembros del PCE residentes en Rusia, quienes, casi con total seguridad, tenían pocas opciones al margen de apoyar la línea soviética. Líster emprendió una activa campaña a través de una serie de cartas para que las expulsiones de García y Gómez

fuesen revocadas y para que se revisara la administración de Carrillo en el partido. Varias cosas propiciaron su derrota: su planteamiento caótico, el control que ejercía Carrillo sobre el aparato y la actitud de La Pasionaria.

Líster y otros instaron en varias ocasiones a Dolores Ibárruri a que denunciara a Carrillo. Por el contrario, La Pasionaria cerró filas en torno al secretario general. Pese a sus simpatías pro soviéticas, presumiblemente era reacia a presidir la desintegración del PCE, y también muy consciente de que la supervivencia del partido dependía de las posturas más modernas asociadas a Carrillo. Por su parte, el secretario general no corrió ningún riesgo. Líster no era informado de las horas ni de los lugares donde se celebraban las reuniones de la ejecutiva y el Comité Central. Finalmente, en septiembre de 1970, se organizó un encuentro del Comité Central para dirimir la cuestión de la disidencia de Líster, que se había vuelto más histéricamente anticarrillista y consistía en un amargo ataque al secretario general por supuestos crímenes estalinistas, cuya culpa compartía también el propio Líster. Para garantizarse una mayoría a su favor, Carrillo nombró a veintinueve miembros nuevos para el Comité Central. Una vez más, a los partidarios de Líster no les fue comunicado cuándo o dónde se celebraría la sesión, y él recibió la información con tan poca antelación que apenas pudo preparar su discurso. Más tarde, Líster alegaba que a dos de sus seguidores se les impidió entrar en el pleno y que él fue físicamente amenazado. La reunión terminó con la expulsión de Líster y otros cuatro disidentes pro soviéticos: Celestino Uriarte, Jesús Saiz, José Bárzana y Luis Balaguer, todos ellos residentes en la URSS, miembros del PCUS y figuras destacadas de la sección rusa del PCE[91].

Líster y un considerable número de seguidores, a quienes se impidió expresar sus opiniones al partido, se vieron impulsados a abandonarlo y formar un PCE rival. Con financiación rusa, Líster, Gómez y García formaron un PCE con un *Mundo Obrero* y

un *Nuestra Bandera* propios. El partido consistía en miembros veteranos y tenía poco futuro. No obstante, la gravedad del cisma solo se vio atenuada cuando el PCE de Líster también fue víctima de divisiones internas que a la postre se disgregaron en fragmentos liderados por él y García. Líster creó otra formación, conocida como Partido Comunista Obrero Español (PCOE). Carrillo había conservado el aparato central del PCE y, por consiguiente, ganó la partida. Aunque los ataques de Rusia prosiguieron, el secretario reaccionó utilizando gradualmente su control sobre la maquinaria del partido para eliminar no solo a elementos estalinistas destacados del PCE, como García y Gómez, sino también a militantes de todos los niveles, acelerando de ese modo el proceso de modernización. Veteranos de línea dura que habían combatido en la Guerra Civil y residían en el Este fueron sustituidos en todos los ámbitos del aparato del partido por militantes de clase obrera procedentes de España. Los rusos fueron tomando conciencia de ello paulatinamente y llegaron a una entente con el PCE.

Esta renovación de afiliados aceleró el proceso de modernización e intensificó la sensibilidad del PCE hacia los acontecimientos que tenían lugar en territorio español[92]. Se apreciaba una contradicción subyacente en aquella renovación a tenor del modo implacablemente estalinista en que Carrillo nombró de forma unilateral a esos nuevos miembros. Como secretario de organización, Carrillo había utilizado la sabiduría burocrática acumulada del *apparátchik* estalinista a fin de preparar el terreno para la renovación que se produjo entre 1954 y 1956. En 1969 y 1970, movido, de una parte, por la hostilidad rusa y, de otra, por la necesidad de responder a la situación cambiante en España, Carrillo recurrió a los mismos métodos fiables y eficaces para dotar al PCE de la imagen que consideraba esencial para su supervivencia. Fueran cuales fuesen los métodos, los cambios que impuso tuvieron el efecto de abrir el PCE, de hacerlo más atractivo para los intelectuales y los estudiantes y,

en última instancia, de reducir la media de edad de los militantes.

Las críticas originales del PCE a la invasión de Checoslovaquia no pretendían provocar un enfrentamiento total con el PCUS. Sin embargo, fue la crudeza de la respuesta soviética, en especial al cuestionar la autoridad interna de Carrillo en el partido, lo que lo llevó hacia una independencia cada vez mayor. Alejado por el PCUS, el PCE se acercó más a los comunistas italianos, otro acontecimiento que tendría un efecto liberalizador en el partido español. Las reformas iniciadas por Carrillo a principios de los años cincuenta en respuesta a los hechos acontecidos en el seno del PCUS se consolidaron veinte años después utilizando los mismos métodos pero en reacción contra los rusos.

La victoria de Carrillo se basaba sobre todo en su férreo dominio del aparato, lo cual se puso de manifiesto en el informe al pleno ampliado de septiembre de 1970, redactado por Ignacio Gallego, a la sazón su aliado más próximo, que había sustituido a García como secretario de organización. Al igual que García y Gómez, el sinuoso Gallego había destacado hasta el momento por sus convicciones pro soviéticas. Sin embargo, como ya hiciera Carrillo antes que él en relación con Uribe y La Pasionaria, sabía cómo congraciarse con el secretario general. A la luz de la evidente incomodidad de algunos miembros del Comité Central respecto de las expulsiones, Gallego denunció la labor fraccional de Gómez y García y, aún con más vehemencia, la de Líster. Contrastó lo que describía como sus calumnias contra Carrillo y la cúpula con la postura teórica de Claudín y Semprún[93]. En defensa de su expulsión declaró: «Cada uno de nosotros tiene derecho a expresar y defender su opinión sobre cualquier problema; pero aquí no se trata de ese derecho. Aquí se trata de la unidad del Partido, de sus principios de organización, de la actitud que un militante, y más aún si es miembro del Comité Central, debe tener frente a un intento de dividir al Partido. En

un Partido clandestino es imposible aceptar la ambigüedad en torno a una cuestión como esta. El que no condena y combate a la fracción de hecho la ayuda, actitud incompatible con la permanencia en el Comité Central del Partido… En estas condiciones no podemos dejarnos llevar por un liberalismo absurdo que solo serviría para perder tiempo y energías que nos son necesarias para impulsar la labor del Partido en todos los terrenos, contribuyendo a precipitar la caída de la dictadura»[94].

El uso de la expresión «un liberalismo absurdo» por parte de Gallego reforzaba el mensaje de que no podía tolerarse ninguna desviación de la línea marcada por Carrillo. En 1970, Claudín señalaba que los pro soviéticos podrían haber sido derrotados en un debate abierto y que el PCE habría gozado de más salud gracias a la experiencia: «Si en el PCE el "centralismo" ha pesado siempre más que la "democracia" —o más exactamente, ha anulado toda democracia— el fenómeno no se explica por la clandestinidad sino por la "estalinidad", y lo mismo sigue ocurriendo hoy, como lo demuestra la forma en que la dirección ha abordado el conflicto con el PCUS y la lucha interna contra los "pro-soviéticos". ¿Por qué no se ha permitido a Eduardo García, Agustín Gómez y demás "pro-soviéticos" expresarse con toda libertad en *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera,* abriendo un debate en el que —para demoler sus posiciones— hubiera sido necesario llegar al fondo de lo que significa el sistema soviético, el tipo de partido estaliniano, etc.? ¿Por qué no haber abierto el mismo tipo de debate sobre los problemas de la estrategia y la táctica del partido?». Claudín observaba asimismo que, para que el PCE desempeñara su papel en el futuro, era necesario un debate de gran alcance, tanto dentro del partido como con otros grupos de izquierdas, sobre la naturaleza de la lucha antifranquista y el capitalismo español. Desde luego, no era algo que pudiera agradar a Carrillo[95].

Aun dejando de lado la posibilidad de que el número de veteranos estalinistas que continuaban en el PCE a finales de los

años sesenta obligara a Carrillo a proceder como lo hizo, sí es cierto que el partido salió de la crisis vivida entre 1968 y 1970 con un cambio considerable en las bases, aunque no en su secretario general. Detrás de una retórica de moderación y apertura podía discernirse la innegable confianza de Carrillo en métodos autoritarios para la gestión del partido. No obstante, el efecto de la crisis de Claudín y Semprún lo había hecho, a un precio enorme, más consciente de la necesidad de responder a las realidades españolas. Ahora, con un coste numérico mayor, aunque intelectual y moralmente inferior, la crisis checoslovaca había convertido al PCE en una formación menos rígida. Durante los años sesenta, en respuesta a las reformas presentadas en el VI Congreso, el PCE multiplicó sus afiliados en las universidades y fábricas de una España sometida a un rápido proceso de modernización. Cuando Carrillo rebautizó la estrategia de reconciliación nacional como «el Pacto por la Libertad» en 1969, el PCE era más moderno, moderado y receptivo que diez años antes. Al responder al desafío fomentado por los rusos en un partido con una elevada proporción de veteranos estalinistas, puso en riesgo su unidad para fortalecer su credibilidad personal en España. La apuesta dio sus dividendos y lo situó en una posición de fuerza dentro del partido que le permitió aprovechar la agonía del régimen.

6

De enemigo número uno a tesoro nacional

1970-2012

«Ni huelo a azufre, ni tengo rabo o pezuñas»
Carrillo en mítines electorales en 1977

Pese a su victoria sobre los estalinistas, la escisión de García, Gómez y Líster había supuesto un duro golpe para Carrillo, tanto moralmente como para su prestigio entre la oposición no comunista. El PCE entró, por tanto, en la década de 1970 con escaso optimismo. En cualquier caso, con o sin métodos estalinistas, el partido estaba cambiando de tal forma que el regreso al pasado era difícil. La eliminación de los estalinistas obviamente hizo al partido menos rígido; la elección por parte de Carrillo del afable Ignacio Gallego en sustitución del siniestro Eduardo García fue un signo evidente de esta evolución. En realidad, la lealtad de Gallego a Moscú no era menor que la del trío expulsado. Aun así, se produjeron varios cambios más importantes en la naturaleza del PCE. Durante los años sesenta, el partido aumentó el número de afiliados en las universidades y las fábricas. La presencia de estudiantes y el crecimiento de Comisiones Obreras infundió en las bases y los afiliados de rango medio una sensación de realismo y flexibilidad con respecto a la coyuntura en que se hallaba la sociedad española. Ello obedecía a

las reformas introducidas en el VI Congreso y a las lecciones que impartió Claudín, asumidas paulatinamente por Carrillo en lo que Javier Pradera tildaría de «plagiario saqueo». De hecho, Claudín y otros consideraban que Carrillo fue demasiado lejos en su búsqueda de alianzas para derrocar a la dictadura[1]. Sin embargo, la cuestión es que la estrategia de reconciliación, rebautizada en 1969 como Pacto por la Libertad, la estaba llevando a cabo un partido mucho más moderno, moderado y receptivo al cambio social que la cerrada organización estalinista de principios de los años cincuenta.

El desarrollo de movimientos estudiantiles altamente politizados y poderosos sindicatos semiclandestinos era en gran medida un reflejo del vertiginoso crecimiento económico de España en los años sesenta. Sin embargo, ningún otro grupo de la oposición reaccionó a los cambios con tanta eficacia como el PCE. A medida que los comunistas se involucraban cada vez más en la lucha de masas contra el régimen, Carrillo empezó a hablar de conquistar «zonas de libertad» y «bases de la lucha democrática». A partir de 1968, dichas «zonas» se hallarían en la creciente frecuencia de huelgas, manifestaciones y mítines celebrados a la luz de la constante represión policial. En septiembre de 1970, durante la misma sesión del Comité Central en la que se produjo la expulsión de los estalinistas, Carrillo anunció la «salida a la superficie» del partido o su retorno desde las catacumbas. Aunque mencionó la colaboración con otros grupos liberales e izquierdistas, insistió en lo que llamaba el «papel dirigente» que había de desempeñar el PCE. Carrillo se mofó de las pretensiones de las facciones revolucionarias extremistas de derrocar la dictadura por medio de la acción armada, unas pretensiones que él mismo había albergado apenas seis años antes.

Su énfasis en la necesidad de actos de masas por parte de grupos de estudiantes, obreros y vecinos era una prueba válida de que estaba adaptando la política de partido a las realidades económicas y sociales de una España en proceso de rápido

desarrollo. No obstante, en una asombrosa muestra de egoísmo miope, atribuyó a su partido —y, por ende, a sí mismo— todo el mérito del nacimiento de las nuevas formas de oposición de masas al régimen: «Todo este proceso no es una sucesión casual de acontecimientos; es el fruto de una estrategia política consciente, determinada. Ahí aparece, nítidamente, el papel dirigente del Partido». Reconocía que otros grupos podían estar contribuyendo al proceso e incluso que empezaban a ser conscientes de los mecanismos sociales y políticos que estaban en juego, pero, en una muestra de ufano triunfalismo, añadía: «El mérito de la concepción, desde el principio; el mérito de la apertura de esa vía, en una situación muy distinta a la de hoy, en que todo comienza a estar claro, una situación en que muchos no veían salida posible; el mérito de la iniciativa corresponde a la capacidad de nuestro Partido para aplicar a la situación histórica concreta el método marxista-leninista»[2].

Para facilitar la «conquista de la democracia», en 1970, Carrillo lanzó una masiva campaña de reclutamiento denominada «Promoción Lenin» con el fin de propiciar la huelga general en todo el país. Gracias a ella, el partido no solo creció en las grandes zonas industriales, sino también en el campo[3]. Paralelamente, los miembros del PCE se involucraron más en asociaciones legales de amas de casa, consumidores, residentes, padres y profesores, mientras que los abogados del partido destacaban en la defensa de sindicalistas procesados. Todo esto constituía, dentro de los límites de la dictadura, un intento por emular los éxitos de los comunistas italianos en gobiernos municipales como el de Bolonia, una demostración de que los comunistas españoles también eran eficientes, fiables y solidarios.

Gracias a las diversas expulsiones que se produjeron en los años sesenta, la autoridad de Carrillo en el PCE era absoluta. A consecuencia de la incorporación gradual de las ideas de Claudín y de los cambios impuestos por la brutal reacción de Moscú a las críticas, tanto el PCE como Carrillo eran ideológicamente más

flexibles. Esto, sumado al hecho de que el desarrollo económico estaba propiciando la expansión de la organización, enmascaraba los hábitos estalinistas del secretario general en lo tocante a la gestión interna del partido. No cabe duda de que los comunistas gozaban de un considerable prestigio en España entre la oposición no partidista al régimen de Franco. Además, la fuerza de Comisiones Obreras conseguía que figuras clave de la élite económica no tuvieran más remedio que contar con los comunistas al elaborar su propia estrategia de supervivencia posfranquista. En los años sesenta, ya se habían llevado a cabo negociaciones entre varios industriales destacados y líderes de Comisiones Obreras para saltarse a los anticuados sindicatos verticales del régimen. Los contactos entre Marcelino Camacho y dichos empresarios fueron organizados por el adinerado abogado Antonio García Trevijano[4].

Esa tendencia se extendió en los años setenta. Carrillo anunció que el Pacto por la Libertad estaba cobrando más relevancia que nunca cuando se fundó la Assemblea de Catalunya en noviembre de 1971. El movimiento de la Asamblea incluía a una amplia variedad de partidos de izquierdas, de los cuales el más importante era el Partit Socialista Unificat de Catalunya; a varias organizaciones de clase trabajadora, con Comisiones Obreras a la cabeza, y a numerosas asociaciones legales. La Asamblea gozaba de representación en toda Cataluña y, aparte de su amplio espectro de apoyo popular, tenía banqueros entre sus líderes. Pronto demostró su capacidad de movilización de masas por medio de manifestaciones por la amnistía que alcanzarían su apogeo en 1976. Carrillo afirmaba que en Andalucía, Aragón, Valencia y Asturias habían empezado a aparecer organizaciones similares, conocidas como «plataformas democráticas». Sin embargo, solían ser iniciativas mayoritariamente comunistas, y no las entidades amplias que él proclamaba. En un eco de su optimismo con la HNP, su ansiedad por evangelizar el Pacto de la Libertad lo llevó a exagerar su fortaleza[5]. Los preparativos

teóricos y organizativos para el futuro en territorio español se llevaron a cabo en el breve VIII Congreso, celebrado en el *chateau* del PCF, cerca de Arrás, a finales de verano de 1972. Carrillo desestimó las esperanzas que abrigaban algunos grupos de la oposición moderada de que sería posible negociar una futura transición a la democracia cuando el príncipe Juan Carlos sucediera a Franco: «Juan Carlos es una criatura de Franco, educada bajo su control, que ha jurado los principios del Movimiento, es decir los principios fascistas». Convencido de que Assemblea de Catalunya era el primer paso hacia el Pacto por la Libertad, empezó a hablar de ella como un instrumento para una «ruptura democrática»: «¿Qué realismo es ese que se imagina el paso de una dictadura fascista a una democracia sin que medie una verdadera revolución política?». Ello requeriría fuerza, y eso significaba un movimiento de masas en la línea de la Huelga Nacional. Desde luego, todavía estaba lejos de adoptar del todo las posturas por las que Claudín había sido expulsado. De hecho, como observaba más tarde este último, la «ruptura» esbozada en el VIII Congreso se asemejaba mucho a la revolución rusa de febrero de 1917. Era difícil imaginar por qué las fuerzas burguesas preferirían la posibilidad de una Revolución de Octubre en España a algún tipo de transición negociada.

Un número considerable de jóvenes militantes del país fueron incorporados al Comité Central. Estos incluían a cuadros como Nicolás Sartorius y Carlos Alonso Zaldívar, quienes, a mediados de los años setenta, serían sus aliados en una aparente liberalización del partido para acabar en los ochenta convirtiéndose en sus enemigos, cuando quedó claro que los cambios eran cosméticos. Entre ellos se encontraba la jefa de la sección universitaria del PCE, la atractiva Pilar Brabo, de veintinueve años. Brabo se convirtió en confidente de Carrillo y lo acompañaba en sus visitas al extranjero. Su devoción hacia él fue total hasta que, tal vez preocupado por una excesiva cercanía, Carrillo se fue distanciando de ella a partir de 1977[6].

Mientras la oposición era cada vez más atrevida y se echaba a la calle, el régimen disfrutaba de una prolongada expansión económica y tenía bien preparados los planes de futuro. La esperanza de que aquel proceso continuara y desembocara en un derrocamiento incruento de la dictadura recibió un duro golpe cuando la violencia del FRAP fue determinante en la formación del Gobierno de línea dura del almirante Carrero Blanco en junio de 1973. El Gabinete, constituido para salvaguardar la transición de Franco a su sucesor designado, el príncipe Juan Carlos, no solo auguraba un retorno al franquismo propio de los años cuarenta, sino que mostraba todos los indicios de permanencia[7]. Dos de las tres principales escisiones que habían desgarrado al PCE en los años sesenta, las de los pro chinos y los pro soviéticos, se derivaban de la necesidad que tenía Carrillo de mantener la credibilidad de sus políticas moderadas. Ahora parecía que el sacrificio había sido en vano. La amplia coalición con fuerzas burguesas parecía más remota que nunca y el régimen, más fuerte que en toda su historia.

Sin embargo, en 1973 sobrevino la crisis definitiva del régimen de Franco. La crisis energética empezó a pasar factura a la prosperidad, que constituía el principal motivo por el que industriales y banqueros profesaban lealtad a la dictadura. La posibilidad de un futuro descontento entre los trabajadores a medida que disminuyera la bonanza supuso un estímulo considerable para que los capitalistas de España contemplaran una negociación con Comisiones Obreras, aunque no con el PCE. Se dieron cuenta de que las estructuras anticuadas y semifascistas de la dictadura serían incapaces de resolver la crisis económica que se avecinaba sin que hubiera enfrentamientos perjudiciales. Por ello, su disposición a aceptar algún tipo de reforma política empezó a coincidir con la presión popular por el cambio. Esta convergencia de intereses otorgó al Pacto por la Libertad una nueva relevancia y, de ese modo, permitió al PCE desempeñar un papel crucial en los acontecimientos de 1975 a

1977, aunque no fuera el que había predicho Carrillo en el VIII Congreso. Sin embargo, el régimen de Franco no se hallaba en modo alguno desamparado. Las fuerzas armadas y la policía permanecían intactas, y los planes del Caudillo para la sucesión de Juan Carlos bajo la tutela del almirante Carrero Blanco estaban bien armados. En un conflicto directo entre las fuerzas de reacción y quienes abogaban por el cambio, la dictadura tenía todas las de ganar.

De hecho, ahora que la clase trabajadora avanzaba hacia los movimientos de masas que durante mucho tiempo había pronosticado Carrillo, la élite franquista se vio gravemente socavada por el asesinato del almirante Carrero Blanco el jueves 20 de diciembre de 1973. Aquel día iba a empezar la farsa judicial del llamado «Proceso 1.001», contra diez líderes de Comisiones Obreras, el sindicato clandestino del PCE. El régimen pretendía demostrar así su determinación de aplastar a tales organizaciones. Poco antes de las 9.30 de la mañana, un comando de ETA hizo estallar una carga explosiva bajo el coche de Carrero Blanco cuando regresaba de su misa diaria. El propio Carrillo se sintió enormemente alarmado al conocer el asesinato. Su primera reacción fue de inquietud por si la izquierda española podía sufrir una noche de los cuchillos largos. Estaba desesperado por demostrar que el PCE no había tenido nada que ver con el atentado. Más adelante, llegó a creer que ETA había elegido el día del Proceso 1.001 para perjudicar al PCE, cosa que quizá guardaba relación con el hecho de que el comando terrorista había contado con la ayuda de Eva Forest y Alfonso Sastre, dos comunistas renegados[8].

El mismo día recibió una llamada tranquilizadora de Antonio García López, un abogado de Madrid y socialdemócrata próximo a Dionisio Ridruejo. García López transmitió un mensaje de un alto miembro no identificado del Estado Mayor que le aseguraba que no se produciría un baño de sangre. Carrillo creyó, erróneamente, que el mensaje provenía directamente del general Manuel Díez

Alegría, jefe del Alto Estado Mayor. No era así, pero sí de alguien que se hacía eco de las opiniones de Díez Alegría. Carrillo sabía que el director general de la Guardia Civil, Carlos Iniesta, un hombre de extrema derecha, había dictado a sus hombres la orden de reprimir enérgicamente a los izquierdistas y manifestantes, utilizando las armas de fuego si lo juzgaban necesario. Iniesta se estaba excediendo en el ejercicio de su autoridad al ordenar a la Guardia Civil que saliera de su jurisdicción rural y actuara en las ciudades. Por consejo de Díez Alegría, en menos de una hora, un triunvirato compuesto por el vicepresidente Torcuato Fernández Miranda, el ministro de Gobernación, Carlos Arias Navarro, y el ministro de Marina, el almirante Gabriel Pita da Veiga, había obligado a Iniesta a retractarse de su telegrama[9]. Refiriéndose a ello, cuatro meses después, Carrillo diría al Comité Central que el Ejército, al impedir un baño de sangre, había demostrado que todo era posible[10].

Sin embargo, puesto que la Assemblea de Catalunya era el vehículo idóneo para la conquista de «zonas de libertad», Carrillo empezó a esforzarse por emular el éxito del PSUC en otras regiones de España. Y, a medida que el PCE se aproximaba cada vez más a representantes de la burguesía española, también se alejaba de la URSS. En una reunión del Comité Central celebrada en septiembre de 1973, Carrillo ya había definido el Gobierno de Carrero Blanco como un indicio de la decadencia del régimen. Por ello, solicitó y obtuvo permiso formal del comité ejecutivo para establecer contactos con «representantes de grupos neocapitalistas» a fin de aprovechar el descontento de la burguesía. De hecho, ya se habían entablado conversaciones con banqueros y figuras destacadas de la jerarquía católica, que habían llevado a cabo tres miembros del PCE en Madrid: el veterano Francisco Romero Marín, el novelista Armando López Salinas y Jaime Ballesteros Pulido. En 1969, el propio Carrillo se había reunido en París con uno de los principales asesores de don

Juan de Borbón, el franquista arrepentido José María de Areilza. Los contactos se intensificaron tras el asesinato de Carrero Blanco[11]. En la misma sesión del Comité Central, Manuel Azcárate presentó, a instancias de Carrillo, un informe sobre la política internacional del PCE en el que afirmaba que la fusión del PCUS y el Estado soviético hacía imposible un verdadero socialismo democrático en Rusia. El discurso suscitaría un exabrupto del partido soviético, que lo acusó de ser un enemigo de la Unión Soviética[12].

La fricción entre la URSS y el PCE, motivada por la sensibilidad rusa a la crítica de los españoles sobre la naturaleza del socialismo del Bloque Oriental, fue exagerada con destreza por Carrillo, quien era plenamente consciente del grado en que sus cáusticas conversaciones con el Kremlin podían concitar la atención de los medios de comunicación. Por ello, realizó considerables esfuerzos por publicitar las desavenencias como una prueba de la independencia del PCE. En febrero de 1974, el *Partiinaya Zhizn,* el órgano del PCUS, lanzó un virulento ataque contra Azcárate en respuesta a su informe al Comité Central del PCE. Carrillo se mostró muy descontento con Azcárate, y se preocupó de que este nunca más presentara un informe sobre la política internacional del PCE. Con todo, pronto hizo lo necesario para que el comité ejecutivo publicara y repartiera un sustancioso y elaborado panfleto que contenía el informe de Azcárate, la respuesta rusa y también la del PCE. De ese modo logró airear el enfrentamiento y dar la impresión de que el partido llevaba todos sus asuntos en público. Como explicó el propio Azcárate: «Él seguía aferrado a las ideas tradicionales de partido monolítico, pero al mismo tiempo se iba convenciendo de que, sin una posición crítica hacia la Unión Soviética y una gran amistad con el PCI que ayudase a deshacer el recuerdo de lo que el PCE había sido durante la Guerra Civil, no sería posible que los comunistas ocupasen un espacio importante en la democracia española»[13].

La ambigüedad de su planteamiento podía discernirse fácilmente en su informe ante un pleno del Comité Central que tuvo lugar a finales de abril de 1974. En relación con el ataque soviético a Azcárate y su decisión de publicarlo junto con el informe ofensivo, el secretario general se vanaglorió de su forma de abordar el debate interno. Según declaraba, no debía ser «algo oculto, para las reuniones o las entrevistas cerradas, sino como una crítica entre camaradas, amistosa, sin tergiversaciones ni maniqueísmos y, desde luego, sin anatemas ni excomuniones». Al parecer ya había olvidado cómo había tratado a Antón, Uribe, Claudín, Semprún, Gómez, García y Líster, y probablemente a camaradas mucho menos célebres. Curiosamente, expresaría su firme deseo de presenciar una mejora de las relaciones entre el PCE y el PCUS. No obstante, reiteró que todo partido comunista era libre de elaborar una política propia de acuerdo con las circunstancias que imperaran en su país[14].

Tras la muerte de Carrero Blanco, y con la mirada puesta en su futuro, varios elementos franquistas comenzaron a pugnar por el poder. Mientras las fuerzas del régimen iban fragmentándose, el Pacto por la Libertad parecía adquirir repentinamente una mayor relevancia. Varios hechos acaecidos en otros lugares de Europa en la primera mitad de 1974 acentuaron la impresión de que la derecha empezaba a perder la iniciativa: la caída de Marcelo Caetano en Portugal (25 de abril), la derrota aplastante de Amintore Fanfani, primer ministro italiano de tendencia democristiana, en el referéndum sobre su propuesta contra la ley del divorcio (12 de mayo), los buenos resultados del socialista François Mitterrand en las elecciones presidenciales francesas (5 y 19 de mayo, superado por Valéry Giscard d’Estaing por 424.599 votos) y la debacle de los coroneles griegos (el 23 de julio, tras la invasión turca de Chipre). En particular, los acontecimientos de Portugal supusieron un espaldarazo inmenso para el PCE y convencieron a Carrillo de que su momento estaba cerca. En su prefacio a la versión publicada del informe para la reunión del

Comité Central de finales de abril de 1974, alabó la victoriosa alianza de trabajadores, el Ejército y «el sector más dinámico y liberal del capitalismo portugués», cosa que atribuía a que el Gobierno provisional formado en Lisboa era prácticamente idéntico al Pacto por la Libertad del PCE y sería la fórmula para la transición de la dictadura a la democracia en España[15].

Espoleados por esos acontecimientos, muchos miembros de la élite económica española empezaron a pensar que un entendimiento con los comunistas podía favorecer a su estrategia de supervivencia. Tal vez inspirados también por el aireado enfrentamiento que mantuvo el PCE con Moscú por Azcárate, figuras importantes de la élite capitalista, que representaban tanto a empresas españolas como a multinacionales, mostraron una mayor disposición a entablar conversaciones con López Salinas, Ballesteros y Romero Marín, pertenecientes a la cúpula del partido en el interior[16]. Al mismo tiempo, estaban organizándose mesas y juntas sobre el modelo de la Assemblea de Catalunya, todas ellas lideradas por los comunistas. Inevitablemente, el hecho de que el PCE dispusiera de una red organizativa nacional le garantizaba un papel coordinador. El tan cacareado distanciamiento de la URSS por fin estaba dando sus dividendos. No solo los acontecimientos que tuvieron lugar en el extranjero acrecentaron la confianza de Carrillo.

A principios de 1974 se habían establecido contactos con empresarios, con otras fuerzas de izquierdas y democristianas e incluso con representantes de don Juan de Borbón, el padre de Juan Carlos. A Carrillo le preocupaba que fructificaran los planes de una monarquía franquista encabezada por Juan Carlos. En París, el monárquico del Opus Dei Rafael Calvo Serer y Antonio García Trevijano, que visitaba Estoril con frecuencia, lo habían animado a que apostara por don Juan. Dado que consideraba a Juan Carlos una marioneta estúpida de Franco, Carrillo se alegró de que su amigo, el acaudalado abogado Teodolfo Lagunero, fuese invitado a reunirse con don Juan en un hotel de París. Su

mensaje era que el PCE apoyaría su regencia hasta que pudiera celebrarse un referéndum constitucional y que aceptaría el resultado si favorecía una monarquía. Sin embargo, el pretendiente al trono no quedó convencido de la promesa realizada por Carrillo de que, en caso de que se optara por una república, sería tratado con respeto[17].

Carrillo estaba empezando a actuar en un contexto muy distinto de cualquier otro que se hubiera vivido desde la Guerra Civil. Cuando regresó a la superficie, pudo utilizar con gran efecto su astucia natural y las habilidades desarrolladas durante las luchas de poder dentro del PCE. La gran diferencia era que el dominio que había ejercido sobre el partido y la reverencia con la que era recibida cualquier afirmación suya habían desaparecido. De hecho, cada paso que daba provocaba sospechas, en el mejor de los casos, o en el peor, odio puro. Fue por aquel entonces cuando se resucitó el tema de Paracuellos. La perspicacia política y la maestría escénica con las que lideraba el PCE serían una importante contribución a la transición a la democracia y habían de constituir su momento cumbre. No desaprovechaba ninguna oportunidad para aparecer en público. En junio de 1974, durante un mitin masivo celebrado en Ginebra, en el que ocupaba el estrado pero le estaba prohibido hablar en público, varios miles de trabajadores emigrantes de toda Europa escucharon una cinta. En ella, tachaba de fascista la sucesión monárquica preparada por Franco: «Frente a esa monarquía los españoles no tendrán más que una salida: ¡la República democrática! ¡Hasta el gato se haría republicano!». Preguntando retóricamente «¿por quién doblan las campanas?», respondió que tocaban «a muerto por la dictadura fascista»[18].

Un mes después, a Franco se le diagnosticó una flebitis. También padecía graves úlceras gástricas causadas por la medicación que tomaba para aliviar los síntomas del Parkinson. Debido a las complicaciones derivadas de las interacciones entre los tratamientos necesarios, había sido hospitalizado y, por tanto,

se había visto obligado a nombrar a un reacio príncipe Juan Carlos jefe del Estado provisional. El Gobierno de Arias ya tenía una posición débil. La función prácticamente imposible de su titular era adaptar las formas políticas del régimen de Franco a una situación social y económica que había cambiado, un papel para el cual no tenía voluntad ni poder. Sus esfuerzos por aplacar a la vieja guardia franquista, el denominado «búnker», destruyeron su credibilidad y mejoraron la de la oposición. En febrero, un intento por silenciar al obispo de Bilbao Antonio Añoveros había provocado una humillante vuelta atrás y una aceleración de la retirada del apoyo eclesiástico al régimen. Pío Cabanillas, ministro de Información, relajó las restricciones a la prensa, por lo que fue acusado de abrir la puerta a los rojos y, a la postre, obligado a dimitir. Entretanto, se produjeron detenciones generalizadas y torturas a disidentes, además de ejecuciones muy publicitadas, entre ellas las del anarquista Salvador Puig Antich el 2 de marzo. Por toda España, la consecuencia fue un crecimiento constante del apoyo popular a la denominada «ruptura democrática», que favorecía las políticas de Carrillo para el retorno a la superficie[19].

En un esfuerzo por apretar el paso, el 30 de julio de 1974, Carrillo respondió a la noticia de la enfermedad de Franco lanzando la Junta Democrática en París, con un anuncio similar realizado en Madrid de forma simultánea. La Junta estaba compuesta por el PCE, además de Comisiones Obreras, el pequeño Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván, los carlistas y numerosos individuos entre los cuales los más destacados eran el monárquico y ex teórico del Opus Dei Rafael Calvo Serer y un mujeriego sediento de publicidad llamado José Luis de Vilallonga[20]. Pese a que no participaron el Partido Socialista Obrero Español y los diversos grupos democristianos, la Junta supuso un considerable espaldarazo promocional para los comunistas. Ahora, el Pacto por la Libertad tenía un propósito. Los círculos de la oposición en Madrid y Barcelona eran un

hervidero de entusiasmo. Los individuos no alineados veían la Junta como una alternativa potencial en un momento en que la legitimidad del régimen se desmoronaba. Una diplomacia habilidosa valió a la Junta un reconocimiento generalizado como la principal fuerza opositora y situó al PCE en el centro del proceso de transición. A juicio de Carrillo, la Junta inspiraría la Huelga Nacional Política, o HNP, con el fin de derrocar al régimen y proclamar un Gobierno democrático provisional en el que él tomaría parte. Los acontecimientos acabarían demostrando que su optimismo no tenía fundamento[21].

Cuando se anunció la formación de la Junta Democrática, fue la existencia de las organizaciones locales lo que otorgó importancia a lo que de lo contrario habría sido un gesto vacuo. La idea de Carrillo era situar al PCE a la cabeza de las juntas y mesas regionales. A principios de verano de 1974, varios grupos involucrados en su creación habían estado negociando un marco nacional cuando Franco cayó enfermo. Para impedir que nadie dominara el proceso, Carrillo, junto a Calvo Serer, había lanzado la Junta. Su manifiesto abogaba por un Gobierno provisional, la amnistía por cualquier delito político, libertades para los sindicatos, derecho a huelga, libertad de prensa, un poder judicial independiente, la separación de Iglesia y Estado, elecciones y la entrada en la CEE. La declaración insinuaba que en ella había participado un amplio espectro de fuerzas, aunque pronto quedó claro que era una exageración, ya que ni los socialistas ni los democristianos estaban presentes[22]. De hecho, por como se fundó, la Junta prácticamente había garantizado la hostilidad de los socialistas. Siempre sensibles a cualquier amenaza que supusiera la hegemonía comunista, al cabo de un año formaron la Plataforma de Convergencia Democrática con los democristianos.

El grado de cambio que había experimentado el mundo en que vivía Carrillo quedó ilustrado en agosto de 1974. José Mario Armero, presidente de la agencia Europa Press, se puso en contacto con Teodolfo Lagunero para pedirle que organizara un

viaje de Carrillo a París en el que se reuniría con un personaje importante pero no identificado. Carrillo y su familia estaban de vacaciones en Livorno con Natalia Calamai, esposa de Nicolás Sartorius, quien había sido encarcelado tras el Proceso 1.001. Sartorius era considerado uno de los posibles sucesores de Carrillo, y Natalia y su hermano Marco eran vínculos clave con el PCI. Carrillo, que todavía vivía clandestinamente en Francia y tenía que utilizar pasaportes falsos, intentaba eludir los aeropuertos siempre que podía. Por ello, el devoto Lagunero fue a recogerlo en coche. Cuando llegó a un elegante restaurante parisino, Le Vert Galant, Armero iba acompañado de Nicolás Franco Pascual de Pobil, sobrino del dictador. Carrillo le preguntó educadamente: «¿Cómo se encuentra su tío», a lo cual Franco respondió: «Está un poco mejor, pero a su edad su situación es muy delicada». Carrillo comentó: «Como usted ve, los comunistas no tenemos ni rabos, ni cuernos como el demonio, somos personas normales». Puede que la visita fuese una respuesta al discurso pronunciado por el secretario general en Ginebra, ya que Nicolás Franco reveló que iba como emisario del príncipe Juan Carlos. Llevaba consigo la petición de que, cuando Franco muriera, el Partido Comunista no organizara manifestaciones masivas, sino que diera al nuevo rey seis meses para iniciar el cambio político. Carrillo respondió que sería responsabilidad de Juan Carlos anunciar una amnistía, permitir el retorno a España de los exiliados políticos y convocar elecciones libres. Asimismo, declaró que, como secretario general del PCE, no estaba dispuesto a entregar un cheque en blanco a nadie. Sin embargo, le trasladó que el suyo era un partido serio, que no participaría en aventuras alocadas y que desarrollaría una política en respuesta a la evolución del Gobierno de Juan Carlos[23].

Lo que posibilitó los encuentros con representantes de don Juan y del príncipe de Asturias y con banqueros y empresarios fue la enorme presión popular a favor de la democracia. Cada vez más industriales estaban convencidos de que los sindicatos

verticales oficiales eran incapaces de impedir las huelgas. Por añadidura, estaban descontentos con una situación política que obligaba a los trabajadores a atacar al régimen por el único método que les era viable: los paros. A lo largo de 1974, Ramón Tamames y otros comunistas se reunieron con miembros de la burguesía de Madrid y Barcelona, como el destacado abogado empresarial Joaquín Garrigues Walker. Como asesor legal de numerosas empresas importantes, sobre todo estadounidenses, Garrigues era un barómetro preciso de la opinión «capitalista liberal». El hecho de que figuras como él estuviesen interesadas en el cambio político otorgaba sustancia a las aseveraciones de Carrillo[24]. La preocupación de ese entorno se acentuó cuando Carlos Arias Navarro, sucesor de Carrero Blanco, cometió una serie de errores que arrojaron serias dudas sobre su capacidad para liderar la campaña de supervivencia del régimen sin un peligro serio de conflicto sangriento.

Debido a esto, Carrillo sentía suficiente confianza en su posición como para correr el peligro de desilusionar a los militantes del partido afirmando reiteradamente la fiabilidad del PCE como un aliado de la burguesía. Así, con un ojo puesto en la oligarquía, Teodolfo Lagunero le organizó una serie de entrevistas con el entonces célebre intelectual de izquierdas Régis Debray y el novelista e historiador Max Gallo. Dichas entrevistas se realizaron durante varios días de julio de 1974 en Villa Comète, la lujosa casa de Teodolfo Lagunero en Cannes. Entre los invitados figuraban Dolores Ibárruri, su hija Amaya, su nieta Lola y la vocalista Joan Baez, que cantó para ellos y coqueteó con Debray[25]. Tiempo después, las conversaciones fueron recogidas en el éxito editorial *Demain l'Espagne*. Fue la primera de varias crónicas extremadamente maquilladas, por no decir noveladas, de la vida de Carrillo, de su papel en la Guerra Civil y de las diversas expulsiones del PCE. En su identificación total de Carrillo con el PCE, podría haberse titulado *Le parti c'est moi*.

No obstante, los miembros del partido debieron de sorprenderse por sus declaraciones acerca de su aversión al culto a la personalidad. «Si por culto a la personalidad se refiere a la dictadura de un líder que hace lo que se le antoja, que actúa de manera arbitraria y es situado en un pedestal mientras se quema incienso, jamás ha existido el culto a la personalidad en nuestro partido». Como si hablara de un pasado lejano, reconocía que en su día algunas personas habían gozado de un gran poder. Sin embargo, pese a encontrarse «bajo el fuego enemigo», afirmaba que el PCE había hecho cuanto estaba en su mano en la aplicación de la democracia interna. Dicho esto, mencionó la necesidad de un líder y citó a Lenin, Ho Chi-minh, Castro y Tito, a cuya altura se situaba implícitamente, y se declaró contrario a que «la administración del partido invente mitos sobre los líderes. Lo condeno. Es repugnante y contrario a todas las normas de la acción revolucionaria». Luego declaraba con orgullo: «Nunca permitiré que se haga propaganda sobre mi persona»[26].

Cuando parecía que Claudín podía estar planteándose un regreso al partido junto con algunos miembros del grupo Bandera Roja, Carrillo alteró las pruebas del libro para insistir en que acertó con las expulsiones de 1965. Ese intento por asegurarse de que Claudín no volviera como un profeta ignorado provocó el disgusto de su viejo camarada y una nueva ruptura de sus relaciones[27]. De hecho, los halagos de Carrillo hacia la burguesía que contenían las entrevistas iban mucho más allá de las posturas que achacaba a Claudín y Semprún. La Junta Democrática, la clase trabajadora y la gran huelga general apenas aparecían en su retórica. Para disgusto de muchas personas considerablemente más izquierdistas que él, declaró: «Es necesario tener valor para explicar a los trabajadores que es mejor pagar una plusvalía a la burguesía que correr el riesgo de generar una situación que pueda volverse contra ellos». En realidad estaba caminando por la cuerda floja, porque al mismo tiempo afirmaba, con la mirada puesta en sus seguidores, y

probablemente en deferencia a sus ideas, que tal moderación era una concesión a corto o medio plazo. El objetivo último del socialismo seguía en la agenda[28]. A la luz de las circunstancias que rodearon a la caída de Salvador Allende en Chile, Carrillo, como su homólogo italiano Enrico Berlinguer, estaba más convencido que nunca de la necesidad de amplias alianzas. Por desgracia, era una política que entrañaba el riesgo de dejarlo varado entre una burguesía escéptica y unas bases resentidas. Durante un breve período de la transición a la democracia, entre 1975 y 1977, la búsqueda de credibilidad sería un éxito. Sin embargo, a largo plazo, precipitaría la caída electoral del PCE.

Aunque Carrillo proyectaba una imagen cada vez más liberal a la prensa burguesa, siguió liderando el PCE con mano de hierro, tal como quedó demostrado cuando surgieron discrepancias sobre la revolución portuguesa, que, según dijo en un primer momento, daba relevancia al Pacto por la Libertad. Su enfrentamiento con Moscú debido a la invasión soviética de Checoslovaquia ya había provocado algún conflicto con Alvaro Cunhal, secretario general del Partido Comunista portugués. Ahora, Carrillo se sentía obligado a distanciarse del compromiso de este último con la creación en su país de un socialismo al estilo de Europa del Este, y describía la política de Cunhal como «un buen ejemplo de cómo no hacer una revolución». Así, Carrillo no solo causó un considerable disgusto en Moscú, del cual pudo derivar una mayor credibilidad, sino que también corría el peligro de precipitar una división interna en el seno del partido. Los estalinistas más veteranos y los izquierdistas más jóvenes del PCE mostraban entusiasmo por Cunhal, ya que creían que su política era crucial si querían evitarse en Portugal los problemas que había afrontado Salvador Allende en Chile[29]. Como era habitual en él, Carrillo declaró que era sobradamente capaz de gestionar la disidencia interna con respecto al país vecino: «Puede que haya tendencias cunhalistas en el PCE, pero puedo decir que, hasta el momento, tengo la situación bajo control»[30].

De hecho, la actitud de Carrillo contrastaba de manera extraña con la euforia inicial con la que había acogido los acontecimientos del 25 de abril de 1974. Sin embargo, los términos que empleó al principio en referencia a la revolución ofrecen una pista de su aparente cambio de parecer. En una retransmisión radiofónica a España realizada el 26 de abril, Carrillo aseguraba que los sucesos en Portugal se asemejaban a su escenario para el futuro del país, un Pacto por la Libertad basado en una amplia coalición de la clase trabajadora y las fuerzas burguesas liberales, además de sectores de la Iglesia, el Ejército y la oligarquía industrial y financiera, para derrocar la dictadura y establecer un socialismo democrático pluralista[31]. Mientras Cunhal pareció limitarse a esto, fue aplaudido con entusiasmo por Carrillo. Una vez que el líder portugués empezó a abogar por una forma de socialismo más sectaria, el entusiasmo inicial de Carrillo empezó a desvanecerse. Incluso antes de la crisis checa, el secretario general había intentado combatir ansiosamente casi cuarenta años de rabiosa propaganda anticomunista y las preocupaciones, incluso en los círculos liberales, por la falta de democracia en el Bloque Soviético. Estaba decidido a impedir que sus esfuerzos se viesen enlodados por los devaneos revolucionarios de Cunhal al haber afirmado ya en 1967: «Nadie —y menos que nadie el Partido Comunista— piensa hoy en hacer la revolución comunista. La disyuntiva que se ofrece al país es: dictadura reaccionaria y fascista o democracia». Como había dicho a Nicolás Franco en agosto de 1974, el PCE colaboraría con cualquier Gobierno que liberara a prisioneros políticos, ofreciera una amnistía general y brindara libertades políticas[32].

En aquel momento, Carrillo estaba dispuesto a arriesgar el distanciamiento de muchos militantes del partido, ya que percibía que su labor primordial consistía en convencer a sus aliados potenciales en España de que era cualquier cosa menos un revolucionario peligroso. Por ello, manifestó su disposición a

trabajar dentro del marco de una monarquía: «No somos aventureros que ondean sistemáticamente la bandera de la agitación social». Incluso aceptó la posibilidad de que participaran políticos franquistas en un futuro Gobierno de unidad nacional[33]. Tras el controvertido y agresivamente moderado *Demain l'Espagne,* esas afirmaciones —en especial el abandono del compromiso del PCE con el restablecimiento de la República— causaron una profunda inquietud en las filas del partido[34]. Esta tensión interna era la más grave que había experimentado el PCE desde su traumático enfrentamiento con Moscú por la invasión checa. Aunque la reacción de Carrillo a la revolución portuguesa y sus comentarios conciliadores sobre una futura monarquía tuvieron unas consecuencias menos dramáticas que las experimentadas por el partido en 1968, compartían ciertas características. Ansioso por salvaguardar la credibilidad del Pacto por la Libertad, Carrillo no podía decir a sus potenciales aliados burgueses que era un socialdemócrata al tiempo que condonaba las actividades antidemocráticas de otros comunistas extranjeros.

La extrema izquierda fue contundente y virulenta en su denuncia de la Junta, lo cual no fue ninguna sorpresa habida cuenta de la negación de las realidades de la lucha de clases que contenía su manifiesto. Los maoístas, los trotskistas, los anarquistas e incluso la oposición izquierdista interna del PCE se unieron para condenar lo que se describía como la claudicación de Carrillo ante la alta burguesía[35]. Carrillo podía argumentar de forma plausible que el realismo exigía tal compromiso. Había llegado a creer, al igual que Claudín y Semprún antes que él, que la alianza con la burguesía era el requisito previo esencial para derrocar al régimen. Si el precio que había que pagar era el desarme ideológico, entonces se pagaría. Carrillo pensaba que tenía más sentido aspirar al objetivo factible de establecer un régimen de libertades democráticas que al imposible, al menos en el futuro inmediato, que era acabar con el capitalismo español. No obstante, sus afirmaciones discordantes de que estaba aplicando

el «método marxista-leninista» indican que estaba desesperado por mantener cierta legitimidad ideológica ante las críticas vertidas desde su propio partido. Fue precisamente su conciencia de las necesidades de la imagen de su formación lo que acercó a Carrillo a Enrico Berlinguer, secretario general del PCI.

El 11 de junio de 1975, Carrillo y Berlinguer pronunciaron sendos discursos en un mitin masivo en Livorno, y ambos partidos emitieron después una declaración conjunta. Su lenguaje moderado y liberal constituía un claro intento de los partidos italiano y español por establecer una distancia con los partidos portugués e incluso francés. Carrillo declaró con benevolencia que, si el PCE llegaba al poder, abandonaría el Gobierno en caso de una derrota electoral[36]. El PCI gozaba de una importante ventaja con respecto al PCE. Como partido opositor legal, podía publicitar libremente sus ideas y crear ejemplos concretos de administración comunista, como la de Bolonia. En sus críticas a Cunhal y en sus discursos en Italia, Carrillo estaba apostándolo todo por demostrar su compromiso con el socialismo pluralista. Sin embargo, su compromiso con el pluralismo no lo aplicaba a su propio partido. En los años ochenta, cuando el PCE acabó desapareciendo del paisaje democrático, como hicieron otros partidos comunistas, la causa no fue solo la caída de la Unión Soviética, como sucedió en otros países. En España tuvo mucho que ver con la desilusión de las bases con el propio Carrillo y sus métodos autocráticos.

Con Franco todavía vivo, se produjo cierto estancamiento. En última instancia, el Gobierno, confiado en sus poderes de represión, aunque un tanto confuso sobre su evolución futura, adoptó una línea cada vez más dura a lo largo de 1975. Un estado de excepción de tres meses decretado en el País Vasco el 25 de abril desencadenó una operación masiva de terror policial contra la población. En junio, la creación de la Plataforma de Convergencia Democrática aunó al PSOE con la Unión Social-Demócrata Española de Dionisio Ridruejo, los democristianos de

Izquierda Demócrata Cristiana de Joaquín Ruiz-Giménez y varios grupos regionalistas, entre ellos el Partido Nacionalista Vasco. Dominada por el PSOE, la Plataforma estaba un poco más abierta a la posibilidad de diálogo con los reformistas del régimen que la Junta Democrática, que seguía comprometida con la eterna estrategia de Carrillo de huelgas y manifestaciones de masas. Sin embargo, la sed de sangre del régimen ayudó a superar la desconfianza residual de los socialistas hacia el PCE, al punto de que los dos frentes de la oposición entablaron negociaciones para su posterior unificación.

El 26 de agosto, el Gobierno aprobó una ley antiterrorista de gran envergadura que exponía a toda la izquierda a acciones policiales indiscriminadas y draconianas. Además de endurecer la censura y secuestrar numerosas publicaciones, el régimen parecía estar volviendo a los hábitos de los años cuarenta, algo que demostró brutalmente la ejecución de cinco presuntos terroristas de ETA y el FRAP el 27 de septiembre. Una oleada de miedo y descontento acompañó a la agonía de Franco y fortaleció el prestigio de la Junta. No obstante, pese al éxito relativo de los tres días de acción democrática convocados por la Junta en Madrid, no se acercaba ni remotamente a la gran Huelga Nacional Política que, en los sueños de Carrillo, derrocaría la dictadura[37]. La brutal ineptitud de la conducta del régimen infundió mayor atractivo al llamamiento de Carrillo a la creación de un frente amplio para imponer la «ruptura democrática». Las ejecuciones contribuyeron a disipar la desconfianza de los socialistas hacia el PCE. Con la esperanza de acelerar el derrumbamiento de la dictadura, se realizaron esfuerzos aún más frenéticos por unir a la Junta y la Plataforma. Se creó un comité de enlace, y un comunicado conjunto emitido el 30 de septiembre defendía una «ruptura democrática» con el régimen[38]. Era irónico ver a la dictadura de Franco ayudando a Carrillo en su batalla por la credibilidad.

La confianza de la oposición fue a más tras la muerte de Franco el 20 de noviembre. No es de extrañar que la izquierda recibiera la coronación de Juan Carlos con titulares en su prensa clandestina que proclamaban «¡No al Rey impuesto!» y «No al Rey franquista»[39]. Pese a un notable incremento de la actividad terrorista de la derecha, el PCE intensificó sus llamamientos a una «acción democrática nacional», un eslogan que, a modo de gesto hacia la Plataforma, sustituía a lo que en su día había sido la Huelga Nacional Política. Las manifestaciones multitudinarias a favor de la amnistía de prisioneros políticos y las huelgas industriales a gran escala se propagaron durante los primeros meses de 1976, en parte como respuesta a los llamamientos del PCE, pero, sobre todo, en un reflejo del gran deseo popular de cambio político. En enero de 1976, Madrid quedó paralizada por una huelga organizada por Comisiones Obreras[40]. En febrero, la Assemblea de Catalunya movilizó a unas cien mil personas en manifestaciones pro amnistía celebradas en domingos sucesivos[41]. Los instintos franquistas de Arias Navarro y Manuel Fraga, su ministro de Gobernación, se reflejaron en la violencia de las cargas policiales destinadas a dispersar las manifestaciones por la amnistía. Lo mismo podría decirse de la militarización de los trabajadores del metro y el ferrocarril y los carteros de Madrid. El malestar entre los trabajadores se intensificó aún más debido a la imposición de una congelación salarial por parte del Gobierno. A la luz de ese fermento, Carrillo se atrevió a anunciar el 6 de enero de 1976, ante una boquiabierta ejecutiva, que su lugar estaba en España[42]. Varios miembros del comité, entre ellos Manuel Azcárate e Ignacio Gallego, ya disponían de pasaporte y se encontraban en el país. Sin embargo, a Carrillo le era imposible conseguir un documento oficial, puesto que su concesión habría equivalido a la legalización del PCE.

Domingo Malagón, el experto falsificador del PCE, le proporcionaría papeles falsos. El traslado sería organizado por Teodolfo Lagunero. Insistiendo en que su cobertura de empresario

exigía una vestimenta adecuada, Lagunero llevó a Carrillo a una de las sastrerías masculinas más elegantes de Cannes y le compró un traje, zapatos, camisas, corbatas y un magnífico abrigo de cachemir. Luciendo peluca y lentes de contacto a modo de disfraz, Carrillo cruzó la frontera el 7 de febrero en el Mercedes de Rocío, la mujer de Lagunero. Vivieron momentos de pánico cuando el coche fue registrado exhaustivamente en la aduana, pero llegaron a Barcelona sin más incidentes y comieron en el puerto antes de continuar camino de Madrid. Habían transcurrido treinta y siete años desde su huida de España. Al día siguiente, Carrillo se instaló en un chalet adquirido por Lagunero en la recóndita calle Leizarán, situada en el elegante barrio madrileño de El Viso. Poco después se unió a él una joven militante del PCE, Belén de Piniés y Nogués, que sería su secretaria y le ofrecería coartada. Belén provenía de una renombrada familia conservadora. Había sido elegida para su papel por Pilar Brabo, una de las jóvenes más destacadas del comité ejecutivo, en buena medida porque su pasado familiar atenuaba cualquier posible sospecha. Su padre, Vicente, era seguidor de don Juan y había asistido a la reunión de Múnich, y su tío, Jaime de Piniés, había sido embajador de Franco en Londres y ante Naciones Unidas. Belén había sido pareja de Enrique Curiel, otro miembro relevante del PCE, pero en adelante consagraría su vida a Carrillo. Al hacerlo, estaba desplazando a Pilar Brabo, quien hasta entonces había ocupado el puesto de doncella del gran hombre[43].

Carrillo tenía que aceptar que las posibilidades de una «acción democrática nacional» se limitaban a Madrid y Barcelona, puesto que la situación en el País Vasco escapaba al control comunista, cosa que comprendió poco después de su llegada a España. Una huelga de dos meses en la ciudad de Vitoria culminó en una manifestación masiva el 3 de marzo. Cuando los trabajadores salían de la iglesia de San Francisco, fueron víctimas de las cargas de la policía antidisturbios. Tres personas murieron en el momento y más de setenta resultaron heridas de gravedad, de las

cuales dos más fallecieron días después. En señal de protesta se convocó una huelga general en todo el País Vasco, organizada por un amplio espectro de fuerzas locales, incluida ETA. Carrillo concluyó que Fraga, a quien recordaba del caso de Grimau, tenía «madera de un déspota sanguinario». Por tanto, urgía una mayor unidad con la Plataforma, lo cual ya había quedado claro dos semanas antes. El 20 de febrero, tras una reunión conjunta celebrada en la Universidad de Madrid que contó con la participación de Pablo Castellanos, del PSOE, el democristiano Joaquín Ruiz-Giménez y Simón Sánchez Montero, solo este último fue detenido. Carrillo lo interpretó como un mensaje del Gobierno que indicaba que solo se toleraría a los grupos situados a la derecha del PCE. Así pues, decidió que, para retar al Ejecutivo, la unidad era crucial[44]. Conseguirlo sumiría a Carrillo en un grave problema.

En la búsqueda de unidad entre la oposición, Carrillo había moderado sus declaraciones hasta tal punto que se vio expuesto a agresivas críticas de grupos de la izquierda, que aseguraban que estaba haciéndole el juego a la oligarquía[45]. Demasiada tibieza podía lastrar el ímpetu de la campaña de movilizaciones masivas, además de difuminar la identidad del PCE. Tal como demostró la detención de Sánchez Montero, el éxito relativo de la campaña estaba empujando al Gobierno a intentar comprar al PSOE o a los democristianos. El primer Ejecutivo de Juan Carlos estaba presidido por Arias, pero contenía a franquistas presuntamente «liberales» como José María Areilza. Si Arias esperaba resolver la crisis por medio de una reforma tímida y cosmética, la evidencia de la militancia popular estaba obligando a algunos miembros de su Gabinete a aceptar que la supervivencia de la monarquía pasaba por un compromiso más positivo con el cambio democrático. Esto podía conllevar un pacto con las fuerzas que fueron incorporadas a la Plataforma y la exclusión del PCE de las posteriores disposiciones. El temor a ser traicionado por otros

grupos de la oposición rondaba siempre los pensamientos de Carrillo[46].

Para contrarrestar la imagen franquista que proyectaban Arias y Fraga, en marzo de 1976, Juan Carlos envió a un diplomático no oficial, su amigo Manuel Prado y Colón de Carvajal, a una misión clandestina en la que se reuniría con Nicolai Ceaucescu, presidente de Rumanía. Puesto que Ceaucescu supuestamente ejercía una gran influencia en Carrillo, la tarea de Prado consistía en convencerlo de las intenciones puramente democráticas del rey y alentarlo a ser paciente y no abogar por la legalización del Partido Comunista durante al menos dos años. Para trasladarle el mensaje en persona, Ceaucescu pidió a Carrillo que viajara a Bucarest, cosa que no podía hacer hasta principios de mayo. Entonces, aunque satisfecho por las aspiraciones reformadoras del rey, pidió a Ceaucescu que transmitiera que el Partido Comunista de España seguiría luchando por la legalización al mismo tiempo que los otros partidos. Carrillo estaba decidido a hacer todo lo posible por mantener la presión popular por el cambio, aunque en algunos editoriales extremadamente perceptivos en *Mundo Obrero* reveló su disposición a hacer concesiones[47].

Aunque vivía clandestinamente en Madrid, realizó numerosas visitas al extranjero que, para mantener la ficción de su residencia en París, conllevaban complejos planes de viaje que requerían los servicios de Teodolfo Lagunero[48]. Uno de esos viajes lo llevaría a Roma, donde hizo una importante declaración pública. Consciente de la posibilidad de quedar fuera de juego, había decidido modificar la postura del PCE en varias cuestiones a fin de impedir un esfuerzo del Gobierno por adueñarse de la izquierda moderada. En una reunión de la ejecutiva del PCE celebrada el 20 de marzo, abandonó los hasta entonces insistentes llamamientos del partido a una ruptura absoluta con el régimen, a la marcha de Juan Carlos y a la creación de un Gobierno provisional. Ahora proponía un pacto de unidad basado en el

eslogan «ruptura pactada»[49]. Sin quererlo, Manuel Fraga demostró que se trataba de una estrategia inteligente. Desoyendo los consejos del creciente campo liberal del Gabinete, el 29 de marzo, Fraga ordenó la detención de Antonio García Trevijano, el abogado juanista, Marcelino Camacho, líder de Comisiones Obreras, y otros cuando se reunieron para anunciar el lanzamiento de la Plataforma y la Junta Democrática unificadas[50].

El anuncio formal de la fusión de ambas en Coordinación Democrática fue realizado el 4 de abril. Esto significaba el final de la esperanza que abrigaba Carrillo de derrocar al régimen. A partir de entonces, el énfasis recaería en la negociación con el Gobierno y la ampliación del frente opositor para incluir a grupos de centro y centro-derecha. Aceptando que sus predicciones anteriores eran erróneas, Carrillo se aseguró de que el PCE no fuese ignorado. A cambio de ofrecer la capacidad de su partido para la movilización popular, estaba garantizándose un papel en las negociaciones. En otras palabras, su moderación facilitó la coincidencia de la presión popular por el cambio y la insatisfacción de la élite económica con las estructuras franquistas que Claudín había pronosticado doce años antes. La combinación de la táctica comunista de movilizaciones de masas con el nacimiento de una amplia y respetable coalición de fuerzas tenía que garantizar que se produjera un cambio y que tuviera lugar sin un derramamiento de sangre[51].

A principios de julio, Carrillo asistió a una conferencia de partidos comunistas y obreros en Berlín oriental. Si bien había sido inspirada por el PCI y el Partido Obrero Unificado polaco, su intervención fue la que causó un mayor impacto. Carrillo expresó su compromiso con una visión liberal y pluralista del socialismo y afirmó con rotundidad que los comunistas de Europa no estaban sometidos a una autoridad central ni seguían una disciplina internacional. Aunque esto disgustó a sus camaradas que todavía reconocían el papel de guía de Moscú, su discurso no sorprendió a

nadie teniendo en cuenta la necesidad de consolidar Coordinación Democrática y presionar al Gobierno. Lo extraordinario, si volvemos la vista atrás, fue su desprecio a la etiqueta periodística de «eurocomunismo» por esa moderación. «El término es desafortunado», declaró. «No existe un eurocomunismo, porque partidos comunistas no europeos, como el japonés, no pueden ser incluidos en esta denominación.»[52] El paso del tiempo hizo que ese rechazo se antojara irónico, ya que, en el momento en que se produjo, Carrillo estaba escribiendo dos obras que, cada una a su manera, serían textos fundamentales para la doctrina eurocomunista. En su escondite madrileño, aprovechó su ociosidad forzada para escribir el libro *Eurocomunismo y Estado* y el extenso informe *De la clandestinidad a la legalidad*.

A su regreso a España descubrió que la existencia de una oposición unificada con capacidad para convocar huelgas y manifestaciones de masas había obligado a Juan Carlos a acelerar su programa de liberalización política. A comienzos de julio y, al parecer, por consejo de Estados Unidos, el rey exigió la dimisión de Arias y lo sustituyó por Adolfo Suárez. En vista del pasado falangista de este último, la oposición se sintió horrorizada. Por este motivo, se convocaron grandes manifestaciones por las libertades políticas y la amnistía para la segunda semana de julio con un éxito considerable. Suárez no tenía ninguna duda de que era necesaria una rápida y exhaustiva reforma si había que resolver la crisis sin una violencia generalizada[53]. De hecho, Carrillo, que creía que Juan Carlos sustituiría a Arias por Areilza, esperaba poco de Suárez. No obstante, en respuesta a una declaración televisada de Suárez en la que expuso que no intentaría perpetuar el franquismo, Carrillo tuvo el inteligente gesto de tender una ramita de olivo. Escribiendo sobre «la precaria ascensión de Suárez», decía: «Reconozco que sus palabras en televisión fueron sensatas», y especulaba sobre la posibilidad de que fuese el instrumento para la «ruptura pactada»: «Cuando escribo no hay todavía gobierno ni

programa y prefiero dejar al primer ministro el beneficio de la duda. Ese es el dilema en que se halla Suárez; también el Rey Juan Carlos»[54].

Carrillo decidió poner a prueba a Suárez haciendo que los miembros de la ejecutiva que se encontraban legalmente en España solicitaran un permiso formal para celebrar una reunión del Comité Central en Madrid. La idea era que la publicidad generada por la inevitable negativa perjudicara al Gobierno. Por el contrario, la reunión se celebraría públicamente en Roma del 28 al 31 de julio de 1976, y en ella todos los presentes utilizarían sus nombres reales. De este modo se planteó al Gobierno el inteligente desafío de que detuviera a personas bastante famosas. El discurso de Carrillo constituyó una aplicación directa a España de las ideas e ideales asociados al «eurocomunismo». Menos teórico y universal que el libro, su informe era una declaración clara de cómo deseaba ser visto el PCE en España: como un partido totalmente independiente de Moscú, comprometido con un modelo pluralista de la democracia socialista, con medios pacíficos y democráticos para conseguirlo, y dispuesto a respetar diferencias ideológicas y religiosas e incluso veredictos hostiles del electorado. Además de ser un golpe publicitario importante, el pleno de Roma formaba parte de la política a largo plazo del PCE para «salir a la superficie», alcanzar la democracia retando al Gobierno a tolerar la existencia del partido o a mostrar sus auténticos colores al tomar acciones represivas. Carrillo aprovechó su discurso en Roma para arrojar dudas sobre la capacidad reformadora de Suárez y para realizar un llamamiento a la amnistía, a un Gobierno provisional de reconciliación nacional y a la elección de una asamblea constituyente. También dejó claro que el proceso del «retorno a la superficie» continuaría, anunciando que el PCE iniciaría la distribución abierta de carnés del partido en otoño[55].

Ninguno de los delegados de España fue detenido a su regreso al país, tal vez por la presencia en el pleno de una amplia

variedad de personalidades políticas de Italia y la península Ibérica. De hecho, a principios de agosto, Suárez anunció una gran amnistía de presos políticos (que no fuesen terroristas condenados por delitos de sangre). No obstante, como había dejado claro su informe en Roma, Carrillo todavía concebía la «ruptura pactada» como una negociación entre Gobierno y oposición que conduciría necesariamente a un pacto para un Ejecutivo provisional que luego presidiría unas elecciones libres a las Cortes Constituyentes. Si el tenue optimismo de Carrillo con respecto a Suárez se vio alimentado por la amnistía, se vio gravemente socavado por un incidente menor que tuvo lugar poco después de la reunión de Roma. Carrillo solicitó un pasaporte en la embajada española en París y fue recibido cordialmente por el embajador, Miguel María de Lojendio Irure, a quien desveló que había vivido clandestinamente en España. Lojendio le dijo que creía que sería posible, pero que tendría que consultarlo con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Al recibir el informe de Lojendio, Suárez lo relevó inmediatamente de su puesto[56]. No es de extrañar que el PCE recibiera el programa de gobierno de Suárez con incredulidad y que denunciara que sus intenciones de buscar diálogo con la oposición eran pura palabrería[57].

La amenaza de Carrillo de distribuir carnés del partido se materializó con la entrega de doscientos mil a finales de octubre. Asimismo, el PCE tenía oficinas en la madrileña calle Peligros. Aunque no se advertía ningún cartel de grandes dimensiones en el exterior, no había secreto alguno sobre su naturaleza[58]. Poco después, vendría respaldada por otra amenaza. Carrillo, que estaba de vacaciones en la casa de Lagunero en Cannes, envió a este a Madrid para hablar con su amigo Aurelio Menéndez, ministro de Educación del Gabinete de Suárez. Su mensaje fue que, si Carrillo no recibía su pasaporte, celebraría una rueda de prensa en la capital en presencia de periodistas de fama internacional como Oriana Fallacci, Marcel Niedergang y otros corresponsales influyentes. Menéndez pidió a Lagunero que le

dijera a Carrillo que tuviese en cuenta lo fácil que sería provocar al búnker. Estaba librándose una batalla entre Suárez y Carrillo y el resto de la oposición por el control del proceso de transición. Suárez solo podía tomar la iniciativa mediante una combinación de concesiones importantes y esfuerzos por dividir al frente unido de la oposición. Esperaba así obligar a Carrillo a pasar de marcar el ritmo de las exigencias de la oposición a una postura más defensiva en la que trataría de garantizar que el PCE no quedara aislado. Suárez envió a José Mario Armero a Cannes para exhortar a Carrillo a que no imposibilitara la transición con acciones provocadoras[59].

Con todo, la presión recaía en Suárez. El 4 de septiembre, una gran variedad de grupos liberales, socialdemócratas y democristianos se reunió en el Eurobuilding de Madrid para debatir la unidad con Coordinación Democrática y varios frentes regionales de la oposición[60]. Lo único que salió de la reunión fue la creación de un comité de enlace, pero Suárez se vio obligado a acelerar los preparativos para la presentación de su proyecto de reformas políticas. El 8 de septiembre esbozó sus planes delante del alto mando de las fuerzas armadas, constituido por hombres embebidos del anticomunismo visceral de la dictadura. Insistiendo en que procedería en todo momento de acuerdo con la ley, Suárez les aseguró que el Partido Comunista no podía ser legalizado porque las lealtades internacionales que contenían sus estatutos suponían un incumplimiento del Código Penal. Sin embargo, no mencionó que mediante sus contactos indirectos con Carrillo a través de Armero cabía la posibilidad de un cambio en dichos estatutos y, por tanto, la legalización del PCE. Con el respaldo de Juan Carlos, los planes de Suárez fueron aceptados a regañadientes. La mayoría de los mandos castrenses estaban convencidos de que habían sido engañados por Suárez[61].

El 10 de septiembre, tras conseguir la aceptación del Ejército, Suárez presentó su proyecto para la reforma del país. Puesto que fue su Gabinete el que propuso la celebración de elecciones antes

de mediados de 1977, y dado que no se planteaba que Suárez dimitiera y fuese sustituido por un Gobierno provisional de fuerzas de la oposición, Carrillo emitió una declaración el 15 de septiembre, en principio del Comité Ejecutivo del PCE, en la que denunciaba vehementemente el texto, tildándolo de «ley impositiva, de fraude de la libertad y la soberanía popular»[62]. El PCE exigió la legalización previa de todos los partidos políticos, pero Suárez siguió adelante con su proyecto. Muchos miembros de la oposición estaban agradablemente sorprendidos por el grado en que estaba liberalizándose la vida cotidiana. La prensa funcionaba con normalidad, los grupos políticos situados a la derecha del PCE no encontraban trabas, el PSOE estaba preparándose para celebrar su XXVII Congreso e incluso el PCE podía dedicarse a sus menesteres en España, aunque de manera no oficial. La iniciativa benefició a Suárez, quien pudo insinuar a socialistas y democristianos que haría más concesiones si no importunaban y provocaban al Ejército insistiendo en la legalización del PCE[63]. Suárez estaba tratando de utilizar hábilmente la cuestión para abrir una brecha en la oposición e imponer cautela a Carrillo. Así, aunque en septiembre Felipe González se había mostrado firme en que la legalización del Partido Comunista era un requisito innegociable de la democracia, a finales de noviembre, argumentaba que era poco realista insistir en ello[64]. Ante la evidencia de la imposibilidad de imponer el cambio contra la voluntad del Ejército y del hecho de que las cosas no dejaban de avanzar bajo la dirección de Suárez, la oposición no podía sino acceder.

No obstante, Carrillo se anotó algunas victorias menores. El 21 de octubre, su esposa, Carmen, y sus hijos regresaron legalmente a España, aunque él permaneció en la clandestinidad. El 27 de octubre, cuando Ignacio Gallego apareció en su Jaén natal, cien mil personas acudieron a recibirlo. Entretanto, el 23 de octubre, Coordinación Democrática se unió a cinco frentes regionales: la Taula de Forces Polítiques i Sindicals del País

Valencià, las Assemblees de Mallorca, Menorca e Ibiza, la Assemblea de Catalunya, la Coordinadora de Fuerzas Democráticas de las Islas Canarias y la Taboa Democrática de Galiza. Sabedor de que Suárez pretendía celebrar un referéndum sobre su proyecto reformista, el nuevo frente unido de oposición, conocido como Plataforma de Organismos Democráticos, emitió un comunicado el 5 de noviembre en el que aseguraba que boicotearía la votación a menos que el Gobierno aceptara la legalización de partidos políticos y sindicatos, la amnistía para los presos y exiliados políticos, el reconocimiento de las libertades de expresión, reunión y manifestación, y la derogación de la ley antiterrorista[65].

Tanto Suárez como Juan Carlos eran conscientes de que para instaurar una democracia de forma plausible habría que legalizar el Partido Comunista. Las dificultades que experimentaba el rey quedaron ilustradas en una cena a la que asistió el 10 de noviembre en casa de su hermana, la infanta doña Pilar. Aparte de Juan Carlos y la reina, entre los invitados figuraban don Juan, José Mario Armero y la elegante aristócrata rubia Carmen Díez de Rivera, jefa de gabinete de Suárez. El rey, amigo íntimo de la esbelta Carmen, le había pedido que abordara el tema de la legalización del PCE. Años después dijo: «Yo había sido comandada a que lo soltara, a ver qué pasaba». Al hacerlo, en la habitación se impuso un gélido silencio[66]. Las reacciones de quienes estaban sentados a la mesa reflejaban las de la alta sociedad de Madrid y, por tanto, no eran muy distintas de las de los mandos castrenses.

La gran huelga general convocada para el 12 de noviembre se planteó en términos económicos y no políticos. Sus eslóganes eran protestas contra la congelación salarial y los despidos, si bien las inferencias políticas eran bastante claras. Participaron más de un millón de trabajadores, pero no se desbordó hasta convertirse en la gran acción nacional contra la reforma de Suárez que Carrillo esperaba. Ello obedecía en gran medida a las elaboradas

precauciones adoptadas por el ministro de Gobernación, Rodolfo Martín Villa. En cuanto recibió informes secretos sobre los preparativos de la huelga, organizó un comité para elaborar una contraestrategia. Dicho comité estaba compuesto por expertos en orden público, telecomunicaciones, tráfico y espionaje. La policía detuvo a líderes obreros en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y Sevilla. De ese modo neutralizaron los centros neurálgicos del movimiento y limitaron perceptiblemente su impacto. Carrillo no lo consideró un fracaso[67]. En su diario lo describía como «un gran éxito», casi como si se hubieran cumplido sus sueños de la HNP[68].

El fracaso de la huelga permitió a Suárez presentar su proyecto en las Cortes franquistas. Una cumbre de la Plataforma de Organismos Democráticos y otros grupos celebrada el 27 de noviembre reafirmó muchas de las demandas de la declaración inaugural del 4 de noviembre. Sin embargo, la condición esencial de un Gobierno provisional de «consenso democrático» que supervisara las futuras elecciones fue desechada. Ahora se había allanado el terreno para que un «comité de personalidades» de la oposición negociara con el Gobierno. Carrillo estaba cada vez más preocupado por el posible aislamiento del PCE. En adelante, su objetivo prioritario sería la legalización. A mediados de noviembre empezó a correr el rumor de que estaba viviendo en Madrid. A través de Armero, había informado al Gobierno de que se encontraba en España y estaba a punto de hacerlo público. El 20 de noviembre, en una concurrida manifestación que coincidió con el primer aniversario de la muerte de Franco, partidarios de la extrema derecha habían cantado: «Regresa Carrillo, te haremos picadillo». Pese a las preocupaciones por su seguridad, el 22 y el 23 de noviembre apareció en la televisión francesa paseando por Madrid en un coche conducido por Belén de Piniés[69].

El viernes 10 de diciembre convocó una rueda de prensa clandestina en la capital. Congregar a setenta periodistas españoles y extranjeros delante de las narices de la policía supuso

un logro organizativo increíble. Se trataba de una estratagema deliberada para presionar al Gobierno. El acto en sí era una provocación, pero las palabras de Carrillo fueron conciliadoras: «Todo el mundo sabe que nosotros no aprobamos la forma en que el rey ha ocupado el trono. Pero el rey está ahí. Es una realidad… Si la mayoría del pueblo se pronuncia por una monarquía constitucional y parlamentaria, los comunistas acataremos como siempre el fallo del pueblo español». Asimismo, afirmó que, en caso de que el PCE pudiera participar en las elecciones, colaboraría en la elaboración de un contrato social para lidiar con la crisis económica. Con su habitual humor seco, se ofreció incluso a reunirse con Juan Carlos para explicarle en persona la postura comunista. La cobertura mediática fue masiva, y en su diario comentó: «Esta salida bien vale diez meses de catacumbas»[70].

Cuando se celebró el referéndum el 15 de diciembre, pese a las llamadas a la abstención de la Plataforma de Organismos Democráticos y, en especial, de los comunistas, el proyecto fue aprobado por un 94 por ciento de los votos. Un mes antes, Carrillo ya había aceptado que el Gobierno obtendría el resultado que quisiera[71]. El hecho de que un proyecto de esa índole se sometiera a referéndum supuso, en términos generales, un gran triunfo para la oposición. Con todo, el error táctico de la abstención puso de relieve el grado en que Suárez marcaba el ritmo. Sin embargo, la rueda de prensa fue un golpe maestro por parte de Carrillo que le permitió recuperar parte de la iniciativa. El Gobierno se puso furioso y ordenó su arresto, aunque la policía no dio con él hasta el 22 de diciembre. El Partido Comunista había aprovechado el tiempo para preparar una campaña masiva a favor de su liberación. En cuestión de horas había pintadas por todo Madrid que exigían su puesta en libertad y mensajes al Gobierno enviados por embajadores extranjeros. Una delegación de relevantes miembros del partido fue recibida en la oficina de Suárez por Carmen Díez de Rivera. Para el malestar del presidente, esto fue interpretado por la prensa como un

importante paso hacia la legalización del PCE. En cualquier caso, mantener a Carrillo en prisión o someterlo a juicio habría minado enormemente la credibilidad de Suárez. No obstante, mientras se encontraba en la Dirección General de Seguridad, Carrillo fue objeto de humillaciones por parte de los policías que lo custodiaban. Al cabo de una semana, Suárez ordenó su liberación y lo que constituía un paso notable hacia la legalización. A partir de entonces no necesitó la peluca, que había entregado a uno de los agentes que lo interrogaron tras su detención. Carrillo decidió irse a vivir con su familia pero, ante las numerosas amenazas de muerte, regresó a la casa de El Viso[72].

Durante el mes de enero de 1977, Carrillo y Suárez negociaron a distancia y a través de José Mario Armero y Jaime Ballesteros, del aparato del PCE en Madrid. El partido presionó para que se autorizaran sus mítines; el Gobierno, por su parte, instó al PCE a aprovechar su influencia en Comisiones Obreras para contener la militancia industrial. Sin embargo, la puesta en libertad de Carrillo y los indicios cada vez más sólidos de que el PCE iba camino de recuperar su estatus legal desembocaron en un despiadado contragolpe de la extrema derecha. En respuesta a la amnistía y la creciente presencia pública del PCE, la derecha organizó iniciativas para bloquear el programa de reforma política de Suárez. Una de las más eficaces fue el misterioso grupúsculo GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), supuestamente marxista-leninista, que anunció su aparición con una campaña de atentados con bomba. Al menos tres ministros de Suárez —el general Manuel Gutiérrez Mellado (Defensa), Rodolfo Martín Villa (Interior) y Enrique de la Mata Gorostizaga (Sindicatos)—, además de miembros destacados del PCE, estaban convencidos de que en el GRAPO había infiltrados de la extrema derecha y elementos de la policía, o incluso de que había sido creado por ellos.

El ascenso años después de uno de sus líderes, Pío Moa, como una exitosa celebridad derechista de los medios de comunicación

renovó las sospechas. Moscú y Pekín se habían negado a reconocer al GRAPO[73]. El día después de la rueda de prensa de Carrillo y solo cuatro días antes del referéndum de diciembre, el GRAPO había secuestrado a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo del Estado, en su día ministro de Justicia de Franco y figura clave de la clase dirigente conservadora. Su secuestro fue una provocación destinada a convencer a los franquistas ortodoxos de que el proyecto de reforma de Suárez y la creciente tolerancia hacia los comunistas significaban un retorno al desorden y la violencia asociados a la Segunda República.

Los esfuerzos del GRAPO por desbaratar la transición proseguirían el 24 de enero de 1977 con el secuestro del general Emilio Villaescusa Quilis, presidente del Consejo Superior de Justicia Militar. Para asombro de los medios, aquel diminuto grupo de supuestos extremistas había logrado llevar a cabo dos sofisticadas operaciones, emitir un torrente de comunicados y evitar a la policía. Villaescusa y Oriol permanecieron en cautividad hasta que fueron liberados por las fuerzas del orden el 11 de febrero[74]. Ninguno de los secuestros tenía sentido desde un punto de vista de izquierdas. El GRAPO afirmaba ser el brazo armado del antes inexistente Partido Comunista de España (reconstruido), una escisión de la Organización Marxista, uno de los grupúsculos pro chinos. Sabiendo que Suárez estaba en contacto con el auténtico PCE para su futura legalización en una España democrática, la única lógica de la acción del GRAPO era difamar a Carrillo y perjudicar al presidente a base de dar la impresión de que estaba poniendo en peligro los logros de Franco. Areilza dijo a Carrillo que la CIA se encontraba detrás de la operación[75].

Como parte de la estrategia derechista de tensión, el mismo día del secuestro de Villaescusa, terroristas ultras asesinaron a cinco personas, cuatro de las cuales eran abogados laboristas de signo comunista, en una oficina del barrio madrileño de Atocha.

Los líderes del partido se dieron cuenta inmediatamente de que la intención era provocar una reacción violenta que acabara con cualquier posibilidad de legalización[76]. Carrillo se negó a dejarse provocar y el PCE transmitió apelaciones a la serenidad. En el que había de ser un momento clave de la transición a la democracia, miembros y simpatizantes del Partido Comunista marcharon en silencio en una gigantesca muestra de solidaridad. Tanto Suárez como el rey, quien, según dicen, sobrevoló la marcha en helicóptero, quedaron profundamente impresionados por la demostración de fuerza y disciplina comunista. Sin duda, gran parte de la hostilidad hacia la legalización del PCE se desvaneció gracias a la contención con la que sus partidarios respondieron a la tragedia. Una delegación de líderes de la oposición negoció con Suárez y, a cambio de las promesas de acción contra la violencia del búnker, le ofrecieron una declaración conjunta de Gobierno y oposición para denunciar el terrorismo y hacer un llamamiento al apoyo nacional al Ejecutivo. El gesto significaba que Suárez había sido aceptado públicamente por la izquierda como miembro de las fuerzas democráticas de España[77].

La sagacidad con la que Carrillo buscaba el objetivo inmediato de la legalización quedó ilustrada por su disposición a hacer todas las concesiones posibles a la corona. Tras una cena organizada el 20 de enero de 1977 en el hotel Ritz de Barcelona, en la que la revista *Mundo* concedía premios a varios políticos, Carmen Díez de Rivera tomó la iniciativa y llamó a Carrillo aparte. Ambos fueron fotografiados mientras hablaban y la prensa otorgó una gran importancia al encuentro. Aunque estaba muy contrariado, Suárez fue lo bastante astuto como para rechazar la dimisión de Carmen y utilizarla como intermediaria con el líder del PCE. Los dos se reunieron de nuevo el 31 de enero y habló a Carrillo del compromiso de su jefe con el cambio y las dificultades que afrontaba. Después organizó para el 27 de febrero una reunión secreta entre Carrillo y el primer ministro José Mario Armero.

Suárez comenzó con el adulador comentario: «Usted y yo hemos estado jugando una partida de ajedrez en la que yo he tenido que mover mis piezas siguiendo las iniciativas de usted». Después expuso las dificultades que afrontaba con el alto mando militar y otros elementos franquistas, y propuso que los comunistas se presentaran a las elecciones como candidatos «independientes». Carrillo se negó de plano y amenazó con montar un escándalo internacional. Sin embargo, a cambio del estatus legal, se mostró dispuesto a reconocer a la monarquía, adoptar la bandera monárquica rojigualda de España y ofrecer su apoyo a un futuro contrato social. Esta asombrosa concesión fue iniciativa suya y relatada únicamente a sus colaboradores más próximos de la ejecutiva[78]. En la reunión se advirtió un proceso de seducción mutua entre esos dos fumadores empedernidos y cínicos consumados. Carrillo estuvo encantado cuando Suárez dijo: «En este país hay dos políticos, usted y yo». En adelante creería que su relación especial con Suárez le otorgaba una importancia única en la política nacional. Además, informó a la dirección del PCE de que no podía contar todo lo que se habló en la reunión porque era un «secreto de Estado»[79].

Tras su acuerdo sobre la legalización, Suárez tenía pocas opciones al margen de permitir que se celebrara una cumbre eurocomunista el 2 de marzo en el hotel Meliá-Castilla en Madrid. Carrillo lo convenció de que sobrevendría un enorme escándalo internacional si trataba de impedir la entrada en España de los líderes de los partidos italiano y francés, Enrico Berlinguer y Georges Marchais. De este modo, y con plena cobertura de los medios de comunicación, Carrillo pudo reunirse con ambos. Al final del encuentro, declaró, sin haberlo consultado con el comité ejecutivo, que el PCE aceptaba la existencia de bases estadounidenses en España. Fue otro paso hacia la legalización[80]. Carrillo devolvió el favor a Suárez. Durante los últimos meses, el presidente había formado apresuradamente un nuevo partido, la Unión de Centro Democrático (UCD), compuesto

por un grupo dispar de liberales, democristianos y burócratas franquistas como él mismo. Se habían unido en torno a Suárez porque su acceso a los fondos estatales y su control del patrocinio gubernamental y las cadenas de radio y televisión brindaban la posibilidad de un éxito electoral. A muchos miembros del PCE les preocupaba que la UCD hubiese sido creada como instrumento para garantizar que en la transición a un régimen democrático el verdadero poder del Gobierno se hallara en manos lo bastante conservadoras como para mantener la estructura de poder económico y social ya existente. Muchos comunistas quedaron estupefactos cuando Carrillo declaró que no le importaría que Suárez siguiera como presidente tras las elecciones. Ello reflejaba su errado optimismo de que el PCE y la Alianza Popular de Fraga libraran la auténtica batalla electoral[81].

Para facilitar la legalización, los estatutos del PCE presentados ante la Junta de Fiscales Generales del Tribunal Supremo no fueron los entonces vigentes. El marxismo-leninismo, el internacionalismo proletario y la lucha por destruir el capitalismo eran conceptos ausentes en el texto remitido[82]. De ese modo, Suárez podía asegurar que no traicionaba las garantías ofrecidas a los generales reunidos en septiembre. El 8 de abril, día de Viernes Santo, el tribunal emitió un dictamen según el cual los estatutos no contenían nada que impidiera la inclusión del PCE en el Registro de Asociaciones Políticas. Tanto al rey como a Suárez les preocupaba que el grado de sentimiento anticomunista en el seno del Ejército constituyera un verdadero riesgo de golpe militar. Sin embargo, ambos sabían que sin la legalización del PCE no existiría una democracia plena en España. Era una apuesta enorme, pero necesaria. El 9 de abril, Sábado Santo, Suárez, erróneamente confiado en la aquiescencia del Ejército, anunció la legalización del PCE. Carrillo conoció la noticia en casa de Teodolfo Lagunero en Cannes[83]. El grueso de la élite política y militar de Madrid estaba pasando la Semana Santa fuera de la ciudad, lo cual no hizo sino demorar una

violenta reacción negativa que a la postre sería mucho más perjudicial para Suárez que para Carrillo[84].

Como es comprensible, Carrillo estaba encantado con la culminación del «regreso a la superficie» comunista, pero todavía tenía un secreto que revelar y algunas explicaciones complicadas que ofrecer. El primer pleno legal del Comité Central se programó el 14 de abril, coincidiendo con el cuarenta y cinco aniversario de la fundación de la Segunda República. Se celebró en un hotel rodeado de policías, cuya labor consistía en impedir un ataque de elementos de extrema derecha. Corrían rumores de la latente oposición a la legalización entre los altos mandos de las fuerzas armadas. Sin embargo, el 15 de abril, el increíble anuncio de que el PCE debía abandonar la bandera republicana causó consternación y cierta oposición. Según Carrillo, la decisión era inevitable, cosa cierta, ya que Suárez estaba esperando con ansia para ver si se cumplía la parte comunista del pacto alcanzado el 27 de febrero.

Presentando la medida como una demostración de «responsabilidad revolucionaria», insistió en que el PCE todavía se enfrentaba a un peligro considerable. En defensa de su moderación, preguntó retóricamente: «¿Teníamos otra alternativa? ¿Cuál? ¿Sacar las masas a la calle, batirnos frontalmente contra el aparato del Estado? ¿Y a qué nos hubiera conducido eso sino a una derrota brutal que los primeros en reprocharnos serían quizá quienes hoy nos critican la moderación». Teniendo en cuenta la delicada naturaleza de la democracia en España, dijo que la desestabilización y la intervención militar eran un riesgo a evitar a toda costa. Reiteró asimismo la oposición a la legalización que había expresado Manuel Fraga, quien la describió como una amenaza para España, y comentó con sequedad que los insultos de este hacían que la política española pareciese un manicomio: «Ya sabemos que es inútil pedirle al señor Fraga que se calme. Mas para quienes de buena fe se dejen impresionar por sus tremendismos

queremos asegurar que nosotros no amenazamos de ninguna manera al señor Fraga». Lejos de buscar un beneficio partidista, Carrillo quería que el PCE formara parte de un amplio «pacto constructivo» hasta que se instaurara una nueva Constitución democrática. Cuando se salió con la suya, se descorrió una cortina y apareció una gran bandera española y se retiró la de la República[85]. Su discurso era el último adiós a la retórica triunfalista de la HNP, que sería reemplazada por una nueva serie de predicciones triunfalistas.

El precio que pagó había sido alto, pero no tenía otra opción. Su pacto con Suárez pretendía impedir la marginación del PCE y que fuese eclipsado por el PSOE en las elecciones. No obstante, el abandono del compromiso del PCE con una república, o al menos con un referéndum sobre el futuro marco constitucional, conmocionó a muchos miembros de las bases. Por añadidura, el hecho de que Carrillo hubiera entablado negociaciones y tomado decisiones sin debatirlo con el resto de la ejecutiva, y mucho menos con el Comité Central, plantó las semillas de un grave conflicto futuro. En marzo, un grupo de abogados del partido ya había protestado por la naturaleza dictatorial de su liderazgo: «Hemos leído múltiples veces que la clandestinidad imponía un cierto predominio del centralismo sobre la democracia y que esta situación acabaría con la legalidad. Ya estamos casi en la legalidad y, sin embargo, debemos lamentar no un crecimiento de los criterios democráticos sino todo lo contrario». Los abogados también pidieron elecciones para todos los altos cargos del PCE. Ni que decir tiene, fueron ignorados y la mayoría se fueron. En 1977 había ciento treinta y ocho abogados en la delegación madrileña del partido; en 1981 quedaban solo veinte[86]. Como lamentaría más tarde Manuel Azcárate: «A nosotros nos tocaba confirmar *a posteriori* que Carrillo podía tomar los compromisos que le convenían, y luego el Comité Ejecutivo y el Central íbamos detrás como corderitos… No es un problema de honradez, de buena fe o de engaño. Hay un problema político serio que

probablemente ha influido sobre la debilidad del PCE en toda la etapa de la transición». En su opinión, Carrillo había vendido demasiado baratos los principios del partido. Sin embargo, por lamentable que fuese el modo en que el secretario general había negociado en secreto, el contexto de la hostilidad militar otorgaba a sus acciones una justificación retroactiva[87].

Pese al descontento latente, Carrillo se apresuró a preparar la futura batalla electoral. Otro paso en la senda hacia los comicios fue, el 25 de mayo, la presentación en Madrid de su libro *Eurocomunismo y Estado,* que había escrito durante los meses que pasó en El Viso[88]. En el momento de su detención, había decidido permitir ser aclamado internacionalmente como defensor de posturas «eurocomunistas» tras cambiar de parecer sobre su rechazo anterior del término. Era muy consciente del valor propagandístico de una palabra tan moderna y tan poco rusa. Durante casi cuarenta años, el régimen de Franco, con la ayuda de la Iglesia católica y los medios occidentales, había tachado a los comunistas de torturadores y asesinos a las órdenes del Kremlin. Si el PCE iba a desempeñar un papel en la nueva democracia de España, Carrillo debía convencer al mundo de que él y sus seguidores no estaban esperando simplemente el cambio para construir un *gulag* mediterráneo. La publicación del libro contribuyó sobremanera a resolver los problemas de credibilidad que todavía acusaba el PCE[89].

La impresión favorable que había causado en la prensa burguesa se multiplicó por cien cuando Carrillo y su libro se convirtieron de inmediato en objetivo de una serie de artículos despiadados y de autoría anónima incluidos en la revista ideológica soviética *Novoye Vremya* (Nuevos tiempos). La prontitud de la respuesta rusa fue posible gracias a que a principios de 1977, a través de un agente de la KGB infiltrado en la cúpula del PCE, la *rezidentura* de la organización en Madrid recibió una copia del manuscrito del próximo libro de Carrillo. El Kremlin se mostró escandalizado por las críticas a la Unión

Soviética que descubrió en la obra. Hasta marzo de 1976, Carrillo había recibido subsidios soviéticos secretos por medio del Partido Comunista de Francia. Ahora, conforme a la decisión número P-I/84 del Politburó, fechada el 16 de marzo de 1976, se indicaba a la KGB que realizara futuros pagos a Ignacio Gallego, cuyo nombre en clave era «KOBO», el miembro más pro soviético que quedaba en el Comité Ejecutivo. Desde entonces sería la principal fuente de la KGB dentro del PCE. Es razonable suponer que fue Gallego quien filtró el manuscrito al servicio de espionaje soviético[90]. Al secretario general del PCE no le perjudicó en absoluto que los rusos lo acusaran de «librar una campaña decidida y brutal contra la Unión Soviética y el PCUS» y de estar al servicio de «los intereses del imperialismo y las fuerzas de agresión y reacción». La intensidad de la división entre Moscú y el PCE copó los titulares de toda Europa y Estados Unidos, y el partido incluso publicó un importante dossier que contenía las reacciones de la prensa escrita[91]. Lo que no se conocía era la afición de Carrillo por contar chistes antisoviéticos en privado.

El hecho que más enfureció a los rusos fue la insistencia de Carrillo en que el éxito del socialismo democrático entre los partidos comunistas occidentales tendría un gran impacto en el Bloque Oriental y desembocaría en varias primaveras de Praga. Carrillo expuso esa opinión en entrevistas con la prensa de varios países europeos[92]. El descontento ruso no solo quedó reflejado en los medios soviéticos. Henry Winston, secretario general del pro moscovita Partido Comunista de Estados Unidos, salió al paso con ataques a Carrillo[93]. La hostilidad no se limitaba a los devotos del Kremlin. Periodistas, políticos y estudiosos conservadores del mundo occidental también lo consideraban una táctica cínica para ganar votos ondeando la bandera del socialismo con un rostro humano, franquear las puertas de la Europa democrática y después erigir un régimen de comunismo totalitario. Esa visión del eurocomunismo como caballo de Troya ruso fue manifestada en discursos pronunciados en varias

universidades estadounidenses por Harold Wilson, ex primer ministro laborista de Gran Bretaña. Wilson argumentaba que el eurocomunismo en Francia, Italia y España constituía una amenaza para la solidaridad y las capacidades defensivas de Europa[94]. En noviembre de 1977, sus comentarios fueron recogidos en términos menos apocalípticos por David Owen, ministro de Asuntos Exteriores británico, en Cambridge, y más tarde en un artículo en *The Washington Review of Strategic and International Studies* publicado por la Universidad de Georgetown, una institución muy vinculada a la CIA[95].

Aquel mes de junio, Carrillo lideraría su partido en las primeras elecciones democráticas celebradas en España desde 1936. Su voluntad de sacrificar un provecho inmediato para consolidar el proceso democrático fue visible durante la campaña. Pronunció discursos por toda España, en ocasiones hasta tres diarios. Su fuego no se concentró ni en la Unión de Centro Democrático de Suárez ni en los rivales inmediatos del PCE, el Partido Socialista Obrero Español, sino en la Alianza Popular neofranquista de Fraga. Aquello fue un error, ya que evocaba los recuerdos de la Guerra Civil. Con el fotogénico Felipe González a la cabeza, el PSOE proyectaba una imagen mucho más dinámica que la combinación de Carrillo, La Pasionaria y los demás veteranos regresados recientemente a los que dio prioridad en las listas electorales del PCE[96]. Ese fue uno de los motivos por los que, el 15 de junio de 1977, el PCE recibió solo 1.634.991 votos, un 9,2 por ciento del total, lo cual lo situaba en tercera posición tras la UCD de Suárez (35 por ciento) y el PSOE (29 por ciento). Carrillo se convirtió en miembro del Congreso de los Diputados. Aquel era un logro considerable, pero el secretario general ya había dejado atrás su cénit. Habida cuenta del papel destacado que el partido había desempeñado en los treinta y ocho años de batalla contra la dictadura, fue un resultado decepcionante. Para muchos militantes, parecía que Carrillo, interesado en establecer un régimen democrático y su posición dentro de él, había

permitido que el partido fuese la víctima de sus políticas moderadas y complacientes. El PSOE, además de aprovechar enormemente la parálisis parcial del PCE mientras este aguardaba su legalización, utilizó su amplia financiación para transmitir una imagen izquierdista más positiva, y parecía haber cosechado injustamente los frutos de la larga pugna del PCE por la democracia. Las encuestas pronosticaban que el PCE no obtendría más del 10 por ciento del voto, pero las expectativas de los militantes eran mucho más elevadas. Pese a afirmar años después que los resultados eran los que él esperaba, hasta el último minuto Carrillo estuvo convencido de que el PCE sería el segundo partido con aproximadamente el 20 por ciento del voto[97].

Tras recuperarse del impacto por los resultados, Carrillo declaró que todo había salido tal como había predicho. El hecho de que la dictadura no hubiese sido desbancada por la Huelga Nacional Política ni por el Pacto por la Libertad liderado por los comunistas fue convenientemente ignorado[98]. Sin embargo, había de realizar una considerable aportación a la consolidación del nuevo régimen democrático. Pese a sus años de pronósticos triunfalistas, Carrillo había desarrollado un agudo sentido de la fragilidad de la democracia. Mientras intentaba lidiar con una crisis económica notable, el nuevo régimen se vio atrapado en las tenazas del terrorismo de ETA y la creciente subversión de la extrema derecha.

La prioridad inmediata era la elaboración de una Constitución democrática. Una propuesta inicial de Suárez y Felipe González para su redacción fue crear un comité integrado por cinco hombres, tres de la UCD y dos del PSOE. Carrillo planteó tres objeciones atinadas: era un gran error dejar fuera a las regiones, en especial vascos y catalanes, y debían estar representadas; en segundo lugar, sería una grave equivocación no contar con la Alianza Popular de Fraga, ya que no implicarlos en la construcción de la nueva democracia los convertiría en un

estandarte del descontento de la derecha; en tercer lugar, señaló que los comunistas, como tercera fuerza más importante en el Parlamento, no podían quedarse al margen. Cuando los socialistas aceptaron ceder uno de sus representantes a las regiones, Suárez accedió a la formación de un comité que incluyera a todos los partidos, que vino en llamarse Ponencia y que estaba compuesta por siete diputados parlamentarios. Elegida a principios de agosto de 1977, la Ponencia contaba con Gabriel Cisneros, Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón y José Pedro Pérez Llorca de UCD; Gregorio Peces Barba del PSOE; Miquel Roca de Convergència i Unió, en representación de las regiones, Manuel Fraga de Alianza Popular y Jordi Solé Tura del PSUC. A pesar de las inevitables fricciones por temas como el aborto, las autonomías, la educación privada y la pena de muerte, los siete cumplieron su cometido con un espíritu de compromiso y cooperación y, a comienzos de 1978, habían entregado un borrador a los treinta y seis miembros del Comité Constitucional del Parlamento. La labor de ese comité más numeroso, en el que Carrillo lideraba al grupo comunista, se vio enormemente facilitada por la aceptación de una forma de Estado monárquica. La renuncia del PCE al viejo objetivo de un referéndum sobre el tema desilusionó sobremanera a las bases. No obstante, simbolizaba el grado en que Carrillo estaba dispuesto a priorizar la consolidación de la democracia[99].

Aun con las decepciones que despertó su moderación, Carrillo persistiría en la misma línea hasta el otoño de 1979, cuando los indicios de una reducción del número de afiliados lo llevarían a optar por una política más dinámica. Carrillo había pasado el verano de 1977 tratando de compensar el desalentador resultado del PCE en las elecciones a base de abogar en sus primeros discursos en las nuevas Cortes democráticas por un «gobierno de concentración democrática nacional». Argumentaba que el país estaba demasiado débil económicamente y que la salud de la democracia en ciernes era demasiado frágil para soportar la

polarización de la derecha y la izquierda. Consideraba que la solidez de las fuerzas antidemocráticas en España requería un «compromiso histórico» al estilo italiano entre los partidos parlamentarios a fin de construir un marco férreo para la democracia[100]. Ni Suárez ni Felipe González estaban dispuestos a compartir el poder. Sin embargo, el primero quería aprovechar la influencia comunista en el movimiento obrero. Además, él y Carrillo querían atenuar la relevancia del PSOE. En unas negociaciones secretas, Suárez obtuvo rédito de la ansiedad de Carrillo por situarse cerca de los centros de poder y se aseguró su respaldo para un paquete de austeridad. Así, a finales de octubre de 1977, junto con treinta representantes elegidos entre casi todos los partidos, firmó el contrato social de España, conocido como «Pactos de la Moncloa», que pretendían dar una respuesta común a los problemas del terrorismo, la inflación, el desempleo y un déficit comercial cada vez más elevado. El hecho de que mostrara una mayor disposición a colaborar con Suárez que con Felipe González lo expuso a la acusación de que estaba participando en una operación para cargar sobre los hombros de la clase trabajadora los costes de la crisis económica[101].

En los Pactos, la izquierda aceptaba un techo salarial del 20-22 por ciento en un momento en que la inflación era del 29 por ciento, además de una serie de medidas monetarias destinadas a limitar el crédito y el gasto público. A cambio, el Gobierno prometió importantes reformas estructurales, sobre todo en la agricultura y el sistema tributario, y se dispuso a devolver el patrimonio sindical, esto es, los edificios, periódicos y fondos de los sindicatos que habían confiscado los franquistas después de la Guerra Civil. En realidad, el Gobierno cumplió pocas de aquellas promesas y, a consecuencia de ello, la clase trabajadora española llevó el peso de la crisis económica. Las políticas monetarias de la UCD provocaron una oleada de bancarrotas y cierres de empresas. En un retorno a sus hábitos triunfalistas, en la Fiesta de Mundo Obrero, el gran carnaval del PCE, Carrillo aclamó los

Pactos de la Moncloa como una victoria colosal, e hizo lo propio en un discurso pronunciado en las Cortes el 27 de octubre. La ovación que se llevó de los diputados de la UCD tal vez supuso una satisfacción personal, pero apenas sirvió para aplacar las inquietudes entre los miembros más jóvenes de la ejecutiva. Su incorporación a la clase política prosiguió días después con un discurso en la asociación de debate Club Siglo XXI, y fue presentado por Manuel Fraga. Pocos militantes compartieron con Carrillo su evidente deleite por semejante espaldarazo[102].

Ni el PCE ni el PSOE serían capaces de obligar al Gobierno a cumplir su parte del acuerdo. Era un mal necesario, pero aquel programa de austeridad difícilmente generaría entusiasmo popular. Seis meses después de la firma de los Pactos de la Moncloa, durante un discurso ofrecido en las Cortes el 6 de abril, Carrillo tuvo que denunciar el hecho de que el Gobierno no hubiese respetado sus promesas[103]. El posterior aumento del desempleo provocó un considerable descontento popular que, a la postre, se vio reflejado en la fortuna electoral del PCE, ya que las políticas de Carrillo no encajaban en un partido manifiestamente revolucionario. Otros miembros de la ejecutiva se quejaban de que en las Cortes practicaba una política «sobre la marcha» y de que eran ellos quienes debían vendérsela a los militantes[104]. Esto, sumado al desvanecimiento del entusiasmo inicial por la instauración de un régimen parlamentario, causó una dramática caída en el número de afiliados del PCE. Los miembros de las Juventudes Comunistas protestaban porque su única actividad política consistía en pegar carteles en las paredes y barrer la sede del partido. Los veteranos de la lucha antifranquista bromeaban con nostalgia: «Contra Franco vivíamos mejor», una agudeza atribuida a Manuel Vázquez Montalbán.

La fuerza numérica del partido pasó de 201.757 miembros en su punto álgido en 1977 a 171.332 en 1978[105]. Esta pérdida del 15 por ciento contrastaba enormemente con el aumento continuo del número de afiliados en los años setenta. La marcha de treinta

mil de ellos reflejaba el desencanto con la permanente cautela de la política de Carrillo. En un momento de creciente desempleo e inflación galopante, a los afiliados de clase trabajadora su moderación les parecía una traición. Asimismo, durante los años de lucha contra la dictadura y los sacrificios de 1976 y 1977, se habían elevado desorbitadas esperanzas a causa del impenitente triunfalismo de Carrillo sobre el régimen democrático posfranquista. Para el militante medio era difícil aceptar que el partido tuviera que ser discreto e incluso ofrecer su apoyo parlamentario a la UCD de manera tan voluntaria.

Al mismo tiempo, en otoño de 1977, su moderación en las Cortes, sus declaraciones «eurocomunistas» y la hostilidad del Kremlin habían empezado a disipar la desconfianza hacia Carrillo por parte de la prensa española. Sin embargo, cuanto más respetable parecía en los medios de comunicación de masas, más problemas afrontaba en la izquierda. Justo cuando su imagen alcanzaba la cúspide de la popularidad, recibió lo que solo puede interpretarse como una puñalada por la espalda. La aparente traición fue la publicación en noviembre de las memorias de Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez,* en las que recordaba sus días, en los años cincuenta y principios de los sesenta, como organizador de la red clandestina del PCE dentro de España. Algunos lectores perceptivos de *Eurocomunismo y Estado* ya habían notado que el entusiasmo de Carrillo por el pluralismo político y filosófico era expresado más por la repetición de la palabra «libertad» que por un razonamiento profundo. Ahora, el libro de Semprún aducía que la adopción del «eurocomunismo» por parte del PCE era meramente táctica y que carecía de valor alguno debido a los métodos estalinistas con los que Carrillo seguía dirigiendo el partido. Pese a que el PCE había realizado grandes sacrificios y desempeñó un papel importante en el regreso de la democracia a España en los años setenta, en la década siguiente se demostraría que Semprún tenía razón.

La acusación de que Carrillo había falsificado sistemáticamente su historia y la del partido creando una imagen democrática y que en realidad era un lacayo servil del Kremlin solo se había oído hasta el momento de boca de los franquistas. Más dramática fue la insinuación de Semprún de que la muerte de Julián Grimau, el último gran mártir del PCE, ejecutado por la dictadura el 20 de abril de 1963, era en cierta medida consecuencia de la irresponsabilidad de Carrillo[106]. Normalmente, acusaciones de esa índole eran ignoradas por los líderes comunistas. Sin embargo, en ese caso, las repercusiones fueron tan enormes que se requería cierta reacción. Antes de finales de diciembre, *Autobiografía de Federico Sánchez* había vendido más de 150.000 ejemplares y era objeto de un interés desmesurado por parte de la prensa y los medios. Como autor de novelas como *Le grand voyage* y *La deuxième mort de Ramón Mercader,* y de guiones de películas como *Z, L'Aveu* y *Un état de siège* para Costa-Gavras y *La guerre est finie* para Alan Resnais, Semprún ya se había convertido en una celebridad internacional. Era hijo de un diplomático español exiliado en Francia y se unió a la resistencia en 1940, cuando tenía diecisiete años. Capturado por la Gestapo en 1943, sus conocimientos lingüísticos no solo lo ayudaron a sobrevivir en Buchenwald, sino también a organizar la red comunista dentro del campo. Tras la guerra se afilió al PCE y, como Federico Sánchez, realizó su labor clandestina en España con estilo, coraje e inteligencia, y finalmente fue nombrado para el Politburó.

Mientras la polémica por el libro de Semprún cobraba fuerza, los documentos publicados en privado por Claudín en 1965 en París fueron reimpresos en España por una editorial comunista disidente[107]. Esto dificultó aún más que las acusaciones de Semprún fuesen ignoradas. Carrillo negó sistemáticamente haberlo leído. Si no lo había devorado ya, que sería lo lógico, se llevó un ejemplar cuando realizó una gira por universidades estadounidenses en noviembre de 1977. Puede que la necesidad

de contrarrestar su impacto lo empujara a ir más lejos que nunca en las declaraciones antisoviéticas que lanzó en Yale, Harvard y Johns Hopkins y que, según diría más tarde, le proporcionaron «respetabilidad»[108].

Después de treinta y siete años de persecución en la lucha contra la dictadura, era comprensible que los ataques de Semprún fuesen interpretados por Carrillo como un golpe bajo. La posterior reacción de dolor pareció un intento bastante torpe de conseguir que los problemas del pasado no empañaran la imagen recién cosechada por el partido. En un principio, Manuel Vázquez Montalbán, periodista inmensamente influyente y buen amigo de Semprún, que además era comunista, pudo afirmar en el periódico del partido *Mundo Obrero* que si el PCE estaba realmente comprometido con la democracia interna, debía aceptar las acusaciones lanzadas y los errores del pasado[109]. Esa inteligente tolerancia se vio rápidamente ahogada por una furiosa respuesta de Fernando Soto, diputado comunista por Sevilla, quien denunció el libro de Semprún, tildándolo de «un montón de basura vertido sobre las más elevadas cimas de la dignidad humana»[110]. Finalmente, y pese a que seguía negando que lo hubiera leído, el propio Carrillo respondió a lo que supuestamente le habían dicho sobre el contenido del libro.

Poco después entraron en acción personajes de mayor calado. Manuel Azcárate, de la ejecutiva del partido, publicó una respuesta a Semprún en un periódico nacional[111]. Su tono era más diplomático que la intervención de Soto, pero igual de irreflexivo. De hecho, la refutación de Azcárate corroboraba sin quererlo el argumento original de Semprún. Este había acusado a la cúpula del PCE de haber borrado su memoria colectiva. Reconociendo sus defectuosos recuerdos y afirmando no disponer del tiempo necesario para consultar los documentos, Azcárate empezó a distorsionar burdamente los hechos relacionados con el cisma de 1964 e insinuó que Claudín había propuesto colaborar con la dictadura. Además, ofrecía un engañoso relato sobre los

procedimientos supuestamente democráticos que acompañaron a las expulsiones de Claudín y Semprún. Por último, acusaba a este último de repetir la propaganda franquista de la peor calaña. A Semprún no le resultó difícil desmontar esos argumentos algunos días después[112].

Semprún tampoco se vio gravemente cuestionado por la irrisoria declaración realizada el 8 de enero de 1978 por Gregorio López Raimundo, presidente del Partit Socialista Unificat de Catalunya. En una entrevista que destilaba la actitud del grupo de líderes que había creado Carrillo, el comunista catalán exponía que la motivación de Semprún era la «envidia y pura envidia. Es tan superior a todos. La creatividad política de Carrillo no la tenemos ninguno de nosotros. Lo de Semprún y Claudín es pura rabia por la superioridad política, ideológica, moral e intelectual de Carrillo. Pero tienen que ser humildes y aceptar la realidad». A corto plazo, el daño que causó a la credibilidad del PCE el escándalo que rodeó al libro de Semprún fue considerable, hasta tal punto que el propio Claudín y el ex claudinista Javier Pradera, que figuraba entre las dedicatorias de *Autobiografía,* se sintieron obligados a desmarcarse de algunas de sus recriminaciones más duras[113].

Entre las acusaciones esgrimidas contra el PCE en la posterior cobertura mediática, la más dura fue que las posturas «eurocomunistas» de Carrillo no reflejaban una convicción democrática, sino tácticas oportunistas. A consecuencia de ello, el secretario general se vio obligado a saltar al ruedo. A diferencia de los incompetentes esfuerzos de Soto y Azcárate, sus habituales comentarios astutos no tenían que ver con ninguna de las acusaciones incluidas en *Autobiografía.* Aún mantenía que no lo había leído pero, no obstante, dijo a los periodistas que el texto era «querellable». También declaró abiertamente que no se rebajaría a participar en un cruce de acusaciones, pero que presentaría documentos que desmentirían las acusaciones de Semprún. Obviamente, eso no ocurrió jamás, e intentó desviar la

atención de dichas acusaciones exhortando a demostrar una mayor consideración por el daño desproporcionado que estaban causando. Recalcando de forma justificada el papel primordial del PCE en la lucha por la democracia en España, afirmó que el furor de la prensa en torno al libro era parte de una campaña orquestada contra los «eurocomunistas» en general y, en última instancia, contra la democracia naciente de España. La insinuación de que Semprún mantenía algún tipo de vínculo oscuro con Kissinger y Brezhnev en una trama anticomunista global era absurda[114].

Tras sus comentarios a la prensa llegó un artículo totalmente manipulador publicado en *Mundo Obrero* con el título «No nos moverán». Aunque aseguraba aún que la falta de tiempo le había impedido leer *Autobiografía,* lanzaba una serie de afirmaciones distorsionadas sobre el libro. Se reiteró en que el libro de Semprún era un elemento clave de una gran ofensiva anticomunista internacional y nacional contra el PCE que era perjudicial para la democracia en ciernes de España. Ignorando las críticas de Semprún a sus propias actividades, denunció la obra como un intento nauseabundo por mancillar la memoria de quienes habían fallecido en la lucha contra el franquismo. Incluso llegaba a describir el método de Semprún como estalinista, comparándolo con el de los interrogatorios llevados a cabo por los discípulos de Beria[115]. Finalmente, en una extensa entrevista en *El País,* al tiempo que mantenía su fatua aseveración de que no había leído el libro, se quejaba de que Semprún estaba movido por el odio. En ninguna de sus respuestas intentó discutir las alegaciones del libro ni respondió cuando Semprún lo retó a mantener un debate público[116].

De hecho, la afirmación de Carrillo de que las recriminaciones sobre la historia interna del PCE ocultaban injustamente el papel de los comunistas en la lucha por la democracia ponía de relieve la ambivalencia de toda la polémica. Casi todo lo que dijo Semprún acerca de Carrillo era cierto, pero ello no borraba la

aportación esencial del PCE a la batalla contra Franco. La defensa de Carrillo contra las acusaciones de autoritarismo interno consistió en argumentar que era consecuencia natural de la clandestinidad impuesta por la dictadura. Como es comprensible, se mostró reticente a dar detalles de su administración en el partido. Por fin se había ganado la larga batalla por la credibilidad democrática, y el secretario general no tenía ningún interés en poner en peligro su frágil triunfo desenterrando incidentes vergonzosos del pasado.

Los enemigos del PCE consideraban que si, tal como sostenía Semprún, las posturas eurocomunistas no eran una aspiración fundamental de todo el partido, sino simplemente una táctica impuesta desde arriba con métodos estalinistas, el compromiso con un socialismo pluralista y democrático era altamente sospechoso. Para Semprún, la renuencia del PCE a hacer públicos los elementos más desagradables de su pasado era un síntoma de que el partido era incapaz de experimentar un cambio real. Carrillo, por otro lado, había afirmado que los cambios de estrategia eran en sí mismos una forma de autocrítica[117]. Sin embargo, Semprún argumentaba que no eran más que desesperadas medidas *post-factum* para ocultar su incapacidad de realizar análisis correctos del desarrollo político y económico en España desde la Guerra Civil. A juicio de Semprún, el único logro real de Carrillo y su séquito era haber sobrevivido a las consecuencias de sus errores.

Tras las elecciones de junio de 1977 y el salto de la política de las calles a las Cortes, la importancia de los comunistas disminuyó considerablemente. Con todo, es cierto que la moderación de Carrillo, respaldada por el gran número de afiliados del PCE, fue un factor crucial para consolidar la transición española a la democracia. No cabe duda de que Suárez no habría llegado tan lejos en la senda democrática sin la presión orquestada por Carrillo. La modestia del éxito electoral comunista era en parte un tributo al éxito del patrocinio de

Estados Unidos y Alemania Occidental a los dos partidos de masas más exitosos de la izquierda y la derecha: el PSOE y la UCD. Sin embargo, las críticas a Carrillo provenientes de la izquierda española aducían que los malos resultados electorales de los comunistas habían de atribuirse a la desilusión de la clase trabajadora con una moderación que se había vendido demasiado barata[118]. Por supuesto, había muchos motivos para los resultados electorales: la enorme desproporción entre los presupuestos para propaganda; una capciosa ley electoral que favorecía a las regiones rurales conservadoras; los temores engendrados a conciencia durante cuarenta años por el régimen franquista, de signo violentamente anticomunista, y el modo en que el equipo de ancianos líderes de Carrillo evocaba sin quererlo los recuerdos de la Guerra Civil. No obstante, aceptando la crítica de la izquierda a la moderación comunista, podría afirmarse que, desde mediados de 1976 hasta mediados de 1979, Carrillo, de manera no del todo desinteresada y quizá incluso haciendo de la necesidad virtud, optó por una visión a largo plazo y sacrificó la posición vanguardista del PCE para fortalecer al nuevo régimen democrático.

El elemento de sacrificio en la moderación autoimpuesta del PCE, y en especial el apoyo de Carrillo a los Pactos de la Moncloa, provocó una considerable disputa interna que afloró en el IX Congreso del partido, celebrado en Madrid en abril de 1978. Sabedor de que existía un descontento latente con su burocracia servil y rígida, Carrillo había declarado en su entrevista sobre el libro de Semprún que en el PCE no existía el «carrillismo». El siguiente comentario encerraba una advertencia apenas disimulada para los disidentes: «No sé si habrá algún sector del partido que cuestione mi presencia en la secretaría general. El partido es libre de hacerlo. Por mi parte, no tengo inquietud… El partido es muy dueño de renovarme su confianza o quitármela», y terminaba con la taimada observación: «No soy más que un simple hombre y un modesto político». Aquella entrevista

coincidió con una reunión del Comité Central para debatir la línea que presentaría en el futuro congreso. Carrillo fue criticado porque, en 1977, mientras estuvo de gira por universidades estadounidenses acompañado de Belén de Piniés, había comentado a la prensa —sin consultarlo previamente con el resto de la ejecutiva— que el concepto de leninismo desaparecería de los estatutos del partido en el siguiente congreso. Su respuesta era una síntesis perfecta de su visión autocrática: «Se es dirigente del partido para estar a la cabeza, para tomar la responsabilidad de señalar caminos. Si uno se equivoca, el partido está ahí, le quita, le expulsa y listo»[119].

En el IX Congreso, el descontento se centró en dos cuestiones relacionadas con la tendencia de Carrillo a hacer política sin debate alguno. Por un lado, había consternación por la línea oficial que afirmaba que los acuerdos de la Moncloa representaban «un éxito de la política de concentración democrática nacional propugnada por el Partido Comunista». Por el otro, la propuesta de suprimir el leninismo de la definición del PCE causó indignación entre muchos delegados[120]. Sumado a la incorporación de un número considerable de militantes de clase trabajadora al Comité Central, esto constituía un intento de Carrillo por adaptar las posturas teóricas del PCE y su composición organizativa a su práctica política diaria. Sin embargo, los costes de los acuerdos de la Moncloa fueron motivo de sonoros rumores de rebelión, sobre todo en Asturias y Cataluña, donde el sentimiento de las bases respaldaba una acción huelguista más activa. En las secciones andaluzas del partido y en otros lugares, el profundo descontento no se limitaba al hecho de que la operación para abandonar el leninismo hubiera sido iniciativa de Carrillo sin debate previo. También causó indignación que tratara el asunto como una mera cuestión de cambio de imagen con fines publicitarios. No entabló un debate teórico; simplemente impuso un cambio de etiqueta para subrayar la ruptura del PCE con sus vínculos soviéticos[121].

Si pensaba desleninizar el PCE, desde luego no pretendía desestalinizarlo. La nueva etiqueta podía significar que ya no existía el más leve compromiso de conquistar el poder para imponer la dictadura del proletariado. Sin embargo, dejó entrever que la gestión del partido seguiría bajo el control central, al afirmar que si el partido gozaba de rasgos democráticos, era un regalo de la cúpula: «Y es evidente que si el equipo dirigente del partido, formado a lo largo de años de lucha, a través de una selección natural, hubiera querido crear en vez de este partido abierto, transparente y democrático un partido hermético, cerrado, sin posibles contrastes, habría podido hacerlo»[122]. Por otro lado, los veteranos del exilio, estalinistas todos ellos, fueron confirmados en sus cargos.

El IX Congreso corroboró que dentro del PCE se estaban fraguando serios problemas pese a que numerosos acontecimientos en la política española justificaban en cierto modo la moderación de Carrillo. Las actividades terroristas, primero del GRAPO, un grupo manifiestamente ultraizquierdista pero casi con total certeza manipulado por la policía, y después de ETA, garantizaron que las frágiles lealtades de las fuerzas del orden estuviesen sometidas a una gran presión mientras se elaboraba la nueva Constitución. Los diversos intentos de golpe militar que al final culminaron en el denominado «Tejerazo» del 23 de febrero de 1981 dieron credibilidad a Carrillo cuando dijo que la democracia española necesitaba todo el mimo posible. Asimismo, aunque esa cautela supuso una disminución de las bases, fue recompensada en las elecciones del 1 de marzo de 1979 con un ligero aumento del voto del PCE, que pasó del 9,2 por ciento al 10,9 por ciento, frente a un descenso del 2 por ciento en el caso del PSOE.

En el seno del partido, el hecho de que Carrillo priorizara su papel en la política nacional y, en especial, que el abandono del leninismo se hubiera impuesto sin debate, fomentaba un creciente descontento con su liderazgo. La vieja excusa de que la

clandestinidad forzaba un rígido centralismo democrático ya no era válida. Incluso la eterna lealtad de su amigo Manuel Azcárate llegó a un punto de ruptura debido al desprecio cada vez mayor que Carrillo mostraba por el resto de la cúpula: «El autoritarismo, la prepotencia, era un rasgo marcado en la conducta de Santiago en el seno del colectivo de dirección. Tendía a dirigir más bien dando órdenes, con una confianza total de tener razón siempre. No admitía el desacuerdo. Podía incluso ser grosero si algo le desagradaba. La discusión normal para él era comentar, ampliar, pero aceptando lo que él decía. Y eso había creado un hábito que daba a Santiago un poder desorbitado en el partido. Acostumbraba a decidir él sobre todo»[123].

Al igual que Claudín y Semprún antes que él, Azcárate había abierto finalmente los ojos al hecho de que la despótica gestión de Carrillo impedía al PCE renovarse de acuerdo con las circunstancias cambiantes. Previamente, el problema era que estaba desconectado de las tribulaciones de los militantes porque dirigía el partido desde París. Ahora, estaba igual de desconectado de las bases porque lo dirigía desde las Cortes y las salas llenas de humo en las que sellaba pactos con Suárez. A Carrillo le aguardaban enfrentamientos con antiguos colaboradores como Azcárate, Ramón Tamames, Carlos Alonso Zaldívar y Pilar Brabo, la que en su día fue su compañera inseparable. Todos ellos empezaron a dar voz a una discrepancia generalizada con el estilo burocrático de los envejecidos líderes que Carrillo había llevado consigo desde París en 1976. El creciente descontento obedecía a que, a su llegada del exilio, Carrillo había ignorado a los cuadros más jóvenes que habían destacado en años recientes, dando prioridad en las listas electorales y puestos administrativos del PCE a quienes habían estado con él en el extranjero: Ignacio Gallego, Santiago Álvarez, Francisco Romero Marín, José Gros, Federico Melchor, Tomás García, José Sandoval y muchos otros. También reinaba la frustración por una serie de errores atribuibles a aquella

burocracia, como la decisión, en julio de 1980, de cesar la publicación de *Mundo Obrero* como diario. Había sido una equivocación desde el principio, y las escasas ventas fueron de la mano del fracaso de la campaña de afiliación que coincidía con el sexagésimo aniversario. Los resultados fueron tan malos que circulaban chistes que hablaban de una «campaña de desafiliación», ante lo cual, para alarma general, Carrillo no parecía preocupado. Si bien tuvo que aceptar que se había producido un descenso del número de miembros, aseguraba que pocos de los que habían abandonado lo hicieron por discrepancias con los líderes[124].

Aunque su estrella había ido apagándose a lo largo de 1980, la posición de Carrillo como figura de relevancia nacional se vio reafirmada por su comportamiento durante el golpe militar del 23 de febrero de 1981. Desde 1978, España había experimentado un ciclo de crisis económica debilitadora, terrorismo vasco y conspiración militar. Tras un largo proceso de atrición, en el que el agotamiento personal se había sumado a la fragmentación de su partido, Suárez anunció su dimisión en una retransmisión televisiva el 29 de enero. A Carrillo no le gustó que el nuevo primer ministro fuese Leopoldo Calvo Sotelo, a quien consideraba frío, pretencioso y derechista. No veía ninguna posibilidad de resucitar el tipo de relación que había mantenido con Suárez[125]. Cuando se presentó ante las Cortes el 21 de febrero, Carrillo votó contra su investidura y comentó que el Gobierno de Calvo Sotelo había nacido muerto. Dos días después, cuando este último regresó para una segunda votación, el proceso quedó interrumpido cuando un grupo de guardias civiles encabezado por el coronel Antonio Tejero irrumpió en la cámara. Se ordenó a los diputados que se echaran al suelo y solo tres se negaron. El general Manuel Gutiérrez Mellado, que les ordenó que se marcharan y fue zarandeado violentamente; Adolfo Suárez, que salió en su ayuda, y Santiago Carrillo, que permaneció sentado en su escaño, demostraron un gran valor. Como una de las personas

más odiadas por la extrema derecha de España, Carrillo estaba convencido de que iba a morir. Más tarde reflexionaría, y no hay razón para dudar de él, que su idea era que nadie debía poder decir que el líder del Partido Comunista había muerto como un cobarde. Él, Gutiérrez Mellado, Suárez, Felipe González y otros «súper rehenes» fueron conducidos a punta de pistola a habitaciones separadas y encerrados. Sentado frente a Gutiérrez Mellado, con quien le estaba prohibido hablar, pensó en la ironía de que ambos hubiesen estado en Madrid en 1936: él decidido a destruir a la Quinta Columna y Gutiérrez Mellado como quintacolumnista rebelde[126].

El fénix de la democracia española resurgiría de las cenizas de la debacle del 23-F. El 27 de febrero, tres millones de personas se manifestaron a favor de la democracia en Madrid y otras ciudades. El cambio de actitud también se hizo evidente en las ofertas de apoyo al Gobierno en las Cortes por parte de Felipe González, Manuel Fraga y Santiago Carrillo. El lugar de Carrillo en la historia como uno de los principales artífices de la transición a la democracia estaba asegurado. Sin embargo, esto no sirvió para disipar los problemas en el seno del partido. Desde 1978 se había advertido un serio desafío al liderazgo de Carrillo en dos frentes. Por un lado, un grupo «ultraeurocomunista» conocido como «los renovadores» y encabezado por Alonso Zaldívar, Pilar Brabo y Azcárate, creía que la única manera en que el PCE podía prosperar era afrontando por completo las implicaciones del eurocomunismo e introduciendo la democracia interna como la base de políticas realistas y flexibles. Por otro, estaban quienes nunca se habían sentido satisfechos con la adopción del eurocomunismo y el abandono del leninismo. Una oposición con respaldo soviético, que había prosperado sobre todo en Cataluña, presionaba para que se adoptara una línea más revolucionaria y combativa. Debido a su apoyo a la invasión soviética en Afganistán, se dieron a conocer como «afganos» o pro soviéticos. Durante los dos años siguientes, el partido quedó desgarrado en

una destructiva contienda a tres bandas entre renovadores eurocomunistas, afganos pro soviéticos y los burócratas del partido fieles a Carrillo. Al secretario general no le interesaban tanto los aspectos teóricos como la necesidad de reafirmar su control. Sus esfuerzos empezaron con comentarios maliciosos en los que afirmaba que, mientras se hallaba prisionero en las Cortes, quienes quedaron al mando del PCE, esto es, Manuel Azcárate y Carlos Alonso Zaldívar, no habían organizado movilizaciones de masas como las que habían hecho frente al golpe militar de 1936. Al hablar de una «insuficiente unidad», insinuaba que la causa de su inacción era que estaban demasiado ocupados con los debates teóricos divisivos[127].

Cuando en julio de 1981 se celebró el X Congreso en Madrid, el número de afiliados había pasado de 171.332 a 132.069. Mientras los pro soviéticos abogaban por un retorno a la línea dura, los renovadores «ultraeurocomunistas», con el respaldo de Roberto Lertxundi, del Partido Comunista Vasco, exigían que Carrillo fuera más allá en el ideal eurocomunista de democracia interna. Puesto que eso implicaba el fin de su liderazgo monolítico y la destitución de su equipo burocrático, se desencadenó un amargo enfrentamiento durante los preparativos del congreso y en su desarrollo posterior. En la reunión del Comité Central celebrada el 5 de mayo para debatir el siguiente congreso, Carrillo reveló su compromiso inamovible con el centralismo democrático al afirmar que quienes no aceptaran las resoluciones de la mayoría serían expulsados. Lo justificó diciendo que la fe popular en la democracia se vería socavada por la imagen de discrepancia en el partido. En vista de aquella batalla sin sentido, Tamames abandonó el PCE antes del congreso[128]. La víspera de que se inaugurara, Carrillo reiteró abiertamente en una entrevista: «Quienes no acaten las resoluciones del Congreso serán expulsados». De donde se deducía claramente que podía decidir las expulsiones sin consultar a la ejecutiva ni al Comité Central, lo que era poco oportuno dado que tanta oposición interna se

debía a sus maneras despóticas[129]. En su inadecuado y jactancioso informe, Carrillo aseguraba que, si el suyo fuera aún un partido estalinista, el debate que entonces estaban manteniendo había sido imposible. No obstante, rechazó un modelo pluralista para la formación, insistiendo en la disciplina, la autoridad desde la cúpula y el mantenimiento del centralismo democrático. Su informe fue aprobado por 689 votos a 64 y la asombrosa cifra de 266 abstenciones[130].

Esto, que no era lo que buscaba Carrillo, sucedió pese a lo que Azcárate describía como el congreso «más militarizado» que había visto. Inevitablemente, Carrillo recurrió a sus instintos más estalinistas. En otoño de 1981, el grueso del Partido Comunista de EuskadiEPK se escindió bajo el liderazgo de Roberto Lertxundi y se unió a Mario Onaindia en Euskadiko Ezkerra. Ambos hablaron en un gran mitin celebrado en Madrid el 4 de noviembre para explicar la unificación. El acto, organizado por los renovadores, fue un éxito rotundo pese a que Carrillo había telefoneado al ministro de Interior en un vano intento por prohibirlo. Cuando el comité ejecutivo se reunió dos días después, refutó las afirmaciones de que el partido era eurocomunista por fuera pero estalinista por dentro. Amenazando con dimitir, Carrillo consiguió que se aplicasen «sanciones administrativas» para expulsar a muchos de los elementos más capaces del PCE, algunos de los cuales habían sido sus colaboradores más estrechos, como Azcárate, Pilar Brabo y Alonso Zaldívar[131]. La publicidad resultante desveló ampliamente su estalinismo residual al electorado. Fue muy relevante que el sustituto de Azcárate como director de *Nuestra Bandera* fuese José Sandoval, quien distaba mucho de ser un intelectual y destacaba sobre todo por sus años en Moscú y por su lealtad a Carrillo. En un proceso que recordaba al que había seguido a la expulsión de Claudín, el partido puso trabas a la solicitud del subsidio por desempleo de Azcárate[132].

Después del X Congreso, las divisiones entre los renovadores y la burocracia carrillista se intensificaron. Sucedieron crisis constantes en los partidos catalán, vasco y asturiano. Esto, sumado a la salida incesante de intelectuales del partido, llevó a la convicción generalizada de que el PCE estaba moribundo y de que probablemente sería aniquilado en los siguientes comicios, como acabaría ocurriendo. Más tarde ofreció Carrillo la explicación absurda de que los militantes estaban desmoralizados por cómo la exagerada variante del eurocomunismo que propugnaban los renovadores había degenerado en una socialdemocracia pequeñoburguesa[133].

Las expulsiones minaron el dominio que ejercía Carrillo en el partido. En verano de 1982, rechazó las propuestas de Nicolás Sartorius para la reincorporación de los renovadores previamente expulsados. En una reunión del Comité Ejecutivo que tuvo lugar el 7 de junio para debatir el hecho de que, pese a las predicciones triunfalistas de Carrillo, el PCE hubiera caído derrotado en las elecciones regionales andaluzas, Marcelino Camacho propuso que el líder aceptara el puesto simbólico de presidente y que Sartorius se convirtiera en secretario general. Carrillo se aferró al poder con el peligroso gesto de la dimisión. Aunque esta no fue aceptada en la reunión posterior del Comité Central, presagiaba su pérdida definitiva del control del aparato del partido. Sartorius dimitió de la ejecutiva y, con su marcha, se esfumó la posibilidad más viable de una renovación importante del PCE[134]. Las elecciones del 28 de octubre de 1982 se desarrollaron bajo la sombra de la intervención militar, pero el miedo no disuadió a la población de otorgar al PSOE un notable mandato con 10.127.092 votos, un 47,26 por ciento de las papeletas emitidas, lo cual les procuraba 202 escaños. Alianza Popular fue segunda con 5.548.335 votos, un 25,89 por ciento del total, y 107 diputados, confirmando así las predicciones de Fraga acerca de un sistema bipartidista. La UCD salió renqueante por detrás del partido regional catalán

Convergència i Unió con 1.323.339 votos, un 6,17 por ciento y 11 diputados. Calvo Sotelo no obtuvo escaño.

Carrillo sí lo consiguió, pero el PCE pasó de casi un 11 por ciento al 3,6 por ciento y el número de diputados del PCE bajó en un 75 por ciento[135]. Los resultados precipitaron su dimisión definitiva en la reunión del Comité Ejecutivo que tuvo lugar entre el 2 y el 7 de noviembre. Propuso como sucesor a Gerardo Iglesias, un joven líder de Asturias. Gerardo o Gerardín era conocido en el partido por su apodo «el Follardín» debido a su éxito con las mujeres. Cinco semanas después se convocó al Comité Central para confirmar el cambio. En la víspera de la reunión, Iglesias confió a Simón Sánchez Montero que cuando Carrillo le anunció que pensaba proponerlo como secretario general, le dijo: «Tú vas a ser el secretario, pero el que orienta y decide soy yo». Para disgusto de Carrillo, Gerardín se alineó con los renovadores. En febrero de 1983, durante el XI Congreso, Carrillo fue derrotado al oponerse a Iglesias. Posteriormente, concluyó que todos los que votaron contra él eran marionetas de los servicios de inteligencia occidentales[136]. Para entonces, el número de afiliados había descendido catastróficamente de 132.069 a 84.652. Carrillo había forjado el PCE a su imagen y semejanza, y ahora, sin él, empezaba a desintegrarse. Fue expulsado del Comité Central en abril de 1985. Creó una nueva formación llamada Partido de los Trabajadores-Unidad Comunista, e Ignacio Gallego, el pro soviético Partido Comunista de los Pueblos de España, lo cual corroboró las viejas sospechas sobre su lealtad moscovita. Ninguno de los dos prosperó[137].

Carrillo se presentó sin éxito a las elecciones parlamentarias de 1986, en 1989 a las elecciones europeas y, de nuevo, al Parlamento en 1989. Dos años después, aceptó la incorporación en masa del Partido de los Trabajadores de España al PSOE. Sin embargo, él se excluyó, aduciendo que su largo historial como comunista le impedía desempeñar un papel activo en el PSOE. Por el contrario, su mujer, Carmen Menéndez, sí lo hizo. Tras

perder su cargo en el PCE, Carrillo acató su salida de la cima de la clase política con cierta dignidad. Se ganó la vida como escritor y tuvo un notable éxito comercial en 1993 con unas memorias bastante anodinas en las que proclamaba: «Uno no toma determinaciones obedeciendo exclusivamente a su libre albedrío; las circunstancias que le rodean pesan a veces más que sus propios sentimientos y condicionan cuanto hace. Yo estoy convencido de haber procedido siempre honestamente»[138]. A su autobiografía la siguió una serie de volúmenes sobre la Segunda República y la Guerra Civil, pero nunca desveló los secretos que podrían haber hecho tanto por esclarecer la historia del período. De hecho, el tema subyacente en muchas de sus obras era que siempre había tenido razón en todo. Carrillo también fue entrevistado habitualmente en la televisión y la radio, y era reconocible por su voz ronca y astuta, que reflejaba siete décadas fumando un pitillo tras otro. Carrillo atribuía su constitución de hierro al consejo que le dieron en Moscú en 1936 para que tomara una aspirina diaria. Su participación en debates de los medios de comunicación consolidó su reputación como uno de los principales artífices de la democracia española.

El 19 de octubre de 2005, a sus noventa años, Carrillo recibió un doctorado *honoris causa* de la Universidad Autónoma de Madrid en reconocimiento a su papel en la lucha por la democracia y a sus «extraordinarios méritos, y de forma significada a su contribución a la política de reconciliación nacional, y su decisiva aportación al proceso de transición democrática en España». Carrillo era reverenciado por su papel moderado y moderador en una fase crucial de la transición de la dictadura a la democracia. Sin embargo, su labor en la Junta de Defensa de Madrid era todavía un asunto candente para muchas personas de la derecha. Por este motivo, la ceremonia de investidura fue interrumpida por militantes que gritaban: «¡Paracuellos, Carrillo asesino!»[139]. No era la primera vez que se convertía en blanco de violentos ataques ultraderechistas. Desde

su regreso a España en 1976, había sido objeto de insultos por su presunto papel en las muertes de Paracuellos. El 16 de abril de 2005, estaba previsto que hablara en la presentación de *Historias de las dos Españas*, un libro del historiador Santos Juliá, pero el acto quedó interrumpido cuando irrumpieron en la librería activistas de la extrema derecha. Apenas una semana después, en una pared adyacente a su domicilio aparecieron unas pintadas que decían: «Así empezó la guerra, y ganamos», «Carrillo, asesino, sabemos dónde vives» y «¿Dónde está el oro español?»[140].

En junio de 2008 fue trasladado al Hospital Clínico de Madrid con una arritmia cardíaca relacionada con los problemas ocasionados por el marcapasos que le había sido implantado [141]. En 2012, su salud de hierro empezó a dar señales de deterioro. En octubre de 2011 fue hospitalizado con una infección urinaria En abril de 2012 le fue extirpado el apéndice en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid. En julio fue trasladado de nuevo al departamento de neurología del mismo hospital con un problema de riego sanguíneo[142]

Carrillo falleció mientras dormía por una insuficiencia cardíaca la tarde del 18 de septiembre de 2012 Tenía noventa y siete años. Veinticinco mil personas visitaron la capilla ardiente en la que yació su cuerpo durante dos días. Belén de Piniés, que había sido su secretaria hasta el final, permaneció en la capilla durante los dos días. Ella misma, cuarenta y cinco años más joven que Carrillo, falleció el 15 de octubre de 2012, apenas un mes después[143]. Parecía como si, con la muerte del hombre a quien había dedicado más de la mitad de su propia vida, sucumbiera por fin al cáncer contra el cual había luchado durante tanto tiempo.

El cuerpo de Carrillo fue incinerado en el cementerio de la Almudena al cabo de dos días; sus cenizas fueron esparcidas en la costa de Gijón. A finales de octubre, por iniciativa del PSOE y con la abstención del Partido Popular, se propuso bautizar una calle madrileña con su nombre[144].

Epílogo

Una de las frases más citadas de Carrillo es: «En la política, el arrepentimiento no existe. Uno se equivoca o acierta, pero no cabe el arrepentimiento». En una entrevista concedida en 1991, Feliciano Fidalgo observó: «Hace poco, su hijo mayor dijo que su vitalidad se debía a que está satisfecho de sí mismo», y Carrillo repuso: «A esta altura de mi vida el balance no lo veo negativo. Y si tuviera que volver a vivir, creo que, salvo algún cambio, haría prácticamente lo que he hecho»[1]. Las cosas que estaba dispuesto a repetir incluían el ataque a su padre: «Rompí con mi padre, y mil veces que hubiera tenido que romper lo hubiera hecho»[2]. Desde principios de los años ochenta hasta su muerte, Carrillo escribió varios libros sobre su vida, entre los que destaca el grueso volumen al que se refería como «memorias de un superviviente»[3]. En ninguno de esos libros se advertía nada parecido al arrepentimiento, y sí abundantes falsedades y confusiones deliberadas. Se podría llegar a la conclusión de que, si tuviera la posibilidad de vivir otra vez su vida, lo único que cambiaría sería la crónica de sus actos.

Rosa Montero captó bien la autocomplacencia de Carrillo al escribir: «Tiene algo de cura rural pecaminoso y satisfecho de sus pecados»[4]. Si Carrillo estaba tan pagado de sí mismo como aparentaba en sus escritos e innumerables entrevistas, eso explicaría el rechazo a cualquier necesidad de contrición, pero no la constante necesidad de reinventar la historia de su vida. Fue

una vida en diferentes fases, hiladas por una exitosa amalgama de ambición y pragmatismo. Pasó de ser un agitador revolucionario a *apparatchik* comunista, líder estalinista y, a la postre, héroe nacional gracias a su contribución al restablecimiento de la democracia. Por el camino hubo traiciones: Largo Caballero, Wenceslao Carrillo, Jesús Monzón, Carmen de Pedro, Joan Comorera, Francisco Antón, Fernando Claudín, Jorge Semprún, Javier Pradera y muchos, muchos más. Y hubo mentiras: sobre Paracuellos, la Val d'Aran, la guerrilla, las diversas variantes de la gran huelga general y su relación con la Unión Soviética. En entrevistas y libros prosiguieron las traiciones; por ejemplo, cuando en la célebre entrevista con Rosa Montero, además de afirmaciones innecesarias y no solicitadas sobre su heterosexualidad, culpó a Claudín del fracaso de la huelga general de 1959 y de la captura de Julián Grimau. También hubo silencios cuando le planteaban interrogantes incómodos, y entrevistas rechazadas cuando cabía esperar ese tipo de preguntas[5].

Carrillo expuso la percepción que tenía de sus propios logros en el informe al Comité Central que presentó en Roma en 1976. Utilizando el plural mayestático, lanzó varias afirmaciones en un balance de su dirección del PCE. Las dos más sorprendentes fueron que había evitado conflictos entre los militantes del interior de España y los líderes en el exilio, así como rencillas intergeneracionales. En lo que, en el mejor de los casos, constituía una considerable exageración, declaró: «Nos ha inspirado la voluntad de establecer una relación armónica entre las diversas generaciones, equilibrando su representación en el equipo dirigente»[6]. Había olvidado muy oportunamente que los problemas con Monzón, Pradera, Grimau, Claudín, Semprún y otros obedecían a que la cúpula en el exilio no alcanzaba a comprender la realidad de España. Asimismo, si su segunda afirmación sobre la incorporación de elementos jóvenes hubiera sido cierta, Carrillo no habría acabado enfrentándose en los años

ochenta a los nuevos militantes que habían adquirido relevancia en España, lejos del control de su camarilla parisina. Otra de sus aseveraciones era que había conseguido la independencia del partido respecto de Moscú y que había ocupado la primera fila del movimiento para renovar el comunismo internacional. Irónicamente, su destructivo conflicto con aquellos elementos jóvenes se produjo porque creyeron en los alardes eurocomunistas de Carrillo y abogaron por cierto grado de democracia interna en el partido, cosa que él consideraba inaceptable. Su manera de lidiar con la discrepancia prácticamente destruyó al PCE como fuerza política efectiva en la democracia instaurada en 1977.

Mucho antes de los explícitos alardeos de la reunión de Roma, sus informes a las asambleas sucesivas del Politburó y el Comité Central estuvieron trufados de predicciones triunfalistas y a menudo erradas. Entre 1944 y 1976, anunció con frecuencia el derrocamiento inminente de la dictadura de Franco, primero por los levantamientos populares y la guerra de guerrillas y, más tarde, por la violencia armada y las huelgas generales en todo el país. Ninguno de esos pronósticos llegó a materializarse. Asimismo, había declarado que no podía esperarse nada de una monarquía inventada por Franco[7]. No obstante, y pese a sus errores, llegado el momento de su muerte, Carrillo se había convertido en un tesoro nacional, ensalzado por destacadas figuras de la derecha.

Sin duda, la suya fue una vida de fracasos sazonada por un optimismo imperecedero y recordada entre mentiras. Tras abandonar el partido en 1985, Carrillo se ganó la vida como comentarista en los medios de comunicación y como escritor. Publicó varios libros y un sinfín de artículos. En ninguno de ellos reveló nada que contribuyera a iluminar la historia de la Guerra Civil y la oposición antifranquista. Se llevó sus secretos a la tumba. Las obras más creíbles son las crónicas sobre el año que pasó huido tras su regreso clandestino a España a principios de 1976, *El año de la peluca* (1987), y sobre su papel en la transición,

El año de la Constitución (1978) y *Memoria de la Transición* (1983). En 1993, cosechó un enorme éxito comercial con sus memorias, un texto extenso pero decepcionantemente anodino. Hubo otros volúmenes, como *La memoria en retazos* (2003), *Los viejos camaradas* (2010) o *Mi testamento político* (2012), que perpetuaban la tónica de encubrimiento de su pasado pero eran más explícitos a la hora de saldar cuentas con aquellos que lo habían criticado.

Sus lentas y meditadas aportaciones a programas de radio y televisión potenciaron su imagen de figura nacional reflexiva. Con su voz ronca y fumando un cigarrillo tras otro hasta el último día, su manera de manejarse ante los medios denotaba una honda satisfacción con su carrera. Transmitía la sensación de creerse sus propias versiones del pasado, que a menudo eran contradictorias. Sin embargo, su dolida reacción a las críticas dejaba entrever otra cosa, tal vez una sombra de culpabilidad. Después de las disputas que precipitaron la expulsión de Fernando Claudín del PCE, Carrillo lo trató con brutalidad, ordenando su desahucio y poniéndole trabas para ganarse el sustento. Olvidándolo de forma interesada, afirmaba sistemáticamente que mantenía una estrecha relación con su viejo amigo. Por ello, se sintió ultrajado por la biografía eminentemente objetiva de Claudín, que tachó de «ataque político» contra él: «Me pareció feo»[8]. Puede entreverse un hecho similar con respecto a Jorge Semprún, que en su día fue su protegido. Carrillo siempre dijo haber mantenido un vínculo cordial con este tras su expulsión del partido. Aseguraba con igual rotundidad que no había leído *Autobiografía de Federico Sánchez*. Sin embargo, en 1996 lanzó un despiadado ataque no solo contra el libro, que sin duda había leído, sino contra la carrera de Semprún como novelista y su historial como ministro de Cultura[9].

Los esfuerzos de Carrillo por hacerse con el poder dentro del PCE y aferrarse a él fueron reemplazados a partir de 1985 por

una pugna igual de incansable por justificar sus acciones. La patológica necesidad de remodelar su pasado podía interpretarse como una manera de eludir el sentimiento de culpa. El andamiaje de mentiras estaba tan bien construido que es probable que Carrillo se las creyera. Las falsedades, las medias verdades y la traición demuestran, además de inteligencia, ímpetu y osadía, que la clave para Carrillo era la ambición. Lo mejor que puede decirse de él es que desempeñó un papel crucial en la transición a la democracia, ayudando a convencer a la derecha de la moderación de la izquierda. Lo peor es que, si bien el objetivo fundamental de aquellas personas con las que colaboraba y con las que en ocasiones se enfrentó era la lucha contra Franco, su máxima prioridad fue siempre el interés propio. En consecuencia, traicionó a camaradas y se adueñó de sus ideas. Dicho de otro modo, su ambición y la rigidez con la que la puso en práctica malbarataron los sacrificios y el heroísmo de las decenas de miles de militantes que sufrieron en la lucha contra Franco.



PAUL PRESTON (Liverpool, 1946). Es catedrático de Historia Contemporánea española y director del Centro Cañada Blanch para el Estudio de la España Contemporánea. Fue profesor de Historia en la Universidad de Reading, en el Centro de Estudios Mediterráneos, en el Queen Mary College y en la London School. Analista de asuntos españoles, entre sus libros destacan España en crisis: evolución y decadencia del régimen franquista, El triunfo de la democracia en España, Franco y La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX, Palomas de guerra y España y las grandes potencias en el siglo XX. Con Las tres Españas del 36 obtuvo el Premio *ASÍ FUE*. Posee la Encomienda de la Orden del Mérito Civil y es miembro de la Academia Británica.

Notas

[1] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo* (Paris: Éditions du Seuil, 1974) pp. 115-17. <<

[2] Rosa Montero, «Entrevista con Santiago Carrillo», *El País Semanal* 18 Junio 1978. <<

[3] Sus libros aparecen citados en las notas bibliograficas. Los que dictó son las entrevistas con Debray and Gallo y María Eugenia Yagüe, *Santiago Carrillo. Perfil humano y político* (Madrid: Editorial Cambio 16, 1977). <<

[4] Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general* (Barcelona: Editorial Planeta, 1983) p. IX. <<

[1] Santiago Carrillo, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2006, 2.ª ed., pp. 15-16. <<

[2] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Éditions du Seuil, París, 1974, pp. 29-30; Carrillo, *Memorias,* pp. 3-6. <<

[3] Carrillo, *Memorias,* pp. 6-16; Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 10-13, 22. <<

[4] Carrillo, *Memorias,* pp. 17-18 y 23-28. Sobre Hildegart y Aurora, véase Rosa Cal, *A mí no me doblega nadie. Aurora Rodríguez: su vida y su obra (Hildegart),* Ediciós do Castro, A Coruña, 1991, y Joan Llarch, *Hildegart. La virgen roja,* Producciones Editoriales, Barcelona, 1979, pp. 89-95; Carmen Domingo, *Mi querida hija Hildegart,* Destino, Barcelona, 2008, pp. 69-73; Eduardo de Guzmán, *Mi hija Hildegart,* Plaza & Janés, Barcelona, 1997, pp. 111-125; Alison Sinclair, *Sex and Society in Early Twentieth-Century Spain. Hildegart Rodríguez and the World League for Sexual Reform,* University of Wales Press, Cardiff, 2007, pp. 71-72. <<

[5] Sobre Besteiro, véase Andrés Saborit, *Julián Besteiro,* Losada, Buenos Aires, 1967; Emilio Lamo de Espinosa y Manuel Contreras, *Filosofía y política en Julián Besteiro,* Editorial Sistema, Madrid, 1990, 2.ª ed., cap. 6; Paul Preston, *Comrades! Portraits from the Spanish Civil War,* HarperCollins, Londres, 1999. [Hay trad. cast.: *Las tres Españas del 36,* Plaza & Janés, Barcelona, 1998.] <<

[6] Sobre Prieto en este período, véase Octavio Cabezas, *Indalecio Prieto, socialista y español,* Algaba Ediciones, Madrid, 2005, pp. 49-152; Preston, *Comrades!...,* cap. 7. <<

[7] Sobre Largo Caballero, véase el estudio de Julio Arostegui, Francisco Largo Caballero, Debate, Barcelona, 2013. <<

[8] Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco,* Ediciones Turner, Madrid, 1975, pp. 105 y 333-358. <<

[9] Carolyn P. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1979, pp. 84-85 y 286; Enrique Moradiellos, *El Sindicato de los Obreros Mineros Asturianos 1910-1930,* Universidad de Oviedo, Oviedo, 1986, pp. 58-59; Juan Antonio Lacomba Avellán, *La crisis española de 1917,* Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1970, pp. 269-327. <<

[10] Llaneza, cartas desde prisión, publicadas en *El Minero de la Hulla,* agosto y septiembre de 1917, reeditado en Manuel Llaneza, *Escritos y discursos,* Fundación José Barreiros, Oviedo, 1985, pp. 206-214. Sobre el papel de Franco, véase Francisco Aguado Sánchez, *La revolución de octubre de 1934,* Editorial San Martín, Madrid, 1972, p. 193; Luis Galinsoga y Francisco Franco-Salgado, *Centinela de occidente: Semblanza biográfica de Francisco Franco,* Barcelona, 1956, pp. 35-36; Brian Crozier, *Franco: A Biographical History,* Eyre & Spottiswoode, Londres, 1967, p. 50. <<

[11] Gerald H. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923,* Stanford University Press, Stanford, 1974, pp. 225-384; Paul Heywood, *Marxism and the Failure of Organised Socialism in Spain 1879-1936,* Cambridge University Press, Cambridge, 1990, pp. 62-83; Manuel Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España,* Taurus, Madrid, 1972, pp. 681-717. <<

[12] José Carlos Gibaja Velázquez, *Indalecio Prieto y el socialismo español,* Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1995, p. 13. <<

[13] *El Socialista,* 14 de septiembre de 1923; Francisco Largo Caballero, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España,* Javier Morata, Madrid, 1925, pp. 30-40; idem., *Mis recuerdos: cartas a un amigo,* Editores Unidos, México D. F., 1954, pp. 90-91. <<

[14] Largo Caballero, *Presente y futuro…,* pp. 7 y 41-43; *PSOE, Convocatoria y orden del día para el XII congreso ordinario del Partido Socialista Obrero Español,* Gráfica Socialista, Madrid, 1927, p. 91; Antonio Ramos Oliveira, *Nosotros los marxistas: Lenin contra Marx,* Ediciones Júcar, Madrid, 1979, 2.ª ed., pp. 144-166. <<

[15] *El Socialista* (2 de octubre y 1 de noviembre de 1923). <<

[16] Tuñón de Lara, *El movimiento obrero…,* p. 776; Ramos Oliveira, *Nosotros los marxistas…*, p. 158. <<

[17] Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, París, 1973, 2.ª ed., p. 151. <<

[18] PSOE, *Convocatoria y orden del día para el XII congreso…,* pp. 103-104; PSOE, *XII Congreso del Partido Socialista Obrero Español, 28 de junio al 4 de julio de 1928,* Gráfica Socialista, Madrid, 1929, pp. 140-153. <<

[19] Largo Caballero, *Mis recuerdos*…, pp. 90-92. <<

[20] Enrique de Santiago, *La Unión General de Trabajadores ante la revolución,* Tipografía Sáez Hermanos, Madrid, 1932, pp. 44-45; Tuñón de Lara, *El movimiento obrero,* pp. 721, 775 y 784; Joaquín Maurín, *Los hombres de la Dictadura,* Editorial Cénit, Madrid, 1930, pp. 197-198. <<

[21] Tuñón de Lara, *El movimiento obrero…*, p. 784. <<

[22] *El Socialista,* 3 de enero de 1929. <<

[23] *Boletín de la Unión General de Trabajadores de España (BUGT),* agosto de 1929; *El Socialista,* 1 de septiembre de 1929. <<

[24] Saborit, *Besteiro…*, pp. 172-180. <<

[25] *BUGT,* septiembre de 1929; *El Sol* (17 de septiembre de 1929); *El Socialista* (14 de enero de 1930). <<

[26] Emilio Mola Vidal, *Obras completas,* Librería Santarén, Valladolid, 1940, pp. 352-354. Sobre la oleada huelguista, véase Tuñón de Lara, *El movimiento obrero…,* p. 790. <<

[27] Gabriel Mario de Coca, *Anti-Caballero: una crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista Obrero Español,* Ediciones Engels, Madrid, 1936, p. 11. <<

[28] Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* pp. 107-108; Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII,* Imprenta Mañez, México D. F., 1962, p. 83. <<

[29] Carrillo, *Memorias…*, pp. 23-24 y 31. <<

[30] *Ibidem,* pp. 31-32. <<

[31] *Ibidem,* pp. 33-34. <<

[32] Graco Marsá, *La sublevación de Jaca; relato de un rebelde,* Zeus, Madrid, 1931, *passim*; José María Azpíroz Pascual y Fernando Elboj Broto, *La sublevación de Jaca,* Guara Editorial, Zaragoza, 1984, pp. 27-36 y 109-217. <<

[33] Julio Álvarez del Vayo, *The Last Optimist,* Putnam, Londres, 1950, p. 198; Mola Vidal, *Obras completas…,* p. 543; Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* pp. 111-112; *El Socialista* (8-13 de octubre de 1932). Carrillo, *Memorias…,* pp. 34-39; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 13. <<

[34] Carrillo, *Memorias*…, pp. 40-43. <<

[35] Dámaso Berenguer, *De la Dictadura a la República,* Editorial Plus Ultra, Madrid, 1946, pp. 349-351 y 394-407. <<

[36] Ángeles Barrio Alonso, *Anarquismo y anarcosindicalismo en Asturias (1890/1936),* Siglo XXI, Madrid, 1988, pp. 314-319; Enrique Montañés, *Anarcosindicalismo y cambio político: Zaragoza, 1930-1936,* Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1989, pp. 47-60; Enric Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista: Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939),* Edicions de La Magrana, Barcelona, 1982, p. 135; Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939),* Crítica, Barcelona, 1997, pp. 14-17. <<

[37] Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War: Reform Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic,* Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed., cap. 2. [Hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: Reforma, reacción y revolución en la Segunda República,* Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 2001, 3.ª ed.]; Paul Preston, *El holocausto español,* Debate, Barcelona, 2011. <<

[38] *Renovación,* 20 de abril y 10 de mayo de 1931. <<

[39] Eugenio Vegas Latapie, *El pensamiento político de Calvo Sotelo,* Cultura Española, Madrid, 1941, pp. 88-92; *idem., Escritos políticos,* Cultura Española, Madrid, 1941, pp. 9-12; *idem.*, «Maeztu y Acción Española», *ABC,* 2 de noviembre de 1952; Pedro Carlos González Cuevas, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936),* Editorial Tecnos, Madrid, 1998, pp. 144-145, 165-168 y 171-175. <<

[40] Preston, *The Coming of the Spanish…*, cap. 2. <<

[41] Carrillo, *Memorias…*, pp. 49-53; Claudín, *Santiago Carrillo…*, p. 14. <<

[42] Federación de Juventudes Socialistas de España, *Resoluciones del IV Congreso,* Gráfica Socialista, Madrid, 1932, pp. 17, 32 y 40 (citado por Sandra Souto, *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española,* Publicaciones de la Universitat de València, Valencia, 2012, pp. 43-44); Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 14; Carrillo, *Memorias…,* pp. 56, 58-61; Santiago Carrillo, *La memoria en retazos. Recuerdos de nuestra historia más reciente española,* Plaza & Janés, Barcelona, 2003, pp. 115-116. <<

[43] *El Socialista* (11 de agosto de 1932). Carrillo, *Memorias*…, pp. 63-64. <<

[44] *El Socialista* (14, 16, 17 y 18 de agosto de 1932). <<

[45] Carrillo, *Memorias*…, pp. 63-68. <<

[46] Manuel Azaña, *Obras completas,* 4 vols., Ediciones Oasis, México D. F., 1966-1968, IV, pp. 36-37; Eulàlia Vega, *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República: la CNT y los sindicatos de oposición en el País Valenciano,* Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1987, pp. 98-101; Carrillo, *Memorias…,* pp. 63-68. <<

[47] Luis Araquistáin, «Los socialistas en el primer bienio», *Leviatán,* n.º 18 (octubre-noviembre de 1935), pp. 24-25. <<

[48] *El Socialista,* 8 y 9 de octubre de 1932; Lamo de Espinosa y Contreras, *Filosofía y política…,* pp. 86-87; Saborit, *Julián Besteiro…,* pp. 227-228; Juan-Simeón Vidarte, *Las Cortes Constituyentes de 1931-1933,* Grijalbo, Barcelona, 1976, pp. 485-493; Coca, *Anti-Caballero…,* pp. 62-65. <<

[49] *El Sol,* 23 de octubre de 1932; *El Socialista,* 23 y 25 de octubre de 1932; Coca, *Anti-Caballero…,* pp. 66-70; Lamo de Espinosa y Contreras, *Filosofía y política…,* pp. 87-88; Vidarte, *Las Cortes Constituyentes…,* pp. 495-497; Amaro del Rosal, *Historia de la UGT de España 1901-1939,* 2 vols., Grijalbo, Barcelona, 1977, I, pp. 350-352. <<

[50] Juan-Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias,* Grijalbo, Barcelona, 1978, p. 188. <<

[51] *El Socialista,* 25 de julio de 1933; Segundo Serrano Poncela, *El Partido Socialista y la conquista del poder,* Ediciones L'Hora, Barcelona, 1935, pp. 47-49. <<

[52] Sobre el origen de las escuelas de verano, véase Souto, *Paso a la juventud…,* pp. 37-38. El discurso de Besteiro se reproduce casi en su totalidad en Saborit, *Julián Besteiro…,* pp. 237-240; Coca, *Anti-Caballero…,* pp. 100-101. <<

[53] Para el texto, véase Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales,* Ediciones Turner, Madrid, 1975, pp. 160-180, y para la recepción, *idem., Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos,* 3 vols., Ediciones Oasis, México D. F., 1967-1969, vol. III, pp. 160-165. <<

[54] *El Socialista* (13 de agosto de 1933); Serrano Poncela, *El Partido Socialista…*, pp. 50-51; *El Debate* (15 de agosto de 1933). Sobre el apodo, véase Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 15-16; Juan Francisco Fuentes, *Largo Caballero. El Lenin español,* Editorial Síntesis, Madrid, 2005, pp. 14-18. <<

[55] *Renovación,* 23 de septiembre de 1933; Coca, *Anti-Caballero…,* pp. 109-110. <<

[56] *Renovación* (30 de septiembre, 7, 14, 21 y 28 de octubre, y 4 de noviembre de 1933). <<

[57] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 22-23; Carrillo, *Memorias…,* p. 88. <<

[58] José Antonio Primo de Rivera, «Discurso de la fundación de Falange Española», en *Textos de doctrina política,* Sección Femenina de FET y de las JONS, Madrid, 1966, 4.ª ed., pp. 61-69. <<

[59] *Renovación* (25 de noviembre de 1933). <<

[60] Vidarte, *El bienio negro…,* pp. 109-110; apéndice a Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores,* Gráfica Socialista, Madrid, 1934, pp. 163-166. <<

[61] Actas de la Comisión Ejecutiva del PSOE, 25 de noviembre de 1933, Fundación Pablo Iglesias, AH 20-2; *BUGT,* diciembre de 1933 y enero de 1934; Francisco Largo Caballero, *Escritos de la República,* Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1985, pp. 42-48; *idem., Mis recuerdos…,* pp. 131-133. Véase Vidarte, *El bienio negro…,* pp. 110-111. <<

[62] *El Socialista* (26 y 28 de noviembre y 1 de diciembre de 1933); *Renovación* (2 y 9 de diciembre de 1933). <<

[63] *Renovación* (23 de diciembre de 1933). <<

[64] Amaro del Rosal, *1934: El movimiento revolucionario de octubre,* Akal, Madrid, 1983, pp. 35-93. <<

[65] *BUGT,* enero de 1934; Del Rosal, *1934…,* pp. 93-150. <<

[66] *Renovación* (4 de noviembre de 1933 y 30 de diciembre de 1933); Carrillo, *Memorias…,* pp. 82-83; Sandra Souto Kustrín, «*Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936),* Siglo XXI, Madrid, 2004, pp. 176-200. <<

[67] Del Rosal, *1934…,* pp. 151-187; Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* pp. 134-135; Coca, *Anti-Caballero…,* p. 133. <<

[68] Largo Caballero, *Escritos…,* pp. 64-75; Dolores Ibárruri *et al., Guerra y revolución en España,* 4 vols., Editorial Progreso, Moscú, 1967-1977, I, pp. 52-57; Santos Juliá Díaz, «Los socialistas y el escenario de la futura revolución», en Germán Ojeda, ed., *Octubre 1934: Cincuenta años para la reflexión,* Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 122. <<

[69] Largo Caballero, *Escritos…,* pp. 76-141; *El Socialista* (25, 26, 28 y 30 de enero de 1934); *BUGT,* febrero de 1934; *El Obrero de la Tierra* (3 de febrero de 1934); Del Rosal, *1934…,* pp. 188-200; Coca, *Anti-Caballero…,* pp. 137-142; Juliá Díaz, «Los socialistas y el escenario…», pp. 123127; Santos Juliá Díaz, *Historia del socialismo español (1931-1939),* Conjunto Editorial, Barcelona, 1989, pp. 101-102; Carrillo, *Memorias…,* pp. 89-98. <<

[70] *Renovación* (6 de enero de 1934). <<

[71] Del Rosal, *1934…*, pp. 200-256. <<

[72] *Renovación* (6, 13, 20 y 27 de enero, 3 y 10 de febrero, y 3 de marzo de 1934). <<

[73] Sobre Salazar Alonso, véase Paul Preston, *The Spanish Holocaust. Inquisition and Extermination in Twentieth Century Spain,* HarperCollins, Londres, 2012, pp. 20, 61-66 y 71-79. [Hay trad. cast.: *El holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después,* Debate, Barcelona, 2011.] <<

[74] Rafael Salazar Alonso, *Bajo el signo de la revolución,* Librería de San Martín, Madrid, 1935, pp. 34-35. <<

[75] Carrillo, *Memorias…,* p. 77; *Renovación* (17 y 24 de febrero, y 3 de marzo de 1934); Souto Kustrín, «*Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?*»*…,* p. 129. <<

[76] Federación de Juventudes Socialistas, *Memoria del V Congreso,* Gráfica Socialista, Madrid, 1934, pp. 97 y 110 (citado en Souto, *Paso a la juventud…,* p. 59); *Renovación* (7 de julio de 1934); Carrillo, *Memorias…,* p. 83; Del Rosal, *1934…,* p. 326; Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936),* Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 14-15. <<

[77] *Renovación* (20 de enero, 3 de marzo y 18 de abril de 1934); *El Debate* (21, 22 y 24 de abril de 1934); *El Socialista* (22 y 24 de abril de 1934); Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic,* Hamish Hamilton, Londres, 1940, pp. 126-127. <<

[78] Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria,* Editorial Lucha Obrera, México D. F., 1948, pp. 114-116. Carrillo, *Memorias*…, p. 84. <<

[79] Francesc Bonamusa, *El Bloc Obrer i Camperol (1930-1932),* Curial, Barcelona, 1974, pp. 275-282 y 341-342; Víctor Alba, *La Alianza Obrera: Historia y análisis de una táctica de unidad en España,* Ediciones Júcar, Gijón, 1977, pp. 83-131; Antoni Monreal, *El pensamiento político de Joaquín Maurín,* Ediciones Península, Barcelona, 1984, pp. 159-177. <<

[80] *El Socialista,* 29 de diciembre de 1933. Cf. Marta Bizcarrondo, «De las Alianzas Obreras al Frente Popular», *Estudios de Historia Social,* n.º 16-17 (enero-junio de 1981), pp. 83-87. <<

[81] *Renovación* (7 de julio de 1934); Carrillo, *Memorias…,* pp. 99-100; Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War…,* pp. 147-155. <<

[82] *Renovación* (14, 21 y 28 de julio de 1934). <<

[83] *Renovación* (4, 11 y 18 de agosto de 1934); Viñas, *La formación de las Juventudes*…, pp. 7-22, 71-109; Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 21-25; Carrillo, *Memorias*…, pp. 85-89; Souto Kustrín, «*Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?*»…, pp. 96-101. <<

[84] Carrillo, *Memorias*..., pp. 85-87. <<

[85] *Renovación* (25 de agosto, 1, 14, 22 y 29 de septiembre de 1934). <<

[86] *BUGT,* agosto de 1934; Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* p. 141; Carrillo, *Memorias…,* pp. 102-104. <<

[87] Largo Caballero, *Escritos…,* pp. 86-110 y 115-141; Del Rosal, *1934…,* pp. 207-233; Vidarte, *El bienio negro…,* p. 231. <<

[88] *El Debate* (28 de septiembre de 1934); José María Gil Robles, *No fue posible la paz,* Ariel, Barcelona, 1968, p. 131. <<

[89] *CEDA,* n.º 36-37 (diciembre de 1934). <<

[90] *El Sol* (12 de septiembre de 1934); Salazar Alonso, *Bajo el signo…*, pp. 316-320. <<

[91] *El Socialista* (13, 15 y 16 de septiembre de 1934); *Renovación* (22 de septiembre de 1934); Souto Kustrín, «*Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?*»*…,* pp. 163-166; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 25-26. <<

[92] Largo Caballero, *Escritos…,* pp. 150-158; *idem., Mis recuerdos…,* p. 136; Del Rosal, *1934…,* pp. 257-261; *idem., Historia de la UGT…,* pp. 387, 401-402; Álvarez del Vayo, *The Last Optimist…,* p. 266. <<

[93] Manuel Grossi, *La insurrección de Asturias (Quince días de revolución socialista),* Gráficos Alfa, Barcelona, 1935, pp. 23 y 63; Vidarte, *El bienio negro…,* pp. 267-285 y 334. <<

[94] Munis, *Jalones de derrota…,* pp. 130-140; Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución: el fracaso de la República y la insurrección de octubre,* Gráficos Alfa, Barcelona, 1935, pp. 144-167; testimonio de Miguel González Inestal, secretario de la CNT de Madrid, al autor; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1965, pp. 176-183; Andrés Nin, *Los problemas de la revolución española,* Ruedo Ibérico, París, 1971, pp. 156-157; Santos Juliá Díaz, «Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid», *Estudios de Historia Social,* n.º 31 (octubre-diciembre de 1984); *idem., Historia del socialismo español (1931-1939),* Conjunto Editorial, Barcelona, 1989, pp. 126-129. <<

[95] Paul Quintanilla, *Waiting at the Shore. Art, Revolution, War and Exile in the Life of the Spanish Artist Luis Quintanilla,* Lulu Press, Rhode Island, 2003, pp. 121-122; Luis Quintanilla, *«Pasatiempo». La vida de un pintor (Memorias),* Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 2004, pp. 317-319; Álvarez del Vayo, *The Last Optimist…,* p. 263; Carrillo, *Memorias…,* pp. 104-109. <<

[1] Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras,* Ediciones Oasis, México D. F., 1973, pp. 67-72. <<

[2] Grandizo Munis, *Jalones de derrota, promesa de victoria,* Editorial Lucha Obrera, México D. F., 1948, pp. 136-137; Amaro del Rosal, *1934: el movimiento revolucionario de octubre,* Akal, Madrid, 1983, pp. 259-264 y 286-287. <<

[3] Del Rosal, *1934…*, pp. 295-297. <<

[4] Juan-Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias,* Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 342-355; Del Rosal, *1934…,* pp. 295-296; Amaro del Rosal, *Historia de la UGT de España 1901-1939,* 2 vols., Grijalbo, Barcelona, 1977, I, pp. 409-422. <<

[5] Helen Graham, *Socialism and War: The Spanish Socialist Party in Power and Crisis, 1936-1939,* Cambridge University Press, Cambridge, 1991, pp. 18-19; Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República,* Alianza, Madrid, 1987, pp. 103-109 y 175-179. <<

[6] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos: cartas a un amigo,* Editores Unidos, México D. F., 1954, pp. 138-139; Santos Juliá Díaz, *Historia del socialismo español (1931-1939),* Conjunto Editorial, Barcelona, 1989, pp. 127 y 353-354. <<

[7] Luis Araquistáin, «Largo Caballero ante los jueces», *Leviatán,* n.º 20 (enero de 1936), p. 10. <<

[8] Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, p. 34; Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2.ª ed., p. 121. <<

[9] Carrillo, *Memorias…,* pp. 121-122; Burnett Bolloten, *The Spanish Civil War: Revolution and Counterrevolution,* University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991, p. 131. <<

[10] Dolores Ibárruri *et al., Guerra y revolución en España 1936-1939,* 4 vols., Editorial Progreso, Moscú, 1967-1977, vol. I, p. 62; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1965, pp. 192-193. <<

[11] Carrillo, *Memorias,* pp. 114-121; María Eugenia Yagüe, *Santiago Carrillo,* Editorial Cambio 16, Madrid, 1977, p. 26; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 33. <<

[12] Andrés Saborit, *Julián Besteiro,* Losada, Buenos Aires, 1967, p. 251. <<

[13] Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* pp. 143 y 145. Véase Araquistáin a Largo Caballero, 14 de abril de 1935, reimpreso en Juliá Díaz, *Historia del socialismo…,* pp. 356-357; Ramos Oliveira a Largo Caballero, sin fecha, citado en Vidarte a Prieto, 10 de julio de 1935, Fundación Pablo Iglesias (FPI), AH-22-24 y reimpreso en Francisco Largo Caballero, *Escritos de la República,* Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1985, pp. 171-172. <<

[14] *La Libertad,* 30 de marzo de 1935; *Documentos socialistas,* Publicaciones Índice, Madrid, 1935, pp. 249-255; Vidarte, *El bienio negro…,* pp. 393-398; Juliá Díaz, *Historia del socialismo…,* p. 147. <<

[15] Vidarte a Prieto, 20 de marzo de 1935, *Documentos socialistas…,* pp. 17-18; Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables,* Grijalbo, México D. F., 1973, p. 25; Prieto a la directiva del PSOE, reimpreso en Carlos de Baraibar, *Las falsas «posiciones socialistas» de Indalecio Prieto,* Ediciones Yunque, Madrid, 1935, pp. 139-145. El original se encuentra en la FPI, AH-17. <<

[16] El texto de la carta se ha reimpreso en Baraibar, *Las falsas «posiciones socialistas»…,* pp. 197-200, y en *Documentos socialistas,* seguido del mensaje inédito de González Peña a la sección madrileña de la FJS, pp. 143155, y las protestas de la FJS asturiana, pp. 179-187. Cf. Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* p. 144; *idem., Escritos…,* pp. 167-171. <<

[17] Indalecio Prieto, «La coalición de izquierdas», *El Liberal,* 14 de abril de 1935. <<

[18] Andrés Nin, *Los problemas de la revolución española,* Ruedo Ibérico, París, 1971, pp. 155-158; Munis, *Jalones*..., p. 183; Pelai Pagès i Blanch, *Andreu Nin. Una vida al servicio de la clase obrera,* Laertes, Barcelona, 2011, pp. 228-237. <<

[19] Carlos Hernández Zancajo, *Octubre-segunda etapa* s.l, s.e., s.f. [Madrid, 1935]. Hubo dos ediciones, de las cuales la más barata no tenía portada y se presentó con una tipografía más pequeña. Las referencias aquí incluidas son las de la edición popular. Sobre la autoría, véase Amaro del Rosal citado en Marta Bizcarrondo (ed.), *Octubre del 34: reflexiones sobre una revolución,* Editorial Ayuso, Madrid, 1977, p. 50; Carrillo, *Memorias…,* pp. 128-130; comentarios de Carrillo a la autora el 5 de octubre de 1977. <<

[20] *Octubre-segunda etapa,* pp. 26-31, 39-46, 52-55 y 94. <<

[21] Vidarte, *Todos fuimos culpables…,* p. 30; Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* pp. 141-142; Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Éditions du Seuil, París, 1974, p. 32; Carrillo, *Memorias…,* p. 133. <<

[22] *Claridad* (7 de diciembre de 1935). <<

[23] Saborit, *Julián Besteiro,* pp. 251-257. <<

[24] Segundo Serrano Poncela, *El Partido Socialista y la conquista del poder,* Ediciones L'Hora, Barcelona, 1935, p. 156. <<

[25] Julián Besteiro, *Marxismo y anti-marxismo,* Gráfica Socialista, Madrid, 1935. Las referencias corresponden a la 4.ª ed., Editorial ZYX, Madrid, 1967, pp. 16-23, 93-102, 107-113 y 130-131. <<

[26] Luis Araquistáin, «El marxismo en la Academia», «Un marxismo contra Marx», «La esencia del marxismo», *Leviatán,* n.º 13-15 (mayo-julio de 1935); Julián Besteiro, «Leviatán: el socialismo mitológico», «Mi crítico empieza a razonar», *Democracia* (15 de junio y 6 de julio de 1935). <<

[27] Indalecio Prieto, «Mi derecho a opinar», «La Amnistía, base de la coalición electoral», «El valor de la acción parlamentaria», «Los roedores de derrotas», «La planta exótica del caudillismo», *El Liberal, La Libertad* (22-26 de mayo de 1935). En formato de libro, Indalecio Prieto, *Posiciones socialistas: del momento,* Publicaciones Índice, Madrid, s. f. [1935]. <<

[28] Las respuestas de Prieto a Enrique de Francisco el 30 de abril y el 14 de mayo se reeditan en *Documentos socialistas*…, pp. 31-59. Baraibar, *Las falsas «posiciones socialistas»…,* pp. 22-26, 46, 67-69 y 113. Véase también la refutación de Baraibar por Antonio Gascón y Victoria Priego, *Por hoy y por mañana (leves comentarios a un libro firmado por Carlos Baraibar),* Publicaciones Índice, Madrid, 1935. <<

[29] *Claridad,* 29 de julio, 26 de octubre y 30 de noviembre de 1935. <<

[30] *Democracia,* 13 de septiembre y 11 de octubre de 1935; Del Rosal, *1934*…, p. 301. <<

[31] José Díaz Ramos, *Tres años de lucha,* Ediciones Nuestro Pueblo, Tolosa, 1947, pp. 17-23 y 35-43. <<

[32] Carrillo, *Memorias…,* pp. 133-136; Sandra Souto, *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española,* Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2012, p. 85. <<

[33] *Claridad,* 27 de agosto, 12 y 19 de octubre de 1935. <<

[34] Luis Araquistáin, «La nueva táctica comunista», *Leviatán,* n.º 16 (agosto de 1935). Cf. Santos Juliá, *La izquierda del PSOE,* Siglo XXI, Madrid, 1977, pp. 184-201. <<

[35] *Claridad,* 7 y 14 de diciembre de 1935. <<

[36] Carrillo, *Memorias…,* p. 136; Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939,* Planeta, Barcelona, 1999, pp. 274 y 277-278; Del Rosal, *Historia de la UGT…,* vol. II, pp. 621-622. <<

[37] Souto, *Paso a la juventud…*, p. 85. <<

[38] APCE, Dirigentes, 3/1.2, carta de Santiago Carrillo desde la Cárcel Modelo de Madrid de 22 de noviembre de 1935. Margarita Nelken mencionaba más tarde esas fotografías en sus discursos: *El Socialista,* 26 de marzo; *Claridad,* 19 de mayo de 1936. <<

[39] Actas de la reunión que mantuvieron el 16 de noviembre de 1935 los comités ejecutivos de la UGT, la FJS y el PSOE, reimpresos en Largo Caballero, *Escritos…,* pp. 255-259; Juliá Díaz, *Historia del socialismo…,* pp. 157-158; Graham, *Socialism and War…,* pp. 18-21. <<

[40] Vidarte a Prieto, 20 de noviembre de 1935, Prieto a Vidarte, sin fecha, noviembre de 1935, en Largo Caballero, *Escritos*…, pp. 276-281. <<

[41] Carrillo, «Hacia la unidad orgánica a marchas rápidas», en *Claridad,* 7 de diciembre de 1935, reimpreso en Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936),* Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 137-140. <<

[42] Actas de la reunión del Comité Nacional del PSOE, 16 de diciembre de 1935, FPI, AH-24-1; *El Socialista,* 18, 19 y 25 de diciembre de 1935; *Claridad,* 23 de diciembre de 1935, 15 de enero de 1936; Vidarte, *Todos fuimos culpables…,* p. 26; Largo Caballero, *Mis recuerdos…,* p. 148; Gabriel Mario de Coca, *Anti-Caballero: una crítica marxista de la bolchevización del Partido Socialista Obrero Español,* Ediciones Engels, Madrid, pp. 193198; Juliá, *La izquierda…,* pp. 22-23 y 82-85; Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War. Reform Reaction and Revolution in the Second Spanish Republic 1931-1936,* Routledge, Londres, 1994, 2.ª ed., pp. 230-237. [Hay trad. cast.: *La destrucción de la democracia en España: reforma, reacción y revolución en la Segunda República,* Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 2001, 3.ª ed.]; Carrillo, *Memorias…,* pp. 137-139. <<

[43] *Renovación,* 1 de febrero de 1936. <<

[44] *Claridad,* 25, 30 de enero, 6 de febrero de 1935; *El Socialista,* 12 de febrero de 1936. <<

[45] Carrillo, *Memorias*…, pp. 141-143. <<

[46] Carrillo, *Memorias,* pp. 148-149; Bolloten, *The Spanish Civil War…,* pp. 130-131; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* p. 43. <<

[47] Carrillo, *Demain l'Espagne*…, pp. 45-47; Carrillo, *Memorias*…, pp. 149-153; Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 36-38. <<

[48] Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 32. Carmen se convertiría en la esposa del coronel Martínez Cartón, de la cúpula del PCE. Véase David Wingeate Pike, *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile 1939-1945,* Clarendon Press, Oxford, 1993, p. 16. <<

[49] Boris Volodarsky, *Soviet Intelligence Services in the Spanish Civil War, 1936-1939,* tesis doctoral inédita, London School of Economics, 2010, pp. 134-136. <<

[50] Carlos de Baraibar, «La traición del Stalinismo. La experiencia española de la Juventud Socialista Unificada», *Timón* (Buenos Aires), n.º 7 (junio de 1940), p. 64. <<

[51] Viñas, *La formación de las Juventudes…*, pp. 49-63. <<

[52] Largo Caballero, *Escritos…*, p. 307. <<

[53] Helen Graham, «The Socialist Youth in the JSU: the experience of organisational unity 1936-1938», en Martin Blinkhorn (ed.), *Spain in Conflict 1931-1939: Democracy and its Enemies,* Sage Publications, Londres, 1986, pp. 83-102; Graham, *Socialism and War…,* pp. 31-32. Discurso de Carrillo, *Mundo Obrero,* 6 de abril de 1936; lágrimas de Largo Caballero, Graham, «The Socialist Youth in the JSU…», p. 101. <<

[54] Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil,* Crítica, Barcelona, 2010, pp. 79 y 489; Carrillo, *Memorias…,* p. 169; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* pp. 42-49. <<

[55] Carrillo, *Demain l'Espagne*…, pp. 48-49. <<

[56] Viñas, *La formación de las Juventudes…*, p. 64. <<

[57] Araquistáin a Norman Thomas, presidente del Partido Socialista de EE.UU., 1 de enero de 1939, reimpreso en Luis Araquistáin, *Sobre la guerra civil y la emigración,* Espasa Calpe, Madrid, 1983, p. 179. <<

[58] Carrillo, *Memorias…,* pp. 173-183; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 42-43; Enrique Líster, *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del Partido,* G. del Toro, Madrid, 1978, 2.ª ed., pp. 173-174. <<

[59] Giuseppe Loteta, «*Fratello, mio valoroso compagno…». Dall'Italia alla Spagna, la vita di Fernando De Rosa, socialista libertario,* Marsilio, Venecia, 1998, pp. 231-326; Carrillo, *Memorias…,* pp. 183-187; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* p. 129.
<<

[60] Santiago Carrillo, *La Segunda República. Recuerdos y reflexiones,* Plaza & Janés, Barcelona, 1999, p. 36. <<

[61] Julio Arostegui y Jesús A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid,* Comunidad de Madrid, Madrid, 1984, pp. 54-61; Antonio López Fernández, *Defensa de Madrid. Relato histórico,* Editorial A. P. Márquez, México D. F., 1945, pp. 82-84. <<

[62] *ABC,* 8 de octubre de 1936; Gregorio Gallego, *Madrid, corazón que se desangra,* G. del Toro, ed., Madrid, 1976, pp. 173-180. <<

[63] Helen Graham, *The Spanish Republic at War 1936-1939,* Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 168-169; general Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid,* Ediciones Era, México D. F., 1967, pp. 32-36. <<

[64] Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985,* Planeta, Barcelona, 1986, pp. 65-66. <<

[65] Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…,* pp. 62-63; Ibárruri *et al., Guerra y revolución…,* II, p. 142; Santiago Carrillo, *Mi testamento político,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012, p. 118; Carrillo, *Memorias…,* pp. 195-197; Ian Gibson, *Paracuellos: cómo fue,* Argos Vergara, Barcelona, 1983, p. 192. <<

[66] Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro, AHN, FC-Causa General, 1526-3, Exp. 5, p. 25. Véase también Gibson, *Paracuellos…*, pp. 45 y 260-266. <<

[67] Gallego, *Madrid…*, p. 222. <<

[68] Carrillo, *Memorias…,* pp. 192-193; Castro Delgado, *Hombres made in…,* p. 390; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 44-45. <<

[69] Carrillo, *Memorias*…, pp. 274-275. <<

[70] Carrillo, *Demain l'Espagne…,* p. 51; *idem., Memorias…,* pp. 251252; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 45. <<

[71] Andrés Carabantes y Eusebio Cimorra, *Un mito llamado Pasionaria,* Planeta, Barcelona, 1982, pp. 163-164. <<

[72] Francisco Largo Caballero, *Obras completas,* 16 vols., Fundación Largo Caballero/Instituto Monsa, Madrid-Barcelona, 2003-2009, vol. VIII, pp. 3, 247; Bolloten, *The Spanish Civil War…,* p. 132. <<

[73] Baraibar, «La traición del Stalinismo…», p. 68; Largo Caballero, *Obras completas…*, vol. VIII, pp. 3 y 248. <<

[74] Declaración de Manuel Muñoz, AHN, FC-Causa General, 15301, Exp. 1, p. 305; Carlos Fernández Santander, *Paracuellos del Jarama: ¿Carrillo culpable?,* Argos Vergara, Barcelona, 1983, p. 102. <<

[75] Felix Schlayer, *Diplomático en el Madrid rojo,* Espuela de Plata, Sevilla, 2008, pp. 143-144. <<

[76] Helen Graham, *The Spanish Republic at War…,* p. 189. <<

[77] Jorge M. Reverte, «Paracuellos, 7 de noviembre de 1936. Agentes de Stalin indujeron la matanza de presos sacados de las cárceles de Madrid», *El País,* 5 de noviembre de 2006. <<

[78] Aurora Arnaiz, *Retrato hablado de Luisa Julián,* Compañía Literaria, Madrid, 1996, p. 35. <<

[79] Rojo, *Así fue la defensa…*, pp. 43-45. <<

[80] Román Karmén, *¡No pasarán!,* Editorial Progreso, Moscú, 1976, pp. 276-278. <<

[81] Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España,* Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 191-192; Gibson, *Paracuellos*…, p. 83. <<

[82] Artículos de Contreras en *Milicia popular*; Viñas, *El escudo de la República,* pp. 61-62; Alexander I. Kolpakidi y Dmitri P. Prokhorov, *KGB. Vsyo o vneshnei razvedke,* Olimp, Moscú, 2002, p. 168, citado por Volodarsky, *Soviet Intelligence Services…,* cap. 3. <<

[83] Castro Delgado, *Hombres made in…*, pp. 390-391. <<

[84] «V Madride ya rukovodil gruppoi, kotoroi polzovalsya dlya samykh raznykh del» - Grigulevich, entrevistado por Shatunovskaya, *Latinskaya Amerika,* n.º 3 (1993), pp. 63-69, citado por Volodarsky, *Soviet Intelligence Services…,* cap. 3. <<

[85] Causa General, *La dominación roja en España,* Ministerio de Justicia, Madrid, 1945, pp. 279-280. <<

[86] «Informe sobre la actuación de la policía en el servicio que permitió el descubrimiento en los meses de abril, mayo y junio de la organización de espionaje de cuyas derivaciones surgieron las detenciones y diligencias instruidas contra elementos destacados del POUM», 28 de octubre de 1937, FPI, AH -71-6; declaración de Fernando Valentí Fernández en Procedimiento Militar contra José Cazorla Maure, AHN, FC-Causa General, 1525-1, pp. 28-29. Un agradecimiento a Ángel Viñas por llamar mi atención sobre el «Informe» y a Aurelio Martín Nájera, de la Fundación Pablo Iglesias, por facilitarme una copia. Véase también Viñas, *El escudo…*, pp. 75-76. <<

[87] «V Madride ya rukovodil gruppoi…», pp. 63-69, citado por Volodarsky, *Soviet Intelligence Services*…, cap. 3. <<

[88] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, Nueva York, 1999, p. 300. <<

[89] Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…*, pp. 75-76 y 292.
<<

[90] Schlayer, *Diplomático…,* pp. 138-140. <<

[91] El documento original se encuentra en los Archivos del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam. Jorge Martínez Reverte, *La Batalla de Madrid,* Editorial Crítica, Barcelona, 2004, pp. 226-227; Gibson, *Paracuellos…,* p. 12. <<

[92] Adelardo Fernández Arias (El Duende de la Colegiata), *Madrid bajo el «terror» 1936-1937. Impresiones de un evadido que estuvo a punto de ser fusilado,* Librería General, Zaragoza, 1937, pp. 249-252; Gibson, *Paracuellos*…, 1983 pp. 11-17. <<

[93] Existe un considerable debate sobre las cifras exactas. Véase Fernández Santander, *Paracuellos…,* p. 47; Adelardo Fernández Arias (El Duende de la Colegiata), *La agonía de Madrid 1936-1937 (Diario de un superviviente),* Librería General, Zaragoza, 1938, p. 64. Para las cifras totales, véase Gibson, *Paracuellos…,* pp. 184-191; Javier Cervera Gil, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939,* Alianza Editorial, Madrid, 2006, 2.ª ed., pp. 91-93. <<

[94] Declaración de Antonio Viqueira Hinojosa, AHN, FC-Causa General, 1526-1, Exp. 2, pp. 183-186; Gibson, *Paracuellos…,* pp. 184-191; Cervera Gil, *Madrid en guerra…,* pp. 88-93; Casas de la Vega, *El terror,* pp. 299-303, 311-395; Fernández Arias, *Madrid bajo el «terror»…,* pp. 248-252. <<

[95] Declaración de José Cazorla Maure, AHN, FC-Causa General, 1525-1, pp. 9-10; declaración de Ramón Torrecilla Guijarro, AHN, FCCausa General, 1526-3, Exp. 5, p. 25; Gibson, *Paracuellos*…, pp. 48, 52 y 172. <<

[96] Reproducido en Causa General, *La dominación roja…,* entre las pp. 51 y 53. Gibson, *Paracuellos…,* pp. 144-150. <<

[97] *Heraldo de Madrid* (10 de noviembre); *La Voz* (12 de noviembre de 1936); Rojo, *Así fue la defensa…*, p. 35; Gibson, *Paracuellos…*, pp. 36-38. <<

[98] Declaración de Teodoro Illera Martín, AHN, FC-Causa General, 1505, Exp. 2, pp. 21-22; Casas de la Vega, *El terror…,* pp. 114-115; Causa General, *La dominación roja…,* pp. 104-105. <<

[99] Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro, AHN, FC-Causa General, 1526-3, Exp. 5, p. 25; Gibson, *Paracuellos*…, p. 48. <<

[100] *La Voz* (1 y 11 de noviembre); *Informaciones* (10, 11 y 12 de noviembre de 1936); Gibson, *Paracuellos…*, pp. 38-45, 49, 52-53. <<

[101] Declaración de Manuel Rascón Ramírez, AHN, FC-Causa General, 1530, Exp. 4, p. 145, 1526, Exp. 5, pp. 196-197; Gibson, *Paracuellos…,* p. 49. <<

[102] Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro, AHN, FC-Causa General, 1526-3, Exp. 5, pp. 27-28. <<

[103] Declaración de Álvaro Marasa Barasa, AHN, FC-Causa General, 1526-3, Exp. 5, pp. 16-17, 38-40, 124-125; Gibson, *Paracuellos…,* pp. 256-259. <<

[104] Libro de Actas de la Junta de Defensa de Madrid, Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…*, pp. 295 y ss. <<

[105] AHN, CG, Caja 1530, Exp. 12, p. 5; Cervera Gil, *Madrid en guerra…*, pp. 105-106. <<

[106] Declaración del testigo Melchor Rodríguez García, AHN, CG, Caja 1530-1532, p. 6; declaración de Gabriel Callejón Molina, AHN, CG, Caja 1530-1532, p. 32; Alfonso Domingo, *El ángel rojo. La historia de Melchor Rodríguez, el anarquista que detuvo la represión en el Madrid republicano,* Editorial Almuzara, Córdoba, 2009, pp. 172-183; Cervera Gil, *Madrid en guerra…,* p. 89; AHN, CG, Caja 1530-2/5, pp. 6-7; Juan García Oliver, *El eco de los pasos,* Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978, pp. 306; Schlayer, *Diplomático…,* p. 163; Domingo, *El ángel rojo…,* pp. 187-189. <<

[107] AHN, CG, Caja 1530-2/5, pp. 6-7; García Oliver, *El eco…,* pp. 306; Schlayer, *Diplomático…,* p. 163; Domingo, *El ángel rojo…,* pp. 187-189. <<

[108] *La Voz* (13 de noviembre); *Informaciones* (13 de noviembre); *ABC* (13 de noviembre); *Heraldo de Madrid* (14 de noviembre de 1936). <<

[109] Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…*, pp. 90-94; Largo Caballero, *Mis recuerdos…*, pp. 191-192. <<

[110] Jesús de Galíndez, *Los vascos en el Madrid sitiado,* Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1945, p. 68. <<

[111] Serrano Poncela al Comité Central del PCE, Fundación Pablo Iglesias, AH 63-52, pp. 2-5; Serrano Poncela a Fidel Miró, 13 de agosto de 1939, FPI, AH, 26-28, pp. 4-7. Estoy inmensamente agradecido a Sandra Souto poner esas cartas en mi conocimiento. <<

[112] Souto, *Paso a la juventud…*, p. 123, n. 70. <<

[113] Gibson, *Paracuellos…*, pp. 198-209. <<

[114] Santiago Carrillo, *Los viejos camaradas,* Planeta, Barcelona, 2010, pp. 37-38. <<

[115] Carrillo, *Memorias*…, p. 220. <<

[116] Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro, AHN, FC-Causa General, 1526-3, Exp. 5, p. 28. <<

[117] Los ministros del Gobierno de Adolfo Suárez exigieron una investigación sobre Paracuellos que debió de ser extremadamente somera, ya que no aportó pruebas documentales de la culpabilidad de Carrillo. Joaquín Bardavío, *Sábado santo rojo,* Ediciones UVE, Madrid, 1980, pp. 130-136. <<

[118] «No fui responsable», *Cambio 16* (16 de enero de 1977), pp. 1214; Bardavío, *Sábado santo*…, p. 133. <<

[119] Entrevista con Gibson, *Paracuellos…*, pp. 196-197; *El País* (28 de octubre de 2005). <<

[120] Citado por Ricardo de la Cierva, *Carrillo miente. 156 documentos contra 103 falsedades,* Editorial Fénix, Madrid, 1994, pp. 232-233. <<

[121] Elorza y Bizcarrondo, *Queridos Camaradas…,* p. 379; Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigory Sevostianov (eds.), *Spain Betrayed. The Soviet Union in the Spanish Civil War,* Yale University Press, New Haven, Conn., 2001, p. 223. <<

[122] Stoyán Mínev (Stepanov), *Las causas de la derrota de la República española,* editado por Ángel L. Encinas Moral, Miraguano Ediciones, Madrid, 2003, pp. 93 y 111-112. <<

[123] La mujer de Cazorla hace referencia a esto. Arnaiz, *Retrato hablado…*, 1996, p. 113. <<

[124] Ibárruri *et al., Guerra y revolución…,* vol. II, p. 187. <<

[125] Carrillo, *Memorias…,* pp. 239-240; Arnaiz, *Retrato hablado…,* p. 35. <<

[126] Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…,* pp. 343-345; Gallego, *Madrid…,* pp. 272-275. <<

[127] *Mundo Obrero* (26, 27, 29 y 31 de diciembre de 1936 y 2 de enero de 1937); *CNT* (29 de diciembre de 1936 y 1 de enero de 1937); Arostegui y Martínez, *La Junta de Defensa…,* pp. 92-93, 252, 228, 233 y 236-238; Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* 2 vols., Librería Española, París, 1968, 2.ª ed., I, pp. 219-221; Gallego, *Madrid…,* pp. 211-212. <<

[128] Viñas, *La formación de las Juventudes…,* pp. 64-66; Graham, *Socialism and War…,* pp. 69-74. <<

[129] Santiago Carrillo, *En marcha hacia la victoria,* JSU, Valencia, 1937, p. 9. <<

[130] Santiago Carrillo, *En marcha…,* pp. 3-5, 7-12, 33-35 y 67; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 50; Hernández Sánchez, *Guerra y revolución,* p. 216. <<

[131] Carrillo, *En marcha*…, pp. 13-14 y 49. <<

[132] Santiago Carrillo, *La juventud, factor de la victoria. Discurso pronunciado en el pleno ampliado del C. C. del Partido Comunista de España celebrado en Valencia los días 5, 6, 7 y 8 de marzo de 1937,* Ediciones del PCE, Valencia, 1937; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 50-52. <<

[133] Claudín, *Carrillo,* pp. 56-57; Carrillo, *Memorias,* pp. 246-247 y 273-282; Hernández Sánchez, *Guerra o revolución,* pp. 214 y 473-474. <<

[134] Viñas, *La formación de las Juventudes…,* pp. 66-68; Graham, *Socialism and War…,* pp. 69-74, 116 y 224-226. <<

[135] Carrillo, *Memorias*…, pp. 287, 296; Líster, *¡Basta!*…, pp. 174-175. <<

[136] «Informe del camarada Santiago Carrillo, Secretario General de las Juventudes Socialistas Unificadas de España, al Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil Socialista», citado por Souto, *Paso a la juventud*…, p. 287; Carrillo, *Memorias*…, pp. 242-250. <<

[137] Souto, *Paso a la juventud*…, p. 133, notas 97-99. <<

[138] Graham, *Socialism and War…,* pp. 226-231 y 297 (nota 31). <<

[139] Hernández Sánchez, *Guerra o revolución,* p. 440. <<

[140] Carrillo, *Memorias*…, pp. 298-303. <<

[141] Carrillo, *Demain l'Espagne…,* p. 65; Teresa Pàmies, *Quan érem capitans. Memòries d'aquella guerra,* Dopesa, Barcelona, 1974, pp. 147-151; Carrillo, *Memorias…,* pp. 305-319. <<

[142] Elorza y Bizcarrondo, *Queridos Camaradas…*, p. 433. <<

[1] Enrique Líster, *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del Partido,* G. del Toro, Madrid, 1978, 2.ª ed., pp. 169-171; Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Éditions du Seuil, París, 1974, pp. 70 y 73; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras,* Ediciones Oasis, México D. F., 1973, pp. 303-304. <<

[2] Joan Estruch, *El PCE en la clandestinidad 1939-1956,* Siglo XXI, Madrid, 1982, pp. 11-12. <<

[3] Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985,* Planeta, Barcelona, 1986, pp. 68-69; Fernando Claudín, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 58-59. <<

[4] Tagüeña Lacorte, *Testimonio*…, pp. 357-359. <<

[5] Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 60-62. <<

[6] Carrillo, *Demain l'Espagne…,* pp. 70-72; relato de Villa disponible en: http://www.lne.es/asturama/2012/09/19/abril-1958-ingrese-psoe-avalwenceslao-carrillo-padre-santiago-carrillo/1300159.html. <<

[7] Ángel L. Encinas Moral (ed.), *Las causas de la derrota de la República española. Informe elaborado por Stoyán Mínev (Stepanov), Delegado en España de la Komintern (1937-1939),* Miraguano Ediciones, Madrid, 2003, pp. 263-281; Palmiro Togliatti, *Opere 1935-1944,* Editori Riuniti, Roma, 1979, pp. 343-410; Ángel Viñas y Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República,* Crítica, Barcelona, 2009, pp. 47-63; Líster, *¡Basta!…,* pp. 163-71; Antonio Cordón, *Trayectoria (Recuerdos de un artillero),* Espuela de Plata, Sevilla, 2008, pp. 651-728. <<

[8] Viñas y Hernández Sánchez, *El desplome…,* pp. 413-440; el informe secreto de Stalin, en *ibidem,* pp. 471-626; Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras…,* pp. 343-345. <<

[9] Jesús Hernández, *En el país de la gran mentira,* G. del Toro, Madrid, 1974, pp. 41-60; Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1964, pp. 28-32. <<

[10] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 62-63; Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2006, 2.ª ed., pp. 332-333. <<

[11] Carrillo, *Demain l'Espagne*…, p. 75. <<

[12] Carrillo, *Memorias…,* pp. 322-323 y 338; María Eugenia Yagüe, *Santiago Carrillo. Perfil humano y político,* Cambio 16, Madrid, 1977, pp. 37 y 49-50; Enrique Líster, *Así destruyó Carrillo el PCE,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 90-91. Sobre Albatera, véase Paul Preston, *El holocausto español,* Debate, Barcelona, 2011, p. 626; Llum Quiñonero, *Nosotras que perdimos la paz,* Foca, Madrid, 2005, p. 180. <<

[13] Véase José Díaz, *Las enseñanzas de Stalin, guía luminoso para los comunistas españoles,* México D. F., 1940, *passim*. <<

[14] Para un glosario de los artículos de Carrillo en *Nuestra Bandera,* véase Claudín, *Santiago Carrillo,* pp. 69-70. <<

[15] *Ibidem,* pp. 64-65; Carrillo, *Memorias…,* pp. 338-340. <<

[16] «V Madride ya rukovodil gruppoi, kotoroi polzovalsya dlya samykh raznykh del» - Grigulevich, entrevistado por Shatunovskaya, *Latinskaya Amerika,* n.º 3 (1993), pp. 63-69, citado por Boris Volodarsky, *Soviet Intelligence Services in the Spanish Civil War, 1936-1939,* tesis doctoral inédita, London School of Economics, 2010, p. 128. <<

[17] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, Nueva York, 1999, p. 300. <<

[18] Mi gratitud por esta información para Boris Volodarsky. <<

[19] Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 65; David Wingeate, *In the Service of Stalin. The Spanish Communists in Exile 1939-1945,* Clarendon Press, Oxford, 1993, p. 33; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* pp. 76-78; Carrillo, *Memorias…,* pp. 343-353, 367. <<

[20] Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 69; Carrillo, *Memorias…,* pp. 357-373; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 67-68. <<

[21] Carrillo, *Demain l'Espagne…*, pp. 79-80. <<

[22] Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 75; Carrillo, *Memorias…,* pp. 360-361. Para las alegaciones de Líster, véase L. Álvarez Vega, «El misterio de la primera mujer de Carrillo», *La Nueva España* (26 de septiembre de 2012). <<

[23] Tagüeña Lacorte, *Testimonio…*, pp. 411 y 439-440; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 62-64; Pike, *In the Service of Stalin…*, pp. 156-157; Carrillo, *Memorias…*, p. 383. <<

[24] David Wingeate Pike, *Jours de gloire, jours de honte. Le Parti Communiste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950,* Societé d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1984, pp. 97-100; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* p. 400; Antonio Vilanova, *Los olvidados: los exiliados españoles en la Segunda Guerra Mundial,* Ruedo Ibérico, París, 1969, pp. 466-467; Hernández, *En el país…,* pp. 86-111. <<

[25] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 70-74; Pike, *In the Service of Stalin…*, p. 157; Carrillo, *Memorias…*, pp. 383-385. <<

[26] Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 64-66. <<

[27] Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* pp. 456 y 465-476; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria,* Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 212-217, 227-232; Hernández, *Yo fui un ministro,* pp. 177-178 y 216-221; Santiago Álvarez, *Memorias III,* Ediciós do Castro, La Coruña, 1988, pp. 319-321; Fernando Hernández Sánchez, *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, Ministro en la guerra civil, disidente en el exilio,* Editorial Raíces, Madrid, 2007, pp. 73-79, 121-132 y 151-153; Declaración del CC del PCE «Nuestro Partido se depura y se fortalece expulsando de su seno al traitor [sic] Jesús Hernández, Madris [sic] 21 Julio 1944», AHPCE, Divergencias/ Documentos/Año 1944-I-XII/Caja 107, carpeta 25. <<

[28] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 66-67; Claudín, *Santiago Carrillo…*, p. 72. <<

[29] Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo,* Crítica, Barcelona, 1983, pp. 62-67; Carlos Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE (1939-1945),* Fundación Domingo Malagón, Madrid, 2002, pp. 67-82; Carlos Fonseca, *Trece rosas rojas. La historia más conmovedora de la guerra civil española,* Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2004, pp. 103-119, 209-34; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 37-43; David Ginard i Ferón, *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas,* Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2005, pp. 79-89; AHN, CG 1525-1, pp. 2-3, 5-6 y 19-25; Aurora Arnaiz, *Retrato hablado de Luisa Julián,* Compañía Literaria, Madrid, 1996, pp. 111-142 y 158-159. <<

[30] Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate *et al., Historia del Partido Comunista de España (Versión abreviada),* Ediciones «Polonia», Varsovia, 1960, p. 218. <<

[31] Carrillo, *Demain l’Espagne…*, p. 75. <<

[32] Tagüeña Lacorte, *Testimonio*..., pp. 360-361. <<

[33] José Díaz y Dolores Ibárruri, *España y la guerra imperialista: llamamiento del PCE a la emigración española,* México D. F., 1939, pp. 5-12; PCE, *El heroico pueblo español lucha contra el franquismo y por la victoria de la Unión Soviética,* Ediciones Sociales, Bogotá, 1941, pp. 6-13; PCE, *¡Por la Unión Nacional de todos los españoles contra Franco, los invasores germano-italianos y los traidores!,* México D. F., 1941, pp. 3-7; PCE, *¡Adelante por la libertad y la independencia de España!,* DIAP, Santiago de Chile, 1942, pp. 5-6 y 18-23. <<

[34] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 43-61; Ángel Ruiz de Ayúcar, *El Partido Comunista: treinta y siete años de clandestinidad,* Editorial San Martín, Madrid, 1976, pp. 112-129; David Ginard i Ferón, *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942),* Documenta Balear/Compañía Literaria, Palma de Mallorca/Madrid, 2000, pp. 15-22, 49-52 y 75-118; Heine, *La oposición política…,* pp. 68-84; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 129-199; Estruch, *El PCE en la clandestinidad…,* pp. 23-26. Véase el texto completo del documento estratégico de Quiñones en «Documento tomado a Heriberto Quiñones para reorganizar el PCE», *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco,* Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1992, vol. 2-II, pp. 186-294. <<

[35] Ginard i Ferón, *Heriberto Quiñones…,* pp. 137-152; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 200-202. Véase también el artículo anónimo —muy posiblemente obra de Carrillo— sobre la captura del grupo de Diéguez, en *Nuestra Bandera,* enero de 1945, pp. 80-95; Editorial, «Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación», febrero-marzo de 1950; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* p. 97; Ibárruri *et al., Historia del Partido Comunista…,* p. 217. <<

[36] Líster, *¡Basta!…*, pp. 240-241; Santiago Álvarez, *Memorias IV. Más fuertes que la tortura y la pena de muerte (1945-1954),* Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1990, pp. 39-42; Falcón, *Asalto a los cielos…*, pp. 179-180; Carrillo, *Memorias…*, pp. 386-387 y 435-438. <<

[37] Manuel Azcárate, *Derrotas y esperanzas,* Editorial Tusquets, Barcelona, 1994, pp. 205-206; Manuel Martorell, *Jesús Monzón. El líder comunista olvidado por la Historia,* Pamiela, Pamplona, 2000, pp. 58-67. <<

[38] Informe de Carmen de Pedro sobre Monzón, Toulouse, 5 de agosto de 1945, AHPCE, Caso Monzón, carps. 46 y 47; Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 72-83; Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 218-222, 227-245; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 203-297 y 316-334. <<

[39] Manifiesto de Unión Nacional, Dolores Ibárruri, 1942, AHPCE, Documentos PLE/Manifiestos/Microfilm XXI, apartado 258; Hernández, *En el país…,* pp. 179-184; Castro Delgado, *Mi fe se perdió…,* pp. 222-226 y 245-246; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 80-83; Antonio Mije, «Un año de Junta Suprema de Unión Nacional: lecciones y experiencias de un gran órgano de combate», en *Nuestra Bandera,* enero de 1945. <<

[40] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 83-92; Daniel Arasa, *Años 40: los maquis y el PCE,* Argos Vergara, Barcelona, 1984, pp. 42-46; Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 89-90, 113-119; Azcárate, *Derrotas…,* pp. 245-249, 259-265 y 271-274; Castro Delgado, *Mi fe se perdió…,* pp. 289-290; Heine, *La oposición política…,* pp. 202-208; Manuel Vázquez Montalbán, *Pasionaria y los siete enanitos,* Planeta, Barcelona, 1995, p. 132. <<

[41] Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 132-133, 152-153 y 198-199; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 100; Enrique Líster, *Así destruyó Carrillo al PCE,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 63-64. <<

[42] Carrillo a Ibárruri desde Argel, 14 de agosto de 1944, AHPCE, Dirigentes/Dolores Ibárruri/Correspondencia/Caja 31, carp. 13.1.
<<

[43] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 96-67; Carrillo, *Demain l'Espagne,* pp. 80-83; *idem., Memorias…,* pp. 394-406; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 76-78. <<

[44] Enrique Líster, «Combates y experiencias de la Agrupación Guerrillera de Levante», *Nuestra Bandera,* n.º 24 (enero-febrero de 1948), pp. 25-32, y «Lessons of the Spanish Guerrilla War», *World Marxist Review* (febrero de 1965), pp. 35-36; Ibárruri *et al., Historia del Partido Comunista…,* p. 220. <<

[45] Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria 1939-1977. Me faltaba España,* Planeta, Barcelona, 1984, pp. 86-87; Carrillo, *Memorias*…, pp. 407-411. <<

[46] Carrillo a Monzón, 27 de julio, Monzón a Carrillo, 2 de agosto de 1944; AHPCE, Caso Monzón/Correspondencia/Signatura, carp. 10. <<

[47] Dolores Ibárruri, «El movimiento guerrillero, vanguardia de la lucha por la reconquista de España», 20 de septiembre de 1944, AHPCE, Dirigentes, Dolores Ibárruri, Escritos, 16/2. <<

[48] Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 281-287; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 334-343; Fernanda Romeu Alfaro, *Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante,* Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2002, pp. 25-26; Ruiz de Ayúcar, *El Partido Comunista…,* pp. 80-81; Carrillo, *Memorias…,* p. 413; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 78-79; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* pp. 95-98. <<

[49] Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 285-289; Heine, *La oposición política…,* p. 207; Estruch, *El PCE en la clandestinidad…,* pp. 89-94. <<

[50] Arasa, *Años 40…,* pp. 187-196; Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla,* Crítica, Barcelona, 2001, pp. 241-250; Mariano Asenjo y Victoria Ramos, *Malagón. Autobiografía de un falsificador,* El Viejo Topo, Barcelona, 1999, p. 139; Daniel Arasa, *La invasión de los maquis,* Belacqua de Ediciones, Barcelona, 2004, pp. 243-245 y 299-306; Secundino Serrano, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista,* Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 2001, pp. 129-140; Tomás Cossias, *La lucha contra el «maquis» en España,* Editora Nacional, Madrid, 1956, pp. 60-63; Fernando Martínez de Baños, *Hasta su total aniquilación. El Ejército contra el maquis en el Valle de Arán y en el Alto Aragón, 1944-1946,* Almena Ediciones, Madrid, 2002, pp. 137-138 y 155-156; Carrillo, *Memorias…,* pp. 411-414; *idem., Demain l'Espagne…,* pp. 95-98. <<

[51] Telegrama de Carrillo a Ibárruri, octubre de 1944, AHPCE, Dirigentes/Santiago Carrillo/Dirigentes/Correspondencia/Movimiento Guerrillero/Microfilm/Signatura, carp. 9. <<

[52] Santiago Carrillo, *Para echar del poder a Franco y Falange: Unidad y lucha,* «Conferencia de Santiago Carrillo, miembro del buró político del PCE, ante un grupo de militantes del partido emigrados en Francia», Editorial España Popular, Toulouse, 1944, pp. 7-8 y 10; Arasa, *La invasión…,* pp. 310-311 y 355-356; Heine, *La oposición política…,* pp. 216-217; Carrillo, *Memorias…,* p. 413; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 79-81. <<

[53] Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 289-290; Líster, *¡Basta!…,* pp. 184-185; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 97-100; Estruch, *El PCE en la clandestinidad…,* pp. 105-109; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 363-369. <<

[54] Carrillo a Monzón, 1 y 4 de diciembre de 1944, AHPCE, Caso Monzón/Correspondencia/Signatura, carps. 18 y 19, carp. 104. <<

[55] Monzón a Carrillo, 28 de diciembre de 1944, AHPCE, Caso Monzón/Correspondencia/Signatura, carp. 10. <<

[56] Carrillo, informe a Ibárruri, 6 de febrero de 1945, AHPCE, Dirige Santiago Carrillo, Informes, Caja 30, cap. 1.2. <<

[57] Telegrama de Carrillo a Ibárruri, 4 mayo de 1945. Dirigentes/Santiago Carrillo/Correspondencia/Caja 30, carp. 1.1. <<

[58] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 102-107; Martorell, *Jesús Monzón,* pp. 157-164; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…*, p. 541. <<

[59] Informe de Carrillo a Dolores, Vicente y Antonio, 30 de junio de 1945, AHPCE, Dirigentes PCE/Correspondencia, carps. 1 y 2. <<

[60] «Carta abierta de la Delegación del Comité Central a los miembros del Partido, simpatizantes y a todos los antifranquistas en general», *Nuestra Bandera,* n.º 1 (enero de 1945), pp. 1-33, especialmente pp. 10, 14-16, 20-22 y 26-27; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 100-102; Serrano, *Maquis…,* p. 141; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* p. 358. <<

[61] Fernanda Romeu Alfaro, *El silencio roto: mujeres contra el franquismo,* Edición de la autora, Madrid, 1994, pp. 154-155; Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 183-190; Arasa, *Años 40…,* p. 300.
<<

[62] Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino…,* pp. 347-360; Arasa, *La invasión…,* pp. 373-387; Arasa, *Años 40…,* pp. 294-297; Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 172-182; Morán, *Miseria y grandeza…*, p. 106. <<

[63] Líster, *¡Basta!*..., p. 237. <<

[64] Serrano, *Maquis*…, pp. 345-346; Carrillo a Monzón, 1 de diciembre de 1944, AHPCE, Caso Monzón/Correspondencia, carp. 26; Claudín, *Santiago Carrillo*…, p. 91. <<

[65] Líster, *¡Basta!,* pp. 215-217 y 238-239; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* p. 541; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 123-124; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 47 y 82-83; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 107; Ángel Ruiz Ayúcar, *El partido comunista: treinta y siete años de clandestinidad,* Editorial San Martín, Madrid, 1976, pp. 23 y 141-142; Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino,* pp. 370-376; Carrillo, *Memorias…,* p. 447. <<

[66] Serrano, *Maquis,* p. 312. Semprún, en conversación con el autor. <<

[67] Jorge Marco Carretero, *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista,* Comares, Granada, 2012, pp. 29-33. <<

[68] «Informe de Santiago Carrillo ante el Pleno del Partido Comunista», *Nuestra Bandera* (enero-febrero de 1946), pp. 72-75. <<

[69] Santiago Carrillo, «¡Desenmascaremos a los falsos resistentes!», *Nuestra Bandera,* n.º 24 (enero-febrero de 1948), pp. 13-23. <<

[70] Santiago Carrillo, «La situación en España y nuestras tareas después de la victoria de las Naciones Unidas», *Nuestra Bandera,* n.º 2 (junio de 1945), p. 19; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 111-114; Pike, *Jours de gloire…,* pp. 188-189. <<

[71] Guy Hermet, *Los comunistas en España,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1972, p. 46; Andrés Sorel, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo* XX *a través de sus documentos, relatos y protagonistas,* Éditions de la Librairie du Globe, París, 1970, p. 130; *Nuestra Bandera* (junio-julio de 1947 y abril de 1950); Líster, *¡Basta!…,* pp. 30 y 163-164; Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1970, pp. 494-495 y 669. <<

[72] Carrillo, *Memorias*…, pp. 466-467. <<

[73] Fernández Rodríguez, *Madrid clandestino*…, p. 363. <<

[74] Marco Carretero, *Guerrilleros…*, p. 35. <<

[75] *Nuestra Bandera,* n.º 16 (febrero de 1947), pp. 199-201, 217-220 (Ibárruri) y 251-268 (Carrillo). El informe de Dolores Ibárruri, *Por una España republicana, democrática e independiente. Informe al III Pleno* (*Nuestra Bandera,* París, 1947), se publicó por separado. <<

[76] David J. Dunthorn, *Britain and the Spanish Anti-Franco Opposition, 1940-1950,* Palgrave, Londres, 2000, pp. 74-75; José Borrás, *Políticas de los exiliados españoles 1944-1950,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1976, pp. 184-191; José María del Valle, *Las instituciones de la República española en el exilio,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1976, pp. 157-163 y 261; Enrique Marco Nadal, *Todos contra Franco. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas 1944/1947,* Queimada Ediciones, Madrid, 1982, pp. 117-128. <<

[77] *Mundo Obrero* (29 de enero de 1948). <<

[78] *Arriba* (30 de noviembre de 1946). <<

[79] *Foreign Relations of the United States 1946,* vol. V, Washington, U. S. Government Printing Office, 1969, pp. 1.080-1.082. <<

[80] *Arriba* (10 de diciembre); *La Vanguardia Española* (10 de diciembre de 1946). <<

[81] *ABC* (10, 11, 12 y 13 de diciembre de 1946); Alberto J. Lleonart y Anselem y Fernando María Castiella y Maiz, *España y ONU I (1945-46),* Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1978, pp. 310-389. <<

[82] *Mundo Obrero* (18 de septiembre, 2 y 9 de octubre, 6 de noviembre, 11 y 18 de diciembre de 1947); Luiza Iordache Cârstea, *El exilio español en la URSS: represión y Gulag. Entre el acoso comunista, el glacis estalinista y el caparazón franquista,* tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2011, pp. 246-249 y 456-468; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 88; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* pp. 540-541; Hernández Sánchez, *Comunistas sin partido…,* pp. 153-155. <<

[83] Líster, *Así destruyó Carrillo…*, p. 94. <<

[84] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 152-154; Tagüeña Lacorte, *Testimonio…*, pp. 541-542. <<

[85] *Arriba* (14 de enero); *ABC* (14, 15, 16 y 17 de enero de 1947).
<<

[86] *Arriba* (28 de marzo de 1947). <<

[87] *Arriba* (24 de junio); *ABC* (27 de junio de 1947). <<

[88] *Ya,* 6 de julio; *Arriba* (5 y 6 de julio de 1947). <<

[89] Moreno Gómez, *La resistencia armada…,* pp. 471-479, 506-545 y 549-551; *Mundo Obrero* (11 de septiembre de 1947, 5, 19 de agosto y 30 de septiembre de 1948). <<

[90] Moreno Gómez, *La resistencia armada…*, p. 497. <<

[91] Ibárruri, *Memorias…*, pp. 89-90. <<

[92] Carrillo, *Memorias…,* pp. 449-451; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 134-136; Moreno Gómez, *La resistencia armada…,* p. 496; Santiago Carrillo, *¿Ha muerto el Comunismo? Ayer y hoy de un movimiento clave para entender la convulsa historia del siglo XX*, Plaza & Janés, Barcelona, 2000, pp. 200-202. <<

[93] Ibárruri, *Memorias…,* pp. 126-127; Carrillo, *Memorias…,* pp. 452-456; *idem., Demain l'Espagne…,* p. 100; Líster, *¡Basta!…,* pp. 123-124; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 95-97 (úlcera de estómago, p. 95). <<

[94] Serrano, *Maquis…*, pp. 235-243 y 287-291; Romeu Alfaro, *Más allá de la utopía,* pp. 259-260. <<

[95] Santiago Carrillo, «Sobre las experiencias de dos años de lucha», *Nuestra Bandera,* n.º 31 (noviembre-diciembre de 1948), pp. 824-839. <<

[96] Carrillo a Monzón, 1 de diciembre de 1944, AHPCE, Caso Monzón/Correspondencia, carp. 26. <<

[97] Carrillo, *Memorias,* pp. 440-1. <<

[98] Hartmut Heine, *A guerrilla antifranquista en Galicia,* Edicións Xerais de Galicia, Vigo, 1980, pp. 139-140, 196-197, 210 y 234-238; Hartmut Heine, «El Partido Comunista Español y la organización del fenómeno guerrillero», en Julio Arostegui y Jorge Marco, eds., *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España 1939-1952¸* Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008, pp. 92-93; Serrano, *Maquis…,* pp. 263-264. <<

[99] Ramón García Piñeiro, «¿Resistencia armada, rebeldía social o delincuencia? Huidos en Asturias (1937-1952)», en Arostegui y Marco, *El último frente…,* pp. 235-240; Serrano, *Maquis…,* pp. 265-266. <<

[100] Líster, *¡Basta!…*, pp. 227-228; Moran, *Miseria y grandeza…*, pp. 161-163. <<

[101] Líster, *¡Basta!…,* pp. 241-243; García Piñeiro, «¿Resistencia armada?», Arostegui y Marco, *El último frente…,* pp. 242, 244 y 248-250; Serrano, *Maquis,* pp. 265-266. <<

[102] Líster, *Así destruyó Carrillo el PCE,* pp. 58-59 y 88-90; Ricardo de la Cierva, *Carrillo miente. 156 documentos contra 103 falsedades,* Editorial Fénix, Madrid, 1994, pp. 325-328; entrevista con Catalina Abad Tendero, *El Mundo,* 21 de diciembre de 2008; Carrillo, *Memorias…,* pp. 447-448. <<

[103] «Resumen de la discusión de la carta del CC con los camaradas de Levante (codificada). Códigos del acta sobre la discusión de la carta del CC», AHPCE, Nacionalidades y Regiones/Levante/Generalidades/Correspondencia, 1952, carp. 767-768; Romeu Alfaro, *Más allá de la utopía…*, pp. 531-548. <<

[104] José Gros, *Abriendo camino: relatos de un guerrillero comunista español,* Colección Ebro, París, 1971, pp. 196-197, 213-223 y 264-266; Moreno Gómez, *La resistencia armada,* p. 533; Serrano, *Maquis…,* pp. 288-29 y 330. <<

[105] Pike, *Jours de gloire…*, pp. 185-188. <<

[106] *Mundo Obrero,* 11 de marzo de 1948; «Comunicado del Buró Político del PCE», *Nuestra Bandera,* n.º 28 (junio-julio de 1948), p. 473; Santiago Carrillo, «A la luz del comunicado de Bucarest: Las tendencias liquidacionistas en nuestro partido durante el período de la Unión Nacional en Francia», *ibidem.,* pp. 495-516; Vicente Uribe, «La penetración imperialista norteamericana pone en grave peligro la independencia nacional de España», *Nuestra Bandera,* n.º 29 (agosto de 1948), pp. 597-601 y 615. <<

[107] Confesión de Carmen de Pedro, Informe al PCE, París, 2 de febrero de 1950, AHPCE, Caso Monzón/Informes, carps. 249, 250; Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 220-223, 265-274 y 327-330; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 107; Martorell, *Jesús Monzón…,* pp. 90-91 y 203-215; Líster, *Así destruyó Carrillo…,* pp. 63-64; Editorial, «Hay que aprender a luchar…», pp. 114-122. <<

[108] Véase el editorial anónimo escrito por Carrillo, ya citado, «Hay que aprender a luchar…», pp. 97-146 y 110-114; Semprún, *Autobiografía…*, pp. 121-122. <<

[109] Ignacio Gallego, «La lucha contra el titismo es un deber revolucionario de los comunistas», *Nuestra Bandera,* n.º 4 (febrero-marzo de 1950), pp. 169-191 (especialmente, pp. 189-191). <<

[1] Víctor Alba, *El Partido Comunista en España. Ensayo de interpretación histórica,* Barcelona, Planeta, 1979, pp. 291-292. <<

[2] *Mundo Obrero,* 21 de abril, 20 y 27 de octubre de 1949; Declaración del Secretariado del PSUC respecto a la conducta política de Joan Comorera, 8 noviembre de 1949, AHPCE, Documentos PCE/Partido Socialista Unificado de Catalunya (PSUC), carpeta 30; Joan Estruch Tobella, *El PCE en la clandestinidad 1939-1956,* Siglo XXI Editores, Madrid, 1982, pp. 177-185; Miquel Caminal, *Joan Comorera III Comunisme i nacionalisme (1939-1958),* Empúries, Barcelona, 1985, pp. 253-285; Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985,* Planeta, Barcelona, 1986, pp. 169-178. <<

[3] *Mundo Obrero,* 10 de noviembre de 1949; David Wingeate Pike, *Jours de gloire, jours de honte. Le Parti Communiste d'Espagne en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950,* Societé d'Édition d'Enseignement Supérieur, París, 1984, pp. 198-200. <<

[4] *Mundo Obrero* (10 de noviembre y 8 de diciembre de 1949). <<

[5] Alba, *El Partido Comunista…,* pp. 293-294; Estruch Tobella, *El PCE…,* pp. 189-191; Gregorio López Raimundo, *Primera clandestinidad. Segunda parte,* Antártida/Empúries, Barcelona, 1995, p. 88. <<

[6] Enrique Líster, *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del Partido,* G. del Toro, Madrid, 1978, 2.ª ed., pp. 228-229. <<

[7] «El papel policiaco de los provocadores comoreristas», *Mundo Obrero,* 15 de agosto de 1951; Pike, *Jours de gloire…,* pp. 201-206; Caminal, *Joan Comorera…,* pp. 289-317. <<

[8] Caminal, *Joan Comorera…,* pp. 220-224; Enrique Líster, *Así destruyó Carrillo el PCE,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 74-79; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 178-182 y 185-186; Estruch Tobella, *El PCE…,* pp. 189-192; Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo,* Crítica, Barcelona, 1983, pp. 452-453. <<

[9] Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado,* Crítica, Barcelona, 1977, p. 143. <<

[10] Manuel Azcárate, *Derrotas y esperanzas,* Editorial Tusquets, Barcelona, 1994, pp. 332-333; Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2.ª ed., pp. 467-468; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 187-193; Mariano Asenjo y Victoria Ramos, *Malagón. Autobiografía de un falsificador,* El Viejo Topo, Barcelona, 1999, pp. 177-178. <<

[11] Carrillo, *Memorias*…, pp. 463-464. <<

[12] Enrique Castro Delgado, *Mi fe se perdió en Moscú,* Luis de Caralt, Barcelona, 1964, p. 85; Líster, *Así destruyó Carrillo…,* p. 95; Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* p. 232; Manuel Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras,* Ediciones Oasis, México D. F., 1973, p. 390; conversación del autor con Irene Falcón. <<

[13] Tagüeña Lacorte, *Testimonio…,* pp. 411, 439-440, 456 y 465-478; Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria,* Temas de Hoy, Madrid, 1996, pp. 212-217 y 227-232; Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin,* G. del Toro, Madrid, 1974, pp. 99-100; Carrillo, *Memorias…,* p. 384; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 188-189. <<

[14] Falcón, *Asalto a los cielos…,* pp. 261-262; Manuel Vázquez Montalbán, *Pçasionaria y los siete enanitos,* Planeta, Barcelona, 1995, p. 125; PCE, *Carta a las organizaciones y militantes del Partido,* México D. F., Ediciones España Popular, 1952, pp. 16-18; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 141; Carrillo, *Memorias…,* pp. 465-466. <<

[15] Informe de Francisco Antón y Carrillo a Dolores Ibárruri y el Politburó, junio de 1951, AHPCE, Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[16] Carrillo, *Memorias*…, p. 470. <<

[17] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 190-193. <<

[18] Primer y Segundo Informes de Antón; Intervenciones de Carrillo sobre Antón, AHPCE, Documentos/Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 191-193. <<

[19] Intervención de Carrillo, 8 de agosto de 1952, AHPCE, Documentos/Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[20] Resolución del Politburó sobre Antón, AHPCE, Documentos/ Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[21] Cuarta intervención de Carrillo, 9 de agosto de 1953, AHPCE, Documentos/Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[22] Reunión del Politburó, julio de 1953, AHPCE, Documentos/ Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[23] Informe de Dolores Ibárruri al Politburó, 13 de noviembre de 1953, AHPCE, Documentos/Dirigentes/Francisco Antón/Caja 29, carp. 4/4. <<

[24] Dolores Ibárruri, *Informe pronunciado ante un grupo de dirigentes del Partido, el 25 de octubre de 1951,* edición reservada del autor, 1951, pp. 3233; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 194-205; Vázquez Montalbán, *Pasionaria…,* pp. 127-128; Vittorio Vidali, *Diary of the Twentieth Congress of the Communist Party of the Soviet Union,* Lawrence Hill, Westport, Connecticut, 1984, p. 50; Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 101-102; Líster, *¡Basta!…,* pp. 265270; Fernando Hernández Sánchez, *Comunistas sin partido. Jesús Hernández, Ministro en la guerra civil, disidente en el exilio,* Raíces, Madrid, 2007, pp. 249-251. <<

[25] Carrillo, *Memorias…,* pp. 470-472; en conversación con el autor, Carrillo dijo: «Lo que tiene que entender, amigo Preston, es que éramos como unos cruzados de una orden militar. Todos hacíamos lo que teníamos que hacer como los cruzados cristianos de la Edad Media». <<

[26] Carlos Semprún Maura, «Con la mentira en ristre», *ABC* (9 de abril de 1994). <<

[27] Claudín, *Santiago Carrillo*…, p. 103. <<

[28] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 166-169 y 247; Falcón, *Asalto a los cielos…,* pp. 284-285; Carrillo, *Memorias…,* p. 466. <<

[29] *El Socialista,* 18 de marzo, 31 de mayo de 1951; Ricard Soler, «The New Spain», *New Left Review,* n.º 58 (noviembre-diciembre de 1969). <<

[30] *Mundo Obrero* (12 de enero y 2 de febrero de 1950), Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 158-159; Estruch Tobella, *El PCE..*, p. 193. <<

[31] Sebastian Balfour, *Dictatorship, Workers, and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939,* Oxford, 1989, pp. 20-22. <<

[32] *La Vanguardia Española* (3 de marzo de 1951); Félix Fanés, *La vaga de tramvies del 1951,* Editorial Laia, Barcelona, 1977, pp. 28-33 y 48-51. <<

[33] *La Vanguardia Española* (13 y 14 de marzo de 1951); Llibert Ferri, Jordi Muixí y Eduardo Sanjuán, *Las huelgas contra Franco (1939-1956),* Planeta, Barcelona, 1978; Fanés, *La vaga…,* pp. 59-157; López Raimundo, *Primera clandestinidad…,* pp. 208-227; Balfour, *Dictatorship…,* pp. 22-30; Michael Richards, «Falange, Autarky and Crisis: The Barcelona General Strike of 1951», *European History Quarterly* (octubre de 1999), pp. 543-585. <<

[34] López Raimundo, *Primera clandestinidad…,* pp. 227-246 y 270-386; *Mundo Obrero* (15 de septiembre, 15 de octubre y 1 de diciembre de 1951); Dolores Ibárruri, Manuel Azcárate *et. al., Historia del Partido Comunista de España (Versión abreviada),* Ediciones «Polonia», Varsovia, 1960, p. 238; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 184-185 (autocrítica de Carrillo, pp. 191-193); Caminal, *Joan Comorera…,* p. 315. <<

[35] Ibárruri, *Informe pronunciado…,* pp. 18-19; Fanés, *La vaga…,* pp. 164-168; Manuel González Portilla y José María Garmendía, *La posguerra en el País Vasco: política, acumulación, miseria,* Kriselu, San Sebastián, 1988, pp. 275-284. <<

[36] Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 182-183. <<

[37] Ibárruri, *Informe pronunciado*…, pp. 33-36 y 41. <<

[38] Sergo Beria, *Beria My Father. Inside Stalin's Kremlin,* Duckworth, Londres, 2001, pp. 269-272; Dmitri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy,* Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1991, pp. 574-576; Donald Rayfield, *Stalin and his Hangmen. An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him,* Viking, Londres, 2004, pp. 442-450. <<

[39] Estruch Tobella, *El PCE*…, p. 207. <<

[40] Azcárate, *Derrotas y esperanzas…,* pp. 334-335; Claudín, *Santiago Carrillo,* pp. 104-106. <<

[41] Dolores Ibárruri, *Informe al Comité Central al 5.º Congreso del P.C. de España,* s.e., s.f. [Parti Communiste Français, París, 1955], pp. 18-22 y 46-51. <<

[42] Ibárruri, *Informe pronunciado*..., pp. 52-58. <<

[43] Ibárruri, *Informe al Comité Central…,* pp. 10, 20 y 70-91. <<

[44] *Ibidem,* pp. 8, 11, 16-17 y 116. <<

[45] *Ibidem,* pp. 71 y 99-104. <<

[46] *Ibidem,* pp. 80-87. <<

[47] Estruch Tobella, *El PCE…*, p. 171; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 161-162. <<

[48] Santiago Carrillo, «Informe sobre problemas de organización y los estatutos del Partido», en AHPCE, *Actas del V Congreso del Partido Comunista de España,* 4 volúmenes, mecanografiado, vol. III, pp. 775-826. También se publicó una versión ligeramente expurgada de este informe en forma de panfleto con el mismo título. Cf. Fernando Claudín, *Documentos de una divergencia comunista,* El Viejo Topo, Barcelona, 1978, p. II. <<

[49] Carrillo, «Informe sobre problemas de organización…», s.e., s.f., pp. 6-13 y 41-43. La autocensura, AHPCE, *Actas del V Congreso,* tomo III, pp. 792-794, 0812-0814. <<

[50] AHPCE, *Actas del V Congreso,* tomo III, 14.ª sesión, pp. 909-910; Carrillo, «Informe sobre problemas de organización…», pp. 26 y 34-35, y *Actas del V Congreso,* p. 791. <<

[51] AHPCE, *Actas del V Congreso,* tomo I, 3.ª sesión, pp. 178-193 (Sánchez Montero), pp. 201-220 (Semprún); Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 106; Claudín, *Documentos…,* p. II. <<

[52] *Actas del V Congreso,* IV, tomo IV, p. 1.132; Azcárate, *Derrotas y esperanzas…*, p. 335. <<

[53] Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 107-108; Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 247-248. <<

[54] Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 248-252. <<

[55] Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez,* Planeta, Barcelona, 1977, pp. 36-37, 216-217; Claudín, *Documentos…,* p. III; Carrillo, *Memorias…,* pp. 478-478. <<

[56] Santiago Carrillo, «Sobre la entrada de España en la ONU. La política de coexistencia ayuda a las fuerzas antifranquistas y de paz», *Mundo Obrero,* n.º 2 (enero de 1956); «Sobre el ingreso de España en la ONU: una victoria de la política de paz», *Nuestra Bandera,* n.º 15 (1956), pp. 11-33. <<

[57] Semprún, *Autobiografía…*, pp. 217-224. <<

[58] Falcón, *Asalto a los cielos…,* p. 304; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 108-116; Líster, *¡Basta!…,* pp. 275-287; Reuniones del Politburó del PCE, abril-mayo 1956, AHPCE; Estruch Tobella, *El PCE…,* pp. 222-225; Vittorio Vidali, *Diary of the Twentieth Congress…,* pp. 6, 11-12 y 52; Carrillo, *Memorias…,* pp. 482-490; Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria 1939-1977. Me faltaba España,* Planeta, Barcelona, 1984, p. 149; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 253-276. <<

[59] Discurso de Ibárruri, 10 de mayo de 1956, AHPCE, Documentos PCE/Buró Político-Comité Ejecutivo/Política y Gobierno/Signatura: Reuniones CC, 5 vols., I, tomo 7. <<

[60] Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 116-117; Líster, *¡Basta!…*, pp. 287-289. <<

[61] Las investigaciones de Claudín dieron lugar a su libro *La crisis del movimiento comunista: de la Komintern al Kominform,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1970. Véase también Claudín, *Documentos…*, p. III. <<

[62] Claudín, *Santiago Carrillo…*, p. 117. <<

[63] Partido Comunista de España, *Declaración por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español,* s.e., s.f. [París, 1956], pp. 3, 5, 29-31 y 37-40; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 118; Falcón, *Asalto a los cielos…,* p. 319; Simón Sánchez Montero, *Camino de la libertad. Memorias,* Temas de Hoy, Madrid, 1997, pp. 228-229. <<

[64] Santiago Carrillo, *La situación en la dirección del partido y los problemas del reforzamiento del mismo,* Parti Communiste Français, París, 1956, pp. 23-24; Semprún, *Autobiografía…,* p. 38. <<

[65] Dolores Ibárruri, *Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España,* París, 1956, pp. 39-42, 83-89 y 94-97. <<

[66] Carrillo, *La situación en la dirección…,* pp. 16-19, 25-31, 68-69 y 87; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 222-224; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 119-120; Estruch Tobella, *El PCE…,* pp. 225-236. <<

[67] Lister, *¡Basta!…,* p. 288; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 131-132; Claudín, *Santiago Carrillo…,* Falcón, *Asalto a los cielos…,* pp. 309-310; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 288-301. <<

[68] Morán, *Miseria y grandeza*..., p. 294. <<

[69] Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 120-121. <<

[70] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Éditions du Seuil, París, 1974, pp. 137-138; *idem*. *Memorias…,* pp. 496-499. Sobre Carmen de Pedro y Antón, *ibidem,* p. 447. <<

[71] Carrillo, *Memorias*…, pp. 499-502. <<

[72] Manuel Azcárate, *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo,* El País Aguilar, Madrid, 1998, p. 60. <<

[73] Claudín, *Documentos…,* p. iii; *idem., Santiago Carrillo,* pp. 125-129; «1956 Sobre una respuesta negativa», *Mundo Obrero* (noviembre-diciembre de 1956); Estruch Tobella, *El PCE…,* pp. 243-245. <<

[74] Entrevista con Carrillo en *Nouvel Observateur* (23-29 de junio de 1975); «Carrillo contra Cunhal», en *Cambio 16* (22-28 de septiembre de 1975). <<

[75] Claudín, *Santiago Carrillo*..., pp. 129-131. <<

[76] Federico Sánchez, «Informe al VIº Congreso del PCE», *Nuestra Bandera,* n.º 25 (marzo de 1960), pp. 63-74; Claudín, *Documentos…,* pp. IV-V; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 204-205. <<

[77] *Mundo Obrero,* mediados de enero de 1957; Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo 1939-1975,* Planeta, Barcelona, 2007, pp. 237-238; Jordi Solé Tura, *Una historia optimista. Memorias,* Aguilar/El País, Madrid 1999, pp. 95-98; Luis Ramírez, *Nuestros primeros veinticinco años,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1964, pp. 111-112; Jaume Fabre, Josep M. Huertas y Antoni Ribas, *Vint anys de resistència catalana (1939-1959),* Edicions de la Magrana, Barcelona, 1978, pp. 208-211. <<

[78] Sánchez Montero, *Camino de la libertad…*, pp. 232-233. <<

[79] «Algunas experiencias del boicot de Madrid», *Mundo Obrero,* n.º 3 (marzo de 1957). <<

[80] Semprún, *Autobiografía…,* p. 243. Para el informe de Sánchez Montero, véase Vicente Sainz (su pseudónimo), «Informe sobre la lucha de masas y la jornada nacional de demostración pacífica», *Nuestra Bandera,* n.º 18 (octubre de 1957), p. 8. <<

[81] «Declaración del Partido Comunista de España sobre la Jornada de Reconciliación Nacional», *Mundo Obrero,* 15-31 de mayo de 1958; Santiago Carrillo, «Algunas cuestiones en torno a la jornada de 5 mayo», *Nuestra Bandera,* n.º 21 (julio de 1958), pp. 15-24; Fernando Claudín, *Las divergencias en el partido,* s.e., s.f. [París, autor, 1965], pp. 21-24; Solé Tura, *Una historia optimista…,* pp. 107-108; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 133-134. <<

[82] Solé Tura, *Una historia optimista…*, pp. 109-118. <<

[83] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 135-137; Jáuregui y Vega, *Crónica del antifranquismo…,* pp. 249-250; Xavier Tusell, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962,* Planeta, Barcelona, 1977, pp. 340-349; carta de Tomás García (Juan Gómez) a Dolores Ibárruri, 1959, AHPCE, Dirigentes/Tomás García/Caja 10, carp. 3/2, s.f., pp. 1-2. <<

[84] Dolores Ibárruri a Santiago Carrillo, 1 de junio de 1959, AHPCE (Dirigentes, Dolores Ibárruri); Santiago Álvarez, *Memorias V. La larga marcha de una lucha sin cuartel (1954-1972),* Ediciós do Castro, Sada-A Coruña, 1994, pp. 208-211; Semprún, *Autobiografía…,* p. 8; Falcón, *Asalto a los cielos…,* pp. 319-320; Ramírez, *Nuestros primeros…,* pp. 169-171; Claudín, *Santiago Carrillo,* pp. 138-140; Sánchez Montero, *Camino de la libertad…,* p. 241; Solé Tura, *Una historia optimista…,* pp. 133-135; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 324-328. <<

[85] Claudín, *Las divergencias…,* pp. 24-25; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 79-80; Jáuregui y Vega, *Crónica del antifranquismo…,* pp. 242-245; Ramírez, *Nuestros primeros…,* pp. 172-186. Eduardo G. Rico, *Queríamos la revolución. Crónicas del FELIPE (Frente de Liberación Popular),* Flor del Viento, Barcelona, 1998, pp. 55-61. <<

[86] *Mundo Obrero,* 15 de julio de 1959; Claudín, *Las divergencias…,* pp. 25-28; *idem., Santiago Carrillo…,* pp. 139-142. <<

[87] Semprún, *Autobiografía…,* pp. 7-9; Líster, *¡Basta!…,* p. 289; Falcón, *Asalto a los cielos…,* p. 320; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 142-143; Ibárruri, *Memorias de Pasionaria…,* pp. 153-154; Álvarez, *Memorias V…,* pp. 219-223. Carrillo negó que hubiese realizado ese comentario, v. *Memorias…,* p. 515. <<

[88] Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 142-143; conversaciones del autor con Semprún y Claudín. <<

[89] Solé Tura, *Una historia optimista…,* pp. 138-144; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 145; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 338-340; Líster, *Así destruyó Carrillo…,* pp. 125-126; Carrillo, *Memorias…,* p. 516. <<

[90] Todos los procedimientos mecanografiados, AHPCE, VI Congreso del Partido Comunista de España, 25-31 diciembre de 1959, 3 volúmenes. <<

[91] Informe de Carrillo, AHPCE, VI Congreso, vol. I, pp. 6-101. También se publicó como *VI Congreso del Partido Comunista de España, Informe del Comité Central presentado por Santiago Carrillo,* Ediciones «Boletín de Información», Praga, 1960, pp. 3-83. Sobre el Ejército y las fuerzas del orden, véase *ibidem,* pp. 25-29 y 39-47. <<

[92] AHPCE, VI Congreso, vol. I, pp. 108-256; vol. II, pp. 251-297, 313-357, 361-378, 387-398 y 407-408. <<

[93] Informe de Gallego, AHPCE, VI Congreso, vol. II, pp. 523-535; Solé Tura, *Una historia optimista…*, p. 140. <<

[94] Informe de Ibárruri, AHPCE, VI Congreso, vol. II, pp. 472-521.
<<

[95] AHPCE, VI Congreso, vol. II, pp. 1.740-1.717. <<

[96] Informe de Claudín, AHPCE, VI Congreso, vol. II, pp. 410-431; Solé Tura, *Una historia optimista*…, p. 140. <<

[97] Informe de Semprún, AHPCE, VI Congreso, vol. III (Intervenciones no pronunciadas), pp. 45-56, Federico Sánchez, «Informe al VIº Congreso del PCE», *Nuestra Bandera,* n.º 25 (marzo de 1960), pp. 63-74; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 203-205. <<

[98] Eduardo García, «La organización de las masas», *Nuestra Bandera,* n.º 27 (julio de l960); *Estatutos del PCE aprobados en su VI Congreso,* s.e., s.f. [Praga, 1960], pp. 13-14; VI Congreso del PCE, *Programa del PCE.* s.e., s.f. [Praga, 1960], p. 17; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 143-145; Sesión de clausura, AHPCE, VI Congreso, vol. II, pp. 546-551. <<

[99] *Informe del Comité Central presentado por Santiago Carrillo,* pp. 73-81. <<

[100] Como mejor crónica sobre las facciones maoístas véase Antonio Sala y Eduardo Durán, *Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1975. Véase también I.er Congreso del PCE (M-L), *Informe del Comité Central,* Madrid, 1973. <<

[1] Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 23 de marzo-7 de mayo de 1960, AHPCE, Dirigentes/Dolores Ibárruri/Correspondencia/Caja 16, carp. 4; Santiago Carrillo, entrevista en *France Nouvelle,* 11 de marzo de 1960. <<

[2] Santos Juliá Díaz, *Camarada Javier Pradera,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012, pp. 96-101. <<

[3] Fernando Claudín, *Santiago Carrillo*: *crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 145-146; notas de Javier Pradera al Comité Ejecutivo, mayo de 1960, AHPCE, Fuerzas de la cultura - Intelectuales - Profesionales - Artistas/Correspondencia, carp. 233; también reeditado en Julià Díaz, *Camarada Javier…,* pp. 254-262; Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985,* Planeta, Barcelona, 1986, pp. 340-341. <<

[4] Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 146-147; Carta de Federico Sánchez a Javier Pradera, junio de 1960, AHPCE, Fuerzas de la cultura/Intelectuales/Profesionales/Artistas/Correspondencia, carp. 107; también reeditado en Juliá Díaz, *Camarada Javier…*, pp. 263-278. <<

[5] Carta de Javier Pradera a Federico Sánchez, 18-20 de julio de 1960, AHPCE, Fuerzas de la Cultura/Microfilm 108; también reeditado en Julià Díaz, *Camarada Javier…*, pp. 279-302. <<

[6] Julià Díaz, *Camarada Javier…,* pp. 111-124, 130; Javier Pradera, «Las verdades parciales de Semprún», *Cambio 16* (8 de enero de 1978); Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 350. <<

[7] Santiago Carrillo, *Deberes del pueblo español en la presente situación internacional y nacional,* Parti Communiste Français, París, 1961, pp. 3-11, 14-20, 27-33, 39, 43-45, 52-57. Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 149-150, dice que esa reunión en realidad se celebró antes, pero la fecha anunciada fue octubre para engañar a la policía. <<

[8] *VI Congreso del Partido Comunista de España, Informe del Comité Central presentado por Santiago Carrillo,* Ediciones «Boletín de Información», Praga, 1960, pp. 42-43. <<

[9] *Mundo Obrero,* n.º 9 (1 de mayo de 1962); Ignacio Fernández de Castro y José Martínez (eds.), *España Hoy,* Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 67-131, 206-222. <<

[10] Santiago Carrillo, «La clase obrera ha abierto el camino hacia la solución del problema político español», *Mundo Obrero* (13 de junio de 1962); *idem.*, «The Working Class Paves the Way to Freedom for Spain», *World Marxist Review,* vol. 5, n.º 8, 1962, pp. 3, 7. <<

[11] Parti Comuniste Français, *2 meses de huelgas,* Parti Comuniste Français, París, 1962, pp. 11-39, 84, 93-95, 114-117, 119-124; *Mundo Obrero,* n.º 10 (mayo de 1962). <<

[12] Ignacio Fernández de Castro y José Martínez Guerricabeitia, *España hoy,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 235-256; Joaquín Satrústegui *et al*. (eds.), *Cuando la transición se hizo posible. El «contubernio de Múnich»,* Tecnos, Madrid, 1993, pp. 40, 48, 79. <<

[13] Xavier Tusell, *La oposición democrática al franquismo 1939-1962,* Planeta, Barcelona, 1977, pp. 388-432; José María Gil Robles, *Marginalia política,* Ariel, Barcelona, 1975, pp. 121-124. <<

[14] *Mundo Obrero* (13 de junio de 1962); PCF, *2 meses de huelgas…,* pp. 160-163; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 149; *ABC,* 9 de junio de 1962; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco,* Planeta, Barcelona, 1976, p. 343; Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco,* Planeta, Barcelona, 1981, pp. 151-152; Fernández de Castro y Martínez Guerricabeitia, *España hoy,* pp. 239-240. <<

[15] *Mundo Obrero* (13 de junio de 1962); *L'Humanité* (14 de junio de 1967). <<

[16] *Le Monde* (13, 18 y 19 de abril de 1962); Amandino Rodríguez Armada y José Antonio Novais, *¿Quién mató a Julián Grimau?,* Ediciones 99, Madrid, 1976, pp. 17-26, 42-46 y 113-147. <<

[17] Rodríguez Armada y Novais, *¿Quién mató a…?,* pp. 11-13, 86-88 y 130-132; Gabriel Avilés, *Tribunales rojos (Vistos por un abogado defensor),* Ediciones Destino, Barcelona, 1939, pp. 78 y 96; Agustín Guillamón, «La NKVD y el SIM en Barcelona. Algunos informes de Gerö ("Pedro") sobre la Guerra de España», disponible en: http://es.geocities.com/hbalance2000/pagina_n12.htm. <<

[18] Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez,* Planeta, Barcelona, 1977, pp. 199-202, 205-122; Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 360-361. <<

[19] Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 155; Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2006, 2.ª ed., pp. 529-532; *idem., Los viejos camaradas,* Planeta, Barcelona, 2010, pp. 145-151. <<

[20] Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 359-360; Mariano Asenjo y Victoria Ramos, *Malagón. Autobiografía de un falsificador,* El Viejo Topo, Barcelona, 1999, pp. 241-243. El papel de Grimau en la guerra se menciona en AHPCE, *Actas del V Congreso,* carpeta 35. <<

[21] (Grimau) *¿Crimen o castigo? Documentos inéditos sobre Julián Grimau,* Servicio de Información Española, Madrid, 1963, pp. 3-21; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 361-362. <<

[22] Claudín, *Santiago Carrillo*..., p. 154. <<

[23] «1963 año crítico», *Mundo Obrero,* enero de 1963; Fernando Claudín, *Las divergencias en el partido,* s.e., s.f. [París, ed. autor, 1965], pp. 18-19. <<

[24] Claudín, *Santiago Carrillo*..., pp. 153-154. <<

[25] Semprún, *Autobiografía…*, pp. 245-247. <<

[26] Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 153-155; Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 366-372. <<

[27] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 375-376; Fernando Jáuregui y Pedro Vega, *Crónica del antifranquismo, 1963-1975,* Planeta, Barcelona, 2007, pp. 360-362; Ángel Ruiz Ayúcar, *El Partido Comunista: treinta y siete años de clandestinidad,* Editorial San Martín, Madrid, 1976, pp. 322-328. <<

[28] Ruiz Ayúcar, *El Partido Comunista…*, p. 327. <<

[29] Jordi Solé Tura, «Unidad y diversidad en la oposición comunista al franquismo», en Josep Fontana (ed.), *España bajo el franquismo,* Crítica, Barcelona, 1986, p. 133. <<

[30] Pau Costa, «Organización e iniciativa revolucionaria», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* 13-14, 1967, pp. 29-35; Julio Sanz Oller, *Entre el fraude y la esperanza,* Éditions Ruedo Ibérico, París, 1972, pp. 119-120; Carlos Prieto, «La tactique du parti communiste a contribue a l'alfaiblissement des commissions ouvrieres», *Le Monde,* 18 de febrero de 1970. <<

[31] Santiago Carrillo, *Memoria de la transición,* Grijalbo, Barcelona, 1983, p. 194. <<

[32] Federico Sánchez, «Observaciones a una discusión»; Fernando Claudín, «La revolución pictórica de nuestro tiempo», *Realidad,* n.º 1 (septiembre-octubre de 1963); Semprún, *Autobiografía…,* pp. 277-279; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 159-161; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 378-380; Jordi Solé Tura, *Una historia optimista. Memorias,* Aguilar/El País, Madrid, 1999, pp. 201-202. <<

[33] Claudín, *Santiago Carrillo…*, pp. 161-162; discursos de Fernández Inguanzo y Carrillo, 1-3 de noviembre de 1963, AHPCE, Actas del Pleno del Comité Central del PCE; Santiago Carrillo, *La situación en el Movimiento Comunista,* P.P.I., París, 1963, pp. 37-38. <<

[34] Carrillo, *Memoria de la transición*…, pp. 189-195; Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 162-163. <<

[35] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 163-165; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 267-273, 279-280; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 381-384. <<

[36] Fernando Claudín, *Documentos de una divergencia comunista,* El Viejo Topo, Barcelona, 1978, pp. 5-50; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 29-31, 231-232; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 165-175; *idem., Las divergencias…,* pp. 29-31, 43-49, 70-72; «Dos concepciones de la vía española al socialismo», *Horizonte Español 1966,* 2 vols., Éditions Ruedo Ibérico, París, 1966, vol. II, pp. 66-67, 79-84, 92-96; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 384-392. <<

[37] Acta del Comité Ejecutivo Asunto Claudín-Semprún, 3 de septiembre de 1964, p. 3, AHPCE, Reuniones, Reunión Comité Ejecutivo, Caja 111, carpeta 1; Santiago Carrillo, «Discurso ante una Asamblea de militantes del Partido», 19 de abril de 1964, AHPCE, Dirigentes/Santiago Carrillo/Discursos/Caja 4, carp. 1.1.1; Semprún, *Autobiografía…,* pp. 190195; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 175-176; Solé Tura, *Una historia optimista…,* pp. 203-204; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 392-394. La versión publicada del discurso de Carrillo en: Santiago Carrillo, «Discurso ante una Asamblea de militantes del Partido», *Boletín de Información,* suplemento al n.º 9 (junio de 1964), pp. 12, 14-23, 30-33, 37-43. <<

[38] Solé Tura, *Una historia optimista…*, pp. 206-208; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 395-397. <<

[39] Intervenciones de Claudín y Semprún, AHPCE, Acta del Comité Ejecutivo Asunto Claudín-Semprún, 3-5 de septiembre de 1964, pp. 2-6. <<

[40] Carta de Fernando Claudín al CE y el CC, 22 de septiembre de 1964, AHPCE, Divergencias Claudín-Semprún/Correspondencia/Caja 111, carp. 3; Semprún, *Autobiografía…*, p. 185; Solé Tura, *Una historia optimista…*, p. 208; Morán, *Miseria y grandeza…*, p. 400. <<

[41] «Sobre el reemplazamiento del camarada Jruschov», *Mundo Obrero,* n.º 18 (15 de octubre de 1964); Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 397399; Manuel Azcárate, «The Prague-Moscow-Madrid Triangle», G. R. Urban, ed., *Communist Reformation. Nationalism, Internatinalism and Change in the World Communist Movement,* St Martins Press, Nueva York, 1979, p. 174; Carrillo, *Memorias…,* pp. 536-542. <<

[42] *Nuestra Bandera,* n. 40 (enero de 1965); «Resolución sobre la expulsión de Fernando Claudín y Federico Sánchez», *Mundo Obrero,* abril de 1965; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 176-177. <<

[43] Carta de Ignacio Gallego a Santiago Carrillo, 17 de noviembre de 1965. AHPCE, Dirigentes/Ignacio Gallego/Caja 10, carp. 10.2. <<

[44] Actas de la reunión entre Pepe y Claudín, 26 de noviembre de 1965, AHPCE (Conversación entre «Pepe» y Fernando Claudín, 26 de noviembre de 1965, Divergencias/Informes/Caja 110); carta de Fernando Claudín al CE, 26 de noviembre de 1965, AHPCE, Divergencias ClaudínSemprún/Correspondencia/Caja 111, carp. 3. <<

[45] Conversaciones del autor con Francesc Vicens y Fernando Claudín. <<

[46] Claudín, *Las divergencias…*, p. 124; *idem., Documentos…*, pp. 215-216. <<

[47] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 87-88; Santiago Carrillo, *Mi testamento político,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012, p. 236. <<

[48] Solé Tura, *Una historia optimista…*, pp. 205-206. <<

[49] Santiago Carrillo, *Hacia el post-franquismo,* Colección Ebro, París, 1974, pp. 35-37. <<

[50] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne: estratiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Editions du Seuil, París, 1974, pp. 117-121; *idem., Memorias…,* pp. 517-522; *idem., Mi testamento político…,* pp. 236, 241; *idem., Los viejos camaradas…,* pp. 70-72, 175-180; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 175. <<

[51] Carrillo, *Memoria de la transición…*, pp. 93-95; 189-195. <<

[52] Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri, 20 de mayo de 1964, AHPCE, Dirigentes/Correspondencia/Caja 16/4. <<

[53] Informe de Carrillo, «¿Qué queremos los comunistas para España? Hacia una democracia política y social», en AHPCE, *Actas del VII Congreso del Partido Comunista de España* (3 vols., texto mecanografiado inédito), vol. I, pp. 049-238. Se publicó con pequeñas modificaciones como *Después de Franco, ¿qué? La democracia política y social que preconizamos los comunistas,* Éditions Sociales, París, l965. Cf. especialmente pp. 11, 23, 32-36, 156-163. Véase también Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 178-181; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 420-424. <<

[54] Eduardo García, AHPCE, *Actas del VII Congreso,* vol. III, pp. 656-677. <<

[55] Santiago Carrillo, «Sesión de clausura», AHPCE, *Actas del VII Congreso,* vol. III, pp. 798-802. <<

[56] León Lorenzo, «Para hacer una información al Congreso», AHPCE, *Actas del VII Congreso,* vol. III, pp. 807-819. <<

[57] Entrevistas con Antoni Gutiérrez Díaz, Barcelona, 23 de septiembre de 1980; con Miguel Núñez, El Escorial, julio de 2007; Santiago Carrillo, intervención en Segundo Pleno del Comité Central del PCE, 11 de agosto de 1965; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 411-420. <<

[58] «Il testo integrale dell'ultimo scritto di Togliatti a Yalta. Promemoria sulle questioni del movimento operaio internazionale e della sua unità», *Rinascita,* 5 de septiembre de 1964; Aldo Agosti, *Palmiro Togliatti,* UTET, Turín, 1996, pp. 552-554. <<

[59] Carrillo, «Discurso ante una asamblea…», p. 39; Semprún, *Autobiografía…*, pp. 280-281. <<

[60] Claudín, *Santiago Carrillo*..., pp. 181-184. <<

[61] Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques*…, pp. 168-179. <<

[62] Carrillo, *Después de Franco, ¿qué?,* pp. 75-82, 86-87; *idem.,* *Nuevos enfoques…,* pp. 54, 116-140. <<

[63] Guy Hermet, *Les Catholiques dans l'Espagne Franquiste,* 2 vols., Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1980-1981, vol. II, pp. 287-297; Audrey Brassloff, *Religion and Politics in Spain. The Spanish Church in Transition, 1962-96,* Macmillan Press, Londres, 1998, pp. 7-24. Véase también Hilari Raguer, *Réquiem por la cristiandad. El Concilio Vaticano II y su impacto en España,* Península, Barcelona, 2006, pp. 385-394. <<

[64] Carrillo, *Nuevos enfoques…,* pp. 52-54; *idem., Libertad y socialismo,* Colección Ebro, París, 1971, pp. 43-50. <<

[65] Carlos Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos,* Planeta, Barcelona, 1984, pp. 141-142; Julio Busquets, *El militar de carrera en España,* Ariel, Barcelona, 1967, 3.ª ed., pp. 107-114, 263; Manuel Balbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional 1812-1983,* Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 437.
<<

[66] Paul Preston, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in 20th Century Spain,* Routledge, Londres, 1995, 2.ª ed., pp. 131-158. [Hay trad. cast.: *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo* XX*,* Península, Barcelona, 1997.] <<

[67] Enrique López, *Carrillo: dos caras de una misma moneda* (s.e., s.f.), pp. 26-29. <<

[68] Fernando Claudín, «La crisis del Partido Comunista de España», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 26-27 (agosto-noviembre de 1970), p. 54. <<

[69] Hartmut Heine, «La contribución de la “Nueva Izquierda” al resurgir de la democracia española, 1957-1975», Fontana, *España bajo el franquismo*…, pp. 142-159. <<

[70] Jáuregui y Vega, *Crónica del antifranquismo…*, p. 376. <<

[71] *Vanguardia Obrera,* n.º 57 (agosto-septiembre de 1971); *Acción,* n.º 9 (noviembre de 1972); *Boletín de Información del FRAP,* n.º 25 (junio de 1973). <<

[72] «Sobre el reemplazamiento del camarada Jruschov», *Mundo Obrero,* n.º 18 (15 de octubre de1964); Santiago Carrillo, *Informe sobre el XXII Congreso del PCUS,* s.e., s.f., pp. 15-18, 32-35; Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», pp. 52-53. <<

[73] Santiago Carrillo, «China a través del caos maoísta», *Nuestra Bandera,* n.º 53 (1.er trimestre de 1967), pp. 91-100. <<

[74] Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a problemas de hoy,* Éditions Sociales, París, l967, pp. 140-159. <<

[75] Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 432-435; Luis Suárez Fernández, *Franco y la URSS (La diplomacia secreta 1946-1970),* Ediciones Rialp, Madrid, 1987, pp. 261-272; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 189-194; artículos de Carrillo en *Nuestra Bandera,* n.º 47-48 (enero-febrero de 1966) y n.º 55 (1967); *Mundo Obrero…* (enero de 1968). <<

[76] Carrillo, *Demain l'Espagne*..., pp. 139-140. <<

[77] Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», pp. 54-58; Carrillo, *Nuevos enfoques*…, pp. 140-159. <<

[78] Claudín, *Santiago Carrillo*..., pp. 183-184; Morán, *Miseria y grandeza*..., pp. 437-438. <<

[79] Santiago Álvarez, «La renovación en Checoslovaquia», *Mundo Obrero,* n.º 11 (1.ª quincena de mayo de 1968); *Mundo Obrero,* n.º 22 (2.ª quincena de diciembre de 1968), p. 4; Carrillo, *Memorias…,* pp. 543-544; *idem.*, «La lucha por el socialismo hoy», *Nuestra Bandera,* suplemento al n.º 58 (junio de 1968), pp. 32, 38-40. <<

[80] Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 194-197; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 438-441; K. S. Karol, «La déchirure des partis comunistes européens» *Le Monde* (23 de octubre de 1970); Jorge Semprún, *Adiós, luz de veranos,* Tusquets Editores, Barcelona, 1998, pp. 123-124; Enrique Líster, *¡Basta! Una aportación a la lucha por la recuperación del Partido,* G. del Toro, Madrid, 1978, 2.ª ed., pp. 80-81. <<

[81] Agustín Gómez a Dolores Ibárruri, 27 de agosto de 1968, AHPCE. <<

[82] «La cuestión checoslovaca», *Mundo Obrero,* n.º 16 (septiembre de 1968); *L'Humanité,* 7 de septiembre de 1968; Carrillo, *Demain l'Espagne…,* pp. 144-145; Líster, *¡Basta!…,* p. 83; Manuel Azcárate, *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo,* El País Aguilar, Madrid, 1998, p. 108. <<

[83] Santiago Carrillo, «Más problemas actuales del socialismo», *Nuestra Bandera,* n.º 59 (3.er trimestre de 1968); Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 441-447; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 197-200; Líster, *¡Basta!…,* pp. 83-86. <<

[84] Sobre la carrera de Gómez, véase Agustín Gómez, «En manos de la brigada social», *Nuestra Bandera,* n.º 30 (abril de 1961). *Mundo Obrero,* n.º 18 (2.ª quincena de octubre); n.º 22 (2.ª quincena de diciembre de 1968); Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 450-451. <<

[85] *Mundo Obrero,* n.º 3 (5 de febrero de 1969). <<

[86] *Mundo Obrero,* n.º 14 (15 de julio de 1969). <<

[87] Cartas de Eduardo García al Comité Central, 28 de junio, y al comité ejecutivo, 8 de agosto de 1969; reunión de Eduardo García con varios miembros del comité ejecutivo, 6 de octubre de 1969; carta de José Bárzana al comité ejecutivo fechada el 5 de noviembre de 1969, AHPCE, Divergencias/Correspondencia/Caja 108, carp. 4; Líster, *¡Basta!…*, pp. 86-95. <<

[88] Azcárate, *Luchas y transiciones*..., p. 108. <<

[89] «Intervención de Carrillo en la conferencia», *Mundo Obrero,* n.º 12 (22 de junio); «Declaración de la delegación del PCE al aprobarse el documento», *Mundo Obrero,* n.º 13 (5 de julio de 1969); Azcárate, *Luchas y transiciones…,* pp. 109-114; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 200-202; Carrillo, *Memorias…,* pp. 547-551; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 454-455. <<

[90] *Mundo Obrero,* n.º 17 (7 de octubre de 1969); n.º 22 (20 de diciembre de 1969); n.º 1 (8 de enero de 1970); Líster, *¡Basta!…,* pp. 51-76 y 95-98; Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», pp. 66-70. <<

[91] *Mundo Obrero* (tendencia de Líster), n.º 1 (septiembre de 1970); Líster, *¡Basta!…,* pp. 47-48 y 100-103; *Nuestra Bandera,* n.º 65 (3.er trimestre de 1970), pp. 3-24; Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», pp. 74-75; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 457-460. <<

[92] *Mundo Obrero* (30 de septiembre y 7 de octubre de 1970); Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», pp. 51-82; *Nuestra Bandera,* n.º 65 (3.er trimestre de 1970), pp. 3-24; Claudín, *Las divergencias…,* pp. 3-5, 94102; Eduardo García, «Espagne: Le parti communiste consolide ses rangs», *Nouvelle Revue Internationale,* agosto de 1968, pp. 179-180; entrevista con Santiago Carrillo en *Le Monde,* 4 de noviembre de 1970. Charles Vanhecke, «Les "revisions" du P.C. Espagnol: Deux Ans de Crise»; Líster, *¡Basta!…,* estas referencias son a la 1.ª ed., pp. 10-41, 62, 83-103. <<

[93] Ignacio Gallego, *El partido de masas que necesitamos,* Éditions Sociales, París, 1971, pp. 39-45. <<

[94] *Ibidem,* p. 42. <<

[95] Claudín, «La crisis del Partido Comunista…», p. 81. <<

[1] Fernando Claudín, «Dos concepciones de "la vía española al socialismo"», *Cuadernos de Ruedo Ibérico, Horizonte español 1966,* París, 1966, pp. 59-100; *idem.*, «La crisis del Partido Comunista de España», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 26-27 (agosto-noviembre de 1970), pp. 79, 82; l.er Congreso del PCE (M-L), *Informe del Comité Central,* pp. 30-36; *La Voz Comunista* (Portavoz de la Oposición de Izquierdas del PCE), n.º 4 (15 de enero de 1974); Santos Juliá Díaz, *Camarada Javier Pradera,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012, p. 438. <<

[2] El informe de Carrillo al pleno ampliado de septiembre de 1970 fue publicado como *Libertad y socialismo,* Colección Ebro, París, 1971. Véanse pp. 56-66. <<

[3] «Promoción Lenin», *Nuestra Bandera,* n.º 62 (octubre-noviembre de 1969), pp. 22-25; Ignacio Gallego, *El partido de masas que necesitamos,* Éditions Sociales, París, 1971, pp. 7-9. <<

[4] Información facilitada al autor por Rafael Calvo Serer. <<

[5] «Para devolver la palabra al pueblo», *Mundo Obrero* (26 de noviembre de 1971, 10 y 24 de diciembre de 1971); Santiago Carrillo, *Hacia el post-franquismo,* Colección Ebro, París, 1974, pp. 57-62; Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 215-216. <<

[6] Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986, pp. 469-471 y 489-490. <<

[7] Alejandro Diz, *La sombra del FRAP. Génesis y mito de un partido,* Ediciones Actuales, Barcelona, 1977, pp. 69-74; Equipo Adelvec, *FRAP 27 de septiembre de 1975,* Ediciones Vanguardia Obrera, Madrid, 1985, pp. 41-47; Paul Preston, *Juan Carlos. A People's King,* Harper-Collins, Londres, 2004, pp. 274-278. [Hay trad. cast.: *Juan Carlos. El Rey de un Pueblo,* Plaza & Janés, Barcelona, 2012, 2.ª ed., pp. 308-312.] <<

[8] Ismael Fuente, Javier García y Joaquín Prieto, *Golpe mortal: asesinato de Carrero y agonía del franquismo,* El País, Madrid, 1983, pp. 46, 90-91; Carlos Estévez y Francisco Mármol, *Carrero. Las razones ocultas de un asesinato,* Temas de Hoy, Madrid, 1998, p. 162. <<

[9] *Pueblo* (22 de diciembre de 1973); Carlos Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos,* Planeta, Barcelona, 1984, pp. 218-222; Joaquín Bardavío, *La crisis: historia de quince días,* Ediciones Sedmay, Madrid, 1974, pp. 111-116; Fuente, García y Prieto, *Golpe mortal…,* pp. 184-187. <<

[10] Victoria Prego, *Así se hizo la Transición,* Plaza & Janés, Barcelona, 1995, pp. 13 y 28-29; Carrillo, *Hacia el post-franquismo…,* pp. 19 y 25. <<

[11] «Comunicado sobre la reunión del Pleno del C.C.», *Mundo Obrero* (5 de septiembre de 1973); Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2006, 2.ª ed., p. 623; *idem., Hacia el post-franquismo…,* pp. 29-30; Fuente, García y Prieto, *Golpe mortal…,* pp. 210-213. <<

[12] Manuel Azcárate, «Sobre la política internacional del Partido», *Nuestra Bandera,* n.º 72 (4.º trimestre de 1973), pp. 15-30; *idem., Crisis del Eurocomunismo,* Argos Vergara, Barcelona, 1982, pp. 66-71. <<

[13] Véase Comité Ejecutivo del PCE, *Documentos: Informe de Manuel Azcárate; Artículo publicado en la revista Soviética* Vida del Partido; *Acotaciones al artículo,* s.e., s.f. [París, 1974]; Manuel Azcárate, *Derrotas y esperanzas,* Tusquets, Barcelona, 1994, p. 346. <<

[14] Carrillo, *Hacia el post-franquismo…*, pp. 98-102; *Mundo Obrero* (22 de mayo de 1974). <<

[15] *Mundo Obrero,* 8 de mayo («La experiencia de Portugal. Santiago Carrillo por Radio España Independiente»), 22 de mayo (Santiago Carrillo, «La primavera de Portugal y sus repercusiones en España»), 4, 11, 18 y 25 de julio de 1974; *Le Monde* (23-25 de junio de 1974); Carrillo, *Hacia el post-franquismo…,* pp. 5-6; «Panorama internacional por M. Azcárate: Hacia nuevos avances en la lucha antiimperialista y antifascista», *Mundo Obrero* (4 de septiembre de 1974). <<

[16] «El espíritu del Ritz», *Cambio 16,* n.º 134 (10 de junio de 1974); Ramón Tamames, *Un proyecto de democracia para el futuro de España,* Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1975, pp. 7-10. <<

[17] Carrillo, *Memorias…,* pp. 631-636; Luis María Anson, *Don Juan,* Plaza & Janés, Barcelona, 1994, pp. 388-393 y 400-402; Teodolfo Lagunero, *Memorias,* Umbriel-Tabla Rasa, Barcelona, 2009, pp. 489-500; Prego, *Así se hizo…*, pp. 145-148. <<

[18] *Mundo Obrero* (4, 19 de junio y 3 de julio de 1974); Morán, *Miseria y grandeza…*, p. 498. <<

[19] *Mundo Obrero* (24 de diciembre de 1971, 12 de diciembre de 1973 y 19 de junio de 1974); Carrillo, *Hacia el post-franquismo*…, pp. 57-62. <<

[20] *Mundo Obrero* (31 de julio de 1974); Rafael Calvo Serer, *Mis enfrentamientos con el poder,* Plaza & Janés, Barcelona, 1978, pp. 119-121 y 248-265; Carrillo, *Memorias…,* pp. 643-652 y 661-662. <<

[21] *Mundo Obrero* (24 de diciembre de 1974 y 19 de marzo de 1975); Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 221-223. <<

[22] *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (1 de agosto de 1974). <<

[23] Lagunero, *Memorias…,* pp. 485-489; Carrillo, *Memorias…,* pp. 639-642; Prego, *Así se hizo…,* pp. 174-176; Ansón, *Don Juan…,* p. 373. <<

[24] Carrillo, *Hacia el post-franquismo…,* pp. 5-6; Carrillo, *Demain l'Espagne: entretiens avec Régis Debray et Max Gallo,* Éditions du Seuil, París, 1974, pp. 15 y 136; *Mundo Obrero* (8, 22 de mayo y 4 de junio de 1974); *Le Monde* (23-25 de junio de 1974). <<

[25] Lagunero, *Memorias…*, pp. 271 y 413-416. <<

[26] Carrillo, *Demain l'Espagne*…, pp. 115-117. <<

[27] Claudín, *Santiago Carrillo…*, p. 218; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 498-499. <<

[28] Carrillo, *Demain l'Espagne*…, pp. 186-187. <<

[29] Entrevista con Carrillo en *Nouvel Observateur* (23-29 de junio de 1975); «Carrillo contra Cunhal», *Cambio 16* (22-28 de septiembre de 1975). <<

[30] Entrevista con Carrillo en *Newsweek* (2 de septiembre de 1975). <<

[31] *Mundo Obrero* (8 y 22 de mayo de 1974). <<

[32] Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a problemas de hoy,* Éditions Sociales, París, 1967, pp. 17-18 y 140-159. <<

[33] Entrevista con Carrillo en *Newsweek* (22 de septiembre de 1975). <<

[34] Fernando Gómez Peláez. «Santiago Carrillo o la historia falsificada», *Interrogations,* n.º 2 (marzo de 1975); Carlos Semprún-Maura, «¿Quién es y qué pretende Santiago Carrillo?» en Xavier Domingo (ed.), *De Carrero Blanco a Eva Forest,* El Viejo Topo, París, 1975, pp. 71-89; Felipe Orero, «Aproximación al mundo político de Santiago Carrillo», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 43-45, 1975, pp. 105-127. <<

[35] *Frente Libertario,* n.º 45 (septiembre de 1974); *Vanguardia Obrera,* n.º 90 (2.ª quincena de agosto), n.º 91 (septiembre de 1974); *Servir al Pueblo,* n.º 30 (agosto de 1974); *La Voz Comunista,* n.º 7 (julio-agosto de 1974); Nicolás Sartorius y Alberto Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, noviembre de 1975-junio de 1977,* Temas de Hoy, Madrid, 2007, pp. 160-161. <<

[36] Enrico Berlinguer y Santiago Carrillo, *Una Spagna libera in un'Europa democratica,* Editori Riuniti, Roma, 1975, contiene el texto completo de los discursos y el comunicado conjunto. <<

[37] *Mundo Obrero* (1.ª y 2.ª semanas de junio de 1975). <<

[38] *Mundo Obrero* (4.ª semana de septiembre de 1975). <<

[39] *Mundo Obrer,* (25 de noviembre); *Servir al Pueblo,* n.º 45 (noviembre); *Correo del Pueblo* (18 de noviembre y 6 de diciembre); *Frente Libertario,* n.º 57 (diciembre de 1975). <<

[40] Víctor Díaz Cardiel *et al., Madrid en huelga: enero de 1976,* Editorial Ayuso, Madrid, 1976, pp. 91-150; *Cambio 16* 19-25 de enero; *The Guardian* (5, 7, 8, 9, 14, 15 y 20 de enero); *Sunday Times* (11 y 18 de enero); *Mundo Obrero* (20 y 27 de enero 1976); «Las primeras huelgas del post-franquismo», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 51-53 (mayo-octubre de 1976), pp. 127-208. <<

[41] *Mundo Obrero* (4 y 11 de febrero); *Cambio 16* (9-15 de febrero, 1-7 de marzo de 1976). <<

[42] Morán, *Miseria y grandeza*..., pp. 505-506. <<

[43] Santiago Carrillo, *El año de la peluca,* Ediciones B, Barcelona, 1987, pp. 7-8; Lagunero, *Memorias…,* pp. 602-605; Joaquín Bardavío, *Sábado santo rojo,* Ediciones Uve, Madrid, 1980, pp. 27-32; Carrillo, *Memorias…,* pp. 671-673 y 676-677. <<

[44] Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 27-28, 30-32; Simón Sánchez Montero, *Camino de libertad. Memorias,* Temas de Hoy, Madrid, 1997, pp. 328-329. <<

[45] Francisco Lasa, «La oferta de la Junta Democrática: Lenin ha muerto», y Colectivo 70, «Interpretaciones políticas en la declaración de la Junta Democrática», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 43-45 (enero-julio de 1975); *Frente Libertario,* n.º 45 (septiembre de 1974); *Vanguardia Obrera,* n.º 90 (2.ª quincena de agosto), n.º 91 (septiembre de 1974); *Servir al Pueblo,* n.º 30 (agosto de 1974). <<

[46] Carrillo, *El año de la peluca…*, pp. 8-10. <<

[47] Joaquín Bardavío, *Los silencios del Rey,* Strips Editores, Madrid, 1979, pp. 147-160; Prego, *Así se hizo…,* pp. 374-381; Carrillo, *Memorias…,* p. 674; *idem., El año de la peluca…,* pp. 37-38; conversaciones del autor con Santiago Carrillo; *Mundo Obrero* (28 de abril y 5 de mayo de 1976). <<

[48] Carrillo, *Memorias*…, pp. 674-675. <<

[49] Carrillo, *El año de la peluca*..., pp. 30-31; *idem., Memorias*..., pp. 678-680. <<

[50] *Mundo Obrero* (9 de abril de 1976); Alfonso Osorio, *Trayectoria política de un ministro de la corona,* Planeta, Barcelona, 1980, pp. 91-94. <<

[51] *Mundo Obrero* (9 y 17 de abril de 1976). <<

[52] Para el discurso de Carrillo, véase el suplemento de *Mundo Obrero* (14 de julio de 1976). <<

[53] *Cambio 16* (12-18 y 19-25 de julio); *Mundo Obrero* (14 de julio de 1976); Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos…,* Planeta, Barcelona, 1984, pp. 240-241; comentarios realizados por Adolfo Suárez en un seminario privado organizado por la Fundación Ortega y Gasset en Toledo en mayo de 1984 (en adelante, FOG/Toledo). <<

[54] *Mundo Obrero* (7 de julio de 1976). <<

[55] Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 45-48; *Mundo Obrero* (1 de septiembre de 1976); Santiago Carrillo, *De la clandestinidad a la legalidad,* M. Levaux, Cheratte, Bélgica, 1976, pp. 26-35, 42-45 y 61-65. <<

[56] Carrillo, *Memorias…,* pp. 686-688; Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 42-44. <<

[57] *Cambio 16,* n.º 246 (23-29 de agosto de 1976); *Mundo Obrero* (26 de julio-2 de agosto de 1976). <<

[58] Carrillo, *El año de la peluca…,* p. 74; Sánchez Montero, *Camino de libertad…,* p. 331; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 527. <<

[59] Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 53-54; Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 51-58; Prego, *Así se hizo…,* pp. 524-529. <<

[60] *Cambio 16,* n.º 249 (13-19 de septiembre de 1976); *Mundo Obrero* (8 de septiembre de 1976). <<

[61] *Cambio 16,* n.º 250 (20-26 de septiembre de 1976); Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 59-60; Gonzalo Fernández de la Mora, *Río arriba. Memorias,* Planeta, Barcelona, 1995, pp. 261-262; Sabino Fernández Campo, «Prólogo», en Javier Fernández López, *El Rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982),* Editorial Trotta, Madrid, 1998, pp. 16-18; Fernando Puell de la Villa, *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo* XX *(1912-1995),* Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 185-186; Prego, *Así se hizo…,* pp. 536-538; Miguel Platón, *Hablan los militares. Testimonios para la historia,* Planeta, Barcelona, 2001, pp. 398-400. <<

[62] *Mundo Obrero* (15-23 de septiembre de 1976). <<

[63] Prego, *Así se hizo*…, pp. 533-535. <<

[64] Entradas del diario para el 22 de septiembre, 28 de noviembre, 6 de diciembre de 1976, José María de Areilza, *Cuadernos de la transición,* Planeta, Barcelona, 1983, pp. 47-48, 71 y 78. <<

[65] Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 57-60 y 66-67; *Mundo Obrero* (1-7 de noviembre de 1976). <<

[66] Ana Romero, *Historia de Carmen. Memorias de Carmen Díez de Rivera*, Planeta, Barcelona, 2002, pp. 120-121. <<

[67] *Mundo Obrero* (1-7, 15-21 y 22 de noviembre); *Cambio 16* (22-28 de noviembre y 5 de diciembre de 1976); Osorio, *Trayectoria política…,* pp. 208-209; Manuel P. Izquierdo, *De la huelga general a las elecciones generales,* Ediciones de la Torre, Madrid, 1977, pp. 29-30; Rodolfo Martín Villa, *Al servicio del Estado,* Planeta, Barcelona, 1984, pp. 54-57; Prego, *Así se hizo…,* pp. 557-559. <<

[68] Carrillo, *El año de la peluca…*, pp. 83-84. <<

[69] *El País* (18 y 28 de noviembre); *Mundo Obrero* (6-12 de diciembre de 1976); López Rodó, *Claves,* pp. 286-287; Prego, *Así se hizo…,* pp. 570571; Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 92-94 y 96-104. <<

[70] *El País* (11 de diciembre), *Mundo Obrero* (20-26 de diciembre de 1976); Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 122-126; *idem., Memorias…,* pp. 696-698. <<

[71] *El País* (14-17 de diciembre de 1976); *Cambio 16* (26 y 27 de diciembre de 1976 y 2 de enero de 1977); Osorio, *Trayectoria política…*, pp. 252-253; Carrillo, *El año de la peluca…*, p. 84. <<

[72] *Mundo Obrero* (20-26 de diciembre de 1976); Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 88-111; Osorio, *Trayectoria política…,* pp. 254-258; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 2-9 y 239-241; Romero, *Historia de Carmen…,* pp. 127-129; Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 136-143; *idem., Memorias…,* pp. 698-706; Sartorius y Sabio, *El final de la dictadura…,* p. 319. <<

[73] Manuel Durán, *Martín Villa,* Hordago Publikapenak, San Sebastián, 1979, p. 79; Osorio, *Trayectoria política…,* pp. 248-249; Alejandro Muñoz Alonso, *El terrorismo en España,* Planeta, Barcelona, 1982, pp. 7679; Sánchez Montero, *Camino de libertad…,* p. 335; Pío Moa Rodríguez, *Reflexiones sobre el terrorismo,* ed. del autor, Madrid, 1985, pp. 204-205. <<

[74] *El País* (12 de diciembre de 1976); *Cambio 16* (31 de enero y 6 de febrero de 1977); Pío Moa Rodríguez, *De un tiempo y de un país,* Ediciones de la Torre, Madrid, 1982, pp. 217-233; Alejandro Muñoz Alonso, *El terrorismo en España,* Planeta, Barcelona, 1982, pp. 76-85. <<

[75] Consuelo Laiz, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española,* Libros de la Catarata, Madrid, 1995, pp. 164-172; Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 127, 132 y 134. <<

[76] Conversaciones con Manuel Azcárate, Jaime y Nicolás Sartorius. <<

[77] *Mundo Obrero* (31 de enero-6 de febrero de 1977); Sánchez Montero, *Camino de libertad…,* pp. 3.337-3.338; Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 142147; Xavier Casals i Meseguer, *La tentación neofascista en España,* Plaza & Janés, Barcelona, 1998, p. 217; Romero, *Historia de Carmen…,* pp. 144-148. <<

[78] Romero, *Historia de Carmen…,* pp. 134-142 y 150-152; Carrillo, *El año de la peluca…,* pp. 146-148; *idem., Memorias…,* pp. 710-714; Bardavío, *Sábado santo…,* pp. 158-171; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 246-247. <<

[79] Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo…,* p. 98; Morán, *Miseria y grandeza…,* p. 538. <<

[80] *Mundo Obrero* (7-13 de marzo de 1977). <<

[81] Acerca de la creación de UCD, véase Paul Preston, *The Triumph of Democracy in Spain,* Methuen, Londres, 1986, pp. 108-114. Para la expresión de aprobación de Carrillo, *Diario 16* (24 de marzo de 1977); Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 248. <<

[82] Claudín, *Santiago Carrillo*…, p. 249. <<

[83] *Mundo Obrero* (21-27 de marzo, 4-10 y 11-17 de abril); *Cambio 16* (18-24 de abril de 1977); Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 245-248; Osorio, *Trayectoria política…,* pp. 286-287; Prego, *Así se hizo…,* pp. 643-658; Romero, *Historia de Carmen…,* pp. 160, 168 y 201; Lagunero, *Memorias…,* pp. 662-668. <<

[84] Entrevista del autor con Sabino Fernández Campo, y su prólogo a Fernández López, *El Rey y otros militares…,* pp. 18-19. Véase también Javier Fernández López, *Sabino Fernández Campo. Un hombre de Estado,* Planeta, Barcelona, 2000, p. 100. <<

[85] *Mundo Obrero* (20 de abril de 1977); Santiago Carrillo, «Intervención en el Pleno ampliado del C.C.», en *Escritos sobre Eurocomunismo,* 2 vols., Forma Ediciones, Madrid, 1977, vol. II, pp. 29-51; Carrillo, *Memorias…,* pp. 720-721; Jordi Solé Tura, *Una historia optimista. Memorias,* Aguilar/El País, Madrid, 1999, pp. 375-377; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 250-252; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 541-542. <<

[86] Pedro Vega y Peru Erroteta, *Los herejes del PCE,* Planeta, Barcelona, 1982, p. 142. <<

[87] Santiago Carrillo, *Memoria de la Transición,* Grijalbo, Barcelona, 1983, p. 46; Manuel Azcárate, *Luchas y transiciones. Memorias de un viaje por el ocaso del comunismo,* El País Aguilar, Madrid, 1998, pp. 147-148. <<

[88] Santiago Carrillo, *«Eurocomunismo» y Estado,* Crítica, Barcelona, 1977. <<

[89] Carrillo, *Memorias*…, pp. 723-729. <<

[90] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The Sword and the Shield: The Mitrokhin Archive and the Secret History of the KGB,* Basic Books, Nueva York, 1999, pp. 391-392. <<

[91] Comisión de Información y Propaganda del Comité Provincial de Madrid del PCE, *Dossier sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética Tiempos Nuevos,* Comité Provincial de Madrid del PCE, Madrid, 1977, pp. 5-16 y 55-60. <<

[92] *Der Spiegel* (16 de mayo de 1977); *Il Manifesto* (1 de noviembre de 1975). <<

[93] Julio Luelmo y Henry Winston, *«Eurocomunismo» y Estado o la desintegración del PCE y la ruptura con el movimiento comunista internacional,* Akal Editor, Madrid, 1978. Véase *Comment* (4 de marzo de 1978), p. 77. <<

[94] *Lodi News Sentinel* (3 de octubre de 1977); *Saratoga Herald Tribune* (11 de octubre de 1977). <<

[95] David Childs (ed.), *The Changing Face of Western Communism,* Croom Helm, Londres, 1980, pp. 52-54. <<

[96] Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 252-256. <<

[97] Carrillo, *Memorias…,* pp. 729-733; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 259-260; Eusebio Mujal-León, *Communism & Political Change in Spain,* Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1983, pp. 157-166. <<

[98] Claudín, *Santiago Carrillo…*, p. 262. <<

[99] Solé Tura, *Una historia optimista*…, pp. 386-388; Carrillo, *Memorias*…, pp. 737-738. <<

[100] Cf. Discursos de Carrillo en las Cortes el 27 de julio, 14 y 24 de septiembre de 1977, reeditados en *Escritos…,* vol. II, pp. 83-128. <<

[101] *Mundo Obrero* (16 de junio, 16 de agosto, 8-14 de septiembre y 2-19 de diciembre de 1977); *Cambio 16* (17-23, 24-30 de octubre, 31 de octubre-6 de noviembre y 7-13 de noviembre de 1977); Carrillo, *Memorias…,* pp. 741-747; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 275-279; Jesús Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982),* Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2004, pp. 286-289; Mujal-León, *Communism…,* p. 177; Paul Heywood, «Mirror Images: The PCE and the PSOE in the Transition to Democracy in Spain», *West European Politics,* vol. 10, n.º 10 (abril de 1987), pp. 193-210. <<

[102] *Mundo Obrero* (20-26 de octubre de 1977); Santiago Carrillo, *El año de la Constitución,* Crítica, Barcelona, 1978, pp. 115-124; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 279-280; Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 553-554. <<

[103] Carrillo, *El año de la Constitución…*, pp. 136-148. <<

[104] Vega y Erroteta, *Los herejes…,* p. 34; Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo…,* p. 59. <<

[105] Para las cifras completas de afiliados desglosadas por regiones, véase Carlos Elordi, «El PCE por dentro», *La Calle,* n.º 95 (15-21 de enero de 1980). <<

[106] Jorge Semprún, *Autobiografía de Federico Sánchez,* Planeta, Barcelona, 1977, pp. 206-211. <<

[107] Fernando Claudín, *Documentos de una divergencia comunista,* El Viejo Topo, Barcelona, 1978. <<

[108] Rafael Abella, *Semprún-PCE. Historia de una polémica,* Planeta, Barcelona, 1978, p. 27; Carrillo, *Memorias*…, pp. 750-756; Claudín, *Santiago Carrillo,* pp. 281-282. <<

[109] *Mundo Obrero* (24 de noviembre de 1977). <<

[110] *Mundo Obrero* (8 de diciembre de 1977). <<

[111] *El País* (4 de enero de 1978). <<

[112] *El País* (8 de enero de 1978). <<

[113] Entrevistas con López Raimundo y Claudín, y Javier Pradera, «Las verdades parciales de Jorge Semprún», *Cambio 16* (8 de enero de 1978); Pradera, entrevista, *Por Favor* (16 de enero de 1978). <<

[114] Abella, *Semprún-PCE…,* pp. 100-102; entrevista con Carrillo en *Cuadernos para el Diálogo,* n.º 245 (7-13 de enero de 1978). <<

[115] Santiago Carrillo, «No nos moverán», *Mundo Obrero* (19-25 de enero de 1978). <<

[116] *El País* (22 de enero de 1978); Abella, *Semprún-PCE…,* pp. 121-124. <<

[117] Carrillo, *«Eurocomunismo»…,* p. 133. <<

[118] Juan Martínez Alier, «El Pacto de la Moncloa, la lucha sindical y el nuevo corporativismo», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 58-60 (julio-diciembre de 1977); G. I. Martí, «El gran *show* político o las trampas de la comunicación: las elecciones del 15 de junio de 1977», *Cuadernos de Ruedo Ibérico,* n.º 61-62 (enero-abril de 1979); Rafael Bosch, *La revolución democrática: ¿Quo vadis, Tamames?,* Akal, Madrid, 1978, pp. 145-181. <<

[119] *El País* (21 de enero de 1978); *Mundo Obrero* (26 de enero de 1978). <<

[120] PCE, *9.º Congreso del Partido Comunista de España: Resoluciones,* PCE, Madrid, 1978, pp. 7 y 154-155; *Nuestra Bandera,* n.º 93 (1978); *El País* (20-23 de abril de 1978); *Mundo Obrero* (20, 23 y 27 de abril de 1978). Véase Fernando Claudín, «Las tesis del IX Congreso», *Triunfo,* n.º 795 (22 de abril de 1978) y Fernando López Agudín, «Un paso adelante dos pasos atrás», *Triunfo,* n.º 796 (27 de abril de 1978); Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 293-294. <<

[121] Carrillo, *Memorias…,* pp. 752, 764-769; *idem.*, «La definición del partido. El marxismo revolucionario hoy», *Mundo Obrero* (26 de enero-1 de febrero de 1978); Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo…,* pp. 58-65; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 293; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 568-571. <<

[122] PCE, *9.º Congreso del Partido Comunista de España…,* p. 44.
<<

[123] Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo*…, p. 23. <<

[124] Vega y Erroteta, *Los herejes…,* pp. 11-23; Carrillo, *Memorias…,* pp. 797-798; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 311; Morán, *Miseria y grandeza…,* pp. 587-597. <<

[125] *El País* (30 de enero de 1981). <<

[126] *El País* (22 de febrero de 1981); Carrillo, *Memorias…*, pp. 779-782. <<

[127] Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica…,* pp. 319-334; Mujal-León, *Communism…,* pp. 98-102; Vega y Erroteta, *Los herejes…,* pp. 150-151; Carrillo, *Memorias…,* pp. 798-800; Azcárate, *Luchas y transiciones…,* pp. 183-184. <<

[128] *El País* (27 de julio de 1981); Vega y Erroteta, *Los herejes*…, pp. 101-118; Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 334-341. <<

[129] *El País* (26 de julio de 1981). <<

[130] *Mundo Obrero* (5-11 de junio, 24-30 de julio, 28 de julio de 1981 y Suplementos 1, 2, 3 y 4). Véase también *La Calle,* n.º 176, (4-10 de agosto de 1981); Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica*…, pp. 337-343; Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo*…, pp. 182-183, 225-229; Vega y Erroteta, *Los herejes*…, pp. 207-228; Claudín, *Santiago Carrillo*…, pp. 341-350; Morán, *Miseria y grandeza*…, pp. 600-606. <<

[131] *El País* (25 de noviembre de 1987); *Mundo Obrero* (27 de noviembre-3 de diciembre, 4-10 de diciembre de 1981); Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo…,* pp. 249-251 y 269-282; Carrillo, *Memorias…,* pp. 800-802; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 350-364. <<

[132] Azcárate, *Luchas y transiciones…*, pp. 186-195. <<

[133] Azcárate, *Crisis del Eurocomunismo…,* pp. 252-262; Carrillo, *Memoria de la Transición…,* pp. 77 y 96-112; Claudín, *Santiago Carrillo…,* p. 353. <<

[134] Carrillo, *Memoria de la Transición…,* pp. 213-242; *El País* (31 de julio de 1982); *Cambio 16* (26 de julio y 2 de agosto de 1982); Carrillo, *Memorias…,* pp. 802-806; Sánchez Montero, *Camino de libertad…,* pp. 373377; Claudín, *Santiago Carrillo…,* pp. 369-372. <<

[135] *El País* (29 y 30 de octubre de 1982); *Cambio 16* (1 de noviembre de 1982); Morán, *Miseria y grandeza…*, pp. 607-619. <<

[136] Santiago Carrillo, *La memoria en retazos. Recuerdos de nuestra historia más reciente española,* Plaza & Janés, Barcelona, 2003, pp. 35-37. <<

[137] *El País* (17 de julio de 1986); Carrillo, *Memorias…,* pp. 808-810; Sánchez Montero, *Camino de libertad…,* pp. 379-383; Sánchez Rodríguez, *Teoría y práctica…,* p. 337; Sergio Vilar, *Por qué se ha destruido el PCE,* Plaza & Janés, Barcelona, 1986, pp. 221-225. <<

[138] Carrillo, *Memorias…,* p. XVII. <<

[139] *El País* (20 de octubre de 2005). <<

[140] *El País* (23 de abril de 2005). <<

[141] *El País* (7 de junio de 2008). <<

[142] *El País* (17 de julio de 2012). <<

[143] *Público* (15 de octubre de 2012). <<

[144] *El País* (30 de octubre de 2012). <<

[1] *El País* (5 de agosto de 1991). <<

[2] *El País* (9 de enero de 2005). <<

[3] Santiago Carrillo, *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2006, 2.ª ed., p. XVI. <<

[4] *El País* (18 de junio de 1978). <<

[5] Daniel Arasa, *La invasión de los maquis,* Belacqva de Ediciones, Barcelona, 2004, p. 15; Santiago Carrillo, *Mi testamento político,* Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012, pp. 119-121. <<

[6] Santiago Carrillo, *De la clandestinidad a la legalidad,* M. Levaux, Cheratte, Bélgica, 1976, pp. 40-41. <<

[7] Fernando Claudín, *Santiago Carrillo: crónica de un secretario general,* Planeta, Barcelona, 1983, p. 262. <<

[8] Santiago Carrillo, *Los viejos camaradas,* Planeta, Barcelona, 2010, p. 72; *ídem., Mi testamento político*…, p. 237. <<

[9] Santiago Carrillo, *Juez y parte. 15 retratos españoles,* Plaza & Janés, Barcelona, 1996, pp. 255-257. <<